LOS ILEGALES

SHAUN WALKER



La historia nunca contada del programa de espionaje más secreto de Rusia

miradas
salamandra

Shaun Walker

LOS ILEGALES

La historia nunca contada del programa de espionaje más secreto de Rusia

Traducción del inglés de
Eduardo Hojman

miradas
salamandra

Introducción

Una tarde húmeda y nublada de junio de 2010, la vida de Ann Foley se desmoronó. El día había empezado bastante bien: ella y Don, su marido, habían llevado a sus dos hijos, Tim y Alex, a comer a un restaurante indio de Cambridge, Massachusetts, no lejos de la casa familiar. Estaban festejando los veinte años de Tim, quien había regresado de Washington D. C. para pasar el verano con su familia tras terminar el segundo curso en la Universidad George Washington. Después de la comida, los cuatro volvieron a pie a la casa, en Trowbridge Street, cerca de Harvard Square, que Don y Ann habían comprado apenas unas semanas antes. Con sus tres plantas y un porche cubierto en la entrada principal, era, con diferencia, el lugar más espléndido en el que habían vivido jamás, y reflejaba el buen momento que atravesaban. La *start-up* de consultoría de Don iba bien, mientras que, poco tiempo atrás, Ann había aceptado un trabajo a tiempo parcial en el sector inmobiliario.

Ya en el salón, Don descorchó una botella de champán para continuar con la celebración. Tras los brindis, Tim subió a su habitación. Poco después, alguien llamó ruidosamente a la puerta. Ann pensó que serían amigos de su hijo, que iban a felicitarlo. «Tenemos una visita sorpresa», le dijo a Alex, que estaba subiendo las escaleras para ir a ver a su hermano mayor. Pero, al abrir la

puerta, se encontró con un grupo de hombres vestidos de negro que gritaron «¡FBI!» antes de abrirse paso a empujones.

Dos parejas de agentes separaron a ella y a su esposo, llevándolos a rincones opuestos del salón de planta abierta, y los esposaron. Desde la ventana, Alex vio cómo sacaban a sus padres por la puerta principal y los conducían por el sendero de ladrillo hasta unos coches negros que esperaban fuera. Ningún agente les explicó nada ni a él ni a su hermano, pero Alex estaba convencido de que debía tratarse de un terrible error: no era capaz de imaginar qué podrían haber hecho sus padres —unas personas más bien anodinas— que justificara una redada tan espectacular.

Nueve años después, en una cálida tarde del verano de 2019, me reuní en Moscú con la mujer que en su día se hacía llamar Ann Foley. Ella misma me había propuesto que nos encontrásemos en una animada cafetería de estilo francés situada no muy lejos del parque Gorki. La mayoría de las mesas, falsamente rústicas, estaban ocupadas por moscovitas jóvenes y bien vestidos, miembros de la incipiente clase media surgida durante los largos años del gobierno de Putin.

Me senté a una mesa libre y ella apareció unos minutos más tarde. Tendría poco más de cincuenta años y lucía una melena rubia, una blusa azul claro y un grueso collar. Sonrió con calidez, me estrechó la mano y se sentó. Cuando llegó el camarero, pidió un capuchino en ruso y luego retomó el inglés. Hablaba ambos idiomas a la perfección, pero en la cadencia de su conversación en este último idioma percibí un leve, aunque inconfundible, acento ruso.

Me pregunté si habría sido capaz de detectarlo de haberla conocido una década antes, en Estados Unidos. ¿Y habría pensado entonces, como lo hice en ese momento, que había algo claramente eslavo en sus rasgos? Casi seguro que no. En aquella época nadie albergaba la menor sospecha sobre Ann Foley, la amable canadiense que trabajaba a tiempo parcial como agente inmobiliaria.

En realidad, Ann Foley no era agradable ni trabajaba en el sector inmobiliario. Estaba muerta. La verdadera Ann Foley había nacido en septiembre de 1962 en el Hospital General de Montreal, y murió siete semanas después, víctima de una meningitis vírica. A sus padres, los recién casados Edward y Pauline, apenas les quedaron dos pequeñas fotografías para recordar a la hija que formó parte de sus vidas durante un período tan breve.

Más de dos décadas después, las autoridades canadienses recibieron —aparentemente de la propia Ann Foley— una solicitud para obtener un duplicado de su certificado de nacimiento. Nadie cuestionó la petición ni la cotejó con otros datos. En aquel entonces aún no existían registros digitalizados ni centralizados. Las autoridades expidieron el documento y, más tarde, un pasaporte: Ann Foley había vuelto a la vida.[1]

La mujer sentada frente a mí en aquella cafetería había vivido más de veinte años bajo la identidad de Ann Foley, oriunda de Montreal, exactamente hasta el día en que el FBI llamó a su puerta. Había engañado a sus vecinos, a sus amigos e incluso a sus propios hijos. En realidad, su nombre era Elena Vavilova, y había nacido y crecido en la Siberia soviética. Era una «ilegal»: una espía encubierta entrenada por el KGB, al igual que su marido Don, cuyo verdadero nombre era Andréi Bezrukov.

Ambos se habían conocido a comienzos de la década de 1980 en la ciudad siberiana de Tomsk, donde estudiaban Historia. Unos reclutadores del KGB los seleccionaron para un examen preliminar. Luego, se sometieron a un arduo programa de entrenamiento que se prolongó durante varios años, mediante el cual perfeccionaron su acento, modismos e identidades hasta parecer una pareja canadiense común y corriente.

En 1987 salieron de la Unión Soviética por separado, escenificaron un falso encuentro en Canadá e iniciaron una relación como si acabaran de conocerse. Se casaron por segunda vez, ahora como Don y Ann, y se instalaron en Toronto, donde Vavilova dio a luz a sus dos hijos, Tim y Alex.

En 1991, tras el colapso de la Unión Soviética, tuvieron que arreglárselas por su cuenta durante un tiempo. Sin embargo, a finales de la década, el antiguo agente del KGB Vladímir Putin llegó al poder en Moscú y ellos volvieron a espiar activamente, ahora al servicio del SVR, la agencia de inteligencia exterior de la nueva Rusia.

Bajo la identidad de Don Heathfield, Bezrukov obtuvo una plaza en la Kennedy School de Harvard, lo que permitió a la pareja mudarse a Cambridge con sus hijos y establecer allí sus operaciones en Estados Unidos. Mientras él tejía una red de contactos en Harvard, ella —según sus propias palabras— interpretaba el papel de una *soccer mom*: una típica madre norteamericana de clase media, dedicada a las tareas domésticas, a criar a sus hijos y a llevarlos en coche a las actividades extraescolares. No obstante, cuando los chicos ya estaban en la cama, ella se encerraba en una habitación a desencriptar mensajes de radio procedentes de Moscú.

Vavilova y Bezrukov no cruzaban ni una sola palabra en ruso, y jamás hablaban de Rusia con Tim y Alex. De vez en cuando, ella viajaba de forma clandestina a Sudamérica o a Canadá para reunirse con supervisores del SVR lejos del posible escrutinio del FBI, cambiando de pasaporte durante el trayecto para no dejar rastro. Luego se inventaba cualquier excusa para justificar sus ausencias ante sus hijos.

Ninguna de las personas con las que trataba cotidianamente tenía la menor idea de sus verdaderas habilidades y logros: era una operativa del KGB. (A diferencia de un agente, un operativo es propiamente un miembro del servicio de inteligencia, mientras que un agente es tan sólo una fuente reclutada.)

Obligada a interpretar el papel de un ama de casa cualquiera, Vavilova llevaba una doble vida. Cuando nos vimos en Moscú, le pregunté si le había resultado difícil lidiar con esa desconexión. Ella le dio un sorbo a su café, esbozó una leve sonrisa y me respondió:

—Las personas que necesitan el reconocimiento de los demás nunca podrían ser ilegales. Un espía es un actor, pero uno que no necesita ni público ni escenario.

Insistió en que ni ella ni Bezrukov les habrían contado jamás la verdad a sus hijos si el FBI no hubiera llamado a su puerta.

—Éramos responsables de nuestra propia seguridad y protección, y contarlo nos habría hecho más vulnerables —dijo categóricamente.

Sí admitió que, antes de que el FBI los detuviera, habían hablado de la posibilidad de retirarse del espionaje y quizá algún día regresar a Rusia. En ese caso, seguramente habrían tenido que darles explicaciones a sus hijos.

—Bueno, sí —respondió con estremecedora naturalidad—, pero les habríamos contado alguna historia. Teníamos «leyendas» a medida para todo el mundo: para nuestros padres, nuestros amigos de aquí, de Rusia... para todo el mundo. Una más no habría sido un problema. Ésa es, por desgracia, una más de las reglas del juego.

La tarea principal de los servicios de inteligencia es obtener información sobre otros países a la que no se puede acceder por canales convencionales. Buena parte de ese trabajo debe realizarse en la sombra, así que es común recurrir a operativos encubiertos (es decir, espías) que a menudo se hacen pasar por diplomáticos. De este modo, si son capturados, pueden invocar la inmunidad diplomática y regresar a su país.

Sin embargo, los diplomáticos son, por definición, figuras visibles, y están sometidos a una vigilancia constante, lo que facilita a los servicios de contrainteligencia del país anfitrión mantenerlos bajo control. Por ello, algunos servicios optan por una alternativa más arriesgada, pero también más difícil de detectar: enviar al extranjero a un espía que se hace pasar por un ejecutivo u otro profesional de apariencia inofensiva, capaz incluso de desarrollar una carrera de éxito mientras recluta fuentes valiosas de información. La CIA le da a esa estrategia el nombre de NOC, siglas de «non-official cover» o «identidad encubierta sin estatus oficial».

El programa de ilegales de Moscú llevó este concepto varios pasos más allá. El KGB entrenaba durante años a ciudadanos soviéticos comunes, como Vavilova y Bezrukov, para transformarlos en occidentales capaces de pasar décadas en el extranjero,

integrándose por completo en las sociedades que los acogían. Cualquiera que se cruzara con un diplomático, un agregado comercial o un periodista ruso amable, aunque particularmente inquisitivo, podría sospechar que se trataba de un espía, pero ¿quién iba a imaginar que una agente inmobiliaria canadiense pudiera ser en realidad una operativa encubierta del KGB?

La primera vez que oí hablar del programa de los ilegales fue en 2010, cuando Vavilova, Bezrukov y otras ocho personas fueron arrestados en Estados Unidos y posteriormente deportados a Rusia. En aquel entonces, yo trabajaba como corresponsal de *The Independent* en Moscú, y pasé semanas tratando de localizar a los espías repatriados. Los editores del periódico estaban interesados sobre todo en Anna Chapman, una mujer de veintiocho años que se había hecho pasar como agente inmobiliaria en Nueva York para espiar para el SVR.

Chapman era una *socialité* que se codeaba con la alta sociedad y frecuentaba a ricos y poderosos, supuestamente para promover los intereses del Kremlin. Con su cabellera rojo fuego, sus glamurosas fotografías y las escandalosas historias sobre su vida sexual que su ex esposo británico había vendido a los periódicos sensacionalistas, parecía un personaje salido de las páginas de una novela de espías de las que se venden en los aeropuertos.

Sólo un año después de su intercambio logré, por fin, convencerla de que se reuniera conmigo en Moscú. Durante la comida se mostró encantadora y vivaz, pero se negó a revelar cualquier detalle sobre su trabajo como espía. En vez de eso, me habló con entusiasmo sobre sus planes de crear una nueva marca de moda.[2]

En cualquier caso, a mí me interesaban más los ilegales del pasado y las dificultades que debieron afrontar para pasarse décadas viviendo bajo una identidad distinta. El SVR los mantenía bien lejos de los medios, pero en 2016 conseguí dar con Tim y Alex, los hijos de Vavilova y Bezrukov, y los entrevisté para un reportaje en la revista de *The Guardian*.

El gobierno canadiense les había retirado la nacionalidad, y ellos habían presentado una demanda para recuperarla. Aseguraban que no sabían nada sobre la actividad de espionaje de sus padres. Alex me confesó que, incluso en las semanas posteriores a la redada del FBI, en 2010, se resistía a creer lo que contaban los medios. Sólo cuando llegó a Moscú y vio unas fotografías antiguas en que sus padres aparecían con uniformes del KGB entendió que toda su crianza había sido una farsa.

Y, de repente, se esperaba que iniciara una nueva vida en un país que jamás había pisado. Su flamante pasaporte ruso lo identificaba como Aleksandr Vavilov, un nombre que ni siquiera sabía pronunciar correctamente.

—Otro caso de la típica crisis de identidad de los jóvenes, ¿no? —me comentó con una sonrisa irónica, aunque con un evidente trasfondo de amargura.

Fascinado por aquella retorcida historia familiar, empecé a investigar cómo había funcionado el programa de ilegales a lo largo de los años, y no tardé en darme cuenta de que no existía nada comparable en la historia del espionaje. Es cierto que los servicios de inteligencia han hecho pasar en muchas ocasiones a sus agentes por ciudadanos de otros países, pero nunca con el alcance ni la escala del programa del KGB. Los ilegales eran un fenómeno exclusivamente

ruso, muy arraigado en la experiencia histórica de ese país. Cuanto más leía, más convencido estaba de que aquel programa ofrecía una vía fascinante para contar una historia mucho más amplia: el experimento soviético, y cómo éste, a la postre, terminó fracasando; una historia dramática y sangrienta que se prolongó durante un siglo.

Todo comenzó en 1917, cuando los bolcheviques de Vladímir Ilich Lenin tomaron el poder tras la Revolución de Octubre. El nuevo régimen soviético contaba con pocos aliados entre los gobiernos extranjeros, pero podía apoyarse en una buena cantidad de comunistas cosmopolitas y viajados que improvisaban y se abrían paso por el mundo adoptando distintas identidades para defender la Revolución y difundir su ideología. Aquellos espías virtuosos y entregados adquirieron un aura casi legendaria dentro de la tradición de la inteligencia soviética. Eran los grandes ilegales. Haciéndose pasar por aristócratas europeos, mercaderes persas o estudiantes turcos, utilizaban la astucia, la seducción —y a menudo el sexo— para obtener información. Muchos lograron no ser descubiertos en Occidente, pero fueron detenidos y ejecutados por el propio régimen de Iósif Stalin durante la Gran Purga, a finales de la década de 1930.

Más tarde, durante la Guerra Fría, los servicios de contrainteligencia occidentales comenzaron a vigilar las veinticuatro horas del día a los miembros del KGB que trabajaban bajo cobertura diplomática, lo que redujo su capacidad para obtener información secreta. En cambio, los ilegales, que no tenían vínculos evidentes ni con Moscú ni con el comunismo, podían vivir y viajar sin levantar sospechas.

El KGB diseñó ambiciosos planes para infiltrar a un gran número de estos agentes en Estados Unidos, pero la Unión Soviética ya no contaba con una reserva suficiente de políglotas experimentados, por lo que se vio obligada a reclutar a ciudadanos soviéticos comunes y a someterlos a años de entrenamiento para convertirlos en occidentales creíbles.

A muchos de ellos, una vez asentados en Occidente simplemente se les ordenaba pasar desapercibidos y esperar: si las tensiones llegaban a escalar hasta provocar una ruptura en las relaciones diplomáticas con Moscú, esas células durmientes podrían activarse y continuar el trabajo del KGB tras las líneas enemigas. Sin embargo, esas misiones de larga duración obligaban a los ilegales a pasar años alejados de sus familias, amigos y patria, con un importante coste psicológico. La presión pasó factura a muchos: algunos sufrieron colapsos nerviosos, otros desertaron o fueron capturados. Pocos lograron tener una vida personal satisfactoria.

La mayor parte del espionaje basado en fuentes humanas requiere engaño, pero los ilegales engañaban de una manera especialmente íntima. Según la tradición del KGB, esa carga psicológica era un motivo de orgullo y reflejaba la misión ideológica del Estado soviético. «Sólo un servicio de inteligencia que trabaje para una gran causa puede exigir semejante sacrificio a sus operativos», declaró con entusiasmo el agente británico del KGB George Blake para explicar por qué ninguno de los servicios occidentales recurría a ilegales.[3]

A pesar de la retórica grandilocuente, para la década de 1980 el fervor revolucionario de los primeros años de la Unión Soviética había dado paso a una pesada burocracia. El descontento

generalizado, junto con el empeoramiento de la situación económica, terminó conduciendo al colapso del Estado soviético, marcando el inicio de una nueva era en la que se esperaba que Rusia y Estados Unidos fueran socios.

Tras el fallido golpe de Estado de 1991, Mijaíl Gorbachov se propuso disolver y reorganizar el KGB. Así, las instrucciones que los ilegales recibían mediante mensajes de radio semanales simplemente dejaron de llegar. Algunos regresaron a su país, mientras que otros, como Vavilova y Bezrukov, que se sentían cómodos con sus identidades falsas, decidieron seguir utilizándolas.

Casi una década más tarde, Vladímir Putin llegó a la presidencia de la Federación Rusa y empezó a restaurar de forma gradual los servicios de espionaje. Había pasado años en el KGB, trabajando como enlace con los ilegales, y aún sentía un particular apego por ese programa. Los ilegales que permanecían sobre el terreno volvieron a recibir instrucciones codificadas, mientras que en Moscú se empezaba a formar a una nueva generación de operativos.

En 2010, cuando el FBI arrestó a Vavilova, Bezrukov y demás, la audacia del programa causó asombro en Estados Unidos, pero también cierta sorna: daba la impresión de que el Kremlin seguía anclado en la Guerra Fría y empleaba métodos de espionaje anticuados que consumían mucho tiempo y tenían escasa relevancia en el siglo XXI.

Sin embargo, tras bambalinas las operaciones de inteligencia rusas se volvían cada vez más ágiles y audaces. Había «ilegales volantes» con base en Moscú que realizaban misiones de corta duración para eliminar a enemigos del Kremlin en el extranjero, y un nuevo ejército de «ilegales virtuales» asumía identidades occidentales en las redes

sociales para impulsar los intentos de Rusia de influir en las elecciones de otros países.

En cuanto a los ilegales de larga duración, pese a que su tiempo parecía haber quedado atrás, los principios que sustentaban su actividad seguían siendo pilares fundamentales en las operaciones de la inteligencia rusa.

En febrero de 2022, Putin ordenó la invasión a gran escala de Ucrania, decisión que dio lugar a un espantoso derramamiento de sangre y complicó las relaciones de Moscú con Occidente como no se había visto desde el apogeo de la Guerra Fría.

Cuatro meses después, en junio, el presidente ruso se trasladó a la sede central del SVR, en las afueras de Moscú, para conmemorar el centenario de la primera dirección del KGB dedicada a los ilegales en la Unión Soviética. Allí rindió homenaje a los ilegales del pasado, quienes pasaron décadas lejos de su hogar sirviendo a la patria, así como a los que «en este mismo momento están llevando a cabo operaciones únicas» en todo el mundo.

Para entonces, los países occidentales ya habían expulsado a cientos de diplomáticos rusos de embajadas y consulados en respuesta a la invasión, la mayoría de los cuales eran en realidad espías bajo cobertura diplomática. Esta expulsión redujo drásticamente la capacidad de espionaje de Rusia justo cuando las relaciones con Occidente tocaban fondo, por lo que los servicios de inteligencia tuvieron que delegar parte de la carga operativa a las redes de ilegales, lo que a su vez aumentó su vulnerabilidad.

Durante el año siguiente, muchos fueron desenmascarados, entre ellos una diseñadora de joyas peruana residente en Italia, una galerista argentina instalada en Eslovenia y un austrobrasileño con

una empresa de impresión 3D en Río de Janeiro. Bajo esas exóticas identidades que les servían de tapadera, todos eran tan rusos como el vodka y los arenques.

No hay duda de que esos espías capturados serán reemplazados por otros. A lo largo del siglo que abarca este libro, hubo numerosos momentos en los que parecía que la era de los ilegales había llegado a su fin, pero en cada uno de ellos los responsables del espionaje en Moscú lograron resucitar el programa.

Por tanto, es muy probable que ahora mismo una nueva generación de operativos esté preparándose para sus misiones —perfeccionando la pronunciación de ciertos idiomas, estudiando periódicos y revistas extranjeros para familiarizarse con el contexto cultural y social, y memorizando el más mínimo detalle de sus coartadas— en una serie de pisos anodinos repartidos por toda la ciudad de Moscú.

Muy pronto, estos nuevos operativos serán enviados a distintos lugares del mundo para llevar existencias aparentemente insulsas mientras trabajan en secreto para promover los planes ocultos del régimen.

Nota sobre las fuentes y la terminología

La Dirección de Ilegales del KGB era la sección más secreta de una de las organizaciones más herméticas del mundo. El archivo del KGB en Moscú permanece cerrado a cal y canto, y el servicio de prensa del SVR ignoró mis solicitudes.

Por suerte, muchas personas fueron más accesibles. Realicé cientos de entrevistas: a antiguos ilegales, a sus descendientes, a profesionales del contraespionaje y a personas que se cruzaron con ellos bajo alguna de sus múltiples identidades. La mayoría de los entrevistados nunca habían hablado públicamente de sus experiencias.

Por otra parte, me apoyé en el trabajo de Vasili Mitrojin, un archivista del KGB que, durante muchos años y hasta su retirada en 1984, se dedicó a copiar expedientes. Miles de páginas de las notas que mecanografiaba en su dacha de las afueras de Moscú pueden consultarse en un archivo de Cambridge, y muchas de ellas hacen referencia a los ilegales.

También recurrí a numerosos libros excelentes sobre el espionaje, el KGB y el contexto histórico en general. He consignado los títulos en las notas finales y la bibliografía.

Para desentrañar las vidas de los ilegales a lo largo de los años, utilicé archivos desclasificados del FBI y el MI5, así como documentos

de más de una docena de países. Aun así, no siempre fue posible corroborar con fuentes documentales los relatos de los entrevistados.

Antes que entregarme a la especulación, o simplemente reproducir relatos basados en recuerdos poco fiables, he preferido dejar, como en la inmensa mayoría de los libros sobre espionaje, algunas lagunas que sólo podrán rellenarse cuando los archivos rusos se abran por completo, algo poco probable a corto plazo.

El KGB tenía una peculiar predilección por los acrónimos largos y la terminología enrevesada. El propio servicio cambiaba de nombre con frecuencia y modificaba periódicamente su compleja estructura organizativa, así como los nombres de las direcciones encargadas de los ilegales.

He intentado, en la medida de lo posible, paliar ese desorden organizativo. Por eso, los lectores encontrarán al final del libro una cronología con las diversas encarnaciones del KGB y su estructura, además de un glosario con la terminología relevante.

PRIMERA PARTE

Los primeros ilegales

1

Raíces
La clandestinidad bolchevique

Una húmeda mañana de octubre de 1902, en la penumbra que precede al amanecer, un coche de caballos se detuvo frente al número 30 de Holford Street, una casa adosada de tres plantas, idéntica a las que la flanqueaban, no muy lejos de la estación londinense de St. Pancras.

El pasajero era un hombre delgado, de unos veinte años, e iba envuelto en una capa oscura. Tras apearse, le pidió al conductor en un inglés vacilante que esperara un momento: no llevaba dinero consigo.

Aquel portal era el destino final de un viaje épico que había comenzado en Verjoiansk, una aldea remota en lo más profundo de Siberia, y que lo había llevado, bajo distintas identidades, en trineo, barco y tren a través de San Petersburgo, Múnich y Viena.

Después de localizar la puerta que buscaba, llamó con fuerza tres veces.

El doctor Jacob Richter, que había alquilado junto con su esposa —alemana como él— dos cuartos destartalados y mal amueblados a una modista viuda pocos meses antes, reconoció de inmediato la

señal que indicaba la llegada de alguien en misión secreta, pero fue su mujer quien saltó de la cama y corrió a abrir.

Richter era un hombre de carácter. Rondaba los treinta y empezaba a perder el pelo. Llevaba bigote y perilla, ambos perfectamente recortados. Su esposa abrió con cara de sueño, y el recién llegado no pudo más que disculparse por no haber esperado a una hora más civilizada. En ráfagas de ruso, explicó que seguía agitado tras su huida de Siberia. Esperaba que les hubieran avisado de su llegada. Finalmente, algo avergonzado, les pidió dinero para pagarle al cochero.

El doctor Richter, asomándose por encima del hombro de su esposa, reconoció al visitante.

—¡Ajá! —exclamó entusiasmado—. ¡Ha llegado la Pluma![1]

El verdadero nombre del doctor Richter era Vladímir Uliánov. Era un teórico político y el líder un partido marginal, el Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia, que luchaba contra el régimen zarista. Richter era sólo uno de los más de cien alias que utilizó a lo largo de sus muchos años en la clandestinidad. Más tarde, el mundo lo conocería por el pseudónimo con el que forjó su reputación como teórico marxista: Lenin.

Lev Bronstein, el visitante, también empleó decenas de alias en los años previos a la Revolución rusa. Lenin lo conocía como «la Pluma» por su capacidad de escribir una prosa apasionada, deslumbrante e incendiaria. Más adelante, alcanzaría la fama con el apellido que había utilizado en unos documentos falsificados a toda prisa para huir de Siberia: Trotski.

Aquél fue el primer encuentro de dos hombres que, quince años más tarde, alterarían drásticamente el curso de la historia mundial.

Lenin controlaba a los bolcheviques —una facción pequeña pero implacablemente organizada del partido—, y éstos, como muchos otros grupos de revolucionarios antizaristas, se veían obligados a emplear una variedad de estrategias para despistar a la Ojrana, la policía secreta del zar, que invertía ingentes recursos a descubrirlos e infiltrarlos. Con el tiempo, ese conjunto de tácticas dio lugar a un código conocido como *konspiratsiya*, una palabra cuyo significado, pese a lo que podría sugerir, se acerca más a «subterfugio» que a «conspiración». La *konspiratsiya* era, al mismo tiempo, un complejo entramado de reglas, un estricto código de conducta y una forma de vida.

Por supuesto, cuando Lenin y Trotski se encontraron en Londres, ambos estaban ya bien versados en los fundamentos de aquel código, que incluía una serie de prácticas que ellos y sus camaradas adoptarían de forma habitual durante la década siguiente: la falsificación de documentos de identidad, el uso de pseudónimos y nombres en clave en la correspondencia o el envío de mensajes secretos escritos con zumo de limón o cloro —cuyo contenido podía «revelarse» después aplicando calor o ciertos productos químicos al papel— sobre un texto inocuo redactado con tinta normal.[2]

En cuanto a la esposa de Lenin, Nadezhda Krúpskaya (la señora Richter), también desempeñaba un papel clave, vinculado a la *konspiratsiya*, en la clandestinidad londinense: coordinaba los contactos cotidianos entre quienes operaban en Rusia y el llamado «Centro» —el grupo formado por Lenin y la dirección del partido en el exilio—, descifraba los mensajes ocultos en las cartas, ideaba nuevos códigos para anticiparse a la Ojrana y transmitía información relevante e instrucciones a los camaradas que llegaban a Londres.[3]

Por fortuna, al encontrarse fuera de Rusia la pareja podía permitirse cierta relajación de las reglas, ya que la endeble tapadera del doctor Richter no habría soportado un escrutinio serio: solía hablar en ruso en las reuniones con obreros en Londres y convocaba encuentros con camaradas de otros países europeos utilizando pretextos poco creíbles (en una ocasión, una reunión celebrada en la planta superior de un pub se presentó como una convención internacional de peluqueros). Pero lo cierto es que, en la mayoría de los países europeos, la policía solía dejar en paz a los emigrados rusos.[4]

Sobrevivir en la clandestinidad en Rusia, con la Ojrana siempre al acecho, era otra historia.

Pese a todo, en 1905, tras una masacre perpetrada por las tropas del zar en San Petersburgo que avivó el sentimiento revolucionario, Lenin decidió que debía regresar y emprendió el viaje de vuelta utilizando documentos británicos falsificados a nombre de William Frey. Krúpskaya siguió sus pasos pocos días después, aunque seguida en el tren por un espía de la Ojrana. Ya en San Petersburgo, la pareja intentó pasar desapercibida alojándose en el apartamento de unos amigos de la hermana de Lenin, pero pronto se dieron cuenta de que la Ojrana vigilaba atentamente el lugar. Se escabulleron burlando a los vigilantes y pasaron los días siguientes mudándose repetidamente de un piso franco a otro. Lenin, temeroso de que lo arrestaran y lo enviaran a Siberia, apenas se atrevía a salir a la calle.

Un día de marzo de 1906, se dio cuenta de que lo seguían. Tras lograr despistar a su perseguidor, se dirigió a la estación y abordó de un salto un tren con rumbo a Finlandia, donde se ocultó durante un

tiempo. Regresó en mayo, esta vez con documentos rusos y el apellido Chjeidze. Krúpskaya, por su parte, se había hecho con un pasaporte que la identificaba como Praskoviya Onegina. A pesar de los disfraces y los documentos falsos, poco después la pareja se vio obligada a huir de nuevo a la relativa seguridad de Finlandia. Allí Lenin adoptó una nueva identidad: la del profesor Müller, un geólogo alemán que estudiaba los depósitos calcáreos finlandeses. Desde allí enviaba mensajeros a Rusia con instrucciones y textos para su difusión, pero hacia finales de 1907 la Ojrana empezó a cercar su escondite finlandés, obligándolo a emprender una espectacular huida: saltó de un tren en marcha y luego atravesó en trineo un lago congelado para llegar, finalmente, a Ginebra.[5] Aunque seguía siendo una figura marginal en la escena política rusa, ya era demasiado conocido como para moverse con libertad dentro del Imperio ruso, incluso disfrazado. No regresaría a su país hasta 1917, el año de la Revolución.

Entretanto, asentado en el territorio seguro de Europa occidental, Lenin se dispuso a definir la estrategia bolchevique en el nuevo entorno político. Fue entonces cuando dividió las actividades en dos categorías: el trabajo partidario «legal» y el «ilegal» —aunque probablemente sería más apropiado hablar de «abierto» y «clandestino», ya que *nelegalnaya*, que significa «ilegal», también quiere decir «clandestino» y «soterrado»—. Los activistas «legales» del partido actuaban a cara descubierta y utilizaban sus propios nombres, pese a que no todo lo que hacían (agitar a los trabajadores, participar en debates públicos, impulsar la creación de

sindicatos y cooperativas, etcétera) estaba bajo el cobijo de la ley. Por su parte, los «ilegales» disimulaban su verdadero propósito y, con frecuencia, también sus identidades, operando conforme a las reglas de la *konspiratsiya*.

Lo anterior reflejaba la convicción de Lenin de que, para tener éxito, los bolcheviques debían combinar tareas «legales» e «ilegales»; es decir, aprovechar las concesiones que otorgaba el régimen y, al mismo tiempo, explotar sus vulnerabilidades actuando desde la clandestinidad.[6]

Los contactos entre ambos ámbitos se mantenían al mínimo y, en el caso de los operativos clandestinos, se promovía además la máxima compartimentalización posible: cada ilegal tenía contacto directo únicamente con el Centro, pero no con los otros ilegales. Así, la captura de uno no comprometía al resto.

Los activistas bolcheviques clandestinos estaban dispersos por toda Rusia, dedicándose principalmente a conseguir apoyos y recaudar fondos para la causa. Por ejemplo, Iósif Dzhugashvili —más conocido luego como Stalin— organizaba en la ciudad meridional de Bakú, capital petrolífera del imperio, bancos, secuestros y planes de extorsión con el objetivo de financiar las arcas del partido. La mayoría de las personas con quienes se relacionaba sólo lo conocían por su nombre en clave, Koba, y él cambiaba de domicilio con frecuencia para despistar a la Ojrana.

A estas alturas, muy poca gente sabe que Stalin ideó varias estrategias que terminaron sumándose a las reglas básicas de la *konspiratsiya*. En una ocasión, por ejemplo, le pidió a su novia que guardara unos documentos secretos dentro de un ataúd e hiciera que lo enterraran fingiendo ser la hermana del difunto para que

luego, pasados unos días, un operativo desenterrara el «cadáver». Ya en San Petersburgo, se convirtió en un experto en el arte de eludir a sus perseguidores de la Ojrana, entrando y saliendo por puertas traseras y atravesando patios, y a sus muchas detenciones siguieron otras tantas fugas de Siberia. Una vez, escapó en un barco de vapor vestido de mujer. Salía del Imperio ruso con documentos falsos y, después de unos meses, reaparecía en distintos lugares de Europa, haciéndose pasar por un comerciante ruso, persa o armenio. [7]

Otros bolcheviques vivieron muchos años como ilegales, bajo la vigilancia constante de la Ojrana, ciñéndose cuidadosamente a los códigos de la *konspiratsiya*. En palabras del escritor Victor Serge: «Los revolucionarios podían residir de forma ilegal en las principales ciudades de Rusia durante meses o años. Según el caso, se hacían pasar por vendedores ambulantes, cocheros, extranjeros ricos o sirvientes.»[8]

Muchas de las habilidades y conceptos que sustentaron la lucha bolchevique contra el régimen zarista demostraron ser notablemente perdurables: cien años después, la inteligencia exterior rusa seguía dividida en operativos legales e ilegales, y en gran medida continuaba refiriéndose a su sede principal como «el Centro». Los apartamentos utilizados para reuniones secretas seguían llamándose «*konskvartiry*», tal como en la época de los ilegales bolcheviques. A lo largo de ese siglo, aunque se produjeron numerosos avances tecnológicos, buena parte de la estructura y la terminología básica de la lucha de Lenin contra el régimen zarista les habrían resultado familiares a Elena Vavilova y a los otros ilegales detenidos en Estados Unidos en 2010.

En febrero de 1917, mientras los ejércitos rusos se hallaban empantanados en los combates de la Primera Guerra Mundial, la situación económica del país se deterioró rápidamente. Cuando los alimentos empezaron a escasear, el descontento popular forzó al zar a abdicar dejando el poder en manos de un gobierno provisional. Pocos meses después, Lenin y los bolcheviques dieron un golpe de Estado que, con el paso del tiempo y gracias a la propaganda soviética, pasaría a conocerse como la «Gran Revolución Socialista de Octubre». La noche del levantamiento, un Lenin agotado pero exultante llegó al Instituto Smolny —una antigua escuela para señoritas reconvertida en cuartel general bolchevique— disfrazado con peluca y gafas de montura gruesa. «Pasar de la persecución y la vida clandestina al poder así de rápido...», le comentó a Trotski agitando las manos mientras buscaba las palabras justas. Finalmente las encontró en alemán: «*... es schwindelt*» («marea»).

Lenin y su grupo de revolucionarios habían conquistado el poder formal, pero aún debían enfrentar la colosal tarea de conservarlo e imponerlo a lo largo de la vasta extensión del territorio ruso. Él estaba convencido de que, con el tiempo, las instituciones estatales acabarían marchitándose, ya que la consolidación del paraíso obrero haría que perdieran su razón de ser. Sin embargo, creía que para alcanzar ese desenlace ideal era imprescindible atravesar un período intermedio de despiadada violencia estatal.

Para organizar el terror que se avecinaba, estableció un cuerpo de seguridad, la Checa (vchk), y puso al frente a Félix Dzerzhinski, un fervoroso bolchevique de origen polaco que había pasado años en prisión y en el exilio siberiano. La Checa creció rápidamente hasta convertirse en una enorme fuerza represiva capaz de aplastar a

enemigos políticos y «enemigos de clase». Al cabo, fue una de las protagonistas de una sangrienta guerra civil que enfrentó a las fuerzas rojas bolcheviques con los blancos, una heterogénea coalición de zaristas y socialistas moderados, liberales y tropas extranjeras, unidos sólo por su odio al bolchevismo. Fue una lucha existencial para ambos bandos, marcada por una violencia y una crueldad extremas.

Las líneas del frente cambiaban con rapidez e imprevisibilidad, y la herencia bolchevique de la *konspiratsiya* —perfeccionada a lo largo de dos décadas de actividad clandestina— se convirtió en un recurso invaluable. Cuando las fuerzas blancas lograban avanzar sobre algún territorio, los bolcheviques ordenaban a ciertos agentes permanecer en la retaguardia para coordinar la resistencia desde las sombras. En junio de 1919, la Checa creó un departamento específico de operaciones ilegales para gestionar y apoyar la red de aquellos que habían sido «dejados atrás» deliberadamente.[9]

En 1921, cuando los bolcheviques salieron victoriosos de la guerra civil, la Checa volvió a hacer uso de aquel legado. El concepto de Lenin de combinar actividades legales con el uso intensivo de operativos clandestinos se convirtió en una de las características definitorias de la forma en que el nuevo Estado soviético organizaría su servicio de inteligencia en las décadas siguientes. El hombre que llevó por primera vez estas ideas a la práctica —el padre de la inteligencia exterior soviética— conocía de primera mano el valor de los ilegales: durante más de una década, él mismo había sido uno de ellos.

2

El Viejo
El primer jefe de la inteligencia exterior soviética

Una tarde del otoño de 1918, un rico comerciante se presentó en un hospital del remoto enclave de Blagovéshchensk ataviado con un imponente abrigo de piel de zorro capaz de resistir los climas más rigurosos. Entró tranquilamente en el vestíbulo y le entregó su abrigo al portero junto con una sustanciosa propina de tres rublos. Luego, se dirigió hacia uno de los pabellones, encontró la cama que buscaba, saludó cálidamente a su ocupante y cogió una silla.

El paciente, un hombre muy delgado y de estatura casi infantil, tuvo que esforzarse para incorporarse en la cama. Lo estaban tratando de una enfermedad pulmonar, y le costó hacerse oír cuando le devolvió el saludo.

—¿Sigues con el comercio y la especulación?

—Si hay alguien que sepa comerciar soy yo, pero las condiciones son pésimas hoy en día —respondió el comerciante con pesar—. Hay frentes abiertos por todas partes.

Otros pacientes del pabellón, muchos de ellos oficiales blancos heridos en combate, se volvieron hacia allí ansiosos por escuchar las últimas novedades en el frente.

Blagovéshchensk, situada a casi seis mil quinientos kilómetros de la capital rusa, se alza junto al extenso río Amur, que la separa de la Manchuria china. En ese extremo oriental del antiguo imperio zarista, la guerra civil se había complicado por la intervención de decenas de miles de soldados japoneses en una difusa alianza con las fuerzas blancas. Había tropas japonesas patrullando las calles de la ciudad mientras las autoridades blancas perseguían y cazaban a los revolucionarios bolcheviques y a sus simpatizantes.

Aquella tarde, en el pabellón, los dos hombres maldijeron a los partisanos bolcheviques por arruinarles la vida a los comerciantes honestos. Al caer la noche, el comerciante depositó un regalo cuidadosamente envuelto en la mesilla de noche de su amigo enfermo y, tras desearle una pronta recuperación, se levantó para marcharse. Se despidieron compartiendo en voz alta sus esperanzas de una inminente victoria de los blancos y la derrota definitiva de la peste bolchevique. Más tarde, el hombre hospitalizado abrió el paquete y, dentro del envoltorio, encontró un trozo de papel con un mensaje manuscrito: «Lenin se acuerda de ti y está seguro de que los trabajadores del remoto oriente vencerán.»[1]

Era cierto que el frágil paciente padecía una grave enfermedad pulmonar, pero todo lo demás distaba mucho de lo que parecía. Aquel hombre era uno de los principales revolucionarios bolcheviques, y coordinaba la lucha armada en los confines

orientales de los antiguos dominios del zar. Con apenas treinta y cinco años, ya se lo consideraba un veterano del movimiento clandestino. Su complexión frágil y su aspecto de intelectual ocultaban una voluntad férrea y una absoluta devoción a la causa. A lo largo de los años había adoptado múltiples identidades: se lo había conocido como el camarada Anatoli, Mijaíl Moskvin, el señor Mursky y el comerciante Stolchevski. Su verdadero nombre era Meer Trilisser, y había nacido en 1883 en la ciudad de Astracán, en el sur de Rusia, en el seno de una familia judía.

Meer y su hermano menor, David, ingresaron en el movimiento revolucionario siendo adolescentes, como muchos judíos inteligentes y ambiciosos de todo el Imperio ruso a quienes el régimen zarista escatimaba oportunidades educativas y profesionales. En 1906 asumió la responsabilidad de entrenar a unas improvisadas unidades militares bolcheviques para un posible alzamiento violento contra el dominio zarista. Viajaba con documentos falsos por la Rusia europea para reunirse con grupos clandestinos, evaluar su preparación para el combate y verificar su adhesión a los códigos de la *konspiratsiya*. [2]

A finales de ese mismo año, mientras vivía bajo una identidad falsa en la ciudad de Viborg, organizó una audaz fuga colectiva de la cárcel: durante un baile, drogó a los guardias, robó las llaves y liberó a los prisioneros. La Ojrana lo capturó en 1907 y, tras un extenso interrogatorio, fue trasladado a Schlüsselburg, una prisión situada en una fortaleza de San Petersburgo construida para encarcelar a los más peligrosos opositores políticos del zar.[3]

Pese a que jamás mostró señales de arrepentimiento, en 1914 fue liberado y desterrado a la ciudad siberiana de Irkutsk.[4]

Sus lóbregos días de exilio llegaron a su fin tras la Revolución de Febrero, cuando el nuevo gobierno concedió una amnistía a los presos políticos. Después de la Revolución de Octubre, Trilisser se convirtió en una figura clave en la lucha por afianzar el control bolchevique en regiones alejadas miles de kilómetros de San Petersburgo. Cuando los blancos conquistaron Blagovéshchensk, pasó a la clandestinidad, ocultándose en una *konskvartira* (de *konspirativnaya kvartira*: un piso franco o vivienda clandestina) para luego reaparecer haciéndose pasar por un simpatizante blanco herido. Sus problemas pulmonares le sirvieron de tapadera para una larga estancia en un hospital lleno de oficiales blancos donde podía recibir tratamiento médico y, al mismo tiempo, reunir información importante. Visitantes como el «comerciante» —quien, en realidad, era otro operativo ilegal bolchevique— le permitían mantener la comunicación con el Centro.

En diciembre de 1918 recibió el alta y se dispuso a reunir una fuerza partisana bolchevique para lanzar una nueva ofensiva militar contra los ejércitos blancos. Como varios de sus camaradas habían sido capturados y ejecutados, él y otros bolcheviques se refugiaron en remotas aldeas de la Siberia oriental, donde celebraban reuniones secretas para planificar la estrategia. Allí conoció y se enamoró de una joven maestra exiliada llamada Olga, con quien terminó casándose. Ella se convirtió en su compañera en la conspiración.

En una ocasión, planearon una audaz misión durante la cual él cruzó el río Amur evadiendo las patrullas blancas y regresó del lado chino con una provisión de medicinas y explosivos.

Trilisser ideó un sistema de códigos rudimentarios para reducir las posibilidades de que las fuerzas blancas descifraran los mensajes

enviados a Moscú. Fue detenido en dos ocasiones por agentes de la contrainteligencia blanca y en una de ellas lo torturaron, pero consiguió escapar con la ayuda de sus camaradas.[5]

En febrero de 1920, los rojos se hicieron finalmente con el poder en Blagovéshchensk. Esto le permitió a Trilisser abandonar la clandestinidad y salir a la luz. Pronunció un discurso triunfal en el primer encuentro legal de los bolcheviques de la ciudad, al que asistieron más de ochocientos partidarios para celebrar la victoria.

A principios del año siguiente, junto a su esposa y su hija recién nacida, emprendió el largo viaje en tren hacia Moscú para asistir a un congreso del partido bolchevique que reuniría a cientos de revolucionarios destacados de todo el país con el fin de coordinar las políticas y definir la estrategia a seguir. Para entonces, por órdenes de Lenin, Moscú había sustituido la imperial San Petersburgo como capital de Rusia. Mientras el tren avanzaba lentamente hacia el oeste, Trilisser debió de percatarse de la magnitud de la tarea que tenían por delante: la pobreza y la hambruna eran moneda corriente. Había niños famélicos mendigando en las estaciones, y bandas desesperadas en busca de comida asaltaban de tanto en tanto los trenes.[6]

Ya en Moscú, Trilisser y su familia se alojaron en un hotel que los bolcheviques habían requisado para uso de los miembros del partido. Tras más de una década en la cárcel, el exilio y la clandestinidad por fin podía sentirse en casa.

«Camaradas: por primera vez nos reunimos en nuestro territorio sin el acoso de fuerzas enemigas apoyadas por capitalistas e

imperialistas», declaró Lenin en la apertura del congreso, y añadió que la única manera en que los bolcheviques podrían retener el poder era mediante la unidad y una disciplina implacables.

Como defensor de una estricta disciplina partidaria, Trilisser probablemente estaba de acuerdo, pero se hallaba demasiado absorto en el emocionante y surrealista espectáculo del congreso. Después de todo, las reuniones de bolcheviques a las que se había acostumbrado se celebraban en salas pequeñas llenas de emigrados apasionados, pero irrelevantes, que debatían detalles de la teoría marxista, y ahora estaban allí, discutiendo sobre cómo gobernar el país más extenso del mundo. Siempre había creído que la revolución era inevitable, pero ver la prueba de su éxito en la vida real resultaba abrumador.

Cuando el congreso terminó, asumió un puesto en el comité central de partido que, de hecho, se había convertido en el gobierno. Olga, su esposa, también consiguió un empleo de secretaria en esa misma institución. Tanto él como ella trabajaban muchas horas impulsados por el fervor revolucionario y la sensación de que estaban contribuyendo nada menos que a una restructuración absoluta de la vida humana. En el campo «ocupación» de los formularios administrativos, Trilisser escribía «revolucionario».[7]

Ninguno de los dos tenía tiempo para lujos como el cuidado de su hija, así que, durante el día, la niña gateaba sin vigilancia por la habitación del hotel. Un día cualquiera, derribó un jarrón de flores y bebió el agua podrida que contenía. Contrajo disentería y murió poco después. La pareja lloró su muerte, pero sabían que no era momento para emociones personales: el éxito de la Revolución pendía de un hilo.[8]

Poco después, Félix Dzerzhinski, jefe de la Checa, fue a visitarlos a su habitación de hotel. Al igual que Trilisser, había sobrevivido a años de penosas condiciones en las cárceles zaristas. Su barba de candado ocultaba la mandíbula desfigurada por una paliza especialmente brutal, y aún llevaba marcas de esposas y grilletes en muñecas y tobillos. Ciertamente, Trilisser y su esposa habían pagado el precio más alto por su entrega al socialismo, pero él no hacía menos: dedicaba todas sus horas de vigilia al fortalecimiento de la Checa, con una entrega al trabajo y un ascetismo que le valieron el apodo de Félix de Hierro.[9] Sabía que los años de experiencia de Trilisser en la clandestinidad lo convertían en un candidato ideal para incorporarse a la recién creada sección exterior: el INO.

A la mañana siguiente, Trilisser se presentó en el número 2 de la plaza Lubianka, sede central de la Checa. En aquel entonces, el INO contaba apenas con unas decenas de empleados, repartidos en unas oficinas de la cuarta planta del edificio, justo frente al patio interior. Desde sus ventanas se veían las rejas de la prisión de la Checa, donde los acusados de conspirar contra la Revolución pasaban sus últimos días antes de ser ejecutados. Trilisser comenzó como subdirector, pero en cuestión de meses fue ascendido a director.

A Trilisser se lo conocía afectuosamente como el Viejo, aunque no pasaba de los cuarenta años. Su atuendo habitual —unos quevedos y una *kosovorotka*, la camisa tradicional rusa con los botones a un costado— le daba un aire más de campesino que de jefe de una despiadada organización de espionaje. Medía apenas un metro cincuenta, por lo que la mayoría de sus subordinados le sacaban una cabeza. Verlos caminar juntos por los largos pasillos de la Lubianka podía resultar, por momentos, casi cómico.

Trilisser pasaba la mayor parte del tiempo en su oficina, un despacho oscuro y cavernoso. Se sentaba de espaldas a la ventana, escribía a lápiz y fumaba cigarrillo tras cigarrillo. Una hilera de teléfonos colocados sobre el escritorio lo conectaba al instante con diversos organismos del gobierno.[10] Allí se desataban discusiones acaloradas: se debatía cómo construir coberturas creíbles para infiltrar a los ilegales en el extranjero o cómo definir los detalles de las misiones. Como en tantas otras instituciones del nuevo régimen, las reglas se inventaban sobre la marcha.

La política exterior de la recién proclamada Unión Soviética tenía dos objetivos globales, y el INO era clave para ambos. El primero, a medida que Lenin y sus camaradas consolidaban su poder dentro del país, era proteger el nuevo Estado de ataques desde el extranjero. Aunque los blancos habían sido derrotados en el campo de batalla, decenas de miles de simpatizantes zaristas seguían activos en el exilio y decididos a regresar. En ciudades como París, Praga, Harbin o Constantinopla, florecían comunidades de emigrados rusos convencidos de que el socialismo era apenas una aberración pasajera, destinada a ser barrida por la historia. Mientras tanto, los gobiernos de Europa occidental analizaban cómo ayudar a reorganizar los restos de las fuerzas blancas, y la oficina de Trilisser tenía la tarea de detectar e impedir esos planes.

El segundo objetivo del INO era facilitar la expansión de la revolución más allá de las fronteras soviéticas. Lenin estaba convencido de que un Estado socialista aislado no sobreviviría mucho tiempo rodeado de enemigos capitalistas. Por eso, los

bolcheviques ordenaron a los partidos comunistas del extranjero que establecieran redes clandestinas paralelas a las estructuras oficiales, listas para actuar cuando llegara el momento de la revolución, que por lo demás consideraban inevitable.[11]

Los Estados se habían valido de espías desde tiempos remotos, pero el concepto de un servicio de inteligencia organizado y compuesto por civiles era relativamente reciente. El Secret Service Bureau, que más tarde se convertiría en el MI6, se fundó apenas en 1909 (mientras que Estados Unidos no contó con un servicio formal de inteligencia hasta después de la Segunda Guerra Mundial). Los bolcheviques otorgaban gran importancia a la inteligencia exterior, tanto por su propia historia como movimiento clandestino y subterráneo como por el hecho de que pocos países reconocían su gobierno, lo que implicaba la falta de embajadas desde las cuales llevar a cabo actividades diplomáticas normales.

Durante la década de 1920 se abrieron misiones comerciales y embajadas en numerosas ciudades europeas, y Trilisser se encargaba de enviar a cada una de ellas agentes encubiertos «legales» del INO, asignándolos como funcionarios comerciales o diplomáticos. Sin embargo, estos nexos diplomáticos podían restringirse en cualquier momento, lo que hacía aún más valioso el uso de agentes ilegales. Trilisser contaba con una lista de operativos experimentados en trabajo clandestino, ya fuera para la red bolchevique o para partidos comunistas extranjeros. Algunos eran rusos, pero muchos eran austriacos, húngaros o alemanes que dominaban varios idiomas y podían adoptar con facilidad las identidades falsas que se les asignaban.

Casi todos los colegas de Trilisser en el INO eran hombres. Muchas mujeres habían desempeñado algún papel en el movimiento clandestino bolchevique, y los primeros debates soviéticos sobre el empoderamiento femenino eran más progresistas que los de Occidente. Sin embargo, el proyecto de igualdad de género corrió la misma suerte que la creencia de que, en la nueva utopía socialista, las estructuras estatales terminarían desapareciendo. Desde el principio, la élite política soviética estuvo dominada por hombres, y la Checa aún más.[12]

En ese ambiente machista, Trilisser tenía la reputación de ser uno de los pocos líderes considerados y empáticos, y con frecuencia recibía en su despacho de la tercera planta a intelectuales e incluso a extranjeros.[13] Pero, pese a sus buenos modales, seguía siendo un bolchevique fanático, endurecido por los años de cárcel, el trabajo clandestino y la violencia de la guerra civil. En 1925 ordenó el asesinato de Vladímir Nesterovich, un operativo de la inteligencia militar soviética que se había desilusionado y se ocultaba en el extranjero. Dos ilegales localizaron a Nesterovich en la ciudad alemana de Maguncia y lo envenenaron mientras tomaba su café de la mañana en una cafetería. Tras recibir el informe de la misión, Trilisser emitió otra orden: «Deben eliminar a los testigos, en especial a la hija del dueño del restaurante.»[14] Nadie había prometido que la Revolución sería incruenta.

Los altos cargos del gobierno fueron convirtiéndose poco a poco en una élite privilegiada, y Trilisser obtuvo algunas prebendas, como un chófer y un guardaespaldas que lo acompañaban por Moscú. Cuando Olga dio a luz a un varón, la pareja pudo contratar a una niñera para asegurarse de que no se repitiera la tragedia de la

muerte de su hija. Dejaron la habitación del hotel y se mudaron a un apartamento de techos altos en un edificio nuevo situado a una manzana de la Lubianka. Ese nuevo hogar era tan espacioso que, años después, el hijo de los Trilisser recordaría cómo se paseaba alegremente en bicicleta por los pasillos.[15]

A pesar de esas comodidades, Meer Trilisser no se volvió un burócrata de escritorio. En ocasiones viajaba al extranjero disfrazado para reunirse con agentes ilegales. En una ocasión, se desplazó a Berlín haciéndose pasar por especialista en arquitectura gótica, supuestamente para asistir a una conferencia académica. Allí logró reanudar el contacto con un valioso agente alemán y le dio instrucciones sobre cómo viajar a Moscú sin ser detectado para recibir información y entrenamiento.[16]

Una vez al mes, su chófer lo llevaba a dar un breve recorrido por el centro de Moscú, desde la Lubianka hasta la sede central de la Internacional Comunista (la Komintern). Fundada en marzo de 1919 para impulsar la causa revolucionaria a nivel mundial, esta organización era nominalmente independiente, pero en realidad estaba subordinada al gobierno bolchevique, que esperaba que facilitara el inicio de revoluciones por toda Europa.

Trilisser formaba parte de la ultrasecreta Comisión de Actividades Ilegales de la Komintern, un comité de tres camaradas encargado de organizar el entrenamiento y apoyo a los partidos comunistas extranjeros. Los otros dos integrantes también habían sido ilegales bolcheviques antes de la Revolución. Se trataba de Ósip Piátnitski, quien había dirigido una imprenta clandestina instalada en el sótano de una frutería, y Emelyan Yaroslavski, que había vivido en la

clandestinidad y atracado bancos para financiar la causa bolchevique.

A finales de julio de 1920, Trotski sostenía que en casi todos los países de Europa y América la lucha de clases estaba entrando en la etapa de la guerra civil. Sin embargo, esas revoluciones anticipadas no se materializaron, y los alzamientos que sí ocurrieron fueron reprimidos rápidamente. Un momento decisivo fue la revuelta comunista de 1923 en Alemania, que fracasó estrepitosamente y llevó a la ilegalización del Partido Comunista en ese país. Como resultado, las operaciones clandestinas se volvieron cruciales.

Trilisser y los otros miembros de la Comisión elaboraron un manual sobre las reglas de la *konspiratsiya* para entregar a los camaradas extranjeros que llegaban a Moscú para recibir formación. El folleto, marcado como «máximo secreto», compilaba las prácticas bolcheviques más exitosas del último cuarto de siglo. Proporcionaba instrucciones sobre la organización de alias, la obtención de documentos falsos y el establecimiento de comunicaciones seguras. Pero también advertía que, incluso con una estricta observancia de todas esas precauciones, las actividades ilegales seguían siendo arriesgadas. Ceñirse a las reglas de la *konspiratsiya* podía resultar tedioso, pero era esencial para ayudar al partido a organizarse y, en última instancia, para derrocar a los gobiernos burgueses opresores. [17]

En 1924 murió Lenin, a la edad de cincuenta y tres años. Incapacitado en sus últimos meses por una serie de apoplejías, no llegó a designar a un sucesor. Durante los años siguientes, Stalin

demostró ser más hábil que todos sus rivales y, a finales de la década, ya había concentrado todo el poder en sus manos. Trotski, su principal competidor por el legado de Lenin, se vio obligado a exiliarse.

Stalin defendía el concepto de «socialismo en un sólo país», según el cual la Unión Soviética debía centrarse en consolidar y proteger los logros de su propia revolución, en lugar de promoverla en el extranjero. En consonancia con esta doctrina, el INO debía enfocarse en labores de inteligencia más tradicionales, como la recopilación de información política y militar sobre otros países, en lugar de emprender acciones de sabotaje o subversión. Aunque buena parte de Occidente había comenzado a aceptar la permanencia de la Unión Soviética como una realidad geopolítica, Moscú aún no había sido invitada a unirse a la Liga de las Naciones —la organización internacional de entreguerras precursora de las Naciones Unidas—. Stalin, por su parte, estaba convencido de que las potencias occidentales conspiraban para destruir el Estado soviético.

Gran Bretaña, país al que Moscú consideraba su enemigo más peligroso en ese período, reconoció formalmente a la Unión Soviética en 1924, lo que permitió la apertura de una embajada soviética en Londres, donde podían operar agentes legales del INO bajo cobertura diplomática. Los soviéticos también utilizaron la Sociedad Cooperativa Panrusa, supuestamente un organismo neutral encargado del comercio anglosoviético, como tapadera para reunir información.

Sin embargo, en 1927 la policía británica llevó a cabo una redada en las oficinas londinenses de dicha institución, situadas en la zona de Moorgate. Tras perforar las puertas con una maquinaria especial,

encontraron una habitación secreta donde unos trabajadores quemaban apresuradamente documentos clasificados. El ministro del Interior William Joynson-Hicks calificó la operación como «uno de los sistemas de espionaje más nefandos que me ha tocado conocer». [18]

Como consecuencia del escándalo, Gran Bretaña rompió relaciones diplomáticas con la Unión Soviética. Aunque éstas se restablecieron dos años después, el episodio puso de manifiesto que Moscú no podía depender ni de los agentes legales destinados en las embajadas ni de aquellos que trabajaban bajo la endeble tapadera de enviados comerciales. Trilisser lanzó entonces una renovada campaña para enviar a ilegales sin vínculos soviéticos detectables a las principales capitales europeas y más allá.

En la lista de ilegales de Trilisser figuraba el extravagante y fabulador Yakov Blumkin, quien recorrió Oriente Medio haciéndose pasar por un comerciante persa y recopilando información sobre las estrategias políticas de Francia y Gran Bretaña. Su tapadera consistía en la venta de antiguos manuscritos religiosos robados de sinagogas de Ucrania y bibliotecas de Moscú con la autorización de las nuevas autoridades soviéticas, que eran ateas. Los beneficios de estas ventas contribuían a financiar la red de agentes de Trilisser.[19]

En la Lubianka operaba un equipo de falsificadores que proporcionaba pasaportes a los agentes para reforzar sus nuevas identidades. A veces los creaban desde cero, pero lo más habitual era alterar documentos auténticos robados de embajadas extranjeras u oficinas gubernamentales. Los pasaportes de los años veinte eran documentos relativamente endebles de una o dos páginas. No se tardaba mucho en intercambiar fotografías, mezclar

con cuidado distintos tipos de tinta para imitar los sellos y timbres oficiales y producir unas falsificaciones imposibles de detectar.[20]

En 1929 Trilisser envió a Estambul a Georges Agabékov, un agente del INO de origen armenio, con instrucciones de hacerse pasar por un vendedor de alfombras supuestamente perteneciente a la minoría armenia de Persia. Agabékov llevaba varios anillos de diamantes y una gruesa cadena de oro procedentes de un almacén de la Lubianka donde se guardaban artículos de lujo requisados a los aristócratas durante la Revolución. Debidamente atildado y provisto de un pasaporte persa falso, logró cautivar al cónsul turco en Moscú y convencerlo de que le concediera un visado.

En Estambul se le unió otro ilegal soviético que operaba bajo la identidad de un comerciante de madera austriaco, pero que en esta ocasión debía hacerse pasar por un periodista independiente. Agabékov y su compañero debían recorrer la ciudad explicando que el periodista buscaba información privilegiada sobre asuntos turcos y que estaba dispuesto a pagar por datos muy jugosos. La proposición resultó ser lo bastante atractiva como para tentar a numerosos funcionarios turcos a facilitarles información confidencial.[21]

Trilisser sentó las bases de un programa de espionaje único que, de una forma u otra, perduraría durante el siglo siguiente. Entre aquel grupo de devotos y talentosos actores-espías destacaba un hombre, tanto por lo ingenioso de sus métodos como por la magnitud de sus logros. A lo largo de su carrera, adoptó las identidades del conde húngaro József Perelly, el maderero canadiense John Wento, el

empresario griego Alexander S. Gallas, el artista holandés Hans Galleni y el aristócrata británico Robert Grenville.

Su verdadero nombre era Dmitri Bystrolyotov, y quizá haya sido el agente ilegal más brillante de toda la historia del programa.

3

El Volador Veloz

El más grande de los grandes ilegales

Para millones de ciudadanos del nuevo Estado soviético, la década posterior a la Revolución bolchevique fue una época de camaleónicas reinvenciones. Antiguos aristócratas perdieron sus mansiones y sus abrigos de piel, mientras que obreros sin estudios secundarios ascendían vertiginosamente hasta convertirse en directores de fábricas o periódicos. Sin embargo, incluso para los estándares de aquella época, la biografía de Dmitri Bystrolyotov resulta extraordinaria. Su inusual apellido —que literalmente significa «el volador veloz»— es una acertada descripción de su trayectoria vital.

Klavdiya, su madre, era una activista decidida, y pertenecía a un grupo de voluntarios que construía una aldea modelo para campesinos en Crimea. Se quedó embarazada sin estar casada ni tener pareja y dio a luz en 1901. Aparentemente, aquel embarazo fue una forma de rebelarse contra las asfixiantes normas de la sociedad.

Bystrolyotov no conoció jamás a su padre, aunque de algún modo terminó por convencerse de que pertenecía al linaje familiar de

Tolstói.

Según su propio relato, a los tres años su madre lo envió a San Petersburgo, donde vivió bajo la tutela de una aristócrata viuda. Allí aprendió francés, alemán e inglés, y recibió formación en esgrima y bellas artes. En los esporádicos encuentros con su madre, la tensión era palpable: ella despreciaba el entorno privilegiado en el que crecía y él le guardaba rencor por haberlo abandonado y negarle su afecto.

De todas formas, en 1915 volvió a vivir con su madre, esta vez en Anapa, en la costa del mar Negro. Ingresó en la academia marítima local, que ofrecía una educación tradicional combinada con una preparación para la vida en el mar. Por entonces era un adolescente apasionado y melancólico que pasaba largas horas pintando paisajes marinos y retratos al óleo, revelando un notable talento artístico. Mientras la Revolución se extendía por el país, él devoraba a Dostoyevski y meditaba sobre las grandes cuestiones de la vida.

El primer dirigente bolchevique de Anapa, un hombre de veintisiete años llamado Pavel Protapov, fue asesinado en abril de 1918, y cinco antiguos soldados del ejército zarista fueron condenados a muerte por el homicidio. En agosto, los blancos tomaron el poder y ahorcaron a varios dirigentes bolcheviques locales. Las ejecuciones públicas llevadas a cabo por ambos bandos eran presenciadas por «las mismas multitudes, comiendo las mismas pipas de semillas de girasol», recordaría más tarde Bystrolyotov.[1]

Se graduó en la academia marítima en 1919, con los blancos aún en el poder, y fue llamado a filas a bordo del *Rion*, un enorme carguero que zarpó en agosto rumbo a Sebastopol, Crimea, como parte de la flota blanca. La península seguía siendo un bastión de los

blancos, pero nadie sabía por cuánto tiempo más. En los periódicos se hablaba de «juergas, borracheras y orgías» en la ciudad, que parecía sucumbir a una especie de histeria nerviosa. Bystrolyotov, que acababa de cumplir dieciocho años, se sentía desamparado, como una hoja arrastrada por ráfagas de viento.[2] A principios de 1920, mientras los blancos se peleaban entre ellos y los rojos avanzaban hacia Crimea, encontró un barco que partía hacia Constantinopla y logró viajar como polizón en la carbonera.

Había huido de la agitación que acompañaba el fin de un imperio y cruzó el mar Negro para llegar a una realidad semejante. Mientras el Imperio otomano daba sus últimos coletazos y la facción nacionalista de Mustafá Kemal cobraba fuerza, Constantinopla —ocupada conjuntamente por británicos, franceses e italianos— estaba atestada de refugiados: armenios que huían de Anatolia, musulmanes desplazados de Grecia y los Balcanes y, a medida que pasaban los meses, cada vez más rusos que escapaban del avance rojo. Muchos vendían sus últimas pieles y perlas para conseguir alimentos. A finales de 1921, uno de cada seis habitantes de la ciudad era un refugiado ruso. Su lengua se oía por toda la ciudad, en los mercados, restaurantes y clubes nocturnos.[3]

Dmitri encontró trabajo en un buque que recorría la costa del mar Negro. La tripulación era multinacional y sus miembros tenían poco en común, salvo sus musculosas complexiones. Ese pintor intelectual, que parecía demasiado refinado para la dura vida en cubierta, les resultó un blanco fácil. Para poner fin a los abusos, Bystrolyotov compró un cuchillo en un puerto y juró que cortaría el cuello al primero que se atreviera a maltratarlo. No tardó en acostumbrarse al consumo excesivo de alcohol, a las frecuentes

peleas y a las visitas a los burdeles en tierra. «Yo era una oveja que fingía ser un lobo... hasta que terminé convertido en un lobo hecho y derecho», recordó más tarde.[4]

Finalmente abandonó la navegación y regresó a Constantinopla, donde el mercado laboral rebosaba de rusos desesperados. Había académicos trabajando de camareros y músicos profesionales que tocaban en la calle por unas monedas. Bystrolyotov se presentaba a cualquier trabajo que surgiera, fingiendo ser un experto en lo que hiciera falta —yesería, cocina, oficios varios—, hasta que lo descubrían y lo despedían.

En 1922, cuando las fuerzas de Kemal estaban a punto de hacerse con el poder, dejó Constantinopla y puso rumbo a Checoslovaquia. En Praga, logró que lo admitieran en una facultad rusa de Derecho donde cientos de compatriotas que habían huido de la Revolución estudiaban el derecho de la época zarista con profesores también refugiados.[5] La mayoría creía que el régimen soviético no duraría mucho y que pronto podrían regresar a casa.[6]

Encontró un empleo a tiempo parcial como sepulturero en un cementerio, lo que le permitió llegar a fin de mes. Vivir al borde de la pobreza despertó en él una rabia que lo empujó hacia la ideología soviética y lo distanció de los emigrados blancos que conformaban la mayoría de la comunidad rusa en Praga. Leía a Nietzsche y a Lenin al mismo tiempo que estudiaba el ya obsoleto código legal zarista. Tras los meses pasados en alta mar, no dudaba en respaldar sus convicciones políticas con los puños: pocos días después de la muerte de Lenin, en enero de 1924, se enzarzó en una pelea con un estudiante monárquico que pretendía desfigurar un retrato del líder

soviético. El altercado fue lo bastante llamativo como para aparecer mencionado en los periódicos de Praga.[7]

En abril de 1925, en su calidad de jefe de la pequeña asociación prosoviética de estudiantes de Praga, Bystrolyotov recibió una invitación para participar en una conferencia que reuniría en Moscú a trescientos dirigentes estudiantiles de toda la Unión Soviética para debatir sobre cómo comprometer a las universidades con la construcción de una sociedad nueva.[8]

Era su primer contacto con el Moscú soviético, y de inmediato quedó fascinado por el ambiente de optimismo revolucionario que reinaba en la capital del nuevo Estado socialista.[9]

El acto inaugural se celebró en la imponente sala columnada de la antigua Asamblea de la Nobleza, rebautizada como «la Casa de los Soviets», y comenzó con un minuto de silencio en memoria de Lenin. Inmediatamente después, el mismísimo Stalin les dio la bienvenida a los delegados, algunos de los cuales habían viajado durante semanas a través de la vasta geografía soviética. Luego tomó la palabra Anatoli Lunacharski, el comisario bolchevique de Educación, quien explicó que la enseñanza superior estaba llena de enemigos de clase y elementos reaccionarios. «Debemos impulsar a los jóvenes más capaces del campesinado y el proletariado para que tomen por asalto las fortalezas del conocimiento en el menor tiempo posible», dijo entre prolongados aplausos.[10]

Aunque aquel foro resultó una experiencia estimulante para Bystrolyotov, no era el verdadero propósito de su viaje. Los observadores del INO en Praga lo habían identificado como un

posible recluta, y Artur Artuzov, el adjunto de Trilisser, deseaba evaluarlo personalmente. Se reunieron en la sala de visitas de una antigua mansión aristocrática, donde Bystrolyotov encontró a Artuzov repantigado en un sofá. Desde una silla lo observaba con gesto receloso Mijaíl Gorb, otro agente del INO cuya labor consistía en examinar a los candidatos con potencial y detectar eventuales agentes dobles.

—Háblame de ti —dijo Artuzov mientras Gorb seguía clavándole los ojos—. Necesito conocer tus antecedentes. No es necesario que te extiendas demasiado, pero tampoco te quedes corto.

Bystrolyotov habló de su educación privilegiada en San Petersburgo, de sus aventuras en el mar y de su vida en Constantinopla y más tarde en Praga. Artuzov quedó impresionado: aquel joven locuaz parecía un comunista convencido, pero con modales de aristócrata. Se volvió hacia Gorb y le dijo:

—¡Podemos usarlo en las altas esferas, Misha, entre la élite![11]

Bystrolyotov no se convirtió enseguida en un agente ilegal. Regresó a Praga como parte del cuerpo de agentes legales del INO. Oficialmente, era asesor económico de la delegación comercial soviética, pero en realidad operaba bajo la supervisión de un «residente legal» llamado Golst, un alto mando del INO que se hacía pasar por subsecretario de esa misma delegación comercial.[12] Golst asumió el papel de mentor del nuevo recluta y le explicó que su función consistiría en moverse por los circuitos diplomáticos y empresariales de Praga. Debía establecer contactos y ganarse la

confianza de personas con potencial para ser reclutadas en favor de la causa soviética.

Pero en Moscú se vivía una urgente necesidad de acceder a conocimientos técnicos y científicos del mundo occidental, así que la primera misión de Bystrolyotov —una misión de apariencia modesta — fue obtener la fórmula del betún fabricado por Bata, un reconocido fabricante de calzado con sede en Checoslovaquia.

En menos de un año, Bystrolyotov ya había transformado por completo su imagen. Atrás quedaba el desaliñado marinero convertido en estudiante de Derecho; en su lugar emergía un impecable hombre de negocios con traje a medida, guantes de ante, bigote meticulosamente recortado y sonrisa seductora. Sus ojos, de un azul glacial, brillaban con un encanto travieso, y su cabello, peinado con esmero y partido por una raya perfectamente centrada, completaba su aire sofisticado. Solía llevar un pañuelo multicolor anudado con aparente descuido —aunque cuidadosamente calculado — que añadía un llamativo toque de elegancia y le granjeaba miradas de admiración en los bares y restaurantes de Praga. Era, sin duda, una transformación notable para alguien que había vivido durante años al borde de la pobreza.

Él, por su parte, insistía en que todo aquello no era más que un uniforme de combate en su lucha contra los enemigos de la Unión Soviética: «No bebí ni una gota de alcohol, no fumé ni un cigarrillo ni pisé un club nocturno por placer. Aprendí a hacer todo eso para combatirlos. Y lo hice bien», declararía más tarde. Una afirmación difícil de creer, por decirlo con suavidad.

Sus superiores en Moscú no tardaron en notar que no tenía demasiados reparos respecto a los métodos empleados a la hora de

reclutar a fuentes femeninas. «Resultaba atractivo para las mujeres; se les acercaba con rapidez y compartía la cama con ellas», consignó uno de los informes en su expediente. El INO decidió entonces aprovechar al máximo esa habilidad.

La Unión Soviética buscaba consolidarse como un actor serio en la escena internacional y aprovechar las tensiones entre las principales potencias capitalistas. Para ello, conocer el pensamiento interno de los servicios diplomáticos occidentales resultaba crucial. Por instrucciones de Trilisser, los operativos del INO en toda Europa recibieron la orden de dar máxima prioridad a la obtención de informes y códigos confidenciales de los gobiernos europeos.

Ya en 1924, el INO había logrado reclutar a un mensajero de la embajada británica en Roma, quien, a cambio de dinero, entregaba a sus contactos soviéticos copias de comunicaciones diplomáticas. Pero las secretarias representaban otro posible punto débil, y con frecuencia tenían acceso a materiales clasificados.

Fue así como Bystrolyotov y Golst idearon un plan para reclutar a Marie Aucouturier, una joven de veintinueve años que trabajaba como secretaria en la embajada francesa en Praga. Bystrolyotov inició con ella una relación que pronto derivó en romance. Le aseguró que en breve sería destinado a la embajada soviética en Washington y le propuso matrimonio, a lo que ella aceptó entusiasmada.

Poco después, sin embargo, regresó para verla con aire abatido y le explicó que sus superiores en Moscú habían vetado el enlace con una extranjera a menos que ella demostrara lealtad a la causa

soviética. Le sugirió que le facilitara documentos, claves y códigos de la embajada francesa. Marie se resistió a traicionar a su país, pero su devoción por aquel apuesto amante terminó por doblegarla. Acabó entregándole la información requerida.

Durante los dos años siguientes, Bystrolyotov fue extrayendo cada vez más información, renovando su promesa de boda y asegurándole que el traslado de ambos a Washington sufría apenas leves demoras, pero era inminente.

Durante el mismo período, Bystrolyotov conoció y se enamoró de Iolanta Shelmatova, hija de un comunista checo.[13] La vio por primera vez mientras repartía folletos comunistas en el centro de Praga y quedó prendado de sus rasgos delicados y sus ojos melancólicos. Iniciaron una conversación, salieron un par de veces y se casaron esa misma semana. No tardó en incorporarla como asistente en su trabajo.

Su prometida francesa, por su parte, ignoraba por completo la existencia de la flamante esposa, y él alternó durante varios meses entre las camas de ambas mujeres, que no podrían haber sido más distintas: Iolanta era apasionada, volátil y sufría episodios de depresión, mientras que Marie era recatada, educada y anhelaba sentar cabeza.

«No hay lucha sin sacrificio, y los tres fuimos víctimas», reflexionó él años más tarde, en una valoración decididamente indulgente sobre su propio papel en aquel enredo.

Cuando sus superiores lo informaron de que ya no necesitaban los cables franceses que suministraba Marie, él le dijo que había recibido la orden de regresar a Moscú de inmediato. La boda quedaba cancelada. Marie, devastada por la noticia, se desplomó en

el suelo, se aferró a sus tobillos y rompió en gritos desesperados. Él la observó en silencio, consumido por un odio feroz hacia sí mismo. Se soltó de sus brazos, dio media vuelta y se marchó.

Sentía que las exigencias de su oficio lo habían envilecido, y comenzó a hacer planes para regresar con Iolanta a Moscú, donde aspiraba a estudiar Economía. Pero sus superiores tenían otros planes. La inteligencia soviética estaba ampliando sus operaciones en Europa y sus habilidades no habían pasado desapercibidas. Golst, el oficial que lo supervisaba en Praga, fue transferido a Berlín en 1928 y le sugirió que se le uniera allí no sin advertirlo de que se trataba de una misión verdaderamente clandestina «con un nombre distinto y un pasaporte falso, una tarea peligrosísima, sin respaldo ni apoyo».

Iolanta le suplicó que se negara y regresara a Moscú como habían planeado. Tras una noche en vela discutiendo, Dmitri accedió. Pero el atractivo de la vida como ilegal era muy grande. Al día siguiente, fue a ver a Golst con la intención de rechazar la oferta, pero, en cambio, aceptó sin pensarlo.

Como agente ilegal ya no podía utilizar documentos soviéticos, pero, una vez en Berlín, Golst lo envió con el cónsul griego en Dánzig. Tenía información de que era un personaje turbio, susceptible de ser persuadido para emitirle un pasaporte. Se trasladó a aquella ciudad y, una vez en el consulado, afirmó que se llamaba Alexander S. Gallas y que había nacido en Salónica, aunque sus padres habían huido de Grecia cuando él era apenas un bebé. Por eso, aseguró, no hablaba una sola palabra de griego, pese al amor ilimitado que sentía por su lugar de origen.

La estratagema funcionó y pudo marcharse de Dánzig con un flamante pasaporte griego. De regreso en Berlín, decoró su apartamento con fotografías del puerto de Salónica, se unió a la iglesia ortodoxa local y entabló amistad con empresarios griegos. El Centro lo ayudó a establecer en Berlín un negocio de exportación de productos textiles que le proporcionaba ingresos y una coartada para viajar.

Los ilegales de épocas posteriores necesitarían años de ardua preparación psicológica para asumir una identidad diferente. Para Bystrolyotov, en cambio, aquello era casi instintivo. A lo largo de su vida, las circunstancias lo habían obligado a transformar sus convicciones una y otra vez. Había vivido como aristócrata y como refugiado; había sido un estudiante rodeado de libros y un trabajador manual. Había apoyado a los blancos y después a los rojos. Hablaba con fluidez ruso, inglés, francés, turco y checo... y apenas tenía veintiocho años.

Para 1929 el INO contaba con una red de «residentes ilegales» que operaba en toda Europa, en paralelo a las redes de ilegales de la Komintern y la inteligencia militar soviética. Algunos de esos agentes eran ciudadanos soviéticos encubiertos, mientras que otros eran comunistas nacidos en el extranjero que trabajaban para Moscú. El nuevo supervisor de Bystrolyotov en Berlín era uno de esos residentes ilegales. Se llamaba Boris Bazárov, y era un ruso que había combatido con los ejércitos blancos en la guerra civil, pero había cambiado de bando en 1921 y se había ofrecido a trabajar para la inteligencia soviética en Berlín. Tras pasar los siguientes años

en Viena y los Balcanes dirigiendo a agentes ilegales, había regresado a Berlín en 1927.[14] Desde allí supervisaba operaciones con ilegales en Alemania, Francia y Gran Bretaña orientadas a obtener información económica y diplomática de las principales potencias europeas.

Bazárov necesitaba a Bystrolyotov para que lo ayudase con una fuente particularmente complicada. Se trataba de un inglés que se había presentado tiempo atrás en la embajada soviética vistiendo una chaqueta raída de color marrón y con aspecto nervioso. Según dijo —en un francés bastante limitado—, se llamaba Charlie Scott, y quería que lo recibiera el agregado militar.

Lo atendió el agente del INO asignado a la embajada y él le aseguró que era oficial de imprenta en el Ministerio de Exteriores británico y que hablaba en nombre de un contacto dispuesto a vender documentos diplomáticos secretos a cambio de dinero en efectivo.

Según dijo, su fuente incluso podría proporcionar los códigos necesarios para descifrar cientos de despachos cifrados del Foreign Office. La única condición era el anonimato absoluto: si detectaban que los soviéticos intentaban averiguar la verdadera identidad de cualquiera de los dos, cortarían todo contacto de inmediato.

El Centro le había encargado a Bazárov que se hiciera cargo de Charlie, por lo que éste había empezado a viajar con regularidad a París, bajo la identidad de un comunista italiano de apellido Da Vinci, para recibir documentos del hermético inglés y entregarle dinero en efectivo a cambio. Por supuesto, Charlie sabía que estaba tratando con los soviéticos, pero, al presentarse como un europeo occidental,

Bazárov reducía las probabilidades de despertar sospechas entre las autoridades locales.[15]

En un principio, todos estaban encantados con la nueva fuente; sin embargo, con el tiempo, la calidad y cantidad de la información habían comenzado a disminuir. Entonces Bazárov le había exigido a Charlie que revelara la identidad de su contacto en el Ministerio de Asuntos Exteriores para que pudieran establecer un vínculo directo con él, pero Charlie se había negado en redondo.

La instrucción del Centro había sido clara: presionarlo para que se sometiera y volviera a suministrar documentos valiosos. El plan de Bazárov consistía en descubrir su identidad y amenazarlo con ponerlo al descubierto.[16]

Ahí entraba Bystrolyotov, que para entonces había empezado a utilizar un flamante pasaporte checoslovaco a nombre de József Perelly.

Según la leyenda que se habían inventado —las «leyendas» eran las historias con las que sustentaban las falsas identidades—, Perelly había nacido en Bratislava, en una familia perteneciente a la nobleza húngara que lo había perdido todo en la Primera Guerra Mundial y se había visto obligada a mudarse a Budapest para tratar de mejorar su situación.

Para dar vida a Joe Perelly, Bystrolyotov se había tenido que trasladar durante un tiempo a Budapest.[17] Allí, tras encargar trajes y sombreros a sastres locales y mandar confeccionar un juego de pipas adornadas con lo que se suponía que era el escudo de armas de los Perelly, se pasó varios días observando el comportamiento de las élites locales en los animados cafés de Pest y varias noches asistiendo a recepciones de las elegantes mansiones de Buda.

Reunió una pequeña biblioteca de historia, literatura y arte húngaros y, para acabar de reforzar su nueva identidad, se hizo fotografiar frente a varios monumentos emblemáticos a ambos lados del Danubio.

Incluso se atrevió a acercarse al cardenal primado de Hungría para pedirle que posara con él en una foto y, tras imprimir la imagen, la colocó entre las hojas de su pasaporte. De ese modo, podía alegar que el cardenal era un pariente lejano y una prueba viviente de su respetable linaje.

La coartada era impecable y le serviría durante años. Sólo había un problema: debía evitar a toda costa el contacto con húngaros auténticos, que descubrirían rápidamente que apenas hablaba unas pocas palabras de su supuesta lengua materna. El húngaro, con su gramática endiablada y su vocabulario impenetrable, estaba fuera del alcance incluso de sus formidables dotes lingüísticas.[18]

Ya instalado en su nueva identidad, Bystrolyotov viajó a París. Con el pelo oscuro peinado con raya al medio y unas gafas de media luna apoyadas delicadamente sobre el puente de la nariz, adoptaba la mezcla de altivez y tedio que solía caracterizar al aristócrata caído en desgracia, una figura habitual en la Europa de entreguerras.

Una noche, llegó a un restaurante concurrido y un camarero lo condujo a una mesa donde Bazárov —en el papel del italiano Da Vinci— conversaba con Charlie, quien vestía su habitual traje raído de color marrón y lucía su no menos habitual expresión de nerviosismo. Ambos hombres lo miraron con curiosidad.

Él se llevó una mano a la frente, como irritado consigo mismo, y se disculpó por la intromisión. Avergonzado, explicó que tenía una cita con Da Vinci más tarde, pero se había confundido de hora.

Bazárov fingió molestia, pero terminó por invitarlo a quedarse, ya que estaba allí. Él agradeció el gesto, se presentó al inglés como Joe Perelly y tomó asiento.

El crac del año anterior en Wall Street aún no se había hecho sentir con toda su fuerza en Europa, y la decadente atmósfera de *les années folles* seguía en el aire. París continuaba atrayendo a artistas e intelectuales de todo el continente, así como a emigrantes y aventureros de todas las nacionalidades y creencias.

Cualquiera que esa noche hubiera estado observando el restaurante no habría considerado especialmente llamativo el encuentro de aquellos tres hombres en la treintena: un italiano de labios carnosos que hablaba en un tono autoritario e irritable, un inglés que bebía en exceso y un conde húngaro venido a menos.

Mientras tomaban unas copas, Da Vinci —Bazárov— increpó a Charlie por la calidad decreciente de los documentos que le entregaba mientras Perelly —Bystrolyotov— lo escuchaba en silencio lanzándole al inglés miradas cómplices de vez en cuando.

Cuando Bazárov se ausentó un momento, Bystrolyotov inició una diatriba cuidadosamente ensayada sobre aquel «italiano» desagradable y agresivo, e insinuó que él y Charlie estaban, en el fondo, en una situación parecida.

De no haber sido por la pérdida de su fortuna familiar, se lamentó, jamás habría tenido que acercarse a alguien como Da Vinci. Le confesó a Charlie que se había visto obligado a pasarle información a aquel tipo —que, supuso en voz alta, era un comunista que trabajaba para Moscú— sólo para asegurarse los medios mínimos con los que sostener algo parecido a un estilo de vida civilizado.

Charlie no decía nada, pero asentía.

Al final, aceptó reunirse de nuevo con Perelly. En esa nueva cita, Bystrolyotov volvió a referirse lastimosamente al terrible aprieto en el que se había metido con Da Vinci, y soltó que esperaba poder contar con la ayuda de Charlie. Intuyendo que al inglés le gustaba beber, no paraba de servirle alcohol, pero Charlie era demasiado cuidadoso y no reveló gran cosa. Al terminar la velada, intentó seguirlo por las calles de París, pero Charlie consiguió despistarlo. Era demasiado espabilado como para ser un mero oficial de imprenta, pensó Bystrolyotov. Se comportaba como un operativo de inteligencia disciplinado y bien entrenado.

En una reunión posterior, Charlie reveló por fin su domicilio en París y, cuando Bystrolyotov se pasó por allí al día siguiente, se encontró con una obra en demolición.

De todas maneras, Bystrolyotov era tan paciente y persistente como Charlie era astuto, y al final logró un avance importante gracias a una pareja de checoslovacos a los que había contratado como asistentes. Mientras seguían de cerca al escurridizo inglés, lo vieron entrar en el Napoleón, un elegante hotel en la avenue de Friedland, no lejos del Arco de Triunfo. Después confirmaron que se alojaba en la tercera planta.

Tras visitar él mismo el hotel y averiguar que Charlie estaba registrado bajo el nombre de Ernest Oldwell, Bystrolyotov viajó a Londres, pero cuando buscó el apellido Oldwell en la guía telefónica no encontró ninguna coincidencia. De regreso en París, el día antes de que él y Da Vinci tuvieran que encontrarse con Charlie para otra entrega de documentos, volvió al Napoleón, subió hasta la habitación del inglés y tocó a la puerta.

Cuando el otro le abrió, él se disculpó profusamente y le explicó que había ido a verlo para cambiar la fecha de su próxima reunión, aunque sin revelar cómo había dado con ese alojamiento. Luego se despidió con cortesía: ya había obtenido la información que necesitaba.

Sobre el cuero de la bolsa de viaje de Charlie, que estaba tirada en un rincón de la habitación, había observado tres letras en relieve: E. H. O. Ernest Oldwell sin duda era un alias, pero no debía de estar muy lejos de su verdadero nombre. También dedujo que, si Charlie estaba allí por asuntos relacionados con el Ministerio de Asuntos Exteriores británico, con toda probabilidad participaría en la próxima reunión de la Liga de las Naciones en Ginebra.

Decidido a seguir la pista, Bystrolyotov viajó en tren hasta allí y luego se dirigió al hotel Beau Rivage, donde solían alojarse las delegaciones. Encontró una lista de los delegados británicos y localizó un nombre que encajaba: Ernest Holloway Oldham. Tras merodear un rato por el vestíbulo, vio a Charlie entrar y sentarse a la barra. Con buen ojo para el efecto dramático, se sentó junto a él sin saludarlo y, cuando el inglés se volvió y vio a Joe Perelly a su lado, se puso mortalmente pálido.

«Lo teníamos cogido por el cuello», apuntó Bystrolyotov alegremente en su informe posterior del encuentro.[19]

Bystrolyotov informó a Bazárov de que había descubierto la identidad de Charlie, y ambos —disfrazados de Perelly y Da Vinci— viajaron a Londres para visitar a Ernest Oldham en su propia casa. Esta vez Bystrolyotov no tuvo problemas para encontrar la dirección

en la guía telefónica: era una elegante mansión en el acomodado barrio de Kensington, lo que, para él, era prueba de que Oldham pertenecía a una adinerada estirpe aristocrática.

Se trataba de una suposición razonable —por aquel entonces, el Ministerio de Asuntos Exteriores era una red de antiguos compañeros de estudios, y muchos de sus empleados se conocían de escuelas privadas o de Oxbridge— pero completamente errada: Ernest era una anomalía entre sus colegas.

Hasta un par de años antes, había vivido con sus padres, ambos maestros de escuela, en una casa adosada del suburbio obrero de Edmonton. Había asistido a la escuela pública y entrado en el ministerio como oficinista a los diecinueve años, para luego alistarse en las fuerzas armadas durante los últimos coletazos de la Primera Guerra Mundial. Tras una temporada en el hospital por una conmoción cerebral, regresó a Inglaterra «deshecho y hundido», según sus familiares.[20]

Sus orígenes humildes habían truncado su sueño de una carrera internacional en el servicio consular. En cambio, había tenido que conformarse con un puesto en el recién creado Departamento de Comunicaciones, a cargo de codificar mensajes de Londres a las misiones británicas en todo el mundo. A mediados de la década de 1920, supervisaba la red de comunicaciones de Gran Bretaña con Europa y Oriente Medio y realizaba frecuentes viajes al extranjero para comprobar las rutas y la logística utilizadas por los mensajeros oficiales. Era un papel importante, pero que seguía considerándose inferior al «verdadero» trabajo diplomático.

Sus circunstancias cambiaron cuando conoció a Lucy Wellsted, una viuda nacida en Tasmania y doce años mayor que él. No parecían

hechos el uno para el otro, pero de algún modo congeniaron y acabaron casándose en 1927. La renta vitalicia que Lucy percibía, según el testamento de su difunto marido, cuadruplicaba el salario de Ernest, lo que les permitió comprar una mansión en Kensington y costearse otros lujos propios de la alta sociedad, como una criada y un coche con chófer. Para Ernest, aquello supuso un notable ascenso social, y se esforzó por integrarse en su nuevo círculo. Empezó a vestir camisas con su monograma bordado y se hizo socio de un club privado. Al evaluar a Oldham, Bystrolyotov había confundido las maneras afectadas del aspiracionista con comportamientos propios de la aristocracia.

Poco después, salió a la luz una cláusula inesperadamente dura del testamento: si Lucy volvía a casarse, perdía el derecho a percibir la pensión. De la noche a la mañana la pareja se vio obligada a arreglárselas con el modesto sueldo que Ernest percibía en el ministerio. La nueva situación económica tensó la relación: él empezó a beber en exceso y ella llegó a amenazar con abandonarlo.

La mezcla de frustración y ambición suele ser caldo de cultivo de quienes terminan traicionando a su país. Agobiado por la falta de dinero y aún resentido con sus superiores por haberle cerrado el paso a una carrera diplomática, Ernest se convirtió en una bomba de relojería.

No pasó mucho tiempo antes de que se presentara en la embajada soviética en París para ofrecer sus servicios.[21]

Bystrolyotov llegó a la mansión de Kensington ataviado con un traje elegante y dispuesto a darle a Ernest Oldham otra desagradable

sorpresa, pero se encontró cara a cara con Lucy. Parecía molesta por su presencia. Le aseguró que Ernest no estaba. A él le llamó la atención su belleza. Se presentó como Joe Perelly, representante de un banco de Dresde en el que el señor Oldham tenía algunos activos financieros. Tras explicarle que la terrible situación de los mercados bursátiles mundiales amenazaba las participaciones de su marido, insistió en que necesitaba hablar con él de inmediato.

Cuando la conversación derivó hacia el dinero, Lucy pareció mostrarse más interesada. Bystrolyotov olfateó una oportunidad para introducirse en los asuntos familiares de Ernest y, sin rodeos, la invitó a almorzar al Ritz al día siguiente. Allí, mientras compartían una costosa botella de borgoña, Lucy le confesó que su esposo estaba ingresado en una clínica de rehabilitación para alcohólicos en Rendlesham. Le pidió que fuera a verlo y tratase de convencerlo de que tomase en serio su tratamiento.

La clínica ocupaba un edificio tan grandioso como sombrío. Los pacientes recibían purgas químicas e inyecciones de estricnina. Al llegar, Bystrolyotov encontró a Ernest dormido en un sillón. Cuando éste despertó y vio a «Joe Perelly» sonriéndole, debió de preguntarse si las drogas le estaban afectando la mente.

—Maldito seas —murmuró aturdido.

Bystrolyotov le explicó que, por el bien de todos, era imperativo que se despejara, volviera al trabajo y empezara a suministrar un flujo renovado de material que mereciese la pena. Luego regresó a Londres y, al llegar a la mansión de Kensington para informar a Lucy de los progresos de Ernest, ella lo recibió con calidez y lo invitó a pasar. Apenas tuvo tiempo de dar un sorbo a la bebida que le había servido cuando la situación se precipitó.

Bazárov, en su informe al Centro, describió la escena que se suponía que había tenido lugar: «Con el desparpajo de una prostituta de puerto, se subió el vestido, abrió las piernas y le rogó que no perdiera el tiempo.»[22]

Años más tarde, cuando el propio Bystrolyotov contó la historia, afirmó que, tras el acto, sudoroso y sonrojado, se encerró en el cuarto de baño, se miró al espejo con asco y se preguntó qué demonios había hecho. Tanto su sorpresa como su horror resultan algo forzados: al fin y al cabo, había interpretado con entusiasmo el papel de extranjero seductor y canalla desde su primer encuentro con Lucy.

En todo caso, para entonces ya tenía a Ernest en el bolsillo y a Lucy en su cama. Cuando Ernest salió de la rehabilitación y se reincorporó a su trabajo, él se marchó de Londres. Comenzaron a reunirse ocasionalmente en diferentes ciudades de Europa para intercambiar paquetes de documentos por dinero en efectivo.

Consiguió que uno de los hijos del primer matrimonio de Lucy se alojara en casa de una adinerada familia alemana, lo que les dio un pretexto para realizar frecuentes viajes a Berlín, donde podían efectuar los intercambios. La información sustraída por Oldham, que terminaría llenando veintiséis carpetas en los archivos del Centro, en Moscú, ofrecía una visión detallada de la diplomacia secreta europea en los años comprendidos entre la crisis del veintinueve y el ascenso del nazismo. En conjunto, proporcionaron a la Unión Soviética —que aún no formaba parte de la Sociedad de Naciones— una información vital tanto sobre la política europea como sobre los cálculos que Gran Bretaña estaba haciendo a puertas cerradas.

En noviembre de 1932 el INO premió a Bystrolyotov con una pistola como reconocimiento a su exitosa labor. Llevaba grabada la frase: «Por su batalla implacable contra los enemigos de la Revolución.»

Tal como Bystrolyotov y Bazárov habían planeado, Ernest Oldham veía en Joe Perelly a un noble caído en desgracia. Quería ayudarlo, e incluso logró procurarle una nueva identidad a mediados de 1932. En una muestra de lo laxa que era la seguridad del Ministerio de Asuntos Exteriores en aquella época, le bastó con pedirles a sus colegas un pasaporte para su amigo Robert Grenville, un aristócrata británico residente en Canadá. Se lo entregaron sin hacer preguntas y, así, Bystrolyotov sumó un valioso pasaporte británico a su colección.[23]

Pero el espectro del alcohol seguía cerniéndose sobre Oldham, y cada vez era más habitual que sus colegas lo encontraran borracho o dormido en el trabajo. A menudo, ni siquiera se presentaba en la oficina. En los años treinta no era fácil que despidieran a un empleado del ministerio, pero él lo consiguió. Al notar su extraño comportamiento, algunos colegas empezaron a sospechar que pudiera estar extrayendo material confidencial de la oficina y sus superiores lo suspendieron sin derecho a pensión.

En un telegrama al Centro, Bystrolyotov informó de que, tras aquello, Oldham mostraba «una apatía total, constantes vómitos e incapacidad para hablar y moverse».[24] Le preocupaba que, si era interrogado, pudiera confesar la verdad. Lo más prudente era interrumpir todo contacto.

Sin embargo, si lograba averiguar la identidad de la fuente de Oldham, podría establecer un vínculo directo y seguir obteniendo información valiosa para Moscú. Ideó entonces un plan que consistía en ofrecerle una pensión vitalicia a cambio de que lo pusiera en contacto con su fuente.

Bystrolyotov volvió a Londres en diciembre de 1932 y visitó a Oldham justo el día de Navidad. Lo encontró completamente desaliñado, dormido en un sillón.

—Lárgate, zorra —murmuró, creyendo que se trataba de su esposa, cuando él lo sacudió para despertarlo.

Junto con Lucy, organizaron el traslado de un Oldham semiinconsciente a la clínica de Rendlesham.

Bystrolyotov notó que ella tenía hematomas en la garganta: Oldham había intentado estrangularla. «Pasó tres días en cama, tomando sedantes, mientras yo procuraba convencerla de que no se suicidara», escribió él en su informe.[25]

Era, al mismo tiempo, su torturador y su consejero.

En mayo de 1933 Oldham apareció inesperadamente en París en mejor estado y con un nuevo fajo de documentos en un paquete sellado del Ministerio de Asuntos Exteriores. Le aseguró a Bystrolyotov que había tenido que pagarle a su fuente con su propio dinero y le exigió un reembolso que el otro le entregó sin chistar.

Hitler había llegado al poder apenas dos meses antes, y el pulso de la diplomacia internacional era más importante que nunca. Los soviéticos agradecían cualquier información sobre el pensamiento estratégico británico.

Un mes más tarde, Oldham volvió a presentarse en París, esta vez acompañado de Lucy. No llevaban ningún paquete, pero insistieron

en que necesitaban dinero. Bystrolyotov los acompañó de regreso a Londres y, apenas un día después de llegar, tuvo que intervenir para impedir que Oldham agrediera a su esposa en un ataque de furia provocado por la bebida.

Lucy le contó que un antiguo colega de Oldham, Thomas Kemp, la había visitado y le había hecho preguntas sobre los contactos de su marido. Había dos posibilidades: o bien Kemp estaba investigando a Oldham por sospechas de espionaje —en cuyo caso él mismo podría estar en peligro—, o bien era la verdadera fuente, y podía establecerse contacto directo con él para mantener el flujo de documentos.

El Centro ordenó que averiguara cuál de las dos hipótesis era cierta, pero Bazárov manifestó sus dudas. En su opinión, era posible que Bystrolyotov terminara «liquidado por el enemigo» durante esa última etapa de la misión. No obstante, el mismo Bazárov concluyó que el riesgo merecía la pena: «Retirarlo ahora implicaría la pérdida de una fuente tan importante que debilitaría nuestra defensa e incrementaría el poder del enemigo», escribió a Moscú.

Le ordenó a Bystrolyotov que intentara arreglar un encuentro con Kemp, pero antes un mensajero le entregaría dos objetos junto al lago Serpentine de Hyde Park: su pasaporte griego y una pistola. Le servirían si tenía que huir, y la pistola le permitiría suicidarse en caso de que lo atraparan. Bystrolyotov llegó al sitio indicado y esperó. Poco después, para su sorpresa, vio un rostro familiar asomando entre la gente que iba y venía al parque: Iolanta, su esposa.

El matrimonio de Bystrolyotov había estado marcado por dificultades derivadas de la separación, la infidelidad y las actividades clandestinas, un cóctel explosivo que afectaría a la vida de muchos agentes encubiertos en las décadas siguientes. El primer año que pasaron juntos fue razonablemente feliz, a pesar del romance de Bystrolyotov con la secretaria de la embajada francesa. Sin embargo, poco después Iolanta cayó en una severa depresión.

Un psiquiatra al que consultó en Praga le diagnosticó un trastorno límite de la personalidad, la «identificó» como bisexual, recomendó que la ingresaran de inmediato en una clínica y le sugirió a Bystrolyotov que dicho trastorno podía ser causa de divorcio.[26] Pero él se negó, incluso cuando quedó claro que ella también mantenía sus propias aventuras amorosas. Es posible que, consciente de sus propios fallos como marido, sintiera algo menos de culpa al descubrir la traición de ella.

De haber regresado juntos a Moscú en 1930, quizá habrían podido ser felices, pero cuando él aceptó mudarse a Berlín como agente ilegal, tuvieron que separarse: no había sitio para una esposa checa en las nuevas identidades griega y húngara de Bystrolyotov. Iolanta aceptó, en cambio, trabajar como mensajera para la inteligencia soviética, y unos meses más tarde fue detenida al cruzar la frontera austriaca y acabó en prisión, donde contrajo tuberculosis. La liberaron en 1932, por razones humanitarias, e ingresó en un sanatorio de Davos, Suiza, desde donde actuó como punto logístico para los ilegales que transitaban por Europa.

Cuando apareció en Hyde Park, su salud había mejorado mucho. Le entregó a su marido el pequeño paquete que contenía el arma y el pasaporte, y se dieron un fuerte abrazo. Tras despedirse,

Bystrolyotov cruzó el Hyde Park y los jardines de Kensington y golpeó a la puerta de la residencia de los Oldham. Ernest seguía recuperándose en una clínica, pero Lucy estaba en casa. Él le dijo que deseaba conocer al misterioso Kemp y Lucy accedió a invitarlo. Para entonces, las autoridades británicas ya habían intervenido el teléfono de la mansión en Kensington y registraron la llamada.

«Mi amigo Joe Perelly quiere conocerte», le dijo Lucy a Kemp. «¿Te apetece venir a comer a mi casa a la una y media?»

Kemp aceptó de inmediato.[27]

Durante la comida quedó claro que Kemp no era la fuente.

—A estas alturas, tenemos pocas dudas de que hay un espía extranjero rondando a Ernest —anunció en tono grave, y añadió que sus superiores le habían encargado sacar a ese canalla de su escondite.

Por supuesto que había un extranjero que solía frecuentar a Ernest Oldham, pensó Bystrolyotov removiéndose incómodo en la silla. Nada menos que un tal Joe Perelly, fideicomisario de un banco en Dresde, siempre impecablemente vestido y dueño de una labia envidiable...

Por suerte, todo indicaba que el Ministerio de Asuntos Exteriores británico tenía pocas pistas sobre la identidad del espía, y que a Kemp ni se le había pasado por la cabeza que el hombre al que buscaban estaba sentado justo delante de él.

El soviético se apresuró a intervenir, tratando de adelantarse a cualquier sospecha que pudiera surgirle al inglés. Le aseguró que

tenía algunas pistas sobre la identidad del misterioso espía, y luego murmuró en tono conspirativo:

—Me arriesgaré a revelar algunos secretos de familia, aunque, como fideicomisario de un banco muy respetado, tengo prohibido hacerlo.

Propuso que se encontraran al día siguiente en el Ritz para comer juntos y hablar del asunto lejos de los oídos de Lucy. Kemp, sin duda entusiasmado por la doble perspectiva de resolver el caso y disfrutar de una comida gratis, se deshizo en agradecimientos por tan generosa invitación.

No está claro si, en aquel memorable almuerzo en Kensington, fue más decisiva la cortedad de Kemp o el encanto hipnótico de Bystrolyotov. Probablemente influyeron ambas cosas.[28]

Al día siguiente, Kemp llegó al Ritz a la hora acordada, pero no encontró ni rastro de Joe Perelly ni una reserva a su nombre. Tras esperar un rato, se dirigió al hotel donde Perelly había dicho que se alojaba, pero tampoco allí había constancia de su presencia.

Finalmente empezó a preocuparse. Regresó a su oficina y dio la voz de alarma. Las autoridades británicas revisaron los registros de aeropuertos y puertos marítimos, pero no encontraron ningún dato sobre un tal József Perelly que hubiera entrado o salido del país. El conde húngaro se había esfumado.

Nadie reparó en que, esa misma mañana, un hombre muy parecido a Perelly, pero con un pasaporte que lo identificaba como el comerciante griego Alexander S. Gallas, había tomado un vuelo desde Londres.

El Centro envió a Bystrolyotov un mensaje en el que elogiaba la «abnegación, disciplina, ingenio y valor» con que había llevado a cabo su misión, y cómo había logrado eludir las sangrientas represalias de los asesinos británicos que, según sus superiores, ya le pisaban los talones.

Mientras tanto, el Ministerio de Asuntos Exteriores británico seguía empantanado en la inacción y la incompetencia. A pesar de que sabían que Ernest Oldham era un alcohólico imprevisible y que quizá llevaba años entregando secretos de Estado a una potencia extranjera, ni siquiera llegaron a retirarle el pasaporte.

De algún modo, consiguió despejarse lo suficiente como para abordar un avión rumbo a Suiza, donde se reunió con Bystrolyotov y Bazárov y les suplicó que le pagaran.

Los dos ilegales, completamente hartos de su alcohólica presa, pero aún con la esperanza de arrancarle por fin el nombre de su fuente, volvieron a ejecutar su ya ensayado número doble: mientras Bystrolyotov le dedicaba palabras cálidas y alentadoras, Bazárov lo amenazaba con delatarlo a las autoridades de Gran Bretaña.

Para evitarlo, lo único que Oldham tenía que hacer era revelar el nombre de su contacto. Pero, con una obstinación difícil de explicar en alguien que parecía al borde del colapso, volvió a negarse.

La razón era muy simple: esa fuente no existía. Era él mismo quien había estado sustrayendo los archivos del ministerio.

Para ser justos con Bystrolyotov, resultaba difícil creer que, en el Ministerio de Asuntos Exteriores, la seguridad fuera tan laxa como para permitir que un empleado visiblemente inestable continuara robando documentos incluso después de haber sido despedido. Pero así era: Ernest había conseguido volver a entrar en su antigua

oficina sin que nadie se lo impidiera. Incluso conservaba su propia caja de seguridad dentro del edificio. Sólo con el tiempo, los guardias empezaron a notar que, tras sus visitas nocturnas al despacho, Ernest aparecía bañado en sudor.[29]

La gota que colmó el vaso fue que lo atraparan tratando de tomar impresiones en cera de las llaves de las cajas fuertes de las salas de codificación. Entonces sí, el ministerio empezó a tomarse el asunto en serio por fin, y llamó al MI5 para que vigilara al antiguo empleado.

Tras perder su trabajo, su matrimonio y la única fuente de ingresos que le quedaba, el desdichado Oldham se alojó en el hotel Jules, situado en Jermyn Street, en el centro de Londres, donde pasaba las noches bebiendo con el poco dinero que aún conservaba.

Dos de los agentes que se encargaban de vigilarlo entablaron conversación con él en el bar del hotel y le suministraron suficiente alcohol como para hacerlo caer dormido. Entonces aprovecharon para registrar su habitación.

El deprimente inventario de sus pertenencias quedó recogido en su expediente del MI5: una caja de pastillas para el hígado, un paquete de cigarrillos, cinco peniques y medio, algo de ropa sucia, seis botellas vacías de ginebra, un billete de avión usado con destino a Suiza, una libreta en la que figuraban varias direcciones extranjeras. Una de ellas correspondía al «Señor J. P., poste restante, Trouville, Francia».[30]

Se trataba, presumiblemente, del misterioso banquero Joe Perelly, al que los investigadores por fin empezaban a considerar como sospechoso. Pero era demasiado tarde: Joe Perelly jamás regresaría a Gran Bretaña.

Mientras el MI5 y el Ministerio de Asuntos Exteriores debatían cómo proceder sin provocar un escándalo público indeseado, Oldham les ahorró la decisión.

El 25 de septiembre recibió una carta con matasellos de Ginebra y, según declararía más tarde la recepcionista del hotel Jules, se alteró visiblemente al leerla.[31] ¿Sería un aviso de Joe Perelly de que sus relaciones financieras habían terminado o se trataba de un chantaje más?

Lo único cierto es que, tres días después de recibir esa misteriosa carta, Ernest Oldham desapareció del hotel y volvió a su mansión de Kensington, ya vacía después de que Lucy se hubiera mudado. Se quitó la ropa y se puso una bata. Luego cerró las puertas y ventanas de la cocina, abrió el gas y se tumbó en el suelo.[32]

Tras la muerte de Ernest, los intentos de las autoridades británicas por obtener más información sobre Joe Perelly resultaron infructuosos. Cuando interrogaron a Kemp, éste se limitó a decir que creía que Perelly era un «judío vienés». No mencionó nada sobre la comida frustrada en el Ritz, tal vez por vergüenza. En el Ministerio de Asuntos Exteriores se instaló entonces la hipótesis de que Oldham había estado filtrando secretos a Alemania. Según los documentos que se conservan, por aquel entonces nadie en Londres sospechaba de una posible conexión con Moscú.[33] Aquello hablaba no sólo de la eficacia del uso de ilegales cuidadosamente disfrazados de extranjeros, sino también de la habilidad con que Bystrolyotov había jugado sus cartas durante tres años. Hasta Lucy Oldham seguía convencida de que Joe Perelly era de verdad un húngaro

refinado y compasivo que le había ofrecido cariño en un momento difícil y había intentado ayudar a su esposo. Afirmó ante las autoridades que no sabía cómo localizarlo, pero en secreto le escribió a una dirección que ambos habían convenido de antemano y lo mantuvo informado sobre el curso de la investigación a cambio de una compensación económica.

«El esfuerzo invertido en ella ha dado sus frutos», informó Bystrolyotov lacónicamente al Centro.[34]

Bystrolyotov jamás volvió a pisar suelo británico, pero pronto, a través de un intermediario, reclutó a una nueva fuente en el Reino Unido para sustituir a Oldham. Formó en el arte del reclutamiento a Hans Pieck, un pintor holandés, quien luego se acercó a John Herbert King, un criptógrafo descontento del Ministerio de Asuntos Exteriores, con el pretexto de hacerle un retrato. Más adelante, Pieck le confesó que trabajaba para un banquero holandés dispuesto a pagar generosamente por información anticipada acerca de acuerdos comerciales en Europa. El primer lote de documentos que King entregó incluía notas sobre diversos telegramas oficiales y un detallado informe sobre una reunión entre el secretario de Asuntos Exteriores, sir John Simon, y Adolf Hitler.[35] Quedaba claro que el Reino Unido no había aprendido gran cosa del desastre de Oldham.

De hecho, en materia de espionaje, los soviéticos llevaban una clara ventaja sobre sus adversarios.

Para entonces, el Servicio Secreto de Inteligencia británico contaba con delegaciones en el extranjero dotadas de numerosos agentes que operaban bajo cobertura diplomática como funcionarios

de control de pasaportes. Sin embargo, el alcance de sus actividades seguía siendo bastante limitado.

En 1936 el embajador británico en Moscú se negó a permitir la apertura de una delegación del MI6 dentro de la embajada temiendo que aquello pudiera «provocar un escándalo».

Tampoco había espías en la embajada estadounidense en Moscú —inaugurada en 1933—, ya que Estados Unidos aún no contaba con un servicio de inteligencia exterior propiamente dicho.

Mientras tanto, los ilegales de Moscú se movían con libertad por toda Europa: un librero anticuario en La Haya, un vendedor de pescado en París y un empresario estadounidense que recorría el continente eran sólo algunas de las muchas fachadas que empleaban.

La mayoría de estos operativos eran hombres, aunque los archivos también mencionan a unas pocas mujeres ilegales.

Anna Razumova, por ejemplo, una ilegal vinculada al Komintern, vivió durante seis años bajo distintas identidades francesas y suizas. Durante ese tiempo, trabajó con la dirección del Partido Comunista francés y mantuvo la conexión con los grupos comunistas de las colonias francesas.[36]

En sus memorias, Bystrolyotov relata otras muchas misiones que llevó a cabo en Europa durante la década de 1930. Por ejemplo, en la Alemania nazi, se las arregló para acceder a una serie de documentos ultrasecretos de adquisiciones militares de la Wehrmacht, las fuerzas militares del régimen, seduciendo a la

secretaria encargada de custodiarlos: a quien luego describiría como una «perra sanguinaria» de aspecto grotesco.

Pero, además de esas misiones en Europa, realizó extensos viajes por África, donde convivió con tribus tuareg y recorrió el Congo Belga.

Esos viajes le servían tanto para recopilar información —que luego enviaba a sus superiores en Moscú— sobre el clima político y social en las colonias europeas, como para desaparecer del radar occidental cuando temía haber sido descubierto.

Para ganarse la confianza de sus contactos o burlar los controles fronterizos, recurría a múltiples disfraces. Además del alias *Perelly*, conservaba un pasaporte griego a nombre de Alexander S. Gallas y otro neerlandés con la identidad de Hans Galleni. En otras ocasiones se hacía pasar por un carnicero yugoslavo, un malhumorado lord inglés o un vendedor de arenques noruego.

A veces, apenas tenía una tarde para meterse en un nuevo personaje, pero se cuidaba mucho de evitar improvisar: «Si vas a hacerte pasar por un vendedor de arenques», escribió, «más te vale saber distinguirlos: un arenque noruego, un arenque ahumado. Debes aprender cómo se mueve y habla un vendedor de arenques. ¡Debes oler a arenques!».[37]

Aunque las pruebas disponibles sugieren que la mayoría de las misiones que Bystrolyotov describió en sus memorias realmente tuvieron lugar, sólo el episodio de Oldham está sólidamente respaldado por fuentes independientes. Verificar los detalles de las demás misiones es casi imposible.[38]

Parte del problema radica en que sus propios relatos no son nada fiables: Bystrolyotov los escribió con la esperanza de que algún día

se publicaran en la Unión Soviética, lo que lo llevó a modificar o suprimir detalles que pudieran resultar ideológicamente problemáticos. Además, era un fabulador incorregible.

Los hechos estrictos y verificables de su biografía revelan una de las vidas más extraordinarias del siglo XX, pero incluso con ese trasfondo, sus memorias están plagadas de coincidencias inverosímiles y escapes por los pelos, cada uno más difícil de creer que el anterior. Quizá una vida tejida a base de mentiras haga que decir la verdad sea, de por sí, una hazaña imposible.

Las partes más genuinas de los escritos de Bystrolyotov son aquellas en las que describe cómo los engaños y las mentiras empezaban a pesarle en la conciencia: «Trabajar en inteligencia no sólo te deforma la vida y el alma; también marca a los civiles que terminan involucrados sin querer», escribió con un dejo de tristeza contenida.[39]

A esa culpa se sumaba la tensión cotidiana de saber que un mínimo desliz podía significar el fracaso o incluso la muerte. La continua ansiedad lo carcomía por dentro.

En 1936 envió una súplica desesperada al nuevo residente legal del INO en Berlín, pidiéndole que le permitieran regresar a Moscú: «Trabajo en asuntos de enorme trascendencia y tengo el destino de varias personas en mis manos, pero al mismo tiempo me acosan el agotamiento y episodios de depresión. Si aún estoy de pie es por la constante tensión y la fuerza de voluntad. Ya no siento alegría por los logros ni amor por la tarea; sólo me ronda un pensamiento recurrente: que sería bueno acostarme por la noche y no volver a despertar.»

En septiembre de 1936 el Centro le dio permiso para volver a Moscú. Imaginaba que iniciaría una vida más tranquila, pintando y escribiendo, y que tendría la oportunidad de salvar su matrimonio, pero esa esperanza terminaría siendo vana.

4

El Terror
Las purgas de Stalin

La Unión Soviética a la que regresó Bystrolyotov era irreconocible en comparación con el país que había visitado en 1925. Stalin había lanzado una campaña para industrializar el país a un ritmo vertiginoso, a la que sumó la brutal colectivización de la agricultura —que provocó millones de muertes por inanición—, así como la persecución y el reasentamiento forzado de millones de *kuláki*, campesinos que poseían más tierra, ganado o recursos que la mayoría y que, por lo tanto, podían emplear trabajadores o alquilarles tierras.[1] A otros, en cambio, el régimen les ofrecía una fulgurante movilidad social, pues pretendía promover a quienes procedían de contextos proletarios o campesinos. Moscú, la capital soviética, era «el caldero en el que se está creando una nueva vida», como expresó el novelista Mijaíl Bulgákov.[2]

Durante los años que Bystrolyotov pasó en el extranjero, los sedanes negros habían ido reemplazando gradualmente a los carruajes tirados por ponis en las calles del centro, muchas de las cuales habían sido rebautizadas con los nombres de destacados bolcheviques o marxistas extranjeros. Los amplios apartamentos de

la clase mercantil prerrevolucionaria se habían dividido en las llamadas «*kommunalki*», donde se alojaban —a razón de una familia por habitación— los recién llegados del campo. En 1931 la catedral de Cristo Salvador, famosa por su cúpula dorada, fue demolida con siete toneladas de explosivos. Asimismo, se destruyeron cientos de iglesias más pequeñas en el marco de la política estatal de supresión de la religión.3[3]

Un nuevo Plan General, lanzado en 1935 y con una duración de diez años, amplió las principales arterias de la ciudad, otorgándole una atmósfera aún más monumental. Ese mismo año se inauguró la primera línea de metro. Sus estaciones, construidas a gran profundidad y decoradas con imponentes esculturas y mosaicos del realismo socialista, eran auténticas catedrales subterráneas de la nueva realidad soviética. Según una intensa campaña propagandística, el metro era el más rápido y concurrido del mundo, y su construcción simbolizaba nada menos que «una majestuosa escuela en la formación del hombre nuevo».[4]

Stalin había llegado a acumular un nivel de poder y adulación cercanos a los que en otra época habían tenido los zares. Ya no había nadie en la élite que se atreviera a criticarlo públicamente, y sus retratos adornaban edificios y espacios públicos en todo el país. Trotski, su mayor rival por el legado de Lenin, se había visto obligado a exiliarse en 1929. Pero Stalin no se permitía relajarse en su puesto. Temía que su propia cúpula estuviera infestada de enemigos trotskistas que lo aplaudían en público, pero estaban dispuestos a apuñalarlo por la espalda a la primera oportunidad. Desde la guerra civil se habían producido frecuentes purgas en los órganos del partido y del gobierno, expulsando de sus puestos a

quienes se consideraban poco fiables ideológicamente. Con el avance de la década de 1930, el ambiente se ensombreció aún más. En las sesiones plenarias del Decimoséptimo Congreso del Partido Bolchevique de 1934, se lo recibió con interminables aplausos y se pronunciaron discursos aduladores; sin embargo, cuando se celebró una votación anónima para confirmarlo como secretario general, hubo trescientos votos —casi un cuarto de los presentes— en su contra, lo que él interpretó como prueba de una conspiración secreta.

En agosto de 1936 Grigori Zinóviev y Lev Kámenev, quienes junto al líder soviético habían formado un triunvirato gobernante tras la muerte de Lenin, fueron sometidos a juicio junto a otras catorce personas. Se los acusaba de formar parte de un complot para asesinar a Stalin y socavar la Unión Soviética. En el juicio, Kámenev confesó, de manera poco convincente, que había recurrido a todo tipo de medios nefastos, incluyendo «peticiones ilegales, imprentas clandestinas [...] conspiración y, por último, terror» para alcanzar sus objetivos en nombre de sus aliados: Trotski y la Alemania nazi. [5] Los dieciséis acusados fueron declarados culpables y fusilados en el sótano de la Lubianka.

Los bolcheviques habían perfeccionado el arte de los ilegales, agentes clandestinos que ocultaban su verdadera ideología y objetivos durante años. Ahora, el régimen veía en todas partes ilegales enemigos que operaban tan sigilosamente dentro de la Unión Soviética como Bystrolyotov lo había hecho en Londres.

A su regreso a Moscú, Bystrolyotov se presentó ante Abram Slutsky, nuevo jefe de la inteligencia exterior (INO, por sus siglas en ruso) del NKVD, quien rechazó de plano su intención de renunciar al servicio alegando que el departamento de traducción necesitaba sus impresionantes habilidades lingüísticas y, pocos meses después, en marzo de 1937, le comunicó que sería enviado a otro destino en el extranjero, esta vez junto a su esposa Iolanta. Se harían pasar por John y Aili Wento, un matrimonio canadiense dedicado a la industria maderera. La pareja se trasladó a Karelia, cerca de la frontera soviética con Finlandia, donde se tomaron fotografías en los bosques para respaldar la leyenda de su nueva identidad.

Poco antes de la fecha prevista para partir, Slutsky llevó a Bystrolyotov a conocer a Nikolái Yezhov, recientemente nombrado jefe del NKVD, como desde entonces se llamaba el cuerpo de seguridad. De carácter a ratos obsequioso y a ratos vengativo, Yezhov medía menos de metro y medio, tenía cabello negro y brillante, piel pálida y manos delgadas y venosas. Más tarde sería conocido como el «Enano Sangriento» por su papel en la dirección de las purgas estalinistas. Yezhov le deseó suerte y le dio tres besos en las mejillas. «Stalin y la madre patria no te olvidarán», fueron sus palabras de despedida.[6]

Ya por entonces, bajo el mando de Yezhov, el NKVD había iniciado una ola de arrestos masivos. Hombres y mujeres que habían sido leales bolcheviques durante décadas eran acusados de actuar secretamente como espías extranjeros. Bystrolyotov fue testigo de la detención de colegas tanto antiguos como actuales. Mijaíl Gorb y Artur Artuzov, los dos hombres que lo habían entrevistado en 1925 y aprobado su incorporación al servicio, fueron arrestados en la

primavera de 1937. Se les imputó pertenecer a un grupo terrorista contrarrevolucionario y, tras meses de interrogatorios, aparecieron en una lista de treinta y ocho personas a las que se recomendaba ejecutar. En la primera página, Stalin garabateó con un grueso lápiz rojo una sola palabra: «*Za*» («a favor»).[7] Todos fueron fusilados el mismo día, el 21 de agosto de 1937.

Ese clima febril siguió intensificándose, con más camaradas antes considerados intachables que eran «desenmascarados» como supuestos fascistas y espías enemigos. Los ilegales, con sus largos años de trabajo en el extranjero y sus identidades maleables y cosmopolitas, eran blancos fáciles. Boris Bazárov, que había trabajado con Bystrolyotov en Berlín, fue convocado a Moscú en 1938 para lo que él creyó que serían unas merecidas vacaciones. En lugar de ello, fue arrestado a su llegada y acusado de trabajar para la inteligencia francesa y alemana. Más tarde, fue condenado a muerte y fusilado.[8]

Al igual que a muchos otros soviéticos leales, a Bystrolyotov le costaba entender ese giro impactante de los acontecimientos. Veía cómo sus antiguos jefes, colegas y cómplices caían uno tras otro. No se podía confiar en nadie: ni en colegas ni en amigos; a veces, ni siquiera en el propio cónyuge. El ambiente de la época queda plasmado en la película *El carnet del partido*. En su primera hora, la película parece un banal romance fabril centrado en Pavel Kuganov, un carismático recién llegado a Moscú que se convierte en un obrero modelo y conquista el corazón de Anna, una devota miembro del partido. Pero, en realidad, Kuganov es un amargado enemigo que utiliza una identidad falsa y ha viajado a Moscú para sabotear la economía soviética bajo órdenes de un centro clandestino de la

oposición. La película termina con Anna reteniendo a su amante a punta de pistola antes de que lo detengan y se lo lleven.

Esa perturbadora visión se reflejaba en la realidad soviética. Durante años, Ósip Piátnitski, un ilegal bolchevique prerrevolucionario que había formado parte de la Comisión de Actividades Ilegales de la Komintern, fue alabado como un modelo de dedicación a la causa. Sin embargo, en julio de 1937 fue arrestado y acusado de ser uno de los líderes de una «organización fascista de espionaje formada por trotskistas y derechistas». Su esposa, Julia, quedó atormentada por una dolorosa incertidumbre: «¿Quién es Piátnitski, un verdadero revolucionario o un bribón? Podría ser cualquiera de las dos cosas. No lo sé, y eso es lo más atroz», escribió en su diario. Después de todo, su marido había pasado años asesorando a los ilegales de la Komintern sobre la mejor manera de ocultar sus verdaderas identidades y lealtades. Quizá él mismo había hecho lo mismo.[9]

—Dmitri, mi amor. Despierta. Ya están aquí —le susurró Iolanta con urgencia al oído mientras lo sacudía para despertarlo.

Eran las primeras horas del 18 de septiembre de 1938.

Él volvió en sí y se encontró con los aterrados ojos de su esposa, que parpadeaba, pálida. Más allá, dos hombres con gorras de cuero y largas gabardinas sin botones lo miraban con sorna desde los pies de la cama.

—¡¿Dónde está tu arma?! —le gritaron al unísono, y él señaló la estantería donde estaba su pistola reglamentaria. Uno de los

hombres la cogió y se la guardó en el bolsillo—. ¡Levántate y vístete! ¡Rápido!

Mientras se vestía, los hombres saquearon su armario, repleto de prendas bien confeccionadas que había acumulado a lo largo de sus misiones en el extranjero. Sacaron gemelos de los cajones y descolgaron un elegante abrigo de invierno del gancho junto a la puerta principal, arrojando todo en un montón cada vez más grande de pertenencias a confiscar en un rincón de la habitación. Para los hombres que lo detuvieron aquella sombría noche moscovita, en el apartamento apenas iluminado, esos vestigios de una década de buena vida y seducción por toda Europa occidental debieron de representar un lujo inimaginable.

—Aquí tienes la orden de registro y arresto emitida por el NKVD. Fírmala —gruñó uno de los hombres.

La mayoría de los residentes del edificio donde vivían él y su esposa, en un apartamento de la planta baja, formaban parte de los servicios de inteligencia, y casi todas las noches se llevaban a alguien. Dormían mal desde hacía meses, sobresaltándose con cualquier ruido que recordara el rugir de los coches negros del NKVD que iban a buscar a algún vecino. Iolanta tenía preparada una pequeña mochila para él: ropa de abrigo, un cuenco, una cuchara, algo de comida... Llevaba meses junto a la puerta, lista para que él se la llevara en cualquier momento. Y ese momento había llegado por fin. Bystrolyotov tenía miedo de lo que pudiera pasarle, pero también se sentía aliviado: al menos esa espera insoportable había terminado.

Cuando los primeros rayos rosados del amanecer asomaban en el cielo, los hombres le dijeron a Bystrolyotov que era hora de

marcharse. Iolanta se quitó el chal de la cabeza, se lo anudó al cuello y le pidió que no se olvidara de ella. Luego, dos manos lo empujaron por la espalda hacia la puerta.[10]

Tras pasar una noche en la Lubianka, lo trasladaron a la prisión de Butyrka y lo encerraron en una celda compartida con un grupo variopinto que incluía a directores de fábricas, ingenieros y también al célebre Andréi Tupolev, diseñador de algunos de los aviones más avanzados del mundo, arrestado en 1937. Bystrolyotov escuchaba las historias angustiosas de sus compañeros, muchos de los cuales proclamaban con convicción su inocencia. Poco a poco fue comprendiendo que la situación era mucho más grave de lo que había imaginado.

Tres meses después, los guardias lo despertaron y lo llevaron de nuevo a la Lubianka, al otro lado de la ciudad. Allí, en una sala de interrogatorios, un investigador del NKVD le planteó un ultimátum:

—En los próximos días vas a empezar a decirnos lo que necesitamos oír. Te he traído aquí para que decidas con qué prefieres escribir tu testimonio: con tinta o con sangre.

A él le pareció que rendirse a las primeras de cambio sería una muestra de debilidad, así que se negó a hablar. Poco después lo trasladaron a otra prisión moscovita: Lefórtovo. Una noche, dos corpulentos guardias lo despertaron, le retorcieron los brazos a la espalda y le empujaron la cabeza hacia el suelo. Luego, lo arrastraron por una pasarela de hierro antes de bajar una escalera a toda prisa y dirigirse hacia un sótano. Una vez allí, lo obligaron a sentarse frente a un interrogador de apellido Solovyov.

Miró aquellos ojos penetrantes y furiosos y pensó que el tal Solovyov se parecía a un sapo gigantesco.

—¡¿Sabes de qué se te acusa, basura fascista?! —gritó éste—. ¡Eres un conspirador, un espía, un degenerado, un terrorista! ¿Vas a confesar de una vez?

—No —respondió él en voz baja.

—Eso imaginaba —dijo el interrogador. Se levantó, se acercó a él y le propinó un brutal puñetazo en la cara, el primero de muchos. Perdió varios dientes, que escupió junto con sangre. Solovyov le pisó un pie con todas sus fuerzas y luego se dio la vuelta y les hizo una seña a los dos guardias.

Éstos apuntaron unos potentes focos directamente a su rostro, lo arrojaron contra la pared y le fracturaron el esternón. El dolor agudo fue dando paso a una sensación de malestar general. Empezó a perder la conciencia por momentos.

—¿Ahora sí estás listo para confesar? —le preguntó Solovyov tras lo que pareció una eternidad.

Él intentó contestar que no, pero no logró articular palabra y los guardias lo arrastraron de vuelta a su celda.

Las palizas se sucedían con regularidad, y los métodos se volvían cada vez más truculentos e imaginativos. Finalmente un día Solovyov lo informó de que sus superiores querían una confesión inmediata y que había llegado el momento de subir la apuesta. Blandió un martillo envuelto en algodón y le golpeó la cabeza. Luego, lo azotó con una cuerda a la que le había atado rodamientos de acero. Él empezó a sentir que la vida se le escapaba. Derrotado, susurró con los labios hinchados y ensangrentados que estaba dispuesto a firmar cualquier testimonio que se le pidiera.

Después de pasar una semana recuperándose de las heridas, lo llevaron de nuevo ante Solovyov. Esta vez, el ambiente era muy

distinto. El interrogador le ofreció bocadillos y una taza de té caliente y luego le tomó la declaración intercalando sugerencias y precisiones. Terminó por afirmar que toda su carrera había sido, en realidad, una brillante operación encubierta al servicio de los enemigos de la Unión Soviética. Cuando Solovyov terminó de redactar el documento, él revisó y firmó cada página para certificar su exactitud.

Una de las paradojas más llamativas de las purgas era que, pese al caos grotesco que las rodeaba, iban siempre acompañadas de una obsesiva necesidad de dejar constancia por escrito, como si así pudiera fingirse la existencia de un proceso legal auténtico.

De tanto en tanto, durante alguna de aquellas largas sesiones de tortura, Bystrolyotov podía notar los efectos que ese penoso proceso iba dejando en su interrogador: Solovyov parecía abrumado y al límite de sus fuerzas. Como muchos otros miembros del NKVD, trabajaba durante la noche e intentaba dormir durante el día. No eran pocos los que bebían en exceso para soportar la carga de trabajo y, cuando lograban dormir, los acosaban las pesadillas.

No obstante, poco antes de que Bystrolyotov aceptara declararse culpable, se produjo una situación especialísima. Para entonces, la relación entre interrogador y torturado se había vuelto extrañamente cordial y, mientras Bystrolyotov hablaba de sus pasaportes extranjeros y las sumas considerables de dinero en efectivo que manejaba durante sus misiones en el extranjero, una expresión extraña apareció en el rostro de Solovyov, como si de pronto comprendiera algo por primera vez.

—¿Quieres decir que, en cualquier momento, podrías haberte escapado a algún sitio con todo ese dinero y vivir rodeado de lujos

hasta el final de tus días?

—Sí, podría haberlo hecho.

—¿Y... de todas maneras volviste?

—Volví a mi patria —respondió Bystrolyotov levantando la cabeza y mirando a Solovyov a los ojos.

El agente del NKVD se agarró el pelo. Estaba frustrado y confundido.

—¿Cambiaste divisas extranjeras por una bala soviética? ¿Lo tenías todo y te obligaste a regresar aquí? ¡Imbécil! ¡Absoluto imbécil! No tienes ni alma ni cerebro.

Ese interludio fue como un infrecuente y fugaz vistazo entre bastidores del teatro de las purgas. Mientras el exhausto Solovyov seguía murmurando palabrotas, Bystrolyotov, por primera vez, vio en su torturador a un ser humano, quizá a uno que también era, en cierto modo, una víctima de ese sistema espantoso.[11]

Pero quizá permanecer en el extranjero tampoco habría salvado a Bystrolyotov. Ignace Reiss, un ilegal que trabajó en Europa durante la década de 1930 —a veces haciéndose pasar por un hombre de negocios estadounidense—, quedó tan horrorizado por las noticias que llegaban de la Unión Soviética que renunció en el verano de 1937 y envió una carta abierta a periódicos franceses denunciando las políticas de Stalin como una traición al socialismo. Bastaron seis semanas para que un equipo de otros ilegales localizara su escondite en un pueblo suizo y lo hiciera caer en una trampa disfrazada de reunión amistosa con camaradas de mentalidad afín. Su cuerpo apareció acribillado y tirado a un lado de la carretera en las afueras

de Lausana.[12] Otros ilegales que decidieron quedarse en Occidente corrieron destinos similares.

Tampoco hubo piedad para los jefes del INO, que corrieron la misma suerte que tantos otros altos funcionarios de casi todas las demás dependencias e instituciones del gobierno soviético. En febrero de 1938, el mismísimo Slutsky fue atacado en su propio despacho de la Lubianka: tras dormirlo con cloroformo, le inyectaron veneno. Oficialmente, se informó de que había muerto de un infarto.[13] Lo reemplazó Serguéi Shpigelglas, un experimentado ilegal que había operado en París bajo la identidad de Ernst Deutschlander, llevando a cabo sus tareas encubiertas desde una modesta pescadería.[14] Sin embargo, Shpigelglas duró apenas tres meses al frente del INO. Su sucesor, Zelman Passov, consiguió llegar a los cinco. Ambos fueron arrestados y ejecutados como espías enemigos.

Para finales de 1938 daba la impresión de que Meer Trilisser —el viejo y astuto bolchevique que había dirigido el INO durante toda la década de 1920— sería una de las pocas figuras de alto rango de los servicios de inteligencia que lograrían sobrevivir a las purgas.

A mediados de los años treinta, las autoridades le habían encomendado la depuración de la Komintern, con el objetivo de erradicar a los supuestos elementos subversivos infiltrados en sus filas, y como parte de esa labor, había supervisado personalmente las detenciones de miembros destacados de los partidos comunistas de Alemania y Polonia que se habían refugiado en Moscú.[15]

Durante esos años, apoyó con fervor la campaña represiva: hacía llamamientos a la vigilancia constante y pedía no tener piedad en la lucha contra los espías capitalistas. Sin embargo, en noviembre —

justo cuando la oleada de represión comenzaba a amainar—, también él fue arrestado.

No confesó hasta agosto del año siguiente, y su expediente judicial revela que solicitó aplazar la declaración «hasta que pudiera recordar todos los datos de su actividad subversiva». La formulación ambigua de esa nota deja entrever que, al igual que en el caso de Bystrolyotov, fue necesario someterlo durante meses a torturas para arrancarle una confesión.

Pero al final confesó Una transcripción mecanografiada de cuarenta y tres páginas —cada una firmada por el propio Trilisser para certificar su veracidad— recoge su supuesta admisión de que, durante todo el tiempo que dirigió el INO, actuó en secreto como espía al servicio de los británicos.[16]

Trilisser había sido un fiel servidor de la causa bolchevique desde 1901. Pasó años en prisión bajo el régimen zarista y otros tantos en el exilio siberiano. Tras la Revolución, fundó desde cero el servicio de inteligencia exterior del NKVD y lo convirtió en una agencia formidable, crucial para la seguridad del Estado soviético.

Y, sin embargo, allí estaba: aguardando su ejecución en una celda oscura y solitaria, tras haber «admitido» la absurda acusación de que la brillante red de espías que él mismo había creado no servía a la Unión Soviética, sino que conspiraba para destruirla.

Durante décadas, los historiadores han intentado dar sentido al Gran Terror, una de las campañas represivas más desconcertantes y atroces del siglo XX. En el plazo de dos años, se fusiló a más de 680.000 personas bajo acusaciones de ser «enemigos del Estado»,

incluidos muchos de los bolcheviques más antiguos y respetados, así como la mayoría de los dirigentes de casi todas las instituciones del gobierno.

Varias razones confluyeron en 1937 para desencadenar las purgas. En primer lugar, el contexto geopolítico, que jugó un papel clave: una guerra a gran escala parecía cada vez más probable ante el avance del expansionismo de la Alemania nazi y del Japón imperial, y Stalin quería asegurarse de que el país afrontara unido ese posible conflicto. En el plano interno, si bien nunca existió una gran conspiración que combinara elementos trotskistas y servicios secretos imperialistas —como sostenía la propaganda oficial—, sí había cierto descontento dentro de la élite bolchevique frente a los cambios radicales y violentos que Stalin había impuesto en la sociedad soviética.

Y también intervino el más cínico de los pragmatismos: mediante aquella oleada de represión, se eliminó a casi todos los «viejos bolcheviques» —hombres como Trilisser, cuya legitimidad dentro del partido se remontaba a tiempos anteriores a la Revolución—, para reemplazarlos por cuadros más jóvenes, dóciles y completamente dependientes del favor de Stalin.

Existe, sin embargo, un elemento más en la mentalidad bolchevique que resulta fundamental para comprender cómo pudo tener lugar lo que más tarde se conocería como «el Gran Terror». Se trata de la arraigada adhesión del partido a la *konspiratsiya* y su larga tradición en operaciones encubiertas. Los bolcheviques habían perfeccionado el arte de los ilegales: hombres y mujeres capaces de hacerse pasar por capitalistas ejemplares mientras, en secreto, trabajaban para Moscú, y Stalin suponía que los enemigos de la

Unión Soviética emplearían tácticas similares, recurriendo también a conspiraciones de largo aliento.[17]

Sabía, desde luego, que muchas de sus víctimas eran inocentes de los cargos que se les imputaban. Pero al parecer creía sinceramente que muchas otras no lo eran. Imaginaba ilegales enemigos en todas partes, infiltrados en las propias estructuras del Estado, fingiendo lealtad mientras urdían su traición. Veía en ellos un espejo de sus propios agentes: operaban tan sigilosamente dentro de la Unión Soviética como Bystrolyotov lo había hecho interpretando al refinado Joe Perelly en Londres.

Desde esta lógica invertida —la de un régimen que entrenaba a sus espías para ocultar durante años su verdadera identidad e intenciones—, la idea de que la élite soviética podía estar infestada de traidores dejó de parecer una fantasía paranoica para convertirse, a ojos de Stalin, en una amenaza perfectamente verosímil.

Los meses durante los cuales Bystrolyotov se negó a admitir su culpabilidad probablemente le salvaron la vida. Hacia finales de 1938 Stalin destituyó a Yezhov, y los arrestos masivos comenzaron a disminuir. Poco después, Yezhov —quien había fabricado tantas acusaciones— fue arrestado y acusado a su vez de ser un agente extranjero de Polonia, Alemania, Gran Bretaña y Japón, todo a la vez. Fue un desenlace acorde con la locura que él mismo había alimentado.

Bystrolyotov no pudo defenderse ante un tribunal hasta el 8 de mayo de 1939, un mes después de la detención de Yezhov. El veredicto, de apenas una página, resumía su larga carrera al servicio

de la inteligencia checa. Según el tribunal, lo habían reclutado en Praga en la década de 1920, y en 1936, cuando regresó a Moscú tras sus destinos en el extranjero, continuó trabajando para los checos como su «residente ilegal en Moscú», enviando información secreta a Praga.[18] En esencia, la acusación sostenía que Dmitri Bystrolyotov había sido un ilegal doble: un agente occidental que fingía ser soviético, que a su vez fingía ser occidental.

En la atmósfera relativamente indulgente de 1939, evitó la pena de muerte —a diferencia de muchos de sus antiguos colegas y superiores—, pero lo sentenciaron a veinte años de trabajos forzados. Cuando lo liberaron en 1954, era un hombre físicamente destruido y profundamente desilusionado. Nada que ver con aquel ilegal de ojos centelleantes que durante una década sedujo a mujeres y engañó a hombres en toda Europa.

Durante las décadas siguientes, el Centro intentó recuperar la visión y la ambición de Dmitri Bystrolyotov y los otros grandes ilegales, pero la inteligencia soviética nunca logró rehacerse completamente del impulso autodestructivo del sistema estalinista, que castigó a quienes mejor lo habían servido.

SEGUNDA PARTE

La guerra y la Guerra Fría

5

Avances en Norteamérica
Los primeros ilegales en Estados Unidos

Una mañana de finales de 1937, Michael Straight recibió una carta en el imponente apartamento de su madre, en el número 1172 de Park Avenue, en pleno Upper East Side de Manhattan. «Querido amigo: acabo de llegar y me gustaría verte la semana que viene. Cordialmente, Anthony.» Pocos días después, sonó el teléfono y la persona que llamaba se presentó simplemente como «el amigo de Anthony».

Michael Straight, que acababa de cumplir veintiún años, era hijo de Dorothy Whitney, cofundadora de la revista *The New Republic* y una de las mujeres más ricas de Estados Unidos. Acababa de regresar a su país tras estudiar Economía en Cambridge, donde fue presidente de la sociedad de debates Cambridge Union y había llamado la atención de Anthony Blunt, un profesor de Historia del Arte que también trabajaba como cazatalentos para la inteligencia soviética, identificando a estudiantes de izquierdas con carreras prometedoras que podrían ser útiles para Moscú.

Aprovechando las simpatías izquierdistas de Straight, Blunt le aconsejó que regresara a Estados Unidos, cortara todos los lazos con

sus conocidos de izquierdas y dijera a amigos y familiares que había abandonado sus ideas comunistas. Straight siguió sus indicaciones al pie de la letra: comenzó a lanzar vehementes diatribas contra «los rojos» ante quien quisiera escucharlo y calificó sus antiguas convicciones como meras tonterías de juventud. Incluso empezó a limpiarse las uñas y a peinarse hacia atrás con brillantina, pequeños detalles que debían dar prueba de su nueva seriedad.

Pocos meses después, recibió la carta y, más tarde, la llamada telefónica. Quien llamaba le dijo que lo esperaría en un restaurante cercano.

Cuando llegó al sitio acordado, vio a un hombre de unos treinta años, de cabello oscuro y traje marrón, sentado solo a una mesa para dos y con la mirada fija en la puerta. El tipo asintió en señal de reconocimiento y, al acercarse él, se levantó y le tendió la mano.

«Me llamo Michael, igual que tú: Michael Green», afirmó con una cálida sonrisa mientras se daban la mano.

Un camarero se acercó y él dijo que no quería nada, pero Green ya había pedido, y en cuanto llegó la comida se puso a comer con entusiasmo.

Se suponía que quien fuera que lo contactase debía llevar consigo una nota que él mismo había escrito y dejado en manos de Blunt. Green no la llevaba, pero lo primero que hizo fue disculparse por ello. Él se puso nervioso, pero el hecho de que aquel tipo supiera de la existencia de la nota —y conociera a Anthony—, sumado a sus modales amables, lo tranquilizó.

Green le preguntó por sus planes profesionales con un acento que no supo ubicar, pero que le pareció europeo. En su momento había tenido la intención de trabajar para el Departamento de Estado, pero

ahora prefería una carrera en el Departamento de Trabajo. Planeaba pasar unos meses trabajando en la General Motors de Detroit para adquirir experiencia. Agotado ese tema, se pusieron a debatir sobre la doctrina comunista.

«Michael Green» era, en realidad, un ilegal soviético llamado Isjak Ajmérov. Tenía grandes esperanzas puestas en Straight, un joven ingenuo y algo desorientado, pero con una carrera potencialmente brillante por delante gracias a los contactos y la fortuna de su familia. De hecho, estaba tan bien conectado que, al regresar de Gran Bretaña, había llegado a pasar por el Despacho Oval y a conversar con el presidente Roosevelt sobre un posible puesto en el gobierno.

Tras aquel encuentro, Ajmérov envió su evaluación a Moscú por cable: «Nos hemos hecho amigos. Está deseoso de escuchar y seguir mis consejos. Estoy ejerciendo toda la influencia ideológica que puedo sobre él.»[1]

Durante la década de 1920, los ilegales soviéticos se habían centrado en reclutar a empleados de bajo rango en departamentos de cifrado y a secretarias de embajadas para obtener secretos de potencias rivales, pero en los años treinta surgió una estrategia más ambiciosa: captar a jóvenes izquierdistas prometedores con la esperanza de que, con el tiempo, lograran infiltrarse en los centros de poder de Occidente. Blunt, el reclutador de Michael Straight en Cambridge, también fichó por esa época a varios estudiantes británicos, y uno de ellos, Kim Philby, acabaría llegando a la cúpula del servicio de inteligencia británico sin dejar de ser —durante todo

ese tiempo— un agente doble al servicio de Moscú. El Centro albergaba esperanzas similares para Estados Unidos. En poco tiempo, Isjak Ajmérov contaría con múltiples fuentes incrustadas en el corazón mismo de la élite dirigente estadounidense, librando las primeras batallas de la Guerra Fría mucho antes de que los propios estadounidenses supieran que la estaban librando.

Durante la década de 1920, Estados Unidos no era una prioridad para el INO. Al principio, los asuntos estadounidenses ni siquiera se gestionaban desde una unidad exclusiva para ese país, sino que estaban bajo la órbita del departamento británico de la agencia, «puesto que era un país anglosajón y, en cualquier caso, no nos daba demasiados problemas», según las palabras de un funcionario.[2] Además, el corazón del orden capitalista mundial no parecía precisamente un terreno propicio para una revolución inminente. «El proletariado estadounidense está contaminado con tendencias burguesas como el afán de ahorro o la compra de viviendas y automóviles», se quejaba Piátnitski, quien por entonces tenía un alto cargo en la Komintern.[3]

En enero de 1930, cuando el Politburó se reunió en medio de las exigencias de Stalin de prestar más atención a la inteligencia exterior, Estados Unidos seguía sin ser una prioridad. Sin embargo, poco a poco empezó a ocupar un lugar más destacado en los planes de los jefes de inteligencia de la Lubianka. En 1932 Moscú envió a Nueva York a Valentin Markin, su primer residente ilegal en el país, y un año más tarde, con el establecimiento de relaciones diplomáticas entre ambas naciones, el INO pudo desplegar agentes legales bajo cobertura diplomática en la recién inaugurada embajada soviética.

Moscú albergaba la esperanza de que la agitación económica provocada por la Gran Depresión generase las condiciones para un estallido de descontento popular en Estados Unidos, pero el INO, por su parte, empezaba a prestar atención a la creciente influencia de Washington en la política mundial. «No hay problemas, ni siquiera los exclusivamente europeos, en cuya resolución Estados Unidos no participe en virtud de su poderío económico y financiero», afirmaba un cable enviado a Markin y a otros operativos en 1934. «Esta situación exige que nuestra inteligencia en Estados Unidos [...] consiga documentos y materiales contrastados, aportados por agentes activos o por otros que se espera reclutar en el futuro, capaces de cubrir posiciones clave del país.»[4]

La economía estadounidense, en pleno desarrollo acelerado, también despertaba un creciente interés, especialmente después de que Stalin pusiera en marcha su ambiciosa campaña de industrialización masiva de la Unión Soviética. «La información técnica en Estados Unidos es el foco principal de nuestro trabajo», afirmaba el Centro en 1934, instando a Markin y a otros agentes a reclutar a fuentes con acceso a secretos científicos y tecnológicos del país.[5]

Markin adoptó el nombre de Irving Steppin y utilizó como tapadera la copropiedad de una pequeña empresa de cosméticos. Hablaba un alemán excelente, pero su inglés era pésimo y con un marcado acento. En lugar de intentar reclutar directamente a fuentes estadounidenses, trabajaba a través de intermediarios locales del Partido Comunista de Estados Unidos (CPUSA). En parte, esto respondía a una limitación lingüística, pero también tenía sentido desde un punto de vista estratégico: el Centro aspiraba a

construir una red de izquierdistas, dentro y en torno al gobierno estadounidense, que proporcionasen información y documentación por convicción ideológica, y era preferible que creyeran estar colaborando con el CPUSA antes que con la inteligencia soviética: así sentían que contribuían a una noble causa política interna, en lugar de cometer traición.

El CPUSA se había fundado poco después de la Revolución rusa, y seguía el ejemplo de la Komintern, defendiendo una combinación leninista de operaciones legales e ilegales en la lucha contra el gobierno estadounidense: «dos brazos, uno visible para todos, funcionando públicamente; el otro invisible, secreto, clandestino».[6] Además de su sede oficial en Nueva York, situada a dos manzanas al sur de Union Square, el partido contaba con numerosas redes clandestinas. El INO aprovechó ampliamente esas redes para afianzarse en Estados Unidos sin que las autoridades pusieran demasiados obstáculos.

El Buró de Investigaciones (que añadiría la palabra «Federal» a su nombre en 1935) intentó erradicar esas redes comunistas del panorama político estadounidense, pero con apenas unos cientos de agentes y el auge del crimen organizado en la década de 1930, la agencia tenía otras prioridades más urgentes.

Los primeros reclutas de Markin fueron Alexander y Helen Koral, una pareja de inclinaciones izquierdistas con dos hijos pequeños. Se convirtieron en sus factótums en Nueva York: sobornaban a funcionarios de inmigración a cambio de materiales, actuaban como fotógrafos y mensajeros, y permitían que su apartamento de la calle Ochenta y Ocho Este, en pleno Manhattan, se usara para guardar documentos y dinero. Alexander incluso se ofreció a darle clases de

inglés, para que mejorara su vocabulario limitado y suavizara la fuerte pronunciación eslava.

Los Koral conocían una identidad falsa de Markin, y los demás operativos, otras distintas. Para el escritor izquierdista Whittaker Chambers se llamaba Herman, y tenía «ojos implacables» y un «rostro blando y pálido que sugería corrupción». Otros notaron su tez grisácea y su dentadura estropeada, y lo describieron como despiadado y cruel cuando estaba sobrio y extremadamente sentimental cuando estaba borracho, lo que ocurría a menudo. Al parecer, el alcohol disolvía su dureza y lo dejaba al borde del llanto. Lo preocupaban su mujer y su hijo, que vivía en la Unión Soviética, y se atormentaba especialmente por el niño, paralizado y confinado a una silla de ruedas. «¿Qué será de ellos cuando yo no esté?», solía lamentarse.[7]

La muerte le sobrevino antes de lo que él mismo debía de haber esperado. Alcoholizado, murió en el verano de 1934, en una pelea de bar que parece que no tenía relación con sus actividades de espionaje.[8] Isjak Ajmérov, que había llegado a Nueva York pocos meses antes para ser el segundo al mando, y que más tarde supervisaría a Michael Straight, se encargó de borrar cualquier rastro sospechoso y de que las autoridades estadounidenses no relacionaran el fallecimiento con su labor clandestina.

Ajmérov había nacido en 1901, el mismo año que Dmitri Bystrolyotov, en una familia tártara de las cercanías de Kazán y, al igual que éste, durante sus años de formación fue testigo del violento torbellino de la Revolución rusa y la guerra civil. Tras

abandonar la escuela, empezó a trabajar como aprendiz de su abuelo peletero, y en 1919, con apenas dieciocho años, se unió a los bolcheviques e inició un vertiginoso ascenso entre sus filas. A finales de 1921 fue enviado a Petrogrado para estudiar en la recién creada Universidad Comunista, instalada en el mismo palacio donde, una década antes, había sesionado la efímera Duma zarista. Aquella universidad formaba durante tres meses a los nuevos cuadros en los fundamentos del pensamiento marxista y la organización política, para luego enviarlos a las regiones periféricas del Estado soviético como agitadores.

Después de pasar un tiempo en Asia Central, se trasladó a Moscú, donde ingresó en la universidad más prestigiosa de la ciudad para estudiar inglés, francés y turco en la facultad especializada en asuntos internacionales. Tras varios períodos de servicio en remotos puestos de avanzada del Imperio soviético y una temporada en misiones diplomáticas en Turquía, fue reclutado como ilegal por el INO y enviado en su primera misión a Pekín: bajo la identidad del estudiante turco Edir Bey, se matriculó en clases de inglés en la Universidad de Yenching, una institución estadounidense que enseñaba chino a misioneros británicos y estadounidenses.[9] Su tarea consistía en perfeccionar el inglés mientras establecía contactos con occidentales y recopilaba información sobre la situación política en China. Al cabo de unos meses, fue llamado de regreso a Moscú para una nueva misión.

Desembarcó en Nueva York, con pasaporte turco, el 23 de abril de 1934, y de inmediato se matriculó en un curso intensivo de inglés en la Universidad de Columbia y empezó a pasar largas horas en la Biblioteca Pública de la ciudad leyendo periódicos y libros para

aprender todo lo posible sobre la vida estadounidense. Para un chico ruso de provincia, mudarse a Nueva York fue como entrar en otro mundo. Le fascinaban las enormes porciones de comida que servían en los restaurantes y cafeterías, y podía pasar horas caminando por las avenidas de Manhattan mirando hacia lo alto con asombro. En los años posteriores al crac de Wall Street habían surgido nuevas expresiones monumentales de la ambición capitalista: el Empire State Building se había terminado en 1931 y ya habían comenzado las obras del Rockefeller Center. Aun así, la injusticia y la pobreza visibles eran más que suficientes para reafirmar en él las enseñanzas recibidas sobre la bancarrota moral del capitalismo.

El verano de 1934 fue insoportablemente caluroso en Nueva York y, a principios de julio, una ventisca de polvo barrió la ciudad, reduciendo la visibilidad a menos de un metro.[10] El calor y el polvo le provocaron a Ajmérov numerosos problemas de salud, agravando una infección ocular que había contraído en China y dejándole los ojos permanentemente inyectados en sangre.

Pese a todo, su proceso de legalización en Estados Unidos avanzó con rapidez. Los Koral habían conseguido un certificado de nacimiento a nombre de un tal William Greinke, nacido en Nueva York en 1903, de padres alemanes y fallecido siendo un bebé, y Alexander Koral avaló su solicitud de pasaporte con la falsa declaración de que conocía a «Bill Greinke» desde hacía quince años. El 29 de septiembre, apenas cuatro meses después de su llegada, las autoridades le concedieron el documento, y él, de la noche a la mañana, dejó de hacerse pasar por estudiante turco y asumió la identidad de un neoyorquino de nacimiento.

Bajo la identidad de Bill Greinke, Ajmérov alquiló un apartamento en el número 10 de la calle Ochenta y Tres Este, a diez minutos a pie del de los Koral —ubicado en la calle Ochenta y Ocho Este— y a apenas una manzana de Central Park. Helen Koral actuaba como su mensajera, transportando documentos y dinero desde y hacia el consulado soviético.

Otro elemento clave de aquella red era Hede Massing, una comunista nacida en Viena que había llegado a Nueva York en octubre de 1933 como supuesta corresponsal del *Weltbühne*, un periódico alemán de tendencia liberal cuya sede se había trasladado a Praga tras la toma del poder por los nazis. Massing también actuaba con frecuencia como mensajera, sólo que entre Estados Unidos y París, donde entregaba pequeños paquetes con negativos en microfilm a contactos del INO que, a su vez, los remitían a Moscú.

Otra de las tareas de Massing consistía en mantener actualizada una lista de médicos, abogados y otros profesionales que, en caso de ser requeridos, no harían demasiadas preguntas sobre el acento o la procedencia de sus clientes. También servía como enlace entre Ajmérov y los miembros del CPUSA que, en secreto, realizaban diversas tareas para los operativos soviéticos.

Ajmérov tenía llaves del apartamento de Massing en la calle Cincuenta y Dos, y en ocasiones se pasaba por allí sin previo aviso. Otros encuentros se concertaban por teléfono mediante un código previamente acordado. También solían reunirse en un banco de piedra frente a la entrada de la Quinta Avenida de la sede central de la Biblioteca Pública de Nueva York.[11]

Los comunistas seguían siendo una fuerza marginal en la escena política estadounidense, pero los años de la Depresión habían

generado una mayor simpatía pública hacia su causa, lo que les facilitaba reclutar a partidarios entre las élites. La experiencia del CPUSA en la gestión de redes clandestinas —aunque laxa para los estándares del NKVD— los convertía en socios locales de gran valor. Muchos de sus organizadores eran inmigrantes naturalizados de Europa del Este, como el húngaro Joseph Peters, que se encargaba de resolver problemas y conseguir recursos tanto para las redes del CPUSA como para las del NKVD, además de colaborar con una red de espionaje completamente separada, dirigida por la inteligencia militar soviética.

Massing puso en contacto a Ajmérov con Peters, a quien describió como alguien capaz de obtener pasaportes estadounidenses, documentos de naturalización y certificados de nacimiento para operativos y agentes.[12]

A través de Peters, Ajmérov conoció también a Gerald Graze, funcionario de la Comisión de Administración Pública y miembro secreto de la red clandestina del CPUSA. La labor de Graze consistía en investigar las quejas laborales de los empleados gubernamentales. Ajmérov le pidió que copiara información útil y, durante sus entrevistas con los funcionarios, indagara discretamente sobre sus inclinaciones políticas. Además, Graze alquiló, por veinticinco dólares al mes, un pequeño apartamento donde el ruso instaló a otro ilegal del NKVD, quien usaba ese espacio como estudio para fotografiar documentos proporcionados por el propio Graze y por otros colaboradores.

Al asumir la identidad de Bill Greinke, Ajmérov enfrentaba la tarea más difícil para cualquier ilegal: hacerse pasar por nativo del país en el que operaba. Era una hazaña casi imposible; por eso, el Centro

solía asignar a sus ilegales terceras nacionalidades, como en el caso de Dmitri Bystrolyotov, que se hacía pasar por el húngaro Perelly mientras trabajaba en Gran Bretaña. Sin embargo, Ajmérov se delataba como no neoyorquino tan pronto como abría la boca. Incluso Massing, que sólo conocía su identidad estadounidense, tenía claro que su nuevo supervisor era ruso, y lo veía como un «tonto, arrogante, engreído [...] *apparatchik*» similar a los que recordaba haber conocido durante el año que había vivido en Moscú.

Desde luego, Ajmérov no se movía por la sociedad neoyorquina con la misma soltura con la que Bystrolyotov se desplazaba por Londres. No ayudaba que afirmara ser de ascendencia alemana y, sin embargo, apenas hablara una palabra de alemán, ni que tuviera un aspecto bien poco germánico, con sus ojos oscuros e inflamados y su espeso cabello negro. En cambio, se aseguraba de que la mayoría de sus contactos fueran comunistas de confianza. En lo que respecta a las interacciones breves y cotidianas en tiendas o restaurantes, sus dudosos orígenes importaban menos en Nueva York que probablemente lo habrían hecho en Londres o París. Después de todo, Nueva York era una ciudad de inmigrantes, y nadie prestaba demasiada atención a alguien con un acento difícil de ubicar.

En 1935 Boris Bazárov, el veterano ilegal que había colaborado con Bystrolyotov en el caso de Ernest Oldham bajo la identidad del malhumorado comunista italiano Da Vinci, llegó a Nueva York para reunirse con Ajmérov. Bazárov era un operador más hábil que él, y sabía cómo ganarse a quienes le rodeaban, especialmente a

Massing. Para conmemorar el decimoctavo aniversario de la Revolución bolchevique, el 7 de noviembre de 1935 le envió cincuenta rosas rojas de tallo largo acompañadas de una nota escrita en una mezcla de inglés y alemán que decía algo así como: «Nuestra vida es antinatural, pero debemos soportarla por el bien de la humanidad. Aunque no siempre podamos expresarlo, nuestro pequeño grupo está unido por el amor y el afecto mutuos.»

Massing apreció el gesto. Al fin y al cabo, consideraba a Bazárov un agente de mucho mayor calibre que Ajmérov, ese «autómata moscovita» a quien soportaba cada vez menos.

Los modales de este último le resultaban insoportables y su aspecto, enfermizo y malnutrido. De hecho, escribió que sus ojos, permanentemente inflamados, le parecían «los ojos pequeños y más bien feos de un hombrecillo asustado y sin imaginación».

Ese desdén debía de tener algo de clasismo, dado que Ajmérov se había criado en la provincia y no en el ambiente privilegiado que caracterizaba a muchos de los primeros ilegales, y había abandonado la escuela siendo aún un niño en vez de recibir la educación cosmopolita de éstos.

Pero es posible que la reacción de Massing también se debiera a que percibía cierta misoginia en su supervisor. Al parecer, Ajmérov se sentía amenazado por las mujeres poderosas e intelectuales como Massing, que a menudo lo encontraban condescendiente y sórdido.

Aunque hubo una excepción: Helen Lowry, nacida en Kansas y sobrina del dirigente del CPUSA Earl Browder, quien la había recomendado a Bazárov y Ajmérov como una asistente fiable. El primero envió un telegrama a Moscú con una valoración positiva de Helen: «Una chica seria, tranquila y reflexiva, comprometida con

nosotros con toda su alma y que sabe taquigrafía y mecanografía.» Su plan era enviarla a Washington, donde su aspecto inequívocamente estadounidense y su acento del Medio Oeste la harían mucho menos detectable que cualquier ilegal. Ajmérov, por su parte, se apresuró a instruirla en los fundamentos de la *konspiratsiya.* Congeniaron enseguida. Él ya estaba casado con una rusa, pero se enamoró de ella. Pasarían el resto de su vida juntos. [13]

Vivir con Helen ayudó a que el inglés de Ajmérov mejorara rápidamente, y su vestuario se volvió más elegante: con dinero del Centro, se compró una serie de trajes marrones y sombreros panamá. Para cuando se encontró con Michael Straight, a finales de 1937, ya había refinado tanto su lenguaje como sus modales, y si conservaba algo del aire provinciano que tanto había ofendido a Massing, es probable que Straight viera en ello algo noble y genuino. Como había nacido en el seno de una de las familias más ricas de Estados Unidos, Straight ansiaba autenticidad y sentido, lo que esperaba encontrar en el movimiento comunista. Los ingresos que percibía por su participación en la fortuna familiar ascendían a 75.000 dólares anuales, una suma enorme para la época, y él se sentía a la vez avergonzado y orgulloso de su riqueza. En una ocasión le preguntó a Ajmérov, con total naturalidad, si no querría 12.000 dólares que él no necesitaba. El otro se echó a reír y le aconsejó que ingresara el dinero en el banco, aunque, cuando mandó un telegrama al Centro narrando el incidente, recibió una respuesta lacónica: «Acéptele el dinero y enviénoslo.»[14]

Siguiendo las recomendaciones del Centro, Ajmérov disuadió a Straight de su plan de trabajar en Detroit y le propuso retomar su

idea original de ingresar en el Departamento de Estado. Straight aceptó y, a comienzos de 1938, se mudó a Washington con ese objetivo. Su primera tarea en el nuevo puesto fue redactar un informe sobre el armamento europeo que se apresuró a compartir con Ajmérov, pero el Centro, impaciente por acceder a información más sustanciosa, le ordenó a éste que formara a Straight en la obtención de secretos útiles: «Repase con él todos sus contactos uno a uno, identifique a los más valiosos y enséñele a reunir información relevante a partir de esas relaciones, así como a acercarse a personas clave.»

Sin embargo, poco después el Centro cambio de táctica y decidió no presionar demasiado, prefiriendo una estrategia a largo plazo. Después de todo, Straight tenía poco más de veinte años y una carrera gubernamental potencialmente larga por delante. Era mejor preservarlo para la grandeza futura que arriesgarse a que se expusiera al buscar secretos de bajo nivel con demasiado entusiasmo.

Ajmérov viajaba con regularidad a Washington D. C. para almorzar con Straight, combinando esos encuentros con reuniones con Laurence Duggan, otra fuente en el Departamento de Estado que resultó ser mucho más valiosa.[15] Al igual que Straight, Duggan había aprovechado sus contactos familiares en las altas esferas de la élite política estadounidense para acceder a un puesto estratégico. Había ingresado en el Departamento de Estado tras graduarse en Harvard en 1930, y para 1934 el NKVD ya lo había identificado como simpatizante soviético y le había ordenado a Massing que lo supervisara. Al parecer, odiaba las recepciones formales y las fiestas de etiqueta a las que su posición lo obligaba a asistir pero, según le

dijo a Massing, las toleraba por su convicción de estar siendo útil a la causa soviética.

En 1937 Duggan fue ascendido a jefe de división, lo que le otorgaba acceso a todos los telegramas que llegaban al Departamento de Estado. Este ascenso propició que el Centro ordenara a Ajmérov reemplazar a Massing y supervisar personalmente a Duggan. A partir de entonces, Ajmérov comenzó a viajar a Washington cada dos semanas.

El día convenido, Duggan salía del Departamento de Estado para almorzar llevando oculto en su maletín un grueso fajo de telegramas. Caminaba un rato para asegurarse de que nadie lo seguía y sólo entonces se dirigía al punto de encuentro convenido con Ajmérov. Éste recogía los documentos y luego subía a un taxi que lo llevaba al apartamento alquilado por Gerald Graze, donde lo esperaba otro operativo equipado con una cámara lista para fotografiar los telegramas. Después de una rápida sesión fotográfica, Ajmérov le devolvía los documentos a Duggan, quien mientras tanto había terminado su comida en un restaurante cercano y, finalmente, regresaba a su trabajo.

Era una rutina agotadora, y el hecho de que Duggan no estuviera hecho para las intrigas no ayudaba en absoluto. Lo aterraba la posibilidad de ser descubierto y, cuanto más se implicaba con Ajmérov, mayor era su miedo. Su ansiedad alcanzó su punto álgido con el inicio de las purgas en Moscú. Duggan no lograba entender cómo podía mantenerse a salvo su identidad si, como se decía, había tantos espías enemigos infiltrados en el aparato de inteligencia soviético. En 1938, mientras las noticias que llegaban desde Moscú sobre las purgas no dejaban de multiplicarse, Ajmérov tenía que

dedicar buena parte de sus encuentros a suplicarle que no cortara el contacto.

En junio de 1939 Ajmérov informó de una «angustiosa conversación» con Duggan que se prolongó durante más de tres horas. Había instado a su fuente a centrarse en la situación global. La Alemania nazi se preparaba para desencadenar una terrible guerra imperialista, lo advirtió, y al colaborar con la Unión Soviética no sólo estaba ayudando a Moscú, sino también a toda la humanidad progresista. Ese argumento convencía a muchas fuentes preocupadas: por muy inquietantes que fuesen las noticias procedentes de la Unión Soviética, los objetivos declarados del comunismo seguían siendo nobles y emancipadores. Las posturas cada vez más agresivas de Hitler representaban una amenaza infinitamente mayor.

Pero el 23 de agosto llegó la noticia de un acuerdo que echaba por tierra todo ese razonamiento: la Unión Soviética y la Alemania nazi habían firmado un pacto de no agresión. Pocos días después, el 1 de septiembre, Hitler invadió Polonia. Moscú y Berlín habían acordado, en un protocolo secreto del tratado, repartirse el territorio, de modo que el 17 de septiembre tocó el turno al ejército soviético de entrar en Polonia desde el este.

Las tropas alemanas y soviéticas celebraron un desfile conjunto en la ciudad de Brest, cerca de la nueva línea divisoria trazada por Hitler y Stalin. Soldados de infantería, unidades motorizadas y tanques desfilaron ante la improvisada tribuna donde el general nazi Heinz Guderian y el comandante soviético Semión Krivoshéin los observaban en posición de firmes. Al término del desfile, una banda

interpretó el *Deutschland über Alles*, seguido de *La Internacional*, el himno de la Unión Soviética.[16]

La postura soviética era que las potencias capitalistas de Europa se habían mostrado poco dispuestas a formar un frente común con Moscú contra Alemania, lo que dejaba a la Unión Soviética sin alternativas. Sin embargo, la situación política era desastrosa tanto dentro del país como en el extranjero: durante años, el fundamento del Estado soviético había sido su oposición al fascismo y al imperialismo; más aún, decenas de miles de funcionarios soviéticos habían sido ejecutados poco antes por supuesta colaboración con la Alemania fascista. Y, de repente, el propio Stalin hacía un pacto con Hitler.

Duggan estaba malhumorado y deprimido por las noticias que llegaban de Europa, y le suplicó a Ajmérov que pusiera fin al vínculo entre ambos. Straight también estaba inquieto. Le entregó a su supervisor un memorando en el que explicaba por qué consideraba que el pacto sería un desastre para la Unión Soviética y para el mundo. Ajmérov hizo todo lo posible por convencer a Straight de que el acuerdo era, en realidad, un triunfo diplomático. «Se aproximan grandes días», afirmó, profetizando que los soldados soviéticos serían recibidos como libertadores en Europa del Este y que la Revolución se extendería a Alemania y Francia.

Lo más probable es que estuviera tan alarmado por el pacto como Straight. Poco después, para colmo, recibió órdenes del Centro de regresar a su país. Un año antes habían llamado a su jefe, Boris Bazárov, quien terminó fusilado como enemigo del pueblo. Ajmérov sabía que podía correr la misma suerte. Él y Helen discutieron qué debían hacer y, al final, decidieron arriesgarse y regresar. Partieron

de Estados Unidos en noviembre de 1939 con la esperanza de que les perdonaran la vida.

A su regreso, Ajmérov tuvo que enfrentarse cara a cara con Lavrenti Beria, quien se había puesto al frente del NKVD tras la detención de Yezhov. Beria redujo la violencia masiva de las purgas, pero no era menos despiadado que su predecesor. En realidad, era un sádico, conocido por torturar él mismo a sus enemigos. Tenía los labios permanentemente fruncidos en una escalofriante expresión de desdén y unos ojos oscuros que asomaban tras unos quevedos. A veces enviaba a sus matones a secuestrar mujeres en la calle para llevárselas a su mansión en el centro de Moscú. Beria no envió a Ajmérov a la cárcel, pero lo humilló degradándolo a asistente subalterno en el departamento estadounidense del INO, a pesar de que éste tenía más experiencia en el verdadero trabajo de espionaje que la mayoría de las personas del edificio. Su nuevo jefe, Vitaly Pavlov, tenía veinticinco años, y su única experiencia laboral previa al NKVD había sido en una fábrica de reparación de locomotoras en Siberia.

Las purgas habían diezmado las redes europeas del NKVD, y tras la retirada de Ajmérov tampoco quedaban ilegales en Estados Unidos. Pero, en lugar de reparar ese daño autoinfligido, Beria se centró en planear una única misión siguiendo órdenes directas de Stalin. Se la conocería como la «Operación Pato».

6

Operación Pato
El asesinato de Lev Trotski

Una tarde de marzo de 1939, Lavrenti Beria convocó a su despacho a Pavel Sudoplatov, un joven y prometedor ilegal especializado en asesinatos, que acababa de regresar de una misión en la que había pasado varios meses infiltrado como supuesto confidente de Yevguén Konovalets, un líder nacionalista ucraniano al que el régimen soviético consideraba una amenaza potencial.

Tras ganarse su confianza, Sudoplatov había aprovechado la afición de Konovalets por los dulces y lo había hecho volar por los aires en un café de Róterdam con una bomba oculta en una caja de bombones.[1]

Aunque había logrado salir indemne de las purgas, sobre él seguían pesando sospechas de desviación ideológica, así que, al recibir la citación, temió que su suerte hubiera llegado a su fin. Sin embargo, Beria no lo interrogó ni lo acusó de nada; simplemente le pidió que lo acompañara a una reunión importante.

Sólo cuando el coche se acercó a las torres del Kremlin, Sudoplatov comprendió a quién iban a ver.

Una vez dentro del edificio, avanzaron por los adoquines hasta la sede del Senado, un imponente inmueble dieciochesco. Subieron las escaleras hasta la segunda planta y recorrieron un largo pasillo con moqueta roja que conducía a una vasta sala de recepción. Aleksandr Poskrebyshev, jefe de gabinete de Stalin, estaba sentado a su escritorio bajo una fotografía en la que se veía a un joven y apuesto Stalin durante la guerra civil. Saludó a Beria en voz baja y sin emoción, y luego los hizo pasar a la sala contigua a través de las puertas dobles.

El despacho de Stalin estaba revestido con paneles de madera oscura y decorado con gruesas cortinas con drapeados. Un retrato de Lenin escrutaba a los presentes desde la pared. Stalin estaba tras el escritorio y se levantó para darles la bienvenida. Acababa de cumplir sesenta años, y en persona se veía más envejecido y demacrado que en los noticiarios. Tenía el rostro marcado por la viruela, y el bigote y los dientes amarillentos por culpa del tabaco. Aun así, Sudoplatov tuvo la impresión de que, vestido con su habitual guerrera de corte amplio, transmitía concentración y aplomo.

Comenzó a pasearse lentamente por la sala mientras Beria exponía el plan de operaciones de inteligencia en curso y explicaba que había escogido a Sudoplatov como nuevo subjefe del servicio exterior, encargado de todas las operaciones contra los trotskistas. Encendió una cerilla y la acercó al puro.

—Salvo el propio Trotski, no hay figuras importantes en el movimiento trotskista. Si acabamos con él, eliminaremos la amenaza —dijo antes de volver a sentarse.[2]

Trotski había sido desterrado de la Unión Soviética en febrero de 1929, antes de que Stalin se sintiera lo bastante seguro como para comenzar a detener y ejecutar a sus adversarios políticos. Se instaló en una imponente mansión situada en una isla cercana a Estambul. Durante su estancia allí, escribió los tres volúmenes de su *Historia de la Revolución rusa*, en los que acusaba a Stalin de haber traicionado el legado de Lenin. Abandonó el lugar en 1933, trasladándose primero a París y más tarde a Noruega. Una farsa judicial (la primera de varias) celebrada en Moscú en 1936 lo había condenado a muerte, y ya hacía tiempo que el NKVD había recibido la orden de planificar su asesinato, pero las repetidas detenciones por parte de las autoridades habían impedido llevar a cabo la operación.

Trotski, deseoso de alejarse de potenciales asesinos enviados por el régimen soviético, aceptó una oferta de asilo del gobierno mexicano y llegó al país a bordo de un barco petrolero en enero de 1937. Él y su esposa se alojaron en la llamada «Casa Azul» de los artistas Diego Rivera y Frida Kahlo, en Coyoacán, que por entonces era una localidad aledaña a Ciudad de México. Al poco tiempo, Trotski y Kahlo iniciaron un breve romance que provocó tensiones con Rivera y causó problemas en el matrimonio del ruso. Al final, él y su esposa se trasladaron a una casa cercana, en la avenida Viena. Trotski hizo sustituir las verjas de hierro por un alto muro de hormigón con torres almenadas, dándole el aspecto de una fortaleza. Desde allí continuó publicando una incesante serie de virulentas críticas contra el régimen de Stalin.

Para Stalin, que Trotski siguiera con vida suponía una afrenta personal. Había ordenado la ejecución de decenas de miles de personas acusadas de trotskismo y, sin embargo, por alguna razón,

aquel hombre seguía vivo y activo. Además, temía que la influencia de Trotski en ciertos sectores del movimiento izquierdista internacional estuviera socavando la unidad del comunismo, algo que se había hecho patente en las luchas internas entre facciones durante la guerra civil española.

«Sólo si eliminamos a Trotski [...], podremos contar con aliados dentro del movimiento comunista internacional cuando los imperialistas ataquen la Unión Soviética», les dijo a Beria y Sudoplatov, y acto seguido les dio un año para cumplir la misión. Sudoplatov trató de explicarle con tacto al líder supremo que, dado que no hablaba español, quizá no era la persona más indicada para llevar a cabo una tarea en Ciudad de México.

«Su trabajo y su deber», gruñó Stalin con su acento georgiano, «consisten en encontrar y seleccionar al personal más adecuado y fiable para llevar a cabo la misión. Se le proporcionará toda la ayuda y el apoyo que necesite. Cuente con Beria, pero la responsabilidad será sólo suya.»

Así, Sudoplatov le pidió a Naum Eitingon —que acababa de regresar a Moscú tras pasar tres años coordinando las redes de inteligencia soviética en España durante la Guerra Civil— que le ayudara a trazar el plan.

Decidieron formar dos grupos distintos basándose en los contactos de Eitingon. Los equipos se entrenarían por separado y uno no sabría de la existencia del otro. El primer grupo usaría la fuerza para asaltar la residencia de Trotski y ejecutarlo. En caso de fallar, se acudiría a una segunda opción, más discreta.

Al mando del primer grupo estaba Iósif Grigulévich, un joven judío lituano que, al igual que Eitingon y Sudoplatov, había sobrevivido a

las purgas por los pelos —y que, más tarde, se convertiría en uno de los ilegales soviéticos más célebres—. Grigulévich dominaba el español con fluidez, pues había pasado parte de su adolescencia en Argentina y, posteriormente, vivido en España, donde se especializó en eliminar trotskistas y entrenar a incendiarios que operaban detrás de las líneas enemigas. Siempre bien vestido, con ojos oscuros y brillantes y un espeso cabello negro, ocultaba su naturaleza despiadada tras una actitud seductora y despreocupada. Ya en México, fingiendo un acento francés, se presentó como Felipe ante los mexicanos del comando. Nombró su segundo al pintor y ferviente estalinista David Alfaro Siqueiros, quien ya contaba con experiencia en combate durante la guerra civil española, y trabó amistad con Robert Sheldon Harte, un joven estadounidense que trabajaba como guardia de seguridad y asistente en la casa de Trotski, algo que resultaría crucial.

El atentado se planeó para una noche de mayo de 1940. Grigulévich y la banda se vistieron con uniformes de policía —Siqueiros llevaba gabardina, gafas y bigote postizo—, se acercaron con sigilo a la casa y lograron desarmar y atar a los guardias sin disparar ni un sólo tiro. A continuación Harte les abrió la puerta —presumiblemente por un acuerdo previo— y el equipo se precipitó al interior. Trotski se despertó con el sonido de los disparos. Por un instante pensó que podrían ser fuegos artificiales, pero pronto se dio cuenta de la realidad. Él y su esposa se tiraron al suelo. Los asaltantes se acercaron a la habitación simultáneamente por dos puertas y la ventana que daba al jardín, y abrieron fuego durante un par de minutos. Luego cesaron los disparos y los hombres se alejaron corriendo. De algún modo, Trotski y su esposa sobrevivieron

al atentado sin un sólo rasguño. La única baja de esa noche fue Harte, a quien mataron a tiros para evitar que identificara al ilegal que se había ganado su confianza.

Que un grupo de asesinos lograra llegar hasta el dormitorio de Trotski sin conseguir matarlo resultaba tan inverosímil que, al principio, la policía mexicana sospechó que podría tratarse de un truco publicitario organizado por el propio Trotski. Para Grigulévich, aquél fue un fracaso inexplicable en una carrera que después se caracterizó por numerosos éxitos. Al menos logró pasar desapercibido para la policía mexicana.

El coronel Leandro Sánchez Salazar, encargado de la investigación, identificó una vivienda en el barrio de Acacias, a aproximadamente un kilómetro y medio de la casa de Trotski, como el piso franco utilizado por el jefe del atentado. Sin embargo, cuando sus hombres lo allanaron, lo único que encontraron fue ropa interior de lujo adquirida en el bulevar Saint-Michel de París.

Tras interrogar a un miembro de la brigada de asesinos que delató al misterioso organizador francés del ataque, Salazar ordenó la detención de «Felipe», el francés.

Grigulévich se mantuvo en un perfil bajo, cambiando su aspecto y trasladándose entre distintos pisos francos. Según una versión, luego huyó hacia el norte, cruzó la frontera y se dirigió a Santa Fe, Nuevo México. Otra apunta a que ingresó en una institución psiquiátrica, donde permaneció oculto durante dos meses hasta que el escándalo amainó y pudo marcharse a La Habana.[3] En cualquier caso, consiguió escapar de las autoridades mexicanas, que nunca lograron descubrir su verdadera identidad.

Eitingon —que había entrado en Estados Unidos a finales de 1939 con un pasaporte iraquí falsificado y había estado viajando entre Nueva York y Ciudad de México antes del atentado— temía que el fracaso de la misión significara que él mismo y Grigulévich fueran ejecutados, así que se apresuró a telegrafiar a Sudoplatov, en Moscú, suplicando que le concedieran una nueva oportunidad. Tras el fallido atentado, Trotski había reforzado aún más las defensas de su residencia, lo que hacía completamente imposible un segundo atentado, pero aún contaban con el segundo equipo.

Sudoplatov se hizo acompañar de Beria para ir a ver de nuevo a Stalin, esta vez en la dacha que el líder tenía en las afueras de Moscú. Por suerte, contra lo que cabía esperar, Stalin se tomó sorprendentemente bien las malas noticias, autorizó la nueva intentona y los invitó a cenar.

El segundo equipo estaba formado por Caridad Mercader y su apuesto hijo Ramón. Ella era una comunista de origen cubano que había abandonado a su adinerado marido español para unirse a la lucha en la Guerra Civil, donde conoció a Eitingon. Se hicieron amantes y el ruso reclutó a la madre y al hijo. Luego, cuando la victoria franquista era ya inminente, los ayudó a instalarse en París.

Allí Ramón Mercader recibió el encargo de entrar en contacto con Sylvia Ageloff, una trabajadora social de Brooklyn cercana a Trotski.

Sylvia había viajado a Francia para asistir al congreso fundacional de la Cuarta Internacional, la organización comunista mundial creada por Trotski como alternativa a la estalinista Komintern, y Ramón, bajo la identidad falsa de Jacques Mornard —un supuesto empresario belga poco interesado en política pero apasionado del teatro—, la conquistó enseguida. La relación se consolidó durante

varios meses en París hasta que ella regresó a Nueva York en febrero de 1939.

A finales de 1939 Mercader y su madre viajaron a Nueva York. Una vez allí, él llamó a Sylvia ——haciéndose pasar de nuevo por Jacques Mornard— y le explicó que había huido de Bélgica para evitar que lo reclutara el ejército, por lo que ahora utilizaba el nombre de Frank Jacson. Afirmó haber conseguido trabajo en Ciudad de México y le preguntó si estaría dispuesta a mudarse allí con él. Ella aceptó entusiasmada: le encantaba la idea de vivir cerca de Trotski, a quien admiraba profundamente.

Ya en México, Ramón se tomó las cosas con calma. A veces llevaba a Sylvia a la casa de Trotski, pero en lugar de intentar entrar, la esperaba fuera, en el coche. La primera vez que lo invitaron a pasar fue en mayo, apenas cinco días después del atentado fallido. Mercader conversó amablemente con Trotski, pero no se quedó mucho tiempo; en cambio, le regaló un planeador de juguete a su nieto. Pronto se convirtió en un visitante habitual de la casa, llevando pequeños obsequios y sin prolongar nunca demasiado sus estancias.

El 20 de agosto se presentó con un artículo que había escrito. Quería la opinión de Trotski. Los guardias ya lo conocían, por lo que no lo registraron, pese a que llevaba un abrigo largo en un día soleado. Eitingon y Caridad, sus cómplices, esperaban a una manzana de distancia en un coche preparado para la huida.

Mientras Trotski leía las páginas en su estudio, Mercader sacó un piolet del abrigo, se acercó por detrás y se lo clavó en la cabeza,

pero sólo logró herirlo. Trotski lanzó un grito desgarrador que alertó a los guardias, que entraron rápidamente y se lanzaron sobre el atacante. Habrían podido matarlo, pero Trotski les ordenó que no lo hicieran, para poder interrogarlo. Al cabo, no pudo hacerlo: murió al día siguiente en el hospital a causa de las heridas.

Eitingon y Caridad huyeron a toda velocidad de la casa, iniciando un largo viaje que los llevó por Cuba, Nueva York y China antes de regresar a Moscú.

La policía mexicana comenzó a investigar para determinar la identidad del asesino, quien se encontraba hospitalizado tras recibir una paliza por parte de los guardias de Trotski. Una angustiada Sylvia Ageloff explicó a las autoridades que su amante, de quien ahora se daba cuenta de que había abusado de su confianza para acercarse a Trotski, no era canadiense ni se llamaba Frank Jacson, sino que en realidad era un belga llamado Jacques Mornard.

Se hizo acudir al hospital a un funcionario de la legación belga en Ciudad de México, quien manifestó tener la fuerte impresión de que ese hombre tampoco era belga, señalando que el colegio jesuita de Bruselas en el que afirmaba haber estudiado no existía y que su acento francés sonaba más bien suizo.[4]

Incluso durante el juicio, Ramón Mercader se negó a revelar su verdadero nombre o nacionalidad. Fue condenado a veinte años de prisión.

Habían sido necesarios dos intentos, pero la Operación Pato había resultado un éxito. Una década después de su partida de la Unión Soviética, Trotski estaba finalmente muerto. El hombre que tanto

había contribuido a perfeccionar los códigos de la *konspiratsiya* en los años previos a la Revolución había encontrado su fin a manos de un operativo que los había seguido al pie de la letra.

En la Unión Soviética, la muerte del enemigo número uno de Stalin casi no se mencionó públicamente. Un breve artículo en la página 3 del *Pravda* informaba de que Trotski había sido asesinado por alguien de su entorno cercano. Stalin lo había redactado personalmente, y lo había titulado: «La muerte de un espía internacional.»[5]

7

Operación Barbarroja
Hitler invade la Unión Soviética

Veintidós meses después de la firma del pacto de no agresión con Hitler, Stalin seguía convencido de que su nuevo aliado no se atrevería a atacar la Unión Soviética, al menos no antes de conquistar Gran Bretaña, ya que hacerlo implicaría repetir el error de abrir dos frentes al mismo tiempo, como había hecho Alemania durante la Primera Guerra Mundial.

Los informes —muchos de ellos procedentes de agentes ilegales— lo advertían sobre las verdaderas intenciones de Hitler. Pero estaba tan obsesionado con la *konspiratsiya* que suponía que todo formaba parte de un plan para engañarlo y, en el entorno que él mismo había propiciado, ya no quedaba nadie lo bastante valiente —o lo bastante insensato— como para atreverse a señalarle que se equivocaba. Así fue como Stalin, el hombre que veía conspiraciones antisoviéticas por todas partes, pasó por alto el complot más grande de todos.

En mayo de 1939, Stalin nombró a Pavel Fitin, de apenas treinta y un años, como nuevo jefe de la inteligencia exterior. Fitin había

ingresado en el NKVD apenas un año antes, y sólo contaba con cinco meses de formación básica como agente. A diferencia de muchos aduladores sumisos que se beneficiaron de las purgas, gozaba de cierta estima; sin embargo, resultaba difícil esperar que, con tan poca experiencia, pudiera dirigir eficazmente un servicio de inteligencia en ruinas. La agencia estaba casi desmantelada: numerosos miembros del INO habían sido fusilados, y otros, como Ajmérov, relegados, dejando redes prometedoras sin supervisión. La residencia legal en Londres cerró por completo en febrero de 1940, mientras que la de Berlín se redujo de dieciséis agentes en 1935 a apenas dos en 1939. En ese contexto, Beria designó a su protegido Amayak Kobúlov, un hombre que ni hablaba alemán ni había salido jamás de la Unión Soviética, como nuevo residente legal en Alemania, bajo la fachada de asesor de la embajada.

En Moscú, el Centro seguía recibiendo abundante información útil, especialmente desde Gran Bretaña. Se envió a cuatro agentes legales para reabrir la residencia de Londres y, a principios de 1941, éstos retomaron el contacto con miembros de los Cinco de Cambridge, simpatizantes izquierdistas británicos reclutados aproximadamente en la misma época que Michael Straight, quienes, para entonces, habían ascendido hasta ocupar cargos prominentes. John Cairncross era secretario privado de uno de los ministros de Churchill, y Kim Philby se había incorporado a la Dirección de Operaciones Especiales, la recién creada agencia británica de subversión encargada de sabotajes tras las líneas enemigas. A lo largo de 1941, la residencia londinense del NKVD transmitió casi ocho mil documentos secretos británicos, tanto políticos como diplomáticos: un botín considerable. Sin embargo, gran parte de esa

información terminó siendo ignorada o descartada por el temor a que los Cinco de Cambridge pudieran ser agentes dobles, parte de un sofisticado complot británico destinado a alimentar al Centro con información falsa.

La cada vez más alarmante planificación bélica alemana llevó a varios oficiales a pasar secretos a fuentes soviéticas mediante redes establecidas antes de las purgas. A finales de diciembre de 1940, el Führer firmó la ultrasecreta Directiva 21, que ordenaba que, incluso antes de la derrota de Gran Bretaña, las fuerzas alemanas estuvieran preparadas para «aniquilar a la Rusia soviética en una campaña relámpago». El nombre en clave de esa misión era Operación Barbarroja, con una fecha provisional fijada para mediados de mayo de 1941. Sólo unas pocas personas en la cúpula del mando militar nazi conocían la directiva, pero los agentes soviéticos no tardaron en oír cuchicheos al respecto y enviaron informes a Moscú.

Durante los meses siguientes, las señales de un posible ataque alemán llegaron con insistencia al escritorio de Fitin desde diversas fuentes. Algunos de los datos más confiables provenían de Richard Sorge, un brillante operativo ilegal alemán que había sido captado por la Komintern en 1920 y luego había pasado a trabajar para la inteligencia militar soviética. Desde 1933 estaba destinado en Japón bajo su propio nombre, pero haciéndose pasar por un periodista simpatizante del nazismo.

Sorge mantenía una estrecha relación con Eugen Ott, agregado de la embajada alemana en Tokio que, en 1938, fue ascendido a embajador. Ott, de hecho, lo consideraba su mejor amigo y consejero más cercano, y compartía con él sin demora todos los despachos ultrasecretos que recibía de Berlín.

Gracias a esa conexión, Sorge enviaba a Moscú valiosa información sobre los planes de Hitler. Sin embargo, sus informes contradecían la línea oficial del régimen soviético, por lo que en febrero de 1941 el jefe de la Inteligencia Militar, Filip Gólikov, le mandó un telegrama quejándose de que sus datos no eran «ni secretos ni oportunos» y le anunció que recortaría su presupuesto. [1]

Richard Sorge era probablemente el espía soviético mejor situado del mundo, pero la excesiva cautela de sus jefes de Moscú les impedía apreciar su capacidad de acceder a información crucial.

El 17 de septiembre de 1940, un hombre llamó a la puerta del apartamento berlinés de Arvid Harnack, empleado del Ministerio de Economía del Reich. Con un alemán marcado por un ligero acento, se presentó como Alexander Erdberg.

En realidad, se trataba de Aleksandr Korotkov, quien había operado como agente ilegal en toda Europa durante la década de 1930 —y que, tras la guerra, llegaría a dirigir un nuevo Departamento de Ilegales—. El Centro lo había enviado a Berlín como adjunto del ineficaz residente Kobúlov.

Harnack había mantenido contacto con funcionarios legales de la embajada a mediados de los años treinta —aunque dejando claro que lo hacía como un alemán patriótico y antinazi, no como agente soviético—, pero en los últimos dos años se había distanciado de la inteligencia soviética, de modo que, al principio, sospechó del visitante. Sin embargo, una vez convencido de que «Erdberg» no era un agente encubierto de la Gestapo, le reveló que, por iniciativa

propia, había tejido una red de resistentes en distintos ministerios gubernamentales.

Su contacto más prometedor era Harro Schulze-Boysen, un teniente del servicio de inteligencia de la Luftwaffe. Muy valorado entre sus colegas —Hermann Göring había asistido a su boda—, Schulze-Boysen sentía en secreto una profunda repugnancia por la causa nazi.

Korotkov estableció contacto directo con él en marzo de 1941, y quedó tan alarmado por lo que Schulze-Boysen y otros contactos de Harnack le revelaron sobre los preparativos de un ataque a la Unión Soviética que decidió saltarse el protocolo y escribirle directamente a Beria. Éste, sin embargo, desestimó la advertencia.

Por entonces, las sospechas de Stalin apuntaban hacia Gran Bretaña: estaba convencido de que el gobierno británico intentaba engañarlo para que lanzara él el primer ataque contra Alemania, lo que abriría un segundo frente y aliviaría la presión sobre Londres. En ese contexto, las más de cien advertencias enviadas por Pavel Fitin —el joven jefe de la inteligencia exterior— sobre la inminencia de una invasión alemana cayeron en saco roto.[2] Lo mismo ocurrió con los informes de la inteligencia militar. Richard Sorge, por ejemplo, envió desde Tokio un telegrama el 11 de junio en el que informaba: «Berlín comunicó a Ott que el ataque alemán comenzará a finales de junio. Ott está un noventa y cinco por ciento seguro de que empezará la guerra.» Una copia de ese telegrama llegó al escritorio de Stalin, quien escribió al margen, a lápiz: «Sospechoso. A incluir en la lista de telegramas pensados como provocaciones.»[3]

Stalin, pues, desestimaba las montañas de informes que apuntaban a que la verdadera amenaza provenía de Alemania, sin

que ello alterara en lo más mínimo sus convicciones.[4] Los propios alemanes contribuían a alimentar su paranoia mediante una ingeniosa campaña de desinformación, difundiendo rumores falsos a través de diversas vías. Pero, a medida que avanzaba junio, resultaba cada vez más difícil ignorar la avalancha de señales.

A mediados de mes, Korotkov envió desde Berlín un informe basado en datos suministrados por Schulze-Boysen: Hitler había tomado ya la decisión definitiva de atacar a la Unión Soviética una semana más tarde. Poco después, remitió un segundo mensaje: «Todos los preparativos para un ataque de Alemania contra la Unión Soviética han concluido y se espera que el golpe se produzca en cualquier momento.»

Fitin le mostró el informe a su nuevo superior, Vsévolod Merkúlov, uno de los hombres de confianza de Beria, y ambos lo remitieron con carácter de urgencia a Stalin, quien los convocó de inmediato al Kremlin y los recibió con una displicente inclinación de cabeza.

—He leído vuestro informe —les dijo con un deje de desdén en la voz.

Fitin y Merkúlov guardaron silencio. Stalin le dio una calada a su pipa y continuó:

—¿Quién lo redactó?

Fitin respondió explicando que Schulze-Boysen era un alemán ideológicamente cercano a la causa soviética que trabajaba en el Ministerio de Aviación nazi.

Siguió un largo silencio mientras Stalin caminaba de un lado a otro del despacho. Al llegar a su escritorio, se volvió hacia ellos y escupió su veredicto con una sola palabra, cargada de desdén:

—¡Desinformación!

Acto seguido, los despidió con un gesto seco.

Los agentes ilegales soviéticos habían logrado infiltrarse en dos capitales enemigas, Tokio y Berlín, y habían proporcionado información precisa y detallada sobre la inminente invasión nazi. Pero Stalin no supo valorarlo.

Después de hacer salir a Fitin y Merkúlov, volvió a mirar el informe que le habían entregado, con un resumen de la información de Schulze-Boysen, y garabateó a lápiz, en la primera página: «Mandad a vuestra fuente de la aviación alemana a la mierda.»

A todos los servicios de inteligencia les cuesta gestionar el sesgo de confirmación, y en la Rusia soviética esto era especialmente marcado: la élite política estaba convencida de que el mundo funcionaba según las estrictas leyes del marxismo-leninismo. Si los informes desde el terreno no encajaban con la descripción que Lenin había hecho del desarrollo histórico, se los descartaba como erróneos. La brillante capacidad técnica de los ilegales para reunir inteligencia superaba con creces la habilidad del sistema para analizarla con objetividad.

Esta dinámica se intensificó a medida que el liderazgo de Stalin se volvía más paranoico y dictatorial. Quienes lo rodeaban trataban de reforzar sus convicciones, y hablar claro exigía un coraje extremo. El 21 de junio Beria ordenó que cuatro agentes del NKVD que seguían informando sobre los preparativos alemanes fueran «reducidos a polvo en campos de trabajo forzado». Ese mismo día, remitió a Stalin el siguiente mensaje en su habitual tono servil:

«El pueblo y yo hemos interiorizado plenamente su sabia conclusión: Hitler no nos atacará en 1941.»

Esa noche comenzó la invasión más grande de la historia contra la Unión Soviética.

8

El silbador
Infiltrado en la Alemania nazi

Nikolái Jojlov creció soñando con convertirse en director de cine o actor de la gran pantalla. Intentó ingresar en el instituto de cinematografía más prestigioso de la Unión Soviética, pero no logró cumplir con los requisitos mínimos. En su lugar, a los dieciocho años fue aceptado en un recién inaugurado estudio-teatro de variedades, donde perfeccionó un número basado en el arte de silbar y, en la primavera de 1941, emprendió una gira por el país como parte de una compañía de cabaret.

Cuando la Unión Soviética entró en guerra, tanto su padre como su padrastro se alistaron y fueron enviados al frente, pero a él lo rechazaron por su mala vista. Le dijeron que siguiera con sus silbidos; al fin y al cabo, el entretenimiento y la propaganda también eran parte fundamental del esfuerzo bélico. Obtuvo un pequeño papel en una importante película patriótica y partió hacia los Urales para participar en el rodaje.

Regresó a Moscú en septiembre de ese año, cuando la ciudad vivía en vilo tras tres meses de rápido avance alemán hacia el corazón del territorio soviético. Una vez más, se dirigió a la oficina

de reclutamiento para informarse sobre cómo alistarse. El oficial de guardia le entregó un número de teléfono. Al llamar, una voz le pidió su dirección y le ordenó que esperara nuevas instrucciones.

Poco después, un hombre se presentó en su puerta y lo condujo en coche hasta la Lubianka, al otro extremo de la ciudad. En una oficina del séptimo piso, un funcionario llamado Mijaíl Makliarski le explicó que iban a encomendarle una misión.

—Te hemos llamado para una tarea importante para el Estado. Si estás dispuesto, claro. Aquí todo funciona sobre la base del trabajo voluntario —le dijo.

Él se sentía culpable por haber pasado los últimos meses silbando sobre un escenario mientras su padre y su padrastro luchaban en el frente. Estaba dispuesto a hacer lo que fuera necesario por su país.

Para entonces, los alemanes se encontraban ya a escasas decenas de kilómetros del centro de Moscú. La Wehrmacht había tomado Minsk en menos de una semana y Kiev a finales del verano. Las fuerzas soviéticas estaban debilitadas, tanto por la negativa de Stalin a ponerlas en alerta máxima antes de la invasión como por la purga de muchos de sus mejores mandos en los años anteriores.

«Lenin nos dejó un gran legado y nosotros, sus herederos, nos hemos cagado en él», se dice que declaró Stalin, en un inusual arranque de autocrítica, una semana después del inicio de la ofensiva.

En agosto Hitler ordenó a sus ejércitos concentrarse en la toma de Crimea y en las minas de carbón del Donbás antes de reanudar la ofensiva sobre Moscú. Pero, ya en septiembre, las tropas alemanas volvían a avanzar hacia la capital. Moscú se encontraba bajo la

amenaza de una potencia extranjera por primera vez desde que Napoleón la ocupó brevemente más de un siglo atrás.

Con los nazis acercándose cada semana, una retirada táctica de la ciudad —como la que llevaron a cabo las fuerzas zaristas antes de su victoria final sobre los ejércitos napoleónicos— comenzaba a tomar forma como una opción realista. La tarea que el NKVD le buscaba encomendarle a Jojlov consistía, precisamente, en organizar un movimiento clandestino que operaría en un Moscú ocupado por los nazis, con la misión de hacerles la vida imposible a las autoridades nombradas por los invasores.

Makliarski le explicó a Jojlov que formaría parte de una compañía integrada por cuatro jóvenes artistas: un actor, un cantante, un malabarista y él mismo. A partir de ese momento, empezarían a ensayar una rutina escénica con la que darían espectáculos en el frente, con el objetivo de levantar la moral de las tropas. Pero cuando se produjera la retirada de Moscú, los cuatro permanecerían en la ciudad y les dirían a los alemanes que siempre habían simpatizado con su causa.

—A los alemanes les gusta el arte, sobre todo si no es demasiado serio —le dijo Makliarski—. Si toman Moscú, no me cabe duda de que organizarán un desfile de la victoria. Que lo hagan. Quizá hasta venga el propio Hitler. ¡Imagínalo! Un gran espectáculo escénico para el alto mando nazi. Generales, funcionarios, ministros... Y, de pronto... ¡una explosión!

El apartamento de Jojlov en el centro de Moscú se convirtió en la base de operaciones del grupo. El NKVD les proporcionó comida, dinero, armas y explosivos, y un coronel de la institución los condujo a unos terrenos en las afueras de la ciudad donde aprendieron a

manejar minas magnéticas, trampas explosivas y detonadores eléctricos, además de recibir instrucción en la fabricación de explosivos caseros.

Durante los entrenamientos, Jojlov memorizó los procedimientos para montar una carga rudimentaria: cortar la mecha en diagonal, introducirla con precisión en un tubo de aluminio y sellarla con presión. Insertado en un ladrillo de TNT, aquel artefacto rudimentario se volvía letal.

Algunas noches, un hombre mayor y elegante que se hacía llamar «tío Petia» visitaba el apartamento y les daba lecciones de *konspiratsiya*: cómo organizar reuniones secretas sin ser seguidos, cómo detectar si estaban siendo vigilados y cómo transportar armas y explosivos por Moscú sin llamar la atención. Todo aquello era muy nuevo para Nikolái, que aún era un adolescente, pero en un Moscú cuya atmósfera se volvía cada semana más tensa, resultaba imposible no tomarse en serio esas tareas que en otro momento habrían parecido francamente surrealistas.

Durante el día, las peleas en las colas de comida eran frecuentes, y los rumores más descabellados corrían rápidamente entre los vecinos atemorizados. Por la noche, el toque de queda y la oscuridad sumían a la ciudad en una calma inquietante.

El 8 de octubre, el Comité de Defensa del Estado inició los preparativos para una retirada ordenando la instalación de minas en centrales eléctricas, fábricas, puentes, cocheras de tranvías y hasta en hornos de pan. Cuando llegara la orden, debían producirse detonaciones por todo Moscú, de modo que las tropas de Hitler se encontraran con restos carbonizados en lugar de una metrópoli en funcionamiento.

Una semana después, Stalin celebró, en su despacho del Kremlin, una reunión donde se decidió evacuar al gobierno soviético a Kúibyshev, una ciudad situada a varios cientos de kilómetros del frente, a orillas del Volga. También se trasladarían las instalaciones de defensa, las universidades y los teatros. El propio Stalin abandonaría la capital en cuestión de días.

Ese mismo día, Makliarski convocó a Jojlov y a su compañero Serguéi a la Lubianka. Mientras atravesaban las calles del centro de Moscú, los dos amigos notaron un acre olor a quemado en el aire; el cielo estaba oscurecido y sobre la ciudad caían cenizas negras. En las oficinas gubernamentales y otras instalaciones ya se estaban destruyendo documentos, anticipándose a la retirada.

Al llegar a la Lubianka, se encontraron con una escena de caos frenético: las secretarias corrían por los pasillos cargando pilas de papeles marcados para su destrucción.

Makliarski los recibió con gesto grave en su despacho de la séptima planta.

—No tengo buenas noticias —dijo—. Nos vamos de Moscú: los tanques alemanes ya están en las afueras. —Hizo una breve pausa mientras los miraba con intensidad—. Recordad lo que estáis defendiendo. Mantened la calma y ganaros la confianza de los alemanes. Luego, esperad instrucciones. —Antes de despedirse, agregó en voz baja, pero resuelta—: Nos reencontraremos en la clandestinidad.

Jojlov y Serguéi regresaron por el largo pasillo en silencio, de vuelta al ascensor.

Al día siguiente, las autoridades del NKVD partieron hacia Kúibyshev junto con los principales cargos del gobierno y la mayor parte del

personal de varios ministerios. La estación de Kazán, en Moscú, era un torbellino de actividad, con miles de personas intentando subir a los trenes de evacuación. Se necesitaron setenta y cinco vagones sólo para trasladar a los artistas del teatro Bolshói junto con sus familias, escenografías y vestuario.

A finales de noviembre, más de dos millones de personas y quinientas fábricas habían sido evacuadas de Moscú en setenta mil viajes de tren.

Nikolái y los suyos permanecieron en la ciudad. Pasaban los días en el apartamento, bebiendo té caliente y matando el tiempo con partidas de cartas mientras esperaban la llegada del enemigo.[1]

Al final, la Wehrmacht nunca logró tomar Moscú. Lenta pero inexorablemente, el Ejército Rojo consiguió frenar el avance alemán. «Es casi incomprensible y siempre lo mismo: en general, el ruso lucha con una tenacidad fanática», escribió un comandante alemán a su esposa.[2]

El 7 de noviembre, fecha en la que Stalin ordenó mantener el tradicional desfile militar en conmemoración de la Revolución de Octubre, marcó un punto de inflexión simbólico. Tras el desconcierto inicial provocado por la invasión, el líder soviético recuperó la compostura y tomó la decisión de no abandonar la capital.

Ese día, acompañado por sus colaboradores más cercanos, contempló desde lo alto del mausoleo de Lenin el paso de los tanques sobre los adoquines de la Plaza Roja. «La guerra que estáis librando es una guerra de liberación, una guerra justa», proclamó ante las tropas reunidas, en un discurso retransmitido por radio a

todo el país en el que invocó tanto la filosofía de Lenin y el legado de la Revolución como a los grandes héroes militares del pasado ruso.

Con la llegada del largo invierno, el avance nazi sobre la capital comenzó a flaquear. A finales de 1941 la Unión Soviética había sufrido pérdidas devastadoras: más de 3,1 millones de soldados estaban muertos, desaparecidos o en manos del enemigo, y otros 1,3 millones estaban heridos o enfermos.[3]

Sin embargo, se había logrado detener la invasión, y la amenaza sobre Moscú se había disipado, al menos por el momento.

Pese a todo, gran parte del territorio soviético en Ucrania, Bielorrusia y el oeste de Rusia permanecía bajo ocupación alemana. Así como los bolcheviques habían creado un departamento para coordinar a los ilegales que quedaron atrás durante la guerra civil, en ese momento se planificó establecer una estructura similar para las zonas invadidas por la Wehrmacht. «Las condiciones para las fuerzas enemigas y sus cómplices deben volverse insoportables», ordenó Stalin.

Korotkov, el ilegal cuyas fuentes en Berlín habían predicho con exactitud la invasión, recibió la orden de regresar a Moscú para fundar una nueva academia de entrenamiento. A algunos de los alumnos, jóvenes atletas o trabajadores en su mayoría, se los formaría a toda prisa para lanzarse en paracaídas tras las líneas enemigas y actuar como saboteadores, pero a otros se los destinaría a misiones encubiertas de larga duración.

A comienzos del otoño, los primeros operativos ya estaban listos para partir hacia sus destinos, tras un adiestramiento rudimentario no mucho más exigente que el que había recibido Nikolái Jojlov para

su abortada misión en Moscú. Las coberturas, con frecuencia, eran frágiles. Por ejemplo, en septiembre de 1941 un estudiante de un instituto técnico de Moscú fue lanzado en paracaídas a las afueras de la Mykolaiv ocupada. Sus documentos lo identificaban como georgiano, y su tapadera exigía que se hiciera pasar por simpatizante de los nazis. Pero apenas hablaba su supuesto idioma materno y vivía con el temor constante de encontrarse con algún «compatriota».[4]

Moscú también envió agentes ilegales a países europeos ocupados. A menudo se trataba de comunistas extranjeros reclutados en la década de 1930. Según los registros del NKVD, durante los primeros tres años de guerra se enviaron ciento noventa ilegales a veintisiete países. Algunos formaron una red conocida como «la Orquesta Roja», que operaba dentro del territorio nazi y era liderada por Leopold Trepper, un judío polaco reclutado por la inteligencia militar soviética en los años treinta y enviado a Europa bajo la identidad de un industrial quebequés al frente de una empresa exportadora de impermeables en Bruselas.

Tras la conquista nazi de Bélgica, Trepper se convirtió en un enlace clave para la Orquesta Roja. Mientras tanto, Gran Bretaña colaboró con los soviéticos para lanzar en paracaídas a numerosos comunistas franceses y alemanes en sus países de origen, como parte de un programa conjunto ultrasecreto de infiltraciones ilegales. Los que lograron evitar la detección llevaron vidas clandestinas con nuevas identidades en sus propios países.[5]

El Centro también planificó un tipo más ambicioso de infiltración en territorio ocupado. Si se podía entrenar a ilegales soviéticos de confianza para hacerse pasar por nazis, tendrían más posibilidades

que los grupos de partisanos locales para llevar a cabo acciones encubiertas y sabotajes tras las líneas enemigas. Entonces, Sudoplatov se acordó de Nikolái Jojlov: las dotes interpretativas del joven silbador, junto con sus rasgos arios, lo convertían en un candidato ideal.

En las primeras horas del día de Año Nuevo de 1942, Makliarski y Sudoplatov llamaron a la puerta del apartamento de Jojlov llevando botellas de vino y flores, y este último, con una sonrisa ambigua, le hizo saber que el cuarteto de saboteadores del teatro de variedades no estaba tan bien entrenado en la *konspiratsiya* como ellos mismos creían: habían recibido visitas, hecho comentarios insinuantes sobre su «misión» y dejado entrever demasiado.

—Si los alemanes hubieran llegado a Moscú —aseguró entre risas condescendientes—, habrían desenmascarado a tus compañeros en dos días. Pero tú —añadió— has demostrado sangre fría y discreción. Por eso hemos venido a ofrecerte una misión distinta: más ambiciosa, de largo aliento... si decides aceptarla. —Entonces, Sudoplatov evocó el viejo sueño de Jojlov de convertirse en actor—. Ahora puedes cumplirlo, con una diferencia: tú mismo serás el director, y tu escenario será la vida real —dijo.

Jojlov comenzó su entrenamiento para la nueva misión en el verano de 1942. Un instructor le enseñó a mezclar vodka con glucosa para producir una solución que podía utilizarse como tinta invisible; otro le explicó cómo decodificar mensajes de radio, y un tercero lo ayudó a perfeccionar su puntería. También practicó saltos en paracaídas desde pequeños aviones Douglas. Sin embargo, la parte más

importante de su formación tuvo lugar en su propia casa; allí, convivía con el comunista alemán Karl Kleinjung, quien había huido de Alemania tras la llegada de los nazis al poder, había combatido en el bando republicano durante la guerra civil española y, finalmente, se había exiliado en la Unión Soviética.

Su tarea consistía en ayudar a Jojlov a mejorar rápidamente su alemán, un idioma del que sólo conocía los rudimentos aprendidos en la escuela: en pocos meses tendría que pasar por un nativo.

Jojlov pasó largas tardes con él, imitando su pronunciación, copiando sus gestos y escuchando historias sobre la vida en Alemania. Los instructores llevaban libros y periódicos nazis para que los hojeara, y cada noche escuchaba emisiones de radio de propaganda alemana.

Al cabo de un tiempo, ambos visitaron un campo de prisioneros de guerra en Krasnogorsk, no lejos de Moscú, donde interrogaron a los alemanes capturados sobre la vida cotidiana de un oficial nazi. Les exigieron que les hicieran una demostración de cómo saludar a los oficiales superiores, que les explicaran las normas de los desfiles y que les informaran de otros tics menores que podrían ayudar a los futuros ilegales a pasar desapercibidos incluso para los observadores más atentos.

Por fin, para poner a prueba todo lo aprendido, Jojlov y Kleinjung viajaron a Obolovka, otro campo de prisioneros a cuatrocientos kilómetros de Moscú. Tras llegar a un pueblo adyacente, el jefe del NKVD de la zona leyó la carta que ellos llevaban de Moscú y, sin más preámbulos, les consiguió unos uniformes alemanes sucios. Los dos hombres se cambiaron y, después de que practicaran brevemente una marcha por la habitación, el jefe llamó a un guardia.

—Coja a estos dos y llévelos al campo de prisioneros —le ordenó.

—¡Sí, señor! —fue la respuesta—. ¡Marchando, *boches*!

Durante el mes siguiente, Jojlov encarnó a Walter Latte, un oficial subalterno capturado en el norte de Stalingrado. Junto a Kleinjung, tuvo que adaptarse a vivir sin privilegios en el campo de prisioneros, pasando largas jornadas descargando troncos o cavando zanjas. Su tarea consistía en mezclarse con los otros y aguzar los sentidos tratando de evitar interacciones innecesarias para que no notaran su acento ruso residual. También tuvo que entrenarse para no reaccionar al oír las órdenes que los guardias daban en ruso, o las groseras provocaciones de las aldeanas que trabajaban en un campo cercano y se divertían burlándose de los alemanes. Sólo el comandante del campo sabía que él y Kleinjung eran agentes infiltrados. Cada noche, durante una hora, les permitía reunirse discretamente con sus enlaces del NKVD en un rincón apartado del campo, donde comentaban cómo les había ido ese día mientras compartían salchichas u otros manjares que complementaban la escasa dieta de los prisioneros, basada en gachas y pan negro duro.

La última noche, Jojlov, que estaba en el sendero delante de su barracón, notó que un anciano general alemán se le acercaba. Él se quedó mirando fijamente la puesta de sol, pero el viejo alemán confundió su distanciamiento con melancolía, le dio una palmada en el hombro y le dijo en tono amable y paternal:

—Todo saldrá bien, chico. Volveremos a casa.

Una noche de agosto de 1943, un avión Douglas pintado de gris verdoso, sin marcas identificativas y con las luces atenuadas,

despegó de un aeródromo militar en las afueras de Moscú y puso rumbo al oeste. Sentados en los bancos duros y fríos de su interior, ocho hombres aguardaban el salto. Con sus cascos rígidos y sus abultadas mochilas de paracaidistas, parecían una fila de caracoles.

Entre ellos estaban Jojlov y Kleinjung, vestidos con uniformes alemanes bajo sus monos de vuelo.

Jojlov llevaba en el bolsillo documentos de la Geheime Feldpolizei, la policía secreta militar. Uno de ellos, impreso en la caligrafía gótica oficial de las autoridades del Reich, lo identificaba como Otto Wittgenstein, *Oberleutnant* (teniente primero) adscrito a la unidad 49 del frente; otro ordenaba su traslado de Orsha a Minsk para cumplir una misión.

El avión ganó altura con un traqueteo brusco que hizo que la fila de hombres se deslizara por el banco hasta casi caer al suelo. El copiloto salió de la cabina de mando vestido con chaqueta de piel y gritó:

—¡Estamos cruzando el frente!

El corazón de Jojlov dio un vuelco. Sabía que en cualquier momento podían verse envueltos en una andanada de fuego antiaéreo. Pero esa noche tuvieron suerte. El aparato siguió volando hasta alcanzar una zona boscosa, a unos sesenta y cinco kilómetros de Minsk, donde tres hogueras encendidas señalaban que era seguro intentar el aterrizaje: no haría falta saltar en paracaídas.

El aparato descendió bruscamente y tocó tierra entre sacudidas violentas. A través de las ventanillas, Jojlov vio cómo unas siluetas corrían a pisotear las hogueras, haciendo saltar fuentes de chispas.

El piloto abrió la trampilla de acero y tanto Jojlov como Kleinjung saltaron al suelo envueltos en una oscuridad casi total, salvo por el

resplandor anaranjado de los rescoldos aún humeantes.

—¡¿Camaradas Viktor y Volin?! —gritó una voz utilizando los nombres en clave de Jojlov y Kleinjung. Ambos dieron un paso al frente y estrecharon la mano de sus desconocidos guías.

Avanzaron por un tranquilo camino rural escoltados por una decena de hombres vestidos con monos caqui. Al amanecer, el grupo llegó a un terreno cenagoso. Uno por uno, cruzaron la brillante ciénaga verde avanzando con cuidado sobre estrechos troncos, equilibrándose con la ayuda de bastones.

Finalmente alcanzaron un pequeño campamento partisano, donde los recibió el coronel Emmanuil Kutsin, que por fin le reveló a Jojlov su misión: asesinar a Wilhelm Kube, el gobernador nazi de Bielorrusia.

La lógica era simple, aseguró Kutsin: los guardaespaldas de Kube jamás dejarían que un lugareño se le aproximara en la calle, pero haciéndose pasar por un oficial nazi uniformado Jojlov/Wittgenstein podría acercársele fácilmente. Desde que la misión se había planeado, la situación se había vuelto más difícil, admitió Kutsin. «Kube ya no sale a dar paseos. Viaja en coche cerrado, aparece en su despacho de improviso y se queda poco tiempo. De hecho, se ha vuelto más listo. ¡Pero, de todos modos, hay que liquidarlo!»[6]

Los alemanes habían tomado Minsk al comienzo de la guerra, tras la huida de los dirigentes soviéticos locales. De inmediato, los nuevos ocupantes dirigieron su violencia más extrema contra la gran comunidad judía de la ciudad: la mayoría de los cien mil judíos confinados en el gueto de Minsk no sobreviviría al conflicto. Para el

resto de la población, la vida se convirtió en una lotería brutal. El *Minsker Zeitung*, nuevo periódico del gobierno de ocupación, advertía que, por cada acto de sabotaje, cincuenta hombres serían seleccionados al azar y ejecutados.[7]

La mera sospecha de simpatía hacia la resistencia prosoviética podía resultar fatal. Las autoridades instalaron horcas por toda la ciudad, y no era raro que los cadáveres quedaran colgados durante semanas, acompañados de carteles que los señalaban como enemigos del gobierno alemán.

Kube, que tenía cincuenta y tres años y había sido nombrado por Hitler *Reichskommissar* (Comisario del Reich) de Bielorrusia, llegó a Minsk a principios de septiembre. Miembro del partido nazi desde 1927, era un ferviente ideólogo que escribía obras de teatro sobre temas folclóricos alemanes en su tiempo libre. No tenía escrúpulos en usar la violencia, pero era un administrador astuto y se sentía frustrado por la contraproducente crueldad de las unidades de las SS. Pensaba que, con esa actitud, se desaprovechaba la buena voluntad de muchos vecinos de la zona, algunos de los cuales habían pensado en un principio que los nazis podían ser una alternativa aceptable al dominio soviético. No obstante, cuando quedó claro que los nuevos gobernantes eran todavía más salvajes que los soviéticos, las redes de partisanos aumentaron en número, sumando a personas reclutadas durante conversaciones susurradas. Gran parte de ellos se organizaron de manera espontánea, pero el NKVD no tardó en hacerse con el control del movimiento, estableciendo bases en los bosques que rodeaban las zonas urbanas y enviando a emisarios a las ciudades para transmitir mensajes en clave.

Al mismo tiempo que Jojlov y Kleinjung partían hacia Minsk, varios grupos de partisanos convergían en la ciudad con la misma misión: eliminar a Kube. En junio, con motivo del segundo aniversario de la invasión, uno de esos grupos colocó una bomba en un teatro de Minsk con la intención de asesinar a Kube durante la ceremonia vespertina en la que éste anunciaría la creación de una rama bielorrusa de las Juventudes Hitlerianas. Sin embargo, la bomba no estalló hasta la función nocturna, cuando ya no quedaban alemanes en la sala.[8]

A medida que los partisanos se convertían en una amenaza creciente para los nazis, las represalias se volvieron cada vez más sangrientas. Durante el verano de 1943, las SS lanzaron la Operación Cottbus, una despiadada cacería de simpatizantes soviéticos que se saldó con miles de ejecuciones.[9] En ese ambiente, cualquier lugareño despertaba sospechas, lo que hacía que los uniformes alemanes de Jojlov y Kleinjung fueran aún más valiosos.

Tras dos semanas de entrenamiento y orientación en el campamento partisano emprendieron, acompañados por una escolta, una larga caminata a través de pantanos y bosques hasta llegar a una aldea tranquila. A partir de ese punto, quedarían a merced de la suerte. Su destino era un piso franco en las afueras de Minsk cuya dirección habían memorizado. Allí se encontrarían con Marusya, una joven procedente de una de las aldeas cercanas al campamento reclutada por Kutsin.

Una amiga que había huido de la ciudad a principios de la guerra le había dejado a Marusya las llaves de su casa, y ella tenía unos nervios de acero que le permitían cruzar los puestos de control con facilidad, flirteando y seduciendo, por lo que podía entrar y salir de

la ciudad a voluntad, actuando como correo y enlace entre el campo partisano y los operativos en la ciudad. El día antes de la partida de Jojlov y Kleinjung, se dirigió al piso franco con instrucciones de esperar a dos agentes soviéticos que vestirían uniformes alemanes.

Jojlov y Kleinjung pasaron de la aldea a una carretera, donde pararon un camión militar alemán que pasaba por allí. Como habían acordado, Kleinjung fue el encargado de hablar y, tras comprobar que el camión se dirigía a Minsk, pidió que los llevaran. Al ver el rango de teniente de Jojlov, el soldado sentado junto al chófer se levantó para dejarle un lugar, pero éste insistió en que prefería sentarse en la parte trasera para evitar mareos. Cuanto menos conversación tuviera que entablar, mejor.

Los ilegales se acomodaron en la parte trasera del camión y permanecieron en silencio mientras el vehículo se acercaba a Minsk. Al ver la bandera con la esvástica ondeando en un puesto de centinela a las afueras de la ciudad, Jojlov entendió que ya estaban en territorio enemigo, donde cualquier error podía costarle la vida.

Cuando llegaron al centro, se apearon y continuaron a pie. Los vecinos pasaban a toda prisa evitando mirarlos a los ojos, asustados por los uniformes alemanes. De vez en cuando, pequeños grupos de soldados saludaban militarmente al oficial que marchaba delante. Con cada paso, Nikolái se sentía más seguro en su disfraz. Por fin, llegaron a la dirección convenida y llamaron a la puerta. La joven Marusya salió y rodeó a Jojlov con los brazos.

—¡Otto querido! —gritó alegremente antes de hacer pasar a los dos hombres.

Por medio de Marusya, conocieron a varios lugareños que ayudaban a los partisanos. Muchos desconfiaban de esos dos

desconocidos con uniformes nazis, pero Marusya respondía por ellos, y los demás no tenían más opción que confiar, aunque si tan sólo uno de ellos fuera un informante de la Gestapo, eso significaría el fin de su misión y de sus vidas.

Una mujer les ofreció un apartamento vacío para que se alojaran, y sus nuevos amigos les llevaron ropa de civil: un traje color habano para Kleinjung y uno gris a rayas para Jojlov —que, según él, lo hacía parecer un cruce entre un oficinista de la Gestapo y un especulador del mercado negro de divisas—. En cualquier caso, esas ropas llamarían menos la atención cuando entraran y salieran del apartamento. Además, recibieron llaves de otros *konskvartiry* (pisos francos) partisanos repartidos por toda la ciudad para usarlos como almacenes y refugios rápidos.

Apenas empezaban a sentirse cómodos paseándose por Minsk con sus nuevas identidades cuando llegó la noticia de que habían abatido a un partisano que vestía un uniforme alemán. A partir de ese momento comenzaron a mirar por encima del hombro en cada esquina, convencidos de que los oficiales que pasaban delante escrutaban sus rostros y que terminarían por detenerlos en cualquier momento.

Decidieron que la mejor manera de disipar los nervios era sumergirse por completo en sus falsas identidades y se dirigieron al casino que los alemanes habían abierto en la antigua cafetería de una fábrica, donde los oficiales nazis se reunían para beber, apostar y cantar.

Tras bajar unas escaleras hasta una sala llena de humo, se sentaron a una mesa y pidieron sendas jarras de cerveza. Kleinjung

entabló conversación con un cabo de Colonia, mientras Jojlov se mostraba taciturno y distante, como un superior severo.

El entretenimiento consistía en un hombre vestido de payaso que gritaba chistes con un acento afectado que a Jojlov le resultaba ininteligible, pero que arrancaba carcajadas entre los alemanes reunidos. Más tarde, el payaso empezó a aporrear el piano con una animada melodía y, tras unas estrofas, por fin entendió la letra y se unió al canto. Poco a poco, se fue adaptando a su personaje. A medida que el alcohol le calentaba el cuerpo y veía a su alrededor a hombres vestidos con uniformes parecidos al suyo, dejaba de sentir que estaba a un paso del fracaso. El teniente Otto Wittgenstein era un oficial nazi más, relajándose en el casino tras un duro día de trabajo.

Cuando Jojlov y Kleinjung se hubieron adaptado a la vida en la Minsk ocupada, llegó el momento de buscar contactos que pudieran ayudarles a cumplir su misión. Fue entonces cuando se acercaron a Elena Mazanik, una mujer a la que habían conocido mientras trabajaba, primero como limpiadora y después como camarera, en el casino de oficiales que ellos dos solían frecuentar, y que a la sazón era ama de llaves en la mansión en pleno centro de la ciudad donde Wilhelm Kube vivía con su esposa Anita —una actriz a la que había cortejado tras verla actuar en una de sus obras— y con los hijos de ambos.

Antes de la guerra, Elena había trabajado en una cafetería del gobierno y colaborado extraoficialmente como informante para el NKVD, donde su marido estaba empleado como conductor. Sin

embargo, al estallar el conflicto, él huyó y ella quedó atrapada en Minsk.

Al igual que Jojlov y Kleinjung, el propio Kube también solía visitar aquel casino con frecuencia, sobre todo antes de que empezara a temer por su seguridad. Allí interrogaba a las empleadas más atractivas sobre su pasado y sus ideas políticas, y a las que más le gustaban les ofrecía trabajo como sirvientas en su mansión.[10]

Pero no había sido así como Elena había conseguido el empleo. A sus veintisiete años, era demasiado mayor para el gusto de Kube. Había sido otro oficial nazi, Karl Wildenstein —la mano derecha de Kube— quien se había prendado de ella y la había hecho contratar como sirvienta para encargarse de las habitaciones de la pequeña suite que él ocupaba en la segunda planta de la, por entonces, recién inaugurada residencia del gobernador.

Años más tarde, durante los interrogatorios a los que fue sometida en Moscú, Elena tuvo que responder en varias ocasiones sobre la naturaleza de su relación con Wildenstein. Admitió que él solía darle dinero y vodka, y que coqueteaba con ella, pero negó rotundamente que entre ellos hubiera existido algo más.

El caso es que, mientras buscaba información sobre Elena, Jojlov se enteró de que su marido estaba vivo y a salvo, trabajando como chófer del NKVD en lo más profundo de Siberia. Aquello contribuyó a que Jojlov, Kleinjung y sus superiores concluyeran que Elena probablemente no era simpatizante del régimen nazi, sino que tan sólo había intentado sobrevivir bajo las circunstancias imperantes. Por ello, consideraron que podría resultarles útil.

Así fue como Jojlov organizó un encuentro con ella: hizo que uno de sus contactos le insinuara que un recién llegado de Moscú tenía

noticias sobre su marido y logró que aceptara reunirse con él. Cuando Elena acudió, le transmitió saludos de su esposo y le aseguró que se encontraba «vivo y en buen estado». Acto seguido, le explicó que había ido a Minsk con una misión crucial y que necesitaba su colaboración. Apeló a su sentido del deber, a su patriotismo, y le insinuó, con una amenaza apenas velada, que había llegado el momento de demostrar de qué lado estaba.

—Nuestro país aún confía en ti, pero hay un límite —le dijo—. Te has negado a afrontar la verdad durante demasiado tiempo. Ahora tendrás que hacerlo. No es una amenaza; sólo te estoy recordando ciertas circunstancias desafortunadas. —Tras dejar clara su posición, hizo una pausa. Elena se había puesto pálida y se aferraba al borde de la mesa—. No me respondas ahora—añadió—. Aunque, en tu situación, sólo cabe una respuesta. No aceptaremos otra.

La renuencia de Elena no se debía a una lealtad hacia sus patrones alemanes, sino al hecho de que otro de los grupos que planeaban atentar contra Kube ya se había puesto en contacto con ella. Como una de las pocas personas en Minsk con acceso directo al *Reichskommissar*, se había convertido en un objetivo codiciado.

Ese otro grupo le había entregado un frasco de veneno con la esperanza de que lograra introducirlo en la comida del nazi. Pero había un problema: los hijos de Kube solían cenar más temprano que sus padres y, si Elena envenenaba la sopa, eran ellos —y no Kube ni su esposa— quienes corrían el riesgo de morir. Finalmente el plan fue descartado.

Por eso, cuando un desconocido vestido con uniforme alemán apareció de pronto ante ella, reaccionó con cautela: temía que Jojlov fuera un agente de la Gestapo enviado para ponerla a prueba. No

fue hasta que sus contactos lograron que una amiga suya —una cocinera que ya había expresado su deseo de unirse a la resistencia — respondiera por él, que Elena logró calmar sus temores.

Una semana más tarde, Jojlov volvió a encontrarse con Elena. Iba vestido con su uniforme alemán y llevaba bajo el brazo un paquete envuelto en papel rosa brillante, como si fuera un regalo para una amante. Dentro había dos pequeñas bombas magnéticas, un detonador de lápiz e instrucciones impresas.

Elena lo recibió con recelo. Sentada en un taburete con las manos cruzadas sobre el regazo, escuchó en silencio lo que Jojlov tenía que decirle. Él le reveló entonces el verdadero motivo de su presencia en Minsk:

—Tienes en tus manos la insólita oportunidad de participar en una misión que ocupará un lugar en la historia de esta guerra —le dijo.

Ella protestó, alegando que no quería tener nada que ver con aquella locura. Pero no se marchó; siguió escuchando. Jojlov, consciente de sus dudas, le expuso las dos opciones posibles: por un lado, podía limitarse a proporcionar información detallada sobre los movimientos de Kube y facilitar el acceso al recinto para que él y sus camaradas organizaran una emboscada y le lanzaran una granada. Y por otro, estaba el segundo plan —el que él prefería y para el cual había ido preparado.

—Dentro de esa caja hay dos artefactos. Son dos bombas magnéticas —le explicó mientras deshacía cuidadosamente el envoltorio rosa—. Son dos cubos pequeños, discretos, que se adhieren con fuerza a cualquier superficie de hierro, incluso a los muelles de la cama del comisario del Reich.

A continuación le mostró cómo ajustar el detonador de lápiz para que el dispositivo estallara a una hora determinada.

—No lo sé, camarada —repuso ella al cabo de unos momentos de silencio. Esa última palabra le bastó a Jojlov para saber que ya se había decidido.

Antes de marcharse, le dejó el paquete envuelto como un regalo. [11]

El 21 de septiembre Elena se levantó a las seis y media de la mañana. Pasó un buen rato dando vueltas por el apartamento, repasando una y otra vez cada posible eventualidad. Por último, metió la bomba en el bolso y salió caminando hacia su trabajo. También llevó consigo el frasco de veneno que no había utilizado, decidida a ingerirlo en caso de ser capturada.

Al llegar a la mansión, subió las escaleras como de costumbre. Su acceso estaba limitado estrictamente: sólo podía moverse por la segunda planta —donde se encontraba la suite de Wildenstein—, por el despacho de Kube y por las habitaciones de invitados. Le estaba terminantemente prohibido entrar en el dormitorio del *Reichskommissar* o en el comedor de la planta baja.

Comenzó su rutina limpiando el despacho: vació los ceniceros, recogió los vasos de whisky que habían quedado de la noche anterior y ordenó con cuidado los papeles del escritorio. Tanto Kube como Wildenstein y Anita se preparaban para salir. Saludó a esta última con una leve inclinación de cabeza y, fingiendo molestia, le comentó que le dolía una muela y le pidió permiso para ir al dentista más tarde si el dolor empeoraba. Anita asintió sin darle demasiada

importancia y, poco después, salió a hacer unos recados llevándose consigo a una de las criadas.

Elena se quedó a solas en la casa con una joven sirvienta llamada Yanina. Sabía que la muchacha tenía un amante alemán, así que aprovechó la ocasión: la llamó con un gesto y le sugirió que, ya que la casa estaba vacía, podía subir discretamente a la segunda planta y llamarlo desde el teléfono del despacho. Yanina no lo dudó: aceptó encantada y subió las escaleras dando pequeños saltos, sin sospechar nada.

Cogió su bolso y un par de pantalones de niño, y bajó sigilosamente a la primera planta. Si alguien la sorprendía, tenía previsto decir que estaba buscando hilo para remendar los pantalones. Con el corazón latiéndole como un tambor, sacó la bomba del bolso, la dejó en el suelo junto a la cama y la fijó a la parte inferior del colchón. Ajustó el detonador de lápiz para que estallara quince horas más tarde, en plena noche. Luego se sentó sobre la cama y rebotó suavemente, para comprobar que el artefacto quedaba bien sujeto. Fue un instante angustioso, pero el dispositivo no se movió. Recogió el bolso y los pantalones, y se apresuró a salir de la habitación. Al cruzarse con Yanina, le dijo que el dolor de muelas había empeorado y que se marchaba de inmediato al dentista.

Volvió a casa, cogió a su hermana Valya y juntas corrieron hacia un punto de encuentro acordado, donde las esperaba un camión para sacarlas de Minsk. Subieron de un salto al remolque del vehículo y avanzaron entre zarandeos durante media hora hasta detenerse a unos veinte kilómetros de la ciudad. Entonces saltaron

al suelo y atravesaron el bosque hasta llegar a un campamento partisano.

A las dos de la madrugada, mientras Kube dormía profundamente junto a su esposa, Elena y Valya iban y venían nerviosas por el campamento. Entonces, la bomba estalló justo como estaba previsto. Kube murió al instante; su esposa, milagrosamente, sobrevivió.

Kleinjung y Jojlov se despertaron temprano. El hijo de la cocinera que había respondido por ellos ante Elena los sacó de la cama, agitado, con la cara enrojecida y la voz temblorosa. Kube estaba muerto. Una bomba había estallado en su dormitorio en plena noche. Las ss estaban en pie de guerra y habían bloqueado todas las salidas de Minsk.

Se pusieron a toda prisa sus uniformes, salieron del apartamento y detuvieron un camión lleno de soldados de las ss que se dirigía hacia el campo de concentración de Trostenets, al sur de la ciudad. El vehículo pasó sin problemas por los puestos de control del ejército y las ss en las afueras y, cuando llegaron a una bifurcación del camino, ambos descendieron de un salto. Una vez que el camión desapareció en la distancia, se apartaron de la carretera y se adentraron en el bosque.

Esa misma noche se toparon con un grupo de partisanos que formaba parte de una expedición enviada desde la base para buscarlos. Se quitaron los uniformes nazis y esperaron instrucciones sobre cuándo llegaría un avión para llevarlos de vuelta al otro lado de las líneas soviéticas, habiendo completado su misión con un éxito rotundo.

Durante la guerra, la Unión Soviética desplegó unos quince mil operativos tras las líneas enemigas, según los cálculos posteriores de Sudoplatov. En total, se atribuyó a estos agentes la eliminación de ochenta y siete altos mandos nazis, muchos de los cuales actuaban disfrazados de soldados alemanes.

Entre ellos destacó especialmente Nikolái Kuznetsov, quien, encubierto como el *Oberleutnant* Paul Siebert, logró asesinar al menos a seis oficiales nazis antes de ser capturado y ejecutado, lo que lo convirtió en uno de los héroes más emblemáticos de la inteligencia soviética.

Aun así, el asesinato de Wilhelm Kube fue posiblemente el más impresionante de todos. Causó tal conmoción que dentro de las SS y la Gestapo llegó a rumorearse que sólo podría haber sido obra de una facción rival dentro de la propia jerarquía nazi.

Para los soviéticos, fue mucho más que una operación exitosa: representó un golpe simbólico de gran alcance. Elevó la confianza del país en su capacidad de resistir y demostró que ni siquiera los jerarcas nazis estaban a salvo. «Durante dos años, unos lobos rabiosos han atormentado a nuestra patria», escribió el periodista Iliá Ehrenburg en una columna tras el atentado. «Ahora ha comenzado la caza. Los lobos están siendo perseguidos en todas partes.»[12]

9

Primeras infiltraciones
Comienza la Guerra Fría

La guerra dejó un saldo devastador: veintisiete millones de soviéticos muertos. Un tercio de la riqueza prebélica del país quedó destruida, incluidas treinta y dos mil fábricas y más de sesenta mil kilómetros de líneas férreas.[1] Tras las catárticas celebraciones de mayo de 1945, llegó una hambruna que arrasó gran parte del país, junto con la dolorosa toma de conciencia de la magnitud del esfuerzo de reconstrucción que se avecinaba.

Sin embargo, Stalin podía darse por satisfecho en el plano geopolítico. La victoria en la guerra había disipado cualquier duda que aún pudiera existir sobre la permanencia de la Revolución bolchevique. Más allá de si se la aprobaba o se la detestaba, la Unión Soviética había alcanzado un reconocimiento incuestionable como actor central en el nuevo orden mundial, y estaba destinada a ocupar un puesto permanente en el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, cuya creación tendría lugar poco tiempo después. Para finales de 1945, Stalin era el único de los grandes líderes de la guerra que seguía en el poder, tras la muerte de Roosevelt y la inesperada derrota electoral de Churchill.

La capacidad de Stalin para asegurarse un acuerdo de posguerra favorable también se vio reforzada por el constante espionaje al que sometía a sus propios aliados. Desde Gran Bretaña, los llamados «Cinco de Cambridge» continuaban enviando información clasificada a Moscú con un ritmo asombroso: Donald Maclean remitió cientos de documentos del Ministerio de Asuntos Exteriores, mientras que Anthony Blunt sustrajo más de mil setecientos informes del MI5 a lo largo del conflicto.[2] Kim Philby, sin embargo, fue puesto al frente del nuevo departamento del MI6 encargado de contrarrestar el espionaje soviético, lo que, al estar él mismo trabajando para Moscú, inutilizó el proyecto desde el principio.

También en Estados Unidos, Moscú mantenía una formidable red de agentes. A principios de la guerra, el Centro decidió enviar de regreso a Nueva York a Isjak Ajmérov, reconociendo lo absurdo que era mantener al agente ilegal con mejores conexiones en Norteamérica como un simple empleado en prácticas dentro de la Lubianka. Ajmérov estableció su principal base de operaciones en una tienda de sombreros y pieles de la calle Cincuenta y Siete Oeste.

La participación soviética en la victoria sobre las fuerzas de Hitler volvió a colocar a Estados Unidos bajo una luz positiva, y Ajmérov logró recuperar a algunas fuentes que se habían distanciado. Restableció el contacto con Gerald Graze y Laurence Duggan, ambos del Departamento de Estado, y comenzó a supervisar a Nathan Silvermaster, un funcionario del Tesoro nacido en Odesa.

Se reunían en restaurantes o en el Leon and Eddie’s, un bullicioso club nocturno en la calle Cincuenta y Dos Oeste, donde Silvermaster le entregaba información procedente de un grupo de simpatizantes comunistas dentro del gobierno estadounidense. Silvermaster estaba

convencido de que trataba con un auténtico estadounidense, lo que evidenciaba la notable mejora de Ajmérov para hacerse pasar por un neoyorquino nativo desde los días en que Hede Massing lo había descrito como un «autómata moscovita».[3]

En marzo de 1943, Estados Unidos inauguró unas instalaciones ultrasecretas en Los Álamos, Nuevo México, donde un equipo de científicos trabajaba en el desarrollo de un arma nuclear. El NKVD tuvo conocimiento del llamado «Proyecto Manhattan» en menos de un mes. Pronto se estableció una red de informantes que proporcionaba a Moscú materiales técnicos y científicos que los soviéticos reutilizaban para avanzar en su propio programa atómico. Aunque Ajmérov no supervisaba directamente a esas fuentes, gran parte de la información pasaba por sus manos: sólo en 1945, envió a Moscú cerca de dos mil rollos de microfilmes.[4]

Mientras Stalin recibía resmas de información secreta procedente de Gran Bretaña y Estados Unidos, ni Londres ni Washington contaban con un sólo agente con acceso real al círculo de poder en Moscú. Esto hizo que, en las conferencias de los llamados «Tres Grandes», en Teherán, Yalta y Potsdam —donde se decidió el destino de la Europa de posguerra—, Stalin estuviera mucho mejor informado sobre sus supuestos aliados que ellos sobre él.

Cuando el nuevo presidente estadounidense, Harry Truman, intentó impresionar a Stalin en Potsdam anunciándole que su país había desarrollado «una nueva arma de fuerza destructiva inusitada», no entendió por qué el líder soviético no se mostró sorprendido. En realidad, Stalin ya conocía la existencia de la bomba atómica desde hacía tiempo, mientras que Truman se había enterado apenas unos meses antes, al asumir la presidencia.

La alianza forjada durante la guerra se disolvió con rapidez. Ya en marzo de 1946, Winston Churchill advertía sobre un «telón de acero» que descendía sobre el continente. Con una combinación de elecciones amañadas, manipulación política y coacción, Stalin se aseguró el control comunista sobre Europa del Este. Poco después, lanzó una nueva ola de represión, especialmente contra quienes, en los territorios recién incorporados a la órbita soviética, eran considerados desleales.

Se formalizó la división de Alemania, y las potencias occidentales respondieron con la creación de la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN), una alianza militar defensiva. Para apuntalar las economías devastadas por la guerra y evitar que el empobrecimiento empujara a países como Grecia o Italia a elegir gobiernos comunistas, Estados Unidos puso en marcha el Plan Marshall, un ambicioso programa de ayuda económica para la reconstrucción europea.

En teoría, también estaba abierto a los países del bloque oriental, pero Stalin —convencido de que aceptar ese dinero implicaría ceder influencia política— prohibió a Polonia, Checoslovaquia y otros estados satélites que participaran.

En 1947 la administración Truman creó la Agencia Central de Inteligencia (CIA), un nuevo e importante instrumento de la política exterior estadounidense. Al igual que la Oficina de Servicios Estratégicos (OSS) durante la guerra, la CIA fue concebida tanto para recabar información como para planificar y ejecutar operaciones encubiertas.

Un año más tarde, una instrucción secreta definió algunos de los métodos que la Agencia podía emplear, entre ellos: «Propaganda,

guerra económica, acciones directas preventivas —incluido el sabotaje—, subversión contra estados hostiles —como el apoyo a movimientos clandestinos de resistencia— y respaldo a elementos anticomunistas en países amenazados del mundo libre.»[5]

En la práctica, esto abarcó desde la financiación de exposiciones artísticas y proyectos literarios destinados a promover, de forma sutil, el estilo de vida estadounidense, hasta la intervención encubierta en las decisivas elecciones italianas de 1948. La CIA canalizó fondos hacia los partidos opositores a los comunistas, que finalmente fueron derrotados por una coalición conservadora. La Agencia también inició una política de entrenamiento de exiliados de los nuevos estados comunistas como guerrilleros, a los que luego envió de regreso a sus países de origen para sembrar la discordia.

Un momento clave en el enfrentamiento entre el mundo comunista y el capitalista se produjo poco después del amanecer del 29 de agosto de 1949. En una zona remota de la estepa kazaja, apareció en el horizonte una enorme bola de fuego blanca que se tornó naranja y luego roja a medida que se elevaba hacia el cielo. Momentos después la siguió una nube de escombros con forma de hongo. Las ondas de choque alcanzaron el búnker de observación, situado a más de diez kilómetros de distancia, con el estruendo de una avalancha. Dentro, los científicos soviéticos y sus responsables políticos se abrazaban jubilosos. Cuatro años después de Hiroshima y Nagasaki, la Unión Soviética había roto el monopolio nuclear de Estados Unidos.

Ese avance fue posible gracias a una combinación de factores: mentes científicas brillantes, los frutos de los trabajos forzados en el Gulag y —lo más decisivo— información robada del programa

atómico estadounidense. A finales de la década de 1950, Estados Unidos contaba con más de trescientas bombas nucleares operativas, mientras que la Unión Soviética sólo tenía cinco. Pero el principio fundamental que regiría la Guerra Fría ya estaba en vigor: ningún bando podría lanzar un ataque nuclear sin arriesgarse a provocar la destrucción total del planeta.[6]

Entretanto, en Estados Unidos crecía el temor al comunismo como ideología subversiva. A finales de 1945 Elizabeth Bentley —una mensajera al servicio de la inteligencia soviética, bajo supervisión de Isjak Ajmérov— se presentó ante el FBI y denunció a decenas de personas, acusándolas de pasar información a Moscú, incluidos altos funcionarios del gobierno. Aunque Bentley no conocía ni el verdadero nombre ni la dirección de Ajmérov, el Centro decidió repatriarlo por motivos de seguridad. Las pruebas presentadas por ella reforzaron la convicción del director del FBI, J. Edgar Hoover, de que el comunismo representaba una amenaza existencial para el país. «El comunismo no es, en realidad, una simple ideología política», declaró Hoover ante el congreso en marzo de 1947. «Es un modo de vida maligno y perverso. Representa una patología que se propaga como una epidemia y, como tal, debe ser contenida con una cuarentena para impedir su propagación.»

Bajo la presión de Hoover, el presidente Truman firmó un decreto ejecutivo para poner en marcha el Programa Federal de Lealtad y Seguridad. Esta normativa autorizaba al FBI a investigar los antecedentes de más de dos millones de funcionarios estatales, así como a realizar indagaciones más profundas sobre la vida personal y

las creencias políticas de más de cuatro mil de ellos. La lucha contra la supuesta amenaza soviética se convirtió en una obsesión malsana para Hoover: en una ocasión afirmó que en la Unión Soviética estaban entrenando a millones de niños como paracaidistas con el propósito de lanzar un «ataque suicida a gran escala utilizando bombas pequeñas».[7] Su fervor anticomunista sería pronto retomado por el senador Joseph McCarthy, decidido a expulsar a los «rojos» de todos los ámbitos de la vida estadounidense.

Gran parte de esto se basaba en una fantasía paranoica, pero era cierto que, hasta ese momento, los espías soviéticos habían operado en Estados Unidos con relativa facilidad. El Temor Rojo pondría fin a esa situación. El FBI creció de manera espectacular durante los años de la guerra: entre 1941 y 1945 pasó de 2.280 a 15.000 empleados.[8] Durante las últimas fases de la contienda, Julius Rosenberg, un ingeniero del ejército con inclinaciones comunistas, se reunió más de cincuenta veces con su supervisor soviético, Aleksandr Feklisov, destinado a Nueva York bajo cobertura diplomática. Charlaban en restaurantes o acordaban la entrega de documentación en oscuras salas de cine. Rosenberg fue detenido en 1950 y enviado a la silla eléctrica en 1953 junto con su esposa Ethel; para entonces, ya era impensable que un agente legal soviético pudiera entrar despreocupadamente en un restaurante para reunirse con un operativo como Rosenberg. Todos los agentes de inteligencia soviéticos sabían que serían sometidos a intensa vigilancia tan pronto salieran de la embajada.[9]

Como compensación, el Centro diseñó un plan para establecer una red de operativos ilegales en Occidente. Según creían, ese plan tenía tres ventajas principales. Primero, los ilegales podrían moverse sin la

vigilancia que, a esas alturas, ya formaba parte del día a día de los espías que operaban bajo cobertura diplomática. Segundo, podrían actuar bajo una «bandera falsa», haciendo creer a sus objetivos no alineados con la izquierda que trabajaban para un país o una causa completamente distintos. Por último, si la Guerra Fría se intensificaba hasta el punto de interrumpir las relaciones diplomáticas y cerrar la embajada soviética, esos ilegales podrían permanecer *in situ*, listos para actuar.

Pero ¿dónde encontrar a esos nuevos operativos? En 1946 la Unión Soviética contaba con apenas veinticuatro ilegales distribuidos en doce países, muchos de los cuales ya habían dejado de estar activos. Cuando hicieron regresar a Ajmérov, no quedó ningún ilegal en Estados Unidos. Para remediarlo, en 1947 se creó en la Lubianka un departamento especial encargado de seleccionar, entrenar y documentar a nuevos cuadros. Lo dirigía Aleksandr Korotkov, quien había trabajado en Berlín y enviado advertencias sobre los planes de Hitler en vísperas de la invasión. Para 1949 Korotkov ya había reclutado a cuarenta y nueve ilegales nuevos y, poco a poco, el Centro comenzó a enviarlos al extranjero.[10] Korotkov comprendía que las nuevas condiciones de la Guerra Fría requerían un cambio de táctica: los ilegales ya no podían operar en Occidente como lo había hecho Ajmérov antes de la guerra. En esos días, un hombre que se hiciera llamar Michael Green, hablara con un tono entrecortado, pronunciara fuertes consonantes eslavas y concertara reuniones con empleados del gobierno estadounidense probablemente llamaría muy rápido la atención del FBI. Para pasar desapercibidos en medio de ese aumento de vigilancia, los nuevos ilegales debían contar con una tapadera impecable y recibir un entrenamiento riguroso.

En marzo de 1950, un hombre llamado Iván Kovalik zarpó del puerto polaco de Gdynia en un vapor con destino a Nueva York. Su verdadero nombre era Valeri Makayev, y fue uno de los primeros ilegales enviados a Estados Unidos después de la guerra. El Centro lo había entrenado a tiempo completo durante siete meses para asegurarse de que pudiera representar el papel de Kovalik, un hombre de origen ucraniano nacido en Chicago. Recibió varias horas de clases de inglés y polaco, y se reunía con Ajmérov para discutir sobre la vida en Estados Unidos. Le resultaba fácil aprender esos idiomas, aunque admitió a sus instructores que temía hablar en ruso en sueños y delatarse.

El verdadero Kovalik había emigrado de pequeño y se había establecido primero en Polonia y luego en la Unión Soviética. Allí el Departamento de Ilegales se apropió de su pasaporte estadounidense caducado y lo modificó con la fotografía de Makayev. Con la ayuda de un funcionario corrupto de la embajada estadounidense en Varsovia, Makayev renovó el viejo pasaporte estadounidense de Kovalik.

El plan del Centro era que Makayev dirigiera una «residencia ilegal» compuesta por otros agentes ilegales soviéticos, entre ellos uno que se haría pasar por austriaco y otro por finlandés. Esta red paralela operaría de manera independiente de la residencia legal establecida en la embajada soviética. Más adelante, el Centro planificó la creación de otras residencias ilegales en Estados Unidos, cada una bajo control directo de Moscú y sin conocimiento de las demás, con el fin de reforzar la seguridad operativa.

El Centro entregó a Makayev veinticinco mil dólares en efectivo, una suma enorme para la época, y le asignó su primera tarea

importante: supervisar a Kim Philby, quien para entonces era el agente más valioso para Moscú.[11] Philby había sido destinado a Washington en 1949 como jefe de la oficina de enlace del MI6, por lo que estaba completamente informado sobre los planes estadounidenses para preparar grupos anticomunistas destinados a infiltrarse en los países del bloque del Este. Gracias a la información proporcionada por Philby, los soviéticos pudieron asegurarse de que ninguna de esas misiones tuviera éxito. Philby había roto todos sus contactos personales con diplomáticos soviéticos para evitar llamar la atención del FBI, y pasaba la información a Moscú a través de su amigo y compañero, el agente soviético Guy Burgess, quien no era el mensajero más confiable debido a sus frecuentes episodios de alcoholismo. La función de Makayev consistía en restablecer un contacto directo con Philby para evitar que éste tuviera que reunirse con personas conocidas por sus vínculos con el comunismo o la Unión Soviética.

Tras su llegada a Estados Unidos, Makayev ignoró las instrucciones recibidas durante su entrenamiento. Como era un músico talentoso, consiguió trabajo como profesor de composición en la Universidad de Nueva York. Allí conoció a una bailarina polaca, de la que se enamoró, y pronto centró más su atención en conquistarla que en supervisar a los agentes que tenía a su cargo. Desviaba la mayor parte de los fondos asignados a operaciones para comprarle costosos regalos.

Las nuevas condiciones del espionaje en plena Guerra Fría exigían que los agentes ilegales evitaran cualquier contacto con la embajada soviética, lo que dejaba al Centro sin forma de saber que Makayev se había desviado de su misión.

En la primavera de 1951, gracias a su acceso privilegiado a secretos de la CIA y el FBI, Philby se dio cuenta de que los estadounidenses estaban a punto de descubrir que Donald Maclean —alto funcionario del Ministerio de Asuntos Exteriores británico y viejo amigo suyo— era un espía soviético. Le pidió a Guy Burgess que lo advirtiera y, en mayo de ese mismo año, ambos huyeron del Reino Unido para poco después reaparecer en la Unión Soviética.

Philby sabía que tarde o temprano las sospechas también recaerían sobre él: los tres habían estudiado juntos en Cambridge, y el inestable Burgess se había alojado en su casa de Washington apenas unas semanas antes.

Ése era el momento en que Makayev debía intervenir: tenía que recoger dos mil dólares de un «buzón muerto» —un escondite secreto— en Nueva York y entregárselos a Philby, quien, si sentía que lo estaban cercando, podría usar el dinero para viajar con una identidad falsa a México o al Caribe, donde los soviéticos podrían organizar su exfiltración a Moscú. Pero, llegado el momento, Makayev no logró encontrar el escondite y Philby jamás recibió el dinero.

No era seguro que Philby hubiera seguido al pie de la letra ese plan en cualquier caso, pero lo cierto es que, dadas las circunstancias, no le quedó otra opción que capear el temporal lo mejor que pudo. En medio de las crecientes sospechas de que él era el «tercer hombre» de la red de espionaje de Burgess y Maclean, en junio de 1951 le ordenaron que regresara a Londres y así lo hizo. Una vez allí, dimitió del MI6 para adelantarse a su despido y, aunque consiguió que no lo detuvieran, perdió su acceso a secretos de gobierno.

A Makayev se lo hizo volver a Moscú, donde fue recibido con frialdad y reprendido por su falta de disciplina y por malversar fondos operativos. Según una versión de los hechos, poco después sufrió un trastorno cardíaco y murió en la mesa de operaciones.[12]

Pocos meses después de la retirada de Makayev, a comienzos de noviembre de 1951, el *Nea Hellas*, un barco griego que había zarpado de Marsella, atracó en Halifax, Canadá. Entre los pasajeros se hallaba Yevgueni Brik, un agente ilegal que viajaba con un pasaporte canadiense a nombre de Ivan Hladysch y una moneda hueca con microfilmes que detallaban los lugares y horarios de futuras reuniones.

Brik era hijo de un diplomático que trabajaba para la delegación comercial soviética en Nueva York, por lo que hablaba inglés como un nativo, y además había recibido dos años de formación en técnicas de espionaje. Antes de partir hacia América, se había despedido entre lágrimas de su esposa Antonina prometiéndole que volvería pronto a Moscú.

Dos semanas después de llegar a Canadá, se reunió en el Jardín Botánico de Montreal con un espía soviético que operaba con cobertura diplomática desde la embajada en Ottawa. Le entregó su pasaporte y, a cambio, recibió un certificado de nacimiento a nombre de David Soboloff, junto con un grueso fajo de dólares canadienses.[13]

En la primera fase de su misión no se le exigirían tareas de espionaje propiamente dichas. Debía limitarse a recorrer las ciudades canadienses donde «Soboloff» supuestamente había vivido,

y memorizar edificios y detalles para luego poder contar anécdotas convincentes de su supuesta infancia y adolescencia.

El plan era que solicitara un pasaporte canadiense y, a continuación, encontrara un pretexto para trasladarse a Estados Unidos. Enviar ilegales a través de Canadá o Latinoamérica era una estrategia nueva ideada por el Centro para facilitar su período de adaptación. De este modo, los agentes podían perfeccionar sus leyendas en un entorno menos hostil y, cuando llegara el momento y demostraran ser capaces de soportar la presión de vivir bajo una identidad falsa, infiltrarse en Estados Unidos.

Mientras tanto, el Centro asignó a Brik el control de cinco colaboradores canadienses reclutados por funcionarios diplomáticos de la embajada.

A Brik le costó adaptarse a la vida como Soboloff; se sentía abrumado y solo. Durante una de sus primeras visitas a Winnipeg, uno de los lugares que supuestamente había frecuentado en el pasado, acabó en la cama con Larissa, la hija casada de los propietarios de la casa de huéspedes. A los pocos días le confesó que se había enamorado y que quería pasar el resto de su vida con ella. Larissa, atrapada en un matrimonio infeliz con un oficial del ejército canadiense, se sintió halagada. Su entusiasta pretendiente era encantador y divertido, y no dio indicios de que en realidad fuera un ciudadano soviético con una esposa esperándolo en Moscú. Unos meses después, cedió a sus súplicas y abandonó a su marido.

Brik quedó tan abrumado por la emoción que le confesó a Larissa toda su verdadera identidad y misión. Ella, aterrorizada, lo instó a acudir a las autoridades y repetir su confesión. Tras una breve discusión, Brik aceptó, decidido a actuar correctamente con Larissa.

Esto desencadenó una serie de acontecimientos desastrosos. Las autoridades canadienses se dieron cuenta de que tenían ante sí una oportunidad única: convertir a un ilegal soviético en agente doble. Convencieron a Brik de que continuara trabajando para la inteligencia soviética bajo su vigilancia, con el fin de descubrir cómo operaba el programa de ilegales. También organizaron el traslado de Larissa y su marido al extremo norte de Canadá. Brik nunca volvió a verla. Su ánimo se ensombreció y comenzó a beber en exceso, pero aceptó mantener sus comunicaciones con Moscú con normalidad.

En 1955 llegó el momento en que Brik, tras cuatro años en el terreno, debía regresar a Moscú para reunirse tanto con sus supervisores del Centro como con su esposa. Ávidos de obtener información desde el interior de la Lubianka, los canadienses le suplicaron que hiciera el viaje, prometiéndole que, al volver, finalmente podría cortar los lazos con la inteligencia soviética y reasentarse en Canadá con una nueva identidad. Tras una tortuosa ruta que pasó por Río de Janeiro, París, Bruselas, Helsinki y Leningrado, Brik aterrizó en Moscú.

Los agentes de inteligencia soviéticos lo esperaban en la misma pista para detenerlo y conducirlo a la Lubianka, donde fue interrogado durante horas y finalmente condenado a quince años de prisión.14 Resultó que un oficial de inteligencia canadiense con deudas se había puesto en contacto con la embajada soviética en Ottawa y había ofrecido información a cambio de dinero, incluyendo la revelación de que un ilegal operando en Canadá había cambiado de bando.

Brik y Makayev no fracasaron por el brillante trabajo de las agencias de contraespionaje, sino porque ninguno de los dos pudo soportar las presiones de llevar una doble vida. Con el tiempo, se produjeron otros fracasos similares, hasta que, finalmente, aquello llevó a una revisión completa del modo en que el Centro formaba y enviaba a los ilegales, aunque la conciencia de cuánto debía cambiar el sistema fue llegando poco a poco. En parte, esto se debió a que, junto a todos esos fracasos, hubo un éxito notable: una misión que parecía demostrar que la era de los grandes y extravagantes ilegales aún no había terminado.

10

Signor Ambasciatore
La misión para matar a Tito

La mañana del 27 de abril de 1953, Josip Broz Tito recibió al diplomático costarricense Teodoro Castro en una habitación modestamente amueblada del Palacio Blanco de Belgrado. Tito, quien había liderado a los partisanos comunistas yugoslavos durante la Segunda Guerra Mundial, asumió el poder tras el fin del conflicto y, ocho años después, ostentaba una autoridad absoluta: era presidente, primer ministro, mariscal del ejército y padrino de uno de cada nueve niños nacidos en el país.[1] También se había convertido en el mayor dolor de cabeza de Stalin dentro del bloque comunista, tras romper públicamente con él en 1948 y anunciar que Yugoslavia seguiría su propio rumbo político.

Para Tito, aquella reunión era sólo una más dentro de su plan para forjar nuevas alianzas en el mundo y consolidar el estatus de Yugoslavia como una potencia comunista independiente de Moscú. Castro, carismático y relativamente joven —aún no había llegado a los cuarenta—, parecía comprender bien la delicada posición en la que se encontraba el mariscal. Le explicó que las naciones centroamericanas, en general, estaban atrapadas entre los

estalinistas respaldados por Moscú y los dictadores sostenidos por Washington, y que Costa Rica era una feliz excepción, puesto que la revolución de 1948 había propiciado un auténtico movimiento reformista y ahora el país se esforzaba por mantenerse neutral. Con la aduladora cortesía propia de su oficio, elogió a Tito y lo describió como un modelo de líder no alineado. Según dijo, el mariscal gozaba de una enorme popularidad en Costa Rica y, de hecho, en toda la región. También sugirió que existían amplias oportunidades de intercambio comercial: Costa Rica podía exportar a Belgrado el mejor café y cacao del mundo y, a cambio, importar cemento y maquinaria industrial.

La conversación se desarrollaba en inglés, con un traductor que intervenía de forma ocasional cuando Tito necesitaba ayuda con alguna palabra. Tito estaba fumando a su manera peculiar, con un cigarrillo encendido encajado verticalmente en el hornillo, y su visitante imitaba esta curiosa costumbre como muestra de respeto mientras aprovechaba para interrogar al mariscal sobre su visión de Yugoslavia, dejar caer los nombres de sus contactos políticos en Roma y el Vaticano, y contar varios chistes a costa de los italianos. Cuando la distendida reunión llegó a su fin, Tito comentó a sus asistentes que el costarricense le había parecido bastante simpático, aunque no albergaba duda de que su elocuente adulación tenía como objetivo cerrar un acuerdo comercial favorable para su país.[2]

Tito no se equivocaba al sospechar que, detrás de los halagos, la cortesía y la afabilidad de Castro se ocultaba una segunda intención, aunque nada tenía que ver con acuerdos comerciales. El hombre al que había conocido aquella mañana era, en efecto, un diplomático costarricense legítimamente acreditado, pero ni se llamaba Teodoro

Castro ni había puesto un pie en Costa Rica, por más que fuera capaz de desgranar largas anécdotas sobre su supuesta patria. Su nombre real era Iósif Grigulévich, y era un ilegal soviético que, años atrás, se había hecho pasar por «Felipe» y había liderado el primer —y fallido— intento de asesinar a Trotski en Ciudad de México. Pocos meses antes de aquel encuentro, Stalin le había confiado una misión decisiva que no consistía en firmar un acuerdo económico con Tito, sino en asesinarlo.

El improbable viaje de Grigulévich, desde revolucionario de Europa del Este hasta embajador centroamericano, había comenzado en la ciudad lituana de Trakai, donde nació en 1913, hijo de madre rusa y padre caraíta —un pequeño grupo étnico que practicaba el judaísmo —. De su padre, Romuald, heredó unos brillantes ojos castaños y una mata de pelo oscuro y espeso que más tarde le permitiría pasar por latino. En 1926, Romuald abandonó a la familia para empezar una nueva vida en Argentina, y el joven Grigulévich reaccionó entregándose por completo al movimiento revolucionario clandestino de Wilno (más tarde Vilna). Como consecuencia, fue expulsado del colegio y llegó incluso a pasar una temporada en la cárcel.

Tras salir en libertad —aunque con la policía aún pisándole los talones—, huyó primero a Varsovia y luego a París, donde conoció a varios revolucionarios polacos y donde, posiblemente, tuvo su primer contacto con los servicios de inteligencia soviéticos.[3] Desde allí partió a Argentina para reencontrarse con su padre, que por entonces trabajaba como encargado de una farmacia en la provincia de Entre Ríos, al norte de Buenos Aires. Se integró en la

clandestinidad comunista argentina y, en apenas un par de años, ya hablaba un español casi impecable. En 1936 regresó a Europa, convencido de que podía ser útil a la causa comunista en la guerra civil española. Tras verificar sus antecedentes en Argentina, el NKVD lo reclutó como traductor y, poco a poco, comenzó a recibir misiones de creciente importancia. En su expediente consta que participó personalmente en interrogatorios prolongados —y con toda probabilidad violentos—, así como en la «liquidación» de enemigos.

El intento de asesinato de Trotski fue una de sus pocas misiones fallidas, pero la forma en que organizó su huida fue impecable. Tras esconderse en Cuba, regresó a Argentina donde, ya iniciada la guerra, reunió a una banda de saboteadores —compuesta principalmente por marineros y trabajadores portuarios de distintos orígenes— que se dedicó a colocar dispositivos incendiarios de acción retardada en almacenes y en barcos que transportaban hacia la Alemania nazi fertilizantes chilenos, susceptibles de ser usados para fabricar explosivos. También incendiaron, en Buenos Aires, una librería alemana que vendía literatura nazi. Según el expediente del KGB, su equipo colocó alrededor de ciento cincuenta de estos dispositivos y hundió dos grandes buques de bandera alemana.[4]

Durante su estancia en Latinoamérica, Grigulévich se hacía pasar por brasileño, francés o argentino, según conviniera, y utilizaba una variedad de documentos de identidad —estadounidenses, mexicanos y chilenos, entre otros— que tenía que cambiar a menudo porque no soportaban un escrutinio prolongado. No obstante, en una visita a Chile en julio de 1945, consiguió un juego de documentos completamente legítimos que emplearía durante años.

Fue el escritor costarricense Joaquín Gutiérrez Mangel, que por entonces ejercía como vicecónsul de su país en Santiago de Chile y a quien el propio Grigulévich había reclutado, quien le propuso una historia para impresionar al envejecido cónsul general costarricense. Gutiérrez había leído sobre un terrateniente y productor de café que había fallecido poco antes sin dejar descendencia, y le sugirió a Grigulévich que se hiciera pasar por su hijo ilegítimo, afirmando que el anciano nunca lo había reconocido ni querido por haber nacido fuera del matrimonio. Según aquel relato, años atrás habría emigrado a Chile para escapar del rechazo familiar pero, ahora que su padre había muerto, «Teodoro Castro Bonnefil» deseaba reencontrar sus raíces costarricenses. Gutiérrez avaló la veracidad de esa historia ante su superior y, en poco tiempo, Grigulévich consiguió un pasaporte que lo identificaba como Castro, además de una carta de recomendación del cónsul general.[5]

A finales de ese mismo año, Grigulévich contrajo matrimonio en Montevideo con otra ilegal, la comunista mexicana Laura Aguilar. Ambos utilizaron identidades falsas: él se presentó como Teodoro Castro; ella, como la uruguaya Inelia Idalina de Puerto Neves. Una vez casados, el Centro les ordenó instalarse en Brasil. Se trasladaron a Río de Janeiro, abrieron una librería y aguardaron nuevas instrucciones. En 1946 Laura dio a luz a un hijo, José, pero el niño nació con un defecto cardíaco y falleció seis meses después, lo que sumió a la pareja en una profunda depresión. Grigulévich deseaba desesperadamente regresar a su país, y el Centro autorizó el viaje a la Unión Soviética para que pudieran tomarse un respiro. Vendieron la librería y dejaron Río en noviembre de 1947, tras decir a sus amigos que se marchaban a Europa para mitigar su tristeza.

La llegada a la capital soviética entre las ventiscas de diciembre supuso un shock, en especial para Aguilar, que nunca había salido de Latinoamérica. Le resultaba imposible acostumbrarse a los días breves y oscuros, a la nieve constante y a las miradas hostiles de los desconocidos, que los percibían como una pareja de extranjeros con aire burgués.[6] Ambos comprendieron pronto que no deseaban quedarse en Moscú más tiempo del estrictamente necesario, y el Centro, por su parte, tenía prisa por volver a emplear a Grigulévich. A esas alturas hablaba diez idiomas y contaba con una identidad falsa casi inexpugnable, lo que lo convertía en un recurso de valor incalculable. Tras utilizarlo en unas cuantas misiones de corta duración, Korotkov empezó a perfilar un nuevo destino para él: una estancia prolongada en Roma.

A principios de la Guerra Fría, Italia era sin duda uno de sus campos de batalla más cruentos. El derrotado aliado del Eje estaba firmemente integrado en la esfera occidental de influencia, pero amplias franjas de la empobrecida población apoyaban al movimiento comunista local, y se acercaban unas elecciones decisivas. En abril de 1948 un asesor del Departamento de Estado estadounidense advirtió que «si Italia se vuelve roja, el comunismo será imparable en Europa».[7] Al final los demócratas cristianos ganaron esas elecciones con la ayuda de la retórica del Papa y el respaldo financiero de la recién fundada CIA, aunque el Partido Comunista mantuvo una fuerte presencia.

A Grigulévich y a su esposa se les indicó tramitar visados de turista para Italia e intentar establecerse en Roma. Antes de su

despliegue, Grigulévich, junto con sus supervisores, perfeccionó su leyenda, la historia ficticia que respaldaría la identidad que usaría como tapadera. Según ésta, Teodoro Castro había nacido en 1913 en Costa Rica, pero se había mudado a Chile tras ser rechazado por su padre. Poco después de cumplir los treinta años, ya convertido en un empresario exitoso y adinerado en Chile, decidió cambiar de vida, obtuvo un pasaporte costarricense y emprendió una gira por el continente. Conoció a «Inelia» durante unas vacaciones en Uruguay y se mudó con ella a Brasil. Cuando la tragedia tocó a su puerta con la muerte de su hijo pequeño, Inelia sufrió una pena tan profunda que su salud se deterioró, por lo que la pareja tuvo que buscar tratamiento médico en el extranjero. Durante el último año habían vivido en Francia, en balnearios cercanos a Clermont-Ferrand, y en Suiza. Luego viajaron a Roma para recibir la bendición del Santo Padre y, al notar que el clima italiano les sentaba bien, decidieron quedarse.[8]

Todo era mentira, salvo la parte del hijo muerto, que encajaba perfectamente en la historia. Korotkov estaba convencido de que Grigulévich no tendría problemas para establecerse bajo la identidad de un empresario. Tenía carisma, y el Centro le proporcionaría el capital inicial.

Al llegar a Roma, Grigulévich hizo visitas de cortesía a las principales figuras de las comunidades diplomática y empresarial latinoamericanas de la ciudad, y gracias a la falsa identidad de su esposa logró entrar en contacto con el cónsul uruguayo, quien le parecía un anticomunista aburrido y codicioso, pero al que decidió soportar debido a sus excelentes contactos.

Fue precisamente el cónsul quien le presentó a Giulio Pacelli, sobrino del papa Pío XII, quien, entre sus muchas funciones, representaba a Costa Rica ante la Santa Sede. Pacelli, a quien la revista *Time* calificaba como «un hombre conocido y con buenos contactos en el Vaticano», le abriría muchas puertas.[9]

Grigulévich lustraba sus zapatos a diario hasta hacerlos brillar; vestía trajes bien confeccionados y corbatas de seda gris; se peinaba cuidadosamente hacia atrás el espeso cabello oscuro, dejando al descubierto su amplia frente, y recortaba con pulcritud su bigote en dos triángulos puntiagudos. Podría parecer altivo, si no fuera por sus ojos, que danzaban con una picardía juguetona y a cuyo encanto pocos podían resistirse. En cuanto a su esposa, Laura, cumplía su papel a la perfección, acompañándolo a numerosas reuniones y forjando sus propias conexiones en la comunidad latinoamericana. Mes a mes, la agenda de contactos de ambos se ampliaba.

La gran oportunidad llegó en otoño de 1950, cuando un grupo de dignatarios costarricenses visitó Roma como parte de una gira europea. Entre ellos se encontraba José Figueres, el político más destacado de la nación. Figueres había sido uno de los líderes de la revolución de 1948, había ejercido como presidente de la república durante dieciocho meses y posteriormente se había retirado (aunque ese retiro sería temporal, puesto que en 1953 lo elegirían para un nuevo mandato presidencial).

Su prioridad en aquel viaje era abrir nuevos mercados para el café, el principal producto de exportación de Costa Rica y un sector en el que tenía intereses personales. Grigulévich había estudiado cuidadosamente los discursos de Figueres para asegurarse de causarle una buena impresión.

Cuando se reunieron, no cesó de hablar sobre el mercado italiano del café y las oportunidades para que las empresas costarricenses prosperaran. A Figueres, «Teodoro Castro» le cayó bien de inmediato, y hasta hizo notar que eran familiares, puesto que el difunto padre de Teodoro había sido primo lejano suyo. Concluyó que ese pariente recién descubierto estaba en una posición ideal para ayudarlo con sus negocios y se marchó de Italia con el acuerdo de que Grigulévich actuaría como su intermediario en Italia.

A finales de 1950, con ayuda del capital inicial enviado por el Centro, Grigulévich ya había instalado una oficina en la piazza Sallustio.

Por entonces, Costa Rica no tenía embajada en Italia, así que era Antonio Facio, el «enviado extraordinario y ministro plenipotenciario» en España, quien también se ocupaba de los asuntos diplomáticos con Italia.

Cuando Facio viajó a Roma con su esposa, Grigulévich aprovechó su relación con Pacelli para organizar un encuentro con el papa. De este modo, consolidó aún más su prestigio ante el Ministerio de Relaciones Exteriores de Costa Rica, y Facio se sintió especialmente conmovido: sus dos hijos habían fallecido poco antes, y las palabras de consuelo que le dirigió el pontífice significaron mucho para él.[10]

Tras la visita, recomendó que se le otorgara a ese encantador y joven compatriota en Roma el título de primer secretario de la legación costarricense.

En julio de 1951 Grigulévich envió un extenso informe al Ministerio de Relaciones Exteriores expresando su agradecimiento y emoción por la oferta de Facio de representar a su país. «Servir a la patria bajo su ilustre dirección es la mayor distinción a la que puede aspirar

un costarricense», escribió. También explicó que, pese a haber vivido fuera durante tanto tiempo, siempre había «mantenido vínculos espirituales con su tierra».

La carta estaba llena de elogios al gobierno vigente, y hacía constantes referencias a las oportunidades económicas que él podía facilitar. Señaló que Italia importaba cada año treinta mil sacos de café costarricense, pero que la mayor parte lo hacía a través de intermediarios suizos, holandeses o británicos, quienes se quedaban con la mayor parte de las ganancias.

Si Costa Rica vendía directamente, su participación en los beneficios aumentaría, explicó. Además, le informó al ministro de que ya había conseguido un local diplomático para la legación costarricense en «un palacio en pleno centro de la ciudad» y le aseguró que asumiría personalmente todos los gastos.

La carta terminaba con florituras y halagos:

> A la espera de su alta resolución y de sus gratas órdenes, que serán cumplidas con prontitud y escrupulosidad, y con el ruego de transmitir mis más fervorosos saludos a nuestro ilustre presidente, quedo a sus órdenes.
>
> Su obediente servidor y fiel amigo,
>
> TEODORO B. CASTRO
>
> Encargado de negocios *ad interim*
>
> Roma, 7 de julio de 1951[11]

Al poco tiempo llegaron los pasaportes diplomáticos costarricenses a nombre de Teodoro Castro y su esposa, con sus respectivas fotografías y el sello oficial del Ministerio de Relaciones Exteriores.

Apenas había transcurrido un año desde que Grigulévich llegó a Roma sin conocer a nadie, y ya había cumplido su papel de forma espectacular. En una evaluación del Centro se afirmaba: «Tiene un aspecto agradable y viste siempre con esmero, aunque sus gustos son algo extravagantes. Es generoso. Sabe conversar sobre cualquier tema y suele contar chistes o anécdotas divertidas, muchas veces improvisadas en el momento. Esto le facilita conectar con la gente y lo convierte en un reclutador excelente, ya sea convenciendo a otros para que cooperen o usando a las personas sin que se den cuenta.»[12]

Además, como había demostrado en varias ocasiones a lo largo de los años, no dudaba en disparar a un enemigo por la nuca.

Los cuatro años que Grigulévich pasó en Roma fueron una época de transición en la que la ciudad logró salir de la sombría depresión de la posguerra y se transformó en el glamuroso hogar de la *dolce vita*, atrayendo a estrellas de cine y turistas de todo el mundo. *Vacaciones en Roma*, protagonizada por Audrey Hepburn y Gregory Peck, fue la primera película estadounidense rodada íntegramente en Italia, en 1952, y marcó el inicio de una moda. La revista *Le Ore* comenzó a publicar semanalmente una portada con una instantánea tomada por alguno de los numerosos fotógrafos que se apostaban en la Via Veneto esperando la aparición de la última celebridad de Hollywood. [3]

Pero no toda la presencia hollywoodense en Roma era lo que parecía. Un año antes de la llegada de Grigulévich, el productor cinematográfico Michael Burke se había instalado en la ciudad con

su familia, armado con un extraordinario magnetismo personal y un fajo de tarjetas de presentación que lo acreditaban como presidente de Imperial Pictures. En realidad, era un operativo encubierto de la recién fundada CIA.

En esos mismos años, mientras la Guerra Fría se intensificaba, los recursos destinados a la Agencia crecían vertiginosamente: entre 1949 y 1952, el presupuesto de su ala de operaciones encubiertas pasó de 4,7 a 82 millones de dólares.[14]

Burke se instaló en el último piso de una lujosa mansión cerca de Villa Borghese y anunció su intención de abrirse camino en el mercado cinematográfico italiano. Sin embargo, por las noches se escabullía a un apartamento secreto de la CIA en las afueras de la ciudad, donde se reunía con líderes de una guerrilla que la Agencia planeaba infiltrar en la Albania comunista, al otro lado del Adriático.

Es muy probable que Grigulévich y Burke coincidieran en numerosos eventos del ambiente diplomático de Roma, un carrusel de comidas, cócteles y veladas. El primero se había asegurado de que Teodoro Castro figurara en todas las listas de invitados organizando él mismo una fiesta: el 15 de septiembre de 1951, Día de la Independencia de Costa Rica, alquiló un gran salón en el lujoso hotel Grande Albergo e invitó a casi quinientas personas, entre ellas la mayor parte del cuerpo diplomático en Roma y numerosas figuras de la cultura italiana. En una misiva enviada a San José, aseguró que había sido todo un honor patriótico costear de su bolsillo los seiscientos dólares que costaron el alquiler del salón y las generosas cantidades de champán, whisky y coñac que corrieron sin restricciones durante la velada.[15] Sus jefes en el Ministerio de

Relaciones Exteriores estaban encantados con su prodigalidad, sin saber que todo aquello había sido financiado por el Estado soviético.

Poco después, bajo la identidad de Castro, Grigulévich inició gestiones con sus contactos empresariales y políticos para establecer una línea marítima directa entre Italia y Costa Rica. Como agradecimiento, el primer ministro italiano, Alcide de Gasperi, le obsequió una cámara con una inscripción que decía: COMO MUESTRA DE AMISTAD y que aún hoy se conserva en un museo sólo para empleados del servicio de inteligencia ruso.[16]

En noviembre Grigulévich fue invitado a integrar la delegación costarricense en la sexta sesión de las Naciones Unidas, celebrada en el Palais de Chaillot, en París. Una vez allí, colaboró en la redacción de un discurso para Jorge Martínez Moreno, secretario de la presidencia de Costa Rica. A la sesión asistió el secretario de Estado de Estados Unidos, Dean Acheson, mientras que la delegación soviética estuvo encabezada por Andréi Vyshinski, ministro de Asuntos Exteriores. Vyshinski no quedó con una buena impresión de los representantes costarricenses, a quienes consideraba meros perros falderos de los estadounidenses. No tenía la menor idea de que uno de ellos era, en realidad, un agente soviético infiltrado.[17]

Durante la sesión de la ONU, Grigulévich recibió una invitación para asistir a la embajada yugoslava en París, donde se planteó la posibilidad de establecer relaciones diplomáticas entre Costa Rica y Yugoslavia. Aquello fue música para sus oídos. Enseguida se mostró dispuesto a sumar a la «renegada» nación comunista a su cartera como embajador. Los ministerios de exteriores de ambos países accedieron a estudiar la propuesta.[18]

Teodoro Castro se estaba forjando la reputación de ser uno de los miembros más destacados del pequeño cuerpo diplomático de la nación centroamericana. En la primavera de 1952, Laura viajó a Costa Rica, donde, en reuniones con miembros de la élite política, sugirió discretamente que sería oportuno elevar el rango diplomático de su esposo. El Ministerio de Relaciones Exteriores coincidía en que su nuevo enviado en Roma había superado todas las expectativas, por lo que lo ascendió a enviado extraordinario y ministro plenipotenciario, un rango equivalente al de embajador.

El 14 de mayo Teodoro Castro acudió a presentar sus credenciales ante el presidente italiano Luigi Einaudi. Como obsequio, había preparado una selección del mejor café costarricense. Llegó al Quirinal en un lujoso Fiat 2800 que el palacio presidencial había enviado a la embajada —situada por entonces en la planta baja de un edificio de la Viale Bruno Buozzi—. Lo escoltaban seis policías en moto. En el patio del palacio sonaron trompetas para anunciar su llegada. Avanzó hasta la escalinata acompañado de una escolta, pasó frente a una guardia de honor y luego se adentró en la Sala de Augusto, un salón alargado con suelos de mármol y majestuosas arañas de cristal.[19]

Aquel embajador recién acreditado servía a dos amos. Enviaba breves informes a San José con sus logros diplomáticos y otros mucho más extensos a Moscú, en los que incluía información sobre nuevos contactos y observaciones detalladas sobre la política italiana y vaticana. Los informes destinados a Moscú estaban redactados en clave, y había que dejarlos en buzones muertos repartidos por

distintos puntos de la ciudad para que un agente legal los recogiera y los transmitiera a Moscú, o bien entregarlos en mano en Viena, ciudad a la que Grigulévich o Laura viajaban una vez al mes para reunirse con un representante del Centro.[20]

Con el tiempo, sin embargo, combinar la tarea de operativo de inteligencia con la de embajador se volvió demasiado exigente incluso para alguien como Grigulévich. Para aliviar un poco la carga, llamó a Pascal Rocca, que había sido su principal ayudante en Uruguay durante la guerra, y lo nombró segundo secretario de la embajada. A partir de ese momento, las tres personas que trabajaban en la embajada costarricense —el propio Grigulévich, Laura Aguilar y Rocca— fueron todas agentes soviéticos.

Rocca actuaba como correo entre Roma y Viena, y su otra función clave consistía en sentarse en la recepción de la embajada para filtrar a los visitantes que pudieran reconocer al embajador y poner en peligro su falsa identidad.[21]

El Centro temía que un desenmascaramiento de este tipo fuera cada vez más probable porque Grigulévich disfrutaba a rabiar de su papel como embajador costarricense. Les inquietaba especialmente la noticia de que «Teodoro Castro» había iniciado una serie de conferencias públicas sobre la historia de América Latina. Si alguien que hubiera conocido a Grigulévich en Lituania, Argentina, México o España lo reconocía bajo su nueva identidad, estaría en serios problemas. Por eso, el Centro le ordenó mantener un perfil bajo.

También le indicaron que redujera al mínimo las reuniones relacionadas con el espionaje. Si el Centro necesitaba convocar una reunión de emergencia con él, alguien llamaría a la embajada entre las diez y las once de la noche y pediría audiencia para el «signor

Martin», lo que indicaría que al día siguiente se celebraría una reunión a las ocho de la noche frente al Panteón. Otra señal posible sería dejar una marca de tiza en un puesto de fruta a pocos minutos a pie de la embajada, en la piazza Don Minzoni, un punto que Grigulévich o Aguilar revisaban cada diez días. En cualquier otro caso, Grigulévich debía pasar la mayor parte del tiempo posible viviendo como el embajador costarricense Teodoro Castro y centrar sus esfuerzos en lograr el establecimiento de relaciones diplomáticas entre Costa Rica y Yugoslavia, un asunto especialmente delicado en aquel momento, ya que la cuestión de qué hacer con Tito era una de las más espinosas para la política exterior de Moscú.

A diferencia de los líderes de la mayoría de los países del nuevo bloque comunista, Tito había llegado al poder tras la Segunda Guerra Mundial sin ayuda de Moscú, lo que lo hacía pensar que contaba con un mayor margen de maniobra para tomar decisiones con independencia de la capital soviética.

Para Stalin, aquello era inaceptable, y el enfrentamiento entre ambos no tardó en intensificarse. En el verano de 1948 la ruptura formal entre Yugoslavia y el resto del bloque soviético se hizo pública de forma dramática: se cortaron todas las relaciones diplomáticas y comerciales, y la prensa soviética afirmó que el Partido Comunista yugoslavo estaba «en manos de asesinos y espías». Tito se presentó entonces como un actor neutral en la Guerra Fría y algunos dignatarios occidentales comenzaron a realizar viajes cautelosos a Belgrado.

Stalin, que temía desencadenar una guerra en Europa justo cuando las tensiones se recrudecían en Corea, no llegó a invadir Yugoslavia, pero consideró varios planes para eliminar a Tito. Sin

embargo, el dirigente yugoslavo terminó siendo un adversario implacable. En 1949 envió una airada carta a Moscú: «Stalin: deje de mandar gente para matarme. Ya hemos capturado a cinco de ellos, uno con una bomba y otro con un rifle [...]. Si no deja de mandarme asesinos, yo mandaré a uno a Moscú.»[22] También purgó a miles de estalinistas del partido yugoslavo, enviando a muchos a campos de trabajos forzados. Una nación comunista en Europa que ignoraba la autoridad de Stalin y, al mismo tiempo, cortejaba al mundo capitalista, podía convertirse en un ejemplo peligroso para el resto de los países de Europa del Este. El líder soviético estaba furioso, pero no podía hacer nada.

En el transcurso de sus actividades diplomáticas en Roma, Castro (Grigulévich) terminó por establecer una relación con Vladímir Velebit, el embajador yugoslavo en Italia, un hombre alto y pulcro que llevaba años en el círculo íntimo de Tito. Velebit había pasado gran parte de la guerra en la resistencia, actuando bajo una identidad falsa, pero nada indica que sospechara que su nuevo amigo, el embajador de Costa Rica, compartía un pasado similar. Le caía bien, y al menos en una ocasión lo invitó, junto con su esposa, a cenar en la embajada con unos funcionarios yugoslavos de visita y otros diplomáticos de Europa occidental.[23]

En todo caso, Velebit también tenía sus propios secretos: en 1950 había viajado a Washington para negociar una colaboración encubierta entre la inteligencia yugoslava y la CIA. Como resultado de sus gestiones, los estadounidenses se habían ofrecido a cooperar en el ámbito de la «guerra psicológica» y habían establecido un sistema

de comunicaciones de alerta temprana para que Yugoslavia pudiera utilizarlo en caso de un ataque soviético.[24]

Gracias al embajador yugoslavo, Castro pudo concertar varias reuniones con ministros y funcionarios con vistas al viaje que realizaría a Belgrado en julio de 1952. La decisión de ir no había sido fácil, pues había conocido a varios comunistas yugoslavos durante la Guerra Civil española y le inquietaba la posibilidad de encontrárselos en los pasillos del gobierno, pero decidió que valía la pena correr el riesgo porque, dado que no existía una embajada soviética en Belgrado, acceder a esas fuentes era primordial para el Centro.

Las reuniones resultaron positivas y las autoridades volvieron a invitarlo a la capital yugoslava para formalizar relaciones y discutir los detalles de un acuerdo comercial.[25]

El mismo día en que regresó a la ciudad, Anthony Eden, secretario de Asuntos Exteriores de Gran Bretaña, también se encontraba allí —señal de la rapidez con que Tito negociaba para liberarse del abrazo de Stalin—, y le extendió al dirigente una invitación poco entusiasta para visitar Gran Bretaña, que éste, contra todo pronóstico, aceptaría unos meses más tarde.[26]

Tito, por su parte, invitó a Castro, junto con muchos otros embajadores y personalidades, a una recepción en el Palacio Blanco, y allí charlaron brevemente. Tito le preguntó qué le parecía Belgrado y él respondió que le recordaba a su ciudad natal, San José, salvo por la ausencia de volcanes.

—No tenemos volcanes, pero sí terremotos —respondió el mariscal antes de pasar a estrechar la siguiente mano.

Grigulévich envió un largo mensaje a Moscú en el que detallaba su encuentro con Tito y el resto de su visita. Pero, en lugar de limitarse

a enumerar los hechos, adoptó un colorido estilo narrativo con largas oraciones descriptivas. Habló de los ojos oscuros y saltones de Tito, de su uniforme militar, su considerable barriga y sus zapatos relucientes. Informó de que en las librerías de Belgrado abundaban las obras de Trotski, pero no había libros de otros autores soviéticos. También relató que dos jóvenes atractivas lo habían visitado en su habitación de hotel para preguntarle si necesitaba una traductora o una secretaria: sin duda, una trampa tendida por sus anfitriones. Al final del informe, añadió citas y observaciones sobre la orientación política de distintos dirigentes yugoslavos, que más tarde serían depuradas y resumidas para su uso en reuniones informativas del gabinete ministerial de Moscú, eliminando cualquier referencia a la fuente original de la información.[27]

A su regreso a Roma, Teodoro Castro retomó su intensa vida social en los ambientes diplomáticos. El 21 de diciembre ofreció una comida panamericana a la que asistieron, entre otros, el embajador estadounidense y un poderoso cardenal, y durante el evento propuso un brindis expresando «la esperanza de que, el año próximo, la humanidad encuentre la paz y el bienestar que tanto anhela».

Poco después, envió a Costa Rica un informe en el que alababa a su segundo secretario, Pascal Rocca, por la organización del acto. Señaló que a los asistentes se les había servido una suntuosa comida compuesta por pilaf de langostinos, pato relleno y savarín *à la Parisienne*, y que una magnífica orquesta había amenizado la reunión. Era una manera ingeniosa de asegurarse de que el otro

agente soviético también obtuviera reconocimiento a los ojos del Ministerio de Relaciones Exteriores de Costa Rica.[28]

A principios de febrero de 1953, un mes antes de la visita prevista de Tito a Londres, lo convocaron a una reunión urgente en Viena. Desde el punto de vista del Centro, los acercamientos de Yugoslavia a Occidente comenzaban a salirse de control. Curiosamente, esa conclusión se basaba en los informes que él mismo había enviado desde Roma: éstos habían puesto nuevamente en marcha la maquinaria de la inteligencia soviética, después de que Stalin hubiera congelado los planes de asesinar a Tito.

De todos modos, no está claro si Grigulévich estaba dispuesto a sumarse con entusiasmo al complot o si, por el contrario, se hallaba horrorizado ante la posibilidad de emprender semejante misión suicida.

Sea como fuere, tras aquella reunión en Viena se redactó a mano un documento haciéndole sugerencias sobre cómo eliminar al mariscal Tito.

En él se mencionaba a Grigulévich por su nombre en clave, Max, y se esbozaban cuatro posibles formas de llevar a cabo el atentado. Todas eran extremadamente audaces, pero la más espectacular era la primera: «Ordenar a Max que obtenga una audiencia privada con Tito para que, una vez frente a él, un mecanismo silencioso oculto en su ropa libere una dosis de la bacteria de la peste neumónica [que un laboratorio secreto soviético había logrado pulverizar a finales de la década de 1940] causando así la muerte del mariscal y de todos los presentes.»

El propio Max no sería informado de la naturaleza de la sustancia que tendría que liberar, pero, con el fin de salvarle la vida, «se le

administraría con anticipación un suero antipséudico».[29]

Cuando se descubriera que Tito había sido víctima de un atentado, el asesino, previamente vacunado, ya habría abandonado el lugar. [30]

La segunda posibilidad consistía en que Grigulévich aprovechara su relación amistosa con Velebit, que hacía poco había destinado a Londres y se encargaba de organizar la próxima visita de Tito al Reino Unido, para conseguir una invitación a una recepción diplomática en honor al mariscal y asesinarlo allí.

«El acto podría ejecutarse disparándole directamente a Tito con un arma silenciada, camuflada como un objeto personal, y luego liberando gases lacrimógenos para provocar el pánico entre la multitud, lo que le permitiría a Max escapar sin dejar rastro», proponía el documento con notable optimismo.

La tercera posibilidad era prácticamente idéntica, pero tendría lugar en una recepción del cuerpo diplomático en Belgrado.

La cuarta, en cambio, proponía entregarle a Tito un regalo dentro de un joyero que, al abrirlo, liberara un gas mortal.

En todos los casos, Grigulévich debía redactar una carta de despedida, firmada por Teodoro Castro y dirigida a su esposa, en la que explicaría que había llevado a cabo el atentado por su odio al comunismo. El objetivo era que, en caso de ser capturado o asesinado, las sospechas no recayeran sobre Moscú.

Ya entrada la noche del 20 de febrero de 1953, Stalin convocó a su despacho del Kremlin a Pavel Sudoplatov, alto responsable de los servicios de inteligencia y encargado en su día de dirigir la operación para asesinar a Trotski.

Según relató más tarde el propio Sudoplatov, encontró al viejo dictador visiblemente agotado. Tenía el cabello ralo y la voz vacilante y entrecortada.

Siempre según su versión, Stalin le mostró el documento manuscrito que recogía las distintas opciones para asesinar a Tito y le pidió su opinión.

Él se horrorizó: los métodos sugeridos le parecían «infantiles e ingenuos». Además, Tito tenía una larga trayectoria en la lucha partisana, y sin duda sabría reaccionar con frialdad y rapidez ante cualquier intento de atentado.

El complot, protestó, era una chapuza peligrosa e ineficaz.

Si su versión de lo sucedido en aquella reunión es cierta, demostró una franqueza poco común al dirigirse al envejecido tirano.

En cualquier caso, Stalin lo interrumpió: la misión debía seguir adelante.

Poco después, Sudoplatov convocó una reunión con otros altos responsables de los servicios de inteligencia para exponer sus objeciones al plan.

Había revisado los archivos disponibles sobre Tito y se había quedado consternado al comprobar que los soviéticos no contaban con ningún agente infiltrado en el entorno del dirigente ni en su gobierno: Tito los había eliminado todos.

No entendía cómo podía justificarse, en tiempos de paz, una operación que implicara enviar a un agente ilegal a una muerte casi segura.

Sin embargo, no parecía haber otra alternativa viable.

El grupo acordó volver a reunirse unos días más tarde para ultimar la planificación definitiva.[31]

En enero de 1953 el mariscal Tito, que hasta entonces ocupaba formalmente el cargo de primer ministro de Yugoslavia, promovió una reforma constitucional que le permitió asumir también el recién creado puesto de presidente de la República, así como la jefatura del Estado, que hasta ese momento correspondía, al menos sobre el papel, al presidente del Presidium de la Asamblea Nacional.

Como consecuencia de la reforma, en febrero se informó a todos los embajadores acreditados en Yugoslavia de que debían presentar sus credenciales ante el nuevo jefe del Estado. Los representantes de países latinoamericanos, entre ellos Teodoro Castro, fueron convocados para la ceremonia en abril.

El momento no podía haber sido más oportuno: Grigulévich ya no necesitaba suplicarle a Tito que le concediera una audiencia. Lo más probable es que aquélla fuera su gran oportunidad.

Es difícil saber qué pasaba por su cabeza en esa época, y cómo él y Laura hablaban sobre la misión inminente. Ambos habían servido a la causa soviética con una devoción incuestionable, y él contaba con experiencia en asesinatos, pero habían pasado varios años desde la última vez que se había visto implicado en un trabajo tan sucio. Mientras tanto, se había acostumbrado a la vida privilegiada de un diplomático, y de repente le pedían que lo dejara todo. Lo mejor que podía esperar era acabar como Ramón Mercader, el asesino de Trotski, que seguía pudriéndose en una cárcel mexicana más de una década después.

Además, Trotski era un revolucionario exiliado; asesinar a un jefe de Estado era algo muy distinto. La insistencia en que le escribiera una carta a su esposa era una señal de que el Centro sabía que muy probablemente lo estaban enviando a la muerte.

Esperó pacientemente a que le informaran de qué opción para asesinar a Tito se había elegido, pero cuando finalmente llegaron noticias desde Moscú, no fue a través de un mensaje en clave: aparecieron en las primeras páginas de todos los periódicos italianos y se convirtieron en la comidilla de Roma y, en realidad, del mundo entero.

La radio soviética había transmitido el siguiente mensaje: «El corazón del compañero de armas de Lenin e inspirado continuador de su causa, el sabio líder y maestro del Partido Comunista y del pueblo soviético, ha dejado de latir.»

Apenas nueve días después de su encuentro con Sudoplatov en el Kremlin, Stalin fue encontrado semiinconsciente en un charco de su propia orina en su dacha de las afueras de Moscú. Cuatro días más tarde, falleció.

En las calles de toda la Unión Soviética, las marchas fúnebres resonaban por los altavoces mientras los ciudadanos escuchaban consternados. Funcionarios del partido y colectivos de trabajadores de todo el país rendían homenajes grandilocuentes en honor a Stalin...

Estos arrebatos, aunque excesivos, eran en su mayoría sinceros: Stalin había gobernado como líder supremo durante un cuarto de siglo, y su muerte provocó una inmensa oleada de consternación y dolor.

La gente aguardaba en largas y serpenteantes colas, apretándose unos con otros para soportar el frío de marzo y poder desfilar ante el cadáver, que reposaba en la Casa de los Soviets, lugar donde se habían celebrado algunos de los primeros juicios farsescos de la década de 1930.

El 9 de marzo, en un día helado y con un cielo gris plomizo, el cadáver fue llevado a la Plaza Roja para exponerlo en el mausoleo de Lenin junto al cuerpo embalsamado del líder de la Revolución de Octubre.

Grandes multitudes se agolparon para entrar en la plaza, y cientos de personas murieron aplastadas, convirtiéndose así en las últimas víctimas del dictador.

Mientras tanto, en Roma, el enviado extraordinario y ministro plenipotenciario de la República de Costa Rica suspiraba aliviado.

Tras la muerte de Stalin, Moscú canceló la misión para asesinar a Tito. Sin embargo, Teodoro Castro aún tenía una cita que cumplir, por lo que Grigulévich partió hacia Belgrado en abril de 1953 para presentar sus credenciales. En lugar de llevar una dosis de peste en polvo o un joyero con gas venenoso, llevó un paquete del mejor café costarricense.

La audiencia privada con el mariscal tuvo lugar la mañana del 27 de abril, como refleja una fotografía del encuentro publicada en la portada del principal periódico de Costa Rica.[32]

Existen tres testimonios del encuentro, uno en los archivos yugoslavos y dos escritos por Grigulévich y dirigidos, respectivamente, al Ministerio de Relaciones Exteriores de Costa Rica y a sus superiores en Moscú. En los tres se subraya la naturaleza amistosa de la conversación y el probable acuerdo comercial que iba a cerrarse.[33]

Grigulévich volvió a centrar su atención en Italia, donde se había desatado una encendida campaña electoral. Todo apuntaba a que,

en las elecciones de junio, los comunistas representarían un serio desafío para los democristianos que gobernaban. El Vaticano entró en la contienda anunciando que los católicos que apoyaran a los comunistas serían excomulgados. Estas elecciones se presentaban como un momento crucial para definir el orden europeo de la posguerra.

A finales de abril, en medio de esa situación, llegó a Italia Clare Boothe Luce, la nueva embajadora estadounidense. Había sido actriz, dramaturga, periodista y congresista —esto último entre 1943 y 1947—. Esposa de Henry Luce, director de *Time*, se convirtió en la primera mujer en representar diplomáticamente a Estados Unidos en el extranjero, recompensada con el cargo por su activa campaña a favor de Eisenhower.

Una vez en Roma, Luce se embarcó en una extenuante rutina de comidas y recepciones, algunas de ellas organizadas en su propia residencia, la Villa Taverna, una mansión del siglo XVI. Su principal preocupación era la amenaza comunista en las inminentes elecciones italianas, y escribió numerosas cartas al Departamento de Estado alertando sobre ello.[34]

Se esforzó en evitar cualquier contacto con los diplomáticos de la Unión Soviética y sus países aliados. «Yo no estoy en su lista social y ellos no están en la mía», declaró con firmeza. Sin embargo, una agenda oficial conservada en los archivos revela que, apenas cuatro días después de presentar sus credenciales al presidente italiano, uno de sus primeros visitantes oficiales fue el embajador de Costa Rica, Teodoro Castro, que se dejó caer por su despacho para tomar un café.

Volvieron a reunirse dos semanas más tarde, durante una comida panamericana ofrecida por el embajador ecuatoriano.[35] También siguió visitando con frecuencia el Vaticano en esa época, aprovechando sus contactos con el cardenal Pacelli para obtener acceso regular a Pío XII, el papa anticomunista.[36]

Tito, Luce y Pío XII eran figuras completamente vedadas para los funcionarios soviéticos, pero a través de Grigulévich, el Kremlin y la inteligencia soviética tenían una puerta abierta hacia los tres.

Siete años después de la muerte de su primer hijo, Laura volvió a quedarse embarazada. La niña nació en junio y, para alegría de ambos padres, esta vez estaba sana. La llamaron Romanella, en honor a la ciudad donde vino al mundo, aunque más adelante su pasaporte diría que se llamaba Nadezhda y que había nacido en Moscú.

Además de esa buena noticia en el plano personal, el verano de 1953 llevó consigo importantes acontecimientos políticos en los tres países con los que Grigulévich estaba vinculado.

En primer lugar, en Italia los comunistas volvieron a ser derrotados en las elecciones, aunque obtuvieron el treinta y cinco por ciento de los votos junto con otras formaciones de izquierda. «Italia se está acercando lenta pero firmemente al Kremlin», escribió una desanimada Clare Boothe Luce a Washington, anticipando con acierto que el país seguiría siendo un frente clave en la Guerra Fría.

En Costa Rica, el viejo amigo y socio comercial José Figueres ganó las elecciones presidenciales, y Grigulévich se preguntó si no habría un nuevo ascenso en ciernes. Si se trasladaba con Laura a Costa

Rica por una temporada, tal vez incluso podría llegar a ser ministro de Relaciones Exteriores.

Sin embargo, desde la Unión Soviética llegaron noticias inquietantes.

Mientras Stalin vivía, era impensable siquiera plantear su sucesión, así que tras su muerte el poder quedó en manos de un incómodo gobierno colectivo, donde cada miembro del comité luchaba por mantener —o aumentar— su cuota de poder.

Lo único que unía realmente a la mayoría de los dirigentes soviéticos era el temor que inspiraba el jefe de la seguridad, Lavrenti Beria. De modo que, en cuestión de semanas, conspiraron juntos para apartarlo. Acusarlo por alguno de sus crímenes reales habría implicado a muchos otros altos cargos del régimen, así que optaron por una fórmula más cómoda: lo señalaron como cabecilla de un supuesto complot «para resucitar el capitalismo y restaurar el dominio de la burguesía».

En diciembre, Beria fue condenado y ejecutado. Un final marcadamente estalinista para cerrar la era de Stalin.

Grigulévich sospechaba que la caída del antiguo jefe podría ir seguida de una purga dentro de los servicios de inteligencia, así que decidió cubrirse con una nota aduladora al Centro en la que él y Laura expresaban su pleno respaldo a la «sabia decisión del partido» de destituirlo.

De todos modos, lo ocurrido en Moscú —que se sumaba a las preocupaciones cotidianas de la pareja, que por entonces cuidaba de una recién nacida— hizo que sintieran que su vida en Roma era precaria, como si caminaran sobre una cuerda floja. Y la situación se tornó aún más delicada cuando la Polonia comunista nombró a Jan

Druto —viejo conocido de Grigulévich desde los tiempos de la resistencia en Wilno— como embajador en Roma: era sólo cuestión de tiempo que coincidieran en algún acto oficial y que la tapadera de Teodoro Castro quedara al descubierto.

Siguieron otros incidentes inquietantes. Durante una escala en Milán, la maleta de Grigulévich desapareció. Prefirió no denunciar el robo por temor a provocar indagaciones indeseadas, pero la posibilidad de que no se tratara de una simple coincidencia empezó a rondarle la cabeza.

De vuelta en Roma, mientras visitaba una exposición de pinturas de Marc Chagall, un amigo le preguntó si le gustaban. Sin pensar, respondió con un escueto «*nyet*». Al darse cuenta del desliz, dijo con una sonrisa forzada, tratando de disimular: «Creo que así se dice en el país natal del artista.»

Cuando llegó desde Moscú la orden de prepararse para regresar, sintió alivio, aunque no pudo evitar preguntarse si lo arrestarían al llegar. Poco a poco fue preparando el terreno para la partida. En septiembre envió un telegrama al Ministerio de Relaciones Exteriores de Costa Rica en el que señalaba que, «debido a una delicada enfermedad», su esposa necesitaba abandonar Roma, y solicitaba permiso para pasar el invierno con ella en Suiza.

El 5 de diciembre Grigulévich y Aguilar partieron hacia Viena y desde allí tomaron un avión rumbo a Moscú. En el ministerio costarricense debieron de preguntarse qué habría ocurrido con su embajador en Italia, pues jamás volvieron a tener noticias de Teodoro Castro.

En los meses posteriores a la caída de Beria, Nikita Jrushchov fue emergiendo poco a poco como la figura dominante dentro de la nueva cúpula soviética. De baja estatura, corpulento y sin grandes pretensiones, era un político astuto que se había abierto camino en el sistema partiendo de unos orígenes humildes. Como jefe del partido en Moscú y en Ucrania, había sido plenamente cómplice del terror estalinista de los años treinta, y aprobó personalmente miles de detenciones. Sin embargo, ya como nuevo líder de la Unión Soviética, impulsó una política menos violenta y algo más abierta. *El deshielo*, una novela publicada en 1954 por el popular escritor soviético Iliá Ehrenburg, acabaría prestando su nombre al período de relativa liberalización que caracterizó su mandato.

Jrushchov supervisó la reorganización del aparato de seguridad que, durante los treinta y siete años transcurridos desde la Revolución, había operado bajo distintos nombres: Checa, GPU, OGPU, NKVD y MGB. El nuevo nombre adoptado en marzo de 1954 —Comité para la Seguridad del Estado, o KGB por sus siglas en ruso— acabaría siendo el más duradero.

El recién creado KGB asumía funciones que, en la mayoría de los países, estaban repartidas entre distintas agencias o ministerios: vigilaba amenazas a la seguridad interna y posibles disidentes políticos, pero también era responsable de custodiar las vastas fronteras soviéticas y de reunir inteligencia en el extranjero.

Su sede seguía siendo el mismo edificio de la plaza Lubianka donde Meer Trilisser había trabajado en los años veinte, pero un programa de reconstrucción tras la guerra lo había ampliado considerablemente y transformado en un macizo monolito de color mostaza.

En junio de 1954 el Politburó se reunió para debatir cómo reforzar las operaciones del KGB contra Estados Unidos y sus aliados occidentales, y concluyó que debían intensificarse las llamadas «medidas activas», entre ellas la recopilación de *kompromat* (la abreviatura rusa de «*kompрometíruyushchiy material*»: «material comprometedor») sobre figuras públicas extranjeras y la puesta en marcha de campañas de desinformación. Las autoridades del KGB también reclamaron un mayor énfasis en la inteligencia ilegal.[37]

El «directorio especial» encargado de gestionar a los ilegales —más tarde conocido simplemente como «Directorio S»— elaboró planes para ubicar agentes en las embajadas soviéticas de todo el mundo bajo cobertura legal. Su misión consistiría en obtener certificados de nacimiento, pasaportes y otros documentos de identidad destinados a futuros ilegales.

Iósif Grigulévich fue el último agente que operó con el estilo y la intuición de los primeros grandes ilegales. A medida que el Directorio S se fue llenando de subdepartamentos y ramificaciones burocráticas, el proceso de formación y despliegue de operativos ilegales se volvió mucho más reglamentado: ya no habría lugar para la improvisación que había caracterizado los años de Grigulévich en Roma.

Su carrera como espía terminó con su regreso a Moscú. Ya eran demasiados los que lo conocían como embajador costarricense como para que pudiera asumir una nueva identidad en el extranjero. En su lugar, emprendió una nueva etapa como académico soviético especializado en América Latina. A lo largo de tres décadas, escribió

decenas de libros, entre ellos una biografía del pintor mexicano David Alfaro Siqueiros en la que omitía mencionar que, en una ocasión, él mismo había dirigido al biografiado en un atentado fallido contra Trotski. Sólo confiaba episodios de su pasado a unos pocos colegas de confianza.

Años más tarde, aburrido del trabajo académico, presentó a sus antiguos jefes del KGB un plan extraordinariamente audaz: un conocido de su época en Argentina se había convertido en una figura destacada de la política latinoamericana, y él se había enterado de que su avión haría una escala para repostar en la Unión Soviética de camino a Asia. Su idea era presentarse en el aeropuerto durante la escala y, en una especie de operación relámpago, intentar reclutarlo para la causa soviética, pero el KGB la consideró demasiado arriesgada y la descartó.

Cuando se enteró del rechazo, Grigulévich dijo frunciendo el ceño, molesto por las estrictas normas del nuevo KGB: «Antes éramos románticos... ahora todos sois unos pragmáticos.» [38]

11

Los ilegales salen a la luz
El juicio a Abel y los primeros ilegales de la cia

Los notables logros de Bystrolyotov, Ajmérov y Grigulévich seguían siendo un secreto conocido tan sólo por unas pocas personas dentro del Centro. Las agencias de contraespionaje occidentales habían obtenido información sobre el programa de agentes ilegales gracias a algunos desertores, pero la ciudadanía en general ignoraba por completo la existencia de los espías más valiosos del KGB.

Todo cambió el 14 de octubre de 1957, cuando un hombre de aspecto anodino, bajito y con facciones que recordaban a las de un pájaro se sentó en el banquillo de los acusados en un tribunal de Brooklyn. El juicio, registrado oficialmente como «Estados Unidos contra Rudolf Ivanovich Abel, alias Mark, Martin Collins, Emil R. Goldfus, etcétera», incluía varios cargos: desde permanecer en Estados Unidos sin haberse registrado como agente extranjero hasta colaborar en la transmisión de secretos militares y atómicos a la Unión Soviética, un delito por el que los esposos Julius y Ethel Rosenberg habían sido ejecutados en 1953.

Apenas diez días antes del comienzo del juicio, los soviéticos habían lanzado el *Sputnik*, su primer satélite artificial, lo que

despertó en Estados Unidos el temor de que Moscú hubiera tomado la delantera en la carrera tecnológica. De pronto, en plena sala del tribunal se hizo evidente que se abría un nuevo frente en la Guerra Fría.

La historia que allí salió a la luz —la de un hombre que, durante la última década, había llevado una vida discreta y sin estridencias en Nueva York mientras trabajaba como agente encubierto del espionaje soviético— captó de inmediato la atención de la opinión pública y reavivó los temores.

¿Cómo se detectaba a un «ilegal»? ¿Cuántos más podía haber? ¿Se podía confiar en alguien?

El acusado había sido arrestado cinco meses antes. Temprano una mañana, alguien llamó a la puerta de la habitación 839 del hotel Latham, en la calle Veintiocho Este de Manhattan, mientras él dormía. Entreabrió la puerta sin siquiera vestirse, y entonces tres hombres irrumpieron a empujones mostrando sus identificaciones del FBI, le dijeron que lo sabían todo sobre él y le advirtieron que lo mejor era cooperar. Él guardó silencio, salvo para pedir permiso para ponerse ropa interior. Poco después, lo trasladaron en avión a un centro de interrogatorios en Texas. Allí reconoció ser ciudadano soviético y se identificó como Rudolf Abel, pero negó con firmeza ser espía. En cambio, sostuvo de forma inverosímil que había llegado por voluntad propia tras encontrar una gran suma de dinero en la Unión Soviética, que usó para comprar un pasaporte estadounidense falso.

En un registro minucioso de su habitación de hotel, así como de un estudio que alquilaba en Fulton Street, en Brooklyn, se halló una gran variedad de objetos que desmontaban sus declaraciones. Aparecieron certificados de nacimiento a nombre de Emil Robert Goldfus y Martin Collins, seis mil quinientos dólares en efectivo, unos gemelos ahuecados, libretas llenas de códigos manuscritos y mapas con detalles de zonas donde se ubicaban importantes instalaciones de defensa estadounidenses. Un lápiz tenía una tapa superior extraíble que ocultaba dieciocho fotogramas minúsculos obtenidos con una técnica llamada «micropunto», que consistía en utilizar una cámara con lente microscópica para capturar fotografías en negativos de alta resolución produciendo imágenes invisibles a simple vista. Al ampliarlos, apareció una agenda con las fechas en que recibía mensajes codificados por radio, además de cartas de su esposa y su hija enviadas desde Moscú.

El verdadero nombre de Abel —un dato que los estadounidenses desconocían entonces— era William Fisher. Rudolf Abel era en realidad uno de sus colegas en el KGB, pero Fisher utilizó ese nombre con la intención de que, cuando se hiciera público, el Centro comprendiera que lo habían capturado. En cualquier caso, desde entonces se lo conocería siempre así. Nacido en 1903 en la ciudad británica de Newcastle, hijo de padres rusos emigrados, se trasladó a la Unión Soviética a principios de la década de 1920. Durante la guerra sirvió en un batallón de radio del Ejército Rojo. Lo reclutaron cuando ya superaba los cuarenta años, principalmente porque, tras el conflicto bélico, los reclutadores tenían pocas opciones y su inglés nativo resultaba un valor importante.

En 1948, tras completar su entrenamiento, viajó a Estados Unidos bajo una identidad provisional lituana que descartó a su llegada. Poco después, recogió un fajo de billetes y un certificado de nacimiento a nombre de Emil Goldfus en un buzón muerto de Nueva York.[1] El Centro le aconsejó no buscar un empleo formal para evitar que una investigación sobre Goldfus comprometiera su tapadera. En lugar de eso, aprovechó su talento artístico para llevar una vida bohemia como pintor en Brooklyn.

Su misión era coordinar a un grupo de agentes dentro y alrededor del programa nuclear estadounidense a través de Morris y Lona Cohen, una pareja de comunistas estadounidenses que actuaban como mensajeros, pero en 1951 el FBI arrestó a los Rosenberg, que habían trabajado con Lona, y el Centro decidió sacar a los Cohen del país. Con el macartismo en su apogeo y el Buró vigilando de cerca a los comunistas, confiar en mensajeros, asistentes e intermediarios abiertamente comunistas se había vuelto demasiado peligroso. La red se disolvió y Abel no reclutó a nadie más para formar otra.[2]

En cambio, llevaba una vida tranquila como artista, encargándose sólo en contadas ocasiones de labores de espionaje. En 1953 se mudó a un pequeño ático en Fulton Street, no muy lejos del puente de Brooklyn, que alquilaba por treinta y cinco dólares al mes. Allí se hizo amigo de varios artistas y empezó a producir pinturas y bocetos.

El Centro puso en contacto a Abel con otro ilegal, al que sólo conocía por su nombre en clave: Vik. Se trataba de Reino Hayhanen, nacido cerca de Leningrado de padres finlandeses y reclutado por su dominio del finés. Hayhanen se hacía pasar por Eugene Maki, un estadounidense nacido en Idaho, pero de ascendencia finlandesa.

Los dos se reunían habitualmente en el Prospect Park de Brooklyn y en otros puntos de la ciudad. Abel empezó a asignarle a Vik tareas menores, como dejar y recoger envíos en buzones muertos y localizar a personas de interés para el Centro, pero pronto se dio cuenta de que era incompetente y tenía problemas con la bebida. Temeroso de que los comprometiera a ambos, durante una visita a Moscú en 1956 pidió al Centro que lo retirara.

En abril de 1957 le comunicó a Vik que debía regresar a Moscú para recibir instrucciones, pero el finlandés era lo suficientemente astuto como para deducir que algo no iba bien. Durante la escala en París donde debía cambiar de avión y de pasaporte, fue a la embajada estadounidense y lo contó todo. Conocía a Abel sólo por su nombre en clave, Mark, pero éste, ignorando las reglas de la *konspiratsiya*, lo había llevado en una ocasión al estudio de Fulton Street. El FBI revisó el lugar mientras Abel no estaba y luego lo mantuvo bajo vigilancia. Una noche en que lo vieron allí, lo siguieron hasta el hotel de Manhattan. Semanas más tarde, dieron el paso y lo arrestaron.[3]

El juicio se celebró en el tribunal del distrito Este cuyas torres de estilo gótico, por una curiosa coincidencia, daban directamente al estudio de Abel. Hayhanen (Vik) sería el testigo estrella. La fiscalía confiaba en que su declaración bastara para demostrar más allá de toda duda razonable la culpabilidad del acusado, que se convertiría en el primer extranjero condenado por espionaje en Estados Unidos en tiempos de paz.

Los dos ilegales, que se verían las caras por última vez en la sala, se enfrentaban a destinos opuestos: para Abel, la silla eléctrica; para Hayhanen, una nueva identidad bajo el programa de protección de

testigos de la CIA. Sin embargo, era el primero quien parecía más sereno.

Hayhanen llegó al tribunal con gafas de sol. Llevaba el pelo ralo peinado hacia atrás y el bigote —a todas luces teñido— le daba un aspecto poco natural. Cada mañana, los funcionarios encargados de vigilarlo debían calcular con cuidado la dosis de alcohol que le administraban: si era poco, quedaba inservible como testigo; si era demasiado, se volvía incoherente. En el estrado se mostró visiblemente nervioso; parecía a punto de desmoronarse.[4]

Abel, por el contrario, irradiaba una serenidad casi zen y un absoluto dominio de sí mismo. Vestido con un traje gris marengo y una fina corbata a rayas, habló muy poco y pasó la mayor parte del juicio dibujando retratos de los presentes. Rechazó tanto declarar como llamar a testigos en su defensa y dedicó a su antiguo ayudante una sonrisa de desprecio apenas disimulada cuando éste subió al estrado.

Su estoicismo y su porte digno impresionaron a muchos de los que seguían el proceso. Su abogado de oficio, James Donovan, acabó desarrollando un afecto sincero hacia él.

Pero el régimen al que Abel servía nunca dejó de estar presente en la mente del tribunal, y la opinión pública no estaba de su lado. «La amenaza contra la civilización, contra este país y contra todo el mundo libre es inherente a este delito. Es un atentado contra el pueblo estadounidense en su conjunto», afirmó el fiscal al final del juicio.

El jurado tardó apenas tres horas en alcanzar un veredicto unánime: culpable. El juez evitó la silla eléctrica, pero le impuso una condena de treinta años de prisión.

El juicio convirtió a Abel en una figura muy conocida. Un artículo de portada de la revista *Life* lo describía como un espía consumado que «había logrado integrarse en la vida cotidiana estadounidense sin llamar la atención de nadie» y advertía de que, aunque él hubiera sido capturado, seguramente habría muchos otros espías merodeando por el país sin ser detectados.[5]

Oficialmente, la prensa soviética negó cualquier vínculo entre Abel y el KGB. Pero en 1960, cuando el piloto estadounidense Gary Powers fue derribado durante un vuelo de reconocimiento sobre territorio soviético, se abrió la posibilidad de un intercambio. En una gélida mañana de 1962, Abel y Powers se cruzaron lentamente en el puente Glienicke, en Berlín, pasando uno junto al otro.[6]

No mucho después del juicio de Abel, al otro lado del Atlántico los servicios de inteligencia británicos detectaron el rastro de otro agente ilegal. La CIA había informado al MI5 de que, años atrás, un empleado de la embajada británica en Varsovia, Harry Houghton, podría haber colaborado con la inteligencia polaca. Houghton trabajaba entonces en las instalaciones británicas de investigación submarina de Portland, en el canal de la Mancha. Su novia, Ethel Gee, también estaba destinada allí, y ambos tenían acceso a una auténtica mina de información sobre el programa británico de submarinos nucleares.

Los agentes del MI5 encargados de vigilar a Houghton lo siguieron hasta Londres y lo vieron entregarle una bolsa de la compra a un desconocido y recibir un sobre. El MI5 supuso que se trataba de un empleado de la embajada polaca, pero al comprobar la matrícula del

coche descubrieron que pertenecía a un empresario canadiense llamado Gordon Lonsdale, cuya empresa estaba registrada en una dirección de Wardour Street, en pleno Soho. Lonsdale había llegado a Gran Bretaña desde Canadá cinco años antes, y desde entonces había montado varias compañías dedicadas a la venta de gramolas y máquinas expendedoras.

Se puso en marcha una larga y costosa operación de vigilancia para seguirlo y, durante un registro en la caja de seguridad que tenía en un banco londinense, encontraron un encendedor con un compartimento secreto que contenía libretas de un sólo uso para decodificar transmisiones por radio. Cuando los estadounidenses informaron a los británicos sobre el caso Abel, el MI5 empezó a comprender la magnitud del enemigo al que se enfrentaba.

Para enero de 1961, las autoridades británicas ya tenían pruebas suficientes para arrestar a Lonsdale, Houghton y Gee. También registraron una vivienda en Ruislip que Lonsdale solía visitar y que pertenecía a una pareja de vendedores de libros antiguos. Helen y Peter Kroger tenían pasaportes neozelandeses, aunque habían dicho a sus vecinos que eran canadienses. Cuando la policía entró en la casa, encontró un auténtico museo de material de espionaje: transmisores de radio, equipo fotográfico, papel para escribir en micropuntos y compartimentos secretos con dinero y pasaportes falsos.

Los «Kroger» eran en realidad Morris y Lona Cohen, los mismos que habían trabajado como mensajeros para Abel en los primeros años de su estancia en Nueva York. Para cuando Abel fue detenido, ellos ya llevaban tiempo fugados de Estados Unidos. Durante algunos años mantuvieron un perfil bajo en el bloque soviético,

antes de reaparecer en Londres con nuevas identidades, encargándose de la logística y las transmisiones de radio para las operaciones de Lonsdale en Gran Bretaña.

Cada vez que Lonsdale recibía información de Houghton, se desplazaba a Ruislip para copiar los documentos. Después, la información llegaba a Moscú mediante el radiotransmisor de alta velocidad de los Cohen o en paquetes enviados a otros países junto con las remesas de libros antiguos que la pareja comercializaba. Entre esos documentos probablemente se incluían datos sobre el sonar del *Dreadnought*, el primer submarino atómico británico, así como detalles sobre las incursiones secretas que los submarinos británicos realizaban en aguas territoriales soviéticas.

Al igual que Abel, Lonsdale se negó rotundamente a colaborar con los investigadores. «A cualquier pregunta que me hagan, la respuesta es no. Así que no se molesten en preguntar», los advirtió. En marzo de 1961 fue condenado a veinticinco años de prisión, mientras seguía insistiendo en que era Gordon Lonsdale, originario de Canadá.

Después de la sentencia, Charles Elwell, principal investigador del MI5, pasó varios meses intentando descubrir la verdadera identidad de Lonsdale, hasta que finalmente resolvió el caso. Lonsdale era en realidad Konon Molody, nacido en Moscú en 1922. De niño, había vivido con una tía en California, lo que explicaba su perfecto inglés. En 1938 regresó a la Unión Soviética y, durante la guerra, sirvió en una unidad de partisanos detrás de las líneas enemigas. Tras su entrenamiento, fue enviado a Nueva York, donde el plan inicial era que trabajara como operador de radio para la red de Abel. Sin embargo, en 1954 recibió la orden de trasladarse a Londres. Así,

llegó a Gran Bretaña en barco en marzo de 1955, bajo la identidad de Gordon Lonsdale.

Elwell lo visitaba con frecuencia en la cárcel y terminaron haciéndose amigos, relación que se dio a conocer gracias a unos fascinantes expedientes cuyo secreto oficial no se levantó hasta 2019. Durante las largas horas que pasaban juntos, hablaban sobre el comunismo, la vida y el amor. Cuando por fin empezaron a tratar el caso de espionaje, Elwell intentó convencer a Molody para que le facilitara información sobre sus antecedentes, su formación y sus conocimientos del KGB. Insinuó que, a cambio, podrían negociar una reducción de la condena o incluso su libertad. Al principio, Molody respondió que no podía aceptar ningún trato porque quería volver a ver a sus hijos, que vivían en Moscú, pero poco a poco se mostró dispuesto a algún tipo de acuerdo y mostró curiosidad por lo que Elwell le proponía. También le confesó que había un cincuenta por ciento de probabilidades de que lo mataran si regresaba.

Elwell albergaba la esperanza de que, a cambio de su colaboración, se le pudiera ofrecer una nueva vida en Gran Bretaña; sin embargo, sus superiores consideraron que la opinión pública no lo aprobaría. Por ello, las conversaciones en prisión llegaron a su fin.

No obstante, en otoño de 1962 las autoridades soviéticas detuvieron y encarcelaron al empresario británico Greville Wynne, quien actuaba como mensajero del MI6 en Moscú, y en abril de 1964 se alcanzó un acuerdo para intercambiar agentes entre ambos países.

Cuando trasladaban a Molody desde la prisión hasta el aeródromo donde abordaría un avión con destino a Berlín, su rostro,

habitualmente jovial, se tornó sombrío por un instante y musitó con gravedad: «Me pregunto cómo acabará todo.»[7]

Los juicios de Abel y Molody supusieron un aviso para las agencias de inteligencia occidentales, que se preguntaban cómo podrían detectar a otros ilegales y se maravillaban ante el ingenio del programa soviético. Tras la detención de Abel, Allen Dulles, director de la CIA, comentó en privado: «Ojalá tuviéramos tres o cuatro como él ahora mismo en Moscú.» Conocía la dificultad de formar agentes ilegales, pues justo en ese momento la Agencia estaba finalizando un programa propio para entrenarlos.

A comienzos de los años cincuenta, la CIA se había aliado con la NTS, una organización de emigrados rusos que aspiraban a derrocar al régimen soviético, para preparar a operativos que se infiltraran en la Unión Soviética. Este esfuerzo era una especie de prolongación a largo plazo de las misiones de la Agencia para entrenar a guerrilleros destinados a Albania, Rumanía y otras zonas del Este europeo.

Aunque la NTS era una organización marginal, la CIA la consideraba la opción más prometedora para colaborar contra Moscú.[8] Los agentes estadounidenses trabajaron en coordinación con dicha organización para identificar a exiliados rusos y ucranianos con capacidad para llevar a cabo actividades clandestinas en territorio soviético. A los seleccionados se les asignaron nuevas identidades, evitando así que aparecieran en las listas de personas vigiladas por las autoridades soviéticas.

Se compró un antiguo hotel de quince habitaciones, situado en un claro aislado a orillas de un lago cerca de la frontera entre Alemania

y Austria, para convertirlo en una base secreta de entrenamiento. Todos los ilegales eran hablantes nativos de ruso, por lo que no necesitaban adquirir los conocimientos lingüísticos que sus homólogos soviéticos debían dominar para operar en Occidente. Sin embargo, sí fue necesario un intenso programa de formación en los fundamentos de las actividades clandestinas. El curso, de seis meses de duración, incluía largas horas de clases sobre comunicación en código, entrenamiento de paracaidismo para el momento de la infiltración y un manual detallado sobre la vida en la Unión Soviética que abarcaba aspectos que podrían haber cambiado desde que los futuros operativos se habían marchado de allí.

También se hacía hincapié en la forma física, con largas carreras matutinas antes del desayuno,[9] y la defensa personal, con entrenamiento en combate cuerpo a cuerpo. Una vez lanzados en los bosques de la Bielorrusia soviética, los nuevos operativos debían dirigirse a las grandes ciudades, regularizar su situación legal y empezar a enviar información sobre la vida en la Unión Soviética. Más adelante, se los utilizaría para recabar apoyo para la guerra de resistencia contra el régimen soviético.

Cada ilegal llevaba un alijo de emergencia —consistente en una radio, armas, raciones de comida y un botiquín médico— que debía enterrar de inmediato cerca del lugar del aterrizaje. Así, podrían recuperarlo en caso de que se desatara una guerra convencional, durante la cual la CIA preveía que estos agentes desempeñarían un papel clave refugiándose en los bosques. «Podrán organizar sus propias bases secretas o incorporarse como operadores de radio en grupos de partisanos ya existentes», rezaban los planes extremadamente optimistas de la Agencia.[10]

También se les entregó cierta cantidad de monedas de oro para facilitar el reclutamiento de posibles miembros locales de esos grupos partisanos. Los falsificadores de la Agencia crearon documentos supuestamente emitidos por las autoridades soviéticas que identificaban a sus portadores como agentes de seguridad en misión secreta, a quienes debía prestarse toda la asistencia necesaria. Sin embargo, los instructores reconocían que no sabían si alguien creería en la autenticidad de esos documentos, por lo que sólo debían utilizarse en casos de extrema emergencia.

En total, la CIA infiltró a once ilegales en dos ciclos, en 1952 y 1953. No obstante, con el tiempo sus ambiciosos planes resultaron ser una fantasía. Algunos cayeron directamente en trampas al contactar con «camaradas» que en realidad eran agentes provocadores soviéticos; otros aterrizaron sin problemas, pero fueron desenmascarados enseguida. Para 1954 se creía que sólo tres seguían activos.

Washington disponía de tan poca información sobre la vida en la Unión Soviética que cualquier dato que esos tres pudieran enviar era potencialmente valioso; sin embargo, sus esfuerzos estaban condenados desde el principio: la Unión Soviética controlaba la vida y los movimientos de sus ciudadanos mediante estrictos requisitos de documentación y rigurosos controles. Simplemente, era mucho más difícil para los ilegales de la CIA infiltrarse en un estado policial sin ser detectados que para los ilegales soviéticos hacerlo en el entorno más libre de Occidente. El proyecto se dio por terminado de forma oficial en octubre de 1959.[11]

Los detalles del fallido programa de agentes ilegales de la CIA permanecieron bajo el más estricto secreto hasta que, en 2007, se desclasificaron varios documentos relacionados. Sin embargo, los juicios públicos de Abel y Molody habían situado ya a los ilegales soviéticos en el centro del imaginario de la Guerra Fría.

En 1961, el mismo año en que se celebró el juicio de Molody, se publicó un libro titulado *Escuela para espías*, de J. Bernard Hutton, que ofrecía a los lectores occidentales una visión detallada de la asombrosa ambición del programa soviético de operativos ilegales.

Hutton describía con todo lujo de detalles ocho instalaciones secretas de entrenamiento, incluida una localidad llamada Gaczyna que supuestamente reproducía con fidelidad barrios reales de países anglófonos. Había una sección estadounidense, otra canadiense, una británica e incluso una india. «Cada sección de Gaczyna es una réplica fiel de calles, edificios, cines, restaurantes, bares de comidas, pubs y otros establecimientos típicos del mundo anglófono», escribió Hutton.[12]

Según él, la sección británica abarcaba más de ciento cincuenta kilómetros cuadrados y contenía un modelo de ciudad, junto a una zona rural con varios pueblos. Sus habitantes vestían ropa británica, desayunaban huevos con beicon, viajaban a sus trabajos en auténticos autobuses londinenses y recibían sus salarios en libras, que podían gastar en tiendas con productos genuinamente británicos. Hutton dejaba claro que los soviéticos habían llegado a extremos realmente notables para entrenar a ilegales capaces de infiltrarse en Occidente y sembrar el caos.

Todo lo que Hutton escribió sobre Gaczyna era del todo absurdo: no existía nada remotamente parecido a una instalación de ese tipo

en la Unión Soviética. Sin embargo, la imagen de ciudades enteras fabricadas para entrenar a ilegales en prácticas alimentaba la inquietud que habían despertado los juicios de Abel y Molody.

La posibilidad de una guerra nuclear provocaba un terror absoluto y abrumador, pero la idea de que un vecino o un compañero de trabajo pudiera ser un espía soviético encubierto generaba un temor distinto, más insidioso.

En realidad, lejos de funcionar como una cinta transportadora de falsos occidentales entrenados a la perfección, a principios de los años sesenta el programa de ilegales del KGB atravesaba una crisis. Abel había logrado pasar desapercibido durante años, pero su prolongada estancia en Estados Unidos había aportado escasos beneficios en términos de inteligencia. Molody, por su parte, había dirigido una red de espionaje eficaz, pero fue capturado in fraganti mientras recogía documentos clasificados. Quedaba claro que desplegar a un agente ilegal a largo plazo ya no parecía compatible con una actividad operativa sostenida.

El Directorio S se enfrentaba a una disyuntiva: o enviaba a ilegales durmientes, destinados a permanecer inactivos hasta recibir instrucciones en caso de emergencia, o bien los activaba para misiones urgentes asumiendo un alto riesgo de exposición.

A esas tensiones operativas se sumaba una evidencia cada vez más difícil de ignorar: la soledad extrema y las tensiones psicológicas propias de la vida clandestina eran más de lo que la mayoría podía soportar. Abel y Molody habían llevado existencias marcadas por el aislamiento, y eso que sus casos se contaban entre

los más exitosos. Muchos otros ilegales destinados a Occidente se habían derrumbado bajo la presión, entregándose a la bebida, a relaciones desastrosas o, como Brik y Hayhanen, directamente al enemigo.

Una dificultad aún más fundamental era la escasez de ciudadanos soviéticos con experiencia directa o conocimientos prácticos sobre Occidente. Durante las décadas de 1920 y 1930, el KGB había podido reclutar a agentes ilegales entre quienes habían vivido en el extranjero durante los años turbulentos de la Revolución y la guerra civil. Los ilegales de la posguerra, como Brik, Abel y Molody, también habían pasado su infancia o juventud en países occidentales, lo que les proporcionaba una base sólida para construir identidades plausibles.

Pero hacia finales de los años cincuenta, con las fronteras cerradas y el aumento de la paranoia oficial respecto a cualquiera que hubiera pasado tiempo en el extranjero, el grupo de posibles reclutas con ese tipo de experiencia se había reducido drásticamente.

Aun así, el KGB no se planteaba abandonar el programa de ilegales: con una Guerra Fría impredecible que podía tornarse caliente en cualquier momento, disponer de operativos capaces de permanecer tras las líneas enemigas en caso de una ruptura diplomática seguía siendo una prioridad estratégica. El Centro concluyó que los desafíos eran superables siempre que se destinaran suficientes recursos.

Se aumentó el número de los llamados «oficiales de la Línea N» —agentes asignados a embajadas soviéticas en todo el mundo con la misión de apoyar a los ilegales sobre el terreno y preparar identidades para futuros operativos—, y decidió extremar la

selección de candidatos e intensificar el período de formación. Para mitigar la soledad y evitar relaciones imprudentes, el Centro adoptó una nueva política: por primera vez, comenzó a entrenar a mujeres ilegales. A partir de entonces, los agentes serían enviados al extranjero en parejas, con el objetivo de que se hicieran compañía y se vigilaran mutuamente.

Año tras año, la estructura encargada de seleccionar, formar, documentar e infiltrar a los ilegales creció en tamaño y complejidad. Los funcionarios del Directorio S examinaban con minuciosidad los expedientes de miles de jóvenes procedentes de todo el bloque soviético, previamente señalados por observadores regionales como posibles candidatos para el trabajo encubierto. El ilegal ideal debía dominar lenguas extranjeras y demostrar un patriotismo firme y verificable. Se valoraba un aspecto físico atractivo pero discreto —lo bastante agraciado como para resultar simpático, pero no tanto como para llamar la atención—, y se exigía una lealtad ideológica inquebrantable, inteligencia analítica sobresaliente y una capacidad comprobada para sostener una vida de engaño sin fisuras morales.

El proceso de selección se reducía a un pequeño grupo de aspirantes que cumplían con esos exigentes criterios. Entonces comenzaba un período riguroso de pruebas y entrenamiento. En poco tiempo, el Directorio S dirigió el programa de formación más exhaustivo en la historia del espionaje.

Las recreaciones urbanas de Gaczyna eran una invención, pero la realidad no dejaba de ser asombrosa. En 1964, pocos meses después del intercambio que devolvió a Konon Molody a Moscú, otro joven avanzaba en dirección opuesta por la Berlín dividida. En breve recogería un pasaporte en la embajada austriaca de Berlín

Occidental que lo identificaba como Karl-Bernd Motl, ciudadano austriaco. Su verdadero nombre era Yuri Linov, y estaba a punto de emprender su primera misión real.

El largo camino que lo había llevado hasta allí —desde una aldea tranquila en el corazón de la región rusa de Tierra Negra— había comenzado casi una década antes. Los años de su formación y despliegue ejemplificaban las constantes del programa soviético de ilegales en plena Guerra Fría: patriotismo y sacrificio, ambición contenida, frustraciones crecientes y un régimen de entrenamiento cada vez más riguroso. El KGB confiaba en que el esfuerzo daría frutos: agentes plenamente entregados, capaces de integrarse sin levantar sospechas en el mundo occidental y de sembrar el caos, llegado el momento, en el corazón del capitalismo.

TERCERA PARTE

La vida de un agente ilegal

12

Origen

El reclutamiento y la formación de un ilegal

En una nublada tarde de la primavera de 1955, Yuri Linov, un muchacho aparentemente delgado, pero en realidad fibroso y atlético, caminó desde la pequeña casa donde vivía con sus padres hasta la oficina de reclutamiento militar regional, situada al otro lado de Kalach, una remota localidad ubicada a casi seiscientos cincuenta kilómetros al sur de Moscú y a varias horas en coche, por carreteras llenas de baches, de Vorónezh, la ciudad más cercana.

Cada primavera, los jóvenes del último año de instituto de la zona debían presentarse allí para averiguar dónde cumplirían el servicio militar obligatorio. Él era un alumno destacado, ganador de concursos escolares de inglés y geografía, pero no esperaba ingresar en la universidad: la primera década de la posguerra había sido difícil para su familia, y su mayor anhelo era encontrar un empleo estable que le permitiera mantener a sus padres. Su plan era que, una vez terminado el servicio militar, conseguiría un puesto en los ferrocarriles, siguiendo el ejemplo de su abuelo.

Cuando llegó a la oficina, le señalaron una sala lateral. Tocó a la puerta y, al entrar, dos hombres elegantemente vestidos de civil

clavaron la mirada en él. Con un gesto, le indicaron que se sentara y le preguntaron por sus planes y objetivos en la vida. Él les habló de su pasión por el ajedrez y la lengua inglesa. Tenía la extraña sensación de que aquellos dos ya sabían mucho sobre él y su familia. No se presentaron ni le explicaron de dónde provenían ni a qué organización pertenecían, pero no era difícil adivinarlo.

Uno de ellos sugirió que quizá podría interesarle estudiar en la universidad y especializarse en idiomas. Más adelante, tal vez tendría la oportunidad de desarrollar una carrera en otros países. La promesa de aventuras en el extranjero sonaba especialmente exótica para él, que apenas había salido de su pueblo. Por supuesto que le interesaba, respondió orgulloso de imaginar que había sido seleccionado para ese tipo de destino.

—El Estado necesita gente como tú, Yuri —dijo el hombre con aprobación.

Linov había nacido en 1938, en una sociedad marcada por los violentos trastornos de la colectivización y las purgas, y que pronto se vería inmersa en una guerra de pesadilla. Durante los meses más encarnizados de los combates, Kalach estaba a apenas unos cincuenta kilómetros del frente, y se encontraba directamente sobre una de las principales líneas soviéticas de suministro a Stalingrado. Los primeros recuerdos de Linov eran las interminables columnas militares que pasaban retumbando y el rugido de los aviones sobre su cabeza.

Fiódor, su padre, partió al frente en los primeros días de la guerra. Gracias a sus antecedentes inequívocamente proletarios —como hijo

de un trabajador ferroviario— había logrado convertirse en uno de los directores del periódico local, a pesar de su mínima escolarización. Durante la guerra, sus credenciales del partido le valieron el nombramiento como comisario político en el ejército. Destinado a una sección del frente cercana al río Dniéper, su tarea consistía en evitar la propagación de rumores sediciosos o antisoviéticos entre la tropa. Linov quedó al cuidado de su madre y su abuela en Kalach. La comida escaseaba y todos trabajaban horas extras para apoyar el esfuerzo bélico del Ejército Rojo.

Los años de la posguerra también fueron duros. La madre tenía que esforzarse por cultivar suficiente comida para la familia porque el padre había regresado herido del frente —perdió un ojo por la metralla y un francotirador alemán le destrozó los genitales de un disparo—. «No provoques a tu padre», advertía con severidad a Linov ante la primera señal de conflicto. «Está herido.»

Pero unas fotografías del colectivo de trabajadores del periódico tomadas en los años treinta, que encontró escondidas en el fondo de un cajón, le permitirían más tarde darse cuenta de que su padre no sólo arrastraba heridas físicas. Muchos rostros en las imágenes estaban burdamente tachados. En ese momento no entendió la razón, pero luego comprendió que se trataba de antiguos amigos y colegas de su padre que habían sido liquidados en las purgas. En cualquier caso, Fiódor nunca hablaba de esa época y él nunca le hizo preguntas. Más tarde, la dinámica se invertiría: sus padres jamás preguntaban por qué desaparecía durante años, dejando sólo los datos de un apartado de correos. Como dice un refrán ruso: «Cuanto menos se sabe, mejor se duerme.»

La infancia de Linov estuvo marcada, en todos los sentidos, por las secuelas de la guerra. En los campos que rodeaban Kalach era común que los niños pisaran minas inadvertidamente —sin ir más lejos, un primo suyo perdió un ojo mientras jugaba—. Las escuelas organizaban excursiones a hospitales y centros de recuperación donde los niños cantaban canciones y recitaban poemas para los heridos. Casi la mitad de los jóvenes que partieron a la guerra nunca regresaron, y muchos de los que volvieron tenían cicatrices físicas o mentales. Un profesor de química que había perdido una pierna en combate era un recordatorio constante del costo de aquel conflicto. Otros docentes, atormentados y a menudo impredecibles, se enfurecían y castigaban a los niños sin motivo aparente. Él solía aburrirse en clases, salvo en la de inglés, impartida por Liliya Bakhmet, una joven licenciada cuyo aspecto angelical y modales amables la distinguían de los profesores mayores, agotados y traumatizados. Se encaprichó de ella y se esforzó al máximo en las tareas, revelando un talento prodigioso para los idiomas.

Una mañana, cuando cursaba el octavo año, los profesores los llevaron al aula magna, donde la directora, entre lágrimas, pronunció un emotivo discurso: Stalin, el gran líder, pensador, maestro y padre de todos los soviéticos, había muerto. La escuela escribiría una carta al Kremlin para expresar las condolencias de todos los alumnos y su firme determinación de defender a la gran nación en esos momentos difíciles. Aunque el marido de la directora había sido arrestado durante las purgas de los años treinta y cumplía condena en el Gulag como enemigo del pueblo, su luto por Stalin parecía genuino.

Ése era el Estado, destrozado por la guerra y la violencia, pero llamado a recuperarse y resurgir, al que aquellos dos hombres de la

oficina de reclutamiento le ofrecían la oportunidad de servir. Crecer en medio del conflicto y sufrir sus secuelas le había dejado una profunda impronta, al igual que a muchos otros soviéticos de su generación, para quienes evitar otra guerra, justo cuando nuevos enemigos capitalistas asomaban en el horizonte, era de máxima importancia.

Poco después de aquella reunión en Kalach, Linov se enteró de que asistiría al Instituto Krupskaya de Lenguas Extranjeras, en Járkov, donde estudiaría la lengua y la cultura alemanas. Aunque la ciudad había sufrido daños enormes durante la guerra, en 1955, cuando él llegó, la mayor parte del centro ya estaba reconstruida. Grandes edificios flanqueaban amplias avenidas.

Dos años después de la muerte de Stalin, la imagen y las enseñanzas del líder supremo seguían ocupando un lugar preponderante: sus retratos estaban por todas partes y una enorme pancarta que cubría un lateral del estadio de atletismo de la universidad reproducía su exhortación: TODOS LOS RÉCORDS DEL MUNDO DEBERÍAN SER NUESTROS.

Pero en febrero de 1956, Jrushchov pronunció uno de los discursos más significativos de toda la era soviética, durante una sesión secreta y no programada del congreso del partido en Moscú. Durante cuatro horas, arremetió contra las consecuencias del culto a la personalidad de Stalin y contra «las torturas crueles e inhumanas» cometidas bajo su mando. Incluso llegó a criticar a Stalin por desestimar la información proporcionada por los servicios de inteligencia en vísperas de la guerra.

Aunque el discurso no se publicó oficialmente, la noticia llegó a los medios occidentales y se fue filtrando por todo el país en las semanas siguientes.[1] En las universidades, incluida la de Járkov, donde estudiaba Linov, cesaron las melifluas alabanzas al genio del antiguo líder. Para el otoño de 1959, cuando cursaba el quinto y último año de sus estudios, ya no quedaba ni un sólo retrato de Stalin en pasillos ni aulas. El gran cuarteto ideológico formado por Marx, Engels, Lenin y Stalin, que debía servir de inspiración a todos los estudiantes soviéticos, se había reducido a un trío.

Los oficiales del cuartel general del KGB en Járkov habían estado vigilando de cerca a Linov durante su etapa universitaria, como a los demás candidatos a ilegales. Enviaron un memorando a las oficinas del servicio de seguridad en Kalach para comprobar que no existieran sospechas de actividad antisoviética entre sus familiares cercanos, recogieron testimonios de sus profesores y compañeros sobre su carácter y aptitudes lingüísticas, y elaboraron listas de sus contactos. Satisfechos con los resultados, tomaron la iniciativa y, al inicio de su último año, lo convocaron a una reunión para preguntarle si estaba dispuesto a ayudar al KGB informando sobre sus compañeros de estudios. Unos meses más tarde, le hicieron una oferta formal para convertirse en agente dentro de la universidad. Le insinuaron que, si demostraba ser capaz, podría acceder a un puesto real al terminar sus estudios y a la posibilidad de viajar al extranjero.

Linov aceptó sin dudarlo, ansioso por servir. Aseguró que había soñado con una carrera en el KGB desde aquel encuentro en el comité militar de Kalach. Al finalizar la conversación, los oficiales le

ordenaron redactar un juramento para adjuntarlo a su expediente: «Yo, Yuri Linov, como verdadero patriota, me comprometo a cooperar voluntariamente con los órganos de seguridad del Estado para identificar y desenmascarar a los elementos enemigos, y a guardar en secreto esta colaboración.» Firmó con tinta azul y añadió la fecha: 3 de enero de 1960.[2]

Con veintiún años, Linov era ya oficialmente un agente. Alternaba sus estudios universitarios con dos reuniones semanales con sus supervisores, que se celebraban en una serie de *konskvartiry* ubicados en anodinos edificios de apartamentos de la ciudad. Sus informes ayudaban al servicio de seguridad a identificar a posibles agitadores antisoviéticos y, a la vez, ponían a prueba su capacidad para elaborar retratos psicológicos precisos de objetivos potenciales.

En una ocasión, sus supervisores le pidieron que les relatara todo lo que supiera sobre Vladímir Vorobyov, un compañero de estudios de alemán, un año mayor, que ya se había graduado y trasladado a Lviv, en el oeste de Ucrania. Él había mantenido una relación amistosa con Vorobyov durante varios años, e incluso había visitado a sus padres en una ciudad cercana, pero ahora sus supervisores le exigían que informara sobre cualquier aspecto negativo que recordara de su antiguo amigo.

Linov confesó que siempre le había molestado la pereza de Vorobyov, manifiesta en su costumbre de dormir hasta tarde. Y recordó algo más grave: que una vez, éste había mencionado que soñaba con desertar a Alemania Occidental.

De hecho, el KGB ya tenía conocimiento de esto último: otro estudiante que había escuchado esos comentarios lo había delatado,

pero los supervisores querían verificar si Linov se mantendría leal a su antiguo amigo o lo traicionaría.

Superó la prueba.[3]

Con el tiempo, su formación se enriqueció con nuevos elementos. Además de sus estudios universitarios, asistía a clases adicionales de alemán —centradas en la pronunciación— y también a clases de inglés. En una ocasión, dos hombres con sendas botellas de vodka de medio litro se presentaron en el aula y uno de ellos sirvió generosamente dos vasos. Luego, levantó el suyo y le ordenó beberse el vodka de un sólo trago. Él detestaba el alcohol, pero sabía que no le convenía discutir. El hombre sirvió dos vasos más y, en menos de una hora, el vodka se había acabado y tanto él como el tipo estaban borrachos y aturdidos. Entonces, el tercer hombre, que se había mantenido sobrio, empezó a hacerle preguntas en un tono amable que poco a poco fue tornándose airado, todo ello con el objetivo de comprobar si su comportamiento cambiaba bajo los efectos del alcohol. Aunque vomitó copiosamente antes de que terminara la velada, logró no decir nada inapropiado.

Uno de los encargados de su entrenamiento era Vasili Katrich, un antiguo comandante partisano que había operado tras las líneas enemigas durante la guerra. Fue él quien le explicó cómo detectar si lo estaban vigilando o siguiendo —cada noche, antes de llegar a la *konskvartira*, debía asegurarse de que no lo seguían y, si era el caso, debía renunciar al encuentro y regresar a casa—. Por supuesto, quienes lo seguían en Járkov trabajaban para el KGB, pero en el brumoso futuro que lo esperaba en el extranjero serían los enemigos.

Katrich no hablaba ningún idioma extranjero ni había trabajado jamás en Occidente, pero sus experiencias bélicas le habían brindado importantes lecciones sobre cómo actuar en la clandestinidad. Le dio un consejo que recordaría durante años: «No tientes a la suerte.» Siempre era mejor abandonar una misión que ser descubierto; mejor hacer comprobaciones tediosas para asegurarse de que nada saliera mal que tomar atajos.

Linov siguió informando sobre sus amigos y compañeros de estudios, y cada vez que oía algún comentario subversivo se lo comunicaba a Katrich. A un compañero se le escapó un comentario sobre un club secreto donde los estudiantes leían textos contrabandeados de Freud, Hemingway y otros autores occidentales prohibidos. Linov informó de inmediato a sus supervisores, quienes le encargaron conseguir más información.[4]

Katrich insistía continuamente en el mantra de que no debía haber secretos para el KGB. Con el fin de verificar lo que Linov decía en sus momentos de intimidad, sus supervisores llegaron a colocar micrófonos en su dormitorio universitario. Como indicaba una nota en su expediente, aquello ayudaba «a evaluar plenamente sus cualidades personales y profesionales, su preparación ideológica y su devoción a la patria».[5]

Tras cinco años de estudios, se graduó con un diploma rojo, la distinción soviética que certificaba la excelencia universitaria. En los meses previos a los exámenes finales, el comité encargado de decidir el destino de los graduados le había comunicado que lo enviarían a Jórlivka, en el Donbás, donde enseñaría inglés y alemán en un instituto local. Le pareció extraño, considerando toda la formación recibida, pero a esas alturas ya sabía que no convenía

hacer preguntas y comenzó a prepararse para el traslado. Sin embargo, sin que lo supiera, sus supervisores en Járkov habían enviado a Kiev un elogioso informe sobre su desempeño, describiéndolo como un individuo reflexivo, inteligente y modesto, políticamente fiable, dispuesto a delatar a sus amigos, respetuoso con el KGB y sin ninguna afición al alcohol. También remitieron grabaciones de su alemán para un análisis profesional, cuyo informe concluyó que su vocabulario, gramática y entonación eran excelentes. Presentaba algunos errores fonéticos, pero el evaluador emitió un dictamen positivo en términos generales, señalando que con una enseñanza adecuada y cierto tiempo entre hablantes nativos podría alcanzar la fluidez que necesitaba.[6] En conjunto, todo ello fue suficiente para que el servicio de seguridad autorizara el paso a la siguiente fase de formación. En uno de sus últimos encuentros, a principios del verano de 1960, Katrich lo informó de que en realidad no iría a Jórlivka. Le dio una dirección en Kiev y le indicó que, llegado el momento, se presentara allí para recibir nuevas instrucciones.

En Kiev lo esperaba un hombre que se presentó como el nuevo «curador» de su entrenamiento y le explicó que le darían un puesto como tapadera en el Instituto Número 102, un centro de investigaciones científicas de la ciudad donde, en teoría, trabajaría como traductor. Allí cobraría un pequeño salario oficial y, si se cruzaba con alguien de Járkov o trababa conocimiento con alguna persona curiosa, ése era el sitio donde debía decir que trabajaba. Memorizó todos los detalles.

La capital ucraniana, con una población de poco más de un millón de habitantes, era sólo un poco más grande que Járkov, pero daba más sensación de metrópolis. Jreshchátyk, la arteria principal de la ciudad, era el eje de la reconstrucción urbana de la posguerra, una amplia avenida con imponentes edificios estalinistas neoclásicos que se alzaban sobre la extensión central desde ambos lados. En otras zonas había frondosos bulevares bordeados de edificios más antiguos, y por el centro circulaban trolebuses de color azul claro. Ese otoño se inauguraría la primera línea de metro de la ciudad. Él estaba entusiasmado por haberse mudado a una ciudad tan vibrante.

Un sábado por la mañana, poco después de llegar, se dio un paseo por la ciudad y compró una entrada para una función de cine a la hora de la comida. Más tarde se dirigió a una cita previamente concertada con su curador en la taquilla del teatro de la ópera. Éste apareció a la hora convenida, las tres menos veinte. Charlaron un poco sobre música y luego el hombre le entregó un sobre grueso lleno de rublos y le dijo que se comprara ropa nueva.

Al día siguiente se dirigió a Podil, el viejo barrio comercial de Kiev, y pasó unas horas probándose trajes, sombreros y guantes en las diferentes tiendas que rodeaban el mercado de Zhytniy. A media tarde regresó a casa en tranvía, cargado de bolsas. Volvió a Podil a la mañana siguiente: según la tradición, un fin de semana de compras desmesuradas debía celebrarse con un trago. Vio en el mercado a un hombre de mediana edad que vendía vino moldavo por copas; se bebió una y, como le supo tan bien, decidió tomarse otra. Satisfecho y consciente de que aún le quedaba algo de dinero,

compró unos últimos artículos: calcetines, pañuelos y un alfiler de corbata.

Una semana más tarde, su curador se presentó en su apartamento blandiendo un bolígrafo y un bloc.

—¿Tienes buena memoria? —le preguntó.

—Creo que sí —respondió él.

—Escríbeme un relato detallado del último fin de semana. Adónde fuiste, cuánto pagaste, con quién te cruzaste. Todo con el mayor detalle posible.

Le entregó el bloc y se marchó.

Para su sorpresa, recordaba con claridad los detalles de aquellos dos días. Registró los pormenores de la visita al cine: los primeros veinte minutos estaban dedicados a un noticiario sobre el caso de Gary Powers, el piloto estadounidense cuyo avión había sido derribado sobre los Urales unos meses antes. Después se proyectó un documental con varias historias sobre mujeres soviéticas talentosas. Añadió detalles como que se había sentado en la segunda fila, en la tercera butaca desde la izquierda, junto a una mujer rubia y delgada y su hijo, y que había un desagradable charco de helado derretido en el suelo, junto a su asiento. A continuación desgranó un minucioso relato de sus compras: las tiendas donde había adquirido cada prenda, el aspecto de las dependientas y los números de los distintos tranvías que había tomado para desplazarse por la ciudad durante esos dos días. Escribió que había bebido un vaso de vino moldavo para celebrar sus compras, e incluso recordó que los últimos artículos —calcetines, pañuelos y un alfiler de corbata— le habían costado 38 rublos y 40 kópeks, un poco más del dinero que llevaba encima. Le había prometido al dependiente volver

para entregarle los 15 kópeks faltantes. Su informe se extendía a lo largo de quince páginas, escritas con letra menuda y tinta azul. Cuando lo entregó, se sentía satisfecho con el nivel de detalle.

—Muy bien —murmuró su curador a la mañana siguiente después de leerlo—. Sólo una cosa, el vaso de vino... ¿Estás seguro de que fue uno? ¿No dos?

Él se acordó del segundo vaso y miró sorprendido al curador.

—Mejor que te acostumbres al hecho de que lo sabemos todo —dijo éste esbozando una sonrisa.

De hecho, todo un equipo de observadores del KGB lo había seguido durante el fin de semana entero y había presentado un detallado informe mecanografiado sobre sus movimientos e interacciones acompañado de un conjunto de fotografías clandestinas.[7]

Él quedó impresionado por el incidente y, durante algunas semanas, puso un cuidado extremo en tratar de detectar si lo vigilaban mientras hacía su vida en Kiev. A veces le parecía reconocer una cara, una forma de andar, un par de zapatos. ¿La persona que estaba observando atentamente el escaparate detrás de él era la misma que había visto media hora antes mirando en su dirección, o se estaba volviendo paranoico y se trataba simplemente de kieveños corrientes, dedicados a sus quehaceres cotidianos? Era difícil saberlo.

A los pocos meses de llegar a Kiev, lo informaron por primera vez de que se convertiría en un ilegal. No le proporcionaron detalles sobre la estructura general del programa ni le contaron que había otros

como él en entrenamiento, pero sí le dieron a entender que, con el tiempo, sería enviado a Estados Unidos: un destino de ensueño para cualquier ciudadano soviético patriótico que quisiera defender a su país de sus enemigos en la Guerra Fría.

Durante los dos años siguientes, se sometió al programa de entrenamiento que, a partir de la década de los sesenta, se impartía a todos los futuros ilegales, y que suponía una prueba constante de temple y resistencia. Como en Járkov, gran parte del entrenamiento se desarrollaba en distintas *konskvartiry*. De hecho, durante ese tiempo no entró ni una sola vez en un edificio oficial del KGB ni vio a ningún oficial uniformado. Nunca le revelaron los nombres reales de muchos de sus tutores, y la mayoría de ellos tampoco conocía el suyo. En ese período, utilizó documentos a nombre de Gennady Dudetski.

Tomaba muchas horas de clase de lengua y cultura alemanas, y reservaba muchas más cada noche para leer periódicos y novelas en alemán. Recibía un intenso adoctrinamiento político en marxismo-leninismo y en los principios de la política exterior soviética para asegurarse de que poseyera una sólida base ideológica antes de soltarlo en la salvaje espesura capitalista. Después llegó la instrucción sobre cómo recibir y descifrar mensajes de radio codificados, además de otros aspectos del oficio de espía. Aprender a detectar vigilancia era una parte fundamental de la rutina de entrenamiento, y el hecho de que él no se hubiese dado cuenta de que lo seguían aquella vez que fue de compras lo hizo poner aún más empeño en ese aspecto.

Los entrenadores le enseñaron a usar la circulación natural de la ciudad a su favor, valiéndose de estaciones de metro y calles

concurridas para mezclarse con la multitud, y de zonas con menos transeúntes para obligar a cualquiera que lo vigilara a quedarse atrás y arriesgarse a perderle el rastro o a mantener la vigilancia y exponerse.

Detectar a un equipo de vigilancia bien entrenado no era fácil. Un ilegal nunca debía mostrar que temía ser observado, así que él tenía que controlar a cualquiera que estuviera cerca sin que el otro lo notara. Podía haber diferentes observadores que se turnaban, entrando y saliendo de sus puestos; en los intervalos, podían cambiarse de ropa. Sin embargo, como cambiarse de calzado solía tomar demasiado tiempo, aprendió a fijarse en los zapatos de quienes lo rodeaban.

Un día, uno de sus entrenadores llegó en una limusina negra con matrícula diplomática, muy parecida a los vehículos que utilizaba la embajada de Alemania Occidental en Moscú. Juntos emprendieron un viaje por carretera por Ucrania, hablando entre ellos únicamente en alemán. En cada ciudad por la que pasaban, el KGB local se ponía en alerta ante la inesperada presencia de esos «diplomáticos alemanes», y él y su entrenador cruzaban las ciudades con calma, esquivando a los agentes que los seguían sin sospechar nada y procurando mostrarse despreocupados para que no se notara que sabían que estaban vigilándolos. Era una forma segura de observar cómo operaban los verdaderos equipos de vigilancia contra objetivos auténticos. Para él, fue una experiencia sumamente estimulante.[8]

En marzo de 1961 sus supervisores de Kiev le ordenaron viajar a Moscú para someterse a una prueba de alemán con los mejores especialistas del KGB, pero incluso esa actividad rutinaria estaba preparada como una intrincada historia de espías.

Tuvo que presentarse frente a las taquillas del teatro Bolshói exactamente noventa minutos después de la llegada de su tren. Siguiendo las instrucciones, llevaba un ejemplar de la revista *Ogonek* en el bolsillo derecho del abrigo y tenía desabrochado el botón más bajo de la chaqueta. Se quedó merodeando hasta que vio a un hombre que llevaba unos guantes amarillos de cuero en la mano izquierda y se le acercó.

—¿Sabe qué proyectan en el cine Panorama? —le preguntó.

—¿No preferiría el cine Stereo? Está cerca y es más impresionante —fue la respuesta del otro.

Una vez intercambiadas las frases en clave, se dieron la mano y el hombre lo condujo a una *konskvartira* para el examen de idioma.[9]

En una ocasión le encomendaron la misión de obtener toda la información posible sobre una fábrica de productos electrónicos en Kiev, un recinto hermético que suministraba equipamiento a los militares soviéticos. Primero llamó al departamento de contratación solicitando empleo, pero le respondieron que no había vacantes. Entonces, esperó cerca de la entrada hasta identificar a alguna secretaria potencial y, cuando encontró a una, la siguió en tranvía hasta su domicilio. Tras localizar dónde vivía, regresó al día siguiente y aguardó en el patio del edificio. Al verla aparecer, entabló conversación con ella, fingiendo que buscaba un apartamento en la zona. Después de hablar de temas triviales, la invitó al cine. La velada fue agradable y, poco después, la volvió a invitar, esta vez al teatro. En cada encuentro, prolongaron la conversación durante horas. Ella le confesó las dificultades de su vida cotidiana y sus

sueños de casarse, y poco a poco se fue creando un vínculo entre ellos. Él aprovechaba para colar en la charla varias preguntas aparentemente inocuas sobre el trabajo en la fábrica. Tras la cuarta cita, le explicó que debía viajar a otra ciudad y que se pondría en contacto con ella a su regreso. Basándose en la información que le había proporcionado, redactó un informe detallado sobre el funcionamiento interno de la fábrica. Ella nunca volvió a saber nada de él.[10]

También aprendió a redactar informes sobre la personalidad de posibles objetivos. La idea no era reclutarlos directamente, sino mantener una conversación amable y aparentemente inocente para sondear sus opiniones políticas, circunstancias personales y peculiaridades, información que otro agente podría emplear más tarde para intentar el reclutamiento. ¿Tenía esa persona problemas matrimoniales? ¿Se sentía ignorada o infravalorada en el trabajo? ¿Era vanidosa y susceptible a la adulación, o quizá estaba sola y buscaba afecto? Dedicaba muchas horas a elaborar perfiles psicológicos de distintos tipos de personas para sus entrenadores, que le enseñaban a identificar las vulnerabilidades de sus objetivos.

Había, además, cosas más mundanas que aprender. Una vez a la semana, un instructor lo llevaba por las calles de Kiev para enseñarle a conducir. Una mañana de abril de 1961, mientras avanzaba por el paseo ribereño en el centro de Kiev con el instructor en el asiento del copiloto, vio a una mujer salir a toda prisa de un edificio de apartamentos, gritando y agitando los brazos. Detrás de ella, aparecieron otras personas igual de excitadas. Unas calles más adelante, los vehículos se habían detenido y la gente empezaba a apearse. Él también paró, bajó la ventanilla y escuchó a una mujer

exclamar: «¡El espacio es nuestro!» Otros gritaban lo mismo. La radio soviética acababa de anunciar el vuelo espacial de Yuri Gagarin, cuyo trayecto de ciento ocho minutos en la nave Vostok-1 marcaba la primera vez que un ser humano orbitaba la Tierra. Cuatro años después del lanzamiento del *Sputnik*, los soviéticos habían ganado otra etapa en la carrera espacial. Él sintió un torrente de emoción que casi le desgarró las entrañas.

Esos años representaron una breve pero desconcertante coyuntura en la Guerra Fría, durante la cual pareció que los soviéticos podrían demostrar que su modelo de sociedad era superior al de Occidente. La relajación de las restricciones de la era de Stalin había reducido el temor y las sospechas en la vida cotidiana, y tras los duros años de la posguerra había más bienes de consumo disponibles. En las ciudades, cientos de miles de familias abandonaron sus abarrotados apartamentos comunales para mudarse a edificios construidos apresuradamente, con viviendas pequeñas pero privadas. En octubre de 1961, Jrushchov anunció que la Unión Soviética alcanzaría el comunismo pleno en 1980, con vivienda, asistencia sanitaria y alimentos gratuitos para todos los ciudadanos, una semana laboral de treinta y cuatro horas y niveles de vida más altos que cualquier otro país del mundo. Era una afirmación fantasiosa, pero el vuelo de Gagarin parecía ofrecer pruebas irrefutables de que la Unión Soviética podía lograr cualquier cosa. Para Linov, la noticia era tan significativa como sus recuerdos del Día de la Victoria de 1945.

Ese orgullo por su país le ayudó a mantenerse optimista durante el largo y exigente régimen de entrenamiento. Según consta en un documento de su expediente del KGB, el plan del Centro era que asumiera una identidad alemana y acabara trasladándose a Estados Unidos.[11] Antes, sin embargo, pasaría un año en la Alemania Oriental socialista. Las autoridades locales no conocerían su verdadera identidad, pero, si algo salía mal, podría solicitar de forma discreta ver a un representante soviético y sería repatriado como si nunca hubiera estado allí. En caso de fracasar, lo más probable es que lo expulsaran del programa de ilegales, aunque sin provocar ningún escándalo internacional.

Sin embargo, antes de partir hacia Alemania Oriental necesitaba adquirir ciertos conocimientos profesionales. Como la mayoría de los aspirantes a ilegales, tenía un título de una prestigiosa universidad soviética, pero sin un historial académico occidental le sería imposible acceder a un empleo intelectual en el extranjero. Por eso, el KGB preparaba a sus agentes en oficios propios de la «clase trabajadora».

Pasó unas semanas en un taller a las afueras de Kiev aprendiendo a desmontar y montar máquinas de escribir, y luego dedicó un tiempo a adquirir nociones básicas de mecánica en el garaje del KGB. El contraste con sus años de estudio de literatura alemana, lenguas extranjeras, marxismo-leninismo y técnicas de espionaje no podía ser mayor. De pronto, tenía que ensuciarse las manos.

Antes de su despliegue, se presentó en un taller de taxis de la ciudad de Vínnitsa con documentos falsos que acreditaban varios años de experiencia previa, y trabajó allí como mecánico a jornada completa durante tres meses sin que ninguno de sus compañeros

sospechara siquiera que su nuevo colega se estaba formando en el programa más elitista del KGB. Cada martes a las ocho de la tarde se conectaba por radio para recibir instrucciones codificadas, tal como tendría que hacer más adelante en el extranjero, y, a pesar del agotamiento tras una jornada entera de trabajo físico, dedicaba muchas horas a descifrar los mensajes. Los más frustrantes eran aquellos que, tras un largo proceso de decodificación, se limitaban a enviarle buenos deseos. A veces pasaba horas descifrando un mensaje sólo para descubrir que lo felicitaban efusivamente por el cuadragésimo cuarto aniversario de la Revolución de Octubre. En otras ocasiones, sin embargo, recibía órdenes concretas: establecer contactos en la zona o acudir a reuniones personales con un instructor.

También por entonces le presentaron a Serguéi Stekhov, un antiguo jefe del KGB en Vínnitsa —retirado desde 1957— que, durante la guerra, había liderado un grupo de partisanos que operaban tras las líneas enemigas disfrazados de soldados alemanes. Stekhov pasó varias horas contándole anécdotas de su vida en la clandestinidad con la intención de alimentar su orgullo ante la tarea que le esperaba.[12]

Poco después, recibió instrucciones de hacer un viaje de tres días a Tulchin, una población cercana donde se encontraba una base militar soviética, y de recopilar la mayor cantidad posible de información. Mantenerse debajo del radar en un Estado tan obsesionado con la burocracia como la Unión Soviética no era nada fácil. Para empezar, en los hoteles se requería a los huéspedes que se registraran oficialmente con el pasaporte y, después de décadas de fijación con el espionaje, casi nadie se avenía a acoger a un

desconocido sin documentos. Tuvo que valerse de toda su capacidad de seducción y de sus recién adquiridas habilidades de evasión para evitar los ojos vigilantes de la policía local. Se dirigió al mercado y trabó conversación con los tenderos, inventándose una larga historia sobre un aprieto imaginario y, a continuación, ofreciendo dinero a cambio de una cama para pasar la noche. Al final, encontró a alguien dispuesto a alojarlo y, durante los dos días siguientes, pudo dedicarse a averiguar todo lo posible sobre la economía de la ciudad y la base militar de las afueras. Sin embargo, al tercer día la policía local lo detuvo para interrogarlo sobre sus intenciones en Tulchin, e incluso lo amenazaron con acusarlo de espionaje por andar husmeando en instalaciones delicadas. Él habría podido poner fin a todo aquello limitándose a decir que pertenecía al KGB, pero siguió manteniendo su inocencia, incluso cuando el interrogatorio se alargó y se volvió más amenazador. Al final, lo liberaron, y el KGB jamás le reveló que aquello no había sido un arresto real, sino un montaje organizado para comprobar si era capaz de mantener su leyenda bajo presión.[13]

Ésa era sólo una entre la multitud de pruebas que tenía que superar —como todos los ilegales en prácticas—, y que eran constantes y tremendamente variadas. Una vez, cuando sus padres fueron a visitarlo a Kiev durante un fin de semana, el KGB colocó micrófonos en su apartamento para detectar si se le escapaba algo comprometedor. Finalmente más de doscientas páginas de transcripciones manuscritas de conversaciones con sus padres —todas ellas carentes del menor interés— se incorporaron a su informe de entrenamiento. Lo importante era que no había dicho ni

una sola palabra sobre el KGB y que se había ceñido estrictamente a la historia de que trabajaba para un instituto científico de Kiev.[14]

Una tarde, lo informaron de que pasaría las semanas siguientes aprendiendo la leyenda de la nueva identidad que utilizaría en Alemania Oriental: la de Hans Pracht, nacido en marzo de 1936 —dos años antes que él mismo—. Su tarea consistía en memorizar los antecedentes familiares de Pracht, su historia laboral, su entorno cultural, etcétera,[15] además de interiorizar una máxima fundamental: «Nunca seas más listo que tu identidad falsa.» Había pasado años estudiando literatura alemana en la universidad, pero era poco probable que un mecánico estuviera versado en Goethe. Si se ponía a pontificar sobre ese tipo de temas, no haría más que llamar la atención. Debía aprender mucho para asumir el papel de Pracht, pero también debía olvidar mucho.

En la primavera de 1962 viajó en avión de Kiev a Berlín Este, donde le entregaron las llaves de una *konskvartira*. Tuvo apenas unos días para aclimatarse antes de trasladarse a la ciudad de Halle, donde se establecería durante los meses siguientes. Era su primer viaje fuera de la Unión Soviética, de modo que visitó con entusiasmo los principales lugares de interés. Se sentía nervioso tras haber pasado tanto tiempo preparándose para ese momento y, al principio, evitaba toda interacción con los demás, pero poco a poco fue armándose de valor para hablar con la gente: preguntaba por una dirección, hacía pequeñas compras o charlaba sobre cuestiones triviales.

En un momento dado, se animó a entablar conversación con una joven en el tranvía. Le dijo que era de Halle y que estaba de visita en la ciudad y ella se limitó a asentir, en lugar de mirarlo con sospecha o manifestar dudas sobre su acento. Todo su cuerpo se llenó de adrenalina: había superado una prueba menor, pero significativa. Sintió deseos de invitar a la chica a cenar, pero recordó las palabras que le había dicho su primer instructor, Katrich, en Járkov: «no tientes a la suerte». Le dijo *auf Wiedersehen* y se bajó del tranvía.

Después de aclimatarse en Berlín Este, viajó a Magdeburgo y Erfurt, ciudades vinculadas a la leyenda de su nueva identidad, con el propósito de reunir una cantidad convincente de información sobre su supuesto pasado. Finalmente, tal como se había convenido en Kiev, llegó a Halle, una ciudad a orillas del río Saale, no lejos de Leipzig. Alquiló un pequeño apartamento, elegido en función de la calidad de la recepción de radio de onda corta, y consiguió trabajo en un taller de reparaciones de autobuses y otros vehículos municipales instalado en las amplias naves de una antigua fábrica.

Cada día se levantaba poco después de las cinco de la mañana, hacía ejercicio y se iba a trabajar hasta última hora de la tarde. Por la noche se dedicaba a perfeccionar su alemán, leer la prensa local y redactar sus informes. Una vez por semana se reunía con su nuevo curador, Vladímir Nagayev, junto al monumento al residente más ilustre de Halle: el compositor Georg Friedrich Händel, y paseaban juntos mientras comentaban cómo le estaba yendo la vida en Alemania. Durante esos encuentros hablaban sólo en alemán: debían ser discretos, aunque aún no era como trabajar en

Occidente, donde una reunión en persona con un supervisor se reservaría únicamente para una emergencia.[16]

Pocos meses después de su llegada a Halle, Estados Unidos descubrió que los soviéticos habían instalado misiles nucleares en la nueva Cuba comunista, y el pulso entre las grandes superpotencias puso al mundo al borde de una guerra nuclear. Aunque la amenaza inmediata se disipó con rapidez, la retórica de la confrontación se mantuvo. «La Unión Soviética existe en una jungla imperialista poblada de depredadores», afirmó Jrushchov en un congreso del partido celebrado ese octubre en el Kremlin. «Debemos educar a todo nuestro pueblo, a nuestra juventud, en el espíritu del amor a la Patria sin reservas. Debemos tener la capacidad de defenderla sin escatimar esfuerzos y hasta con la propia vida.»[17]

Mientras se celebraba aquel congreso, los soviéticos probaron una bomba termonuclear de nuevo diseño —la llamada «Bomba del Zar»—, que provocó la mayor explosión jamás causada por el ser humano. A él, que por entonces trabajaba en un taller mecánico, aquellas tensiones geopolíticas le parecían muy lejanas, pero suponía que tarde o temprano él mismo acabaría tras las líneas enemigas, cumpliendo un papel importante en la lucha contra los estadounidenses.

Con el paso de los meses iba volviéndose más competente como mecánico y se convencía cada vez más de la conveniencia de la decisión del Centro de asignarle un oficio manual como modo de preservar su tapadera y evitar demasiadas indagaciones. Sus compañeros del taller no estaban para hacerle preguntas sobre su

acento, y mucho menos sobre su pasado. Aun así, de vez en cuando surgía algún momento incómodo. No habían transcurrido ni veinte años desde la derrota de los nazis y, aunque el gobierno de Alemania Oriental había jurado lealtad a Moscú, muchos trabajadores seguían teniendo una relación complicada con el pasado. Uno de sus superiores en el taller, por ejemplo, solía mencionar que su tía había sido violada por soldados del Ejército Rojo al final de la guerra, y añadía que jamás podría hacerse amigo de aquellas «alimañas» rusas, y una vez, durante una ola de frío invernal, uno de los jefes se paró en seco tras notar algo en sus botas.

—Pracht, ¿qué llevas en las botas?

—Es grasa pesada para sellarlas y evitar que entre el frío —le explicó él.

—Nos enseñaron a hacer eso cuando estuve en un campo de prisioneros de la Unión Soviética durante la guerra, pero nunca había visto a nadie hacerlo aquí —exclamó el jefe lanzándole una mirada inquisitiva.

Pasó la semana siguiente con los nervios de punta, aunque el incidente se olvidó muy pronto. Después de todo, ¿quién iba a sospechar que un humilde mecánico de automóviles cubierto de grasa hasta los codos en un taller de provincia era en realidad un espía soviético?

Cada semana debía redactar informes sobre la situación en Alemania del Este o perfiles de las personas con quienes alternaba en el trabajo. En una ocasión, Nagayev le entregó la llave de una *konskvartira* en Leipzig y le encargó que se acercara a estudiantes extranjeros de la ciudad. Por entonces, había muchos estudiantes de

Cuba y de diversos países africanos en Alemania Oriental, y su tarea consistía en ganarse la confianza de algunos y preparar informes sobre los que pudieran interesar al KGB como posibles reclutas.

Un día vio un cartel que anunciaba un baile de estudiantes extranjeros y asistió al evento, que tuvo lugar una noche nevada de diciembre de 1962. Cuando llegó, la mayoría de los invitados estaban borrachos, pero se puso a charlar con un joven keniata serio y sobrio que hablaba apasionadamente de la furia que le provocaba el colonialismo explotador. Era Raila, el hijo de Oginga Odinga, uno de los líderes del partido político que un año más tarde llegaría al gobierno de la Kenia recién independizada.

Raila le contó que había escapado de la Kenia británica hacia Tanzania y, desde allí, había realizado un tortuoso viaje que lo llevó por El Cairo y Túnez hasta llegar a Alemania Oriental, donde estudiaba junto a su hermana Etha. En su informe a Nagayev, Linov lo describió como un joven de gran personalidad. Mientras los otros estudiantes africanos reían y bromeaban, él, con apenas diecisiete años, era serio, disfrutaba disertando sobre el futuro independiente de Kenia y se había ganado claramente el respeto de su nuevo círculo de amigos en Leipzig, formado mayormente por jóvenes de Kenia, Cuba y Ghana.

Si el KGB quería que esa conversación continuara, advirtió Linov, tendría que cambiar de registro y pasar de ser un trabajador en un taller de reparación de automóviles a un reflexivo joven estudiante capaz de debatir sobre cuestiones de teoría marxista con los hijos de las élites políticas anticolonialistas.

Su curador le indicó que hiciera lo necesario para mantenerse cerca del joven africano y, durante las semanas siguientes, se

encontró con él varias veces en la residencia donde vivía; juntos hicieron una excursión, en el gélido frío invernal, al inmenso Monumento a la Batalla de las Naciones de Leipzig.

Luego, sin embargo, llegó el momento de marcharse de Alemania Oriental. Antes de hacerlo, sugirió al Centro que, cuando Odinga fuera un poco mayor, valdría la pena acercársele e intentar vincularlo al KGB, aunque en los archivos no hay constancia de que ese acercamiento llegara a producirse. Odinga llegó a tener una larga carrera en la política keniata, incluyendo el cargo de primer ministro entre 2008 y 2013.[18]

Tiempo después, Nagayev empezó a asignarle misiones que implicaban cruzar al otro lado del muro de Berlín, levantado en agosto de 1961, dos meses después de que una tensa cumbre entre Jrushchov y el presidente Kennedy fracasara en resolver las principales disputas de la Guerra Fría.

Cruzaba de este a oeste y viceversa por la estación de Friedrichstrasse. Le llamaba la atención la variedad de salchichas que se ofrecían en las tiendas de la zona occidental, así como la alta calidad del calzado a la venta, pero la disparidad en los niveles de vida de uno y otro lado no alteraba en lo más mínimo sus convicciones: sabía que el camino hacia el comunismo no iba a ser fácil.

En uno de sus últimos encargos en Alemania del Este, se hizo evidente hasta qué punto habían progresado sus conocimientos lingüísticos. Debía reunirse con Walter Eberhard, un agente alemán que colaboraba con el KGB, y asumir el papel de un espía de

Alemania Occidental que intentaba reclutarlo para la causa capitalista. El KGB hizo creer a Eberhard que el acercamiento era real y le indicó que siguiera el juego. Se trataba de una compleja estratagema para poner a prueba a ambos, lo que le dio al encuentro una atmósfera surrealista: intercambiaban contraseñas, se tanteaban en busca de información y memorizaban cada detalle de su comida en el histórico Thüringer Hof de Leipzig para redactar sus respectivos informes.

Eberhard estaba convencido de que lo había desenmascarado: le parecía que se mostraba demasiado relajado para tratarse de alguien que estaba llevando a cabo un trabajo tan peligroso como intentar reclutarlo para el enemigo, y las anécdotas sobre su vida en Berlín Occidental le sonaban falsas. Su conclusión fue que era un joven operativo de la Stasi haciéndose pasar por occidental. No se había tragado la farsa, pero, en cierto modo, seguía siendo un triunfo para Linov: había demostrado que podía hacerse pasar por un hablante nativo de alemán.

En la primavera de 1963 Nagayev lo informó de que su estancia en Halle había llegado a su fin. Debía viajar a Moscú para recibir nuevas instrucciones de los altos mandos del programa de ilegales. Empaquetó sus escasas pertenencias y partió hacia Berlín, donde devolvió los documentos que lo identificaban como Pracht y recogió unos nuevos para el trayecto hasta Moscú. Viajaba bajo el nombre del camarada Lukyanenko, un abogado del ejército soviético que regresaba a su país tras visitar varias bases militares en Alemania Oriental.

Poco después de que el tren saliera de Berlín Este, se dio cuenta de que había olvidado llevar comida para ese trayecto de dos días

porque se había acostumbrado a los vagones restaurante de los trenes alemanes. Por suerte, en su compartimento viajaba también un piloto siberiano que volvía de una misión de servicio y que no tardó en compartir generosamente su comida y su brandy. Mientras el tren traqueteaba a través de Polonia y entraba en territorio soviético, ambos brindaron por el regreso a la patria.

Ya cerca de Moscú, el piloto le pidió un favor: quería localizar a una chica que vivía en la capital, pero no tenía dónde quedarse y no podía costearse un hotel. Necesitaba su ayuda. Sin embargo, aquello era del todo imposible. Su destino en Moscú era una *konskvartira* del KGB donde debía redactar un informe completo sobre el año que había pasado en el extranjero. Para ganar tiempo, le aseguró al joven piloto que estaría encantado de alojarlo, pero cuando el tren se detuvo en la estación, se escabulló.

Seis décadas después, al recordar aquella anécdota, seguía sintiéndose culpable por haber dejado a aquel piloto en la estacada, aunque no mostraba el menor remordimiento por otras traiciones posteriores que formaban parte de las tareas rutinarias de un agente ilegal. En 1963, sin embargo, todavía no estaba acostumbrado a esa sensación.

Sus entrenadores lo habían advertido de que el engaño y el subterfugio serían la norma en su vida cotidiana, con una única excepción: debía ser siempre honesto con el Centro. La obediencia a los superiores era sacrosanta en el servicio secreto, y especialmente importante para los ilegales, que no podían ser sometidos a una vigilancia activa por parte del servicio de contrainteligencia del KGB durante sus misiones en el extranjero.

La frase «no se puede mentir al Centro» era una especie de mantra que repetía constantemente al evocar sus años de entrenamiento y servicio, aunque mentirle al resto del mundo fuera un requisito inalienable.

El programa de entrenamiento de ilegales era tan prolongado, en parte, porque transformar el lenguaje, los modales y el comportamiento de un ciudadano soviético en los de un occidental resultaba muy complicado. Pero también porque moldear la paradójica constitución psicológica de un agente ilegal era un desafío mayúsculo: debía ser, a la vez, un inconformista escurridizo y virtuoso, y un servidor leal y obediente del Estado soviético.

Una vez en Moscú, le indicaron que acudiera a una *konskvartira* donde se encontró con un grupo de hombres vestidos de paisano sentados alrededor de una mesa con jarras de vodka y platos de fiambres y quesos. No hubo presentaciones formales, pero le quedó claro que aquellos hombres ocupaban cargos importantes en el KGB.

—Ahora que la parte romántica del trabajo ha quedado atrás, ¿está usted listo para una vida entera de esto? Puede marcharse ahora, si lo desea, y no tendrá ningún problema de nuestra parte —le dijo uno de ellos.

Pero él no tenía ninguna reserva: estaba dispuesto a servir.

Todos brindaron por su futuro.

—Hay dos cosas de las que debemos ocuparnos antes de que se vaya —añadió el hombre—. Primero, debe unirse a la fiesta. Y segundo, tenemos que encontrarle una esposa.[19]

13

Conseguir pareja
La búsqueda de una compañera y coilegal

A lo largo de la historia, muchos de los ilegales más exitosos habían conocido a mujeres en el extranjero, se habían casado con ellas y las habían incorporado a su trabajo. Tanto Dmitri Bystrolyotov como Isjak Ajmérov o Iósif Grigulévich se habían enamorado de extranjeras que eran comunistas fervientes. Una vez que les confesaron sus verdaderas identidades, ellas se convirtieron en confidentes leales y compañeras de espionaje.

Sin embargo, en los años sesenta la organización se volvió demasiado paranoica para permitir que un agente ilegal mantuviera un romance serio en el extranjero o le revelara su verdadera identidad a una mujer. Sabían que un romance prolongado podía tener consecuencias desastrosas, como ocurrió a principios de los cincuenta cuando Yevgueni Brik se enamoró y le confesó todo a su novia canadiense.

El Directorio S tomó medidas tras aquel fracaso. Para cuando Linov estaba finalizando su entrenamiento, el KGB ya había empezado a emparejar a ilegales con compañeras durante el período de formación. La idea era incorporar a mujeres que habían sido

investigadas minuciosamente y aprobadas, para que, tras recibir la correspondiente formación, viajaran junto a los operativos al extranjero, donde estarían toda la vida haciéndose pasar por un matrimonio.

Una unidad formada por dos ilegales se proporcionaría apoyo mutuo, lo que podría aliviar un poco la soledad que conllevaba ese tipo de vida. Además, si uno perdía la fe en el proyecto soviético o planeaba desertar, el otro podría impedirlo y llevarlo de vuelta a la URSS antes de que fuera demasiado tarde.

El KGB, cuyos altos cargos estaban ocupados exclusivamente por hombres, suponía que las mujeres ilegales siempre desempeñarían papeles secundarios. En los casos excepcionales en que se reclutaba a mujeres para actuar solas, se las evaluaba con un criterio distinto al que se aplicaba a los hombres. Por ejemplo, en el expediente de Galina Linítskaya, una de las pocas mujeres ilegales que trabajaban por su cuenta, consta la observación de que era «demasiado sexual», algo que no solía considerarse un problema en los hombres que operaban en el terreno.[1]

Los requisitos para ser la esposa de un agente ilegal eran muy estrictos: había que tener facilidad para los idiomas, una personalidad imperturbable y buenos antecedentes familiares. El expediente de Linov revela que la búsqueda de esa novia ideal comenzó apenas llegó a Kiev; es decir, que ya en sus primeros meses de entrenamiento, sus supervisores empezaron a solicitar informes sobre sus ex novias de la época universitaria para evaluar si alguna de ellas podría ser una compañera de espionaje adecuada.

En Járkov se había separado de una chica, Svitlana Kvitka, porque la encontraba demasiado dependiente; sin embargo, sus

entrenadores le sugirieron que volviera a ponerse en contacto con ella para comprobar si la devoción que sentía por él podía canalizarse hacia un trabajo conjunto. Svitlana se mostró encantada por el reencuentro, pero pronto le confesó que su sueño era tener hijos y construir un hogar estable. Quedó claro que no estaba preparada para una vida llena de retos en el extranjero, y la idea se descartó.[2]

Pocos meses después, recordó a Raisa Panchenko, una chica de Kalach que destacaba por su talento para los idiomas. Él sabía que había estudiado inglés y alemán en la Universidad de Vorónezh, y pensó que podría reunir las cualidades necesarias para trabajar en el extranjero, aunque no tenía claro si serían compatibles como pareja, ya que habían pasado quince años desde la última vez que se habían visto.

El KGB entró en acción y localizó a Raisa en una aldea remota de la región de Kémerovo, en plena Siberia, donde trabajaba como profesora de inglés en la escuela local.

Unos agentes con base en Kémerovo los entrevistaron tanto a ella como al director del colegio haciéndose pasar por funcionarios de un ministerio soviético que buscaban traductores de inglés. Averiguaron que Raisa tenía fama de ser una excelente docente, pero que se aburría profundamente en aquel pueblo aislado. También descubrieron que las autoridades escolares la habían amonestado formalmente por vestirse de manera «demasiado elegante».

Apenas un mes después, Raisa emprendió el largo viaje a Kiev convencida de que iba a presentarse a un examen para trabajar como traductora del gobierno. Tal como el KGB esperaba, se había puesto en contacto con su antiguo amigo para contarle la noticia.

Pasaron unos días juntos en Kiev y se llevaron bien: Raisa era tan aguda como él recordaba, y su alemán e inglés eran impecables. Sin embargo, también notó que tendía a la melancolía y que sus estados de ánimo cambiaban con frecuencia. Incluso un viaje en coche de media hora bastaba para que se quejara de mareos o malestar, lo que sugería que no contaba con la resistencia necesaria para soportar una vida clandestina durante largos períodos.

«No es apta para ser espía», escribió en su informe, y Raisa se marchó de Kiev sin llegar a saber nunca el verdadero motivo de su viaje.[3]

Durante los meses que Linov pasó en Halle, el KGB siguió ocupándose del asunto. Se llegó a considerar brevemente a una traductora que trabajaba en la embajada soviética en Túnez, a quien se atribuían las cualificaciones adecuadas, pero al final fue descartada. Luego, en marzo de 1963, poco antes de que tuviera que abandonar Halle y regresar a Kiev, el KGB envió un comunicado a varias jefaturas regionales de Ucrania ordenándoles que remitiesen perfiles de posibles esposas para un prometedor joven oficial del KGB.

«Naturalmente», decía el documento, «las candidatas deben cumplir todos los requisitos exigidos a quienes trabajan con nosotros desde el punto de vista político, moral y profesional. Además, no deben tener más de veinticuatro años, no superar el metro sesenta y cinco de estatura, deben ser atractivas y hablar alemán».

La convocatoria apenas dio resultados, así que el KGB recurrió a Pavel Baikov, uno de los profesores de alemán de Linov antes de su partida a Halle. Baikov había sido un ilegal destinado en Alemania en los años inmediatamente posteriores a la guerra. Allí se enamoró de una mujer local y tuvo un hijo con ella sin autorización del Centro.

Tras caer en desgracia, le ordenaron regresar y fue expulsado del servicio activo. Sin embargo, para mitigar un poco el castigo, le ofrecieron un puesto como docente en la prestigiosa Universidad Shevchenko y le encomendaron la formación individual de nuevos reclutas como Linov. Baikov pasó el resto de su vida preguntándose qué había sido de la mujer que amaba y del hijo al que nunca llegó a conocer.[4]

Baikov no le contó su historia a Linov, pero es probable que su tragedia personal lo hiciera implicarse de forma especial en la búsqueda de una candidata adecuada para él. Le comentó que, entre sus alumnas de tercer curso de Lengua y Literatura Alemanas, había tres jóvenes que quizá cumplieran los requisitos: eran las más avanzadas de la clase y, lo que era aún más importante, ya contaban con la aprobación del KGB.

Lo llevó al aula indicándole de antemano quiénes eran las tres chicas en las que debía fijarse y lo presentó como un amigo recién llegado de Alemania Oriental. Siguió una clase animada con debates distendidos entre los alumnos. Linov reía y bromeaba mientras respondía preguntas sobre todo tipo de temas, desde los clásicos de la literatura alemana hasta las supuestas cualidades del carácter germano.

Casi desde el primer momento, se fijó en una de las tres candidatas: Tamara Kovalenko. Lo atrajeron su aplomo, su seguridad y su figura armoniosa. De pie frente a los alumnos, mientras respondía con soltura, ya había tomado una decisión: quería casarse con ella.

Tamara lo escuchaba con cierta perplejidad, preguntándose por qué aquel supuesto alemán parecía hablar con tanto desprecio de su

propio país. No sabía que Linov acababa de tomar una decisión que haría que su vida se convirtiese en una larga pesadilla.

Como la mayoría de los estudiantes universitarios de 1963, Tamara fue una niña de la guerra. Nació en un pueblo de la región de Járkov en febrero de 1942, cuando la zona estaba ocupada por los alemanes. Su padre, Vasili, había sido reclutado por el NKVD durante los últimos coletazos de las purgas y había abandonado el hogar familiar poco antes del estallido del conflicto armado.

Los nazis enviaron a miles de mujeres al oeste a realizar trabajos esclavos en fábricas alemanas, entre ellas a Anastasia, la tía de Tamara. Si su madre se libró de ese destino fue porque ésta era aún una bebé que no caminaba, pero tuvo que esforzarse mucho para mantenerse lo bastante nutrida y así poder alimentarla.

A principios de 1943, cuando los soviéticos lanzaron un ataque para reconquistar Járkov, comenzaron a correr rumores de que, en el pueblo vecino, los alemanes habían fusilado a toda la población antes de retirarse. Por eso, la madre de Tamara, junto con la abuela y la bisabuela, se refugiaron con la bebé en su sencilla cabaña, muertas de miedo.

En el penetrante frío de la mañana del 3 de febrero, el día en que Tamara cumplía un año, se oyeron ruidos de conmoción desde el exterior. Las mujeres mayores se persignaron, susurrando temibles profecías, y en ese instante Tamara lanzó un gemido desde la cuna.

Entonces se oyeron gritos en un ruso claro y sin acento:

—¿Hay algún alemán aquí?

La madre de Tamara entreabrió la puerta y descubrió a dos apuestos soldados soviéticos con largos abrigos blancos y gorros de piel blancos, montados en elegantes caballos blancos: el Ejército Rojo había recuperado la aldea.

La bisabuela de Tamara cayó al suelo, besó la tierra y la cuna donde estaba Tamara, y gimió:

—¡Esta niña es nuestro ángel de la guarda!

No hay duda de que ese relato de la salvación de una muerte segura fue adornado a lo largo de los años, pero, mientras crecía, a Tamara le contaron la historia tantas veces que se la creyó, y sentía que era prueba de que estaba destinada a hacer grandes cosas al servicio de la patria.

Su padre, Vasili, regresó en 1945. Lo trasladaron a Kórets, en el oeste de Ucrania, y llevó consigo a su familia. Las fuerzas de seguridad soviéticas estaban limpiando los restos del movimiento partisano ucraniano, y no era raro que de noche llegara una llamada a la casa: habían incendiado un granero o atacado un edificio administrativo. Entonces, el padre de Tamara cogía su pistola y desaparecía en la oscuridad.

Era un hombre de disciplina férrea que apenas mostraba sus emociones, no hablaba de su trabajo y jamás reveló nada de lo que hizo durante la guerra. Tamara tenía que dirigirse a él con el trato formal que suele reservarse a los desconocidos, pero se sentía orgullosa de su padre y de la importante y secreta tarea que desempeñaba.

Su profesora de alemán solía entretener a los niños con anécdotas sobre agentes ilegales que habían operado de incógnito, haciéndose pasar por nazis en misiones de asesinato tras las líneas enemigas.

Esas historias inspiraron a Tamara a esforzarse en sus estudios de alemán, a pesar de ser la lengua del enemigo que había destrozado su infancia. Se convirtió en una adolescente aplicada que soñaba con hazañas patrióticas, en parte para ayudar a la gran patria soviética y en parte para impresionar a su malhumorado padre.

Se graduó del instituto con la medalla de oro reservada a los mejores alumnos y, en otoño de 1960, se trasladó a Kiev para estudiar alemán en la universidad. Vivía en una residencia en las afueras de la ciudad donde compartía habitación con otras tres jóvenes y se esforzaba mucho en sus estudios.

El único lujo que se permitía era ir al cine de la plaza Lev Tolstói, colina abajo desde la universidad, donde veía alguna película por la mañana antes de dirigirse a la biblioteca, donde pasaba el resto del día.

Aparte de eso, casi nunca socializaba y rechazaba la atención masculina, preocupada por que la distrajera de sus estudios.

El día que Linov acudió al aula universitaria haciéndose pasar por alemán, Tamara no sintió una atracción especial por él. Sin duda, guardaba tanto rencor hacia los alemanes como la mayoría de los soviéticos de su generación, pero, como hemos dicho, le resultaba extraño que él hablara con tanto desprecio de sus propios compatriotas.

Al acabar la clase, se le acercó y le expresó su desagrado y, para su sorpresa, él le pidió una cita. Ella se ruborizó, se puso nerviosa y salió apresuradamente.

Unos días más tarde, Linov volvió a aparecer en los pasillos de la facultad y le suplicó que le diera la oportunidad de caerle bien. Le propuso salir a cenar o hacer una excursión de un día a las playas

arenosas del río, en las afueras de la ciudad. Ella, educada pero fría, le respondió sin dejar lugar a dudas que no estaba interesada.

No mucho después, un hombre bien vestido se le acercó y le preguntó amablemente si podía robarle un minuto. «Represento a la organización en la que trabajó su padre», le dijo en voz baja. Luego, le pidió que ese sábado por la tarde acudiera al monumento a Lenin, en el centro de Kiev, para hablar sobre una posible colaboración.

Ella acudió a la hora acordada, pero al llegar se llevó una enorme sorpresa: allí, junto al agente del KGB, estaba el mismo alemán irritante cuyos avances ella había rechazado.

—Hola, Tamara Vasilievna —dijo el alemán, dirigiéndose a ella por su patronímico como muestra de respeto y hablando en ruso, de repente, como un nativo—. Me llamo Yuri Linov.

Tras esa presentación, el hombre del KGB se retiró y, cuando se quedaron a solas, empezaron a charlar animadamente sobre la literatura y la historia de Alemania. Ella fue ablandándose poco a poco al darse cuenta de que él era inteligente y estaba involucrado en una misión importante en el extranjero, pero aún no comprendía qué sentido podía tener aquella cita.

Le aclaró que no era el tipo de chica que mantenía relaciones antes del matrimonio, a lo que él respondió que estaba dispuesto a casarse con ella de inmediato.

Ella se sintió aún más confundida.

—Usted no entiende lo mucho que me gusta estudiar. Quiero conseguir un grado superior en mis estudios. Estoy muy lejos de pensar en el matrimonio y en tener hijos —respondió.

Linov informó de las malas noticias a sus supervisores y éstos, una vez más, intervinieron en su favor. Citaron a Tamara y le explicaron

que había una misión de espionaje para la que necesitaban contar con su colaboración: unos alemanes sospechosos habían llegado a la Unión Soviética haciéndose pasar por turistas. Planeaban realizar un crucero de varios días por el río Dniéper, desde Kiev hasta Jersón, a cientos de kilómetros río abajo, y el trabajo de Linov consistía en vigilarlos, ganarse su confianza y averiguar si era posible que revelaran sus planes potencialmente subversivos. Querían saber si ella estaba dispuesta a acompañarlo en esa importante misión como su coagente. Por supuesto, ella sentía desconfianza, pero ¿cómo iba a negarse a ayudar a proteger al Estado soviético?

Sin embargo, poco después de que el barco zarpara del puerto fluvial de Kiev se dio cuenta de que la misión era una farsa. El KGB le había proporcionado a Linov un pasaporte con el apellido de ella, Kovalenko, y se suponía que ambos debían representar el papel de una pareja de esposos y compartir el mismo —apretado— camarote. Además, no tardó en volverse obvio que sólo había veraneantes soviéticos a bordo.

Linov se presentó en el camarote la primera noche con una botella de vino e intentó seducirla, pero ella lo rechazó furiosamente y él, avergonzado y ofendido, pasó el resto de la velada jugando al ajedrez con otros pasajeros. Para cuando el KGB mandó a uno de sus operativos a hacer el papel del «objetivo» alemán, después de que el barco atracara en Jersón, la pareja apenas se dirigía la palabra.[5]

No obstante, años de entrenamiento como ilegal habían convertido a Linov en un hombre paciente y tenaz, y la resistencia de Tamara sólo reforzó su empeño por cortejarla. Juró que no se rendiría hasta que ella accediera a casarse con él. Superada la vergüenza por la farsa del crucero, Tamara aceptó volver a verlo y, a

medida que se fue haciendo evidente que su pretendiente formaba parte de un programa elitista de espionaje al servicio de la madre patria, su resistencia comenzó a suavizarse. Pasaban horas enteras charlando y él la llevaba de excursión en su Pobeda marrón claro, un lujo impensable para la mayoría de los jóvenes soviéticos de veintitantos años. Empezaron a verse con regularidad y, finalmente, ella aceptó convertirse en su esposa.

A cambio, el KGB le asignó un apartamento de dos habitaciones en el centro de Kiev, justo en la colina al final de Jreshchátyk, lo que suponía una mejora respecto a la descuidada residencia universitaria en las afueras y un privilegio notable en una época en la que muchas familias seguían compartiendo habitación. Linov vivía en otro apartamento de dos habitaciones a corta distancia, en la calle Khalturina, cerca del gimnasio de boxeo al que acudía varias veces por semana para mantenerse en forma.

Eso sí, una vez aceptada la propuesta de matrimonio, ella tuvo que superar una serie de pruebas. Primero, un chequeo médico en la clínica del KGB en Kiev. Se puso muy nerviosa mientras los médicos le revisaban la vista y la sometían a todo tipo de exámenes. Le detectaron una arritmia cardíaca, pero ella aseguró que sólo se debía a los nervios y a que había dormido mal. Al final fue declarada clínicamente apta. Después viajó a Moscú y, en una anodina *konskvartira*, se sometió a un interrogatorio por parte de los jefes del Directorio S. Ninguno de ellos le aclaró bien lo que se esperaba de ella; en lugar de eso, se trató de una sesión en la que varios hombres le lanzaban preguntas y evaluaban sus respuestas.

Después de un rato, uno de los hombres emitió su veredicto:

—No eres muy alegre, pero supongo que la alegría de él bastará para los dos —dijo dando luz verde a regañadientes para que el matrimonio siguiera adelante y ella pudiera comenzar su entrenamiento.

Linov y Tamara se casaron en el registro civil de la calle Volodymyrska, no lejos del imponente edificio que albergaba el cuartel general del KGB en Kiev. A Linov le agradaba el simbolismo, aunque jamás había puesto un pie en ese edificio. La fecha, el 20 de diciembre de 1963, coincidía con el XLIII aniversario de la fundación del INO, el primer servicio soviético de inteligencia exterior. Tamara llevaba una elegante blusa a rayas que él le había comprado en Alemania Oriental. Los entrenadores de Linov actuaron como testigos; no asistió ningún familiar. Tras la ceremonia, los recién casados comieron bombones y bebieron vino espumoso dulce, antes de regresar a pie a casa en el gélido clima de diciembre.

Tamara se mudó al apartamento de Linov y, casi de inmediato, quedó embarazada. Si la pareja hubiera concebido después de haberse trasladado al extranjero, su hijo habría podido tener un certificado de nacimiento occidental genuino y convertirse en un elemento útil dentro de su falsa identidad. Pero Tamara aún no estaba preparada para el despliegue, y un niño nacido en la Unión Soviética sería un estorbo difícil de justificar dentro del marco de una identidad ilegal.

Ella, sin embargo, no entendía por qué todos parecían profundamente disgustados con la noticia del embarazo: nadie le había explicado lo que en realidad implicaba ser la esposa de un

agente ilegal, como tampoco se lo habían aclarado a Linov cuando lo reclutaron. Ella se había imaginado esperándolo en casa mientras él viajaba al extranjero con distintas identidades. Pensaba continuar sus estudios e incluso hacer un doctorado, como había planeado. Pero la realidad estaba resultando ser muy distinta.

El KGB llegó a un acuerdo con su universidad para que Tamara completara los dos últimos años de su carrera en uno solo, mientras iniciaba su formación para la vida en el extranjero. El 24 de septiembre de 1964 dio a luz a una niña a la que llamó Natalia. Para entonces, Linov ya había partido en su primera misión al mundo capitalista. Tamara se quedó sola con la niña mientras proseguía con su entrenamiento.

Estaba previsto que en el futuro, cuando salieran juntos al extranjero, Linov asumiera la mayor parte de las tareas de espionaje, pero ella debía perfeccionar su alemán hasta hacerlo indistinguible del de una hablante nativa. También tuvo que aprender a decodificar transmisiones de radio, la tarea más exigente y laboriosa para un agente ilegal desplegado en territorio enemigo.

Poco después de que Natalia cumpliera un año, el KGB informó a Tamara de que había llegado el momento de trasladarse a Alemania Oriental para realizar el mismo año de prácticas que Linov había hecho anteriormente. La identidad que le habían preparado era la de Kristina Ackerman, una ciudadana soviética de origen alemán que se había enamorado de un estudiante germano durante la estancia de éste en la URSS y lo había seguido hasta su país, donde la relación había fracasado. Tamara tendría un año para perfeccionar su alemán hasta un nivel que les permitiera a ella y a Linov trasladarse juntos a Occidente.

Sin embargo, sus supervisores la informaron de que no podía llevar a su hija consigo a la misión: Natalia, que ya comenzaba a balbucear algunas palabras en ruso, suponía un riesgo. A ella la decisión le parecía extraña; después de todo, Kristina Ackerman era una ciudadana soviética de origen alemán, y no habría sido raro que su hija pronunciara de vez en cuando alguna palabra eslava. Pero las órdenes del KGB no se discutían, y tuvo que dejar a Natalia al cuidado de sus padres.

Pasaría aquel año en la ciudad de Érfurt, donde el KGB le consiguió un empleo como contable. Admiraba el orden y la meticulosidad de la sociedad alemana, pero la situación le resultaba desgarradora: llevaba la mayor parte de los dos últimos años separada de su marido y ahora la habían separado también de su hija. Durante el día, sellaba documentos de contabilidad; era un trabajo mecánico y carente de sentido en un entorno ajeno. Por las noches, lloraba hasta quedarse dormida.

Linov sentía compasión por Tamara, pero hacía tiempo que había aprendido que trabajar para el KGB implicaba subordinar los deseos personales al bien de la organización. Tamara debía aprender a hacer lo mismo. En el fondo, él albergaba dudas sobre su carácter: la veía demasiado emocional, demasiado vulnerable para una vida clandestina. Se deshacía en lágrimas ante la sola idea de separarse de su hija. ¿Habría cometido un error al elegirla? Confiaba en que el riguroso entrenamiento en Kiev y su estancia en Érfurt acabarían por endurecerla.

Por el momento, él tenía asuntos más urgentes en los que concentrarse. Poco antes de que Tamara diera a luz a Natalia, el KGB le había comunicado que su nueva identidad occidental —bajo la

cual desarrollaría toda su carrera como agente ilegal— estaba finalmente lista. Habían pasado casi cinco años desde que había prestado juramento de cooperación en Járkov y al fin había llegado el momento de entrar en acción.

14

Infiltración
La penetración en Occidente

Los tiempos en los que los agentes ilegales podían cambiar de pasaporte cada semana y cruzar sin problemas las fronteras europeas habían quedado muy atrás. Crear una identidad falsa para un ilegal podía llevar meses, incluso años, y requería el trabajo de decenas de empleados del Directorio S.

Existían dos tipos principales de identidades falsas. La primera era la del llamado «doble vivo», en la que el ilegal asumía la identidad de una persona real, normalmente alguien que hubiera emigrado de Occidente al bloque socialista.

La otra opción era un «doble muerto», más lenta de preparar, pero también más segura una vez creada. Funcionarios de la línea N en embajadas soviéticas de todo el mundo dedicaban miles de horas a revisar periódicos, archivos e incluso cementerios en busca de personas fallecidas en la infancia. Si no tenían familiares vivos, se las podía «resucitar».

El ilegal solicitaba entonces un duplicado del certificado de nacimiento e ideaba una leyenda que justificara su paradero durante todos esos años.

El expediente del KGB sugiere que los superiores de Linov evaluaron y descartaron varias identidades posibles, tanto de personas vivas como fallecidas, hasta dar con una opción viable: Karl-Bernd Motl, nacido en 1943 en Chemnitz. Esa ciudad, rebautizada como Karl-Marx-Stadt, había pasado a formar parte de la Alemania Oriental, pero el padre de Motl era austriaco, lo que le daba derecho a obtener la ciudadanía de ese país.

A Linov le dijeron que se trataba de un doble muerto, pero un documento conservado en un archivo alemán demuestra que el verdadero Motl seguía vivo: el KGB simplemente le robó la identidad sin informarle, y lo mantuvo bajo vigilancia mediante agentes destinados en Alemania Oriental para asegurarse de que no intentara viajar a Occidente.

Más adelante, el Directorio S desplegó a dos ilegales soviéticos en Alemania Oriental, camuflados como ciudadanos locales, con la tarea de vigilar discretamente a personas como Motl, cuyas identidades habían sido robadas.

Linov nunca llegó a saber que Motl seguía con vida.[1]

Yuri Linov había nacido en 1938, cinco años antes que Karl-Bernd Motl, pero se consideró que su aspecto era lo bastante juvenil como para no despertar sospechas. El KGB le ayudó a obtener un duplicado del certificado de nacimiento de Motl a través de las autoridades de Alemania Oriental, y redactó varias cartas dirigidas a Viena en las que «Motl» solicitaba permiso para emigrar y recuperar la ciudadanía de su padre. Las cartas se enviaron desde Karl-Marx-Stadt.

Mientras esperaba la llegada de los documentos, Linov leía periódicos austriacos y estudiaba con detalle una colección de libros

escolares del país adquiridos por la residencia del KGB. Poco a poco fue avanzando desde el nivel más básico hasta el final del instituto, empapándose de los conocimientos que habría adquirido un austriaco real en su paso por la escuela.

En una *konskvartira* de Kiev, y acompañado por su curador, elaboró un diagrama dividido en dos columnas: en la izquierda estaban los datos biográficos del verdadero Motl; en la derecha, los viajes que él pensaba realizar para visitar los escenarios de ese pasado inventado que daría credibilidad a su historia.

A principios de 1964 recibió una respuesta positiva por parte de las autoridades austriacas, y unas semanas después cruzó la frontera entre Berlín Oriental y Occidental con la carta de confirmación en la mano. Recogió su pasaporte nuevo sin que nadie en el consulado austriaco le hiciera una sola pregunta. Después, partió rumbo a Viena.

Para el KGB, Austria representaba una base especialmente prometedora: su legislación no contemplaba penas severas por espionaje, varias organizaciones internacionales tenían su sede en Viena y los austriacos tendían a ser discretos. Para los oficiales del servicio de seguridad soviético destinados bajo cobertura diplomática, la ciudad era un lugar ideal desde el que reclutar a alemanes occidentales y estadounidenses de paso.[2]

Austria se convirtió también en el destino preferido para forjar las historias de los ilegales germanoparlantes. En una ocasión, un ilegal recién llegado que trabajaba en Graz envió una nota al Centro informando de que había detectado a una persona sospechosa en su lugar de trabajo. Cuando distintos supervisores cruzaron la información, descubrieron lo que había pasado: el ilegal se había

encontrado, sin saberlo, con otro colega ilegal en prácticas que, por pura casualidad, había conseguido empleo en la misma empresa.[3]

El plan del KGB era que Yuri se estableciera en Viena. Tamara se reuniría con él en cuanto estuviera preparada. La pareja fingiría un encuentro casual, comenzarían a salir durante un tiempo y acabarían casándose en Austria bajo sus identidades falsas. Más adelante, se trasladarían a Estados Unidos como un matrimonio austriaco.

Los años de la biografía de Motl vinculados a Alemania Oriental no se mencionarían jamás, y nadie sospecharía que aquella encantadora pareja de austriacos tenía conexiones con el mundo socialista.

En 1964 Linov estaba entre la decena de nuevos ilegales recién formados que habían superado el exigente proceso de preparación sin presentar deficiencias lingüísticas, psicológicas ni políticas que pudieran comprometer su misión.[4]

A esas alturas, el KGB ya contaba con un centenar de operativos ilegales entrenados, bien en Moscú, a la espera de ser desplegados, o bien destinados en distintos puntos del mundo. En Buenos Aires, una pareja argentino-alemana regentaba un pequeño restaurante donde servían vino y empanadas; en Ciudad de México, otra pareja ofrecía servicios de reparación de joyas; en Casablanca, un brasileño dirigía una librería, y en una capital de África oriental, una pareja suiza tenía un salón de belleza. Una pareja iraní, que había vivido en la India, el Líbano y Etiopía, se encontraba de gira por Francia e Italia.[5]

Todos ellos eran operativos ilegales del KGB. A la mayoría se los había enviado al extranjero con la misión de establecer contactos estadounidenses y explorar vías para trasladarse a Estados Unidos,

país al que los documentos internos del KGB se referían ya como el *Glavny Protivnik*: el Principal Enemigo.[6]

Linov sabía que el KGB esperaba lo mismo de él. Pero antes debía consolidar su identidad falsa en Europa.

Bajo la identidad recién adquirida del ciudadano austriaco Karl-Bernd Motl, Linov se instaló en un apartamento de Floridsdorf, al norte de Viena. Consiguió trabajo en un gran taller de reparación de automóviles y cada mañana tomaba el S-Bahn para llegar al taller, donde pasaba largas horas ajustando piezas bajo el chasis de los coches.

Con la intención de ascender socialmente, empezó a asistir a clases nocturnas de contabilidad. Poco después, vio en el periódico el anuncio de una empresa que buscaba agentes de seguros autónomos y consiguió que lo contrataran a comisión. Así, comenzó a vender seguros de vida a todo aquel que se cruzara, aprovechando para hacer preguntas indiscretas sin despertar sospechas.

También se apuntó a un club local de ajedrez, donde hizo amistad con varios jugadores. Su contacto más interesante era Bert Berkensträter, un redactor publicitario alemán que vivía en la ciudad con su esposa y cuyo apartamento empezó a frecuentar con regularidad.

En su informe sobre este nuevo amigo, lo describió como pacifista y experimentador sexual, y sugirió que sería fácil reclutarlo para la causa soviética. Como era habitual en los informes que enviaban los ilegales, nunca llegó a saber si el Centro siguió su recomendación.

Cada semana recibía por radio un mensaje codificado del Centro, a menudo con instrucciones sin importancia, pero a veces con noticias de su familia o del país. Uno de los de septiembre de 1964 decía:

FELICITACIONES POR EL NACIMIENTO DE SU HIJA.

MADRE E HIJA ESTÁN BIEN.

Unas semanas más tarde, llegó otro mensaje dirigido a todos los ilegales en el extranjero:

EL KGB RESPALDA PLENAMENTE LA DECISIÓN DEL POLITBURÓ DE CESAR A N. S. JRUSHCHOV COMO PRIMER SECRETARIO DEL COMITÉ CENTRAL DEL PARTIDO COMUNISTA Y PRESIDENTE DEL CONSEJO DE MINISTROS DE LA URSS.

La élite política soviética se había hartado de Jrushchov, al que consideraban grosero, impredecible y con delirios de grandeza. Al final lo apartaron del poder. Los tiempos habían cambiado desde la muerte de Stalin: en lugar de ser encarcelado o ejecutado, a Jrushchov se le permitió retirarse y vivir una jubilación relativamente tranquila. El Politburó eligió como sucesor a Leonid Brézhnev, cuya voz ronca y actitud de tipo duro transmitían —según pensaba Linov — la imagen de una mano firme al timón.

Linov sólo podía recibir transmisiones por radio. Para enviar mensajes al Centro, utilizaba un método denominado «buzón vivo». Primero redactaba una carta aparentemente inocente firmada por un

nombre ficticio y después le superponía el mensaje real escrito con tinta invisible y la enviaba a una de varias direcciones encubiertas, pertenecientes a contactos fiables del KGB reclutados para hacer de intermediarios en distintas capitales europeas. Tras recibir la carta, el destinatario la entregaba a un oficial del Directorio S, que a su vez la remitía al Centro, donde el mensaje se revelaba con una solución química.[7] Este proceso podía durar un mes o más.

Si el Centro necesitaba enviarle materiales o dinero en efectivo a un ilegal, o si éste tenía un mensaje demasiado urgente para enviarlo por carta, recurría al «buzón muerto»; una técnica que muchas agencias de inteligencia siguen usando hoy en día cuando un encuentro cara a cara resulta demasiado arriesgado.

Estos «buzones» podían ser simples árboles, ladrillos sueltos o farolas donde se ocultaban mensajes o paquetes. Los oficiales de la Línea N, destinados en las embajadas soviéticas, pasaban largas jornadas recorriendo las calles en busca de lugares adecuados para usarlos como puntos de entrega clandestinos. Los futuros ilegales debían memorizar la ubicación exacta de estos escondites durante su entrenamiento, lo que les llevaba muchas horas de dedicación.

Por ejemplo, uno de los buzones muertos en Londres estaba oculto dentro de una iglesia católica en Knightsbridge, justo detrás de una reproducción de *La Piedad* de Miguel Ángel.[8]

A Linov le dieron libertad para ser creativo al elegir sus propios puntos de entrega en Viena. «Basta ya de baños públicos: a estas alturas, la mitad de los baños públicos de Europa son buzones muertos nuestros», le dijo un supervisor medio en broma, medio en serio.

Lo cierto es que resultaba sorprendentemente complicado encontrar un lugar accesible sin que nadie se diera cuenta y donde no hubiera perros o niños que pudieran descubrir o mover el envío. Sólo después de muchas horas de búsqueda, Linov dio con el lugar ideal: unos escalones de hormigón con un hueco debajo en el parque Prater.

Para avisar de que estaba listo para hacer una entrega, dejaba una marca de tiza en una farola justo delante del parque. Más tarde, un oficial de la Línea N pasaba en coche durante una ronda rutinaria y, si veía la señal, sabía que la entrega sería al día siguiente.

Una hora antes del momento acordado, y tras asegurarse durante horas de que no lo estaban siguiendo, el oficial dejaba discretamente una marca de tiza azul claro en un banco en otra zona del parque, señal de que estaba preparado para recibir el envío.

Después de dar vueltas por la ciudad para perder a posibles vigilantes, Linov dejaba la carta —arrugada y oculta en un viejo paquete de cigarrillos— en el escondite. Luego volvía a la farola donde había dejado la marca inicial y la borraba, indicando que había realizado la entrega.

Poco después, el oficial paseaba por el parque. Aunque alguien lo vigilara, sus observadores sólo lo verían detenerse junto a unos escalones para atarse los cordones. Sin embargo, con un leve gesto, sacaba el paquete de cigarrillos escondido y se lo guardaba en el bolsillo para luego seguir su camino. Al salir, se tomaba un breve descanso en un banco y, al levantarse, borraba la marca de tiza.

Si, cuando Linov revisaba la farola, la señal seguía ahí, era porque algo había fallado. En ese caso, recuperaba el envío y repetía todo el proceso en una nueva fecha acordada previamente.

Así era la vida de un ilegal: encuentros fugaces y meticulosamente orquestados a miles de kilómetros de Moscú para evitar cualquier contacto directo entre el operativo y su agente de apoyo.[9]

Después de un año en Viena, el supuesto Karl-Bernd Motl recibió la convocatoria para cumplir con el servicio obligatorio en el ejército austriaco. Linov informó al Centro y pidió instrucciones. Él pensaba que cumplir los nueve meses de servicio reforzaría su identidad falsa, pero el Centro lo llamó a Moscú. La nueva directriz era mantener a los ilegales en el país de origen de su leyenda el menor tiempo posible, y nueve meses de servicio implicarían un escrutinio demasiado exhaustivo que ya no era necesario, pues Linov contaba con un pasaporte auténtico. Les explicó a sus amigos en Viena que se libraba del servicio por motivos pacifistas y regresó a Moscú. Allí le asignaron un nuevo destino: Dublín. Su misión era buscar contactos interesantes, sobre todo estadounidenses, y esperar a que Tamara terminara su entrenamiento.

Por tercera vez —tras su paso por Halle y Viena—tenía que empezar de cero en un entorno completamente nuevo. Alquiló una habitación en una pensión grande de Howth Road, cerca del barrio de Killester, y comenzó a buscar trabajo. Se registró en la embajada austriaca como residente consular y se inscribió en el departamento de extranjería de la policía irlandesa. Pronto empezó a hacerse conocer como Bernie Motl.

Probó suerte como aprendiz de carnicero durante un par de semanas, pero no encajó. En su lugar, se lanzó a idear proyectos empresariales. Recordó el caso de John Glenn, el astronauta que en

1964 había dejado la NASA para probar suerte en política, pero que tuvo que abandonar la carrera por el Senado de Ohio tras sufrir una caída en la bañera que le provocó una lesión en la cabeza. Entonces se le encendió una bombilla.

Encontró un proveedor de alfombrillas antideslizantes para baño e importó un lote de cien unidades que empezó a vender puerta a puerta en los suburbios de Dublín y luego por todo el país. Había perfeccionado un discurso de ventas que comenzaba con la historia de Glenn y terminaba en conversaciones distendidas sobre la vida, el amor y la política. Vendió todas las alfombrillas en poco tiempo y encargó otra remesa.

Poco después se le ocurrió otra idea, al fijarse en el auge de la venta de televisores en Irlanda.[10] Había leído en una revista un artículo sobre una pantalla amplificadora de fabricación japonesa, diseñada para colocarse delante de televisores pequeños y agrandar la imagen. Contactó con un agente de exportación y, en cuanto llegaron los dispositivos, volvió a lanzarse a la carretera para tratar de convencer a la gente de sus ventajas. Aquel agente secreto soviético estaba demostrando ser, además, un empresario sorprendentemente creativo.

Las alfombrillas de baño y las pantallas japonesas eran trucos ingeniosos que le servían para entablar conversación con gente de toda la isla, pero no estaba claro con qué propósito. Lo habitual en el trabajo de un espía es buscar maneras de sonsacar información relevante a objetivos reacios; en cambio, en Irlanda, Yuri se enfrentaba al problema opuesto. La mayoría de las personas con las que hablaba estaban encantadas de contarle su vida entera, a veces

durante horas. Pero nada de aquello parecía tener el menor interés para el KGB.

En una ocasión, le ordenaron viajar a Enniskillen, en el norte, y redactar un informe sobre las tensiones latentes entre católicos y protestantes que más tarde desembocarían en los *Troubles*, el conflicto armado en Irlanda del Norte. Hizo la excursión acompañado de dos amigos irlandeses y visitaron bares republicanos de ambiente cargado, donde el resentimiento hacia el ejército británico y la población unionista protestante era palpable. En su informe al Centro, aseguró que podría cultivar contactos útiles para futuras operaciones contra el Reino Unido. La respuesta llegó por radio y fue tajante: no debía volver al norte.

Más adelante, hizo otro informe sobre unos nacionalistas de línea dura que había conocido en el gimnasio de boxeo al que asistía varias veces por semana y el Centro volvió a ser claro: debía evitar cualquier relación con ellos. La misión que acabaría llevándolo a Estados Unidos era demasiado valiosa como para ponerla en riesgo atrayendo la atención de la policía por actividades subversivas.

Tuvo que buscar formas de pasar el tiempo. Aprovechó las clases gratuitas de francés que ofrecía la embajada francesa e incluso intentó aprender gaélico. Al final de la tarde solía boxear o jugar al ajedrez en el Club de Ajedrez de Dublín. A veces invitaba a jugar a estudiantes con los que luego se quedaba charlando. Uno de ellos —localizado décadas después durante la investigación para este libro— aún lo recordaba como «un tipo agradable y un ajedrecista fascinante» que, sin explicación, desapareció de un día para otro.[11]

Después de cada partida, era habitual que se fuera a un pub a beber y coquetear con mujeres. Estaba obligado a informar al Centro

sobre sus aventuras amorosas y tenía instrucciones estrictas de no establecer vínculos emocionales con ninguna mujer local, pero, según él, las mujeres de la Irlanda católica eran tan insistentes que mantenerlas a distancia se volvía una tarea imposible. Tenía cartas secretas que redactar y un horario de transmisiones de radio que respetar y no podía permitirse que hubiera gente rondando por su casa.

A veces se entristecía al pensar en Tamara y en la hija que aún no conocía, y se preguntaba cómo era posible justificar una separación tan larga por una misión como la suya en Irlanda. Sin embargo, encontraba consuelo en la idea de que, en cierto modo, era un embajador no oficial de la gran nación soviética. En aquella época, Irlanda aún no mantenía relaciones diplomáticas con la URSS, así que Bernie Motl —el austriaco que vendía alfombrillas de baño— era, de facto, lo más cercano a un representante de Moscú en suelo irlandés, aunque nadie en Irlanda lo supiera.

Una noche del verano de 1966 recibió la orden de prepararse para una reunión en Londres. Viajó en barco hasta Liverpool —asombrado por la falta de controles de seguridad, pese a la creciente tensión en Irlanda del Norte— y desde allí tomó un tren hasta la capital inglesa. La moneda británica lo desconcertó: no lograba entender cuántos chelines había en una libra ni cuántos peniques en un chelín, y cometía errores constantemente. Pero no importaba. Después de todo, Bernie Motl tenía tanto derecho como Yuri Linov a perderse entre las pintorescas complicaciones del sistema inglés.

El Mundial de Fútbol de 1966 estaba llegando a su fin, y la selección soviética había derrotado a Italia, Chile, Corea del Norte y Hungría en su camino a las semifinales. Su cita estaba programada para pocos días antes del gran partido, en un lugar no muy lejos del estadio de Wembley, sede del torneo. A la hora acordada, un desconocido vestido de traje se le acercó y lo saludó en ruso. Era un agente enviado desde Moscú, probablemente bajo la tapadera de funcionario de la delegación soviética de fútbol. Le entregó una bolsa con dinero, le transmitió algunos saludos afectuosos y le informó de que su esposa estaría lista para reunirse con él muy pronto. Conversaron durante unos treinta minutos y luego el hombre se despidió.

Decidió comprar una entrada para el partido por el tercer puesto en Wembley, donde la selección soviética se enfrentaría a Portugal. El encuentro fue muy reñido, pero él se cuidó de no mostrar entusiasmo cuando los soviéticos marcaron. Finalmente perdieron 2 a 1, con dos goles del legendario Eusébio. Dos noches más tarde, Inglaterra ganó la copa derrotando a Alemania Occidental 4 a 2 ante casi 97.000 espectadores. Millones de londinenses salieron a celebrar: en Trafalgar Square, la gente bailaba en las fuentes. Se organizó un banquete para celebrar el triunfo, al que asistieron las delegaciones de Alemania Occidental, Portugal y la Unión Soviética. Tal vez entre los invitados estaba también el agente que se había reunido con él.[12]

Un año después Linov empaquetó su vida en Dublín —que cabía en un par de maletas— y se trasladó a Bruselas, donde con fecha

reciente se había instalado la sede principal de la OTAN, tras abandonar las afueras de París. El Centro quería contar con ilegales en la ciudad para identificar a posibles objetivos, así que recibió órdenes de pasar unas semanas explorándola antes de reunirse con Tamara en Viena.

Tras una semana en la ciudad, la alarma interna que había afinado durante años de entrenamiento empezó a sonar. No podía asegurarlo, pero sospechaba que lo estaban siguiendo. Un hombre al que había visto unos minutos antes parecía pisarle los talones y, al darse la vuelta, creyó ver que esbozaba una sonrisa. El pulso se le aceleró, pero recordó lo aprendido: siguió caminando con naturalidad, se mezcló con la multitud y usó los reflejos de los escaparates para vigilar discretamente lo que ocurría a sus espaldas.

En efecto, minutos después volvió a divisar la silueta del hombre. Para calmarse, entró en una cafetería, se sentó y pidió un café. Pero, para su horror, el individuo también entró y se acomodó en una mesa cercana. Que fuera tan descarado era una pésima señal: un perseguidor que no teme ser descubierto sólo puede significar una cosa: una detención inminente. ¿Lo habría delatado algún desertor?

Se levantó con cautela sin mirar hacia la mesa vecina y se dirigió al baño de hombres con la cabeza llena de imágenes de interrogatorios inminentes. Notó que su perseguidor lo seguía y, ya delante de los lavabos, se dio la vuelta para enfrentarlo, preparado para que el otro lo redujera, lo tirara al suelo y le pusiera unas esposas. Pero en lugar de eso, el hombre esbozó una sonrisa y señaló con la mirada uno de los cubículos.

— *T'es là pour la même chose, hein?* («Estás aquí por lo mismo, ¿no?») —preguntó.

Él se quedó paralizado un instante, desconcertado, pero luego comprendió lo que pasaba: no era un arresto, sino una propuesta. Aliviado, aunque también incómodo, espetó un «*non, non*», le propinó al otro un puñetazo en el riñón, lo empujó, salió corriendo del baño y no se detuvo hasta alcanzar la calle. El incidente lo dejó inquieto: era evidente que había confundido unas miradas furtivas con una señal de reconocimiento conspirativo.

Su malestar no hizo más que intensificarse cuando llegó a Viena Kristina Stolz, nombre con el que a partir de entonces se conocería a su esposa Tamara. Era su primera incursión en el mundo capitalista y se suponía que se trataba de una enfermera divorciada, originaria de Alemania Occidental, que se tomaba unas vacaciones para visitar a su amante Karl-Bernd.

El reencuentro, aunque enmascarado tras sus nuevas identidades, debería haber sido un momento de alegría tras los arduos años de separación, pero estaba claro que a Tamara le costaba soportar la carga psicológica que la vida les había impuesto. Linov había planeado presentarla a algunos amigos vieneses, pero dudaba de que su falsa identidad resistiera. La encontró más nerviosa e ingenua de lo que recordaba.

Ella poseía un talento genuino a la hora interpretar mensajes de radio, y era capaz de transcribir y decodificar grupos de cinco dígitos mucho más rápido que él. Sin embargo, no podía dormir por las noches y era habitual que se despertara llorando. Echaba de menos a su hija y le confesó a Linov que tenía malos presentimientos sobre el futuro.

Entre ellos hablaban únicamente en alemán, tal como estipulaban las normas de la *konspiratsiya*, pero sus conversaciones tenían una

carga emocional tan intensa que cualquiera que los hubiera escuchado habría notado de inmediato que no eran una pareja común y corriente.

Como parte de la adaptación de Tamara a la vida en Occidente, emprendieron juntos un viaje de diez días por Italia y Suiza. Según la leyenda, eran una pareja formada por un austriaco y una alemana que disfrutaban de unas vacaciones juntos. Sin embargo, como de costumbre, su verdadera misión era evaluar a distintas personas y determinar si podían ser útiles para el KGB.

Los estadounidenses siempre merecían consideración, pero con otras nacionalidades era necesario decidir rápidamente: ¿eran valiosos o, como solían decir los entrenadores, «un lastre»? ¿Ellos o sus familiares trabajaban en alguna institución de interés? ¿Poseían contactos en Estados Unidos? ¿Tenían una mentalidad radical o izquierdista, o al menos opiniones firmes que un reclutador pudiera aprovechar? Si todas las respuestas eran negativas, simplemente había que pasar al siguiente objetivo.

A él, que era locuaz y poseía un encanto natural, le resultaba fácil entablar conversaciones. En una ocasión, conocieron a una agradable pareja canadiense en Suiza y él empezó a hablar de lo mucho que echaba de menos a su familia, una estratagema habitual para conseguir que la gente empezara a compartir detalles sobre sus propios familiares, pero Tamara, sin darse cuenta, insistía en cambiar de tema. Al final, él la apartó a un lado y, exasperado, le explicó la situación:

—¡Este tipo está a punto de empezar a hablar de su familia y de pronto tú te pones a hablar de lo mucho que te gustan los cuentos de hadas alemanes!

Tenía cada vez más claro que Tamara no servía para el trabajo en el que él la había involucrado. Era educada, amable e ingenua: cualidades poco adecuadas para esa tarea. Además, empezaba a mostrar una veta paranoica: a veces le suplicaba que no saliera, convencida de que lo capturarían. Y cuando le contó el incidente con el homosexual en Bruselas, intentó convencerlo de que se trataba de una trampa. Tras seis semanas con ella, redactó una carta al Centro informando a los supervisores de que no era apta para trabajar en el extranjero.

Unas semanas más tarde, Tamara recibió la orden de emprender sola el viaje lleno de desvíos que la llevaría de regreso a la Unión Soviética. Cogió un tren hasta Berlín Occidental y luego cruzó al lado oriental para presentarse en la sede del KGB en Kalhorst, en las afueras de la ciudad, agotada física y psicológicamente. Le hicieron un chequeo médico y, cuando llegaron los resultados del electrocardiograma, los médicos intercambiaron miradas nerviosas. Uno de ellos hizo una llamada y dijo por teléfono:

—Tenemos que mandar a esta mujer a la Unión Soviética de inmediato. Ojalá sobreviva.

Una vez en Moscú, tras un interrogatorio exhaustivo, la expulsaron del programa de ilegales. Muchos otros ilegales —tanto hombres como mujeres— sufrieron el mismo destino a lo largo de los años, incapaces de soportar la tensión que implicaba llevar una doble vida y la separación familiar que les exigía el KGB. Algunos ni siquiera llegaron a ser enviados a sus destinos, mientras que otros fueron retirados rápidamente. Unos pocos padecieron ataques de paranoia o enfermedades mentales durante su estancia en el extranjero, por lo que hubo que hacerlos regresar o, en casos extremos,

secuestrarlos y devolverlos por la fuerza a su país. Para Tamara, que esa terrible experiencia hubiera llegado a su fin representaba un alivio, pero también una gran incertidumbre. ¿Qué sería de su vida a partir de entonces?

Linov recibió un mensaje de radio con instrucciones: «Use el duplicado de su pasaporte principal y viaje a Helsinki y de allí a Praga.»

Sabía lo que ocurría en Praga, pues llevaba meses apareciendo en las primeras páginas de los periódicos. Los soviéticos habían invadido el territorio de su supuesto aliado para aplastar una serie de reformas conocidas como «la Primavera de Praga». Lo que aún no sabía era que había otro componente en la respuesta de Moscú. Su misión consistiría en integrarse en la mayor operación de la historia del Directorio S, una acción que redefiniría el papel de los agentes ilegales del KGB durante el resto de la época soviética y que sigue siendo tan secreta que, incluso hoy en día, las autoridades de los servicios de espionaje de Moscú no reconocen su existencia.

15

Operación Progreso
El socavamiento de la Primavera de Praga

En la primavera de 1967, Leonid Brézhnev nombró a Yuri Andrópov director del KGB. Andrópov, un hombre severo, de pelo plateado peinado hacia atrás y gruesas gafas con montura de acero, acabaría siendo el dirigente que más tiempo ocuparía ese cargo. Durante el estancamiento económico de la década de 1970, convertiría el servicio de seguridad en el principal instrumento de control ideológico del régimen, y en 1982, tras la muerte de Brézhnev, lo sucedería como secretario general del Partido Comunista y, por tanto, máximo dirigente de la Unión Soviética.

Finalmente, años más tarde, Andrópov sería una figura de referencia para otro jefe de los servicios de seguridad, Vladímir Putin, en su camino hacia el poder.

El mundo interior de Andrópov era un enigma. Rara vez hablaba en público o perdía el tiempo con charlas triviales por los pasillos de la Lubianka. Incluso a sus colaboradores más cercanos, que pasaban bastante tiempo con él, les resultaba difícil saber en qué estaba pensando. No le interesaban los elogios y despreciaba la adulación, algo poco habitual entre los altos cargos soviéticos de la época.[1]

Su visión del mundo estaba marcada por un miedo profundo a la liberalización y a la libertad de expresión, temor que había nacido una década antes, durante su etapa como embajador soviético en Hungría.

En 1956 cerca de doscientos cincuenta mil estudiantes salieron a las calles de Budapest para exigir reformas políticas. Muchos trabajadores se sumaron a las protestas, lo que tomó completamente por sorpresa a las autoridades. Desde la embajada soviética, Andrópov instó a Jrushchov a enviar tropas para sofocar el levantamiento.

Los manifestantes se hicieron con armas e incluso lograron capturar algunos tanques, lo que obligó a las tropas soviéticas destacadas en el país a retirarse temporalmente. Sin embargo, la retirada duró poco: pocos días después, Jrushchov ordenó una invasión a gran escala para aplastar la revolución. Los tanques abrieron fuego sobre la ciudad desde las colinas de Buda, al otro lado del Danubio. Se calcula que en los combates murieron hasta tres mil húngaros, y que miles más fueron detenidos en los días siguientes.[2]

Andrópov nunca olvidó la imagen de los cadáveres de los agentes de seguridad húngaros —con sus uniformes grises— colgando de farolas y árboles, o arrojados sobre montones de hojas otoñales.[3] La repentina transformación de leales trabajadores comunistas en una fuerza de resistencia armada e indignada le demostró lo frágil que podía ser el control soviético. Aquella experiencia despertó en él una obsesión que le acompañaría el resto de su vida: erradicar cualquier forma de disidencia, tanto dentro de la Unión Soviética como en el conjunto del bloque socialista.

Veía complots respaldados por Occidente en cada rincón. Apenas unas semanas después de ponerse al frente del KGB, escribió al Politburó advirtiendo que «las fuerzas reaccionarias del campo imperialista, dirigidas por las clases dominantes de Estados Unidos», estaban llevando a cabo una «guerra psicológica» para socavar a la Unión Soviética. En respuesta, creó una nueva rama del KGB encargada de perseguir la «desviación ideológica» entre los ciudadanos soviéticos. Así nació el Quinto Directorio, que durante las dos décadas siguientes se convirtió en la principal herramienta de represión contra los disidentes.[4]

Las ejecuciones masivas de los años treinta no volvieron a repetirse, pero el Quinto Directorio mantenía una estricta vigilancia sobre cualquier signo de descontento. Aquellos considerados poco fiables desde el punto de vista ideológico sufrían dificultades para encontrar trabajo, y en algunos casos eran detenidos o internados por la fuerza en instituciones psiquiátricas.

Un año después de que Andrópov asumiera la dirección del KGB, estallaron los acontecimientos de Praga, que recordaban inquietantemente a los de Budapest doce años antes. El líder del Partido Comunista checoslovaco, Alexander Dubček, hablaba de implantar un «socialismo con rostro humano», mientras que el congreso del partido celebrado en abril de 1968 anunciaba su intención de «construir el socialismo en este país de acuerdo con nuestras condiciones y tradiciones». El programa incluía garantías para la libertad de expresión, de prensa, de reunión y de religión.

La influencia de Occidente ya era perceptible en Checoslovaquia gracias a una progresiva liberalización de la vida cultural e intelectual. Las autoridades toleraban el auge del mercado negro de pantalones tejanos; en los teatros se representaban obras y en los cines se proyectaban películas que jamás habrían superado la censura soviética, y se concedían permisos a estudios de Hollywood para rodar en el país. Los periódicos empezaban a publicar opiniones críticas y daban cabida al debate público. Los jóvenes escuchaban con entusiasmo las emisoras de radio occidentales y seguían su música y su moda.

«En los últimos años, la generación joven de aquí se ha vuelto *beat*. Hay tejanos y pelo largo por todas partes», escribía un corresponsal estadounidense en 1967. Muchos estudiantes de Europa occidental viajaban a Praga, donde compartían canciones, guitarras y porros con sus nuevos amigos del otro lado del Telón de Acero.[5]

Desde Moscú, el Politburó seguía los acontecimientos con una preocupación creciente. En mayo, Brézhnev convocó a Dubček y le advirtió sobre la creciente influencia de Occidente en Checoslovaquia, diciéndole que hasta el más ingenuo debía entender que esa influencia tenía intereses políticos detrás. También insinuó que la Unión Soviética podría intervenir para «defender el socialismo» si llegaba a ser necesario.

Dubček, por su parte, respondió con insinuaciones sutiles: afirmó que varias empresas de Alemania Occidental estaban interesadas en invertir en Checoslovaquia, pero que «hasta el momento» el gobierno había rechazado esas propuestas.[6]

Andrópov veía con recelo las reformas checoslovacas. En marzo de 1968 exigió que se tomaran «medidas concretas» para preparar una intervención militar, temiendo que las autoridades soviéticas se vieran sorprendidas, como había ocurrido en Hungría doce años antes.[7] Josef Pavel, el nuevo ministro del Interior de Checoslovaquia, había prometido reducir algunas de las competencias del servicio de seguridad nacional, el StB.[8] La delegación del KGB en Praga comenzó a colaborar en secreto con ciertos miembros de línea dura del StB, pero Andrópov comprendió que limitarse a observar los acontecimientos desde esa perspectiva ofrecería una visión peligrosamente incompleta del clima político.

El gobierno checoslovaco había flexibilizado la política de visados, facilitando la entrada de turistas y empresarios occidentales, otra medida que irritaba a las autoridades soviéticas. Sin embargo, Andrópov advirtió que esta apertura también suponía una oportunidad: sería más fácil para agentes encubiertos, operando con identidades occidentales, entrar en el país sin ser detectados e infiltrarse en el movimiento reformista.

Así, Andrópov firmó la orden de lanzar una operación encubierta bautizada como Operación Progreso. Quince agentes ilegales serían enviados con urgencia a Checoslovaquia. En las semanas siguientes, llegaron a Praga once hombres procedentes de distintos países de Europa occidental, una mujer suiza llamada Maria Weber, un vendedor de alfombras libanés llamado Oganes Sarajian y un mexicano llamado Felipe Burns. La mayoría viajó en vuelos desde Helsinki o Berlín Oriental; algunos lo hicieron en coche desde Alemania Occidental.[9]

¿Quién mejor para ganarse la confianza de los líderes de la Primavera de Praga que un grupo de supuestos simpatizantes occidentales?

El Directorio S ya había recurrido a agentes ilegales para misiones puntuales de asesinato o sabotaje, pero nunca había operado a esta escala.[10] Siguiendo un plan de acción elaborado con prisas, se asignó a cada uno de estos ilegales una paga mensual de trescientos dólares para gastos, además de fondos para alquilar apartamentos en Praga.

A cinco de los recién llegados se les encomendó frecuentar restaurantes, museos, galerías de arte y hoteles con el objetivo de localizar a checos simpatizantes de la oposición. Si era necesario, podían ofrecer dinero a cambio de información política útil, insinuando discretamente que los fondos procedían de servicios de inteligencia occidentales.[11] Debían identificar a los principales agitadores del movimiento, conocer sus planes y averiguar quiénes podrían ser susceptibles de ser reclutados, ya fuera mediante incentivos económicos o chantaje.

Otros operativos recibieron objetivos específicos, como columnistas liberales, presentadores de televisión y dirigentes estudiantiles. A algunos se les encargó trabar amistad con directores de periódicos checos y convencerlos de publicar declaraciones antisoviéticas con el fin de intensificar aún más las tensiones. En ciertos casos, se ordenó que los ilegales trabajaran por parejas, lo que llevó a sus supervisores a dar un paso poco habitual: presentarlos entre sí.[12]

El 19 de julio *Pravda* informó de que se había encontrado un alijo de armas de fabricación estadounidense enterrado cerca de Karlovy Vary, una ciudad balneario próxima a la frontera con Alemania Occidental. Los soviéticos lo presentaron como prueba de que Occidente estaba fomentando el descontento en Checoslovaquia. En realidad, ese alijo había sido colocado por agentes ilegales de Andrópov, en cajas convenientemente marcadas con la etiqueta MADE IN USA.[13]

Ese escándalo fabricado, junto con otras «medidas activas» similares, cumplía varios objetivos. En primer lugar, Moscú quería «demostrar» a la élite del partido checoslovaco que las fuerzas que se estaban desatando eran peligrosas y podían conducir al colapso del comunismo. Pero igual de importante para Andrópov era la repercusión dentro de la propia Unión Soviética. Aunque la prensa soviética apenas informaba sobre la Primavera de Praga, no podía ignorarla por completo, y resultaba fundamental ofrecer a los ciudadanos soviéticos una explicación que atribuyera la crisis a las perniciosas políticas de Estados Unidos.

Después de todo, el deseo de alcanzar un «socialismo con rostro humano» tenía el potencial de inspirar a muchas personas que anhelaban un cambio, incluso entre quienes seguían siendo leales al partido. En mayo de 1968, los escritores soviéticos Borís Polevói y Konstantín Símonov viajaron a Praga como parte de un intercambio cultural. Una noche, en el bar de su hotel, entablaron conversación con un supuesto periodista de Alemania Occidental y, tras varias copas, ambos elogiaron abiertamente los cambios que estaban teniendo lugar en la ciudad.

Por desgracia para ellos, su interlocutor no era ni periodista ni alemán, sino uno de los ilegales de Andrópov, que redactó un informe sobre la conversación y lo envió a Moscú. Allí fue interpretado como una prueba más del poder de contagio que podía tener la influencia subversiva de la Primavera de Praga si no se le ponía freno.[14]

La magnitud del descontento en el país se hacía cada vez más evidente. Andrópov consideraba imperativo que Brézhnev actuara de inmediato para reconducir al partido checoslovaco hacia la ortodoxia y evitar que otros Estados satélite se sintieran tentados a seguir el mismo camino. En una acalorada reunión del Politburó celebrada en julio, propuso el envío de tropas. Otros miembros defendieron la idea de convocar una cumbre con Dubček para intentar encontrar una salida diplomática a la crisis, y en la votación final, la postura de Andrópov fue rechazada.[15]

La cumbre tuvo lugar poco después, en la frontera entre Checoslovaquia y la URSS, pero concluyó sin acuerdo. El 21 de agosto Brézhnev ordenó la invasión. En los días siguientes, cientos de miles de soldados cruzaron la frontera en la mayor operación militar en Europa desde 1945.

En Praga, un grupo de oficiales del StB, acompañado por agentes del KGB, irrumpió en el edificio del Comité Central y detuvo a Dubček, que se entregó sin resistencia, atónito al ver que los soviéticos habían cumplido finalmente sus amenazas.

Las calles se llenaron de manifestantes portando pancartas que pedían a los invasores que regresaran a su país mientras en muros y

paredes de toda la ciudad aparecían pintadas que comparaban la estrella roja con la esvástica nazi. Muchos de los jóvenes soldados soviéticos, que habían sido adoctrinados con la idea de que estaban librando una batalla heroica para salvar Checoslovaquia del imperialismo estadounidense, quedaron desconcertados al encontrarse con una población que los recibía con gritos, desprecio e insultos.

La mayoría de los checos y eslovacos entendieron que cualquier intento de resistencia armada desembocaría en una carnicería, así que optaron por no ofrecer resistencia directa. Eso evitó que corriera la sangre. Pero las pasiones encendidas tras meses de reformas no podían apagarse tan sólo a golpe de tanque. Ante la enorme indignación de la población, Brézhnev se vio obligado a fingir una negociación con Dubček. Subieron al dirigente checo a un avión y lo plantaron en el Kremlin pasada la medianoche sin darle tiempo ni siquiera para asearse.[16] Allí Brézhnev los sermoneó a él y a otros cargos del partido por el supuesto hallazgo de arsenales clandestinos (no está claro si Andrópov llegó a informarlo de que los habían colocado los propios ilegales del KGB). Finalmente un abatido Dubček volvió a Praga y buscó una solución de compromiso.

Durante los meses siguientes se impuso una convivencia tensa. Las tropas soviéticas seguían patrullando las calles, pero el movimiento estudiantil permanecía activo y la prensa, aún combativa, insistía en la necesidad de mantener las reformas. El StB se partió en dos. Algunos departamentos retiraron las banderas y consignas soviéticas de las paredes, y varios agentes dimitieron para pasar a la clandestinidad y continuar con la revolución. En cambio,

otros se alinearon con Moscú y denunciaron a sus compañeros considerados poco fiables.

El 16 de enero de 1969, cinco meses después de la invasión, el estudiante Jan Palach se inmoló prendiéndose fuego en la plaza de Wenceslao. Su gesto desesperado conmocionó a todo el país. Antes de morir, agonizó durante tres días en el hospital, atormentado por las quemaduras. Su funeral dio lugar a una multitudinaria marcha de protesta.

Para la primavera de 1969 ya no quedaban tanques en las calles de Praga, pero las tropas soviéticas seguían estacionadas en treinta y seis bases repartidas por toda Checoslovaquia, y la amenaza de enfrentamientos continuaba latente.[17] El 28 de marzo de ese año, el equipo checoslovaco de hockey sobre hielo se enfrentó a la Unión Soviética en Estocolmo. Antes del partido, sus jugadores se negaron a estrechar la mano de los soviéticos y varios de ellos pegaron con cinta adhesiva la estrella soviética en sus camisetas como un gesto irónico de protesta contra la ocupación. El público, mayoritariamente sueco, los aclamó al grito de: «¡Dubček! ¡Dubček!» Tras un encuentro cargado de emoción y tensión máxima, el equipo checoslovaco se impuso por cuatro goles a tres.[18]

A su regreso, una mezcla de alegría y rabia inundó las calles de las principales ciudades del país; cientos de miles de personas salieron a celebrar y a vitorear. En el centro de Praga, un grupo atacó las oficinas de Aeroflot, la aerolínea soviética, ubicadas en la plaza Wenceslao: rompieron ventanas, destrozaron el mobiliario y les prendieron fuego a carteles de viajes soviéticos y a retratos de Lenin.[19] Aquello fue la gota que colmó el vaso para Moscú, que

pocos días después sustituyó a Dubček por Gustáv Husák, un dirigente fiel a la línea dura.

Ése era el ambiente tenso que reinaba en Praga cuando Yuri Linov recibió el mensaje de radio. Poco después, voló desde Viena hasta Helsinki, donde recogió un duplicado de su pasaporte a nombre de Karl-Bernd Motl. La falsificación era lo bastante buena como para pasar el control en la frontera checoslovaca y, además, evitaba que el pasaporte original quedara marcado con sellos de países del bloque oriental.

Al llegar al centro de Praga, pasó delante de un quiosco donde se vendía *Večerní Praha*, el periódico local, cuya portada mostraba una fotografía de la oficina de Aeroflot incendiada. A pesar de la represión, muchos seguían manteniendo la esperanza de revivir el espíritu del año anterior.

No tardó en hacer contactos dentro de esos círculos. El propietario del apartamento que alquilaba tenía un hijo que participaba activamente en el movimiento estudiantil clandestino y, cuando él —es decir, el amable vendedor de seguros austriaco— le contó cuánto le había inspirado la Primavera de Praga, enseguida los puso en contacto. En poco tiempo, Linov se encontró en un bar junto a otros estudiantes jóvenes y entusiastas.

Allí conoció a un grupo que colaboraba en la impresión de folletos antisoviéticos, así como a otro formado por productores y camarógrafos que trabajaban para la televisión estatal. Él se apresuró a insinuar que quizá podría ayudarles a sacar del país

grabaciones demasiado sensibles para los medios oficiales y hacerlas llegar a sus contactos en Austria.

Algunos de aquellos nuevos amigos hablaban alemán, pero la mayoría se defendía únicamente en checo y, con suerte, en algo de francés. Él, por su parte, comprendía bastante checo, y sin embargo debía fingir que no entendía ni una palabra porque se suponía que Karl-Bernd Motl no sabía ninguna lengua eslava. La solución fue recurrir a un francés macarrónico que ganaba soltura a medida que corría el vino.

Por desgracia, la barrera lingüística no era el único escollo. Sin duda, él era un hombre culto e inteligente, pero llevaba nueve años pringado de grasa en talleres mecánicos de Halle y Viena y, después, vendiendo alfombrillas de baño por pueblos irlandeses. ¡Y de pronto se veía rodeado de jóvenes intelectuales deseosos de debatir sobre poesía, filosofía y el porvenir del comunismo! Semejante cambio de registro le resultaba, cuando menos, desconcertante.

Los jóvenes checos estaban encantados de contar con un amigo extranjero que apoyara su causa; quizá imaginaban que tenía conexiones con personas influyentes, o incluso con los servicios de inteligencia de Europa occidental. En su mayoría, no querían destruir el comunismo, sino reformarlo, pero cualquier ayuda era bienvenida ante la represión soviética. Y Karl-Bernd Motl siempre estaba dispuesto a pagar las rondas, lo que le granjeó rápidamente cierta popularidad.

Tras aquellas largas noches empinando el codo en la barra del bar, Linov regresaba a su apartamento, dormía la mona y, acto seguido, se ponía a redactar informes sobre sus nuevos contactos, en los que incluía detalles minuciosos sobre sus ideas políticas y cualquier

debilidad personal que pudiera servirle como palanca para un eventual reclutamiento o chantaje. Luego dejaba esos informes en buzones muertos distribuidos por la ciudad.

Sólo de vez en cuando se reunía con Dmitri Vetrov, un supervisor que el Centro había mandado a Praga para coordinar el trabajo de los ilegales desplegados allí. Vetrov era tan alto como torpe en sus movimientos, y le había hecho la inusitada petición de que se dirigiera a él como Dimka (el diminutivo de Dmitri), lo que resultaba insólito tratándose de un curador. A Linov, aquel hombretón jovial y al mismo tiempo despiadado, cuya torpeza contrastaba con la extrema cautela con que solía actuar la gente del Centro, debía de recordarle a un oso de dibujos animados. Para colmo, Dimka solía hablarle en ruso —lo que suponía un desliz sorprendente frente a las reglas de la *konspiratsiya*— o fumaba cigarrillos soviéticos en los coches de alquiler sin importarle que alguien que se subiera más tarde pudiera reconocer aquel humo peculiarmente áspero.

Como Dimka era más afable que muchos de sus curadores anteriores, Linov se arriesgó a cuestionar la lógica de la operación soviética en Praga. Era obvio que esos jóvenes reformistas no eran reaccionarios imperialistas, sino unos idealistas que querían mejorar el socialismo, argumentó. ¿No había una manera mejor de lidiar con ellos?

—Su problema es que piensa demasiado —repuso Dimka con desdén—. Los enemigos son enemigos. —A continuación le relató una operación para neutralizar a un disidente en Berlín Este en la que había participado—: Me presenté disfrazado de operario de mudanzas y le di un golpe en la cabeza. Luego enrollamos a ese hijo de puta en una alfombra y lo mandamos a la Unión Soviética. Si yo

estuviera al mando —agregó—, a los objetivos de Praga les aplicarían el mismo tratamiento: alfombra, avión, Siberia.[20]

Uno de los principales objetivos de Linov en Praga era el periodista Jiří Hochman, quien durante una década había sido corresponsal en el extranjero del *Rudé právo*, el periódico del Partido Comunista de Checoslovaquia. A su regreso a Praga, Hochman había escrito varios editoriales antisoviéticos y comenzado a dirigir un semanario liberal llamado *Reportér*.

Al KGB le interesaban especialmente sus contactos en medios de comunicación y círculos políticos de Estados Unidos —había pasado una temporada en Washington D. C.—, entre los que destacaba Tad Szulc, antiguo corresponsal de *The New York Times*, para quien seguía actuando como fuente.[21]

A lo largo de los años, Hochman había entrevistado a figuras destacadas tanto del mundo comunista como del capitalista, entre ellas Fidel Castro, el presidente Mao y Jean-Paul Sartre, así que era poco probable que un hombre con su experiencia dedicara tiempo a un vendedor de seguros austriaco de paso por la ciudad.

Sin embargo, gracias sus nuevos contactos, Linov logró entrar en contacto con la cuñada de Hochman, Majda —la hermana de la esposa de Hochman, Zuzana—, que trabajaba para la televisión estatal, y a su novio, Milan, también productor televisivo. Se esforzó por hacerse amigo de ambos y consiguió que lo invitaran a la casa de campo de los Hochman, situada en las afueras de Praga.

Majda, Milan y el resto de sus invitados pasaban largos ratos bebiendo y jugando a las cartas en un granero, pero él estaba más interesado en lo que sucedía en la casa principal, donde Hochman y su esposa recibían un flujo constante de visitas de intelectuales y

políticos.[22] Consiguió abordar a Hochman un par de veces, pero no logró entablar una conversación. Aun así, aprendió bastante sobre el periodista.

Mantener una relación cercana con sus nuevos amigos implicaba pasar muchas noches en bares, fumando cigarrillos y bebiendo vino barato. En una de esas veladas, Karel Kryl —un joven cantautor que acabaría convirtiéndose en una figura de culto, el bardo de la Primavera de Praga— le hizo un retrato mientras compartían una copa. En otra ocasión, cuando corría el rumor de que se avecinaban detenciones masivas, se unió al grupo para esconderse en una casa en las montañas.

Un día, mientras paseaba con Majda, se dio cuenta de que dos hombres los seguían. Intercambió una mirada silenciosa con ella y se separaron de inmediato, tomando caminos distintos. Es muy posible que los agentes del StB que los seguían sospecharan que era un espía, pero difícilmente habrían imaginado que trabajaba para el KGB.

Días después, un hombre se le acercó al oírlo hablar en alemán y, tras presentarse en voz baja como un empleado descontento del StB, le preguntó si no podría ayudarlo a desertar a Occidente. Él le respondió que no tenía contactos para ese tipo de casos y avisó de inmediato a Dimka.

«Lo investigamos y no hay duda de que es un traidor», le comentó Dimka más tarde, sin especificar qué había sido de aquel hombre.

Entre su nuevo círculo de amigos estaba Jan Křížek, un joven de veinticinco años, alto, con una melena rubia y revuelta, y dado a la bebida. Lo había conocido en una barbacoa en el campo, y pocos

días después volvió a encontrárselo en Praga, esta vez acompañado de su novia. Křížek estaba obsesionado con la autoinmolación de Jan Palach y le confesó a Yuri que quería seguir su ejemplo. «Ahora Palach es un héroe checo, todo el mundo conoce su nombre. Pronto todos conocerán también a Křížek», alardeaba.

Le aseguró que pensaba prenderse fuego el 21 de agosto, para conmemorar el primer aniversario de la invasión soviética. Era imposible saber si hablaba en serio o si era sólo una fanfarronada de borracho, pero él sabía que no tenía otra opción más que informar a su curador.

Poco después, Dimka llamó directamente a su apartamento —una flagrante violación de la *konspiratsiya*, incluso para sus estándares habitualmente laxos— y le exigió que se reunieran en el centro de la ciudad. Quería más información sobre Křížek. Una vez que obtuvo lo que necesitaba, se marchó deprisa y se perdió en la noche.

Una a una, las luces del pensamiento y del debate libre que aún quedaban en la sociedad checoslovaca fueron apagándose. Un año después de la invasión soviética, la restauración del control de línea dura —bautizada con el orwelliano término de «normalización»— era ya casi completa. Las tímidas protestas que tuvieron lugar en el primer aniversario fueron reprimidas con brutalidad, y serían las últimas manifestaciones significativas en Checoslovaquia hasta que, dos décadas más tarde, la Revolución de Terciopelo logró por fin lo que la Primavera de Praga había iniciado.

En cuanto a Křížek, Dimka le comentó más tarde, con una inquietante alegría, que había sido detenido e internado en una

institución psiquiátrica.[23] Y a otros sobre los que él había elaborado informes no les fue mucho mejor. El cantautor Karel Kryl tuvo que abandonar Checoslovaquia en 1969 y pidió asilo en Alemania Occidental. A Jiří Hochman se le impidió trabajar en cualquier rama del periodismo y fue enviado al exilio interno en un pequeño pueblo donde trabajó como peón y camionero hasta que, en 1972, acabó en prisión.[24]

Linov sentía lástima por las personas sobre las que había informado, muchas de las cuales le resultaban francamente simpáticas. Pero su trabajo no le causaba demasiada inquietud. Había desarrollado una estrategia mental para aliviar su sentimiento de culpa: simplemente se limitaba a proporcionar un registro fiel de sus pensamientos, temores y planes, tal como le exigía el Centro. ¿Cómo podría alguien acusarle de engaño o traición si sólo describía la verdad con todo detalle?

El aplastamiento de la Primavera de Praga implicó un duro golpe para la legitimidad moral de la Unión Soviética en todo el mundo. Incluso para sus partidarios, quedó dolorosamente claro que la retórica oficial sobre los acontecimientos en Checoslovaquia era una despreciable manipulación de la verdad. Los soviéticos habían destruido un auténtico movimiento reformista, no liberado el país de reaccionarios, como aseguraban. Además, supuso el fin de la débil esperanza de los disidentes dentro de la URSS de que el «deshielo» posterior a Stalin pudiera convertirse en una reforma real. Según el novelista Vasili Aksiónov, la invasión provocó «un colapso nervioso en toda una generación».[25]

Para el Directorio S, sin embargo, los acontecimientos en Checoslovaquia supusieron un gran éxito. En el plazo de año y medio, enviaron veintisiete ilegales a Praga, muchos de ellos en múltiples ocasiones, y éstos ofrecieron un análisis detallado de la situación sobre el terreno, actuando además como un sistema de alerta temprana frente a posibles amenazas. También fue importante que ninguno fuera descubierto ni perdiera la calma, más allá de las dudas o recelos que pudieran albergar en privado.

En comparación, los resultados obtenidos por los ilegales «durmientes», destinados durante períodos prolongados en países capitalistas, resultaban poco impresionantes. Un informe interno denunciaba que se habían vuelto «inertes» y faltos de iniciativa, y lo peor era que, durante dos décadas, el Directorio S había puesto todo su empeño justamente en proteger a estos operativos, descuidando así el espionaje activo.[26]

Por suerte, el éxito de la Operación Progreso sirvió como modelo para un tipo de espionaje más proactivo e impulsó al KGB a reforzar el Séptimo Departamento del Directorio S, encargado de un grupo de ilegales con base en Moscú que eran enviados a misiones de corta duración en situaciones de crisis. Estos espías podían supervisar a otros operativos y centrarse en las necesidades de espionaje inmediatas, mientras que los ilegales durmientes actuaban a largo plazo, integrándose en la sociedad occidental y esperando a ser activados en caso de guerra. En poco tiempo, el Séptimo Departamento contaba con treinta y nueve ilegales activos en sus registros, listos para desplazarse con poca antelación.[27]

Su objetivo principal era el mundo capitalista, pero Praga demostró que los ilegales también podían ser útiles dentro del

bloque soviético. La Operación Progreso se amplió para abarcar incluso a países socialistas con los que la Unión Soviética mantenía relaciones aparentemente estrechas, y las misiones a corto plazo continuaron durante las dos décadas siguientes.

Se enviaron ilegales a Hungría para investigar una supuesta influencia «sionista» en el Partido Comunista y la élite intelectual; a Yugoslavia —especialmente a Kosovo—, para analizar las tensiones entre serbios y albaneses; y a Polonia, con el propósito de acercarse a varias figuras católicas influyentes, incluido el círculo de Karol Wojtyla, arzobispo de Cracovia y futuro papa Juan Pablo II.[28]

Otros ilegales del Séptimo Departamento realizaban reconocimientos militares que un diplomático soviético jamás podría llevar a cabo sin levantar sospechas. Uno de ellos, bajo la identidad de un ciudadano belga, pasó una década viajando por el mundo y recopilando información para emplearla en caso de que la Guerra Fría se intensificara. Ubicó lugares adecuados para aterrizajes en paracaídas en Irlanda del Norte; en Escocia, investigó dónde los comunistas locales podrían establecer «bases de resistencia»; evaluó posibles posiciones para desembarcos anfibios en Turquía, Hong Kong y Canadá; y localizó sitios aptos para pistas improvisadas donde desplegar fuerzas especiales aerotransportadas en Grecia. Más tarde, recorrió toda la frontera entre Estados Unidos y Canadá en busca de los mejores puntos para cruces clandestinos.[29] Otros ilegales ocultaron alijos de armas y explosivos en las afueras de varias ciudades europeas.[30]

Cuando Yuri Linov regresó de Praga a la URSS, en el otoño de 1969, se le informó de que se incorporaría al Séptimo Departamento, debido a que su esposa Tamara había suspendido su programa de entrenamiento y ya no se los podía enviar juntos al extranjero como pareja. El KGB asignó a Yuri y Tamara un apartamento en Serebriani Bor, un agradable barrio de las afueras al norte de Moscú, donde vivirían con sus hijas: Natalia, que ya tenía cinco años, y Karina, que acababa de nacer. En verano tendrían derecho a utilizar una dacha del KGB, cerca del bosque y con una asistenta que ayudaría con la cocina. Por primera vez estaban todos juntos, pero la vida familiar distaba de ser normal. Tamara todavía parecía sentirse mal física y mentalmente, tras la dura experiencia del programa de entrenamiento, y a él sólo se le permitía hablar de su trabajo dentro de una *konskvartira* con su curador, además de que tenía prohibido visitar bares y restaurantes o hacer amigos fuera del KGB.[31]

Linov mantuvo su identidad de Karl-Bernd Motl para sus frecuentes viajes al extranjero. Antes de cada misión, memorizaba contraseñas, direcciones y ubicaciones de buzones muertos que le dejaban en distintos apartamentos repartidos por Moscú. Realizó dos viajes a Polonia en el marco de la Operación Progreso, y en otras ocasiones fue enviado a Copenhague, Estocolmo o Helsinki para entregar sobres o pequeños paquetes. Nunca le revelaban la identidad del agente al que debía contactar ni el contenido del envío, simplemente lo recogía sin intercambiar palabra y lo entregaba más tarde mediante un buzón muerto o un «roce casual» con un funcionario legal del KGB.

Para entrar en Occidente, empleaba rutas muy diversas: el hidroala que surcaba el Danubio entre Budapest y Viena, el cruce de

Friedrichstrasse entre Berlín Este y Oeste, o un buque soviético en el que se ocultaba como polizón para desembarcar subrepticiamente en Copenhague o Amberes.[32] Para las misiones de la Operación Progreso en particular, echaba mano de documentos provisionales y, una vez allí, usaba el pasaporte de Motl.

En una ocasión lo enviaron a Nápoles para recoger un paquete depositado en un buzón muerto y llevarlo discretamente a Roma. Supuso que el envío provenía de una fuente del KGB infiltrada en la Sexta Flota estadounidense, con base en Nápoles, pero no era más que una conjetura. Como en tantas otras misiones, nadie le explicó quién era el responsable del paquete ni qué contenía. Así, si alguna vez lo detenían, no podría delatar a sus fuentes: no sabía absolutamente nada sobre ellas.

De algún modo, abrigaba la esperanza de que, tras varios de esos viajes breves, sus superiores reactivaran el plan de enviarlo a Estados Unidos. Pero Yuri Drozdov, el jefe adjunto del Directorio S, tenía otros planes: quería convertirlo en el principal especialista del KGB en la «cuestión sionista», y enviarlo a Israel y a otros países relacionados. Sin más, le entregó unos manuales de hebreo y árabe con sus respectivos casetes y le dio un plazo de tres meses para dominar esos idiomas.

—Tengo esposa y dos hijas —protestó él desconcertado—. ¿Cómo se supone que voy a arreglármelas?

—Si quiere, podemos mandarlas al exilio —le respondió Drozdov con una sonrisita.

La insolencia de esa respuesta lo sacó de quicio. Por una vez, perdió la calma. Le recordó a Drozdov que ya hablaba alemán e inglés con fluidez, y que se defendía en francés. Pretender que aprendiera dos lenguas no europeas de las que jamás había dicho una palabra era, simplemente, ridículo.

Drozdov lo miró con frialdad.

—¿Y los cosmonautas?

—¿Qué pasa con ellos?

—¿Se quejan de la falta de gravedad? No, porque ése es su entorno natural. Pues éste es el suyo, así que deje de lloriquear y póngase a estudiar ya mismo.

16

El residente móvil
Misión en Israel

En el otoño de 1970 Linov visitó por primera vez Israel. Su misión era sencilla: pasar una semana en el país para familiarizarse con el terreno. El trabajo de espionaje vendría más adelante. La visita tuvo lugar en un momento crítico para las relaciones soviético-israelíes, que se habían deteriorado de forma paulatina a lo largo de las dos décadas anteriores. En 1948, cuando se fundó el Estado de Israel, Stalin supuso que sería un aliado natural, tanto por la contribución soviética a la derrota del nazismo como por el importante número de izquierdistas entre los primeros sionistas. Además, se aseguró de infiltrar a varios informantes del KGB entre los primeros judíos soviéticos a los que se permitió emigrar allí.[1]

Como gesto de amistad, Golda Meir viajó a la Unión Soviética en 1948 con el primer pasaporte emitido por el nuevo Estado de Israel. Inauguró la embajada en Moscú y asistió, junto a una multitud de cincuenta mil personas, a la sinagoga de la capital durante el primer día de Rosh Hashaná.[2] Pero aquella breve etapa de relaciones cordiales no tardó en deteriorarse. Los crecientes vínculos de Israel con Estados Unidos, sumados al clamor por la emigración entre los

más de dos millones de judíos soviéticos, terminaron por enfriar los lazos bilaterales. Stalin se volvió cada vez más paranoico con respecto a una supuesta infiltración sionista. En una reunión del Comité Central celebrada en diciembre de 1952, llegó a afirmar que «todo judío es un espía potencial de Estados Unidos». Poco después, varios médicos de ese origen fueron arrestados, acusados de pertenecer a una «organización nacionalista burguesa judía y corrupta» que supuestamente conspiraba para asesinarlo.

Tras la muerte de Stalin, la obsesión del Centro con las teorías conspirativas de corte antisemita disminuyó, aunque sin desaparecer por completo. Muchas de las misiones de la Operación Progreso dentro del bloque soviético seguían centradas en la identificación de presuntos «elementos sionistas» subversivos.[3] Al mismo tiempo, la Unión Soviética cultivaba relaciones estrechas con los Estados árabes, lo que contribuyó a un endurecimiento de su postura antisionista, especialmente después de la Guerra de los Seis Días en 1967. Dos años después, en 1969, un libro soviético describía los fundamentos del sionismo como una mezcla de «chauvinismo y belicoso anticomunismo», y afirmaba que el movimiento estaba impulsado por «la acaudalada burguesía judía, estrechamente aliada con el capital monopolista de Estados Unidos y otras potencias imperialistas».[4]

Moscú temía la supuesta influencia internacional de Israel, pero su decisión de romper relaciones diplomáticas con el país privó al KGB de la posibilidad de desplegar operativos bajo cobertura oficial. Sin embajada, el servicio sólo podía mantener a un par de agentes encubiertos dentro de la pequeña misión de la Iglesia ortodoxa rusa en Jerusalén. Se seguía infiltrando a algunos emigrantes judíos a los

que se había permitido salir del país, pero muchos de ellos aceptaban colaborar sólo para conseguir el permiso de salida y luego cortaban todo contacto. Para llenar ese vacío operativo, el KGB recurrió a sus ilegales.

Tras aterrizar en Tel Aviv, Linov se dirigió directamente a Jerusalén, donde pasó horas recorriendo la ciudad vieja y visitando la Basílica del Santo Sepulcro, el Muro de los Lamentos y el Monte del Templo, lugar sagrado para las tres religiones monoteístas. Durante la Guerra de los Seis Días, Israel había arrebatado territorios a Egipto, Jordania y Siria, y se había hecho con el control de Cisjordania y Jerusalén Este. Hasta entonces, Jerusalén había estado dividida por alambres de espino y muros que separaban las zonas bajo control israelí y jordano. Ahora, por primera vez en una generación, la ciudad volvía a estar unificada, aunque el ambiente seguía siendo tenso. Entre los setenta mil residentes árabes de Jerusalén Este eran frecuentes las protestas contra los intentos cada vez más agresivos de imponer la legislación israelí, como el establecimiento de un impuesto de defensa. Jeeps con paramilitares israelíes patrullaban los barrios.[5]

Una tarde, Linov conoció a un monje italiano que lo invitó a alojarse en su monasterio, situado en la parte oriental de la ciudad. Pasaron varias tardes bebiendo vino, durante las cuales el monje le habló sobre las privaciones de la vida monástica y la decisión de dedicar su existencia por completo a servir a Dios. La idea de una vida definida por un deber sin límites resonó en el «vendedor de seguros austriaco» más de lo que el monje podría haber imaginado.

Durante los dos años siguientes, el Centro envió a Israel en viajes cortos a cuatro ilegales más, que se hicieron pasar respectivamente por un canadiense, un español, un mexicano y un finlandés. Linov fue designado para coordinar todo ese trabajo. Se reunió con su nuevo curador, Vladímir Lokhov, en una *konskvartira* de Moscú. Lokhov, un hombre alto de poco más de cuarenta años, muy atractivo y dueño de una sonrisa cálida, desprendía el encanto de un antiguo ilegal, según le pareció a Linov, aunque no le reveló nada sobre su falsa identidad ni sus misiones pasadas.

Si hubiera podido leer el expediente de Lokhov, habría descubierto que su nuevo curador era natural de Osetia, una región del norte del Cáucaso cuya lengua local está lejanamente emparentada con el persa. Se incorporó al Directorio S en 1957 y fue enviado a la histórica ciudad de Isfahán para trabajar en la misión soviética y perfeccionar su persa. Más tarde asumió la identidad de Hassanpour Nazali, un iraní que, en realidad, había muerto de niño en 1934. En una audaz estratagema para reforzar su falsa identidad, visitó la aldea natal de Nazali, donde encontró a la madre de su doble, ya anciana, frágil y ciega, y se presentó ante ella como el hijo que había perdido mucho tiempo atrás. La anciana le hizo señas para que se acercara, le pasó las manos por la cara y, tras anunciar emocionada que en efecto su hijo había regresado, lo invitó a entrar en su humilde hogar.

Lokhov se alojó allí varios días, limpiando la casa, que estaba muy descuidada, y luego empezó a enviarle dinero de forma regular a su «madre» para ayudarla con los gastos. Vivió varios años en Hong Kong y Pakistán como Nazali, un empresario con intereses en la exportación de minerales y la importación de carretes de película. Su

esposa, Nonna, al igual que Tamara, la esposa de Linov, no soportó las presiones de la vida ilegal y se quedó en Moscú mientras él viajaba por el mundo, hasta que finalmente regresó a la URSS para trabajar como entrenador de ilegales destinados a Oriente Medio.[6]

Linov, que sentía una simpatía instintiva por su nuevo supervisor, le explicó que no se llevaba bien con el hebreo, a pesar de haber pasado semanas estudiando todo el día e incluso acostándose con una grabadora que reproducía emisiones de radio en hebreo junto a la almohada. Argumentó que, aunque Karl-Bernd Motl, según su leyenda, buscaba reencontrarse con el judaísmo, hasta ese momento no había pasado un tiempo significativo en Israel, y que la mayoría de los nuevos inmigrantes que llegaban al país tampoco hablaban hebreo con fluidez. Además, un agente de seguros austriaco que ya dominara el idioma podría levantar sospechas, por más judío que fuera. Por eso, consideraba que sería mejor aprender hebreo una vez que estuviera allí. La leyenda podría ser que Motl, inspirado por la victoria israelí en la Guerra de los Seis Días, había sentido la llamada de su sangre judía y había decidido viajar a Israel para asistir a un ulpán, una escuela de hebreo creada precisamente para ese fin.

Lokhov admitió que era una buena idea y, tras algunas discusiones, aprobó el plan de Linov. Juntos añadieron un detalle conmovedor a la leyenda de Motl: éste adquirió una abuela judía, superviviente del Holocausto, a quien no conoció hasta poco antes de que muriera, cuando ya era una anciana ciega. Según esta nueva historia, cuando Motl encontró a su abuela, ella le pasó las manos por la cara, lo reconoció como familiar y, con lágrimas en los ojos, le expresó un último deseo: que aceptara el judaísmo y no permitiera

que el linaje judío de la familia se extinguiera con ella. Lokhov sugirió las líneas generales de esta historia sin revelar que la había adaptado de su propia experiencia.

Linov tenía una cuenta bancaria en Múnich a nombre de Motl, pero no estaba claro que pudiera acceder a ella desde Israel. Por eso, debía llevar consigo una gran cantidad de dinero en efectivo: una parte destinada a sus propios gastos y otra para ser entregada a un operativo muy importante dentro de las operaciones clandestinas. Para evitar que el dinero fuera descubierto, lo llevaba oculto en un compartimento secreto de su maleta, que sólo se abría al pulsar tres botones ocultos en un orden específico. Al abrirse, el compartimento revelaba los dólares y las almohadillas de un sólo uso que utilizaría para decodificar mensajes de radio. Además, Lokhov le entregó unos diagramas que debía memorizar para localizar un tramo específico de muro en un callejón de la Ciudad Vieja de Jerusalén, donde debía esconder, tras un ladrillo suelto, la parte del dinero destinada al otro operativo.[7]

También le proporcionaron detalles sobre otro operativo del KGB, cuyo nombre en clave era Leon, que debía transmitir información importante desde los Altos del Golán, cerca de la muy militarizada línea de control con Siria. Leon había sido reclutado durante una visita que había hecho a su hermana en la Unión Soviética, y el KGB le había prometido que, si cooperaba, finalmente permitirían que ella emigrara y se reuniera con él en Israel. Linov tenía la misión de localizar a Leon y reactivarlo.

Pero quedaba un último detalle por resolver para fortalecer la nueva identidad judía de Karl-Bernd Motl, así que Linov acudió a la clínica del KGB situada en la calle Pekhotnaya Segunda, al norte de Moscú, donde los cirujanos ya habían sido informados de que su paciente sufría una fimosis grave —un trastorno poco común en hombres adultos que dificulta y hace muy dolorosa la retracción del prepucio—. La operación era inevitable.

Unas semanas más tarde, ya recuperado de la operación, Linov embarcó en el vuelo semanal de Helsinki a Teherán que hacía escala en la capital soviética. Desde Teherán voló a Roma, donde recogió el pasaporte de Karl-Bernd Motl, y luego a Nicosia, desde donde reservó un asiento para el corto vuelo a Tel Aviv.[8] Llegó a Israel durante el abrasador calor de junio y se dirigió de inmediato al Ministerio de Inmigración. Allí recitó el discurso que había ensayado sobre «la llamada de la sangre judía» y, gracias a su poder de convencimiento, consiguió que lo inscribieran en un curso de cinco meses en el ulpán Etzion de Jerusalén, conocido como la mejor escuela de hebreo del país. Como no quería vivir en el campus, porque le resultaría más difícil recibir los mensajes semanales de radio allí, alquiló una habitación en Jerusalén Oeste y cada mañana iba al ulpán en autobús. Su casera era una anciana de Leópolis que no tenía idea de que su inquilino entendía todo lo que ella murmuraba en ucraniano en su presencia.

Sus días en el ulpán Etzion le ofrecieron una mezcla de clases intensivas de hebreo y una inmersión en la vida israelí. Golda Meir y otros políticos solían presentarse para dirigirse a los nuevos alumnos y agradecerles su decisión de mudarse a Israel. La profesora, entre apuntes de gramática hebrea, exhortaba a sus estudiantes a

quedarse en el país y a procrear. Les decía que tenían el deber de engendrar al menos cuatro hijos cada uno para evitar que los árabes triunfaran por pura superioridad numérica.

La clase de hebreo era una cálida mezcla de judíos de todo el mundo, reunidos para comenzar una nueva vida. Entre ellos estaba Anne, que había llegado desde Estados Unidos para casarse con un yemení ortodoxo y parecía nerviosa por lo que le esperaba, así como una pareja, también estadounidense, cuyos miembros trabajaban como taquigrafistas en conferencias internacionales. También formaban parte del grupo una fogosa argentina, el alma de la clase, y Miriam, una apasionada sionista de Irán, de pelo largo y rizado, con una aversión visceral hacia los árabes. Un judío soviético, que había emigrado un año antes, solía compartir con los demás todo tipo de relatos sobre la persecución de judíos en la Unión Soviética. Por último, estaba Karl-Bernd Motl, el vendedor de seguros austriaco que, al terminar las clases, pasaba largas horas redactando perfiles de sus compañeros con tinta invisible.

Linov les contó a sus compañeros que había sido criado como protestante, pero que había experimentado una epifanía al conocer a su anciana abuela ciega, superviviente del Holocausto. La historia, reciclada de la experiencia de Lokhov, causaba una gran impresión en quienes la escuchaban. Miriam quedó tan fascinada que entablaron una relación cercana. Una noche, ella le susurró que tenía contactos dentro de los servicios de seguridad israelíes interesados en expandir sus redes en el extranjero; ¿no estaría él interesado en sumarse? Una simple presentación podría abrir la puerta a una valiosa fuente de información, pero él sabía que implicaría que le hicieran una exhaustiva comprobación de

antecedentes. Por eso, le respondió a Miriam que era pacifista y que no podía aceptar la oferta.

Una calurosa noche de verano, puso rumbo al norte, en dirección a Kiryat Shemona, en el límite de los Altos del Golán, cerca del kibutz donde vivía Leon.

—He venido a traerle saludos de nuestros amigos en común —le dijo en ruso cuando lo tuvo delante.

Leon respondió en un ruso chapurreado y luego pasaron a una mezcla de inglés, hebreo y yídish, lengua que él podía entender gracias a su fluidez en alemán. Su verdadero nombre era Shlomo Ben Yehuda; había combatido con el ejército británico en la Segunda Guerra Mundial y más tarde se había incorporado a la policía militar israelí. Tenía alrededor de cincuenta y cinco años, trabajaba para una empresa de construcción que realizaba obras cerca de la frontera con Siria y contaba con numerosos contactos entre las tropas de las Fuerzas de Defensa de Israel (FDI) que vigilaban la zona.[9]

Su tarea para el KGB consistía en suministrar documentos militares, mapas con la ubicación de los destacamentos de las FDI y cualquier otra información sobre la frontera que pudiera obtener. Linov le entregó un fajo de billetes y, a cambio, recibió un sobre con documentos. Ben Yehuda le preguntó si sabía cuándo se le permitiría emigrar a su hermana y él tuvo que responder que no lo sabía, pero prometió averiguarlo.

Volvió en coche a Jerusalén a altas horas de la noche sintiéndose nervioso. Lo que ocurrido era distinto a cualquier otra cosa que

hubiera hecho antes. En Irlanda, Austria, Praga y otros lugares había rastreado a personas, las había seducido y les había sonsacado información. Pero siempre lo había hecho a nombre de Motl, el inocente agente de seguros austriaco. Aquélla había sido la primera vez que se identificaba como operativo soviético ante una fuente, lo que implicaba un nuevo nivel de riesgo.

En los días siguientes, su inquietud crecía cada vez que escuchaba a alguien hablar en ruso. Temía encontrarse con Nyuma Rakhovski, uno de sus antiguos compañeros de boxeo en Kiev, que mientras tanto había emigrado a Israel. Imaginaba la atronadora voz de Nyuma gritándole: «¡Joder, Yura! ¿Qué haces aquí?», y esa preocupación le generaba una tensión constante.

Desde Tel Aviv salían vuelos baratos a Chipre, y Linov les propuso a sus compañeros del ulpán la idea de pasar allí un fin de semana largo. Un grupo aceptó y organizó una breve escapada: un par de días para descansar en la playa, beber cócteles y desconectar. Pero para Linov el viaje tenía un propósito distinto: reunirse en secreto con su curador, Lokhov, que había volado a la isla utilizando una identidad iraní. Durante un paseo por el centro de la ciudad, Lokhov le transmitió que el Centro había determinado que la información proporcionada por Ben Yehuda era de un valor excepcional.

De vuelta en Israel, Linov retomó sus clases. Cada mañana leía el *Haaretz* y el *Jerusalem Post*, y asistía con regularidad a conferencias públicas en la Universidad Hebrea de Jerusalén. Una vez por semana redactaba un informe sobre la situación política israelí. Entabló amistad con varios judíos sefardíes y percibió cierto resentimiento,

especialmente entre los de piel más oscura, hacia la mayoría asquenazí. En uno de sus informes, dedicado al rabino Ovadia Yosef —la principal figura religiosa del judaísmo sefardí—, sugería que el Centro podría explotar ese descontento y tratar de reclutarlo bajo una identidad encubierta.

Al finalizar el curso de cinco meses, Linov quedó primero de la clase. Se despidió de sus compañeros y emprendió el regreso en barco desde Haifa hasta Génova, con escala en Atenas, y desde allí continuó su viaje por Roma, Viena, Budapest y, finalmente, Moscú. A su llegada, Lokhov le comunicó que la información proporcionada por Ben Yehuda había contribuido a evitar una guerra entre Israel y Siria, y le había ahorrado a la Unión Soviética miles de millones de rublos, aunque nunca le explicaron cómo ni por qué. Él recibió una medalla por su valentía sobre el terreno, y Lokhov lo informó de que Andrópov había solicitado verlo en persona.

El encuentro con el director del KGB tuvo lugar en una *konskvartira* situada a una manzana de la Lubianka. Linov tuvo la impresión de que el edificio disponía de una entrada secreta desde un túnel subterráneo, lo que habría permitido a Andrópov llegar directamente desde su despacho sin tener que salir a la calle. El director, de buen humor, comentó que sus cumpleaños se celebraban con sólo un día de diferencia y que, además, los dos se llamaban Yuri.

—Tiene usted un estilo de escritura muy vívido —le dijo, dando a entender que leía él mismo sus informes.

Conversaron durante un rato sobre Israel, sobre el trabajo que Linov había llevado a cabo allí y acerca de la situación sobre el terreno. Linov expuso su visión de la política israelí, aunque también aprovechó para recordarle sutilmente a Andrópov que, en un

principio, estaba previsto que lo enviaran a Estados Unidos, y que seguía esperando que esa misión siguiera en pie. El director inclinó la cabeza con un gesto difícil de interpretar. La reunión concluyó con un brindis en honor a la medalla concedida.

En los meses siguientes, lo enviaron a una serie de misiones breves en Marsella, Zúrich y Viena, motivadas por la convicción de la dirección del KGB de que existía una conspiración sionista internacional contra la Unión Soviética. Su tarea consistía en infiltrarse en las comunidades judías locales y recabar información sobre sus actitudes hacia Israel y la URSS. Había desarrollado una rutina agradable: llegaba a la ciudad correspondiente, compraba todos los periódicos del día y se sentaba a leerlos en una cafetería antes de iniciar conversaciones triviales con comerciantes judíos. Luego, tras una o dos semanas, cruzaba subrepticiamente de Berlín Occidental a Berlín Oriental o se embarcaba como polizón en un carguero soviético en Amberes para regresar al país. En esos días, Tamara solía despedirse de él con una resignación que denotaba cansancio. Él había dejado de contarle adónde se dirigía con la esperanza de que así se preocupara menos, y ella, por su parte, había dejado de preguntar.

Por esa época, asumió por primera vez el papel de curador, organizando una serie de encuentros con Ben Yehuda en Copenhague, Zúrich y Roma —viajes que el israelí justificaba ante sus amigos diciendo que visitaba a varios parientes en Europa—. Sin embargo, poco a poco las reuniones fueron perdiendo cordialidad: Ben Yehuda comenzó a exigir cada vez más dinero y a aportar

menos información útil. En una ocasión, tuvo que regalarle su propio reloj de pulsera sólo para que dejara de quejarse. Pero, al fin y al cabo, era su primer operativo a cargo y el Centro parecía satisfecho con sus aportes. Aunque él dudaba de su verdadero valor, quería mantener la relación en buenos términos.

Con el tiempo, se planeó que comprara un apartamento en Nicosia y realizara viajes más frecuentes a Israel. Sería el «residente móvil» para ese país y coordinaría toda la red de agentes del KGB en la zona, aunque la mayor parte del tiempo estaría fuera de sus fronteras. A principios de 1973 Lokhov le indicó que se preparara para una nueva visita durante la cual debía allanar el camino. Ése sería su último viaje como ilegal.

Linov debía salir de Moscú a primera hora de la mañana del 4 de febrero de 1973, un día después del cumpleaños número treinta y uno de Tamara. Se había perdido muchos de esos cumpleaños y habían planeado una cena romántica en casa para celebrar que por primera vez en mucho tiempo podrían pasarlo juntos. Pero antes tenía que acudir a una *konskvartira* para una reunión breve con Lokhov y Anatoli Lazarev, el áspero director general del Directorio S.

Lokhov repasó los planes definitivos: Linov debía viajar a Dimona, la ciudad más cercana a la instalación nuclear secreta de Israel, y reactivar a un agente judío rumano cuyo nombre en clave era Petrescu. Éste había trabajado para el KGB en Bucarest, pero, tras su emigración, había desaparecido del radar. Lokhov le explicó que, después de ese viaje, se le encargaría supervisar a aún más agentes de la red del KGB en Israel, entre ellos al embajador de un país

latinoamericano en Tel Aviv y a un diplomático de Alemania Occidental.[10] Para esa misión en concreto, sin embargo, debía centrarse en el rumano y viajar a Dimona sin llamar la atención.

Tras memorizar nombres, lugares, direcciones y otros muchos detalles operativos, Linov estaba ansioso por volver a casa y celebrar el cumpleaños de Tamara junto a ella. Pero Lazarev lo retuvo un poco más.

—He oído que es bueno en ajedrez. Apuesto a que puedo ganarle —dijo antes de colocar el tablero y servir un par de tragos de vodka. Él le ganó con facilidad, y Lazarev volvió a preparar el tablero para otra partida.

—Debo irme, es el cumpleaños de Tamara —le suplicó él.

—No se irá hasta que le gane —replicó el otro.

No era fácil discutir con Lazarev. Le encantaba ir al trabajo vestido con su uniforme del KGB, ejercer su autoridad de forma ostentosa sobre sus subordinados y soltarles sermones sobre marxismo-leninismo. Su frase favorita para mostrar desaprobación ante una idea era: «¿Cómo propone explicar eso a la clase trabajadora?»[11]

Lo más sensato para Linov habría sido perder con elegancia y marcharse, pero su espíritu competitivo pudo más y derrotó a Lazarev una y otra vez mientras éste, cada vez más molesto y más borracho, insistía en que, al final, él sería el vencedor.

Finalmente llegó a casa cerca de las dos de la madrugada y se encontró la cena de cumpleaños de Tamara fría sobre la mesa y a ella llorando. El coche del KGB que lo había llevado esperaba fuera con el motor en marcha. Se disculpó con toda la efusividad que pudo mientras corría por la casa recogiendo sus cosas —tenía una hora para preparar la maleta de Karl-Bernd Motl— y repasando con los

dedos las costuras de la ropa para asegurarse de que no quedaran etiquetas de alguna tintorería moscovita ni ningún otro indicio revelador de su condición de soviético. Luego se despidió de su esposa con un beso y salió corriendo hacia la gélida noche de Moscú. Depositó el equipaje en el maletero del coche y el chófer puso rumbo al aeródromo militar de Chkalovsky, donde él se embarcó en un avión de carga con destino a Budapest.

Un par de semanas después, ya había recorrido Europa en zigzag y cambiado de pasaporte un par de veces. Mientras esperaba en la puerta de embarque del aeropuerto de Nicosia su vuelo a Tel Aviv, vio a un hombre que viajaba sólo y también esperaba el mismo vuelo. Era alto, rubio y parecía un poco despistado. Pensando que podría ser irlandés, se acercó para entablar conversación.

—¿Es usted de *cuígí*, amigo mío? —preguntó utilizando una palabra en gaélico que había aprendido en Dublín.[12] El hombre lo miró con cara de confusión, así que insistió—: ¿Es usted un *paddy*?

—Ah, no. Soy británico. Me llamo John Hargreaves —respondió el hombre tendiéndole la mano. Resultó que Hargreaves era chófer y se estaba tomando un tiempo libre del trabajo para visitar lugares bíblicos en Israel.

Tras ese breve intercambio, Linov consideró que Hargreaves era un hombre bienintencionado y agradable, aunque con poco sentido del humor y una inteligencia limitada: justo lo que necesitaba en un compañero involuntario de espionaje. Le dijo que era agente de seguros, que estaría unas semanas en Israel por motivos de trabajo y que planeaba visitar varias ciudades para asistir a reuniones. Le propuso viajar juntos: él pagaría el coche y la gasolina, y Hargreaves conduciría. Así podrían recorrer los lugares de interés de Israel

haciendo sólo alguna parada ocasional. A Hargreaves le gustó la idea y aceptó. Linov quedó satisfecho con el plan: ¿qué podía ser más inocente que dos amigos recorriendo los sitios históricos de la Tierra Santa?

Tras aterrizar en Tel Aviv, Linov y Hargreaves se registraron en el Grand Beach Hotel, justo al lado del paseo marítimo y cerca de una de las playas más populares de la ciudad. Al día siguiente alquilaron un coche. Hargreaves era un conductor excelente, algo muy de agradecer en algunas zonas rurales donde las carreteras estaban en mal estado. Primero viajaron hacia el norte, a los Altos del Golán, donde Linov se escabulló para reunirse con Ben Yehuda. Después continuaron hacia el sur, al mar Muerto, deteniéndose en Monte Sodoma y otros lugares bíblicos. Más tarde, Linov le comentó a Hargreaves que, de camino de regreso a Tel Aviv, quería hacer una parada rápida en Dimona para otra reunión de trabajo. Hargreaves, poco curioso, aprovechó encantado la oportunidad para echarse una siesta en el coche.

Él se dirigió a un edificio de apartamentos de Dimona donde le habían dicho que vivía el agente rumano Petrescu. Llamó a la puerta y le abrió un hombre de unos cincuenta años. Detrás de él, pudo ver una sala donde tres o cuatro mujeres estaban sentadas riendo.

—Me alegro de volver a verlo; salgamos a charlar: hace tiempo que no estamos en contacto —le dijo él, con la esperanza de que el otro captara la insinuación. El hombre asintió y propuso dar un paseo. Una vez solos en la calle, él le preguntó si podía verlo otro

día. Quedaron en encontrarse en el parque de Dimona y, unos días después, volvió a hacer el trayecto con Hargreaves al volante.

En esa segunda visita, le entregó un bloc para escritura invisible junto con las direcciones a las que debía enviar las cartas. También le preguntó si estaría disponible para viajar, ya que sería preferible reunirse fuera de Israel. El otro respondió que no lo creía posible.

Según le había explicado Lokhov, Petrescu había llegado recientemente desde Rumanía, en el marco de una política impulsada por el dictador Nicolae Ceauşescu, que permitía la emigración de judíos a cambio de pagos en efectivo del Estado israelí.[13]

Cuando le dijo que trabajaba en una fábrica textil, él interpretó la frase como un posible código: el reactor cercano a Dimona, activado en 1963, estaba rodeado de secretismo, y en alguna ocasión las autoridades se habían referido a él como «la fábrica textil». Aunque también existía una auténtica planta de tejidos en la zona. Al cabo, nunca llegó a saber si su fuente ocupaba una posición privilegiada dentro del programa nuclear israelí o si, simplemente, trabajaba fabricando cortinas.

No mucho después de que él y Hargreaves regresaran a Tel Aviv, las cosas empezaron a complicarse. Su pasaporte desapareció sin dejar rastro, a pesar de que registró minuciosamente su habitación en el hotel.

De inmediato, acudió a la embajada austriaca para denunciar la pérdida y solicitar un duplicado. Al salir, vio a dos hombres que reparaban una tubería al otro lado de la calle y su presencia le pareció sospechosa.

Dos días después, la policía lo llamó para comunicarle que un ciudadano había encontrado el pasaporte en la calle y lo había entregado.

Sus alarmas internas se dispararon. Esa misma tarde le comunicó a Hargreaves que los planes habían cambiado y mandó al confundido inglés al aeropuerto con la instrucción de abandonar el país lo antes posible. Él, en cambio, decidió no marcharse de inmediato: si estaba siendo vigilado, huir con precipitación sólo confirmaría las sospechas.

Siguiendo el protocolo, se trasladó al hotel Accadia, en Herzliya —una zona lujosa al norte de Tel Aviv— y se aseguró de no hacer nada que un inocente agente de seguros austriaco no haría.

Unos días después, una mujer llamó a la puerta de su habitación diciendo que había un problema con la instalación del agua y que un encargado de mantenimiento debía revisar las tuberías.

—Un momento —respondió él.

Corrió al baño, sacó las diminutas almohadillas de papel que contenían los códigos de desencriptación y comenzó a arrojarlas por el inodoro. Apenas activó la cisterna, se oyó un estruendo: la puerta se abrió de una patada y varios agentes del Shin Bet, el servicio de contraespionaje israelí, irrumpieron en la habitación.[14]

En realidad, el Shin Bet llevaba dos semanas siguiéndolo. Ellos mismos le habían robado el pasaporte para confirmar su identidad y, el 3 de marzo, decidieron actuar. Su arresto había sido aprobado personalmente por Golda Meir. En paralelo, detuvieron a Hargreaves en el aeropuerto y lo obligaron a desnudarse mientras los agentes

rasgaban su ropa por las costuras y destrozaban su equipaje en busca de cualquier prueba comprometedora. Al final quedó claro que era tan ajeno a la situación como decía ser y lo dejaron en libertad. [15]

Linov, sentado en su habitación del hotel y vestido con una sudadera azul, insistía en su inocencia en inglés, alemán y hebreo. Debía de tratarse de un terrible malentendido, afirmaba. Él era Karl-Bernd Motl, viajaba por negocios y había recorrido el país disfrutando del paisaje en compañía de su nuevo amigo inglés. Pero los israelíes no estaban dispuestos a dejarse engañar tan fácilmente. Uno de los agentes más jóvenes le habló en ruso y le pidió que se sentara.

—Lo siento, no entiendo el ruso —respondió él.

Pero el interrogador continuó hablándole en ese idioma. Tras unas horas de preguntas sin respuesta, lo trasladaron a un piso franco en el norte de la ciudad, equipado con micrófonos y cámaras ocultas.

—No queremos hacerle daño. Sabemos que no nos odia —le dijo uno de los hombres en inglés, y le sirvió un vaso de whisky, pero él lo empujó al otro lado de la mesa temiendo que estuviera adulterado.[16]

Durante su entrenamiento en Moscú le habían enseñado que, mientras durara el interrogatorio, debía evitar a toda costa comer o beber lo que le ofrecieran.

Su férrea resistencia empezó a resquebrajarse cuando uno de los israelíes puso sobre la mesa una fotografía suya en Helsinki, junto a un hombre que recordaba de una de las escalas en las que había cambiado de pasaporte.

—Sabemos que este hombre trabaja en la estación del KGB en Helsinki. Si usted no es un espía, ¿qué hacía allí con él?

Todos los ilegales tenían una *ostupnaya legenda* —una «leyenda de reserva»— que debían utilizar si eran capturados y enfrentaban pruebas irrefutables de espionaje. En su caso, debía admitir que Karl-Bernd Motl trabajaba para Moscú y sugerir que estaba dispuesto a convertirse en agente doble para los israelíes. Eso le serviría para ganar tiempo y, con suerte, lograr su liberación. En ningún caso debía revelar que era ciudadano soviético ni dar su verdadero nombre.

Ante la fotografía incriminatoria, confesó que trabajaba para el KGB e insinuó que podría estar dispuesto a cooperar. Sin embargo, sus interrogadores no cedieron y afirmaron saber que era ruso. Finalmente se rindió y, en voz baja, admitió que era ciudadano soviético y que se llamaba Yuri Linov.

Más tarde, los israelíes aseguraron que los sorprendió la rapidez con que se quebró. «Lo pelamos como a una cebolla hasta que empezó a revelar todo tipo de información útil sobre el KGB», recordó uno de los investigadores. Sin embargo, él lo recuerda de otra forma: con la fotografía de Helsinki, era evidente que sabían que era un espía, por lo que confesó ese dato, pero no reveló nada que ellos no supieran. Afirmó que sólo había cooperado para lograr su liberación.

No obstante, hay un período de dos días durante el interrogatorio que ha quedado como un agujero negro en su memoria, durante el cual sospecha que podrían haberlo drogado. Por su parte, las fuentes israelíes sostienen que eso no es más que la excusa de un

espía demasiado avergonzado para reconocer que se había quebrado tan rápido.

Como los archivos de Israel siguen cerrados, es difícil conocer la verdad.

En todo caso, cualquier información sobre cómo el KGB organizaba a sus ilegales habría sido de un valor incalculable para el Shin Bet y el Mossad, ya que Israel era el único país, además de la URSS, que contaba con un programa similar, aunque a menor escala. Al igual que la Unión Soviética en sus inicios, Israel reunía las condiciones que hacían necesaria la utilización de ilegales: era un Estado joven e inseguro, cuyo derecho a existir no estaba reconocido universalmente, y estaba rodeado de vecinos poderosos que buscaban eliminarlo. Además, contaba con los recursos adecuados: ciudadanos y simpatizantes de todo el mundo que hablaban múltiples idiomas. Algunos agentes del Mossad nacidos en Europa se hacían pasar por hombres de negocios europeos no judíos, mientras que una unidad secreta, conocida como «el Pelotón Árabe», reclutaba a judíos capaces de hacerse pasar por personas de ese origen y los enviaba a distintas partes del mundo islámico.[17]

Tras varias semanas de interrogatorios, los israelíes le comunicaron que su caso sería llevado a juicio. Nunca supo cómo lo habían descubierto. Era poco probable que Ben Yehuda fuera el responsable, ya que había sido arrestado junto a él y también estaba preso por espionaje. ¿Habría sido Petrescu quien lo traicionó? Era posible: no se presentó en el juicio, su nombre jamás salió a la luz y nadie supo más de él. Pero también quedaba la duda de cómo

habían conseguido la fotografía tomada en Helsinki. ¿Había sido descuidado el hombre de la Línea N y no había logrado despistar a sus vigilantes antes de reunirse con él? ¿O quizá había un topo dentro del Centro?

Tendría mucho tiempo para reflexionar sobre todo ello en la cárcel. En agosto de 1973, en una vista a puerta cerrada, lo condenaron a dieciocho años de prisión y lo enviaron a Ramla, una prisión de alta seguridad donde se recluía a algunos de los criminales más peligrosos de Israel. Una década antes, en ese mismo lugar, habían ahorcado a Adolf Eichmann tras ser secuestrado por el Mossad en Argentina, juzgado en Jerusalén y declarado culpable por su papel en la organización del Holocausto.

Cuando había transcurrido un año desde su condena, se llegó a un acuerdo. En un principio, los israelíes exigían la liberación de dieciséis judíos soviéticos arrestados en 1970 por el absurdo plan de secuestrar un avión y escapar de la Unión Soviética rumbo a Israel, pero el KGB rechazó la propuesta, considerándola un intercambio desigual. Sin embargo, accedió a liberar a Sylva Zalmanson, la única mujer entre los implicados, así como a un judío búlgaro condenado a muerte por espionaje y a dos judíos soviéticos que cumplían condena en el Gulag. Ambas partes acordaron mantener el canje en secreto y nunca se difundió información sobre la detención o liberación de Linov.[18]

Él viajó de Tel Aviv a Fráncfort en un vuelo comercial, vigilado por un acompañante israelí, y luego se dirigieron juntos a Berlín Occidental, donde pasaron la noche en un hotel, compartiendo habitación para asegurarse de que no intentara escapar. A la mañana siguiente, lo llevaron a la estación de Friedrichstrasse, la

misma por la que Karl-Bernd Motl había cruzado con frecuencia entre el Este y el Oeste. En un ambiente tenso, y supervisado por hombres armados, caminó sólo por un desierto andén subterráneo hacia un grupo de personas apenas visibles en la penumbra. No pudo distinguir a quienes caminaban en sentido contrario. Desde Friedrichstrasse lo llevaron a la base del KGB en Karlshorst, donde le hicieron un chequeo médico y, posteriormente, lo subieron a un avión rumbo a Moscú. En el aeropuerto fue recibido por un sombrío supervisor que le informó de que lo escoltarían a una dacha del KGB.

Todos los ilegales que regresaban a Moscú eran recibidos con un grado variable de sospecha, especialmente aquellos que habían pasado por largos interrogatorios. El KGB llevaba años entrenándolos para ocultar su verdadera identidad, mentir con naturalidad y ganarse la confianza de otros; ¿cómo estar seguros de que no estaban usando ahora esas mismas habilidades contra quienes los habían formado? El caso de Rudolf Abel resulta ilustrativo: tras su regreso de Estados Unidos fue recibido como un héroe y se convirtió en una figura legendaria del espionaje soviético. Pero sus superiores más cercanos nunca lograron disipar la inquietud de que pudiera haber cambiado de bando mientras estuvo bajo custodia. La desconfianza llegó a tal extremo que, en 1971, cuando Abel agonizaba, el jefe del Directorio S ordenó instalar un micrófono junto a su cama por si en algún delirio final se le escapaba una confesión. [19]

Linov enfrentaba las mismas sospechas. ¿Por qué había confesado a sus captores israelíes que era un agente ilegal soviético? ¿Cuánto

les había revelado? El encargado de averiguarlo era Serguéi Zajárov, un interrogador al que Linov no había visto nunca antes. Cazador de topos, bebedor empedernido y especialista en detectar fisuras en los relatos, Zajárov le ordenó que escribiera un informe detallado de todo lo ocurrido en Israel desde su llegada hasta el momento del arresto.[20] El documento superó las cien páginas manuscritas, pero dos semanas después, le pidió que lo reescribiera desde cero. Y luego una tercera vez. Después, comparó las tres versiones con minuciosidad y sometió a Linov a largas sesiones centradas en las contradicciones más mínimas. Desconfiaba especialmente de Hargreaves, pese a que Linov insistía en que había sido él quien se había acercado al inglés en el aeropuerto, y no al revés, lo que hacía poco probable que éste hubiera sido un agente infiltrado, como sugería Zajárov.

Además, lo mantenían alejado de Tamara, que acababa de dar a luz a la tercera hija de ambos. De vez en cuando lo llevaban a la misma clínica del KGB donde años antes lo habían circuncidado, y lo encerraban en una habitación con un detector de mentiras. Con los cables conectados a las manos, debía responder una y otra vez a las mismas preguntas. Tras varios meses de este proceso, Zajárov le comunicó que debía viajar a Kiev y permanecer allí hasta que Andrópov estuviera listo para decidir su destino. Para Linov, toda esa situación resultaba absurda: apenas tenía treinta y seis años, y le parecía ridículo desperdiciar tantos años de formación. Propuso seguir operando como ilegal bajo una nueva identidad, tal vez en un país árabe sin relaciones diplomáticas con Israel. Incluso se ofreció a redactar su propuesta para que pudieran enviársela a Andrópov.

—Escúcheme —repuso severamente Zajárov—. Usted tiene tres hijas y una esposa enferma. Piense en ellas y quédese tranquilo en Kiev. De lo contrario lo enviaran a un manicomio sin derecho a mantener correspondencia y todo el mundo dirá que se ha vuelto loco.

En noviembre de 1975 lo hicieron volver a Moscú para encontrarse con Andrópov en una *konskvartira* de la calle Kirov, al lado de la Lubianka.

—¿Qué quiere beber? —preguntó el director del KGB.

—Nada, porque valoro demasiado su tiempo —respondió él con cortesía.

Andrópov le dijo que le resultaba difícil creer que los estadounidenses no lo hubieran interrogado mientras estuvo bajo custodia israelí, aunque no parecía enfadado. Le comunicó que sería readmitido en el partido, pero que su carrera como ilegal había llegado a su fin. Se mostró cortés, aunque distante y deseoso de dar por terminada la reunión. Ya no quedaba rastro de la cálida camaradería que había marcado su primer encuentro. El director llevaba un ancho vendaje alrededor del abdomen y parecía visiblemente dolorido. Sufría problemas renales que, con el tiempo, irían agravándose.

Linov regresó a Kiev, y Tamara y las niñas se reunieron con él poco después. Le dieron un puesto en un instituto de asuntos internacionales mientras, de manera paralela, continuaba colaborando con el KGB. Su tarea consistía en preparar a judíos soviéticos que, antes de emigrar a Israel, se habían mostrado

dispuestos a cooperar con la inteligencia soviética. También trabajaba como guía en cruceros turísticos por el río Dniéper, desde donde enviaba informes sobre posibles objetivos de reclutamiento. Tenía terminantemente prohibido hablar de su vida anterior como ilegal, ni siquiera con sus nuevos colegas del KGB en Kiev.

Cuatro años después de haberse instalado en la ciudad, mientras intentaba reparar un radiador roto en el dormitorio conyugal, descubrió un dispositivo de escucha oculto detrás del aparato: el servicio de seguridad seguía sin confiar en él.

Algunos días se sentía lleno de orgullo al recordar que lo había entregado todo al servicio de su país durante su carrera como ilegal. Otros, en cambio, no podía evitar preguntarse si no habría malgastado su vida por completo.

CUARTA PARTE

Los frentes de batalla de la Guerra Fría

17

El barón von Hohenstein
Infiltrado en Alemania Occidental

En agosto de 1973, mientras en Israel comenzaba el juicio secreto de Yuri Linov, en toda la Unión Soviética la gente salía corriendo del trabajo por las tardes para llegar a casa a tiempo de ver un nuevo episodio de *Diecisiete instantes de una primavera*, una serie de televisión que contaba la historia de un espía ilegal ficticio que supuestamente había operado durante la guerra: Maksim Isáiev, quien, bajo la identidad falsa de Max Otto von Stirlitz, se infiltraba en las altas esferas del partido nazi y obtenía información sobre un complot estadounidense para negociar la paz a espaldas de la Unión Soviética. Era una fusión hábil de los enemigos del pasado con los de la Guerra Fría, y ayudó a familiarizar al público soviético con la figura del espía ilegal. A partir de entonces, la serie pasó a formar parte de la programación televisiva habitual y se convirtió en la más vista de la historia de la URSS.

Andrópov fue uno de los primeros defensores de la serie. Se reunió con su autor, Yulián Semiónov, y le concedió acceso a los archivos del KGB, además de permitirle entrevistar a sus funcionarios en busca de inspiración. Su objetivo era que el pueblo soviético

tuviera una imagen positiva de los espías desplegados en el extranjero y reforzar la noción de que los agentes ilegales eran servidores abnegados de la causa.[1] Isáiev representaba la antítesis de James Bond: no usaba artefactos tecnológicos ni armas lujosas, y tampoco protagonizaba escenas de seducción.[2] La lógica soviética dictaba que los verdaderos héroes debían renunciar a los placeres personales en defensa de la patria.

En una de las escenas más conmovedoras, Isáiev y su esposa se ven desde lejos tras quince años de separación, pero sólo pueden intercambiar miradas en silencio, ya que él aún mantiene su identidad como Stirlitz. Toda una generación de jóvenes soviéticos creció queriendo parecerse a él, incluido un joven de San Petersburgo llamado Vladímir Putin, quien ingresó en el KGB dos años después del estreno de la serie y más tarde recordaría cómo los libros y películas de espías habían capturado su imaginación: «Lo que más me asombraba era que los esfuerzos de una sola persona pudieran lograr lo que ejércitos enteros no. Un espía podía decidir el destino de miles de personas», declaró.[3]

La misión de Isáiev poco tenía que ver con el trabajo real de los ilegales, aunque es probable que parte de la inspiración para la serie proviniera de una de las operaciones ilegales más exitosas del KGB en años anteriores, relacionada con la invención de un supuesto grupo de conspiradores nazis. El responsable de aquella misión fue Yuri Drozdov, jefe adjunto del Directorio S, quien había sido ilegal y adoptado numerosas identidades ficticias a lo largo de su extensa carrera, pero que se consagró al interpretar a un nazi viejo y amargado durante esa operación. Fue una de las interpretaciones más memorables en la historia de los ilegales del KGB.

Estados Unidos era el Principal Enemigo, pero Alemania era el corazón palpitante de la Guerra Fría, el lugar donde el mundo comunista y el capitalista se enfrentaban cara a cara. Durante la década de 1950, Moscú recibió un torrente de información de primera mano enviado por Heinz Felfe, un alto cargo del BND, el servicio de inteligencia de Alemania Occidental. Nacido en Dresde, Felfe estaba motivado por la repugnancia que le causó el bombardeo aliado a su ciudad a finales de la guerra y, durante más de una década, entregó a los soviéticos más de quince mil documentos secretos sobre el BND y sus aliados. Una evaluación de daños realizada posteriormente por la CIA reveló que había divulgado los nombres o alias de más de cien empleados de esa agencia, así como detalles sobre innumerables operaciones y métodos.[4] Pero en 1961 finalmente fue arrestado, lo que dejó al KGB con un gran vacío de inteligencia que sólo se logró llenar con el tiempo, aprendiendo de los métodos de la HVA, la agencia de inteligencia exterior de Alemania Oriental.

La HVA contaba con una gran ventaja sobre el KGB en lo que respecta a las actividades ilegales: sus operativos no necesitaban una formación lingüística exhaustiva para infiltrarse en Alemania Occidental. Ciertamente, existían diferencias en referencias culturales, vestimenta y estilos de cabello entre ambas Alemanias —diferencias que se intensificaron a medida que aumentaba la brecha cultural entre los dos países—, pero los ilegales de la HVA no requerían años de clases de idiomas para hacerse pasar por nativos de Alemania Occidental.

Un problema que sí compartían tanto los ilegales de la HVA como los del KGB era que sus operativos no podían utilizar títulos

universitarios obtenidos en el Este para acceder a puestos en Occidente, lo que los obligaba a desempeñar oficios de clase trabajadora y limitaba sus posibilidades de infiltrarse en la élite política. Sin embargo, Markus Wolf, quien pasó muchos años al frente de la HVA, supo encontrar una solución creativa para sortear esa dificultad. Ésta se basaba en la iniciativa de uno de sus ilegales, que operaba bajo la identidad de un viajante de champú y que, por impulso, comenzó a frecuentar la parada de autobús más cercana a las oficinas de la cancillería de Bonn al final de la jornada laboral, donde entablaba conversación con los trabajadores que esperaban el transporte para volver a casa.

De esos encuentros casuales surgió una relación con una joven secretaria de la cancillería que, poco a poco, se fue profundizando hasta convertirse en un romance. Al cabo, las conversaciones íntimas entre ambos se revelaron como una fuente invaluable de información sobre el gobierno de Alemania Occidental. A partir de esta experiencia, Wolf comprendió que las secretarias, en muchos casos, tenían acceso a tanta información confidencial como sus superiores e incluso más. También entendió que la escasez de hombres tras la posguerra había dejado a muchas mujeres en esas oficinas solas, aburridas y con pocas oportunidades de encontrar pareja. Por ello, decidió entrenar a un grupo de amantes seductores y atentos que pudieran llenar ese vacío y aprovechar esta vía para obtener inteligencia. El programa resultante se conoció como los «Espías Romeo».

A medida que fue evolucionando, las biografías de los Romeos se comenzaron a adaptar a objetivos específicos. Antes de iniciar un acercamiento, el operativo recibía un expediente detallado que

enumeraba los hábitos, gustos y aversiones del objetivo potencial, lo que facilitaba su actuación.

Cuando una mujer mostraba inclinaciones izquierdistas, el Romeo, una vez consolidado el vínculo amoroso, revelaba su origen en Alemania Oriental y la persuadía para que colaborara proporcionando información. En cambio, con aquellas mujeres que rechazaban cualquier relación con el Este comunista, los Romeos adoptaban diversas identidades falsas para ganarse su confianza. Entre sus coberturas se contaban la de un alemán occidental conservador, un físico empleado en una empresa internacional dedicada a la investigación por la paz mundial y un periodista danés de perfil intelectual.[5]

Wolf compartía con Moscú la información que recogían sus operativos, pero el KGB también reclutó directamente a alemanes del Este y organizó sus propias operaciones Romeo. La primera de ellas se lanzó en 1968, cuando un ilegal consiguió iniciar un romance con Margret Höke, una secretaria de la oficina del presidente de Alemania Occidental.[6] El agente le contó a Höke que era un estudiante de doctorado que necesitaba documentos de la oficina del presidente para su tesis. Con el tiempo, esa historia perdió credibilidad y el ilegal recurrió a otra estratagema para convencerla de que siguiera proporcionándole información. Sabía que su amante era una derechista acérrima y que jamás accedería a espiar para Alemania Oriental o el KGB. En lugar de eso, le dijo que era representante de una organización de antiguos oficiales nazis con sede en Sudamérica y que necesitaba acceso a registros estatales de Alemania Occidental para contribuir a un resurgimiento de la derecha, ofreciéndole quinientos marcos mensuales a cambio. Höke

aceptó, motivada por una mezcla de incentivos financieros e ideológicos. Tenía acceso a actas de reuniones, notas informativas y numerosos documentos de la oficina del presidente que fotografiaba con una cámara diminuta oculta en un pintalabios para luego entregarle la película a su amante.[7]

Pronto quedó claro que la bandera falsa de una «organización de antiguos nazis» podía ser especialmente eficaz para reclutar a contactos en oficinas de organismos estatales de Alemania Occidental. Tras la guerra, muchos nazis se reinventaron como anticomunistas y fueron bien recibidos por los aliados, dispuestos a aceptar su colaboración en la nueva lucha contra la amenaza soviética sin hacer demasiadas preguntas sobre su pasado. Por ejemplo, tenían una presencia particularmente significativa en el BND, que hasta 1968 estuvo dirigido por Reinhard Gehlen, antiguo jefe de la inteligencia militar nazi en el frente oriental.

La estación del BND en París, instalada en un imponente chalet antiguo en Saint-Cloud, estaba bajo el mando de Alfred Dürrwanger, antiguo mayor de la Wehrmacht y yerno de Reinhard Gehlen.

El caso es que, gracias a distintas fuentes, el KGB averiguó que la secretaria de Dürrwanger, Heidrun Hofer, tenía fama de fiestera, que le gustaba beber y que en la oficina solía mostrarse relajada y coqueta. Y así fue como un día apareció en su vida un joven alto, rubio y de ojos azules, amable y buen conversador llamado Hans Puschke.[8] A veces se presentaba en la puerta del apartamento de Heidrun vestido de traje y con un ramo de flores en la mano. El único inconveniente era su costumbre de desaparecer durante largos

períodos sin dejar ningún dato de contacto, pero cuando regresaba la invitaba a escapadas románticas a la Costa Azul, a Marsella o incluso a Atenas. En una fotografía tomada por Heidrun durante uno de esos viajes, Hans parece un turista feliz y despreocupado: viste completamente de blanco, lleva una cámara colgada al cuello y su rostro está bañado por la cálida luz del sol.

En muchos sentidos era un romance perfecto, aunque Heidrun no podía evitar sentirse incómoda por las prolongadas ausencias de su amante. Al final Hans le ofreció una explicación: su padre había sido oficial de las SS y, tras huir a Sudamérica al terminar la guerra, había llegado a dirigir una organización ultrasecreta de antiguos nazis conocida como los *Überlebensträger*, «los sobrevivientes». Las misiones clandestinas que realizaba para el grupo por toda Europa explicaban sus constantes desapariciones.

Como prueba de su compromiso, le propuso matrimonio y le pidió conocer a sus padres. Poco después, viajaron juntos al pueblo natal de ella. La madre mostró desconfianza, recelosa por la costumbre de Hans de esfumarse sin dejar rastro, pero el padre quedó encantado. Conversó largo rato con el joven sobre los «buenos tiempos» y se convenció de que se trataba de un patriota idealista que valoraba lo que, según él, los nazis habían hecho por Alemania. Le dijo a su hija que aprobaba la relación y le recomendó que ayudara a su prometido en todo lo que pudiera.

Después de aquello, Heidrun comenzó a entregarle información a Hans con tanta regularidad que, para los supervisores del KGB, aquello parecía demasiado bueno para ser verdad. Las autoridades del Directorio S en Moscú comenzaron a sospechar que algo no cuadraba. ¿Y si Heidrun había informado a sus superiores del BND

sobre el acercamiento y estaban usando la relación para filtrar información falsa? Ante esa posibilidad, Yuri Drozdov, jefe adjunto del Directorio S, llevó el caso directamente a Andrópov y juntos concluyeron que la mejor forma de comprobar la fidelidad de la joven era enviar a un segundo ilegal que pudiera hacerse pasar por el padre de Hans y evaluar en persona la credibilidad de la nueva agente. Si se confirmaba que era auténtica, ese segundo ilegal podría incluso reforzar su compromiso con la causa. Sólo faltaba una cosa: encontrar a alguien capaz de interpretar convincentemente al jefe de los *Überlebensträger*. Entonces Drozdov le dijo a Andrópov que tenía al candidato ideal: él mismo.

Yuri Drozdov fue una incorporación poco común a la cúpula del Directorio S, pues la mayoría de sus miembros eran burócratas de carrera sin experiencia operativa sobre el terreno. Se unió al KGB en 1956, tras más de una década en el ejército, y se formó como ilegal germanoparlante. Establecido en Berlín Este, viajaba con frecuencia a Occidente bajo diversas identidades falsas. Durante las negociaciones previas al intercambio de espías que permitió el regreso de Rudolf Abel a la Unión Soviética en 1962, Drozdov fue llamado para interpretar el papel de un alemán pariente lejano de Abel. Más adelante, dio un paso poco común para un ilegal al pasar al área «legal» de la agencia de seguridad y dirigir operaciones de espionaje desde la embajada soviética en China, donde estaba destinado con cobertura diplomática. En 1969 regresó a Moscú y fue nombrado jefe adjunto del Directorio S.

Gracias a su entrenamiento como ilegal, Drozdov sabía ser un conversador agradable y hacer que la gente se sintiera cómoda cuando quería. Sin embargo, bajo esa fachada encantadora era despiadado e inflexible. Sus ojos podían expresar una amable preocupación en un instante y fulminar con una mirada de serpiente al siguiente. En 1962, cuando se hacía pasar por primo de Rudolf Abel, el abogado de éste, James Donovan, lo describió como «un hombre delgado y de aspecto recio de unos cincuenta y cinco años», y supuso que pertenecía a la policía secreta de Alemania del Este. En realidad, Drozdov tenía entonces apenas treinta y seis.[9] Quince años después, con el mismo porte militar pero con el rostro largo y curtido aún más envejecido, realmente podía hacerse pasar por un nazi viejo y amargado, a pesar de que al final de la guerra era apenas un adolescente.

Encontró en unos archivos de Moscú la biografía de un oficial de la Wehrmacht de familia aristocrática que había perecido en el frente oriental: el barón von Hohenstein, y pasó semanas enteras inventando una leyenda según la cual había sobrevivido a la guerra y huido a Sudamérica. Hacía ya una década que había estado en el terreno bajo una identidad germanoparlante, por lo que tuvo que esforzarse para recuperar la fluidez y el acento en ese idioma. Leyó las memorias de varios oficiales de las SS, así como material de interrogatorios en los archivos del KGB, y se aprendió de memoria el antiguo juramento de la Wehrmacht: «Juro al líder del pueblo alemán, Adolf Hitler, ser un soldado valiente y leal.»

Para terminar de dar forma a su leyenda, se trasladó a Perú, donde vivía una numerosa comunidad de antiguos nazis, algunos de los cuales habían recibido ayuda de los servicios de inteligencia

británicos y estadounidenses para escapar —y que luego trabajarían como asesores de los regímenes derechistas sudamericanos—. En Lima, visitó un hotel conocido como punto de encuentro de esa comunidad, en cuya recepción encontró a la venta memorias de oficiales de la Wehrmacht mientras desde el restaurante se filtraban melodías folclóricas alemanas.[10] No llegó a interpretar el papel de Hohenstein en Perú —los hombres que frecuentaban ese lugar lo habrían descubierto fácilmente—, pero pasó tiempo con ellos y escuchó sus relatos, lo que le sirvió para enriquecer la historia de fondo de los *Überlebensträger* y su supuesta red en Sudamérica.

En el cuartel del KGB algunos dudaban de que Drozdov lograra cumplir con las exigencias lingüísticas de su papel, pero él aseguraba que estaba a la altura. Tal vez lo impulsaba la irónica simetría de la misión: en 1944 se había graduado en una escuela de artillería justo a tiempo para participar en los últimos seis meses de la Gran Guerra Patriótica. Había combatido en la liberación de Varsovia al mando de un pelotón que luego continuó su avance hasta Berlín. Había contribuido —aunque fuera en una escala modesta— a la caída del Tercer Reich. Y ahora, un cuarto de siglo más tarde, estaba a punto de asumir el rol de líder de una organización clandestina que afirmaba querer restaurarlo.

Hans le contó a Heidrun que su padre planeaba viajar desde Sudamérica para conocerla. Sin embargo, le explicó, por razones de seguridad era mejor que el encuentro se produjera en territorio neutral. Así, una mañana brumosa la llevó en coche hasta una aldea desierta en los Alpes austriacos, donde su supuesto padre los

aguardaba. A Heidrun, el barón le pareció imponente: alto, delgado, con un porte altivo y aristocrático. Pero la saludó con cordialidad y le habló del futuro: algún día, dijo, las fuerzas patrióticas podrían recuperar el poder en Alemania; por ahora, no obstante, su organización necesitaba toda la ayuda posible para mantenerse informada sobre los asuntos de la patria. Y ella podía desempeñar un papel fundamental en esa tarea, le aseguró. Estaba encantado de que se casara con Hans y le rogaba que hiciera todo lo que estuviera a su alcance para seguir colaborando con la causa. Su alemán sonaba algo extraño, pero no resultaba sorprendente en un hombre que había pasado dos décadas escondido en Sudamérica. Tras una breve conversación, el barón se despidió y desapareció por las carreteras de montaña.

La reunión convenció a Drozdov de que Heidrun era una fuente legítima. Al regresar a Moscú, informó de su evaluación a Andrópov. El presidente del KGB bromeó diciendo que deberían hacer una película sobre su actuación como el barón von Hohenstein, lo que quizá plantó el germen de la idea que más tarde daría origen a la serie televisiva *Diecisiete instantes*. Durante los meses siguientes, Heidrun continuó entregando toda la información que pasaba por sus manos sin saber que no existía ninguna organización llamada los «*Überlebensträger*» y que el barón von Hohenstein no operaba desde un escondite secreto en Perú, sino desde un amplio despacho con vistas a un pasillo alfombrado de la Lubianka.

En 1973 fue trasladada nuevamente a la sede central del BND, donde trabajó en el departamento encargado de coordinar los proyectos militares conjuntos de la OTAN. Hans le explicó que era demasiado arriesgado para él ingresar en Alemania Occidental, así

que se encontraban los fines de semana en Salzburgo, Innsbruck o Ginebra. Entre los documentos que proporcionó Heidrun había una lista de todos los diplomáticos soviéticos que el gobierno de Alemania Occidental consideraba espías, así como informes sobre los planes de acción de los servicios de inteligencia de la OTAN en caso de un conflicto abierto con la Unión Soviética.

Con el tiempo, frustrada por la fugacidad de sus encuentros con Hans y por el hecho de que su compromiso aún no se hubiera concretado en una boda, intentó terminar la relación, pero él se deshizo en disculpas, la tranquilizó y la convenció de seguir colaborando: a partir de entonces, debía entregarle el material a otra persona, un mensajero de los *Überlebensträger* —que no era sino otro ilegal—. Heidrun continuó suministrando documentos al KGB hasta finales de 1976, cuando una investigación interna motivada por las sospechas que despertaba su lujoso estilo de vida condujo finalmente a su detención.[11]

Mucho tiempo después, Drozdov aseguró que su encuentro con Heidrun Hofer no había sido más que una pequeña parte de la misión del barón von Hohenstein: una suerte de ensayo general para reclutar a la fuente más valiosa que los *Überlebensträger* lograron allegar. Se trataba de un oficial al que el KGB asignó el nombre en clave D-104 y que trabajaba, según palabras del propio Drozdov, en «el área más confidencial del BND». Hijo de un alto mando de la Wehrmacht, D-104 se reunió en varias ocasiones con el barón von Hohenstein y, durante cinco años, le proporcionó información de

vital importancia, hasta que la detención de Hofer obligó a suspender la operación.

A comienzos de la década de 1990, Drozdov —ya jubilado— se refirió públicamente a D-104. El BND lanzó entonces una cacería retroactiva de topos, y las sospechas recayeron sobre Volker Foertsch, un destacado oficial del servicio que coincidía con la descripción proporcionada por Drozdov. Si Foertsch era en realidad D-104, se trataba de un triunfo asombroso del KGB y de la artimaña del falso barón. Foertsch negó la acusación con vehemencia y, tras una breve investigación, la búsqueda se dio por concluida. Más adelante, Drozdov publicó una ampulosa declaración en la que desmentía a medias que Foertsch fuera D-104 y añadía que, en realidad, el verdadero D-104 ni siquiera habría sabido —hasta que estalló el escándalo— que había trabajado todos esos años para los soviéticos y no para los *Überlebensträger*. Tal vez nunca se llegue a saber la verdad sobre D-104: puede que fuera Foertsch, puede que otro oficial... o puede que fuera una invención de Drozdov, una última jugarreta lanzada desde el retiro para desconcertar a sus antiguos enemigos.[12]

El destino de Heidrun Hofer fue bastante menos ambiguo. Al enterarse de que había caído en la trampa de un espía Romeo, quedó anonadada y, durante una pausa en los interrogatorios, se arrojó por la ventana de la sala, en un sexto piso. Unos arbustos amortiguaron su caída, pero pasó varios meses en el hospital. Finalmente el caso contra ella fue sobreseído. Durante las décadas siguientes conservó con cariño las pocas fotografías que tenía de «Hans», su prometido, junto con el anillo de compromiso que él le había regalado. Jamás llegó a saber su verdadero nombre.[13]

Cuando informaron a Andrópov del intento de suicidio de Heidrun, soltó una risita y comentó que, por fin, el KGB tenía la prueba de que no era una agente doble. Años más tarde, Drozdov recordó con satisfacción que el horror de Heidrun al descubrir el engaño era señal de que había interpretado bien su papel. Esa clase de insensibilidad era habitual en el KGB, donde raramente se consideraba el coste humano de las operaciones ilegales. Pero en este caso era más comprensible que en otros: Alfred Dürrwanger, jefe de Heidrun en la sede parisina del BND, había sido condecorado con la Cruz de Caballero en 1942 por apoderarse de un faro en la península de Kerch, en Crimea. En la mención de la condecoración se destacaba, con orgullo, que el asalto había dejado 2.100 soldados del Ejército Rojo muertos y 8.100 prisioneros.[14] Para Drozdov, no cabía duda de que derrotar a enemigos como ése justificaba cualquier daño colateral.

18

El Principal Enemigo
Espiar a los estadounidenses

El momento más crítico de 1962, cuando la crisis de los misiles en Cuba puso al mundo al borde de una guerra nuclear, había quedado atrás. La lógica de la destrucción mutua asegurada, según la cual la vulnerabilidad de ambas partes disuadía a cualquiera de lanzar un primer ataque, llevó consigo una forma peculiar de estabilidad en plena Guerra Fría. Esa etapa culminó en 1972 con la visita de Richard Nixon a Moscú, la primera realizada por un presidente estadounidense. Nixon y Brézhnev firmaron siete acuerdos, entre ellos uno sobre control de armamentos y otro para prevenir enfrentamientos militares accidentales. Al año siguiente Brézhnev devolvió la visita con un viaje a Estados Unidos, un gesto simbólico que consolidó el inicio de la llamada *détente*, o distensión.

Pero incluso durante ese período más tranquilo, tanto en Moscú como en Washington era evidente que los contornos generales de la Guerra Fría habían llegado para quedarse. Para el KGB, el Principal Enemigo seguía siendo el principal enemigo, y la rivalidad entre ambos sistemas ya no se limitaba a Europa, sino que se extendía a buena parte del mundo. Moscú, además, buscaba activamente

acceder a secretos científicos y tecnológicos estadounidenses: el breve impulso económico de la era Jrushchov se había desvanecido y la economía soviética arrastraba un claro retraso frente a sus competidores capitalistas.

Y en ese punto muerto de la Guerra Fría, el espionaje era un elemento esencial. Tanto el KGB como la CIA operaban en secreto para reclutar a agentes del bando contrario con cierto grado de éxito. Sin embargo, realizar operaciones de inteligencia humana dentro del territorio enemigo se había vuelto casi impracticable para ambas agencias. En Estados Unidos, la paranoia anticomunista que había caracterizado la era McCarthy había menguado, pero el FBI seguía destinando amplios recursos a obstaculizar las actividades soviéticas en suelo estadounidense. Un informe del KGB de 1966 expresaba, con tono de frustración, que la vigilancia del FBI sobre sus funcionarios con cobertura diplomática era tan intensa que cualquier intento de espionaje resultaba casi imposible.

En Moscú, por su parte, la omnipresente vigilancia del KGB sacaba de quicio a los agentes de la CIA, que ideaban estratagemas cada vez más complejas para despistar a sus perseguidores: salidas desde la embajada en furgonetas con varios ocupantes, cambios rápidos de pasajero en esquinas estratégicas o incluso el uso de maniquíes como señuelos. Pero ni siquiera estas maniobras ingeniosas lograban alterar una realidad insoslayable: Moscú era, por lo general, un entorno demasiado peligroso para mantener contactos con fuentes o intentar nuevos reclutamientos.

Una de las consecuencias de que tanto Moscú como Washington encontraran tan difícil espiar en la sociedad del otro fue que la batalla del espionaje se trasladó a terceros países. El KGB enviaba

escuadrones de agentes «legales» a destinos donde los diplomáticos soviéticos no estaban tan estrechamente vigilados como en Estados Unidos o Europa occidental con el objetivo de acercarse a diplomáticos y ciudadanos estadounidenses residentes en el extranjero. En la década de 1970 se desplegaron agentes soviéticos en Ciudad de México, Viena, Delhi, Tokio, Singapur, Beirut, Kabul, Addis Abeba y Monrovia con el propósito exclusivo de reclutar a estadounidenses. Sólo en las embajadas escandinavas, el KGB tenía asignados a quince agentes a tiempo completo dedicados a ese fin. [1]

Una guía interna del KGB detallaba lo que consideraban los rasgos típicos de la psique estadounidense, para ayudar a los agentes a planificar sus acercamientos: «Los estadounidenses tienen fuertes tendencias chauvinistas, son seguros de sí mismos y desprecian a otras naciones. Creen en la superioridad de su estilo de vida y están orgullosos de su "democracia".» El informe también consignaba el «bajo nivel cultural» del estadounidense promedio, señalando que su consumo intelectual se limitaba en gran medida al cine y la televisión: «Afirman que adoran a Tolstói, Dostoyevski y Chéjov, pero pocos de ellos los han leído realmente.»[2] Según esta misma visión, los estadounidenses eran sexualmente liberales y «su única medida del éxito es el dinero».

La CIA, por su parte, redactó manuales similares para orientar a sus oficiales sobre cómo captar a posibles informantes soviéticos y reforzó sus estaciones en terceros países. Allí, vigilar la embajada soviética y la residencia del KGB se convirtió en una prioridad. La mayor parte de esta delicada danza de reclutamiento entre espías de ambos bandos se llevaba a cabo en cócteles, partidos de bádminton

y paseos matutinos en países neutrales de todo el mundo, no en Moscú ni en Washington D. C.

Las consecuencias de contar con pocos operativos sobre el terreno en el territorio de la otra superpotencia a veces se hacían sentir con fuerza. Para la CIA, uno de esos momentos críticos fue el período previo a la crisis de los misiles de Cuba, cuando Oleg Penkovski, un alto oficial de la inteligencia militar soviética, se alarmó ante la imprevisibilidad de Jrushchov y quiso advertir a Occidente de que la amenaza de una guerra nuclear era real. Desesperado, abordó a dos estudiantes estadounidenses en una calle de Moscú y les pidió que entregaran un mensaje en su embajada.

Sin embargo, la CIA sabía que sus oficiales en Moscú estaban sometidos a una vigilancia extrema y temía que cualquier contacto con Penkovski atrajera la atención del KGB. Por ello recurrió al MI6, que reclutó como intermediario a Greville Wynne, un empresario británico con negocios al otro lado del Telón de Acero. Más adelante se reconocería que la información proporcionada por Penkovski ayudó a moldear la respuesta estadounidense durante la crisis de los misiles y quizá incluso evitó una guerra nuclear, pero no pasó mucho tiempo antes de que fuera descubierto. Penkovski y Wynne fueron arrestados en 1962: el ruso fue ejecutado y Wynne terminó en prisión.[3]

Para establecer un contacto seguro con futuros Penkovski, la CIA habría necesitado sus propios operativos ilegales —o algún equivalente— dentro de la Unión Soviética: personas capaces de moverse por Moscú sin atraer la atención de los temibles agentes de contrainteligencia del KGB. Sin embargo, los intentos de la Agencia por infiltrar a emigrados rusos en territorio soviético a principios de

los años cincuenta habían fracasado, y no hay indicios de que la Agencia haya vuelto a intentar infiltrar a operativos que se hicieran pasar por ciudadanos soviéticos. Entrenar a personas en los matices de la vida cotidiana en la URSS y luego proporcionarles una leyenda y una documentación lo bastante sólidas como para resistir el escrutinio de un Estado obsesionado con la burocracia era, sencillamente, una tarea casi imposible.

Aun así, la CIA era plenamente consciente de las limitaciones de depender exclusivamente de agentes "legales", es decir, aquellos asignados a embajadas con cobertura diplomática. Por eso, terminó adoptando un sistema de operativos encubiertos inspirado en algunos principios del trabajo de los ilegales soviéticos. A estos agentes se los conocía como «operativos sin cobertura oficial» («*nonofficial cover operatives*» o NOCS, por sus siglas en inglés).

El Directorio S del KGB debía hacer pasar a sus ilegales por extranjeros, ya que cualquier ciudadano soviético en el extranjero —dado que no se permitía a los soviéticos viajar libremente— despertaba sospechas inmediatas de estar vinculado al KGB. En cambio, como los estadounidenses que vivían fuera del país no generaban esas mismas sospechas por defecto, la CIA podía asignar a sus NOCs puestos en filiales de empresas estadounidenses en el extranjero. Estas coberturas, a menudo aprobadas por las sedes centrales de las compañías, hacían que todo el proceso de establecer identidades falsas fuera mucho más sencillo que el complejo sistema soviético basado en dobles vivos o muertos.

Sin embargo, la Agencia descubrió muy pronto lo difícil que era entrenar a agentes para misiones encubiertas de largo plazo. En un caso, se permitió que un joven pasara cuatro años construyendo su

identidad falsa en un país-objetivo: asistió a la universidad, se estableció como vendedor y llevó una vida aparentemente normal. Pero, cuando por fin estuvo listo para ser activado, había perdido el interés en trabajar para la CIA.

En otros casos, según un informe interno sobre los NOCs, las identidades falsas no eran lo bastante creíbles. «Había demasiados vendedores que no vendían, estudiantes que no estudiaban, asesores que no asesoraban», señalaba el informe. Algunos llevaban una vida ostentosa con familias numerosas, convencidos de que todo marchaba bien hasta que alguien del entorno empezaba a sospechar. «Tal vez el jefe encargado de su identidad falsa le decía al jefe de estación: "¿Fulano de tal es uno de los suyos? ¡Nunca he visto a nadie que pareciera tan falso!"»[4]

No obstante, los beneficios de utilizar NOCs superaban con creces esas dificultades, por lo que el programa fue ampliándose con el tiempo. Algunos NOCs lograron mantener largas carreras empresariales sin despertar sospechas. Sin embargo, el programa no resolvía la cuestión central: ¿cómo podía la CIA llevar a cabo operaciones de inteligencia humana dentro de la Unión Soviética? Colocar un NOC en Moscú era prácticamente imposible: los pocos occidentales que residían allí eran objeto de una intensa vigilancia por parte del KGB y generaban, de entrada, una enorme desconfianza.

Para operar con NOCs dentro del bloque soviético, la CIA habría necesitado agentes ilegales capaces de hacerse pasar por ciudadanos soviéticos. Pero, tras los fracasos de los primeros intentos en los años cincuenta, la Agencia no estaba dispuesta a volver a intentarlo.

El KGB, sin embargo, mantenía firme la convicción de que los ilegales debían seguir siendo un elemento clave del espionaje contra el Enemigo Principal. Creían que, al no estar sujetos a la vigilancia del FBI y poder desplazarse por Estados Unidos con relativa libertad, los ilegales representaban la solución ideal frente al entorno de contraespionaje de la Guerra Fría. Además, contaban con mucha más flexibilidad que los agentes legales en la manera de llevar a cabo los intentos de reclutamiento de posibles fuentes.

A finales de la década de 1960, pocas personas en Occidente estaban dispuestas a arriesgarlo todo por espiar para la Unión Soviética por convicción ideológica. Una forma de sortear este problema era ofrecer incentivos financieros o recurrir al chantaje, pero otra estrategia era utilizar una bandera falsa, es decir, hacer creer a los reclutas que espiaban para otro país u organización. Según el KGB, los estadounidenses de ascendencia inmigrante a menudo sentían afecto hacia sus países de origen, por lo que era posible acercarse a estadounidenses con raíces polacas, griegas o italianas bajo la apariencia de miembros de los servicios de inteligencia de esos países. También estaba el clásico recurso de disfrazar el espionaje geopolítico como espionaje empresarial.

Fuera cual fuese la estrategia, los ilegales estaban en mejor posición para realizar acercamientos encubiertos que los funcionarios legales bajo cobertura diplomática, a quienes les resultaba mucho más difícil disimular sus vínculos con la URSS.

Aun así, cada vez resultaba más difícil fabricar leyendas creíbles y documentos convincentes para los nuevos ilegales, y más aún mantenerlos operativos y mentalmente estables una vez que llegaban a Occidente. Muchos de los que en un principio habían sido

seleccionados para operar en Estados Unidos, como Yuri Linov, terminaron destinados a otros países: el esfuerzo necesario para infiltrarlos en territorio estadounidense era sencillamente demasiado complejo. Al menos cuatro ilegales lograron entrar en Norteamérica durante los años sesenta, todos ellos a través de Alemania del Este y del Oeste. Sin embargo, una vez allí, la eficacia del contraespionaje del FBI, sumada a la presión psicológica de vivir como ilegal, acabó provocando que la mayoría de sus misiones fracasaran o fueran canceladas.

En febrero de 1965 Gennady Blyabin y su esposa entraron en Estados Unidos tras haber pasado tres años en Canadá haciéndose pasar por los Fischer, una pareja supuestamente originaria de Alemania Occidental. Peter Fischer trabajaba como corresponsal extranjero independiente, una tapadera ideal para relacionarse y obtener información. El Centro le encargó fotografiar instalaciones militares, pero en el verano de 1968 ordenó su regreso ante el temor de que el FBI hubiera descubierto su verdadera identidad. Como señal del impacto psicológico que la vida como ilegales había tenido sobre ellos, tiempo después tanto Blyabin como su esposa recibieron tratamiento por alcoholismo en un hospital.[5]

En 1967, Anatoli Rudenko, otro ilegal con un perfil similar, llegó a Estados Unidos. Había estudiado afinación de pianos en Alemania Oriental, donde adoptó la identidad de Heinz Walter Feder. En abril de 1961 cruzó a Occidente y encontró trabajo en la fábrica de pianos Steinway, en Hamburgo. Desde allí se trasladó a Londres y, finalmente, en 1967 se instaló en Nueva York, donde empezó a trabajar en la sala de exposiciones de Steinway & Sons, en la calle Cincuenta y Siete Oeste de Manhattan. Tras alquilar un pequeño

apartamento en Astoria, Queens, comenzó a afinar pianos por toda la ciudad, desde clubes nocturnos hasta viviendas particulares de renombrados concertistas. Ese empleo le permitía acceder a residencias exclusivas, como la amplia finca en Westchester de Nelson Rockefeller, por entonces gobernador de Nueva York y futuro vicepresidente de Estados Unidos. Llegó a redactar informes sobre el chef personal de Rockefeller y la niñera de la familia, con quienes había entablado amistad.

El Centro estaba profundamente impresionado por los contactos que había logrado establecer, aunque no estaba claro cómo podrían convertirse en fuentes de información útiles. Sin embargo, durante una visita a Moscú, Rudenko confesó que llevaba años mintiendo a sus superiores. En 1961, cuando aún estaba en Hamburgo, se había enamorado de una peluquera y había solicitado permiso para integrarla en su actividad. El Centro le ordenó romper de inmediato la relación, pero en realidad se casó con ella y la llevó a Nueva York sin comunicarlo. Lo más grave era que le había revelado su trabajo como espía y había descifrado transmisiones de radio delante de ella.

Por si fuera poco, admitió que su matrimonio había empezado a deteriorarse y que había iniciado un apasionado romance con una contable de Pensilvania. Sus supervisores, indignados, lo obligaron a redactar dos cartas de despedida: una dirigida a su esposa, en la que le decía que había huido porque la convivencia con ella se había vuelto insoportable, y otra a su amante, anunciándole que abandonaba Estados Unidos para escapar de su mujer. El KGB envió ambas cartas desde Viena sin remitente.

Rudenko fue apartado del servicio activo y vivió el resto de su vida, consumido por la vergüenza, en un apartamento de Prospekt Mira, en el norte de Moscú.[6]

La infiltración más exitosa de ilegales en el Principal Enemigo durante aquella década fue la de dos agentes que asumieron las identidades de Gerhard Köhler y Erna Decker, una supuesta pareja de Alemania Occidental. Köhler tenía una esposa real en Moscú, pero el KGB la consideró inadecuada para la vida clandestina, así que le asignaron a una mujer de Alemania Oriental a quien creían más apta para las exigencias del espionaje.

Los operativos se establecieron en Múnich y, en 1961, obtuvieron pasaportes de Alemania Occidental. Köhler encontró trabajo como ingeniero de radio y empezó a postularse en procesos de selección para trabajar en Estados Unidos. En 1963 recibió una oferta y la pareja se trasladó a Nueva Jersey. Desde allí, Köhler enviaba a Moscú información sobre avances científicos y tecnológicos. En 1970 ambos obtuvieron la ciudadanía estadounidense en una ceremonia celebrada en el juzgado de Newark. Como gesto de patriotismo, Köhler llegó incluso a unirse a una red de voluntarios dispuestos a colaborar con el FBI.

Pero la tensión acumulada empezó a pasar factura, y a ambos les resultaba cada vez más difícil sostener la farsa de su relación. En 1971 decidieron forzar una decisión por parte del Centro y viajaron a Haití para tramitar el divorcio. Aunque continuaron viviendo en el mismo apartamento y mantenían las apariencias ante sus amistades, Decker escribió al Centro exigiendo un nuevo compañero.

Finalmente, en 1972, Köhler fue repatriado a Moscú, donde se reencontró con su verdadera familia. Murió tres años más tarde. El

Centro nunca logró encontrarle a Decker otro compañero adecuado y, poco después, la retiró del servicio activo.[7]

A pesar de los problemas recurrentes que planteaban los ilegales sobre el terreno, y del tiempo, el dinero y los recursos cada vez mayores que requería «incubar» a nuevos operativos, el Centro no cejaba en su empeño. Todas esas complicaciones merecían la pena, sostenía el KGB, dada la extrema dificultad del trabajo ilegal. En 1969 las autoridades aprobaron un plan según el cual, para 1975 debían estar operativas diez nuevas «residencias ilegales» en Estados Unidos, así como dos en México y otras dos en Canadá. El plan también contemplaba la creación de cinco «residencias de comunicaciones estratégicas» repartidas por todo el continente americano que tendrían la misión de coordinar esa red de ilegales en caso de que estallara una guerra con Estados Unidos.

Aquellos planes resultaron ser excesivamente ambiciosos. En 1975 sólo quedaba un agente ilegal en activo en todo el país: el checo Dalibor Valoušek. Tanto él como su esposa habían logrado, de algún modo, sobrellevar las tensiones emocionales que exigía esa vida y habían conseguido establecer una base sólida desde la que desarrollar sus actividades de espionaje. Valoušek, además, llegó a plantear una propuesta audaz a sus superiores. Si salía bien, podría resolver dos de los principales problemas que habían lastrado a los ilegales desde los inicios de la Guerra Fría: cómo integrarse plenamente en la vida estadounidense y cómo mantener unidas a las familias.

19

El heredero
El intento de crear a un ilegal de segunda generación

Dalibor Valoušek nació en 1929 en una pequeña aldea de Moravia. Estudió en la Universidad Carolina de Praga y en 1955 fue reclutado por el KGB, que le asignó una identidad germanoparlante y lo envió a Halle, en Alemania Oriental, para recibir formación lingüística. Allí inició un romance con su profesora de alemán, Inge, y tras una evaluación por parte del Directorio S, se decidió destinarlos a ambos al extranjero como pareja de ilegales. El KGB le asignó a Valoušek la identidad de Rudolf Herrmann, un soldado de la Wehrmacht que había fallecido en la Unión Soviética en 1943. A finales de 1957 «Rudi», Inge y su hijo recién nacido, Peter, cruzaron a Alemania Occidental, donde se hicieron pasar por anticomunistas dispuestos a empezar una nueva vida en Occidente. La entrevista de Rudi con los servicios de seguridad de Alemania Occidental fue tan convincente que intentaron reclutarlo para enviarlo de vuelta al Este como espía, impresionados por su fervor anticomunista. Él rechazó educadamente la oferta.

En febrero de 1962, cuando ya contaban con pasaportes de Alemania Occidental, la familia se trasladó a Canadá. Se establecieron en las afueras de Toronto y comenzaron a buscar oportunidades de trabajo. Rudi encontró una charcutería alemana en venta en Yonge Street, cerca de la Canadian Broadcasting Corporation (CBC), la radiotelevisión pública canadiense, y pidió un préstamo bancario para adquirirla. Inge se encargó de la cocina, preparando grandes cantidades de ensalada de patata y horneando hogazas de pan negro al estilo alemán. En poco tiempo, el local se convirtió en un éxito entre la comunidad de inmigrantes alemanes en Toronto, especialmente entre quienes compartían una ideología derechista y disfrutaban escuchando las historias de los supuestos actos heroicos que Rudi decía haber cometido durante la guerra. En ocasiones cerraban el establecimiento y los hombres cantaban canciones de guerra nazis. Pero también acudían empleados de la sede de la CBC, y Herrmann se empeñaba en hacerse amigo de ellos. Era un narrador entretenido y le resultaba fácil ganarse la confianza de los demás.

Los Herrmann matricularon a Peter en un *kindergarten* local y, en 1963, Inge dio a luz a un segundo hijo, Michael. Poco después, la pareja decidió vender la charcutería para que Inge pudiera dedicarse a cuidar de los niños y Rudi a rentabilizar los contactos que había hecho. Gracias a un empleado de la CBC que había conocido en la charcutería, Rudi consiguió trabajo en la emisora nacional como técnico de sonido, aprovechando los conocimientos que había adquirido en Alemania. Al mismo tiempo, estudió Dirección de cine y poco después lo contrataron para producir un filme de campaña para el Partido Liberal de Canadá. Los Herrmann se habían convertido en

una familia modelo canadiense y, en febrero de 1967, obtuvieron la nacionalidad, prestando juramento a la reina en un juzgado de Toronto. Rudi sentía que había construido una buena plataforma desde la que conseguir auténticos contactos políticos, pero diez días después recibió un mensaje de radio con nuevas órdenes:

> REALIZAR LOS TRÁMITES NECESARIOS PARA OBTENER EL VISADO ESTADOUNIDENSE Y TRASLADARSE A ESTADOS UNIDOS.[1]

La familia obtuvo los visados estadounidenses a principios de 1968, y Rudi y Peter, que tenía once años, fueron en avión a Nueva York a buscar casa. Para sorpresa del chico, Rudi rechazaba una propiedad tras otra por considerarlas inadecuadas. Lo que no sabía era que su padre seguía unos criterios muy específicos para la compra: la vivienda debía estar aislada y no ser visible desde las propiedades vecinas, estar libre de obstrucciones hacia el este —de donde llegarían los mensajes de radio— y situada en un terreno elevado a buena distancia de las líneas eléctricas.

Finalmente encontraron el lugar adecuado en Hartsdale, en medio de un laberinto de calles de montaña, a una hora en tren al norte de Nueva York. La pequeña casa de dos plantas, pintada de marrón, estaba rodeada de árboles altos por todos lados salvo por el este, y se hallaba separada de la carretera por una empinada entrada para coches, fuera de la vista de vecinos curiosos. Era más pequeña que muchos de los imponentes chalets del barrio, pero aun así tenía espacio suficiente para una familia de cuatro. Rudi la compró por treinta y dos mil dólares, solicitando una hipoteca de veinte mil.

En mayo, un mes antes de la mudanza, Rudi viajó a París para recibir instrucciones de un oficial de la Línea N que le explicó que sus tareas en Estados Unidos consistirían en buscar posibles contactos entre personas progresistas y tratar de infiltrarse en el Instituto Hudson, que el KGB consideraba una tapadera del gobierno estadounidense. Él señaló lo que a su juicio era un fallo evidente en el plan: tenía un excelente título universitario de la Universidad Carolina de Praga, pero obtenido bajo otra identidad. En Estados Unidos, en cambio, no era más que un camarógrafo autónomo, sin estudios acreditados y con pocas excusas para acercarse a un laboratorio de ideas. El supervisor se encogió de hombros: debía hacer lo que pudiera.

Decidió entablar amistad con empleados de IBM, cuya sede principal, en Armonk, no quedaba lejos de su nuevo hogar en Hartsdale. Pronto empezaron a encargarle películas de formación y ventas, así como cortometrajes para proyectar en convenciones, pero con el tiempo los encargos se volvieron cada vez más complejos. En una ocasión lo enviaron a Alaska para rodar una cinta en la que los vendedores de IBM aparecían como audaces exploradores que empujaban los límites del mundo natural. En otro proyecto, tuvo que realizar una película que establecía paralelismos entre el liderazgo en el deporte y en el mundo empresarial. Para rodarla, se desplazó a la carrera Phoenix 150 y llevó consigo a Peter. Se movía con soltura en ese terreno, y sus películas, llenas de imágenes que exaltaban las virtudes del capitalismo, dejaban siempre contentos a sus clientes.

Por entonces, el Centro empezó a asignarle misiones que se consideraban demasiado arriesgadas para los agentes legales del

KGB, por estar más expuestos a la vigilancia, como parte de un plan global que buscaba hacer más proactiva la labor de los ilegales sobre el terreno.[2]

Era habitual que tuviera que desplazarse por todo el país para localizar lugares adecuados donde instalar buzones muertos. La mayoría se situaban cerca de instalaciones militares o complejos de acceso restringido, y él sospechaba que las entregas iban destinadas a operativos infiltrados en esos entornos. Otras tareas, en cambio, parecían tener poco sentido. En marzo de 1969, por ejemplo, recibió la orden de enviar una carta anónima a la NASA advirtiendo de que el próximo vuelo espacial tripulado sería saboteado.

Compró una máquina de escribir en una casa de empeños y redactó, en tono patriótico, una carta supuestamente escrita por un ciudadano preocupado que decía haber oído, en pleno vuelo comercial, a unos pasajeros hablando de un posible atentado. Después destruyó la máquina con una sierra y se deshizo de las piezas por separado. Recorrió en coche varios cientos de kilómetros hasta Charlotte, Carolina del Norte, donde tomó un autobús rumbo a Atlanta para enviar la carta desde allí. El regreso fue igual de enrevesado. La operación, tan laboriosa como absurda, no sirvió de nada: el lanzamiento se llevó a cabo según lo previsto.

Siguiendo la nueva directriz del KGB de dar a sus ilegales un papel más activo, se le encomendó también la supervisión de otros operativos, una tarea que era poco habitual para ilegales de largo recorrido desde principios de los años cincuenta. Pasó a ser el contacto de Hugh Hambleton, profesor de economía en la Universidad Laval de Quebec, reclutado por el KGB dos décadas atrás. A Hambleton le atraía sobre todo la idea de ejercer un papel

geopolítico en la sombra, y acabó convirtiéndose en uno de los activos más valiosos del servicio. Durante los años que trabajó para la OTAN en París, en la década de 1950, llegó a filtrar cientos de documentos clasificados. En 1961 dejó su puesto en la OTAN para doctorarse en la London School of Economics y más tarde obtuvo una plaza como profesor en Laval. Rudi se le acercó haciéndose pasar por un cineasta llamado Douglas, interesado en contratar a un asesor que conociera bien Quebec para un nuevo proyecto. Más adelante, cuando pudo reunirse con él en privado, le reveló que ambos tenían «amigos comunes» y lo reactivó con peticiones de información económica que el KGB necesitaba.[3]

En paralelo, su trabajo como cineasta empezaba a ser rentable. Había montado un equipo de última generación en el cuarto oscuro del sótano, y sus colegas de IBM acudían a su casa de Hartsdale para editar allí el material rodado.

Por supuesto, los accesorios de su vida como espía estaban bien guardados en un escritorio del piso de arriba. Una vez por semana, sacaba la radio y descifraba un mensaje enviado desde Moscú.

El Centro, con una insistencia casi obsesiva, lo presionaba sobre sus progresos con el Instituto Hudson, pero ¿cómo se suponía que un cineasta sin estudios universitarios, afincado en Nueva York, iba a infiltrarse en un laboratorio de ideas situado en Washington D. C.? ¿Y por qué, si tanto interés tenían en que lo lograra, no le permitían matricularse en la universidad y cambiar de profesión?

Una noche de abril de 1972, recibió un mensaje con órdenes de asistir a una reunión en Quito, Ecuador. Era una oportunidad poco común para una discusión cara a cara, y decidió aprovecharla para expresar su frustración por las torpes instrucciones del Centro. Como

era habitual, necesitaba una excusa que hiciera parecer su viaje un desplazamiento inocente vinculado a la actividad de su falsa identidad, así que encontró un cliente que requería imágenes de archivo de los Andes.

Peter, que ya tenía catorce años y estudiaba español, aceptó acompañarlo para ayudar con la traducción, y juntos emprendieron un viaje de dos semanas —que los llevaría a Perú, Brasil y, finalmente, a Ecuador— durante el cual el chico podría conocer una parte nueva del mundo y él filmar imágenes que le generaran algún ingreso y, lo más importante, asistir a la reunión donde por fin podría expresar su frustración.

Rudi podía mostrarse encantador con colegas y conocidos, pero con su hijo Peter era otra cosa: sin llegar jamás a ser violento, actuaba como un padre autoritario y exigente. Tenía poco respeto por la cultura estadounidense e imponía normas estrictas en casa. Prohibía los cómics, el rock and roll y cualquier cosa que, en su opinión, embotara la mente. El resultado era que el chico, siempre cortés y buen estudiante, batallaba para hacer amigos en la escuela y con frecuencia parecía desconectado.

Los constantes cambios y desarraigos tampoco contribuían al bienestar de Peter. Primero, la familia se había mudado de Canadá a Alemania cuando él tenía apenas cuatro años. Luego, justo cuando empezaba a sentirse cómodo en Toronto, lo sacaron de su escuela —un entorno amable— y lo inscribieron en un colegio de Nueva York donde sus compañeros lo maltrataban y le robaban el dinero del almuerzo. Le dolía, además, que todos hablaran de abuelos, tíos y

primos, mientras que sus propios padres no parecían tener familia alguna, y para colmo, la diferencia de seis años con su hermano menor dificultaba una relación cercana entre ellos.

Sin embargo, crecer en la familia Herrmann no carecía de ventajas. Para cuando llegó a la adolescencia, Peter ya había viajado más que la mayoría de sus coetáneos. La familia solía veranear en Europa y él había acompañado a su padre en varios viajes por carretera a lo largo de Estados Unidos durante rodajes. Ahora se le presentaba una aventura nueva y prometedora: un recorrido por Sudamérica. En casa, su padre imponía normas estrictas; en la carretera, en cambio, sentía que eran compañeros de viaje. Se alojaban en hoteles sencillos y exploraban las ciudades a pie.

Fue durante ese viaje cuando una idea comenzó a tomar forma en la cabeza de Rudi.

Después de filmar escenas de la vida cotidiana en Guayaquil, Ecuador, padre e hijo pusieron rumbo a Quito y se alojaron en un hotel del centro. Poco antes de las seis de la tarde, Rudi le dijo a Peter que saldría a dar un paseo y se escabulló hasta el lugar designado para la reunión: frente a un teatro, tal como se le había indicado en una transmisión radial recibida tiempo atrás en Nueva York. Al poco de llegar, se le acercó un hombre alto, delgado y de rostro alargado.

—Buenas noches —saludó—. ¿Ha leído algún libro de Elie Wiesel últimamente?

—No, he estado leyendo a Hemingway —respondió él.[4]

Tras el intercambio de frases en clave, se estrecharon la mano y el hombre se presentó como Yuri. Como era habitual, no dio más detalles, de modo que Rudi no tenía idea de que estaba frente al

jefe adjunto del Directorio S. Se trataba de Drozdov, quien, además de estar en Sudamérica posiblemente para documentarse sobre el «barón nazi» que pronto interpretaría, había recibido la misión adicional de calmar los ánimos del principal ilegal del Centro en Estados Unidos.

—Sólo he venido a transmitirle nuestro agradecimiento por sus servicios y hacerle saber que siempre estamos velando por su bienestar —le dijo a Rudi.

A éste, su nuevo contacto le cayó bien, y su enfado con el Centro comenzó a disiparse. Drozdov le pidió que se reuniera con él a las diez de la mañana siguiente en la Ciudad Mitad del Mundo, un complejo turístico y cultural situado a las afueras de Quito, donde se alza un monumento que marca la línea del ecuador. Rudi preguntó si podía llevar a Peter, y Drozdov respondió que estaría encantado de conocer al chico.

A la mañana siguiente, Drozdov y Rudi conversaron en alemán mientras Peter examinaba el monumento. Para él, no había nada extraño en aquel encuentro: era habitual que su padre entablara conversación con desconocidos durante sus viajes, sobre todo con «compatriotas alemanes».

Fueron a un restaurante cercano y Drozdov pidió para los tres un gran cuenco de ají de gallina, un guiso local cremoso y picante. El chico hundió el tenedor, probó un bocado pequeñísimo y enseguida empezó a jadear: le ardía la boca. Drozdov, mientras tanto, engullía felizmente cucharadas enteras.

Después de comer, Peter se fue a dar un paseo y Rudi le confesó a Drozdov que quería revelar su verdadera identidad a su hijo e incluirlo en su trabajo. Le preocupaba que Peter estuviera creciendo

como un estadounidense capitalista, y que la leyenda que él mismo debía mantener —la de un alemán derechista y reaccionario— complicara la relación con su hijo. Temía que, si esperaba demasiado para mostrarle sus verdaderas lealtades, podría perderlo para siempre.

Por su parte, Drozdov había observado atentamente a Peter durante el almuerzo y había quedado impresionado. El chico parecía más cómodo hablando con adultos que con sus iguales, y proyectaba una imagen seria y juiciosa.[5]

Durante años, los ilegales habían enfrentado dificultades por la falta de historial educativo occidental, lo que les hacía fracasar en las verificaciones de antecedentes necesarias para acceder a empleos gubernamentales o a puestos con información confidencial. La idea de un ilegal de segunda generación fascinaba a Drozdov, aunque también temía que un manejo erróneo pudiera abrir una brecha de seguridad. Por eso, le aconsejó a Rudi esperar unos años antes de dar ese paso.

La cuestión de los hijos era una de las más espinosas y dolorosas para los ilegales. Vadim Kirpichenko, jefe del Directorio S a finales de los setenta, reconoció que «rara vez era posible resolver la vida familiar de los agentes ilegales de un modo satisfactorio».[6] Sin embargo, se daba por sentado que las emociones humanas respecto a los hijos debían quedar en un plano secundario, pues los requisitos operativos tenían prioridad.

Los hijos que aprendían aunque sólo fuera unas pocas palabras de ruso tenían prohibido participar en misiones en el extranjero. Por ello, las parejas de agentes ilegales que daban a luz antes de partir

hacia una misión debían dejar a sus hijos con parientes o en orfanatos del KGB.

Un caso notable fue el de una pareja de ilegales que volvió a Moscú de visita con un hijo de un año, nacido durante la misión en el extranjero. Mientras ellos disfrutaban de unas vacaciones en un balneario termal del mar Negro, el niño aprendió algunas frases en ruso, lo que hacía muy peligroso hacerle regresar al extranjero. Por ello, lo dejaron en Rusia y, cuando volvieron a su destino, difundieron entre sus amigos la falsa noticia de que el niño había muerto en un trágico accidente.[7]

Muchos ilegales, como Rudi, tenían hijos que crecían en el Occidente capitalista creyéndose estadounidenses, canadienses o alemanes comunes y corrientes. Para el Centro, la gran cuestión era cuándo —y si acaso— los padres debían revelarles la verdad. Hacerlo mientras estaban en el extranjero implicaba un enorme riesgo operativo: ¿y si esos niños decían algo delante de sus amigos o profesores? Por eso, muchos ilegales no confesaban su verdadera identidad a sus hijos hasta el momento en que viajaban a la Unión Soviética tras ser retirados del servicio por sus superiores, lo que solía provocar crisis familiares.[8]

Pero existía un enfoque mucho más radical que casi nunca se había intentado.[9] Consistía en criar, durante muchos años, a un niño consciente de que sus padres trabajaban para el KGB y entrenarlo para que continuara su labor. Rudi reflexionó sobre las frustraciones que había experimentado al no lograr infiltrarse en el Instituto Hudson e imaginó que Peter podría obtener ese puesto, o incluso uno en el gobierno, y escalar en la jerarquía. Se le ocurrió que crear un ilegal de segunda generación mataría dos pájaros de

un tiro: impediría que su hijo se convirtiera en un estadounidense capitalista común —y que lo separaran de su lado mientras tanto— y a la vez ofrecería al KGB una nueva y prometedora generación de operativos.

En la primavera de 1974, dos años después del encuentro con Drozdov en Ecuador, Rudi recibió un mensaje de radio con órdenes de regresar a Sudamérica, esta vez a Chile. Apenas unos meses antes, el general Augusto Pinochet había dado un golpe de Estado para derrocar al presidente izquierdista Salvador Allende. Tanques y aviones habían abierto fuego contra el palacio presidencial de La Moneda, y Allende, al constatar que no contaba con el apoyo del ejército, había pronunciado un último discurso a la nación y luego se había suicidado.

A continuación se había desatado una dura represión en la que muchos izquierdistas perdieron la vida y decenas de miles fueron detenidos.

La CIA negó su participación en el golpe, pero celebró el cambio y apoyó a la junta en el período siguiente. En menos de dos semanas, Chile rompió relaciones diplomáticas con la Unión Soviética, y los diplomáticos y agentes legales del KGB que trabajaban en la embajada soviética en Santiago regresaron a Moscú.

Después de aquello, el Centro necesitaba con urgencia información sobre el Chile de Pinochet. La misión de Rudi consistiría en pasar tiempo sobre el terreno y enviar un informe acerca del ambiente que reinaba en el país, evaluando si el nuevo régimen estaba destinado a perdurar.

Como de costumbre, Rudi ideó una buena excusa para el viaje: había realizado un cortometraje educativo sobre las labores de parto para un contacto médico en el estado de Nueva York, al norte de la ciudad. Encargó el doblaje al español del filme y anunció que emprendería una gira por Sudamérica para exhibir la película en clínicas de maternidad. Peter volvió a ausentarse de la escuela para acompañarlo y servir de traductor. Esta vez, sin embargo, su padre tenía un motivo oculto para llevarlo consigo.

Padre e hijo viajaron en avión a Santiago, donde el ambiente era tenso y peligroso. Se alojaron en un hotel céntrico que, aunque en otro tiempo había sido majestuoso, aún mostraba las huellas del golpe: orificios de bala en las paredes y cortinas arrancadas. Fuera, patrullaban guardias armados que portaban sus metralletas con ambas manos, los dedos siempre cerca del gatillo, lo que inquietó a Peter. Por las calles circulaban jeeps con hombres armados y el palacio presidencial seguía dañado y tapiado.

Aunque muchas figuras prominentes de la izquierda huyeron tras el golpe, algunos permanecieron intentando organizar una resistencia, de manera que las redadas del ejército en los barrios considerados sospechosos eran frecuentes. Pocos meses después de la visita de Rudi y Peter, las fuerzas de Pinochet ejecutaron a Miguel Enríquez, líder del Movimiento de Izquierda Revolucionaria, tras localizarlo en un piso franco en las afueras de Santiago.

Una tarde, al regresar al hotel después de pasear por la ciudad, se asomaron a una habitación mientras la limpiaban y vieron un retrato de cuerpo entero de un hombre con uniforme nazi, presumiblemente el huésped. No estaba claro si había llegado a Chile huyendo tras la guerra o si había arribado recientemente desde otro lugar para

asesorar al nuevo gobierno de derechas, pero, en cualquier caso, aquella imagen aumentó su inquietud.

Poco después, durante un viaje en tren a Valparaíso, la ciudad costera donde un motín naval dio inicio al golpe de Estado, unos hombres armados les exigieron con violencia sus pasaportes. Si no hubiera sido por la calma de Rudi, probablemente los habrían detenido como extranjeros sospechosos.

Antes de regresar a Nueva York, hicieron escalas en Bolivia y Perú, donde Rudi debía redactar su informe. Una tarde, mientras caminaban por Miraflores, un barrio limeño de categoría situado sobre unos acantilados que asoman al océano, Rudi decidió que había llegado el momento. Le pidió a Peter que se sentara con él en un banco y, mientras contemplaban el Pacífico, le explicó que lo que estaba a punto de contarle era muy importante y que nunca podría hablar de ello en público, ni entre sus amigos ni, por supuesto, con su hermano menor. Peter asintió.

—Tengo algo que confesarte —dijo tomando aire—. No soy quien tú crees. No soy alemán ni me llamo Rudi. Soy checo, me llamo Dalibor Valoušek y trabajo para la Unión Soviética, más precisamente para el KGB.

Le habló sobre su familia al otro lado del Telón de Acero y le explicó que, aunque lo hubiera escuchado hablar muchas veces como un nazi, en realidad era todo lo contrario: un comunista convencido de que el marxismo era la solución a los problemas del mundo. Su misión consistía en garantizar la paz mundial.

—¿Lo sabe mamá? —preguntó el chico.

—Ella también es del KGB —respondió él.

Mientras Rudi hablaba, dos pensamientos se cruzaron en la mente de Peter. Durante años, se había sentido desconectado del mundo y de quienes lo rodeaban. Estaba convencido de que era porque no tenía otra familia más allá de sus padres y su hermano. Al escuchar a su padre hablar de abuelos, tíos y primos, se preguntó si eso cambiaría a partir de ahora.

Pero había algo en la confesión de su padre que lo impactó más profundamente: ¡los rusos! ¡El KGB! Esos nombres cayeron sobre él como relámpagos. Había sido testigo, con la discreta complicidad de su padre, de muchas desigualdades e injusticias en la vida estadounidense, lo que lo hacía dudar de que aquel país fuera el paraíso que algunos describían. Había leído sobre Watergate y la guerra de Vietnam, y aun así, siempre había creído que los rusos eran los «malos». Sin embargo, su padre no parecía un hombre malo, y trabajaba para ellos. Quizá, entonces, no eran tan malos después de todo.

Necesitaba tiempo para asimilar todo aquello.

—¿Estarías dispuesto a convertirte en un agente de inteligencia como yo? —le preguntó su padre.

Sentía como si le diera vueltas la cabeza, y no sabía qué pensar ni qué responder, así que hizo lo que siempre hacía en esas situaciones: reprimió sus emociones y decidió ocuparse de ellas más adelante. Con calma, asintió con un leve movimiento de cabeza.

Rudi informó al Centro de que le había revelado su verdadera identidad a Peter y propuso hacer un viaje familiar a Alemania del Este, Checoslovaquia y la Unión Soviética, para que su hijo conociera

a sus parientes y a sus futuros jefes. En respuesta, recibió instrucciones detalladas para emprender el viaje en el verano de 1974, una vez terminadas las clases.

Peter y Rudi viajaron a Europa en vuelos distintos y acordaron reencontrarse unos días después en Copenhague. Inge, por su parte, llevó a España a su otro hijo, Michael, y lo dejó en un campamento de verano diciéndole que iba a visitar Alemania Occidental y que regresaría en unas semanas, aunque en realidad se dirigió a Moscú.

Peter se reunió con su padre en Copenhague y pasaron un par de días recorriendo juntos los lugares más emblemáticos de la ciudad. En algún momento, Rudi le pidió el pasaporte y desapareció con él. Horas después, regresó con nuevos documentos para ambos. Copenhague era un punto habitual de tránsito para los ilegales del KGB porque no se exigían pasaportes en los embarques del puerto.

Poco después, una mañana antes del amanecer, Rudi lo despertó y salieron apresuradamente rumbo a la zona portuaria. Allí subieron a escondidas a un pequeño carguero soviético.

Un hombre de modales ásperos los condujo a un camarote diminuto bajo cubierta, apenas equipado con una litera estrecha y un retrete. Por un ojo de buey sucio se filtraba una luz grisácea y apagada. Tres veces al día, alguien llamaba sin decir palabra y les dejaba una bandeja con comida rancia. El aire era denso, casi irrespirable, y el encierro se volvía insoportable. Peter no había llevado libros ni distracción alguna, y las horas se le hacían eternas. A petición de Rudi, el encargado de la comida le consiguió unos folletos en inglés sobre marxismo-leninismo, que hojeó sin mucho entusiasmo ni verdadero aprovechamiento: era su primer contacto

directo con la ideología a la que, en teoría, estaba destinado a dedicar su vida.

La travesía duró tres días interminables, hasta que por fin distinguió los muelles de Leningrado a través del cristal sucio del ojo de buey. Al desembarcar, los recibieron dos funcionarios del Directorio S que los llevaron a dar una vuelta por la ciudad. Él ya había viajado mucho para tener sólo dieciséis años, pero se sentía como si hubiera aterrizado en otro planeta. Todo le resultaba ajeno: no había carteles publicitarios, las avenidas eran descomunalmente anchas y las señales, ininteligibles. En Sudamérica, él y su padre se movían a pie; en Leningrado, unos hombres adustos los trasladaban en una limusina Volga de color negro.

Tras pasar un día en la ciudad, los llevaron a la estación, donde los aguardaba un compartimento privado del tren expreso nocturno con destino a Moscú. Llegaron a la estación Leningrado de la capital y caminaron hasta uno de los rascacielos estalinistas que se alzaban junto al terraplén del río. A Peter le pareció un edificio sacado de un cómic de ciencia ficción. Su nuevo hogar en Moscú sería una *konskvartira* dentro de una mole gigantesca que parecía una tarta de bodas. Inge ya los esperaba allí.

Un ama de llaves se encargaba de preparar las comidas para la familia, y aquella primera noche se celebró una cena con varios supervisores del Directorio S. La mesa estaba puesta para ocho comensales, con platos que ofrecían delicias locales y tres vasos por persona: uno para la ácida agua mineral Borjomi, otro para el vino y uno más para el vodka. Antes de sentarse, Inge le susurró a Rudi que los supervisores no estaban satisfechos con su desempeño en

Estados Unidos y Rudi se enfureció con ella por ponerse en el papel de portavoz del KGB.

La cena transcurrió bajo una tensión apenas disimulada, tanto entre Rudi e Inge como entre Rudi y sus supervisores, aunque nadie expresó queja alguna abiertamente. Los supervisores le hicieron preguntas a Peter acerca de su vida y sus planes futuros, y él respondió con educación y aplomo, lo que pareció causarles buena impresión.

A la mañana siguiente, un hombre llamado Andréi, del Directorio S, apareció por ahí y se puso a reprender a Rudi por sus supuestos fracasos sobre el terreno. Le reprochó que, en su informe, hubiera sostenido que no existía ninguna posibilidad de que las fuerzas progresistas triunfaran en Chile, acusándolo de hacer un análisis deficiente y de adoptar una visión demasiado pesimista. Aunque la valoración de Rudi era correcta, el Centro se negaba a aceptar hechos políticamente incómodos. Rudi le respondió que era un idiota y que no entendía lo que en realidad sucedía en Chile.

Andréi pasó entonces a criticar su incapacidad de infiltrarse en el Instituto Hudson y lo acusó de estar más interesado en perseguir el sueño estadounidense que en realizar un verdadero trabajo de inteligencia.

—¿Qué ha logrado en los últimos catorce meses? —le preguntó retóricamente en tono burlón—. Nada, salvo entregarse a la *dolce vita*.

Entonces Rudi perdió los estribos y le respondió a gritos, llamándolo «palurdo» y espetándole que no tenía idea de cómo funcionaba Estados Unidos.

—Miope, gilipollas —añadió—. ¿Me pregunta qué he hecho? Les he entregado a mi hijo: eso he hecho. Él puede llegar a ser un gran agente de inteligencia, a menos que lo arruinen imbéciles como usted.[10]

Peter, que estaba en la habitación contigua, alcanzó a oír los gritos, pudo entender lo que decían. Se quedó sentado en silencio, esperando a que cesaran.

Toda la familia pasó una semana en Moscú, pero los supervisores les recomendaron que no salieran solos: incluso la mínima posibilidad de que algún turista los reconociera suponía un riesgo inaceptable. Aun así, hicieron algunas salidas puntuales. El KGB les consiguió entradas para un espectáculo de danzas folclóricas que les pareció aburrido, y para el circo, que sí disfrutaron. A Peter le fascinó ver de cerca las actuaciones que se sucedían no en una carpa, sino bajo una gran estructura de hormigón.

Un día, Rudi se escapó con Peter para enseñarle el metro de Moscú. El chico quedó impresionado por las larguísimas escaleras mecánicas que descendían como si llevaran al centro de la tierra hasta revelar el esplendor casi palaciego de los andenes.

A continuación toda la familia voló a Checoslovaquia, donde pasaron un par de días, y luego a Alemania del Este, donde estuvieron otros dos. Allí Peter conoció a sus abuelos, de cuya existencia ni siquiera había oído hablar. Le parecieron amables y cariñosos, pero la experiencia en su conjunto le resultaba difícil de asimilar, y su reacción más habitual era mantenerse en silencio casi todo el tiempo.

Cuando regresaron a Moscú, los supervisores se lo llevaron durante un día entero para enseñarle nociones básicas sobre cómo eludir la vigilancia. Al día siguiente, un hombre acudió al apartamento para explicarle cómo escribir con tinta invisible.

Él había imaginado que sus instructores serían mujeres atractivas, con uniforme, como en las películas, pero todos resultaron ser hombres. Incluso había un anciano —algo despistado, pero sin duda un as de la tecnología— que le entregó a su padre una nueva radio «de ráfagas», diseñada para reducir el tiempo de transcripción de los mensajes del Centro.

Aquella escena le recordó a un personaje de *Superagente 86*, la serie cómica de Mel Brooks que parodiaba a James Bond y que tanto le gustaba.

En otra concurrida cena, un entrenador le explicó algunos de los riesgos y desafíos del trabajo de su padre y le preguntó si estaba dispuesto a incorporarse al programa de agentes ilegales. Le insistió en lo importante que era la labor que desempeñaban sus padres y recalcó que sus actividades de espionaje contribuían a preservar la paz mundial.

Sin embargo, pronto le quedó claro que la cuestión no era tan sencilla. Si los supervisores sospechaban que no quería convertirse en un ilegal de segunda generación, sería demasiado peligroso enviarlo de vuelta a Estados Unidos, pues ya sabía demasiado. En ese caso, tendría que quedarse en Moscú y esperar a que la misión de sus padres en el extranjero llegara a su fin. Ellos regresarían a Estados Unidos e inventarían un trágico accidente para explicar su desaparición.

—O aceptas colaborar con la misión de tus padres o tendrás que quedarte aquí —le explicó uno de los hombres.

Él no quería separarse de su familia, así que respondió que comenzaría con gusto su entrenamiento como ilegal.

Por el momento, sus tareas serían mínimas: regresar a América y empezar los estudios en la Universidad McGill de Montreal, donde tendría que vigilar a estudiantes con tendencias izquierdistas y emplear las habilidades recién adquiridas para preparar informes que su padre enviaría a Moscú. Jamás debía expresar públicamente opiniones izquierdistas o prosoviéticas, ni relacionarse con comunistas o rusos.

Quedaron en que la formación comenzaría de verdad el verano siguiente, cuando realizaría un viaje más largo a Moscú. Al final de la velada, los hombres le anunciaron que ya habían decidido un nombre en clave para su expediente en el KGB: Erbe, que significa «(el) heredero» en alemán.

Rudi estaba muy orgulloso del reclutamiento de su hijo. Peter hablaba poco, pero por dentro sentía una gran agitación. En una ocasión su padre lo llevó a pasear por el parque; allí vieron a una mujer que tenía dificultades para mover un cochecito de bebé y Rudi le reprochó no haber salido corriendo en su ayuda.

—Un hombre de verdad siempre ayuda a los demás —le dijo.

Peter sintió una furia tan intensa que se le nubló la mente. «Me traes a este sitio, donde todos son desconocidos y extraños, y ahora me atacas», pensó, pero no dijo nada.

Unas semanas después de que la familia regresara a América, Peter se marchó a Montreal para empezar la universidad. Había completado los dos últimos años del instituto en uno, en parte porque era lo bastante inteligente para ello y en parte porque sus padres esperaban que un cambio de aire le ayudara a superar el aislamiento que había sentido siempre en la escuela.

Sin embargo, al llegar a McGill, muchas preocupaciones rondaban su mente. ¿Sería capaz de cumplir con las desmesuradas expectativas de su padre? ¿Lograría hacer amigos o encontrar una novia? ¿Realmente iba a trabajar para el KGB el resto de su vida? ¿Conseguiría guardar el secreto? Tenía mucho en que pensar para alguien que apenas contaba dieciséis años.

Hasta entonces, el éxito académico había sido su única fuente de orgullo y estabilidad. Pero de pronto, por primera vez, dejó de ser el alumno más brillante de la clase. Como siempre, se mostraba tranquilo por fuera; sin embargo, por dentro algo empezaba a romperse. Leyó a Freud y a otros teóricos del psicoanálisis y se interesó por la bibliografía sobre trastornos neuróticos. A los pocos meses de comenzar la universidad, se dibujó con una soga al cuello y colgado de una horca. Debajo, escribió una única palabra: «mierda». Luego les envió a sus padres el dibujo por correo, sin ninguna nota. Nunca le respondieron.

Tres meses más tarde, en mayo de 1975, regresó a casa para pasar el verano y su padre lo llevó a Nueva Jersey para enseñarle cómo realizar una operación de buzón muerto. Pasaron varias horas dando vueltas en coche, comprobando si alguien los seguía, y luego se dirigieron a Towaco, un pueblo situado a unos cuarenta kilómetros al oeste de Nueva York. Allí Rudi le indicó que arrojara

una manguera de radiador al pie de un gran roble y que, unos metros más adelante, dejara una botella vacía de Coca-Cola junto a otro árbol, como señal de que habían depositado un paquete. Luego fueron a tomar café. Al volver, pasaron en coche junto a un tercer árbol, donde vieron un trozo de piel de naranja: era la confirmación de que un agente había recogido el contenido. Podían regresar tranquilos a casa.

Días después, le enseñó a usar las almohadillas de un sólo uso para decodificar mensajes de radio. Peter notaba la satisfacción de su padre: la rapidez con que él asimilaba todo parecía complacerlo. Sin embargo, ninguno de los dos mencionó la caricatura. Él no sabía cómo hablar de emociones con su padre y éste ya se había olvidado del asunto tras haberlo despachado despectivamente con su madre como producto de una «fase universitaria».

El verano siguiente, realizó su primer viaje en solitario a la Unión Soviética. Su padre lo llevó a dar un paseo para explicarle cómo funcionaría la logística: era mejor no hablar de esas cosas en casa, donde su hermano menor podía oír la conversación.

Tenía que memorizar la ubicación de una farola negra en un tramo de la ribera del Danubio, en pleno centro de Viena. Allí debía trazar una marca con tiza como señal de que había llegado. Si al día siguiente aparecía otra marca en una farola distinta, sabría que su mensaje había sido recibido y que, un día después, se celebraría un encuentro en persona en un tercer punto.

Al final todo salió según lo planeado. Pocos días después de llegar a Viena se reunió con un hombre de traje —probablemente un oficial

de la Línea N destinado allí—, quien recogió su pasaporte y le entregó documentos falsos que lo identificaban como turista alemán, junto con un billete para el hidroala rumbo a Budapest al día siguiente.

Cuando la embarcación llegó a su destino, lo recibieron en el muelle y lo condujeron a un chalet en las colinas de Buda.

—Espera aquí —le dijo el chófer, y se marchó.

Pasó dos días en aquel agradable chalet, donde era al mismo tiempo un huésped VIP y un prisionero. Una asistenta lo atendía, y él se atiborraba de cerezas que recogía de un árbol del jardín, aunque lamentaba no poder salir a conocer la ciudad.

Al tercer día, el mismo chófer regresó y, con gestos, le indicó que subiera al coche. A continuación lo llevó a un aeródromo y le señaló un avión de transporte militar que lo esperaba en la pista. El interior era oscuro y profundo, y sólo viajaban otros dos pasajeros.

Dos horas después del despegue, el aparato inició el descenso y aterrizó en lo que él reconoció como una base aérea en las afueras de Moscú. Allí lo recogió otro coche que lo llevó al mismo apartamento donde se había alojado con su familia el año anterior. Lo recibieron una persona a la que identificó como uno de los supervisores de su padre y un hombre más joven que se presentó como Víktor.

Los días siguientes Víktor le enseñó algunos rudimentos del espionaje, aunque le aclaró que la mayor parte del entrenamiento tendría lugar junto a su padre. El propósito principal de esa visita era que conociera al menos algo de la Unión Soviética y fuera desarrollando su lealtad hacia la nación socialista.

Primero viajaron a Volgogrado, ciudad que en 1961 había abandonado su antiguo nombre de Stalingrado como parte del proceso de desestalinización impulsado por Jrushchov. La principal atracción era la estatua de la Madre Patria —cuyo nombre en ruso significa literalmente «¡La Madre Patria llama!»—, una figura guerrera con la boca abierta, el cabello al viento y una espada en alto, que se erguía imponente sobre la ciudad. Según le dijeron, era el monumento más alto del mundo.

Unos senderos bordeados de árboles conducían a la base del monumento, donde había una sala inmensa y oscura —la Sala de la Gloria Militar— con una infinidad de nombres de soldados caídos.

Aquella experiencia se le quedó grabada como el momento más sombrío de su vida.

Desde Volgogrado emprendieron un largo viaje en avión que, tras varias escalas en distintas ciudades, los llevó a Bratsk, en pleno corazón de Siberia. En 1955 las autoridades soviéticas habían construido allí una gigantesca presa y central hidroeléctrica sobre el río Angará, y pronto comenzó a levantarse una ciudad donde antes apenas había unos pocos pueblos dispersos y casi deshabitados. Más tarde, se sumaron una gran fundición de aluminio y una fábrica de pasta de papel.

Volgogrado y Bratsk simbolizaban los dos pilares del orgullo soviético: por un lado, la victoria militar del pasado; por otro, los avances industriales que, según se creía, conducirían algún día al comunismo pleno.

A Peter lo impresionaron las dimensiones de esas obras, aunque le pareció un vuelo demasiado largo sólo para ver algo así.

Después Víktor y él emprendieron una excursión de pesca en el Baikal. A bordo de una pequeña barca, acompañados por un par de lugareños, lanzaron los anzuelos en la inmensidad del lago, pero no lograron pescar nada. Más tarde, divisaron otra embarcación cercana y canjearon unas botellas de vodka por pescado fresco. Víktor preparó un guiso a bordo, que comieron bajo las estrellas.

Al regresar a Estados Unidos, le contó la experiencia a su padre y éste entró en cólera contra sus supervisores por no haberle proporcionado una formación ideológica clara en marxismo-leninismo. Consideraba que el KGB debía reforzar su adoctrinamiento si quería asegurar su fidelidad.

Incluso envió una carta contundente al Centro:

> El hecho de que no se haya proporcionado a Erbe una formación ideológica y un adoctrinamiento político integral viola un acuerdo claro y básico. Ni Erbe ni ninguna otra persona puede trabajar satisfactoriamente durante mucho tiempo en ningún servicio secreto sin un compromiso ideológico total. Solicito al Centro que informe sobre cómo piensa rectificar esta grave omisión.[11]

El Centro ignoró por completo esa exhortación. En su lugar, le envió a Rudi nuevas instrucciones: debía seleccionar dos ubicaciones en las inmediaciones de El Paso, Texas, que pudieran utilizarse como buzones muertos. Al examinar el mapa, se dio cuenta de que la zona indicada estaba cerca del campo de pruebas de misiles de White Sands, lo que lo hizo suponer que el KGB contaba con un agente

infiltrado en la base y necesitaba puntos de entrega para dinero o instrucciones.

Viajó hacia el sur y eligió dos emplazamientos: uno en una zona apartada del desierto, junto a un oleoducto, y el otro en un rincón abandonado de un cementerio local. Memorizó las coordenadas exactas de ambos y, antes de marcharse, se quedó un momento en silencio, reflexionando sobre el posible topo que acudiría allí a recoger el contenido, y sobre los secretos que aquel desconocido podría estar dejando para el KGB.

Meses después, a principios de 1976, el Centro le ordenó localizar otra serie de lugares adecuados para buzones muertos, esta vez cerca del centro de investigación atómica de Oak Ridge, en Tennessee. Esta vez llevó a Peter para enseñarle cómo elegir localizaciones. El chico aprendió rápido, y él se quedó impresionado cuando lo vio encontrar un punto ideal tras una pequeña iglesia.

Aun así, era evidente que Peter no compartía la misma motivación ideológica que él por aquel trabajo.

Se esperaba que ese verano Peter regresara a la Unión Soviética y que, por fin, empezase aquella formación que su padre tanto anhelaba. El chico llegó a Viena y, en el punto de encuentro acordado, vio a un hombre que se presentó como Max y que le comunicó que los planes se habían cancelado: no iría a Moscú ese año.

Al día siguiente salieron a tomar algo, y él le contó que había solicitado el traslado de McGill a Georgetown —en parte porque no se sentía a gusto en Canadá y en parte porque el KGB prefería que estudiara en una universidad estadounidense, donde podría hacer contactos más valiosos—. Max se mostró encantado con la idea y le

indicó que identificara a estudiantes interesantes para redactar informes trimestrales para el KGB, especialmente aquellos con padres en el gobierno, fuertes convicciones progresistas o críticos con la política exterior de Estados Unidos. También le proporcionó una dirección que debía memorizar para enviar sus informes.

Esa misma tarde quedó libre y dedicó las semanas siguientes a pasear por Viena, disfrutar de la ópera y visitar museos, pero, cuando su padre se enteró de lo ocurrido, estalló de nuevo en cólera.

Peter empezó las clases en Georgetown en el otoño de 1976. De vez en cuando, redactaba una carta con tinta invisible en la que perfilaba a varios de sus compañeros y la enviaba a la dirección que Max le había dado.[12] Tomó clases de árabe, ya que el KGB consideraba que ese idioma podía abrirle puertas a puestos gubernamentales más relevantes cuando se graduara.[13]

La primavera siguiente, su padre fue a visitarlo, y él por fin se animó a decirle que algo no andaba bien. Le explicó que el estrés de su doble vida se había vuelto insoportable y que planeaba tomarse un año sabático antes de su último curso, en algún lugar de Europa.

—Necesito un descanso y aclarar las ideas —le dijo.

A su padre no le hizo ninguna gracia la noticia, pero accedió a retomar la conversación cuando él viajara a Nueva York para pasar las vacaciones. Unas semanas después, tomó el tren hacia el norte y, al salir por la escalera mecánica de la estación Penn, lo vio esperándolo arriba, flanqueado por dos hombres de traje.

—Peter, ven con nosotros —oyó que le decía—. Estos hombres tienen que hablar contigo.

La ciudad de Nueva York era el centro de la lucha entre el KGB y el FBI. En la misión soviética en la ONU se creaban muchos más puestos para ser ocupados por oficiales del servicio de seguridad que en la embajada situada en Washington, D. C., y el funcionario más poderoso del KGB en Estados Unidos era el que estaba a cargo de la residencia en Nueva York. Desde 1975 ese residente había sido Yuri Drozdov, quien había vuelto a ocupar un puesto de oficina después de sus servicios como el barón von Hohenstein.

Por lo general, un residente legal no debía conocer ningún detalle sobre los operativos ilegales que hubiera en el país, pero Drozdov era un residente poco común: ya se había encontrado con Rudi y Peter en Quito, y sin duda habría leído sus expedientes cuando era jefe adjunto del Directorio S. Aun así, una vez en Nueva York no se relacionó con ellos: era demasiado arriesgado que los agentes legales se cruzaran con los ilegales.

El trabajo diplomático que desempeñaba Drozdov como tapadera era el de jefe adjunto de la misión soviética en las Naciones Unidas, lo que le permitía disponer de un apartamento de dos habitaciones dentro de la misión. La mayoría de los demás diplomáticos soviéticos —así como los espías que se hacían pasar por diplomáticos— vivían en un complejo de veinte plantas en Riverdale, el Bronx, construido a toda prisa en 1974. El complejo contaba con cientos de apartamentos, un bar, tiendas rusas, una clínica, una escuela y una zona de juegos para niños, con el objetivo de asegurar que sus habitantes se relacionaran lo menos posible con estadounidenses. [14] La idea era mantener a todos los soviéticos en un mismo lugar y hacerlos así menos susceptibles a los intentos de reclutamiento por parte del FBI.

Los adversarios de Drozdov en Nueva York tenían su base a pocas manzanas de la misión soviética, en la oficina regional del FBI ubicada en la calle Sesenta y Nueve Este. Esa oficina tenía como máxima prioridad contrarrestar la amenaza soviética, y había más del doble de agentes dedicados a los soviéticos que a casos criminales. Estaban organizados en escuadrones especializados en distintas áreas de actividad del KGB. El escuadrón encargado de los ilegales trabajaba en un ambiente cargado por el humo de cigarrillos en un conjunto de oficinas en la novena planta.

Casi la mitad de los miembros del escuadrón de ilegales, todos hombres, había combatido en Vietnam, y la mayoría se entregaban a su tarea con profunda convicción. El jefe era Joe Hengemuhle, un hombre corpulento, estricto con la disciplina y adicto al trabajo. También era un devoto católico y padre de siete hijos. Rara vez se lo veía sin una taza de café en una mano y un cigarrillo en la otra. Desdeñaba las conversaciones triviales, jamás se relacionaba socialmente con sus subordinados y era «serio como un infarto», según recordaba uno de los miembros del escuadrón.

Más tarde sufrió precisamente un infarto y falleció antes de cumplir los sesenta años, después de haber sido trasladado a Washington para dirigir todas las operaciones del FBI contra la Unión Soviética.

El escuadrón de ilegales se encargaba de vigilar a los agentes de la Línea N de la embajada, que acudían a los buzones muertos para dejar o retirar instrucciones o paquetes importantes para ilegales, pero que, por regla general, no conocían sus nombres falsos ni sus direcciones exactas. Los hombres de la Línea N eran los más reservados de todos los agentes del KGB en la misión.

«Podían estar fuera un domingo a las ocho de la mañana despistando a los que los vigilaban durante seis horas y luego ir de compras con su esposa sólo para fastidiarte», recordaba un antiguo miembro del escuadrón.

Los agentes del FBI confiaban en que, si seguían a los operativos de la Línea N con la suficiente diligencia, en algún momento podrían descubrir el rastro de un ilegal auténtico, pero era una posibilidad remota. Describían su trabajo como «cazar unicornios».

De modo que, cuando en algún momento de 1975, llegó la noticia de que una exitosa operación de «carnada» podría haber puesto al Buró tras la pista de un ilegal, una oleada de entusiasmo recorrió la oficina.

Las «carnadas» eran falsos desertores, utilizados extensamente por ambos bandos durante la Guerra Fría para suministrar información falsa al adversario. El FBI seleccionaba a sus carnadas con sumo cuidado. Al analizar registros de auténticos tránsfugas, comprendieron que, por lo general, se trataba de empleados en puestos de bajo rango, descontentos y que actuaban por interés personal. También observaron que, en ocasiones, el KGB se acercaba por iniciativa propia a inmigrantes o hijos de inmigrantes del bloque del Este, especialmente a aquellos que aún tenían parientes al otro lado del Telón de Acero.

Buscaron a alguien que se ajustara a esas características y encontraron a Ralph Sigler, un técnico de radio del ejército que había emigrado de niño desde Checoslovaquia y que todavía hablaba checo, alemán y un poco de ruso. Tras un período de entrenamiento, en 1966 Sigler se presentó en la embajada soviética de Ciudad de

México, manifestó su frustración con su carrera militar y se ofreció a espiar a su país de acogida.

El KGB mordió el anzuelo y, durante la década siguiente, le pagó a Sigler cientos de miles de dólares por un flujo de información que, en realidad, era una mezcla preparada con mucho cuidado de datos razonablemente intrascendentes y desinformación proporcionada por el FBI.

En 1975 el ejército lo transfirió al campo de misiles de White Sands y sus supervisores del KGB le indicaron que se comunicara con ellos a través de dos buzones muertos en las inmediaciones. Se trataba de los puntos seleccionados por Rudi, a quien seguramente enviaron más tarde a recoger los paquetes, haciendo que el FBI se fijara en él. La carnada había conducido a un unicornio verdadero y vivo.[15] Era la primera vez que los estadounidenses encontraban a un ilegal soviético desde el caso de Abel, dos décadas antes.

Más de la mitad del escuadrón se movilizó para vigilar a Rudi las veinticuatro horas del día. Como había elegido su casa con mucho cuidado, no era posible seguirlo sin llamar la atención, por lo que unos falsos operarios fingieron reparar las farolas e instalaron cámaras alrededor de la entrada para coches y en las calles cercanas. Los vehículos de vigilancia se mantenían aparcados a varias manzanas de distancia, listos para seguir a Rudi cada vez que salía de su casa. Además, colocaron un micrófono en el teléfono de la residencia de los Herrmann.

Atestiguaron cómo Peter partía a la Unión Soviética para su entrenamiento y mantuvieron la vigilancia durante dos años enteros —entrenar a un ilegal era costoso y seguirle la pista también lo era

—. Al final consideraron que contaban con pruebas suficientes para actuar.

Hengemuhle contactó a Rudi haciéndose pasar por un cliente interesado en encargar una producción cinematográfica y le propuso reunirse para discutir los detalles. Lo invitó a su casa, que en realidad era una mansión propiedad de un amigo de uno de sus subordinados. Una vez allí, le reveló que trabajaba para el FBI y le planteó una disyuntiva: o lo arrestaba de inmediato o le ofrecía inmunidad y un posterior reasentamiento con nueva identidad, a cambio de aceptar trabajar como agente doble.

Rudi era un comunista devoto, pero llevaba años frustrado por las exigencias poco realistas y la falta de reconocimiento de sus superiores. Para él, colaborar con el FBI era una forma de vengarse de los hombres de Moscú, que a su juicio no habían valorado suficientemente su talento. Tomó la decisión rápidamente y aceptó cooperar siempre que no le pidieran abandonar sus convicciones marxistas «ni matar por Estados Unidos».

Cuando volvió a casa y le contó a Inge lo ocurrido, ésta se mostró horrorizada y cayó en una crisis emocional tan profunda que el FBI tuvo que enviar a Sheila Horan, una de las primeras agentes especiales femeninas, para vigilarla, pues parecía estar al borde del suicidio.

Cuando Peter regresó a Nueva York planeando tomarse un año sabático, los agentes acompañaron a Rudi a la estación Penn para recogerlo y luego interrogaron al chico.

El FBI le ordenó a Rudi que mantuviera su calendario habitual de comunicaciones con el KGB para no levantar sospechas. Pero él, fiel a su tendencia a ir siempre un paso por delante de sus superiores,

empezó a introducir pequeños errores deliberados en los mensajes con la esperanza de que en Moscú se dieran cuenta de que algo no iba bien. Sin embargo, nadie pareció notarlo.

Mientras tanto, a Peter lo dejaron más o menos a su aire en Georgetown, aunque dos agentes —uno del FBI y otro de la CIA— se reunían con él una vez al mes para ver cómo iba todo. A veces, aquellas visitas resultaban incluso agradables: lo llevaban a comer, a parques temáticos y, en un par de ocasiones, a un local de *striptease*.

Cuando se graduó, le consiguieron un empleo en una pequeña empresa dedicada al lobby político en Washington. Mientras tanto, su padre seguía enviando informes al Centro e inventando excusas para justificar por qué no podía regresar a la Unión Soviética a retomar su formación.

En 1979 el FBI decidió que el juego ya había durado demasiado y le ordenaron a Rudi que se preparara para cortar todo contacto con Moscú.

Peter también debía estar listo para desaparecer. Llevaba dieciocho meses saliendo con una joven en Washington, pero aún no le había contado nada sobre su peculiar situación familiar. Como no quería tener que explicarse en ese momento, provocó deliberadamente una discusión y dejó que la relación se rompiera de forma brusca y desagradable.

En cuanto Rudi rompió el contacto con el Centro, el FBI trasladó a toda la familia a un piso franco en Annapolis. Hengemuhle calculó que exponer públicamente a un ilegal sería una forma de irritar al KGB al máximo, así que, en marzo de 1980, organizó una extraña

rueda de prensa en la que Rudi, disfrazado y oculto tras una pantalla, habló de su labor como espía encubierto.

«Los soviéticos no jugaban limpio y nosotros tampoco. Aquello era como una pelea de bar: creíamos que eran malvados y queríamos ganar», recordó un agente del escuadrón encargado de los ilegales.

Pese a todo, los agentes del FBI —aunque sólo lo admitieran a regañadientes— sentían cierto respeto por Rudi y por su férrea disciplina. Eran escépticos respecto a la utilidad real de los ilegales dentro de un servicio de inteligencia, pero también sabían que si uno pasaba desapercibido y lograba reclutar a alguien en un puesto clave, el daño podía ser enorme, y esa amenaza potencial les bastaba para mantenerse motivados y justificar las interminables horas dedicadas a localizarlos.

Tras la conferencia de prensa, el FBI trasladó de nuevo a la familia, esta vez a la Costa Oeste. Rudi asumió una nueva identidad para protegerse de posibles represalias del KGB, pero nunca renunció al comunismo. En 1986 intentó regresar a Checoslovaquia, pero le denegaron el visado. Vivió en Estados Unidos hasta su muerte, en 2017.

Peter, por su parte, adoptó el nombre de Elliot Holar, inició una carrera en informática e intentó dejar atrás aquella extraña infancia. En los cuarenta años siguientes sólo ha hablado en dos ocasiones sobre su implicación con el KGB: una, brevemente, con su mujer antes de casarse, y otra, durante la investigación para este libro.

20

Rendimientos decrecientes
El KGB sigue adelante

Una mañana de agosto de 1979, pocas semanas antes de que Rudi y su familia desaparecieran en el programa de protección de testigos, un joven cortés pero decidido llamado Jack Barsky entró en las oficinas de Swift Messenger Service, una empresa de mensajería situada en la calle Cuarenta y Seis Oeste de Manhattan, y solicitó un puesto como mensajero en bicicleta explicando que había visto un anuncio en el *Daily News*. Al terminar su primer día, ya había entregado dieciocho paquetes en diferentes direcciones del Upper East Side.

Su verdadero nombre era Albrecht Dittrich, y había sido reclutado por el Directorio S cuando aún era un prometedor estudiante de doctorado en Química en Jena, Alemania Oriental. Durante sus primeros meses en Estados Unidos dedicó sus esfuerzos a sortear los obstáculos derivados de su falta de documentación: primero obtuvo un carnet de biblioteca, luego el de la Seguridad Social y, finalmente, el trabajo de mensajero. Sus supervisores le habían ordenado que se adentrara en la élite de los laboratorios de ideas de Washington y en los círculos de seguridad nacional. Al igual que

había ocurrido con Rudi, nunca le especificaron cómo un ilegal recién llegado podía alcanzar semejantes alturas sin cualificaciones estadounidenses auténticas.

Cada día laborable, durante los nueve meses siguientes, se vestía con su ropa de trabajo —vaqueros, camisa de franela, chaqueta de nailon y un impermeable amarillo— y recorría en bicicleta las calles de Manhattan entregando paquete tras paquete. A veces hacía entregas en residencias de personalidades como Jackie Onassis o Ronald Lauder, pero eso no quería decir que pudiera acceder a ellas.

«Si me hubiera quedado en Alemania Oriental», pensaba con tristeza, «lo más probable es que ya fuera un respetado profesor de química». Ignoraba que estaba siguiendo los pasos de muchos ilegales que le habían precedido y que también habían tenido que soportar la agotadora rutina de vivir toda una vida pretendiendo ser otras personas.

Aunque más tarde consiguió un trabajo bien remunerado en una empresa de seguros, su recelo estaba justificado: durante los años que pasó como ilegal en Estados Unidos, Jack Barsky no supervisó a ningún otro agente, no reclutó a nadie y aportó muy poca información, salvo algunos códigos informáticos que robó de su empresa. Cayó en una espiral de depresión mientras intentaba mantener con vida dos matrimonios: uno en Nueva York, y otro en Berlín Este, donde su joven esposa alemana esperaba pacientemente sus visitas bienales. Se volvió alcohólico. Agotado por las exigencias de su doble vida, terminó arrojando su receptor de radio al río Hudson y envió un mensaje al Centro asegurando que se estaba muriendo de sida. Su esposa y su madre lloraron su trágica

desaparición, ignorando que no estaba muerto, sino que vivía con una nueva familia en Estados Unidos.[1]

La experiencia de Barsky como operativo ilegal pone de manifiesto que la obsesión del KGB por este tipo de espionaje no estaba justificada por sus resultados. Durante décadas, la mayoría de los ilegales fracasaron en sus misiones, y aquellos que lograban infiltrarse en el núcleo del Principal Enemigo, como Rudi Herrmann, acababan casi siempre capturados.

Pero además del cuestionable balance operativo habría que tener en cuenta la enorme presión psicológica que soportaban los ilegales y sus familias, y que hacía que su vida emocional se volviera prácticamente insostenible.

Puede que algunos ilegales fueran personas insensibles, incluso psicópatas, pero la mayoría fueron víctimas de un programa que les impedía llevar una vida normal. Galina Linítskaya, una de las pocas mujeres que actuaron en solitario, intentó suicidarse pocos años después de ser destinada a Praga dentro de la Operación Progreso. Otro agente desplegado en Suecia desarrolló una paranoia tan grave que el Centro tuvo que enviar a otro ilegal para secuestrarlo y llevarlo de vuelta a la Unión Soviética, donde fue internado en un hospital psiquiátrico.

Y el ilegal encargado de esta exfiltración, Vasili Gordievski, más tarde sufrió graves problemas con el alcohol, contrajo hepatitis B y murió en 1972 con apenas treinta y nueve años.

Zhan Didenko, destinado en Gran Bretaña junto a su esposa Svetlana, se volvió tan paranoico que llegó a creer que el MI5 había

colocado micrófonos en los botones de su camisa. Ella consiguió sacarlo del país con la excusa de unas vacaciones en Egipto y lo forzó a acudir a la embajada soviética en El Cairo, desde donde regresaron juntos a Moscú. Y ésta es sólo una pequeña muestra de una larga lista.[2]

Vladímir Kriuchkov, nombrado jefe de la dirección de inteligencia exterior del KGB en 1974, admitió que la vida de un agente ilegal llevaba con frecuencia a «situaciones familiares tristes [...] y, a veces, a un odio irreconciliable».[3] Aun así, para la cúpula del servicio, ese sacrificio personal era un daño colateral inevitable en nombre de la patria, algo que sencillamente había que aceptar. Desde la Revolución, el Centro había mantenido esa misma postura hacia sus agentes ilegales, aunque al menos los primeros consiguieron obtener información de un valor incalculable durante aquellos años. Jack Barsky, por el contrario, repartía paquetes en bicicleta por Nueva York.

También la logística para crear agentes ilegales se estaba volviendo cada vez más complicada. Un informe interno del servicio de seguridad lo reconocía abiertamente: «Tenemos que superar dificultades increíbles para crear a una nueva persona que, a los veinticinco o treinta años, pueda aparecer y penetrar en una sociedad distinta, y esas dificultades aumentan con cada año que pasa.»[4]

A finales de los años setenta, cientos de oficiales de la Línea N trabajaban en embajadas soviéticas intentando reclutar a trabajadores de registros fiscales, civiles y parroquiales, para conseguir datos de personas fallecidas cuyas identidades pudieran ser utilizadas por operativos ilegales. Y, cuando no era posible

reclutar a alguien directamente, recurrían a todo tipo de artimañas. En Perú, un funcionario logró que le prestaran varios registros alegando que buscaba criminales de guerra, y en Londres, un agente de la Línea N entabló amistad con un administrativo del registro civil de St. Pancras y le explicó que un médico de la embajada necesitaba consultar los certificados de defunción para una investigación sobre tasas de mortalidad.[5]

Una vez identificado un posible «doble muerto», comenzaba una cadena de pasos burocráticos: comprobar si quedaban familiares vivos, asegurarse de que no hubiera habido cobertura mediática ni investigaciones privadas en el momento del fallecimiento y, por último, averiguar cómo solicitar un duplicado del certificado de nacimiento y disponer de una dirección segura a la que pudiera enviarse. Los responsables de la Línea N llegaron a redactar manuales enteros para detallar cada una de estas gestiones.

El Directorio S había acabado pareciéndose a una máquina de Rube Goldberg —el dibujante estadounidense que convirtió lo innecesariamente complicado en una forma de arte—: una estructura desmesurada e intrincada que sostenía a operativos sobre el terreno cuyas actividades de espionaje producían resultados cada vez más escasos. La conclusión era evidente: el uso de ilegales, que en los años veinte y treinta había sido una solución brillante a las necesidades de inteligencia de la Unión Soviética, ya no respondía a la lógica del presente.

Sin embargo, a lo largo de la década de 1970, en lugar de reducir el programa de ilegales, el Directorio S siguió ampliándolo.

Cada vez que las vías tradicionales de recopilación de inteligencia se bloqueaban, el KGB intentaba cubrir el vacío con ilegales. Un buen ejemplo fue la China comunista, país con el que las relaciones bilaterales se deterioraron cuando ambos países se acusaron mutuamente de estar desviándose del verdadero marxismo. A medida que el enfrentamiento se agudizaba, el Directorio S intensificó sus esfuerzos para formar a ilegales chinos, ya fuera aprovechando refugiados chinos residentes en la Unión Soviética o entrenando a personas pertenecientes a grupos étnicos asiáticos asentados en la zona soviética de Asia Central.

Después se utilizaban diversos métodos de infiltración, incluyendo el de introducir a ilegales como polizones en los conductos de ventilación del tren transiberiano que conectaba Moscú con Pekín.

Sin embargo, la mayoría de estas misiones fracasaban enseguida: aprender el idioma con un nivel nativo convincente superaba las capacidades de la mayoría de los reclutas soviéticos, mientras que los emigrados chinos cometían numerosos errores al regresar a su país tras una larga ausencia. Por ejemplo, según una desesperanzada anotación en el expediente de uno de ellos, «la necesidad de sustituir mentalmente las medidas del sistema métrico por las chinas provocaba pausas sospechosas en su conversación». Además, había adoptado gestos rusos, como darse palmadas en el estómago para indicar que estaba lleno, lo que resultaba extraño para los locales. La mayoría de estos ilegales chinos tuvieron que ser retirados de inmediato.[6]

Para otras etnias «difíciles», el KGB buscaba candidatos en el extranjero. En 1975 el Directorio S pidió a las autoridades de los partidos comunistas de Irak y Siria que localizaran posibles

candidatos para entrenarlos en Moscú y emplearlos como ilegales contra Arabia Saudí.[7]

Por su parte, en los Estados satélites soviéticos existía toda una red de operaciones ilegales gestionadas como franquicias; es decir, supervisadas por el KGB pero dirigidas por los servicios de inteligencia locales.

Los cuadros de la inteligencia cubana eran enviados a Moscú para estancias de un año con el fin de formarse en el Directorio S, y asignaban a sus propios ilegales documentos de identidad mexicanos, nicaragüenses, chilenos y colombianos. En 1976 Moscú y La Habana acordaron preparar conjuntamente a dos o tres ilegales para operativos contra el Principal Enemigo.[8]

En Europa del Este, el KGB encargó al servicio húngaro reclutar a tres agentes ilegales cada año para infiltrarlos en Europa asignándoles identidades italiana, alemana y austriaca respectivamente. A los búlgaros les encomendó colocar a cinco operativos en Turquía y otros cinco en Grecia haciéndolos pasar por empresarios occidentales.[9]

Sin embargo, el KGB desconfiaba tanto de sus agencias asociadas que no les informaba de que también enviaba a sus propios ilegales a esos países, igualmente disfrazados de occidentales. Y esto ocurría incluso mientras trabajaban junto a esas agencias para formar y desplegar a nuevos ilegales en Occidente. A veces, estos socios minoritarios aportaban mejoras significativas a las técnicas de la agencia soviética, pero a cambio sólo recibían condescendencia por parte de Moscú.

Por ejemplo, al StB de Checoslovaquia se le ocurrió una simplificación obvia: permitir que los ilegales utilizaran sus

verdaderos nombres. Karl y Hana Koecher llegaron a Nueva York en 1965 usando sus biografías auténticas, aunque con un detalle modificado: se presentaban como refugiados descontentos con el régimen comunista, lo que les permitió emplear sus cualificaciones educativas reales para acceder a grupos de decisión política y círculos de disidentes en Estados Unidos.

Karl consiguió un puesto en Radio Free Europe, completó un doctorado con el influyente halcón de la política exterior Zbigniew Brzezinski y obtuvo la ciudadanía estadounidense en 1971. Un año después superó la prueba de selección de la CIA y fue contratado como traductor y analista para la sección soviética de la Agencia. El éxito de los Koecher dejó en evidencia lo tortuoso y complicado que resultaba crear nuevas identidades para los ilegales.[10]

El KGB tomó nota y formó a un pequeño grupo de judíos soviéticos en los fundamentos básicos del trabajo ilegal para después incluirlos en la lista de personas autorizadas a abandonar la Unión Soviética y emigrar a Estados Unidos.[11] Sin embargo, la mayor parte del programa siguió aferrada a la tradición y mantuvo el tedioso, monótono y exigente concepto de entrenar a ciudadanos soviéticos para que se hicieran pasar por extranjeros.

En 1978 Vladímir Kriuchkov, entonces jefe de la inteligencia exterior, envió un memorando de máxima confidencialidad a todos los residentes legales en embajadas soviéticas de todo el mundo, en el que señalaba que el éxito del espionaje dependía «de una hábil combinación de métodos de trabajo legales e ilegales», una frase que parecía sacada de uno de los panfletos de Lenin para los bolcheviques que operaban en el extranjero a principios del siglo XX.[12]

Pero, ¿por qué el KGB se aferraba tan tenazmente a un sistema que ya no parecía justificar el enorme tiempo y esfuerzo que exigía? En parte, porque la memoria institucional de los éxitos durante los primeros tiempos del período soviético, así como las raíces en la clandestinidad bolchevique, mantenían a la organización comprometida con el trabajo ilegal como un elemento central de su mitología interna.

Además, estaba claro que las misiones ilegales de corta duración, como las de Yuri Drozdov bajo la identidad del barón von Hohenstein, podían seguir siendo productivas. Y, por si fuera poco, existía la posibilidad de que la Guerra Fría se recalentara; si eso ocurría, el mensajero de hoy podría convertirse en un eslabón vital de una red de comunicaciones durante la Tercera Guerra Mundial.

Y, por último, la resistencia del sistema soviético a la innovación también influyó en la decisión de mantener el programa de ilegales. A finales de la década de 1970, Brézhnev estaba tan mal de salud que era prácticamente incapaz de gobernar. Llevaba un marcapasos y un audífono; bajo sus voluminosas cejas, sus ojos se veían vidriosos y vacíos, y le costaba realizar incluso movimientos sencillos.

De hecho, ya en 1974, cuando Andrópov nombró a Vladímir Kriuchkov y lo llevó al Kremlin para reunirse con Brézhnev, el secretario general apenas pudo levantarse de la silla para saludarlo. Tras intercambiar algunas frases —durante las cuales seguía teniendo dificultades para mantenerse erguido—, abrazó a Kriuchkov y, de forma inexplicable, rompió a llorar.[13] Kriuchkov debió de sentirse como si hubiera ido a visitar a un pariente anciano, y no al líder de una de las dos superpotencias mundiales.

Sin embargo, Brézhnev siguió en el cargo ocho años más.

Dentro del KGB, Andrópov también comenzó a ganarse la fama de tomar decisiones cuestionables. Poco después de nombrar a Kriuchkov —una figura ampliamente detestada— designó como jefe del Directorio S a Vadim Kirpichenko, el residente del KGB en El Cairo. Kirpichenko era un analista brillante especializado en Oriente Medio, pero carecía de experiencia con ilegales y se sentía abrumado por su nuevo cargo. Mientras tanto, envió a Nueva York a Drozdov, para quien el trabajo como agente ilegal era un modo de vida, pero que jamás había puesto un pie en Estados Unidos. No obstante, dado que la cultura de obediencia dentro del KGB era férrea, ningún subordinado se atrevió a cuestionar esa extraña cadena de nombramientos.

Sin embargo, había una razón más importante para esa ininterrumpida obsesión con el programa de ilegales. Para comprenderla, hay que entrar en la mentalidad soviética de los años setenta. El KGB tenía un conocimiento razonablemente avanzado del estado de ánimo de su propia sociedad, obtenido gracias a su amplia red de informantes y delatores; sin embargo, su comprensión de Occidente era mucho menos profunda. Incluso entre los diplomáticos y oficiales del KGB destinados en Estados Unidos, eran pocos los que entendían realmente la sociedad de ese país, sobre todo porque no tenían mucha experiencia con ella.[14]

El complejo residencial de Riverdale, en el Bronx, y la misión soviética ante las Naciones Unidas eran microcosmos de la vida soviética: había reuniones periódicas del partido, sesiones de adoctrinamiento y proyecciones de películas soviéticas. Y, durante su estancia como residente en Nueva York, Drozdov endureció todavía

más las normas para los diplomáticos soviéticos allí destinados, insistiendo en que cualquier contacto personal con un estadounidense debía ser previamente aprobado por sus agentes del KGB. Además, se aconsejaba a las esposas de los diplomáticos que no pasearan solas por la ciudad.[15]

Por su parte, el propio Drozdov salía muy poco de la misión soviética. Durante los cuatro años que pasó en Nueva York, apenas visitó una vez las cataratas del Niágara y asistió a unas pocas funciones de teatro. En consecuencia, no veía ni entendía gran cosa de la sociedad estadounidense.[16]

Desde el prisma de una sociedad libre y abierta, entrenar a Jack Barsky durante años sólo para tenerlo dando vueltas en bicicleta por Nueva York entregando paquetes parece un ridículo desperdicio de recursos. Sin embargo, aunque Barsky obtuviera poca información de máximo secreto, los informes que él y otros enviaban sobre el estado de ánimo en Occidente contenían datos generados a partir de interacciones reales que no podían captarse por otros canales diplomáticos o del KGB. Era habitual que Andrópov se reuniera con los ilegales cuando éstos viajaban a Moscú y los sometiera a un intenso interrogatorio sobre la vida en Occidente: para el aislado director del KGB, que casi nunca interactuaba con gente de fuera del bloque socialista, hablar con ilegales era la mejor manera de vislumbrar la mentalidad del Principal Enemigo.

También merece la pena tener en cuenta el siguiente detalle: a finales de la década de 1970, la Unión Soviética contaba con unos doscientos noventa millones de habitantes. Sin embargo, sólo una mínima parte —un segmento privilegiado compuesto por artistas, dignatarios y algún que otro grupo de turistas— tenía permiso para

cruzar sus fronteras. Y adondequiera que éstos se desplazaran, estaban acompañados por vigilantes del KGB. Incluso los propios funcionarios de la agencia de seguridad en las embajadas extranjeras permanecían bajo la vigilancia de miembros del Departamento de Contrainteligencia. Por lo tanto, los espías ilegales del Directorio S —alrededor de cien personas en una población de casi trescientos millones— eran los únicos ciudadanos soviéticos autorizados a moverse libremente por Occidente sin supervisión. En consecuencia, los ilegales veían y oían cosas que ningún otro ciudadano soviético, ni siquiera los miembros de las élites, podía soñar con experimentar. No es de extrañar, entonces, que sus análisis sobre Occidente fueran tan apreciados por la jerarquía del KGB, aunque fueran las reflexiones de un repartidor.

21

Once días en Kabul
El nacimiento del «ilegal combatiente»

A finales de 1979 Andrópov hizo regresar a Yuri Drozdov de Nueva York para que asumiera el puesto de jefe del Directorio S, un cargo que siempre había anhelado. Acabaría dirigiendo el programa de ilegales durante más de una década y dedicando cada minuto de vigilia a su trabajo.[1] Sus días de representar a barones nazis habían quedado atrás, aunque seguía viajando con frecuencia. Por lo general, se desplazaba a La Habana, Berlín Este u otras capitales del bloque socialistas para supervisar los programas de ilegales en otros Estados, pero en ocasiones también viajaba a países no alineados para reunirse personalmente con ilegales. Contaba con una pila de pasaportes en la caja fuerte de su despacho y rara vez utilizaba su propio nombre durante sus desplazamientos. Cuando estaba en Moscú, pasaba largas jornadas recorriendo la ciudad en limusina, con las ventanillas traseras cubiertas por cortinas oscuras, para reunirse con ilegales retornados, a quienes asombraba con su conocimiento enciclopédico de sus expedientes personales.

A su implacable devoción a la causa, Drozdov le añadía la capacidad, típica de un ilegal, de mostrarse encantador, algo poco

común entre los rígidos generales que solían dirigir las operaciones del KGB. Cautivaba a quienes estaban bajo su mando con sencillos gestos de humanidad, como levantarse y tender la mano para saludar a los subalternos que entraban en su despacho, en lugar de permanecer sentado tras su escritorio, o convocarlos los fines de semana para jugar a la petanca en los pasillos y sondear sus opiniones; lo que, en el rígido contexto jerárquico del KGB, constituía una verdadera excentricidad.

No obstante, bajo esos modales agradables se ocultaba una voluntad tan firme como la de cualquier general del KGB. Su jovialidad podía transformarse en furia desenfrenada en cuestión de segundos. En una ocasión, mientras brindaba en una reunión por el quincuagésimo cumpleaños de uno de sus jefes de departamento, recordó un error reciente cometido por ese funcionario y comenzó una diatriba cada vez más airada sobre su incompetencia. Sólo paró cuando le recordaron amablemente que debería estar alabando al cumpleañero, no reprendiéndolo.[2]

Poco después de su regreso de Nueva York, Andrópov lo llamó a su despacho y le ofreció té con limón. Ninguno de los dos dudaba de que los ilegales debían seguir siendo uno de los elementos más importantes de las operaciones del KGB en el extranjero, pero discutieron algunos fracasos de la década anterior y lo que podría hacerse para evitar que se repitieran. Entonces, con el pretexto de que era una idea que acababa de ocurrírsele, Andrópov le pidió que viajara a Kabul por unos días para evaluar la situación en la capital afgana y él, imperturbable como siempre, asintió con un movimiento de cabeza. Esa inminente misión definiría la forma en que dirigiría el programa de ilegales durante la década siguiente.

En abril de 1978, un grupo de comunistas afganos, junto con generales del ejército formados por instructores soviéticos, derrocó y asesinó al presidente de Afganistán, proclamó un nuevo amanecer marxista en el país e instaló al comunista Nur Muhammad Taraki al frente del gobierno. Esto significaba que, a partir de ese momento, Moscú contaría con un potencial aliado en una franja especialmente conflictiva de su frontera meridional. Sin embargo, Afganistán era un país mayoritariamente rural y agrario, muy alejado de las condiciones que, según la teoría marxista ortodoxa, eran necesarias para una revolución proletaria. Además, el nuevo gobierno se topó con una resistencia generalizada y, en marzo de 1979, más de cinco mil personas murieron durante la represión de un levantamiento armado en Herat.[3] Como respuesta, el Politburó de la URSS optó por enviar ayuda financiera y otros quinientos asesores al país, aunque sin llegar a autorizar una intervención militar.

A Moscú también le preocupaba la creciente lucha de poder dentro del Partido Democrático Popular de Afganistán. Hafizullah Amín, un ambicioso viceprimer ministro que había estudiado en Estados Unidos, estaba socavando la autoridad del primer ministro Taraki. Amín —que tenía un retrato de Stalin sobre su escritorio— hacía caso omiso de las advertencias de los asesores soviéticos, que le insistían en que el partido debía ampliar su base de apoyo. «El camarada Stalin nos enseñó cómo construir el socialismo en un país atrasado: al principio es doloroso, pero después todo sale bien», solía responder.[4]

En septiembre, pocos días después de que Taraki regresara de Moscú, Amín logró apartarlo del poder y, apenas un mes más tarde, ordenó a sus hombres que lo asfixiaran con una almohada. Tras

enterrar el cuerpo en secreto se anunció que el primer ministro había muerto de «una enfermedad breve y grave». Pero las mentiras de Amín no engañaron al Kremlin.

El gobierno soviético temía —probablemente con razón— que Amín estuviera más interesado en el poder personal que en promover el marxismo o los intereses de la Unión Soviética. También estaba convencido —aunque en eso es muy posible que se equivocara— de que había hecho una alianza con la CIA. Bajo estricto secreto, comenzaron a delinear un nuevo plan. En noviembre trasladaron a la capital soviética a Babrak Karmal, un comunista exiliado en Checoslovaquia tras romper con Amín, con el objetivo de prepararlo como líder sustituto, y el 12 de diciembre el Politburó tomó la decisión de deponer a Amín y desplegar tropas soviéticas en Afganistán.

Unos meses antes, la Dirección había enviado a Kabul a Mutalim Talybov, uno de sus ilegales, precisamente en previsión de esta eventualidad. Talybov había estado destinado con anterioridad en Grecia, Chipre, Suiza y Marruecos, haciéndose pasar por un ciudadano iraní llamado Ikhtar Resht, pero en 1978 lo repatriaron a Moscú ante el temor de que su cobertura hubiera quedado comprometida.[5] Un año después, ya en la capital soviética, le comunicaron que debía llevar a cabo una misión delicada en extremo en Kabul. Su fluidez en persa —muy similar al darí que se habla en gran parte de Afganistán— sería clave. En septiembre viajó a Kabul como parte de un grupo más amplio de oficiales del Directorio S bajo el pretexto de trabajar como intérprete.[6] A su llegada, adoptó

una nueva identidad y consiguió empleo como cocinero en la residencia de Amín, posiblemente gracias a la recomendación de algún oficial del KGB destacado en la capital afgana. Por lo general, el Directorio S hacía grandes esfuerzos por ocultar cualquier vínculo entre sus ilegales y el aparato soviético; sin embargo, a pesar del deterioro de las relaciones entre ambos países, Amín consideraba un símbolo de estatus rodearse de hombres formados por los soviéticos, ya fuera en su equipo de seguridad o entre su personal doméstico.

Talybov llevó consigo a Kabul un veneno líquido, supuestamente insípido e inodoro, producido en un laboratorio del KGB en Moscú. El plan secreto consistía en que Amín también «falleciera repentinamente», de modo que Babrak Karmal pudiera asumir el poder y solicitar una «ayuda fraternal» soviética que legitimara una posterior invasión. El 17 de diciembre, cinco días después de que el Politburó aprobara ese plan, Talybov vertió parte del veneno en una botella de Pepsi destinada a Amín. Sin embargo, antes de que éste pudiera beberla, su yerno Asadullah —jefe de su servicio de seguridad— tomó un pequeño sorbo, cayó enfermo de inmediato y desarrolló una hepatitis aguda. Hubo que trasladarlo de urgencia a Moscú para que médicos soviéticos le salvaran la vida.[7]

La mañana posterior al fallido intento de envenenamiento, Andrópov envió a Kabul a Drozdov, quien aterrizó en la base aérea de Bagram en una helada noche de diciembre. Apenas un puñado de oficiales de inteligencia en el terreno sabía que se avecinaba un giro drástico en la política de la Unión Soviética; ni siquiera el embajador soviético estaba al tanto. En una sala de guerra dentro de la embajada, Drozdov se reunió con Vadim Kirpichenko —su predecesor al frente del Directorio S— y con el coronel Vasili

Kolesnik, del GRU, la inteligencia militar soviética. Entre los tres trazaron un plan para derrocar a Amín.

Además de contar con Talybov infiltrado en el palacio, se disponía de dos grupos de efectivos soviéticos que, bajo diversos disfraces, operaban bajo mando del Directorio S y que se convertirían en el prototipo de una nueva categoría de «ilegales combatientes».

El primero de esos grupos provenía de unas instalaciones ubicadas a poca distancia por carretera de Moscú, tras una verja sin señalizar coronada con alambre de espino. Esas instalaciones pertenecían al Directorio S y se las conocía informalmente como la «Escuela de Saboteadores».

La escuela funcionaba desde antes de la guerra, cuando servía para entrenar a partisanos que luego eran enviados tras las líneas enemigas. Sin embargo, a mediados de la década de 1970 había empezado a reclutar a jóvenes oficiales del KGB procedentes de las provincias —por lo general, aquellos que hablaban al menos una lengua extranjera— para someterlos a cursos intensivos de seis meses.[8]

Durante su estancia, los reclutas se enfrentaban a un entrenamiento físico extenuante y a pruebas constantes de resistencia. Estudiaban mapas, explosivos y técnicas de sabotaje, y se adiestraban en combate cuerpo a cuerpo y lucha con cuchillos. En las inmediaciones, incluso había un aeródromo desde el que realizaban saltos en paracaídas.[9]

Al concluir el curso semestral, regresaban a sus funciones habituales en el KGB, aunque quedaban en reserva para el Directorio

S porque, en caso de un hipotético «Período Especial» —término que designaba la fase previa a una posible guerra con Estados Unidos—, serían convocados para formar células especiales, compuestas por entre seis y doce «ilegales combatientes» —incluidos un comandante, dos ayudantes encargados de la recopilación de información y el sabotaje, un operador de radio, un especialista en explosivos y varios miembros encargados de logística y apoyo operativo— que serían infiltrados tras las líneas enemigas.[10]

En el verano de 1979 el régimen de entrenamiento en la Escuela de Saboteadores se intensificó de forma repentina y los reclutas pronto comprendieron que no regresarían a casa. En lugar de eso, a finales de ese mismo año fueron desplegados en Kabul, organizados en dos unidades bautizadas Grom y Zenit. Para facilitar su integración, se les entregaron uniformes del ejército afgano incómodos, mal ajustados y confeccionados con un áspero tejido de pelo de camello.[11]

El segundo grupo enviado a Kabul era un destacamento secreto de fuerzas especiales conocido como «el Batallón Musulmán», formado por hombres procedentes de las repúblicas soviéticas de Asia Central que hablaban turcomano, uzbeko y tayiko, lenguas muy utilizadas en Afganistán. También a ellos les entregaron uniformes afganos grises, y Amín aceptó alegremente el plan de que custodiaran su palacio, pensando que era una forma inteligente de obtener protección sin una presencia militar soviética oficial en el país. A pesar de su talento estalinista para los complots, Amín se mostraba sorprendentemente ingenuo respecto de la posibilidad de que sus protectores soviéticos pudieran volverse en su contra.

Drozdov trazó un plan para tomar de forma simultánea varios puntos clave de la ciudad utilizando a las unidades Grom, Zenit y al Batallón Musulmán. Él mismo supervisaría el asalto al Tajbeg —el palacio presidencial, objetivo principal de la operación—, una vez que el ilegal Talybov, aún infiltrado en su interior, lograra neutralizar a Amín con un nuevo intento de envenenamiento. El edificio, ubicado estratégicamente en lo alto de una empinada colina cubierta de espesos arbustos, parecía casi inexpugnable. Todos los accesos estaban minados, salvo una pista serpenteante protegida por posiciones de ametralladoras y piezas de artillería. En total, unos dos mil quinientos soldados defendían la estructura, y el dispositivo de seguridad había sido revisado y reforzado por los propios asesores del KGB asignados a Amín en Kabul, quienes ignoraban por completo los planes que Drozdov urdía a sus espaldas.

El 25 de diciembre los hombres del Batallón Musulmán, ataviados con sus uniformes del ejército afgano, tomaron posiciones «defensivas» en torno al palacio. Sólo el comandante en jefe conocía la verdadera naturaleza de la misión, que muy pronto daría un giro radical. Esa noche, los oficiales soviéticos organizaron un banquete para agasajar a los jefes de la guardia personal de Amín, supuestamente en honor a su nueva condición de colegas. La embajada soviética aportó vodka y caviar, y se brindó por los lazos inquebrantables de amistad entre los pueblos soviético y afgano. Entre los asistentes se encontraba Drozdov, bajo la identidad del capitán Lebedev, presentado como asesor técnico del batallón. Como todos los demás, vestía el uniforme gris del ejército de Afganistán.

Dos días más tarde, a primera hora de la mañana, Drozdov invitó a su coconspirador del GRU, el coronel Kolesnik, a la *banya* —el típico

baño de vapor ruso— de la casa de huéspedes de la embajada soviética. Conservaba una superstición de los años de guerra: siempre debía ir al combate con ropa interior limpia. Los dos hombres se sentaron desnudos y sudorosos en la cabina de vapor, envueltos en espesas nubes que apenas les permitían verse. Una vez purificados y con ropa interior limpia, compartieron en silencio una botella entera de brandy.

A la hora de la comida, Amín reunió en el palacio a su equipo dirigente, incluidos varios asesores soviéticos, para celebrar la noticia de que Moscú había accedido a proporcionar una importante ayuda militar a Afganistán.

—Todo va bien —les dijo—. Acabo de hablar por teléfono con el ministro de Asuntos Exteriores de la URSS, Andréi Gromiko. Simplemente estamos discutiendo la forma más adecuada de anunciar al mundo esta ayuda.

Tras la comida, los invitados se trasladaron a otra sala para tomar el té, pero pronto comenzaron a sentirse mareados y varios vomitaron. Esta vez Talybov había envenenado no sólo la bebida de Amín, sino las de todos los asistentes. A medida que la situación empeoraba, el jefe de seguridad entró en pánico y solicitó ayuda urgente a la embajada soviética.

Los médicos militares enviados desde Moscú no tenían idea de lo que estaba ocurriendo. Al llegar al palacio, encontraron a los invitados despatarrados en posturas antinaturales y a los que estaban aún conscientes retorciéndose de dolor. Amín estaba solo, desmayado y en calzoncillos, con los ojos en blanco y el pulso casi imperceptible. Lo llevaron al baño, le practicaron respiración asistida

y un lavado de estómago. Estuvo al borde de la muerte, pero finalmente lograron estabilizarlo.

La misión de Talybov se desmoronó por su excesivo secretismo.

Mientras los invitados al Tajbeg comenzaban a desplomarse por el envenenamiento, Drozdov y Kolesnik convocaron de inmediato a una reunión con los oficiales superiores del Batallón Musulmán y las unidades Grom y Zenit. En ese encuentro, les revelaron que Amín estaba «cooperando con la CIA» y que, por tanto, debía ser eliminado. Se hizo un silencio incómodo, lleno de incredulidad: muchos se preguntaron en voz baja por qué, si Amín trabajaba para la CIA, había permitido que tropas soviéticas protegieran su palacio. [12]

Aun así, nadie se atrevió a cuestionar las órdenes. La consigna era clara: cualquier persona que intentara huir del palacio debía ser abatida de inmediato, incluido el propio Amín, siempre que aún estuviera vivo tras el ataque.[13]

Para distinguirse de los defensores del palacio (que seguían llevando los uniformes grises del ejército afgano), se les entregaron brazaletes blancos.

A las 18:45 h, un pequeño grupo de oficiales de la unidad Zenit salió de su residencia en tres vehículos y colocó una bomba de tiempo en una boca de alcantarilla, justo donde se concentraban los principales cables de comunicaciones de Kabul. La explosión resonó en toda la ciudad: la operación había comenzado.

Poco después, dos bengalas iluminaron el palacio y el Batallón Musulmán abrió fuego, dirigiendo sus cañones antiaéreos contra los

muros exteriores. Mientras tanto, los hombres de Zenit descendieron de los vehículos blindados y avanzaron hacia el palacio arrastrándose por el suelo helado, soportando un intenso fuego enemigo. El estallido de una granada cortó la electricidad del edificio, sumiéndolo en la oscuridad.

Dentro del palacio, la oscuridad hacía inútiles los brazaletes blancos; la única manera de reconocer a un aliado era cuando soltaba alguna maldición en ruso. En ese momento, Talybov salió corriendo desde la cocina para apoyar a sus compatriotas, pero se retiró al darse cuenta del caos que reinaba.[14]

Amín se encontraba en la planta superior y avanzaba tambaleante por los pasillos en ropa interior, con una vía intravenosa en cada brazo y su aterrorizado hijo pequeño aferrado a una pierna. Cuando se dio cuenta de que los atacantes eran sus supuestos aliados soviéticos, ya era demasiado tarde. No está claro si murió en el fuego cruzado o fue ejecutado. Al cesar el combate, los cristales de todas las ventanas habían desaparecido, las alfombras estaban empapadas de sangre y muchas habitaciones ardían en llamas. Unos trescientos afganos perdieron la vida y sus cuerpos fueron enterrados apresuradamente en una fosa común. El cadáver de Amín, enrollado en una alfombra ensangrentada, acabó sepultado en una tumba sin nombre. Entre los soviéticos hubo veintinueve muertos y setenta y cuatro heridos,[15] y no fue hasta que estos últimos comenzaron a llegar a la embajada que el embajador soviético se percató de lo que estaba ocurriendo.

En última instancia, la operación fue una combinación de intriga meticulosamente planificada y caos. Si el Directorio S no hubiera sido tan obsesivo con el secretismo, el veneno de Talybov podría

haber acabado con Amín y el asalto al palacio se habría reducido a una acción rápida y con poca violencia. Aun así, los soviéticos lograron ejecutar un audaz golpe de Estado sin utilizar la aviación y causando un número mínimo de víctimas civiles.

Karmal asumió el control al día siguiente del golpe y ofreció una recepción en honor a Kirpichenko, Drozdov y varios oficiales de las fuerzas especiales, agradeciéndoles por haberlo «ayudado» a ascender al poder. Esta vez, los soviéticos sí desplegaron tropas en el país de forma pública para apuntalar el nuevo régimen.

La reacción internacional ante la invasión fue inmediata: el presidente Carter declaró ante su gabinete que la invasión representaba «la mayor amenaza para la paz mundial desde la Segunda Guerra Mundial» y pidió un boicot a los próximos Juegos Olímpicos de Moscú.[16]

Durante muchos años, los detalles del golpe que precedió a la invasión permanecieron en secreto. A los combatientes de Grom y Zenit sólo se les permitió decir que habían sido desplegados brevemente en Afganistán como «asesores», incluso ante sus propios supervisores del KGB en Moscú. Por su parte, la población soviética fue informada mediante un escueto boletín oficial de que «los elementos progresistas de la sociedad afgana» habían derrocado a Amín y que se enviaría un «contingente limitado» de tropas para mantener la estabilidad.

Drozdov, aunque frustrado por el fracaso del envenenamiento, quedó impresionado por el desempeño de las unidades Grom y Zenit en una situación de combate real, así que dedicó la siguiente década a perfeccionar el concepto de combatientes semiilegales con capacidades militares, en preparación para un posible conflicto a

gran escala con Estados Unidos. En cuanto a Talybov, parece que su azarosa misión en Kabul fue su último acto como ilegal: según algunas versiones, más tarde fue destinado a la embajada soviética en Hanoi como agente de la Línea N.[17]

En enero de 1980 Drozdov ayudó a redactar un plan de retirada para las fuerzas soviéticas desplegadas en Afganistán, pero el documento quedó olvidado en su caja fuerte durante una década mientras el atolladero militar se prolongaba a costa de miles de vidas. Transcurrieron nueve años y cincuenta y dos días desde el asalto al palacio de Amín hasta que el último soldado soviético abandonó el país. Para entonces, el aluvión de críticas por la desastrosa guerra se había convertido en un factor clave en un proceso que conduciría a algo que, en 1979, parecía impensable para la mayoría de los observadores de ambos lados de la Guerra Fría: el colapso de la Unión Soviética.

QUINTA PARTE

Derrumbe y resurrección

22

La amenaza de guerra
Tensiones crecientes y nuevos ilegales

Estudiantes y profesores de la Universidad Estatal de Tomsk entraron en fila en una sala grande y oscura de la biblioteca y tomaron asiento en medio de un silencio lúgubre. La reunión, convocada a toda prisa, era una de los miles de ceremonias similares que tenían lugar ese mismo 11 de noviembre de 1982 en toda la Unión Soviética. Un miembro del comité universitario del partido se acercó al atril y anunció, alto y claro: «El pueblo soviético, así como toda la humanidad progresista, ha sufrido una pérdida enorme.»

A continuación se guardó un minuto de silencio.

El día anterior, un ataque cardíaco había puesto fin al prolongado deterioro de Leonid Brézhnev. Antes de hacer pública la noticia, el Politburó decidió que Yuri Andrópov, presidente del KGB, asumiría el cargo de secretario general del Partido Comunista. A la mañana siguiente, a las once, la televisión y la radio soviéticas difundieron el anuncio. En Tomsk —más de tres mil doscientos kilómetros al este, en el corazón de Siberia— ya era media tarde. La universidad canceló las clases restantes del día para dar espacio al duelo y habilitó un micrófono abierto para que los asistentes pudieran

expresarlo. No obstante, a diferencia de la auténtica conmoción provocada por la muerte de Stalin tres décadas antes, esta vez las lamentaciones sonaban más a un deber que a una emoción genuina.

Entre los oradores de aquella tarde estaba Elena Vavilova, una joven muy seria, estudiante de segundo año de Historia. Vavilova rindió homenaje al gran líder fallecido, que —según dijo— había dejado huérfanos a sus ciudadanos. Mientras hablaba, las lágrimas rodaban por sus mejillas. A muchos de sus compañeros aquella escena les resultó extraña: hacía tiempo que un Brézhnev balbuceante y envejecido se había convertido en el hazmerreír del segmento más culto de la juventud soviética. Sin ir más lejos, para la mayoría de los estudiantes de Historia de Tomsk, incluir citas del gran líder en sus trabajos no implicaba en absoluto que creyeran en su genialidad. Vivían más bien al margen de la grandilocuente propaganda oficial: o la ignoraban, o se burlaban de ella.

En cuanto a Andrópov —célebre por su severidad—, cuando se supo que sería el nuevo dirigente del país, comenzó a circular un chiste subversivo: «¡Oh, no! El KGB va a tomar el poder. ¡Van a mandar a todo el mundo a Siberia! Bueno, por suerte nosotros ya estamos aquí.»

No obstante, de pronto, una persona a la que consideraban una más de ellos derramaba lágrimas por la muerte de un hombre que llevaba casi una década con serias dificultades para hilvanar una frase coherente. Tal vez Vavilova estaba sinceramente desolada por la muerte de Brézhnev, o tal vez aquel espectáculo no era más que una efusiva demostración de responsabilidad política, dirigida a los supervisores del KGB que con toda probabilidad ya la observaban.[1]

A pesar de su lejanía de Moscú, la Universidad Estatal de Tomsk se consideraba una de las mejores del país, y la familia de Vavilova estaba estrechamente ligada a ella: su padre era profesor de física y su madre, ayudante de cátedra. Ella, por su parte, se había labrado desde el instituto una reputación como alumna brillante y miembro aplicada del Komsomol, la Liga de Jóvenes Comunistas. En 1976 fue seleccionada para asistir a Artek, un campamento en Crimea al que sólo se enviaba a los mejores estudiantes o a aquellos con buenos contactos, para pasar un mes entre deportes de verano y educación patriótica. Finalmente en 1982 consiguió una plaza en la universidad. [2]

Las clases de Historia se impartían en un imponente edificio blanco de estilo neoclásico con cuatro grandes columnas en la fachada y una aguja dorada en el techo. El director de la facultad era Izrael Razgon, un veterano historiador que en 1943 había recibido el Premio Stalin por su relato del ascenso bolchevique al poder, pero que en los últimos años de Stalin fue exiliado de Moscú a Tomsk durante una campaña antijudía.

Cuando Vavilova ingresó, Razgon rondaba los ochenta años, seguía siendo un ferviente comunista y en ocasiones se le podía encontrar borracho y cantando *La Internacional* en los pasillos de la facultad.

Poco después de comenzar sus estudios, Vavilova conoció a Andréi Bezrukov, dos años mayor que ella y originario de una pequeña ciudad siberiana donde su padre trabajaba como geólogo y su madre como meteoróloga. Bezrukov había ingresado originalmente en la facultad de Física, pero luego se pasó a Historia, un cambio poco frecuente que sugiere que quizá ya había sido reclutado por el

KGB y se estaba preparando para operar en el extranjero. Los estudiantes de Historia recibían una formación lingüística intensiva y tenían acceso a textos extranjeros.

Él decidió que escribiría su tesis sobre la política exterior de Estados Unidos en China, mientras que ella escogió hacerlo sobre el historiador francés Philippe Ariès, quien en 1977 había publicado un libro sobre los cambios de actitud de la sociedad occidentales hacia la muerte que se titulaba precisamente *El hombre ante la muerte.*

La carga lectiva incluía ocho clases de inglés por semana, y era habitual que los estudiantes tuvieran que hacer presentaciones ante el grupo en inglés, francés o alemán. Aunque la enseñanza seguía de forma estricta las líneas marxistas, los estudiantes de Historia estaban entre los pocos que podían solicitar acceso al «archivo especial» de la biblioteca universitaria, donde se guardaba bibliografía potencialmente subversiva. Este archivo contaba con distintos niveles de acceso: por ejemplo, los estudiantes de grado no podían solicitar obras de disidentes soviéticos publicadas en el extranjero; sin embargo, si Bezrukov o Vavilova querían consultar libros de historiadores occidentales no marxistas, podían pedir a sus tutores que firmaran un formulario especial para solicitarlos, y entonces los bibliotecarios les subían los textos prohibidos desde el sótano.

En los meses posteriores a su encuentro, se acostumbraron a ir juntos al cine y al teatro. A veces, él la visitaba en su casa. Los padres de ella tenían la impresión de que era un joven estudioso, aunque mucha otra gente lo veía como impenetrable y de modales más bien arrogantes. En todo caso, no había duda de que ella era más desenvuelta, y en sus ojos castaño oscuro brillaba la curiosidad.

Los fines de semana, algunos estudiantes celebraban, en las residencias universitarias, fiestas donde bebían vino búlgaro barato y bailaban al ritmo de grabaciones piratas de grupos occidentales; sin embargo, nadie recuerda haber visto a Bezrukov ni a Vavilova en esas reuniones.

Andrópov tenía sesenta y ocho años cuando asumió el cargo de secretario general del Partido Comunista de la URSS. Cada vez mostraba más signos de paranoia y su salud se deterioraba a gran velocidad. Le costaba mantener la concentración y solía interrumpir a sus interlocutores con comentarios que no venían al caso.[3] No era, desde luego, el líder nuevo y enérgico que tan urgentemente necesitaba la causa soviética para revitalizarse, sino que pasaba buena parte del tiempo ingresado en la misma clínica donde acababa de fallecer Brézhnev.

Sin embargo, para los hombres que dirigían el país, no parecía que todo estuviera perdido. En 1980 el precio del petróleo alcanzó los 35 dólares por barril, lo que proporcionó unos ingresos muy necesarios.

Al mismo tiempo, Estados Unidos daba la impresión de estar retrocediendo en la escena internacional. A mediados de la década de 1970, Angola y Mozambique habían caído en manos de regímenes afines a la Unión Soviética, y la retirada de las tropas estadounidenses de Vietnam había permitido que Camboya y Laos adoptaran también gobiernos comunistas.

No obstante, en el Kremlin crecía la preocupación ante lo que parecía una disposición cada vez mayor de la nación norteamericana

a la confrontación. El nuevo presidente, Ronald Reagan, había despreciado abiertamente la política de distensión, comparándola con «lo que hay entre un granjero y su pavo hasta el Día de Acción de Gracias». A principios de 1983 pronunció un discurso en el que calificó a la Unión Soviética de «imperio del mal» y al comunismo de «un extraño capítulo de la historia de la humanidad cuyas últimas páginas se están escribiendo ahora mismo».[4] Reagan también anunció el mayor incremento del gasto militar estadounidense en tiempos de paz, prometiendo duplicarlo antes de 1986, y aumentó de forma drástica el presupuesto de la Agencia de Seguridad Nacional.[5]

De pronto, los estadounidenses dejaron de hablar de la Guerra Fría como una realidad permanente de la vida contemporánea y comenzaron a verla como una batalla que se podía ganar.

Durante el tenso año de 1983, las dos superpotencias estuvieron más cerca de una guerra nuclear que en ningún otro momento desde la crisis de los misiles de Cuba. Estados Unidos había tomado la delantera en la carrera armamentística, y los dirigentes soviéticos temían seriamente que Washington estuviera planeando un ataque relámpago.

Se ordenó a las residencias del KGB en todo el mundo que destinaran cada semana recursos y personal a la Operación RYAN (Ataque Nuclear con Misiles, por sus siglas en ruso) con el objetivo de mantenerse en estado de alerta permanente ante cualquier indicio de un posible ataque nuclear inminente. Entre las señales que debían vigilar se incluían, por ejemplo, luces encendidas más allá del horario habitual en las ventanas de ministerios de defensa

occidentales o cualquier actividad inusual en edificios gubernamentales.

Para entonces, las dos superpotencias acumulaban entre ambas más de dieciocho mil ojivas nucleares, y los misiles Pershing más modernos, que Washington planeaba desplegar en Europa durante el verano de 1983, podían alcanzar Moscú apenas seis minutos después de su lanzamiento.[6]

En noviembre, mientras la salud de Andrópov empeoraba, un importante ejercicio militar de la OTAN llamado Able Archer simuló una conflagración con la Unión Soviética que acabaría desembocando en una guerra nuclear total. En Moscú, los comandantes del ejército y de la Fuerza Aérea se preguntaban si aquel ejercicio no sería en realidad una tapadera para un ataque nuclear preventivo.

El mundo parecía estar al borde del Período Especial: las primeras fases de una auténtica gran guerra entre Estados Unidos y la Unión Soviética.

En aquel entonces, las «manifestaciones por la paz» promovidas por el gobierno se convirtieron en una constante de la vida universitaria en toda la Unión Soviética, incluida la Universidad de Tomsk. En ellas, los estudiantes dirigían furiosas demandas a los estadounidenses para que depusieran su actitud.

Vavilova escribía con frecuencia sobre el movimiento en el periódico estudiantil, criticando a los estadounidenses por amenazar la estabilidad mundial. «La voz de nuestro colectivo universitario se

une a la de millones de personas en todo el mundo», decía en un artículo.[7]

A esas alturas, la victoria en la Gran Guerra Patriótica rivalizaba con la Revolución de Octubre como el acontecimiento más importante de la mitología soviética: como el brillante futuro de la abundancia socialista se veía cada vez más lejano, los dirigentes buscaban inspiración en el pasado.

Pero además, la mayoría de las familias mantenían una conexión íntima con la guerra. El abuelo de Vavilova, por ejemplo, había participado en la batalla de Stalingrado y en la toma de Berlín, y solía contarle historias bélicas cuando ella era pequeña. Él había tenido relativa suerte, porque sólo había perdido un dedo cuando una multitud de sus camaradas habían perecido.[8]

Cada 9 de mayo —Día de la Victoria— estudiantes y profesores se reunían junto al monumento conmemorativo de la Gran Guerra Patriótica, que representaba a un soldado vencedor. En 1983 el rector de la universidad declaró ante los asistentes que las «fuerzas oscuras» del mundo debían recordar el mayo de 1945 y tener presente que el pueblo soviético estaba dispuesto a hacer lo que fuera necesario para defender las conquistas del socialismo.[9]

Después, los profesores de mayor edad ofrecieron testimonios de primera mano sobre los horrores de la guerra, estableciendo paralelismos entre los orígenes de aquel conflicto y la política belicista de Estados Unidos, que parecía estar buscando un nuevo enfrentamiento.

Esos dos conflictos, la Segunda Guerra Mundial y la inminente guerra nuclear, uno real y otro hipotético, alimentaban el patriotismo de Vavilova y su voluntad de servir a su país.

Una vez a la semana, a la hora acordada, se reunía en un apartamento vacío, no muy lejos de la universidad, con un hombre de mediana edad que solía vestir una chaqueta raída. Hablaban de la vida, de sus estudios y, a veces, incluso de política. Ella guardaba esas conversaciones en secreto, sin contarlas a sus padres, a sus amigos, ni siquiera a su novio.

Tras aproximadamente un año, un día se encontró con que había un segundo hombre esperándola. Éste le dijo que procedía de Moscú y que quería saber si estaría interesada en empezar a prepararse para un trabajo importante en el extranjero. A ella le preocupaba lo que pensaría su pareja, pero al final resultó que él también se había reunido con aquel hombre.

Mucho tiempo después, Vavilova contó que ni ella ni Bezrukov supieron nunca quién de los dos fue el recluta inicial, aunque el procedimiento habitual del KGB sugiere que fue él, y que su relación con ella comenzó o continuó sólo después de que sus supervisores dieran su aprobación.

Incluso es posible que fueran esos mismos supervisores quienes la propusieran como candidata adecuada tras evaluar su perfil como estudiante, militante e hija de una familia con sólidos valores ideológicos. Además, sin duda quedaron impresionados por la forma en que ella combinaba una profunda ortodoxia intelectual con una gran desenvoltura social.

Como hemos dicho, los amigos de Vavilova tenían la impresión de que ella tenía una mentalidad más abierta que Bezrukov, a pesar de su capacidad para escribir artículos periodísticos con el tono autoritario de una ideóloga del partido. «En cierto sentido, no parecía soviética», recordaba una persona que la conoció en la

universidad. «Se vestía y comportaba como una occidental, o al menos como yo imaginaba que lo haría una occidental, ya que nunca había conocido a ninguna.»[10]

Vavilova y Bezrukov eran sólo dos entre los más de mil estudiantes soviéticos evaluados cada año por su potencial para convertirse en la siguiente generación de espías ilegales del Directorio S, de los cuales la mayoría eran descartados en alguna fase del proceso. Algunos quedaban fuera directamente, mientras que a los más prometedores podían ser seleccionados para formarse en la academia del KGB, lo que les abría la puerta a desempeñar labores de contrainteligencia vigilando a disidentes o a trabajar bajo cobertura diplomática en una residencia legal en el extranjero.

Algunos de los candidatos más atléticos, por su parte, eran enviados a la Escuela de Saboteadores para entrenarse como ilegales combatientes. Por último, quienes reunían la combinación adecuada de cualidades eran enviados a Moscú para recibir un entrenamiento a tiempo completo.

Elena Vavilova y Andréi Bezrukov superaron todas las pruebas, y con honores.

Él, como casi todos los estudiantes soviéticos de principios de los setenta, había idealizado a Stirlitz, el espía de la serie de televisión *Diecisiete instantes de una primavera*, y se sentía atraído por el supuesto romanticismo de esa vida. Pero además creía que el modo de vida soviético estaba amenazado. Quería aportar su grano de arena, convencido de que, si la Unión Soviética se debilitaba, los estadounidenses no dudarían en borrar a su enemigo de la faz del planeta.[11]

Cuando se graduó, en 1984, el KGB decidió trasladarlos a él y a Vavilova a Moscú. Ella tuvo que decirles a sus padres que iba a trabajar en un importante instituto científico de Moscú y que terminaría la carrera a distancia.

Se casaron en Tomsk antes de partir; ella, con un vestido blanco y una cinta del mismo color en el pelo; él, con un traje elegante y bien cortado. El curador del KGB, que observaba el acto desde el otro lado de la calle sin que nadie lo notara, los vio salir del registro civil. La madre de ella organizó una cena de celebración en el apartamento familiar.[12]

Había llegado el momento de que ambos se trasladaran a la capital soviética: el primer paso hacia Occidente, lejos de la ciudad siberiana donde se habían criado.

Tomsk era una de las muchas ciudades «cerradas» de la Unión Soviética: a unos quince kilómetros se encontraban unas instalaciones secretas que albergaban la primera central nuclear a gran escala del país.[13] Incluso los propios soviéticos necesitaban un permiso especial para viajar allí, y la presencia de visitantes extranjeros era prácticamente inexistente. En definitiva, era un lugar extraño para buscar personas que pudieran desenvolverse con naturalidad en la piel de occidentales despreocupados.

Vavilova y Bezrukov formaban, sin duda, una pareja inteligente y talentosa, pero su reclutamiento ilustraba los esfuerzos cada vez más desesperados que debía hacer el KGB para crear nuevos ilegales.

Para finales de 1983 Andrópov estaba tan débil que ya no podía levantarse de la cama del hospital. La víspera de Año Nuevo, los

médicos le permitieron dar un sorbo de champán junto a un pequeño grupo de visitantes, entre ellos Kriuchkov, jefe del departamento de inteligencia exterior del KGB, que había estado a su lado desde el levantamiento húngaro de 1956. A lo largo de su extensa carrera, Andrópov jamás había mostrado ni un atisbo de emoción, ni siquiera ante sus colaboradores más cercanos. Pero en esa ocasión se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Gracias. Adiós —le susurró a Kriuchkov.[14] Murió seis semanas después.

Andrópov había sido bastante lúcido a la hora de diagnosticar los fallos de la Unión Soviética, pero no tenía idea de cómo solucionarlos. Como director del KGB, había tenido acceso irrestricto a montones de informes confidenciales que detallaban lo que la población decía en privado. Sabía que escaseaban los bienes de consumo, que el nivel de vida era bajo y que el alcoholismo estaba muy extendido. En un momento de franqueza poco habitual, llegó a confesarle a un subordinado que esperaba que algún día la Unión Soviética pudiera adoptar un sistema más abierto:

—Pero no antes de quince o veinte años, cuando el nivel de vida haya mejorado. No se imagina usted el estado de ánimo que hay ahora mismo en este país.[15]

Su legado, tras quince años al frente del KGB y quince meses dirigiendo el país, fue una cultura de intensa paranoia y un sistema que ahogaba cualquier atisbo de iniciativa. La batalla contra la disidencia intelectual y cultural no había mermado en absoluto, y los espías ilegales eran una parte cada vez más importante de ese proceso.

Moscú seguía desconfiando de sus supuestos aliados de Europa del Este hasta el punto de que no sólo mantuvo, sino que incluso amplió la Operación Progreso, nombre asignado a las misiones iniciadas tras la Primavera de Praga.[16] En realidad, se lanzaron operaciones similares dentro de la propia Unión Soviética para poner a prueba la lealtad de presuntos disidentes. Como el KGB desconfiaba especialmente de los judíos, ordenó a ciertos ilegales que se hicieran pasar por empresarios occidentales y sugirieran tener vínculos con la CIA con el objetivo de acercarse a líderes judíos soviéticos y comprobar si estarían dispuestos a traicionar a la URSS.[17]

Pero ni siquiera los propios ilegales estaban a salvo de la omnipresente necesidad de detectar señales de disidencia. El organismo dirigido por Drozdov comenzó a idear métodos cada vez más sofisticados para asegurarse su lealtad, tanto durante los largos períodos de entrenamiento como en las visitas que realizaban a Moscú desde los países donde estaban destinados. Era habitual que, en medio de la cordialidad de los banquetes —generosamente regados con alcohol— que se les ofrecían cada vez que regresaban a la capital, les administraran una droga psicotrópica inodora e insípida llamada SP-17, elaborada en un laboratorio del KGB, que inducía una sensación de calidez y confianza y borraba la memoria de las conversaciones mantenidas bajo sus efectos. De este modo, el banquete se convertía en un interrogatorio encubierto para confirmar que el ilegal seguía siendo políticamente fiable. Un antiguo funcionario del Directorio S afirmaba haber encontrado pruebas del uso del SP-17 en todos los expedientes de operativos ilegales con los que tuvo contacto.[18]

También se volvió habitual la instalación de dispositivos de escucha en los apartamentos donde los ilegales residían durante sus estancias en Moscú. A muchos, incluso en fases avanzadas de su formación o después de su despliegue, se les expulsaba del programa cuando el Centro decidía que ya no eran fiables. Un ilegal letón cometió la insensatez de confiarle a su esposa, durante una visita a Moscú a principios de los años ochenta, que pensaba que en Occidente se vivía con más libertad que en la Unión Soviética, y se preguntó en voz alta cómo sería Letonia si fuera independiente. Sus comentarios incriminatorios quedaron registrados en su expediente, aunque no consta si fue expulsado del programa.[19] El KGB exigía lo imposible a sus reclutas: un operativo debía ser inteligente, flexible y lo bastante sofisticado para hacerse pasar por occidental y, al mismo tiempo, contar con una firmeza ideológica que le permitiera ignorar incluso en la intimidad de su hogar los evidentes defectos de la sociedad soviética.

En 1982 el Directorio S se trasladó desde la jefatura del KGB en la Lubianka a un complejo en Yasenevo, en las afueras de Moscú, donde durante la década anterior había estado la base del resto del personal de inteligencia exterior del propio servicio de seguridad. Yasenevo era conocido como «el Bosque» debido a su ubicación fuera del centro de la ciudad, y resultaba mucho más agradable que la Lubianka, donde el espíritu de las purgas de los años treinta aún flotaba sobre los empleados mientras atravesaban los lúgubres pasillos hacia oficinas con paneles de madera oscura.

En comparación, Yasenevo parecía un resort de lujo. Construido según un diseño de arquitectos finlandeses, el complejo incluía un bloque de oficinas de veintidós plantas, junto con saunas, piscina, pistas de tenis, una tienda de comestibles bien surtida y una moderna clínica médica. Los jefes residían en bonitas casas distribuidas por las instalaciones, mientras que el resto llegaba al trabajo en una flotilla de autobuses sin distintivos que los recogía cada mañana en puntos de encuentro repartidos por todo Moscú. Al Directorio S se le asignaron las plantas decimocuarta a vigésima del edificio de oficinas.

El piso diecinueve albergaba las oficinas del ultrasecreto Duodécimo Departamento, una nueva unidad añadida al Directorio S dedicada al espionaje biológico. Aunque la Unión Soviética había firmado un acuerdo internacional que prohibía el desarrollo de armas biológicas, los dirigentes soviéticos estaban convencidos de que los países occidentales lo violaban y estaban decididos a no quedarse atrás en esta nueva y letal carrera científica de la Guerra Fría. A mediados de los años ochenta, había decenas de instalaciones ocultas en rincones remotos de la Unión Soviética donde se desarrollaban y probaban agentes químicos y biológicos.

El Duodécimo Departamento buscaba reclutar a científicos jóvenes y prometedores que llevarían una doble vida, combinando la investigación científica con el trabajo de inteligencia. Según un antiguo funcionario, algunos eran preparados para infiltrarse en Occidente como ilegales científicos. Ese mismo funcionario reveló que, durante el derrumbe de la Unión Soviética, había diez ilegales operando en Norteamérica, Europa occidental y el Sudeste Asiático bajo las órdenes del departamento —además de otros cinco en

formación—, encargados de obtener información secreta y muestras de Occidente para enviarlas a instituciones soviéticas para su análisis.[20]

Cuando Vavilova y Bezrukov llegaron a Moscú para su entrenamiento, se les asignó un apartamento de dos habitaciones en un edificio anodino en las afueras. Para garantizar que, en caso de ser capturados o desertar, no pudieran revelar información sobre el programa en general, jamás se les permitió poner pie en Yasenevo. En su lugar, eran los entrenadores quienes se desplazaban hasta ellos a una serie de *konksvartiry* repartidos por toda la ciudad: ésa era la costumbre.

El Segundo Departamento del Directorio S, encargado de la documentación, les había encontrado identidades canadienses, las de Tracey Lee Ann Foley y Donald Heathfield, ambos nacidos en Canadá menos de dos años antes que ellos, pero muertos de bebés. Unos agentes de la Línea N que recorrían cementerios canadienses habían localizado sus lápidas. El plan consistía en enviarlos primero a Canadá, donde afianzarían sus leyendas, para que más tarde, una vez preparadas y asimiladas sus falsas identidades como «Don» y «Ann», pudieran trasladarse al Principal Enemigo,

Su profesor de inglés pasaba horas enteras explicando las sutiles posiciones de la boca y de la lengua que ayudaban a disimular un acento extranjero.[21] La pareja estudiaba la cultura contemporánea canadiense y estadounidense con revistas, películas y canciones. Al tiempo que planificaban los contornos de su futuro y refinaban sus leyendas canadienses, escribían montones de cartas a sus padres

donde hablaban de otra vida —imaginaria—, en la que trabajaban como ayudantes de investigación en un instituto científico soviético.

También tenían clases de kárate y prácticas de tiro. En las dos décadas que pasaron en el extranjero, jamás tuvieron que recurrir a la violencia, pero la propia Vavilova declaró que se sentía más segura sabiendo que sería capaz de protegerse en caso de necesidad.

Viajaron en tren a Praga, donde compraron ropa occidental importada en los grandes almacenes más exclusivos de la ciudad y charlaron con turistas occidentales mientras estudiaban atentamente su manera de hablar, andar, vestirse y comportarse. Para ellos, poder hablar con estadounidenses sin ser objeto de miradas inquisitivas o preguntas agresivas era una experiencia extraordinaria, por lo que lo hicieron todas las veces que pudieron.

Regresaron a Moscú con una maleta llena de ropa bonita, nuevos cortes de pelo y mucha más confianza en sí mismos.[22]

Hacia el final del entrenamiento, los llevaron a una colonia de dachas en las afueras de Moscú. Allí, rodeada por una valla, había una casa de dos plantas cuyo interior estaba adaptado para parecerse a un auténtico hogar estadounidense. Contaba con una cocina equipada con electrodomésticos que no se parecían a nada de lo que habían visto antes, además de un gran televisor y una pila de películas francesas y estadounidenses en vídeo.

—Llámennos si hay algo que no saben cómo funciona —les dijo el entrenador con una sonrisa mientras señalaba un teléfono también importado.

Antes de marcharse, les dio una última orden: ni siquiera cuando estuvieran solos debían pronunciar una sola palabra en ruso.

El KGB probablemente había instalado micrófonos para escucharlos, pero el tiempo que pasaron en esa casa «estadounidense» fue como una especie de luna de miel para ellos.

Al principio, era frecuente que acabaran exhaustos tras las largas jornadas de entrenamiento. Muchas mañanas les costaba incluso levantarse de la cama, y de repente se encontraban en esa casa impecable, recorriéndola con asombro mientras examinaban los electrodomésticos e imaginaban cómo sería su vida en Estados Unidos.

La nevera estaba llena de alimentos extraños, todos en envases coloridos.

Pocos días después, un visitante llegó a la casa y los saludó en un inglés con claro acento estadounidense. Se suponía que acababa de llegar de Norteamérica, y los tres pasaron la velada conversando. De vez en cuando, el invitado lanzaba preguntas sobre universidades, calles o restaurantes que formaban parte de sus leyendas, intentando descubrir alguna inconsistencia.[23]

Mientras ellos se adaptaban al desconocido mundo de la sociedad de consumo occidental en un piso franco en las afueras de Moscú, la propia Unión Soviética se embarcaba en un proceso de cambio drástico e imprevisible. Esa transformación daría lugar a un país nuevo, un lugar que para muchos soviéticos sería tan extraño como el mundo del otro lado del Atlántico, con sus revistas de papel cuché y las relucientes etiquetas de sus alimentos.

23

El fin
El derrumbe de la Unión Soviética

En 1985 Mijaíl Gorbachov asumió el cargo de secretario general del Partido Comunista. Con apenas cincuenta y cuatro años de edad, su nombramiento suponía un soplo de aire fresco tras una sucesión de gobiernos encabezados por tres líderes ancianos y con serios problemas de salud: Brézhnev, Andrópov y Konstantín Chernenko, que ya estaba enfermo al llegar al poder y apenas gobernó un año antes de fallecer. Durante su breve mandato hablaba a duras penas, y respiraba con tanta dificultad que sus propios subordinados se sentían incómodos al tratar con él.[1]

Gorbachov aportó al gobierno soviético una energía muy necesaria y, tras un inicio prudente, comenzó a prometer un cambio de rumbo sustancial. Exploró vías para reducir las tensiones con Estados Unidos y, con ese fin, se reunió con Reagan a finales de 1985 en Ginebra y, un año después, en Reikiavik. Aquel acercamiento permitió mejorar la relación entre ambos países y empezar a disipar la amenaza inminente de una nueva guerra mundial.

Paralelamente, el nuevo secretario general comenzó a advertir —con cautela— sobre la necesidad de una transformación política

dentro de su propio país. Uno de sus principales lemas fue el de promover una mayor apertura (*glasnost*), en contraposición a la cultura del secretismo personificada por el KGB. Ese nuevo clima entusiasmó a amplios sectores de la sociedad soviética y, una vez iniciado el proceso, ya no pudo frenarlo. Los periódicos empezaron a investigar episodios oscuros del pasado y muchas obras literarias antes prohibidas comenzaron de pronto a circular libremente.

«Nuestros corazones exigen cambios», decía el estribillo de una canción pegadiza y apasionada de Kino, una banda de rock soviética muy popular entre los jóvenes, que captaba a la perfección el espíritu de la época.

En 1988 Reagan visitó Moscú y, tras pronunciar una conferencia en defensa del capitalismo y la economía de mercado en la Universidad Estatal —bajo un busto de Lenin—, el público lo ovacionó de pie.

A pesar de esa nueva atmósfera, las guerras de espionaje entre Estados Unidos y la Unión Soviética continuaron, con ambos bandos intentando trucos cada vez más imaginativos para sacar ventaja. La CIA instaló dispositivos de escucha camuflados como ramas de árbol cerca de las instalaciones soviéticas de investigaciones y organizó el envío de cargamentos falsos desde Japón a Europa a través del ferrocarril transiberiano, equipados con sensibles equipos de detección para registrar si pasaban misiles nucleares cerca del tren. El KGB, por su parte, interceptó trece máquinas de escribir eléctricas enviadas por los estadounidenses a Moscú e instaló unos diminutos

transmisores eléctricos en ellas que emitían cada palabra tecleada a un puesto de escucha situado fuera de la embajada.[2]

Los agentes dobles eran los que conseguían los mayores éxitos de inteligencia para ambos bandos. En el caso soviético, el más dañino fue Oleg Gordievski, que se había incorporado al KGB a principios de los años sesenta como oficial de apoyo a los espías ilegales y que, a comienzos de los ochenta, cuando se descubrió que había cambiado de bando, ejercía como adjunto del jefe de estación en Londres.

En el bando estadounidense, los golpes más duros vinieron por parte de Aldrich Ames, responsable del contraespionaje soviético en la CIA, y Robert Hanssen, del FBI, quienes ofrecieron sus servicios al KGB a cambio de dinero. Ambos fueron generosamente recompensados y lograron actuar durante años sin levantar sospechas. Ames proporcionó al KGB información clave que le permitió adelantarse a numerosas operaciones de la CIA dentro de la URSS. Como consecuencia, diez soviéticos que colaboraban con los estadounidenses fueron descubiertos y ejecutados. Más adelante, Kriuchkov hizo públicos sus nombres en cenas con oficiales de alto rango, confiando en que los presentes aplaudieran la eliminación de aquellos traidores.[3]

El KGB seguía preparándose para la guerra incluso mientras Gorbachov hablaba de paz y reconciliación en sus conversaciones con Reagan. En el Directorio S, Yuri Drozdov mantenía siempre presente el llamado «Período Especial» y se dedicaba a crear lo que aspiraba a convertir en el destacamento de fuerzas especiales más capacitado del mundo. Impresionado por el desempeño de las unidades Grom y Zenit en Kabul, amplió el entrenamiento que se ofrecía en la Escuela de Saboteadores, transformándolo en un

programa intensivo de cinco años. Los reclutas resultantes formarían una nueva unidad llamada «Vympel», cuya existencia era tan secreta que ni siquiera quienes servían en ella conocían su nombre. En su lugar, se les decía que estaban destinados a un centro de entrenamiento especial.

La idea era que Vympel se convirtiera en una unidad de «fuerzas especiales pensantes» capaces de combinar la astucia de los ilegales con la formación militar propia de un oficial de élite. La mayoría hablaba al menos una lengua extranjera. En caso de guerra, podrían infiltrarse en territorio enemigo en pequeños grupos, haciéndose pasar por turistas o empresarios de países occidentales.

Ya a finales de los años setenta, varios operativos ilegales en misiones itinerantes habían enterrado armas y municiones en escondites secretos a las afueras de Teherán, Beirut y Dar es Salaam. A mediados de los ochenta, cuando en la cúpula del KGB se consideraba la posibilidad de una guerra abierta, Drozdov contempló la idea de plantar alijos similares también en Europa y América para que, más adelante, los destacamentos de Vympel pudieran localizarlos para llevar a cabo actos de sabotaje y terrorismo.[4]

Al mismo tiempo, la formación de ilegales tradicionales seguía a buen ritmo. Vavilova y Bezrukov continuaron con sus preparativos y, en 1986, el Directorio S envió a dos nuevos operativos a Estados Unidos: Wolfhard y Heidi Thiel. Ambos eran alemanes del Este reclutados por el Directorio S y se establecieron en Astoria, Queens, adonde llegaron con pasaportes canadienses que los identificaban como Bob Bohde y Karen Tully.

Ella trabajó primero como limpiadora en una tienda de fotografía y finalmente como secretaria en una editorial con oficinas en el

Rockefeller Center, mientras que él se empleó como ingeniero de telefonía en ITT y después en la Biblioteca Pública de Nueva York antes de conseguir un puesto como técnico de laboratorio en la Universidad de Columbia.

Sus instrucciones consistían simplemente en esperar a ser activados en caso de guerra, momento en el que recibirían nuevas órdenes. Tal vez serían llamados a actuar como red de apoyo para los destacamentos de «ilegales combatientes» de Drozdov una vez que éstos se hubieran infiltrado tras las líneas enemigas.[5]

Gorbachov quería revitalizar la Unión Soviética, no destruirla. «Estamos viajando hacia un mundo nuevo: el mundo del comunismo», declaró ante peces gordos soviéticos y dirigentes comunistas de todo el mundo reunidos en el Kremlin en noviembre de 1987 para conmemorar el setenta aniversario de la Revolución bolchevique. «Nunca nos desviaremos de ese camino.»[6]

Es cierto que la sociedad soviética parecía precipitarse hacia un mundo nuevo, pero no hacia la rejuvenecida ortodoxia leninista que había prometido el líder. A medida que florecían los debates políticos, los medios críticos y la discusión pública, muchos empezaron a cuestionar no sólo los crímenes de la era estalinista, sino el orden soviético en su conjunto.

Al mismo tiempo, la situación geopolítica se volvía cada vez más complicada. El hundimiento de los precios del petróleo sumía en el caos la maltrecha economía del país provocando escasez de alimentos y pobreza, lo que no hacía más que agravar el descontento. Y Moscú también estaba perdiendo el control de los

acontecimientos en Europa del Este, donde las demandas de independencia se intensificaban.

En noviembre de 1989, en Berlín Este, una multitud derribó parte del muro que había dividido la ciudad durante casi tres décadas: la marcha hacia la unificación alemana parecía inevitable. En este contexto, la estación de la CIA en Berlín Este puso en marcha una campaña puerta a puerta, visitando las casas de decenas de oficiales de la HVA, el servicio de inteligencia exterior de Alemania Oriental, y ofreciéndoles dinero a cambio de colaboración. Encontraron a muchos dispuestos a aceptar.[7]

Poco después, Drozdov se trasladó a la base soviética de Karlshorst para discutir la finalización de las operaciones del Directorio S en ese país y destruir expedientes delicados sobre la cooperación entre el KGB y la HVA dentro del programa de operativos ilegales.

Una de sus reuniones fue con un joven oficial llamado Vladímir Putin, quien poco antes había dispersado él sólo a una multitud que amenazaba con asaltar el edificio del KGB en Dresde. Armado con una pistola, los instó a regresar a sus hogares, advirtiéndolos de que el edificio estaba fuertemente custodiado. Aunque era sólo un farol, funcionó, y los delicados documentos que había en su interior, incluidos muchos expedientes sobre ilegales de Alemania Oriental, se salvaron del escrutinio público.

En su encuentro con Putin, Drozdov le ordenó quemar todo antes de que fuera demasiado tarde. Pero había tantos documentos por destruir que la cocina de la sede de Dresde se estropeó, por lo que Putin ordenó trasladar los que quedaban a una base militar soviética cercana para quemarlos allí.[8]

Entretanto, Wolfhard y Heidi Thiel, los ilegales desplegados en Nueva York, seguían los dramáticos acontecimientos en Alemania y sospechaban que su misión podría llegar pronto a su fin. Discutieron si debían permanecer en Estados Unidos y seguir viviendo con sus falsas identidades o regresar a su país. Finalmente decidieron marcharse, temiendo que, de otro modo, quizá no volverían a ver a sus familias. A sus amigos estadounidenses les dijeron que les habían ofrecido trabajo en Europa y, en noviembre de 1990, viajaron en avión a Moscú para informar a sus supervisores de que renunciaban al KGB.

Allí declararon que les preocupaba la posibilidad de que la Unión Soviética siguiera el mismo camino que Alemania Oriental y que los ideales a los que habían servido dejaran de existir. Por entonces, la mayoría de las tiendas de Moscú estaban vacías, mientras que en la plaza Pushkin se había abierto un enorme McDonald's, y la gente hacía cola durante horas para gastar sus últimos rublos en el exótico sabor de un Big Mac. El mundo se había puesto del revés.[9]

Kriuchkov, recién ascendido a director del KGB, estaba furioso. Desenterró de los archivos un memorando escrito por Andrópov en 1977, en el que éste afirmaba que Estados Unidos estaba reclutando a agentes de influencia dentro de la Unión Soviética y conspiraba para provocar el derrumbe eventual del país, y lo leyó ante el Politburó asegurando que «eso es justo lo que está ocurriendo ahora». También recordó a los dirigentes que habían pasado ya casi cincuenta años exactos desde el ataque alemán contra la Unión

Soviética y que, en aquella ocasión, Stalin había decidido no hacer caso a sus servicios de inteligencia, con consecuencias devastadoras.

Instó a Gorbachov y a los demás miembros del Politburó a estar alerta esta vez ante la amenaza.

En otra ocasión, mostró una copia de una carta codificada enviada al centro por Yuri Shevchenko, un operativo ilegal destinado a Europa occidental bajo identidad francesa, que decía:

«¿Qué ocurre en nuestro país, en nuestra patria? ¿Hacia dónde nos dirigimos? Aquí se dice abiertamente que en poco tiempo la Unión Soviética dejará de existir. Me siento desesperado.»[10]

Las exigencias de Kriuchkov respondían tanto a intereses propios como a motivos ideológicos. Porque, cuanto más audaz se volviera el pueblo soviético, mayor riesgo corría la propia organización. En el KGB existía un temor real a que la agencia fuera desmantelada o incluso atacada por muchedumbres enfurecidas, alentadas por un fervor revolucionario. En Yasenevo, las autoridades simularon un asalto a la sede de la inteligencia exterior por una turba «democrática» y, como parte de la preparación, suministraron ametralladoras a los oficiales del Directorio S y los entrenaron para repelerlo.[11]

En un intento desesperado de retrasar el reloj, en agosto de 1991 Kriuchkov y otros partidarios de la línea dura dentro del gobierno intentaron dar un golpe de Estado contra Gorbachov. Mientras los tanques avanzaban hacia la ciudad, Drozdov, que se había jubilado semanas antes, apareció por sorpresa en la oficina, lleno de energía.

Al principio, cuando Kriuchkov lo había sondeado sobre el golpe, no había querido saber nada, pero, ante la sensación de que el país estaba al borde del colapso, aceptó participar. Había pasado una

década preparándose para una guerra con Estados Unidos, pero su batalla final, cuando llegó, fue contra las fuerzas del cambio en su propia tierra.

—¡Restableceremos el orden en el país! —les gritó a sus antiguos subordinados en medio del estruendo de los tanques que avanzaban —. ¡Limpiaremos este desastre![12]

Pero el golpe estaba destinado al fracaso. Los conspiradores aparecieron en televisión mostrándose nerviosos e inseguros, y una multitud se reunió ante la Casa Blanca, sede del Soviet Supremo, para defenderla. Luego, las autoridades militares se negaron a disparar contra civiles y retiraron las tropas de la ciudad.

Los golpistas fueron detenidos y Gorbachov salió victorioso, aunque el verdadero vencedor fue el carismático Boris Yeltsin, líder del Partido Comunista en los Urales, que en ese momento era presidente de la república rusa dentro de la Unión Soviética y se había convertido en un nacionalista ruso cada vez más vehemente. Para mostrarse a la altura de la situación, se subió a un tanque T-72 frente a la Casa Blanca y dio un contundente discurso contra el golpe, escena que se convirtió en la imagen definitoria de la época.

Kriuchkov fue encarcelado por su participación en el golpe, lo que aumentó la sensación de que las décadas de impunidad del KGB estaban llegando a su fin. Le costaba comprender cómo la situación había dado un giro tan radical, así que, durante su estancia en prisión, escribió unas memorias profundamente autocompasivas en las que lamentaba el destino de la URSS.

En cuanto a Drozdov, que se salvó de ir a la cárcel, volvió a refugiarse en la jubilación y se dedicó a dar vueltas por el jardín de su dacha, nervioso y enfadado, incapaz de aceptar que el país al que había dedicado su carrera se había ido al garete.

Para desesperación de los partidarios de la línea dura, Gorbachov nombró al reformista Vadim Bakatin director del KGB. Alto y carismático, Bakatin había manifestado públicamente su rechazo a las operaciones del servicio contra disidentes. Ya en el cargo, aplicó recortes drásticos en las áreas nacional y extranjera y se mostró perplejo ante la calidad de la información que llegaba a su escritorio desde el exterior, gran parte de la cual no era más que «basura informativa que con frecuencia no tenía más valor que los recortes de periódicos».[13]

Bakatin sostenía que un servicio de inteligencia moderno debía enfocarse en problemas comunes a toda la humanidad, sobre todo en garantizar la seguridad frente a las armas nucleares. En su gesto más controvertido, destinado a inaugurar una nueva era de paz y amistad mundial, alertó a los estadounidenses sobre una red de dispositivos de escucha instalados en la embajada de su país en Moscú. Los veteranos del Centro reaccionaron con indignación, considerando aquella acción una mezcla de ingenuidad e irresponsabilidad. Sin embargo, en aquel nuevo clima de apertura nadie les prestó atención.

El 24 de octubre de 1991 Gorbachov firmó un decreto que disolvía oficialmente el KGB, y le encargó a Bakatin la creación de una agencia más pequeña que lo reemplazara. La inteligencia exterior debía convertirse en un organismo independiente, como en la mayoría de los países occidentales.

En Yasenevo reinaban la conmoción y la confusión. Durante décadas, los espías ilegales habían recibido cada semana mensajes codificados por radio con instrucciones y respuestas, y de repente esas ondas radiofónicas quedaron en silencio.

La adaptación de Vavilova y Bezrukov a la vida norteamericana transcurrió sin complicaciones. Siguiendo un plan detallado y minucioso elaborado en Moscú, viajaron por separado a Canadá, fingieron un encuentro casual, simularon un noviazgo durante un tiempo y al final se casaron. Como marcaban las normas, sólo hablaban en inglés entre ellos y evitaban cualquier referencia a su país de origen, incluso en los momentos más íntimos. Pasaron los primeros meses dedicados a mimetizarse. Vavilova se esforzaba especialmente en observar a otras mujeres en su vida cotidiana: cómo se vestían, cómo se comportaban, cómo comían cuando estaban en cafeterías o restaurantes. Siempre que podía, intentaba imitar sus gestos. De inmediato se dio cuenta de que la gente sonreía más que en la Unión Soviética y ensayó con esmero esa alegría despreocupada durante sus primeros meses en Canadá.

Al poco tiempo, quedó embarazada y se acordó de una famosa escena de la serie televisiva *Diecisiete instantes de una primavera* en la que una operadora de radio por poco era descubierta durante el parto porque gritaba en ruso. En consecuencia, decidió practicar para no perder la compostura durante el gran día, y ella y Bezrukov se organizaron para que él pudiera estar presente y vigilarla. Finalmente dio a luz en el Women's College Hospital de Toronto en junio de 1990 y consiguió no delatarse. Fue un niño, al que le

pusieron Timothy, un buen nombre canadiense con un análogo ruso fácil, Timofei.

El día de Navidad de 1991 se registraron en un hotel de mala muerte en las afueras de Buffalo, Nueva York, con el pequeño Tim a cuestas. Ése fue el primero de muchos viajes que harían durante las fiestas de Navidad para desviar la atención del hecho de que, en esas fechas, la mayoría se reunía con su familia. El trayecto desde Toronto hasta Buffalo llevaba apenas noventa minutos en coche bordeando el lago Ontario, pasando por el desvío hacia las cataratas del Niágara y cruzando luego la frontera con Estados Unidos. En Buffalo, la temperatura estaba por debajo de cero y una delgada capa de nieve cubría el suelo.

En la calidez de la habitación, sintonizaron la CNN en el pequeño televisor y vieron la misma imagen repetida una y otra vez: sobre la cúpula de uno de los ornamentados edificios del Kremlin, un hombre de camisa blanca arriaba la bandera soviética y, en su lugar, ascendía la desconocida tricolor de la nueva Rusia, ondeando al viento bajo la luz de un foco.

De hecho, todas las cadenas de televisión estadounidenses habían iniciado una cobertura especial. En ABC, el presentador Sam Donaldson, disimulando apenas una sonrisa triunfal, saludó «el fin de un Estado que, en sus breves setenta y cuatro años de existencia, asesinó y oprimió a su propio pueblo, esclavizó a otros países y amenazó la paz y la existencia misma del mundo entero», y Ted Koppel, que había pasado buena parte de la jornada en el Kremlin con Gorbachov en su último día en el cargo, aseguró en directo desde Moscú que el último líder soviético estaba «en paz consigo mismo» respecto del final de la URSS.

Vavilova y Bezrukov, por el contrario, no estaban en absoluto en paz con lo que veían mientras pasaban de un canal a otro en la habitación del motel.

El presidente George H. W. Bush regresó de sus vacaciones en Camp David para grabar un discurso especial en el Despacho Oval.

«Europa del Este es libre» declaró ante las cámaras. «La Unión Soviética ha dejado de existir. Ésta es una victoria para la democracia y la libertad, una victoria para nuestros valores. Todos los estadounidenses pueden sentirse orgullosos de este logro.» Luego reconoció la valentía de Mijaíl Gorbachov por su papel en la transición pacífica y anunció que Estados Unidos ya había establecido relaciones diplomáticas con la nueva Rusia y con varios de los antiguos Estados soviéticos recientemente independizados. «Nuestros antiguos enemigos se han convertido en nuestros socios [...]. Nos han solicitado nuestro apoyo, y se lo brindaremos.»

En la habitación de motel en Buffalo, Andréi Bezrukov rompió a llorar.[14]

En las semanas siguientes, Vavilova y Bezrukov recibieron muy pocas instrucciones del Centro, y poco a poco se dieron cuenta de que los abandonarían a su suerte.

A lo largo de los años, los espías ilegales habían vivido muchas dificultades al servicio de la Unión Soviética: fueron encarcelados durante las purgas, ignorados en los momentos previos a la Segunda Guerra Mundial y dejados a su suerte para enfrentar complejas situaciones familiares durante sus largas estancias en el extranjero.

Pero la conmoción y la confusión que experimentaban Vavilova y Bezrukov era algo nuevo. Se habían perdido buena parte de los convulsos momentos provocados por las reformas de Gorbachov por estar inmersos en ejercicios de entrenamiento en pisos francos del KGB y, como si nada pasara, los habían obligado a hacer el mismo juramento que todos los ilegales enviados en las décadas de los setenta y ochenta: «Con cada latido de mi corazón y cada día que viva, juro servir al partido, a la Madre Patria y al pueblo soviético.»[15]

¿A quiénes se suponía que debían servir ahora?

En el resto del mundo, los demás espías ilegales vivían una situación similar. Algunos decidieron hacer las maletas y regresar a su país; otros, en cambio, preferían las nuevas vidas que habían construido y optaron por mantenerlas. Una década más tarde, las autoridades del servicio de inteligencia de un antiguo estado satélite soviético realizaron una revisión interna de sus operaciones y se horrorizaron al descubrir que muchos de los ilegales destinados a Occidente durante los setenta y ochenta jamás habían regresado. En 1991 habían desaparecido sin dejar rastro, y la agencia sucesora del KGB, absorta en su reorganización, se había olvidado por completo de ellos.[16]

En lugar de volver a Moscú, Vavilova y Bezrukov también decidieron seguir con sus identidades falsas y esperar a ver qué les deparaba el futuro. Debido a la urgente necesidad de ingresos y a la falta de cualificaciones profesionales, su mejor opción para mantenerse a flote era montar un negocio propio. Pensaron en abrir

una tienda, pero no lograron reunir el capital necesario. Entonces, a él se le ocurrió crear una empresa de reparto. Los pañales parecían una buena opción: sabían por experiencia que los agotados padres primerizos agradecerían recibir pañales a domicilio para ahorrar tiempo y esfuerzo. Alquilaron un almacén en las afueras de Toronto y publicaron anuncios en los periódicos locales. A Tim, que ya gateaba, le gustaba arrastrarse entre las pilas de cajas mientras Bezrukov se ocupaba de las entregas. Fue una idea visionaria, mucho antes de la era de Amazon, y pronto empezaron a obtener beneficios económicos que les vinieron muy bien.

En 1992 Bezrukov logró matricularse en la Universidad York de Toronto para estudiar Economía. York tenía la reputación de ser una alternativa más liberal que la Universidad de Toronto. Algunos profesores eran marxistas declarados, lo que debió de resultar curioso para él una década después de su formación marxista-leninista en Tomsk. Además, York era un lugar ideal para mantener el anonimato: con decenas de miles de estudiantes de grado y clases de Economía con hasta trescientos alumnos, era el sitio perfecto para un hombre de casi treinta años, con un acento extraño y pocos conocimientos locales, que buscaba obtener un título legítimo sin llamar demasiado la atención.[17]

En 1994 nació su segundo hijo. Lo llamaron Alexander, otro nombre que se adecuaba al inglés y al ruso.

Bezrukov se graduó en 1995 y consiguió una plaza en la prestigiosa École des Ponts de París —que acogía a una pequeña cohorte de estudiantes internacionales— para cursar un máster en estudios empresariales en inglés.

Vaciaron su apartamento en Toronto, vendieron la empresa de pañales y se mudaron a París.

El SVR —como había pasado a llamarse el servicio de inteligencia exterior de Rusia— mantuvo su sede central en Yasenevo, y el presidente Yeltsin eligió a Yevgueni Primakov, antiguo académico de línea dura especializado en Oriente Medio, para dirigirlo.

Desde el principio, Primakov se opuso a la idea de que Rusia debía convertirse en una potencia de segunda fila bajo la hegemonía estadounidense. Cuando Stella Rimington, directora del MI5 británico, viajó a ese país en diciembre de 1991 para evaluar la nueva atmósfera de colaboración, encontró que su supuesto aliado levantaba un muro de resistencia. Cuando preguntó si Moscú reduciría sus operaciones de espionaje contra Gran Bretaña, Primakov le respondió secamente: «El espionaje sigue siendo necesario para la defensa de Rusia, y continuaremos utilizándolo al nivel que decidamos.»[18]

No obstante, y a pesar de las bravatas de Primakov, el estado de ánimo general en Yasenevo era de abatimiento. Tras la disolución del KGB y la creación del SVR, el servicio de inteligencia exterior ruso sufrió una reducción significativa de personal. Muchos de los cuadros más talentosos y ambiciosos —con dominio de lenguas extranjeras y experiencia en Occidente— abandonaron el organismo para buscar oportunidades en el sector privado, sobre todo en bancos y empresas, donde sus habilidades eran muy valoradas en el nuevo contexto capitalista. En cambio, quienes permanecían en Yasenevo

tendían a ser oficiales de mayor edad y rango medio, con más dificultades para adaptarse a la nueva realidad.

Si en los años ochenta Yasenevo parecía un complejo hotelero de lujo, una década más tarde el edificio daba pena. Trozos de mármol se desprendían de las fachadas y las oficinas apestaban a alcohol y tabaco. En los baños no había papel higiénico, sólo retales de periódico cortados en cuadrados.[19]

Cuando el personal empezó a quejarse de que la comida abundante que solía servirse en la cafetería había empeorado notablemente, Primakov ordenó comprar dos camiones para que se desplazaran a granjas y mercados cercanos a adquirir carne y otros alimentos, pagando en efectivo.[20] Con apenas fondos para abastecer la cantina, el Directorio S ya no estaba en condiciones de enviar dinero a sus espías ilegales ni de pagarles los billetes de avión para llevarlos de vuelta.

Algunos de ellos seguían en activo, pero con un nivel de negligencia que habría escandalizado a Yuri Drozdov. En abril de 1992 los guardias fronterizos finlandeses detuvieron a dos personas que acababan de aterrizar procedentes de Moscú. Sus pasaportes británicos los identificaban como James Peatfield y Anna Nemeth, pero parecían nerviosos y hablaban un inglés deficiente. Cuando les preguntaron quién había ganado las últimas elecciones generales en el Reino Unido, no supieron qué responder. Al registrar su equipaje, los agentes encontraron treinta mil dólares en efectivo y una radio de onda corta.[21] Fue un ejemplo flagrante de falta de profesionalidad. Para la clase política occidental, incidentes como aquél parecían una parodia de la Guerra Fría. La amenaza del

espionaje ruso pronto dejó de ser una prioridad, y los presupuestos destinados a vigilar a Rusia se recortaron de forma drástica.[22]

Un funcionario del área legal que regresó a Yasenevo en 1994 tras pasar un tiempo destinado en el extranjero, se alarmó al ver lo mal vestidos que iban muchos de sus antiguos compañeros del Centro, y también lo sorprendió comprobar que no pocos bebían durante el horario laboral.[23] Algunos habían perdido dinero en timos y estafas piramidales durante los primeros años del capitalismo, y muchos oficiales de inteligencia que en otro tiempo habían sido leyendas trataban ahora de abrirse camino en el mundo empresarial con suerte dispar.

Victor Cherkashin, antiguo curador del agente doble estadounidense Aldrich Ames, montó con un amigo una empresa de importación y exportación dedicada a vender de todo, desde máscaras de gas procedentes de excedentes militares hasta cartones de cigarrillos.[24] Leonid Shebarshin, el último jefe del espionaje exterior del KGB, fundó una consultora junto a Nikolái Leonov, veterano agente que había trabajado en Cuba en los años cincuenta y trabado amistad con Raúl Castro y el Che Guevara.

Yuri Drozdov, que ya contaba sesenta y seis años, creó Namakon (nombre que mezclaba «marketing» y «*consulting*», dos términos recién llegados del inglés). La empresa abarcaba un amplio abanico de actividades, desde verificar los antecedentes de socios rusos potenciales para clientes extranjeros hasta vender neumáticos de avión o alquilar oficinas.[25] El negocio no arrancó con buen pie y Drozdov se quejaba amargamente de que sus primeros socios estadounidenses lo habían estafado.

Aquel brillante veterano de los servicios secretos no estaba preparado para los códigos del capitalismo.

Durante los años de Yeltsin, Rusia conoció más libertad que en ningún otro momento de su historia, pero el nuevo orden era despiadado, caótico y profundamente desigual. Mientras empresarios extranjeros y mafias locales se enriquecían a pasos agigantados, miles de pensionistas arruinados trataban de sobrevivir vendiendo sus pocas pertenencias en la calle. Hasta Mijaíl Gorbachov llegó a aparecer en un anuncio de Pizza Hut.

No era extraño que tipos como Drozdov se sintieran completamente desorientados ante semejante panorama. Estamos hablando de un espía que se había hecho pasar por nazi para robar secretos en Alemania Occidental, que había dirigido el asalto al palacio de Amín en Kabul y pasado una década al frente de las operaciones ilegales del KGB en el mundo entero. Y de repente, ahí lo tenías: intentando colocar material de oficina a capitalistas sin escrúpulos del que hasta hacía poco era el Principal Enemigo.

Vavilova y Bezrukov llegaron a París en el verano de 1995, con Tim y Alex a cuestas. Alquilaron un apartamento de un sólo dormitorio en un edificio agradable, no muy lejos de la torre Eiffel. El francés era la segunda lengua que ambos habían aprendido durante su formación, y estaban bien preparados para adaptarse a la vida parisina. Sus acentos extraños podían pasar por canadienses antes que por rusos.

Tim ingresó en un jardín de infancia bilingüe, francés e inglés. Vavilova se quedó al cuidado de Alex, mientras Bezrukov comenzaba sus estudios de Empresariales.

Las clases se impartían en un edificio cercano a la rue des Saints-Pères, en pleno Barrio Latino. Uno de sus compañeros describió el curso como «más granola californiana que finanzas puras y duras». El profesor de marketing vestía siempre de blanco y solía hablar de «valores espirituales». Otro daba clase con una guitarra en la mano.

Bezrukov compartía aula con otros sesenta estudiantes de más de treinta países. Entre ellos había dos empleadas del Banco Central tailandés, varios *playboys* europeos con dinero de sobra, un miembro de la familia real danesa y el hijo del embajador de la India en Francia. Algunos aspiraban a hacer carrera en la banca de inversión; otros simplemente querían disfrutar de un año en París.

Él era unos años mayor que la mayoría del grupo, y algunos de sus compañeros tenían la impresión de que era una persona bastante pagada de sí misma. Acostumbraba a darles fuertes palmadas en la espalda a los demás y se dirigía a todo el mundo como «querido amigo». Un compañero de clase describió sus modales como un «numerito de falso británico», y lo consideraba un pesado. Otros, sin embargo, lo encontraban simpático y divertido, y pasó a formar parte de una camarilla formada por unos pocos estudiantes que se reunían cada sábado y se turnaban para organizar cenas. En una ocasión, él y Vavilova invitaron al grupo a su apartamento. Aunque era de tamaño modesto, se veía más lujoso que la mayoría de los alojamientos estudiantiles donde vivían los demás. Bezrukov habló con entusiasmo sobre su empresa de pañales en Canadá.

Cinco antiguos compañeros del curso coincidieron en que, ya entonces, les llamó la atención algo extraño en Don Heathfield —el nombre que usaba Bezrukov—, aunque ninguno llegó siquiera a

sospechar de qué se trataba. Mike Sheppard, el único compatriota canadiense ese año en la École des Ponts, recordaba que el acento de Heathfield le pareció raro, pero había conocido a muchos canadienses con acentos poco comunes, criados en entornos internacionales.

El hecho de que Bezrukov lograra hacerse pasar por canadiense durante un año entero, en contacto estrecho con un canadiense auténtico, da una idea de lo minucioso que fue el trabajo de construcción de su identidad falsa.[26]

Según Vavilova, ambos siguieron trabajando para el SVR durante aquel período, enviando información pese a no recibir ningún pago. No hay duda de que Bezrukov se dedicó a tejer redes de contactos con notable insistencia, y conoció a muchas personas que podrían haber resultado interesantes para los responsables de Yasenevo.

Tras finalizar sus estudios, estableció vínculos con la institución matriz de la École des Ponts, la ENPC, que contaba entre sus antiguos alumnos con agregados económicos de embajadas de todo el mundo. Propuso un plan para conectar empresas francesas con socios potenciales en China y, al poco tiempo, empezó a organizar viajes para altos directivos franceses.

«El Rolodex que debió de reunir durante esos viajes es como para pensárselo», comentó una de las personas implicadas.

Quince años después, agentes de inteligencia franceses llamaron a la puerta de la École des Ponts y se quedaron horrorizados al conocer los detalles de aquellas visitas a China. Volvieron posteriormente para realizar varias entrevistas de seguimiento, intentando averiguar si alguno de los participantes había estado en situación de riesgo durante aquellos desplazamientos.

A simple vista, el año que Bezrukov pasó en París fue un triunfo rotundo desde el punto de vista del espionaje. Sin embargo, una anécdota de aquella época ofrece una perspectiva distinta sobre ese período.

Entre los numerosos profesores invitados que pasaron por la École des Ponts ese año, hubo un académico ruso que impartió una clase sobre los cambios económicos en las antiguas repúblicas soviéticas. Al término de uno de esos seminarios, según recordó más tarde otro estudiante, Bezrukov se acercó al profesor y le habló en ruso. Fue una conversación breve, pero dejó sorprendidos a todos los que estaban allí.

—No sabía que hablabas ruso —dijo uno de sus compañeros.

—Ah, bueno, es que yo poseo varios talentos —respondió él con una sonrisa misteriosa. El asunto jamás volvió a mencionarse.[27]

Hablar en ruso en público era una de las cosas más arriesgadas que podía hacer un espía ilegal. Las parejas de agentes ilegales ni siquiera podían susurrarse en ruso en la intimidad. Que Bezrukov usara su fluidez en ruso más como un recurso para impresionar que como algo a ocultar sugiere que quizá no se imaginaba un futuro como agente encubierto.

Quizá, como muchos otros ilegales, Bezrukov y Vavilova habían decidido vivir tranquilos bajo sus identidades falsas. Ya que, supuestamente, Rusia y Estados Unidos eran aliados, tal vez pensaron en un futuro distinto para su familia, como canadienses normales y exitosos.

Si eso fue realmente lo que decidieron, algunos años después lo reconsiderarían. Cuando la década tocaba a su fin, Rusia entró en

una nueva etapa bajo un nuevo líder, un hombre que había pasado años como oficial de apoyo para agentes ilegales en el KGB.

Ese hombre prometía restaurar el prestigio y la financiación de los servicios de inteligencia, y vengar las humillaciones de la década de los noventa.

24

Stirlitz se hace con el mando
El ascenso de Vladímir Putin

Yeltsin fue reelegido en las elecciones de 1996 gracias al apoyo de la nueva élite empresarial y política que no quería arriesgarse a que los comunistas resurgidos volvieran al poder, pero su salud seguía deteriorándose y, en vísperas del nuevo milenio, pronunció un inesperado discurso televisado.

Con expresión seria y voz titubeante, anunció al pueblo ruso su dimisión como presidente:

> Pido perdón por no haber cumplido las esperanzas de quienes creyeron en mí cuando dije que saltaríamos de un pasado gris, estancado y totalitario a un futuro brillante, próspero y civilizado. Yo creía en ese sueño. Creía que cubriríamos esa distancia de un salto. No ha sido así.[1]

Yeltsin anunció como sucesor a un hombre llamado Vladímir Putin.

A principios de la década de 1990 Putin era un modesto oficial de operaciones del KGB destinado en el relativo aislamiento de Dresde justo cuando el bloque comunista se desintegraba. Su trayectoria

ascendente comenzó poco después de regresar a la Unión Soviética, cuando dejó el servicio de seguridad para trabajar como asistente del nuevo alcalde liberal de San Petersburgo, Anatoli Sobchak.

En 1996 Sobchak perdió la reelección, y Putin fue llamado a Moscú para incorporarse a la administración presidencial. Dos años después, fue nombrado al frente del FSB, el Servicio Federal de Seguridad, nueva denominación del órgano de seguridad interior del antiguo KGB.

Fue un ascenso meteórico que lo llevó de ser un simple engranaje provincial al despacho de director de la Lubianka en apenas ocho años. Al año siguiente, Yeltsin lo nombró primer ministro y, pocos meses después, presidente interino.

Muchos lo consideraban un personaje débil, destinado a proteger los intereses de los poderosos grupos que respaldaban a Yeltsin. Un banquero de alto nivel llegó a decir de él que era «obediente como un perro».[2] Sin embargo, desde el primer momento, hubo indicios de que estaba hecho de una pasta más dura de lo que pensaban sus detractores.

Sus antecedentes en el KGB formaban parte fundamental de su imagen pública. En 1992 hizo su primera aparición en televisión, en un documental sobre la administración de San Petersburgo, caracterizado como Stirlitz, el espía ilegal que se infiltraba haciéndose pasar por nazi en *Diecisiete instantes de una primavera*. Se lo veía conducir su Volga por las calles de la ciudad con la música de la serie de fondo.[3]

Stirlitz, el disciplinado y ascético patriota, era una figura popular en medio de la nostalgia que dominaba durante el caos de los años noventa, y las interminables repeticiones de *Diecisiete instantes...* en

la televisión rusa mantenían vivo su recuerdo en el imaginario cultural.

En mayo de 1999, una encuesta organizada por el semanario *Kommersant-Vlast* reveló que Stirlitz era el héroe favorito de los rusos. Apareció en la portada de uno de sus números con la leyenda «Presidente 2000».

Ese mismo año, tras ser nombrado primer ministro por Yeltsin, Putin empezó a ser presentado por los responsables de prensa del Kremlin como el Stirlitz que la población ansiaba: el hombre tranquilo y franco del KGB, la mano firme que el país necesitaba tras años de turbulencias y decadencia.[4]

El público ruso nunca supo mucho sobre los años que Putin pasó en el KGB. Según él mismo ha relatado, cuando cursaba el cuarto año de universidad recibió una llamada de un hombre interesado en hablar sobre su «destino profesional» y, tras superar una comprobación de antecedentes, estudió en una academia de formación en Leningrado y fue destinado al Departamento de Contraespionaje del KGB.

A sus amigos les decía que trabajaba como policía, y su futura esposa, Lyudmila, no supo que pertenecía al servicio de seguridad hasta que llevaban dieciocho meses de relación, cuando se lo contó un amigo común.[5]

Teniendo en cuenta el excelente alemán de Putin y el muro de secretismo que rodea su paso por el KGB, es posible que el Tercer Departamento del Directorio S lo entrenara como ilegal. Además, Lyudmila también domina el alemán y el español, lo que refuerza la hipótesis de que quizá se los considerara candidatos para vivir en el extranjero como pareja de espías ilegales.

Sin embargo, eso no fue lo que sucedió; en su lugar, le encomendaron reprimir la disidencia política.

En 1976, cuando tenía veintitrés años y era teniente, participó en la detención de dos disidentes que habían colgado en San Petersburgo una enorme pancarta con la inscripción: EL ALMA HUMANA NO CONOCE CADENAS. Ambos fueron condenados a largas penas de cárcel.[6]

Más tarde, formó parte de un equipo de seis hombres del KGB en Dresde, Alemania Oriental. Un compañero de entonces recordaba que la mayor parte del trabajo de Putin consistía en la fase menos especializada del reclutamiento de agentes ilegales: cribaba datos de miles de candidatos prometedores y buscaba posibles aspirantes para el programa de entrenamiento. El Directorio S empleaba a cientos de observadores similares. «Trabajaba sin hacerse ilusiones sobre si sus candidatos llegarían a la meta», afirmó ese colega.[7]

También estuvo a cargo de la participación de la oficina de Dresde en la Operación RYAN, el programa global del KGB para estar alerta ante cualquier señal de un inminente ataque nuclear estadounidense. Su tediosa tarea consistía en revisar las listas de visitantes de Alemania Occidental para detectar si alguno provenía de ciudades con bases militares estadounidenses.[8]

Más tarde, cuando el régimen de Alemania Oriental se desintegró, Putin abandonó el país junto con los otros oficiales del KGB destinados allí. Se llevó consigo una vieja lavadora donada por unos vecinos, una pequeña cantidad de ahorros en dólares estadounidenses y una profunda amargura por la forma en que la superpotencia a la que había servido se había desmoronado ante sus ojos.[9]

Menos de una década después, ya era presidente de la nueva Rusia: un presidente con el ferviente deseo de enmendar el agravio causado por el derrumbe soviético. Quería que Rusia fuera una «nación de primer orden», como expresó en un artículo de 1999; estatus que, en su opinión, el país corría el riesgo de perder.

Al principio coqueteó con la idea de que la restauración del prestigio ruso podría lograrse mediante la cooperación, dentro de una nueva era de relaciones cálidas con Occidente. Incluso sugirió que algún día Rusia podría ingresar en la OTAN.

De hecho, muchos líderes occidentales veían en él la semilla de un reformador en potencia. «Tiene una visión de futuro con la que nosotros nos sentiríamos cómodos», declaró el primer ministro británico Tony Blair, que realizó dos viajes a Rusia en 2000. Y el año siguiente, tras su primer encuentro, el presidente George W. Bush pronunció la memorable frase de que había podido «entender su alma».

Pero algunos antiguos disidentes desconfiaban desde el principio de su sonrisa sarcástica, su lenguaje grosero y su actitud típica del KGB, que les producían escalofríos.

Pocos días antes de la dimisión de Yeltsin, el 20 de diciembre de 1999, Putin visitó la Lubianka para dar un discurso a sus antiguos subordinados del FSB con motivo del aniversario de la fundación de la Checa en 1917 y declaró ante los oficiales presentes: «Me gustaría anunciarles que el grupo de agentes secretos que enviaron para trabajar de incógnito en el gobierno ha cumplido la primera parte de su misión.» Era una broma, aunque no del todo.

Desde su llegada al gobierno, había empezado a situar a sus antiguos colegas del KGB en puestos clave de la política y la

economía. Por entonces, Nikolái Pátrushev, quien lo sucedió al frente del FSB, describió a los empleados de la agencia de seguridad como «la nueva nobleza de Rusia».[10]

Más o menos por esa misma época, un agente retirado de la CIA visitó Moscú impulsado por la nostalgia. Deseaba tener un encuentro amistoso con Yuri Drozdov —algo que habría sido impensable una década antes—, y durante la cena le comentó, supuestamente de pasada, que un día, cuando se abrieran los archivos, los rusos se quedarían asombrados al descubrir las fuentes de alto nivel con las que la CIA contaba en Moscú a finales del período soviético. Puede que realmente supiera algo, o quizá lo único que quería era jugar al gato y al ratón con su antiguo adversario. Sin embargo, Drozdov no pudo quitarse esas palabras de la cabeza.[11]

Con el tiempo, llegó a creer que encerraban una verdad que él llevaba tiempo sospechando: que el régimen soviético había caído a causa de la deslealtad y la traición de la clase política. Para hombres como él, el derrumbe soviético no fue la última sacudida de un sistema roto, sino la ruina de una gran nación debido a la perfidia de Occidente y a los traidores internos.

Putin pertenecía a otra generación, y pensaba que Rusia tenía mucho que aprender de Occidente. Sin embargo, había sido educado en la creencia de que Estados Unidos era el Principal Enemigo, y consideraba ingenuo pensar que eso había cambiado.

En el verano de 1999, unos meses antes de que Putin asumiera la presidencia, Vavilova y Bezrukov dejaron París junto con sus hijos Tim y Alex, de nueve y cinco años respectivamente, para trasladarse a Norteamérica. Él había conseguido una plaza en la Kennedy School de Harvard, en Estados Unidos.

Primero volaron a Toronto, donde recogieron algunas pertenencias de un trastero, y desde allí viajaron por carretera hasta Boston. Tras alojarse unos días en un hotel, alquilaron un apartamento en Leonard Avenue, en una zona residencial de Cambridge.

Decidieron matricular a sus hijos en un colegio bilingüe, con la intención de protegerlos de la propaganda sobre el patriotismo y el excepcionalismo estadounidenses.

Durante décadas, a los agentes ilegales destinados en Estados Unidos se les había dificultado tener éxito en los estudios, algo clave para penetrar en los círculos influyentes de Washington. Sin embargo, Bezrukov estaba perfectamente situado para lograrlo. Sus compañeros de la Kennedy School se dividían en dos grupos más o menos iguales en número: estadounidenses y extranjeros. Muchos ya tenían carreras prometedoras en el gobierno o el sector empresarial, y era probable que ascendieran todavía más en los años siguientes.

Durante la semana introductoria, los estudiantes compartían algunos datos sobre su pasado y hablaban sobre dónde se veían en diez años. Felipe Calderón, un joven político mexicano, declaró que esperaba ser presidente de su país, un plan que terminaría llevando a cabo, y Mao Xiaofeng, estrella emergente del Partido Comunista en China, buscó impresionar al grupo contando que, como secretario de

la Liga de la Juventud Comunista, tenía bajo su responsabilidad la vida de millones de personas.[12]

Otros explicaban sus antecedentes gubernamentales en términos sospechosamente imprecisos, por lo que es poco probable que Bezrukov fuese el único espía dentro de la promoción de ese año.

De hecho, había dos rusos más en el grupo, pero él procuraba evitarlos. Una era Elena Chesheva, economista que más tarde trabajó en el Banco Mundial y que recuerda haber intercambiado algunas palabras con él durante la primera semana, aunque después no lo vio mucho.

Bezrukov decía ser originario de Montreal e hijo de un diplomático canadiense. Afirmaba haber crecido en distintos países y haber asistido a escuelas internacionales. Aunque los detalles específicos resultaban confusos, esa historia explicaba su acento residual, además de las extrañas muletillas y frases raras que se le escapaban de vez en cuando. De todas formas, su gran confianza en sí mismo acababa por disipar cualquier duda.

Según quienes lo conocieron entonces, tenía la costumbre de inclinar la cabeza al hablar, pero le encantaba compartir sus opiniones sobre temas de actualidad, y cuando lo hacía, sus ojos color avellana brillaban con intensidad. Además, sabía divertirse: a menudo proponía salir por los bares de Cambridge. Durante un fin de semana de Pascua, acordó con otros tres alumnos canadienses organizar una serie de catas de whisky escocés en las casas de los cuatro. Al final, él eligió los whiskies y todas las reuniones terminaron en su propia casa, a altas horas de la madrugada.[13]

Pasaba mucho tiempo haciendo contactos. Le ofrecía sus tarjetas de visita con el nombre de Don Heathfield a quien quisiera

aceptarlas, y solicitaba a cambio los datos de esas personas. En cualquier otro lugar, ese comportamiento habría levantado sospechas; en Harvard, era lo habitual.

Tras graduarse, se incorporó a una consultora de Cambridge llamada Global Partners, que ofrecía servicios de pronóstico de futuro para empresas, utilizando precisamente la vaga jerga de gestión empresarial que a Don Heathfield le gustaba emplear. Algunas personas quedaban impresionadas, mientras que otras sospechaban que lo que decía no era más que tonterías. Su currículum destacaba como su punto fuerte «la construcción de relaciones laborales».

Es difícil determinar con exactitud cuándo él y su esposa reanudaron sus actividades de espionaje, pero el hecho de que él evitara a los rusos durante su año en Harvard sugiere que habían abandonado la idea de operar en la clandestinidad y que asumían plenamente su nueva vida como Don y Ann.

Lo cierto es que, en el año 2000, mantenían contacto regular con el SVR, recibiendo semanalmente mensajes codificados por radio de onda corta, como antes. Ella se encargaba de decodificarlos, transcribiendo los conjuntos de cinco números y luego utilizando su almohadilla de desencriptación de un sólo uso para descifrar las instrucciones.[14]

También está claro que el Centro volvía a proporcionarles apoyo financiero. En una ocasión, por ejemplo, recibieron 64.500 dólares para cubrir el alquiler y otros gastos; una suma generosa, y eso que Bezrukov percibía por entonces un sueldo bastante bueno por su cuenta.

Poco después, las toscas transmisiones por radio, que requerían horas para ser descifradas, fueron reemplazadas por un método más avanzado conocido como «esteganografía», que consistía en ocultar mensajes codificados dentro de imágenes aparentemente inocentes que se subían a internet. Luego, esas imágenes podían descargarse y desencriptarse, lo que brindaba a los espías ilegales una forma rápida y segura de enviar mensajes de respuesta al Centro. Así, ya no dependían de buzones muertos ni de cartas con tinta invisible que podían tardar semanas o meses en llegar a Moscú.

Pero, aunque todo había cambiado, también todo seguía igual. Las tareas que el SVR les asignaba no diferían demasiado de las que sus predecesores cumplían en tiempos soviéticos: debían mantener un flujo constante de informes de personalidad sobre individuos que, en el futuro, podrían convertirse en objetivos útiles para ser reclutados o chantajeados, y también se les pedían dossiers analíticos sobre temas políticos de interés.

El paso de Bezrukov por Harvard y su posterior carrera como consultor resultaron ideales para establecer contactos de alto nivel. Tanto él como Vavilova podían sentirse orgullosos de la vida que habían construido: a diferencia de muchos otros ilegales antes que ellos, habían logrado integrarse con éxito en las élites estadounidenses.

Por desgracia para ellos, todos sus esfuerzos estaban destinados al fracaso desde el principio.

Muy pocas personas en el SVR estaba autorizadas a conocer información detallada sobre los agentes ilegales desplegados en Estados Unidos: los altos mandos de la agencia, un puñado de oficiales de caso y algunos supervisores asignados directamente a su

control. Para el resto del personal —e incluso para muchos de esos mismos encargados—, Bezrukov y Vavilova no existían más que por sus nombres en clave. El expediente con sus identidades reales, sus ubicaciones y su historial estaba protegido por varios niveles de seguridad en Yasenevo, y sólo un máximo de tres personas podía acceder a él. Por desgracia, una de ellas trabajaba para los estadounidenses.

Aleksandr Poteyev llegó a Nueva York en 1995, como diplomático acreditado ruso destinado en la misión permanente del país ante las Naciones Unidas —por entonces dirigida por el futuro ministro de Asuntos Exteriores Serguéi Lavrov—. Lo más probable es que viviera en el deteriorado complejo residencial de Riverdale, en el Bronx, utilizado anteriormente por los soviéticos, y que cada día se desplazara hasta la misión, situada en pleno centro de la ciudad y también heredada de la época soviética.

Cada mañana subía en ascensor hasta la octava planta del edificio, donde abría una puerta de acero sin identificación visible colocando una pieza metálica sobre una placa de latón montada en un lateral. Así se cerraba el circuito eléctrico y se abría el cerrojo. Una vez dentro, dejaba su abrigo y los dispositivos electrónicos en una taquilla, introducía un código y cruzaba otra puerta de acero que daba acceso a una zona conocida como «el submarino». Allí, las paredes —de varios centímetros de grosor—, vibraban y emitían un zumbido de ruido blanco, generado por el amasijo de cables que las atravesaba, cuya función era bloquear cualquier intento de escucha

por parte del FBI. No había ventanas ni líneas telefónicas, y los ordenadores no estaban conectados a internet.

Aquél era el centro operativo del SVR en Nueva York. Cada una de sus divisiones tenía su propia oficina, y la mayoría conservaban las denominaciones heredadas del KGB: la Línea PR (política), la Línea X (científica), la Línea ER (económica), la Línea VKR (contraespionaje) y la Línea OT (operaciones técnicas). Cada mañana, Poteyev pasaba junto a una secretaria que controlaba las entradas y salidas, y seguía por el pasillo hasta el despacho del fondo: la Línea N, dedicada al apoyo a ilegales.[15]

Había nacido en una familia de militares —su padre había sido condecorado con la orden de Héroe de la Unión Soviética por su participación en la Segunda Guerra Mundial como comandante de tanques— y, tras alistarse él mismo en el ejército, se unió al KGB a finales de los años setenta y sirvió en una de las unidades del Directorio S desplegadas en Kabul durante la invasión soviética. Posteriormente, ingresó en el Instituto de la Bandera Roja del KGB, donde se formaba a los futuros oficiales antes de ser destinados al extranjero como agentes legales. Permaneció en el servicio durante el colapso de la Unión Soviética y, en 1995, fue recompensado con un codiciado destino en Nueva York.

Al principio tenía poco que hacer: muchos espías ilegales habían desaparecido del radar tras la disolución del régimen —Vavilov y Bezrukov vivían por entonces en París—, así que las operaciones que debía coordinar eran escasas. Pero al menos un ilegal seguía activo en la zona de Nueva York: Mijaíl Vasenkov, uno de los operativos encubiertos más experimentados aún sobre el terreno.

Vasenkov utilizaba la identidad de un escritor y estudiante de posgrado peruano. Había llegado a Lima en 1976, haciéndose pasar por un ciudadano uruguayo llamado Juan Lázaro. Alegaba haber salido de Uruguay siete años antes para huir de la represión y haber pasado el tiempo intermedio en Barcelona, donde consiguió trabajo en una empresa tabacalera. Muchos de quienes lo conocieron opinaban que su español sonaba extraño, aunque nadie sabía precisar por qué. Se estableció en Lima, donde estudió Periodismo, Fotografía y artes marciales. En poco tiempo se ganó la reputación de buen fotógrafo periodístico y obtuvo la ciudadanía peruana.[16]

El Centro le permitió casarse con Vicky Peláez, una periodista peruana de izquierdas que presentaba secciones en *90 Segundos*, el programa de televisión más visto del país. Décadas después, cuando ambos fueron detenidos, ella afirmó no haber tenido jamás indicios de que su marido fuera un espía ruso. Y probablemente mentía sólo a medias. Un documento del KGB fechado en 1983 revela que Vasenkov la reclutó «utilizando una bandera falsa» —aunque no especifica cuál—, de modo que Peláez debía de saber su marido estaba implicado en actividades clandestinas, aunque desconocía su verdadera identidad, nacionalidad y adscripción.[17]

En Lima, los operativos de la Línea N ayudaron a Vasenkov a preparar el terreno para su infiltración en el Principal Enemigo y, a principios de la década de 1980, él y Peláez se trasladaron a Yonkers, Nueva York.[18] Allí, mientras ella escribía combativas columnas de opinión en un periódico en español, él cursaba un posgrado y, más adelante, un doctorado en la New School. En 1993 nació su primer hijo, al que llamaron como su padre: Juan.

Es probable que, como la mayoría de los ilegales de esa época, Vasenkov obtuviera escasos resultados en la búsqueda de información; sin embargo, Poteyev debía de hacerle llegar instrucciones y dinero mediante buzones muertos.

Como las normas de seguridad en la residencia del SVR eran menos estrictas que en el período soviético, Poteyev tenía libertad para moverse por Nueva York con su esposa, lo que permitió al FBI observar sus rutinas y estudiar sus movimientos.[19] Así, en algún momento —probablemente poco antes de que abandonara Estados Unidos, en 1999—, se pusieron en contacto con él para proponerle un cambio de bando.

Según fuentes del propio FBI y de la CIA, Poteyev acabó aceptando por una combinación de factores: por un lado, su creciente desilusión ante el deficiente funcionamiento del SVR en los años noventa; por otro, la atractiva perspectiva de una vida en Estados Unidos para su familia, junto con una compensación económica nada despreciable.

Su hija Margarita, que se había licenciado en Derecho en Moscú, había conseguido plaza para cursar un posgrado en la Eastern Kentucky University.

En tiempos de la URSS habría sido impensable que el hijo o hija de un oficial del KGB pudiera residir libremente en el Principal Enemigo, y más adelante, ya en la era de Putin, el SVR volvería a imponer controles estrictos sobre los familiares de sus altos cargos y a prohibir los viajes no autorizados al extranjero. Pero a finales de los noventa nadie prestaba demasiada atención, de modo que Margarita se quedó a vivir en Estados Unidos y acabó doctorándose en Criminología por la Universidad de Delaware.[20]

No está claro si eso tuvo alguna relación con el acercamiento del FBI a Poteyev, pero ofrecer oportunidades educativas y de residencia a familiares era una táctica habitual del Buró para ganar influencia sobre sus objetivos. En cualquier caso, cuando Poteyev regresó a Moscú para incorporarse a la sede central del SVR en Yasenevo ya había aceptado colaborar con el FBI.

Con el tiempo, fue nombrado jefe adjunto del departamento encargado de supervisar a todos los espías ilegales destinados en Norteamérica y Sudamérica, lo que le daba acceso completo a los expedientes de Bezrukov, Vavilova, Vasenkov y cualquier otro agente que el SVR tuviera desplegado en Estados Unidos.

Mantener contacto con él mientras se hallaba en Moscú era demasiado arriesgado, así que la CIA esperaba a que saliera del país por motivos de trabajo. Así, cuando viajaba a México o Chile, sus enlaces hacían lo mismo: se registraban en el mismo hotel bajo identidad falsa y se reunían allí con él de forma discreta.[21]

En otoño del año 2000, apenas un año después de que Vavilova y Bezrukov llegaran a Estados Unidos, el FBI ya los tenía identificados gracias a la información proporcionada por Poteyev.[22] De hecho, contaban con un amplio dispositivo de vigilancia que seguía cada aspecto de su vida cotidiana.

Los agentes revisaban su basura, intervenían sus teléfonos y los seguían por las calles de Cambridge. Una noche a la semana, un miembro del FBI se apostaba frente al edificio de Leonard Avenue y tomaba nota de qué luces estaban encendidas en su apartamento. Mientras tanto, otro permanecía en las inmediaciones dentro de un

Dodge Intrepid, atento a una radio de onda corta que captaba las mismas transmisiones codificadas que Vavilova transcribía desde el interior de la vivienda.

En una ocasión, un equipo entró en el apartamento mientras estaban fuera, lo registró minuciosamente e instaló micrófonos ocultos. En otro momento, aprovecharon que su coche estaba en el taller para colocarle otro dispositivo de escucha.

Todo se llevó a cabo con extremo sigilo: la pareja estaba entrenada para detectar cualquier irregularidad, y habrían huido al menor indicio de que estaban siendo vigilados.

Una tranquila noche de martes, en enero de 2001, los agentes encargados del caso de Vavilov y Bezrukov descendieron a la cámara acorazada de un banco local, examinaron la cerradura de una caja de seguridad y, acto seguido, confeccionaron la llave necesaria para abrirla. En su interior hallaron un certificado de nacimiento a nombre de Donald Heathfield y otros documentos familiares, un fajo de dinero en efectivo y un juego de negativos fotográficos que, al mirarlos a trasluz, mostraban a una joven de unos veinte años en diversos paisajes boscosos. Tras fotografiarlo todo con sumo cuidado, volvieron a colocar los objetos en su lugar y regresaron a la oficina del FBI en Boston.

A primera vista, la caja no contenía nada claramente incriminatorio. Documentos importantes, objetos de valor y algunos recuerdos personales eran precisamente el tipo de cosas que una familia normal podría guardar bajo llave. No fue hasta mucho más tarde que descubrieron que el verdadero Donald Heathfield, hijo de Howard y Shirley Heathfield, de Burlington, Ontario, había muerto

siendo un bebé, lo que apuntaba a que el hombre que se hacía llamar Don Heathfield se había apropiado de esa identidad.

Pero las fotografías de Ann Foley ofrecían una pista aún más inmediata. La vegetación del fondo podría corresponder a cualquier lugar, pero había un detalle que destacaba: en los bordes inferiores de cada negativo se había recortado un pequeño segmento de película a intervalos regulares. Sólo uno de los negativos permanecía intacto, y allí aparecía una palabra impresa: тасма.

Ninguno de los agentes sabía qué significaba, y la investigación inicial no reveló nada. Pero entonces, alguien tuvo la idea de que aquella palabra podría estar en alfabeto cirílico. Y era así: se trataba de la palabra *tasma*, y muy pronto descubrieron que тасма era una de las principales productoras cinematográficas de la Unión Soviética.

Vavilova había roto una regla fundamental: los espías ilegales jamás debían llevar a Occidente ningún objeto, por pequeño que fuera, que pudiera vincularlos a la Unión Soviética. Es posible que hubiera recuperado esos negativos en Rusia durante los años noventa, cuando ella y Bezrukov contemplaban abandonar la vida de espías.

Decidida a abrazar definitivamente la identidad de Ann Foley, quizá quiso conservar un pequeño recuerdo de su pasado.

Guardados en una caja de seguridad a la que sólo ella tenía acceso, en lo más profundo de la cámara acorazada del banco, aquellos negativos parecían a salvo de miradas indiscretas. Sin embargo, esas cinco letras fueron la clave que dio al traste con todos los años de entrenamiento, los cuidadosos subterfugios y las

mentiras que ella y su marido habían contado incluso a sus propios hijos.

El soplo de Poteyev resultó certero: el FBI había dado con la pista definitiva.[23]

Nueve meses después, una mañana en que Vavilova regresaba a casa tras dejar a Tim y Alex en la escuela y pasar por el gimnasio, sonó el teléfono. Era su marido, que llamaba desde París, adonde había viajado por un trabajo de consultoría. Le dijo que encendiera la televisión: la CNN estaba mostrando, en bucle, imágenes de las Torres Gemelas desplomándose tras el impacto de dos aviones que habían despegado poco antes del cercano aeropuerto de Logan.

Por la tarde, al ir a recoger a los niños, percibió un ambiente sombrío y cargado de tensión entre los padres que esperaban a las puertas del colegio. Días después, cuando Bezrukov regresó, hablaron sobre las posibles consecuencias de los atentados: el impacto que podrían tener en su seguridad como ciudadanos estadounidenses y en su labor como agentes encubiertos al servicio de Rusia.[24]

Los agentes de la oficina del FBI en Boston que se habían dedicado a seguirles la pista fueron rápidamente reasignados para ocuparse de las secuelas de un día que alteraría irrevocablemente a Estados Unidos y al mundo.

En la sede central de la CIA, al confirmarse que los aviones secuestrados tenían como objetivo edificios gubernamentales, los altos mandos tuvieron que decidir si continuaban trabajando o evacuaban el edificio. Durante la Guerra Fría, la Agencia había

contado con un recinto alternativo secreto —un búnker preparado para albergar a sus dirigentes en caso de guerra nuclear—, pero fue clausurado en la década de 1990: nadie había imaginado que pudiera ser necesario en el mundo posterior a la Guerra Fría.[25]

Los atentados del 11 de septiembre no sólo pusieron en evidencia lo erróneo de ciertas suposiciones sobre la seguridad nacional, sino que reforzaron la percepción de que los verdaderos enemigos de Estados Unidos ya no estaban en Moscú. Vladímir Putin supo leer ese cambio de prioridades: entendió que el equilibrio geopolítico se estaba desplazando y vio en ello una oportunidad: le ofreció al presidente Bush la posibilidad de que Estados Unidos utilizara bases aéreas en las antiguas repúblicas soviéticas de Asia Central para su inminente intervención en Afganistán. Imaginaba que aquel gesto podría ser el inicio de un nuevo gran acuerdo entre Moscú y Washington, y en Estados Unidos había quienes compartían esa visión. Apenas dos días después de los atentados, el director de la CIA, George Tenet, reunió al equipo encargado de asuntos rusos. «Acabamos de informar al presidente Bush», les dijo, «y una de las cosas que le hemos transmitido es que Rusia va a convertirse en un aliado importante».

Tenet les pidió a los analistas que identificaran posibles áreas de cooperación fructífera con Rusia, pero la propuesta fue recibida con incredulidad. El equipo de la CIA especializado en ese país, en particular, se apresuró a advertir de que no se podía confiar en los antiguos oficiales del KGB que ahora estaban al mando.

Uno de los altos cargos de la Agencia presentes ese día había estado destinado en Helsinki a finales de los años ochenta, donde su contraparte del KGB era un joven oficial elegante y persuasivo

llamado Serguéi Ivanov. Llegaron a trabar cierta amistad e incluso a cenar en casa del otro, pero eso no impidió que Ivanov aprovechara una de esas cenas —como se supo más tarde— para rociarlo discretamente con un polvo incoloro e inodoro que funcionaba como una etiqueta química, y que le permitía al KGB, con sólo analizar la ropa de los diplomáticos soviéticos, reconocer a quienes hubieran estado en contacto con el agente estadounidense y, por tanto, probablemente también con la CIA.

Ivanov había sido nombrado ministro de Defensa por Putin, y no era más que uno entre muchos ex agentes del KGB que ahora dirigían el país. ¿Cómo confiar en Rusia, si eran hombres como él quienes estaban al mando?[26]

Sin embargo, Tenet y la cúpula de la Agencia desestimaron esas objeciones: todas las energías debían concentrarse en la llamada «Guerra contra el Terror», en la que Rusia estaba llamada a desempeñar el papel de aliado clave. En menos de una semana, una delegación de altos funcionarios de la CIA partió rumbo a Moscú, donde cenaron con altos mandos del SVR en una mansión del centro de la ciudad propiedad del servicio de inteligencia.

En muchos sentidos, las dificultades que enfrentaban las agencias estadounidenses frente al extremismo islamista se parecían a las que habían tenido al tratar de detectar a los ilegales rusos durante la Guerra Fría. Diecinueve terroristas habían logrado vivir en Estados Unidos sin ser detectados mientras planificaban los atentados del 11 de septiembre. ¿Cuántos más podrían estar ocultos?

En los años siguientes, se emitieron numerosas series de televisión en las que personajes musulmanes, felices y aparentemente bien integrados, terminaban revelándose como

peligrosos terroristas. Esa paranoia no era tan distinta de la obsesión por los espías rusos que se había desatado tras el juicio de Rudolf Abel, a finales de los años cincuenta, y del miedo a que casi cualquiera pudiera ser un agente soviético encubierto bajo una identidad estadounidense común.

El terrorismo islamista se convirtió en la principal preocupación tanto de la élite política como de la sociedad en general. Pasarían quince años antes de que muchos volvieran a considerar el espionaje ruso como una amenaza igual de inquietante para la democracia estadounidense.

25

Operación Historias de Fantasmas
El FBI se abate sobre su presa

Para 2004, cuando Vladímir Putin fue reelegido para un segundo mandato, ya se perfilaban con claridad los contornos de una nueva Rusia, más decidida y asertiva. Los intentos de acercamiento a Occidente que habían marcado los primeros años de su presidencia quedaban atrás.

Ese mismo año, ordenó al SVR que intensificara sus operaciones de espionaje contra países occidentales, lo que incluyó una fuerte reinversión en el despliegue de espías ilegales en Estados Unidos.

Si durante la década de 1990 Vavilova y Bezrukov se habían sentido irrelevantes, ahora ya no cabía duda de que el SVR los consideraba una pieza valiosa en su estrategia.

Poteyev siguió informando a los estadounidenses sobre las actividades del Directorio S en territorio norteamericano.

Aunque el presupuesto del FBI destinado a asuntos relacionados con Rusia se había reducido, un pequeño equipo continuó vigilando a Vavilova y Bezrukov durante los años siguientes: escuchaban sus conversaciones y revisaban la basura de la familia.

También instalaron micrófonos ocultos en la casa de Yonkers donde vivían Mijaíl Vasenkov y su esposa peruana, Vicky Peláez, aunque el espía ilegal con más años de servicio en Estados Unidos no les causó gran impresión.

En 2002 uno de los micrófonos lo captó quejándose de que el SVR no estaba satisfecho con los informes que les enviaba. En 2004 se retiró oficialmente, y todo indicaba que prefería seguir viviendo bajo su identidad falsa antes que regresar a Rusia.

La única tarea que cumplió desde entonces fue recoger una vez al año el dinero en efectivo que le entregaba un supervisor.[1]

Poteyev también tenía algunas revelaciones sorprendentes para compartir con el FBI: información sobre nuevos espías ilegales que habían sido entrenados en los caóticos años posteriores al colapso de la Unión Soviética.

El FBI detectó enseguida fallos en sus técnicas de espionaje, lo que indicaba que no habían recibido la misma formación rigurosa que los ilegales formados en tiempos soviéticos.

Cynthia Hopkins y Richard Murphy —en realidad, Lidiya y Vladímir Guryev— afirmaban ser estadounidenses de nacimiento. En el año 2003 se mudaron, junto a sus dos hijas pequeñas, a un modesto apartamento en Hoboken, Nueva Jersey. Sus vecinos no vieron nada fuera de lo común en aquella familia.[2]

Pero, en una extraña coincidencia, cuando Richard Murphy se matriculó en la New School de Nueva York para cursar una licenciatura, su asesora académica resultó ser Nina Jrushchova, nieta de Nikita Jrushchov, quien además impartía un curso sobre medios de comunicación y asuntos internacionales.

Murphy escribía, en un inglés defectuoso, ensayos en los que arremetía contra los medios occidentales por sus interpretaciones sesgadas de los acontecimientos globales, y Jrushchova enseguida percibió la impostura.

«Era tan obvio que ese tipo era ruso. Su acento, sus modales... era como hablar con Boris Yeltsin», recordaría años después.

Un ilegal con más sentido común habría puesto tierra de por medio al toparse con una compatriota como Jrushchova, pero Murphy solía presentarse en su despacho con frecuencia para quejarse del curso, de la universidad y de la vida en general.

«El nombre "Richard Murphy" ya me parecía sospechoso», recordó ella, «pero estábamos en Estados Unidos, donde la privacidad es muy importante. Y, para ser sincera, era tan irritante que lo único que quería era que saliera de mi oficina».

Al final, la curiosidad pudo más, y Jrushchova le preguntó por qué se llamaba Richard Murphy si era tan evidente que era ruso.

«Soy de Filadelfia; lo que pasa es que tuve una niñera rusa cuando era pequeño», respondió él.[3]

La vida como espía ilegal no resultaba fácil para Richard Murphy. Siguiendo una tradición muy arraigada, el Centro daba por hecho que el hombre sería el principal operativo, mientras que su esposa desempeñaría un rol de apoyo y se encargaría de las comunicaciones con Moscú. Sin embargo, los agentes del FBI pronto advirtieron que Cynthia Hopkins era mucho más competente que su pareja.

El micrófono oculto instalado en su casa la captó varias veces reprochándole su ineptitud, y los investigadores empezaron a sospechar que Murphy atravesaba una depresión. A veces, cuando

ella lo llamaba para pedirle ayuda con algún encargo, él respondía con fastidio que estaba ocupado y colgaba. Luego, mientras el FBI seguía escuchando, se dejaba caer en el sofá y se ponía a ver *Los Soprano.*[4]

En mayo de 2005 un equipo del FBI registró su apartamento mientras ellos estaban fuera. Dentro de una caja de zapatos encontraron varios disquetes, un pequeño papel con la frase «alt+control+e» escrita a mano y una contraseña de veintisiete caracteres. Los agentes no tardaron en resolver el enigma.

El análisis de la copia del disco duro del ordenador reveló una lista de sitios web en los que los ilegales subían mensajes cifrados ocultos en imágenes aparentemente inofensivas. A partir de entonces, el Buró pudo descifrar comunicaciones anteriores con el Centro y seguir en tiempo real los mensajes nuevos.

Por convenientes que fueran, las comunicaciones electrónicas no ofrecían el mismo nivel de seguridad que los métodos tradicionales, y dejar el disco al alcance, junto con la contraseña y las instrucciones para acceder a él, fue una preocupante muestra de negligencia operativa.

En Boston, Vavilova y Bezrukov llevaban una vida acomodada y perfectamente integrada en la sociedad estadounidense, sin saber que cada uno de sus movimientos estaba siendo vigilado por el FBI. La carrera de él como consultor despegaba, lo que lo llevaba a viajar con más frecuencia por trabajo, mientras que ella pasaba más tiempo en casa: ayudaba a los niños con los deberes, los llevaba a sus entrenamientos deportivos y charlaba con otros padres. En 2006

él dejó Global Partners para fundar su propia empresa, Future Map Strategic Advisory Services, que dirigía desde casa mientras seguía enviando informes a Moscú sobre todas las personas que conocía y que pudieran resultar de interés.

El Centro le indicaba en qué tipo de contactos debía centrarse y asignaba nombres en clave a cada objetivo. En una nota de 2007, le decían:

> Recibidos mensaje y confirmación. No hay información en nuestros archivos sobre EF, BT, DK ni RR. De acuerdo con su propuesta de usar a Granjero para empezar a construir una red de estudiantes en Washington D. C. Su relación con Loro parece muy prometedora como fuente válida de información de los círculos de poder de EE.UU. Para empezar a trabajar profesionalmente en su caso necesitamos todos los detalles disponibles sobre sus antecedentes, puesto actual, hábitos, contactos, oportunidades, etcétera.

Dado que el FBI podía leer los mensajes que él enviaba y recibía, estaba en condiciones de vigilar de cerca a las personas sobre las cuales informaba a sus superiores y, si sentían que estaba acercándose a algo potencialmente perjudicial, intervenían y sacaban con cuidado a esa persona de su órbita.

Este estrecho seguimiento les permitió estar al corriente cuando, en 2008, la familia presentó una solicitud para naturalizarse estadounidenses, y siguió observando, aunque sin intervenir, cuando les concedieron la ciudadanía.

Según recuerda Vavilova, la vida familiar era tranquila. A medida que Tim y Alex crecían, fueron estando cada vez más unidos. Los rasgos aniñados de Tim, junto con el carácter serio de su hermano, difuminaban los cuatro años que los separaban.

Sus padres no siempre estaban de acuerdo sobre cuál era la mejor manera de criarlos. Ella quería ser una madre cariñosa y comprensiva, consciente de que los pequeños apenas contaban con otro tipo de apoyo familiar. Él, en cambio, creía que dejarlos apañárselas por sí mismos contribuiría a su desarrollo emocional.

Aun así, rara vez discutían por las tareas domésticas o por otros asuntos más mundanos. «Mantener una relación es fácil cuando las personas no son sólo una pareja romántica, sino que comparten una tarea común», dijo Vavilova más tarde. «La gente empieza a discutir cuando se agarra a cosas sin importancia, le da vueltas y trata de cambiar al otro. Nosotros nunca hicimos eso.»[5]

Internet facilitaba mucho mantenerse al día de las noticias procedentes de Rusia, pero Bezrukov y Vavilova procuraban no hacer nada que pudiera vincularlos con su país de origen. A él le gustaba hablar con sus hijos sobre la actualidad internacional, pero, quizá por un exceso de cautela, evitaba cualquier mención a Rusia. En casa nunca se comía comida rusa, aunque en una ocasión Vavilova preparó unas pequeñas bolas de pasta muy parecidas al pelmeni y las hizo pasar por tortellini.

Tampoco se oía nunca el idioma, salvo por alguna que otra frase suelta que sonaba desde el ordenador cuando Tim y Alex jugaban al *Call of Duty*, lo que sobresaltó a sus padres la primera vez que lo escucharon.

Por Navidad, compraban dos tandas de regalos: una en su nombre y otra que envolvían aparte, diciendo que la habían enviado por correo los abuelos, supuestamente residentes en una región remota de Alberta, demasiado lejana para ir a visitarlos. A veces incluso les enseñaban fotos de sus verdaderos abuelos, presentando los paisajes nevados de Siberia como si fueran de la lejana Canadá.[6]

Para mantener el contacto con el Centro, Vavilova hacía viajes ocasionales a Sudamérica, donde se reunía con agentes de la Línea N destacados allí bajo cobertura diplomática. En una de esas reuniones, un funcionario le entregó unas cartas de su familia que debía quemar tras leerlas, además de llevarle arenque y pan negro ruso como un pequeño recordatorio de su país.[7]

Gracias a Poteyev, el FBI iba siempre un paso por delante del Directorio S. La información que él les proporcionaba permitió que la Operación Historias de Fantasmas —nombre con el que se conocía la vigilancia del FBI sobre los espías ilegales— se expandiera constantemente.

Poteyev avisó de nuevas incorporaciones: Michael Zotolli y Patricia Mills —cuyos verdaderos nombres eran Mijaíl Kutsik y Natalia Pereverzeva— llegaron por separado en 2001 y 2003, se casaron en 2005 y se establecieron en Seattle. Sin embargo, sus identidades falsas eran tan poco creíbles como las de Cynthia Hopkins y Richard Murphy. Zotolli afirmaba haber nacido en Yonkers y haber pasado su infancia en Taiwán, mientras que Mills aseguraba ser canadiense, pero ambos tenían acentos claramente eslavos.

Poteyev también alertó a las autoridades estadounidenses sobre Pavel Kapustin, que realizaba viajes breves a Estados Unidos bajo la identidad canadiense de Christopher Metsos. Kapustin entregaba dinero y daba consejos, y era un rostro humano para los ilegales, cuyos contactos habituales con sus supervisores se efectuaban únicamente mediante mensajes codificados. Bezrukov y Vavilova se reunían con él en Canadá, ya que les resultaba sencillo encontrar una excusa para viajar allí y parecía menos probable que llamaran la atención del FBI.

Por último, Poteyev también reveló que el Directorio S había comenzado a emplear una nueva clase de espías ilegales: rusos con perfiles prometedores que recibían una formación rudimentaria en los fundamentos del espionaje. Estos nuevos ilegales usaban sus nombres reales y pasaportes rusos genuinos. Las fronteras se habían abierto en los años transcurridos desde la caída de la Unión Soviética, y había cientos de miles de científicos, empresarios y viajeros rusos por todo el mundo, la gran mayoría de los cuales no tenía ningún vínculo con los servicios de inteligencia, lo que facilitaba que el SVR colara en Occidente a las pocas personas que sí los tenían.

La más exitosa de estas nuevas ilegales fue Anna Chapman, una carismática pelirroja cuyo padre había sido el residente legal del SVR en Zimbabue. Chapman poseía una estudiada combinación de ingenuidad y sensualidad que a muchos hombres les resultaba irresistible. Dirigía un sitio web inmobiliario destinado a ayudar a rusos adinerados a encontrar propiedades en Nueva York y se había abierto paso hacia las mejores fiestas de Manhattan coqueteando con la gente adecuada —sus tarjetas de visita llevaban la leyenda:

EXPLORE SUS POSIBILIDADES—. Tenía un talento natural para tejer redes, superior al de cualquiera de los ilegales plenamente capacitados, y estableció numerosos contactos de interés para el SVR en el mundo financiero. Que no ocultara su origen ruso no importaba: en los años ochenta, cualquier estadounidense influyente que conociera a una mujer hermosa recién llegada de Moscú habría sospechado de inmediato que pertenecía al KGB, pero en el mundo posterior a la Guerra Fría, Anna Chapman no era más que otra joven ambiciosa tratando de divertirse y hacer fortuna en Nueva York.

Cada semana, Chapman se sentaba en una cafetería y encendía su ordenador portátil a la espera de que, por la calle de delante, pasara muy lentamente una furgoneta blanca en la que viajaba un agente de la Línea N con su propio ordenador. Entonces, ambas máquinas se conectaban mediante una red privada: un método ingenioso para transmitir información, casi imposible de detectar por terceros. Por suerte para el FBI, Poteyev los mantenía al tanto de los últimos trucos del SVR. De no haber sido por él, los ilegales que operaban con sus nombres reales podrían haber causado un daño enorme a la seguridad nacional.

A medida que el aumento de los precios del petróleo impulsaba un auge económico, Moscú fue transformándose en una ciudad de coches de lujo, restaurantes exclusivos y sofisticados centros comerciales. Al mismo tiempo, el enfrentamiento con Occidente se intensificaba. En 2006 unos agentes enviados por Moscú asesinaron en Londres a Aleksandr Litvinenko, un oficial renegado del FSB, utilizando polonio radiactivo. Aquel atentado fue una muestra tanto

del desprecio que sentía Putin hacia quienes consideraba traidores como de su disposición a llevar a cabo acciones audaces en el extranjero. Al año siguiente, pronunció un encendido discurso en la Conferencia de Seguridad de Múnich, en el que criticó la hegemonía global de Estados Unidos en términos más agresivos que nunca. El Kremlin, además, aumentó la financiación de los tres servicios de inteligencia rusos: el SVR, el FSB y el GRU, este último encargado de la inteligencia militar.

Putin y el jefe del FSB, Nikolái Pátrushev, estaban convencidos de que servicios de inteligencia extranjeros reclutaban a operativos dentro de Rusia con el objetivo de desestabilizar el país. En 2007 Pátrushev declaró que, en los cuatro años anteriores, la agencia había detectado a más de doscientos setenta oficiales en activo y setenta operativos extranjeros en territorio ruso.[8] Puede que aquella insistencia en el espionaje rayara en la paranoia, pero no era completamente injustificada. Al fin y al cabo, Aleksandr Poteyev seguía operando sin ser descubierto en pleno corazón del SVR, filtrando secretos a Washington.

En 2006, el antiguo oficial del GRU Serguéi Skripal fue condenado a trece años de prisión por espiar para el MI6. Ese mismo año, la televisión rusa difundió una noticia sensacionalista sobre una supuesta «piedra falsa» colocada por el MI6 en un parque de Moscú. Según el FSB, aquella piedra escondía un pequeño ordenador y un transmisor, lo que permitía a los rusos reclutados pasar junto a ella sin levantar sospechas y transferir datos que luego podían ser recuperados por los supervisores del servicio de seguridad británico. En su momento, muchos calificaron la historia de propaganda. Resultó que era cierta.[9]

Por su parte, la vida de Aleksandr Poteyev era una continua prueba de resistencia. Día tras día, año tras año, tenía que desplazarse desde su apartamento en las afueras de Moscú hasta la sede del SVR en Yasenevo con su secreto a cuestas, o bien acudir a una *konskvartira*, como llevaban décadas haciendo todos los curadores del Directorio S, para entrevistarse con algún ilegal que hubiese realizado un viaje ocasional a Rusia, y en todo momento era consciente de que estaba a un paso de la caída: si sus superiores reclutaban a alguien dentro del FBI o la CIA que supiera de la existencia del agente doble en el SVR, se desencadenaría una caza de topos.

Bastaba con que la contrainteligencia del SVR detectara algún detalle sospechoso en sus movimientos o lo sometiera a un control rutinario para que todo se viniera abajo. También corría el riesgo de que los estadounidenses actuaran con demasiada rapidez tras recibir alguna de sus pistas y acabaran alertando al SVR de una posible filtración.

Esto último estuvo a punto de ocurrir en 2008, cuando Herman Simm, un oficial de seguridad estonio destinado en la OTAN, fue detenido en Tallin y acusado de haber colaborado durante años con el SVR. Simm había entregado miles de páginas de documentos ultrasecretos a un empresario portugués que resultó ser uno de los «ilegales volantes» del SVR. Según los servicios de inteligencia de la OTAN, el daño causado por Simm fue enorme, lo que demostraba que, incluso en la era moderna, los ilegales que realizaban misiones cortas en avión para manejar agentes o gestionar recursos operativos podían resultar muy útiles. A éstos se les asignaban tareas más arriesgadas que a ilegales de larga estancia como Elena

Vavilova y Andréi Bezrukov, cuya prioridad absoluta era no ser detectados.

Poteyev había proporcionado a sus superiores información que les permitió centrarse en Simm. En circunstancias normales, ni el FBI ni la CIA habrían actuado de inmediato ante un chivatazo de Poteyev: resultaba más prudente vigilar sus efectos sin levantar sospechas sobre una posible filtración. Pero Simm era un objetivo demasiado peligroso. Al darse cuenta de la gravedad que esa brecha de seguridad suponía para la OTAN, los estadounidenses compartieron la información con Tallin, ocultando la identidad de la fuente.[10]

Tras la detención de Simm, los altos mandos de Yasenevo se plantearon la posibilidad de que hubiera un traidor en sus filas. Corrieron rumores sobre posibles planes para someter al detector de mentiras al personal que hubiera tenido conocimiento de Simm. Pero no se llegó a hacer nada.

Curiosamente, de vez en cuando se obligaba a los ilegales de larga duración a ponerse en riesgo sólo para reunirse en Moscú con Poteyev y otros miembros del Directorio S, lo que implicaba desplazarse mediante itinerarios enrevesados y pasaportes falsos, todo con el fin de evitar que sus documentos oficiales revelasen cualquier indicio de un viaje a Rusia.

En una ocasión, Vavilova tuvo que volar primero a París y luego tomar un tren hasta Viena, donde recogió un pasaporte británico falso que utilizó para entrar en Moscú, alegando una supuesta reunión de negocios. Una vez en la capital rusa, pasó la mayor parte del tiempo recluida en una *konskvartira*, ajena a los profundos cambios que el capitalismo había ido imponiendo en la ciudad desde su marcha en los años ochenta.

Y uno de los principales objetivos de esos viajes era permitir al SVR evaluar el estado psicológico de sus operativos ilegales y comprobar su fidelidad a la causa... mientras el encargado de realizar esas evaluaciones trabajaba para el enemigo.

En una ocasión, Poteyev tuvo que llevar en coche a Lyudmila Nuikina, una antigua ilegal retirada, hasta una *konskvartira* donde debía asesorar a una pareja de agentes a punto de iniciar una misión. En los años ochenta, el KGB había tenido que sacar con urgencia a Nuikina y a su marido, tras descubrir que el residente en Londres, Oleg Gordievski —que conocía a la pareja—, era en realidad un agente doble al servicio del Reino Unido.

Durante el trayecto, Nuikina recordó aquel episodio y, de pronto, se volvió hacia Poteyev con el rostro encendido de rabia:

—¿Sabes? Si hoy me cruzara con Gordievski le sacaría los ojos.

Y acercó los dedos a la cara de Poteyev para que viera que no hablaba en broma. Él, nervioso, asintió sin decir nada.[11]

En 2010 el topo del FBI en el SVR llevaba ya más de una década en el núcleo del departamento más secreto del aparato de inteligencia ruso sin haber sido descubierto. Estaba al límite. Sólo pensaba en marcharse y empezar por fin la nueva vida que, desde el principio, formaba parte del trato con sus contactos estadounidenses: una salida segura para él y su familia.

A esas alturas, Rusia tenía un nuevo presidente, al menos sobre el papel. En 2008 finalizaron los dos mandatos presidenciales que la Constitución le permitía a Putin, quien dio un paso atrás para

convertirse en primer ministro y señaló como sucesor a un colaborador de larga trayectoria, Dmitri Medvédev.

Medvédev le era leal, pero también era más joven y no había pasado por el KGB. Su tono era muy distinto: hablaba de una Rusia abierta a Occidente, un país donde pudieran florecer las libertades personales y donde la innovación impulsara el crecimiento económico. Aunque Putin seguía mandando entre bambalinas, en Occidente muchos esperaban que, con el tiempo, Medvédev pudiera encaminar al país hacia una postura más conciliadora. En público, ambos mostraban un frente unido, pero en privado competían por hacerse con la voz cantante. Se abría entonces una encrucijada: o Medvédev y su círculo de jóvenes tecnócratas se lanzaban por la senda de las reformas, o Putin y su camarilla de ex funcionarios del KGB mantenían el control y profundizaban el distanciamiento con Occidente.

Visto en retrospectiva, el desenlace parecía inevitable, pero durante un tiempo las figuras del entorno de Medvédev pensaron que aún tenían margen para imponerse. En parte para reforzar la posición del presidente frente al primer ministro, Barack Obama impulsó en el año 2009 un «reseteo» de las relaciones con Rusia, con la esperanza de establecer una conexión directa con Medvédev y colaborar en desafíos globales como los que planteaban Irán o Corea del Norte.

No obstante, antes de una cumbre prevista entre ambos líderes, el Centro les encargó a los ilegales desplegados en Estados Unidos —Vavilova y Bezrukov, junto con «Richard» y «Cynthia Murphy»—, que recabaran información sobre los objetivos de Obama y los posibles argumentos o incentivos que su equipo planeaba ofrecer para atraer

a Rusia a la cooperación. También se les pidió que obtuvieran rumores no publicados pero conocidos en círculos próximos al Departamento de Estado, al gobierno federal o a los principales *think tanks*.

El encargo dejaba claro que el SVR era escéptico —tanto como la CIA— respecto a la posibilidad de una mejora real en las relaciones. En teoría, la operación respondía a los intereses de Medvédev, pero en la práctica reflejaba que el servicio seguía actuando bajo la influencia de Putin y sus antiguos camaradas del KGB. Mientras unos hablaban de apertura, los otros reforzaban los mecanismos de vigilancia y desconfianza. El pulso entre las dos Rusias se jugaba también allí.

En cualquier caso, resultaba desconcertante que recurrieran a ilegales para algo así. A esas alturas, Moscú disponía de muchos más recursos para analizar el pensamiento estadounidense que en la época soviética: había un montón de diplomáticos, analistas y académicos rusos capaces de aportar información fiable y bien fundamentada. En cambio, Richard Murphy era un padre que se quedaba en casa mientras su esposa trabajaba como contable y estudiaba un posgrado en Administración de Empresas.

Quizá Bezrukov tuviese contactos algo más útiles, pero eso no implicaba que pudiera acceder a información realmente sensible.

Aun así, Putin y los demás veteranos del KGB que ocupaban puestos clave en el gobierno sentían un respeto instintivo por la información obtenida por medios clandestinos. De hecho, es probable que el primer ministro prestara más atención a los palos de ciego de Murphy —que recibía en una carpeta roja de «máximo

secreto»— que a los informes basados en conversaciones oficiales en Washington.

Para 2010 ya había decenas de agentes que llevaban años trabajando a tiempo completo en la Operación Historias de Fantasmas, con un coste enorme para el FBI. En su mayoría, los espías ilegales no hacían gran cosa que supusiera una amenaza real para la seguridad nacional de Estados Unidos, aunque siempre estaban a un paso de provocar un daño considerable. El FBI había detectado que Bezrukov estaba tanteando a personas vinculadas a puestos sensibles en la industria nuclear. Vavilova, por su parte, había empezado a trabajar en una agencia inmobiliaria de reciente creación, cuyos clientes solían proceder del mundo de la tecnología, la empresa y la política. Gracias a ese empleo, podía acceder con facilidad al interior de sus viviendas, un detalle nada menor para una agente encubierta. Cynthia Murphy, por su parte, gestionaba los asuntos fiscales de Alan Patricof, recaudador de fondos del Partido Demócrata y amigo personal de Hillary Clinton. Así que, cuando en 2010 llegó la señal de que Poteyev quería desertar, pareció el momento adecuado para detenerlos a todos.

A principios de ese año, Robert Mueller, director del FBI, informó a su homólogo en la CIA, Leon Panetta, sobre la Operación Historias de Fantasmas, y se planificó una serie coordinada de detenciones.

Unos meses más tarde, el 11 de junio, ambos acudieron a la Casa Blanca acompañados por agentes del FBI, la CIA y el Departamento de Justicia para informar a Barack Obama y a varios asesores presidenciales de alto nivel.

Durante aquella reunión, quedó claro que el asunto planteaba un dilema político. Medvédev tenía prevista una visita oficial a Estados Unidos en breve, y el presidente estadounidense no quería poner en riesgo sus posibilidades de «resetear» las relaciones bilaterales. Dentro de su administración había un deseo real de que ese acercamiento tuviera éxito, de modo que rápidamente se descartaron las opciones más agresivas, como llevar a juicio a todos los espías o expulsar a decenas de diplomáticos rusos.

Mueller insistió, no obstante, en que había que evacuar de inmediato a la fuente en Moscú. Y, en cuanto las autoridades rusas detectaran que el Directorio S había quedado al descubierto, los ilegales recibirían una señal de emergencia y escaparían. Ya contaban con pasaportes falsos y planes de fuga para ese escenario.

Obama se mostró incómodo, y comentó que todo aquello le recordaba a una novela de John Le Carré. «¿Poner en peligro toda la relación con Rusia por algo así?», protestó ante Mueller.[12] Finalmente se alcanzó un acuerdo: las detenciones seguirían adelante, pero no antes de la visita de Medvédev, para evitarle una situación embarazosa.

El presidente ruso aterrizó en San Francisco, California, el 22 de junio y, desde el primer momento, proyectó una imagen muy distinta a la de su predecesor —el mismo Vladímir Putin que muchos sospechaban seguía manejando los hilos desde la sombra—. La primera noche, cenó con el gobernador Arnold Schwarzenegger y, al día siguiente, visitó Silicon Valley y la sede de Twitter, donde publicó su primer tuit. El día 24 viajó a Washington para reunirse con el presidente Obama en la Casa Blanca y, tras la reunión, ambos fueron

a un local de comida rápida en Arlington y sonrieron para las cámaras mientras compartían hamburguesas.

De este modo, quizá, como señalaron con cautela algunos analistas, el tan esperado «reseteo» empezaba a dar sus frutos.

Al otro lado del mundo, el viernes 23 de junio Poteyev fue por última vez al cuartel general del SVR en Yasenevo. Esa misma noche tenía que huir a Ucrania, desde donde la CIA podría evacuarlo sin riesgos.

Por entonces, los viajes al extranjero de los funcionarios del SVR requerían autorización, y Poteyev les había solicitado a sus superiores una semana libre, supuestamente para visitar a una amante en Odesa, alegando que ella había dado a luz a un hijo suyo. Pero le habían denegado el permiso, así que la CIA había tenido que fraguar un plan alternativo: prepararon un pasaporte ruso falso para Poteyev bajo el nombre de Viktor Dudochkin.

Tras vaciar su escritorio en Yasenevo y despedirse de sus colegas deseándoles un buen fin de semana, Poteyev regresó a casa e informó a su esposa, Marina, de que debía ausentarse urgentemente por un viaje de negocios. Ella lo acompañó hasta la estación de Bielorrusia, un edificio palaciego de color verde claro, donde abordó un tren rumbo a Minsk. Aunque no existía control fronterizo entre Rusia y Bielorrusia, el trayecto nocturno debió de ser angustioso, con la incertidumbre de que alguien llamara a la puerta de su compartimento o de que lo esperara un comité de bienvenida en el andén de Minsk a la mañana siguiente. Sin embargo, el viaje transcurrió sin incidentes, al igual que el cruce de la frontera entre Bielorrusia y Ucrania. La falsificación de la CIA había resultado lo suficientemente convincente.

Más tarde, el SVR reconstruyó los movimientos de Poteyev y llegó a la conclusión de que fue recibido en Ucrania por supervisores de la CIA, quienes lo llevaron deprisa a Ivano-Frankivsk, en el oeste del país. Allí embarcó en un avión con destino a Frankfurt y luego continuó su viaje a Estados Unidos. Durante el trayecto le envió un mensaje de texto a su esposa: «No me voy por poco tiempo, sino para siempre. No pongas a los niños en mi contra.»[13]

Ese verano, Bezrukov y Vavilova tenían planeadas unas ambiciosas vacaciones familiares recorriendo Francia, Turquía... y Rusia. Para visitar este último país, habían tenido que solicitar visados turísticos rusos, lo cual resulta llamativo. Pero lo cierto es que Alex había insistido: ya había viajado por numerosos lugares de Europa y Asia, y quería conocer Rusia.

Según ellos, no tenían otra intención que disfrutar del viaje; sin embargo, es probable que la visita estuviera pensada como el momento oportuno para contarles toda la verdad a sus hijos, e incluso para presentarles a Poteyev y a otros supervisores en Moscú, tal como Rudi Herrmann hizo con su hijo Peter treinta años antes.

De hecho, el FBI sospechaba que Bezrukov y Vavilova ya le habían contado algo a Tim sobre sus verdaderas identidades, cosa que él siempre ha negado.

El domingo 27 de junio, día en que Tim cumplía veinte años, amaneció cálido y nublado en Boston. A media tarde, un convoy del FBI atravesó la ciudad: en los coches viajaban más de cuarenta agentes, incluidos interrogadores, equipos de registro y especialistas

forenses. Al mismo tiempo, se activaron operativos similares en Yonkers, Arlington y otras localidades del país.

Después de años viviendo de alquiler en la Trowbridge Street, en Cambridge, Vavilova y Bezrukov habían comprado recientemente una casa a pocos metros de la anterior. Aquel día, la policía bloqueó ambos extremos de la calle y los equipos del FBI se acercaron a la vivienda por el frente y por la parte trasera. Cuando Vavilova abrió la puerta, dos parejas de agentes entraron con rapidez en el salón de planta abierta y separaron a la pareja, empujándolos hacia rincones opuestos. Los esposaron, los cachearon y, poco después, se los llevaron.

Más tarde, un agente se sentó con Tim y Alex y les comunicó que sus padres habían sido arrestados bajo sospecha de actuar como «operativos ilegales de un gobierno extranjero», aunque se negó a dar más explicaciones.

Alex estaba convencido de que todo se trataba de una confusión. Y no cambió de opinión ni siquiera cuando, unos días más tarde, su hermano y él escucharon por la radio que el FBI había detenido a diez espías rusos en distintos puntos del país.

El 1 de julio, en una breve comparecencia ante el tribunal, Bezrukov y Vavilova negaron todas las acusaciones. A ella se le permitió hablar unos minutos con Tim y Alex. Les dijo que no se preocuparan y añadió que debían usar los visados rusos que ya habían tramitado para el viaje de verano y viajar a Moscú. La sugerencia sonaba extraña, pero la casa familiar estaba asediada por periodistas y los chicos no tenían un plan mejor.

Una persona que habló con ambos esos días recordaba que Alex parecía desconcertado y confuso, mientras que Tim se mostraba

más tranquilo. ¿Era sólo una diferencia de carácter o acaso Tim sabía más de lo que dejaba entrever?[14]

Al final, los dos hermanos se marcharon a París, donde se alojaron con amigos de la familia. Unos días después continuaron viaje a Moscú. Durante el vuelo, Alex estuvo nervioso y desorientado, sin tener idea de lo que les esperaba al aterrizar.

En cuanto descendieron del avión, fueron recibidos por un grupo de personas que se identificaron como colegas de sus padres. Los escoltaron por el control de pasaportes, los sacaron del aeropuerto y los llevaron directamente hasta una furgoneta. En el camino hacia Moscú, uno de ellos les mostró unas fotografías de sus padres con uniformes del KGB, tomadas hacia el final de su período de entrenamiento. Para Alex, ése fue el momento definitivo: la confirmación brutal de que lo que le había parecido impensable era cierto.

Los instalaron en una *konskvartira* donde varios supervisores del SVR hicieron todo lo posible para que se sintieran cómodos. Les organizaron visitas a museos y les consiguieron entradas para una función de ballet en el teatro Bolshói. Un día, llevaron a una anciana a quien les presentaron como su abuela. No hablaba inglés, así que les fue imposible conversar, pero era evidente que alguien estaba interesado en reconstruir vínculos, o al menos simularlos.

Mientras tanto, en Boston, un diplomático ruso entró en las celdas de Vavilova y Bezrukov para informarlos de que se había alcanzado un acuerdo de alto nivel que les permitiría regresar a su país. El SVR había negociado un intercambio: diez espías ilegales por cuatro ciudadanos rusos encarcelados por espiar para Occidente, entre ellos Serguéi Skripal, el ex oficial del GRU reclutado por el MI6 británico.

Los trasladaron a Nueva York, donde comparecieron ante un tribunal junto a otros ocho ilegales y se declararon culpables. Luego embarcaron en un Boeing 767 sin marcas identificatorias rumbo a Viena. Allí, los diez espías avanzaron por la pista hacia un avión ruso y se cruzaron con los cuatro prisioneros liberados en sentido contrario. Cuando Vavilova volvió a ver a sus hijos en Moscú, aún vestía el uniforme naranja de la cárcel.

El FBI, decidido a compensar el hecho de no poder llevar a los ilegales ante los tribunales, optó por publicar una gran cantidad de información sobre ellos, como demostración de la meticulosa vigilancia a la que habían sido sometidos. Pero los detalles seleccionados no sólo destacaban la profesionalidad de los agentes estadounidenses, sino que ridiculizaban a los espías rusos, haciéndolos parecer torpes o incluso cómicos. Uno de los episodios más llamativos tuvo lugar poco antes de las detenciones, cuando Anna Chapman compró un teléfono desechable para llamar a su padre en Moscú y arrojó la caja en una papelera de la calle. Los agentes del FBI la recuperaron y descubrieron el pobre subterfugio al que había recurrido: al registrar el dispositivo, había puesto como dirección: «Calle Falsa, 99.»[15]

Putin estaba furioso. Aún faltaba tiempo para que el nombre de Poteyev saliera a la luz públicamente, pero cuando se le preguntó por la persona que había traicionado a los ilegales, apenas logró contener su furia: «¿Cómo va a mirar a los ojos a sus hijos, el muy cerdo? Sea lo que sea que haya obtenido a cambio, se atragantará con esas treinta monedas de plata que le dieron, créame.»[16]

Más adelante, un tribunal militar de Moscú lo condenó en rebeldía a veinticinco años de prisión, aunque ésa sólo fue la sanción oficial.

Un medio ruso citó a una fuente anónima del Kremlin que fue aún más tajante: «Sabemos quién es y dónde está [...]. Y no hay duda de que ya se le ha enviado a un Mercader», dijo en alusión al agente soviético que asesinó a Trotski más de setenta años atrás.[17]

El SVR organizó un recorrido por Rusia para los ilegales y sus familias: visitaron Sochi, en el mar Negro, San Petersburgo y el lago Baikal. Durante el viaje, Alex y Tim conversaron con Mijaíl Vasenkov, quien se había visto obligado a abandonar su identidad de Juan Lázaro tras más de tres décadas. Apenas recordaba cómo hablar ruso y no parecía contento de estar de vuelta en un país que ya no sentía como propio.

Más adelante, los ilegales fueron recibidos por el presidente Medvédev, que les impuso medallas, y luego por Putin, quien les hizo preguntas sobre su vida como agentes encubiertos y compartió algunas anécdotas, algo crípticas, de su tiempo como oficial de apoyo a espías ilegales.

A la mayoría de los ilegales que habían pasado años infiltrados en países extranjeros se les asignaron puestos de asesoría bien remunerados en grandes empresas estatales. Bezrukov se convirtió en asesor de Ígor Sechin, uno de los hombres más temidos de Rusia y estrecho confidente de Putin, que dirigía la principal compañía petrolera del país. Vavilova, por su parte, consiguió empleo en el gigante metalúrgico Norilsk Nickel. Adquirieron un apartamento elegantemente renovado cerca del río Moscova.

Tras décadas en el extranjero y apenas habiendo puesto pie en su país desde su partida en los años ochenta, pronto descubrieron lo

poco que conocían la Rusia a la que habían servido. Las nuevas figuras políticas, los referentes culturales, las canciones populares y las películas más conocidas les eran ajenos. Moscú, con su capitalismo agresivo y ostentoso, tenía poco que ver con la gris pero ordenada realidad soviética que aún conservaban en la memoria.

Extranjeros en su propia tierra, decidieron ponerse en contacto con una de las pocas personas en Moscú que podía comprender el aprieto en que se encontraban: su antiguo jefe máximo, el responsable del Directorio S, Yuri Drozdov, a quien nunca habían visto en persona, ni siquiera durante su entrenamiento a finales de los años ochenta.

Lo visitaron en las oficinas de su empresa de consultoría, adonde seguía yendo a trabajar cada día a pesar de tener más de ochenta años. Durante la charla, recordaron los buenos tiempos de la Unión Soviética e incluso mencionaron que Bezrukov, poco después de partir hacia Canadá, había compuesto un poema en honor a las generaciones anteriores de ilegales y lo había enviado a Moscú por mensaje cifrado.

Drozdov creía que ellos representaban todo lo brillante y valioso de la Unión Soviética de los ochenta, y los advirtió que la creciente influencia occidental en Rusia no auguraba nada bueno.

Finalmente el antiguo jefe del Directorio S falleció en 2017, a los noventa y un años, amargado e incómodo con el rumbo que había tomado la Rusia moderna.[18]

La deserción de Poteyev diezmó las redes de ilegales del SVR, no sólo en Estados Unidos, sino también en otros países. Poteyev le proporcionó al Buró información sobre un hombre llamado Henry Frith, que había dirigido durante décadas una empresa de

consultoría en Madrid. Al día siguiente de la detención de Vavilova y Bezrukov, un oficial del MI6 confrontó a Frith, cuyo verdadero nombre era Serguéi Cherepánov, en la puerta de su casa en Madrid y le solicitó una conversación privada. Cherepánov insistió repetidamente en que se trataba de un error y se negó a hablar. A la mañana siguiente tomó un avión rumbo a Moscú y nunca regresó a Occidente.[19]

Había ilegales operando en Oriente Medio y África a los que Poteyev no tenía acceso debido a limitaciones de seguridad, pero el SVR no podía descartar que hubiera escuchado algo, aunque fuese un rumor, que los comprometiera frente a los estadounidenses y sus aliados. Además, Poteyev conocía en detalle las líneas de comunicación, los protocolos de seguridad y quiénes eran los nuevos ilegales en formación. Para el servicio de inteligencia exterior ruso, la situación era un desastre total. En 2013 un micrófono oculto del FBI registró a dos agentes legales del SVR en Estados Unidos hablando sobre lo complicado que resultaba realizar un trabajo útil en ese país.

—El Directorio S es la única inteligencia de verdad —dijo uno.

—Lo era —respondió con nostalgia el otro.[20]

Ciertamente, la traición de Poteyev puso fin a las operaciones del Directorio S en Estados Unidos, pero el concepto de espionaje ilegal estaba lejos de desaparecer. En lugar de limitarse a observar y analizar la vida política estadounidense, Moscú dio un giro hacia una nueva clase de ilegales, adaptados al mundo digital, cuya tarea sería influir activamente en dicha vida política.

26

Los ilegales virtuales
Injerencia electoral y negación fácil

En una tarde lluviosa y gris de noviembre de 2016, Andréi Bezrukov ofreció una charla ante una pequeña audiencia en la sala de la primera planta de un club privado no muy lejos del Kremlin. Además de su lucrativo empleo en una empresa petrolera, se había convertido en profesor del Instituto Estatal de Relaciones Internacionales de Moscú (MGIMO, por sus siglas en ruso), una de las universidades más prestigiosas del país. La conferencia de esa noche llevaba por título *La mentalidad estadounidense*. El tema no podía ser más oportuno: el día anterior, el candidato impredecible del Partido Republicano, Donald Trump, había derrotado a Hillary Clinton y había sido elegido cuadragésimo quinto presidente de Estados Unidos. Bezrukov habló del significado histórico de aquella victoria y compartió sus experiencias como ilegal en territorio estadounidense.

El descontento que había desembocado en el triunfo de Trump venía gestándose desde hacía años, afirmó Andréi. Poco después de su llegada a Estados Unidos, contó, él y Elena hicieron un viaje por carretera para conocer mejor el país. «La impresión que tuve entonces», recordó, «fue que, en cuanto a infraestructuras y al

estado de ánimo general de la gente, no era ese gran país que los medios vendían por todas partes». Describió a Estados Unidos como un lugar que desprendía una atmósfera de «fin de régimen» que le recordaba a la Unión Soviética de los años ochenta. Según él, las élites aún no se habían dado cuenta de que los cimientos del sistema ya no eran sostenibles.

Vestido con un elegante traje azul marino y una camisa a cuadros, Andréi hablaba con frases cadenciosas y afirmativas, y con el aire de un tutor que imparte sabiduría: el mismo tono ligeramente autocomplaciente que tantos habían notado en su *alter ego*, Don Heathfield. Se refirió a Trump en términos elogiosos, calificando su victoria como una «oportunidad histórica» para los habitantes del Cinturón del Óxido, esa región del noreste y medio oeste estadounidense antaño industrial —concentrada en sectores como el automotor, el acero o la minería— y en franco declive desde los años setenta. Era, dijo, una población trabajadora que había sido abandonada por las instituciones.

Cuando terminó la charla, llegó el turno de preguntas. Alguien mencionó el elefante en la sala: Andréi había hablado durante una hora sobre Trump, pero no había hecho alusión a una de las noticias más importantes de los meses previos: la acusación de que los servicios de inteligencia rusos habían intervenido para favorecer su candidatura. Andréi soltó una risita y descartó la idea de que Moscú hubiera respaldado a Trump. «Tenemos algo de experiencia sobre cómo podría comportarse Clinton, pero no tenemos ninguna sobre cómo podría hacerlo Trump. Así que tomar la arriesgadísima decisión política de intervenir no supondría ningún beneficio», aseguró.

«Todo esto no son más que rumores, puras tonterías», zanjó con firmeza.

Puede que estuviera mintiendo, o puede que de verdad no supiera nada sobre los distintos elementos de la operación lanzada por Moscú para apoyar a Donald Trump; en cualquier caso, lo que dijo Bezrukov no tenía nada que ver con la realidad.

En 2016, cuando se celebraron las elecciones presidenciales en Estados Unidos, Putin era más poderoso que nunca dentro de Rusia y estaba más enfadado con Occidente que en ningún otro momento desde que llegó al poder. En 2011, al anunciar su intención de regresar a la presidencia, frustró las ya débiles esperanzas de una Rusia más moderna y liberal bajo un posible segundo mandato de Medvédev. Como respuesta, estalló una oleada de protestas en Moscú y otras ciudades importantes, aunque la mayoría de los manifestantes pertenecían a una clase media desencantada, rusos que habían viajado al extranjero y anhelaban una transformación en su país.

Las carpetas con información cuidadosamente seleccionada que Putin recibía a diario no hacían sino reforzar su convicción de que Estados Unidos estaba detrás de aquellas revueltas, avivando las llamas de la agitación. En su mente, Washington volvía a ser el Principal Enemigo, empeñado en poner a Moscú de rodillas. «Aquí todos somos adultos. Todos entendemos que los organizadores actúan siguiendo un guión muy conocido», declaró con amargura.

Las protestas alcanzaron su punto culminante con una gran manifestación cerca del Kremlin en mayo de 2012, justo un día antes

de la toma de posesión de Putin. Los manifestantes se enfrentaron a la policía antidisturbios, que detuvo a cientos de personas. Más tarde, varios de ellos fueron acusados de delitos penales y juzgados, con la intención de amedrentar al resto y forzar la conformidad. Uno de los condenados recibió dos años y medio de prisión por arrojar un limón. Al día siguiente, la comitiva de Putin partió de la Casa Blanca —sede del primer ministro— y recorrió el centro de Moscú en un retorno ceremonial al Kremlin, atravesando calles desiertas y silenciosas, impregnadas de una atmósfera inquietante.

El tercer mandato de Vladímir Putin marcó una nueva etapa en su gobierno, caracterizada por una mayor represión interna y un creciente atrevimiento en la política exterior. En 2014, cuando una revolución en Kiev derrocó al presidente ucraniano afín a Rusia, Putin respondió anexando la península de Crimea. En parte, canalizaba una mentalidad imperialista rusa, considerando que Ucrania no era un país legítimo y que amplias zonas de su territorio habían sido históricamente rusas. Pero había algo más en juego. Putin estaba convencido de que los llamados occidentales a la libertad, los derechos humanos y la democracia eran una cortina de humo cínica que encubría juegos geopolíticos de poder. Creía que la revolución de Kiev estaba dirigida desde capitales occidentales que preparaban a Ucrania como plataforma para, después, atacar a Rusia. Esta hipótesis descabellada era compartida por los jefes de sus servicios de inteligencia y sus asesores más cercanos, la mayoría formados bajo la lógica paranoica del KGB. Putin pensaba que, si Occidente —y en particular Estados Unidos— utilizaba toda clase de herramientas nefastas para interferir en Rusia, no había razón para que él no hiciera lo mismo a la inversa.

En la Unión Soviética, las jerarquías de poder estaban firmemente establecidas, pero en la corte de Putin reinaba el caos, con funcionarios y colaboradores compitiendo por dinero e influencia en lo que algunos analistas denominan una «adhocracia».[1] Los cortesanos se esforzaban desesperadamente por ganarse el favor del líder, y algunos vieron casos como el de Poteyev como una oportunidad para ocupar el espacio dejado por los fracasos del SVR. Así, la operación de espionaje más notoria de Rusia en la era postsoviética no fue dirigida ni por el SVR ni por ninguna otra agencia oficial de inteligencia, sino que se trató de una iniciativa informal liderada por Yevgueni Prigozhin, un antiguo conocido de Putin, que empleó a un grupo de guerreros digitales desde un edificio de oficinas en San Petersburgo.

En un principio, la operación de Prigozhin estaba diseñada para influir en la audiencia nacional rusa. El gobierno había utilizado una combinación de adquisiciones y coacciones para que las cadenas de televisión y los periódicos difundieran su mensaje, pero internet representaba un desafío más complejo. A medida que más rusos pasaban tiempo conectados, en algunas regiones las autoridades contrataban a personas para intervenir en los debates de los foros de internet y asegurarse de que las voces leales fueran predominantes. Algunas de estas denominadas «granjas de troles» tenían vínculos indirectos con el Kremlin; otras eran organizadas por políticos locales o empresarios. La Agencia de Investigación de Internet (IRA, por sus siglas en inglés), con sede en un modesto edificio de cuatro plantas en la calle Savushkina, en San Petersburgo, era probablemente la más grande. Allí trabajaban cientos de empleados remunerados que pasaban largas jornadas

produciendo comentarios en redes sociales para reforzar los mensajes del Kremlin sobre política interna y exterior.

A Prigozhin se lo conocía informalmente como «el chef de Putin» porque, durante la década de 1990, había sido propietario de uno de los restaurantes favoritos de éste en San Petersburgo. Cuando Putin asumió la presidencia, él aprovechó sus contactos para organizar el catering de eventos gubernamentales y obtener lucrativos contratos estatales. Más tarde, empezó a buscar notoriedad y ganó fama como fundador y patrocinador del Grupo Wagner, una empresa militar privada, cultivando la imagen de un disidente siniestro que se deleitaba con la violencia y las atrocidades. Pero en 2015 no era más que otro de los numerosos colaboradores del presidente que intentaban acumular dinero e influencia.

Los empleados de la IRA acudían a trabajar cada día en distintos turnos. Tras encender su ordenador y activar una VPN para ocultar su dirección IP, iniciaban sesión en múltiples cuentas falsas en redes sociales. Algunos trabajaban en equipos de tres: el primero publicaba una queja en un foro sobre un problema local, y luego los otros dos respondían con enlaces a artículos de sitios web cercanos al Kremlin, para mostrar que las autoridades estaban al tanto y actuaban al respecto. Mientras tanto, algunos más se dedicaban a temas internacionales, publicando memes que ensalzaban a Putin y criticaban a Barack Obama.

Otros departamentos se dedicaban a crear perfiles en línea completamente desarrollados. Por ejemplo, cada miembro del equipo encargado de LiveJournal —una plataforma de blogs aún popular en Rusia por entonces— elaboraba varios personajes sofisticados. «Teníamos que escribir *posts* comunes y corrientes

sobre cómo preparar pasteles o sobre temas musicales que nos gustaban, pero de vez en cuando debíamos incluir alguna publicación política afirmando que el gobierno de Kiev era fascista», contó una empleada de la IRA que ganaba alrededor de ochocientos dólares al mes por trabajar a tiempo completo en la granja de troles. [2]

En 2014, cuando Putin se anexó Crimea, la Agencia de Investigación de Internet creó un equipo en inglés. Al principio, éste se enfocó en los foros de comentarios de periódicos occidentales y otros medios de comunicación, generando una constante oleada de mensajes en pro del Kremlin. Al inicio de cada jornada, los trabajadores recibían una hoja con «tareas técnicas» que delineaban los temas principales a abordar. Por lo general, éstos consistían en alabar a Putin, denunciar la hipocresía moral de los dirigentes occidentales y acusar de neonazis a los políticos ucranianos.

Cuando los principales medios anglófonos publicaban artículos sobre Rusia, los hilos de comentarios se llenaban rápidamente con decenas de contribuciones firmadas por usuarios con nombres como OklahomaRay o ManUtdFan1982, que, en un inglés algo defectuoso, afirmaban ser ciudadanos occidentales comunes desencantados con Estados Unidos y la OTAN y admiradores de Putin. Muchos de estos comentarios podían rastrearse hasta la IRA.

Se trataba de una operación burda, pero pronto Prigozhin ideó un plan más sofisticado: en lugar de intentar convencer a los estadounidenses de que vieran a Putin con respeto, los troles de la IRA debían centrarse en explotar las divisiones internas del país norteamericano, enfrentando a los ciudadanos entre sí y avivando la

polarización partidista justo cuando comenzaba una campaña electoral especialmente virulenta.

En agosto de 2016, seis semanas después de que Donald Trump se asegurara la nominación presidencial republicana, un grupo de Facebook llamado *Florida por Trump* recibió un mensaje privado de Matt Skiber, que se presentaba como un activista local en pro de Trump. Skiber era administrador de *Being Patriotic* («Patriotas»), otro popular grupo derechista en la misma red social. En su mensaje proponía:

> ¿Y si organizamos un INMENSO *flash mob* en favor de Trump en cada ciudad de Florida? Estamos contactando con activistas locales y ya hay gente dispuesta a encargarse de actos en casi todo el estado, pero necesitamos vuestro apoyo. ¿Qué os parece? ¿Os animáis?

Un administrador de la página le respondió agradeciéndole su entusiasmo y pasándole el correo electrónico de Chad Tucker, el director de comunicaciones de la campaña de Trump en Florida. Era cierto que Skiber contaba con una lista de activistas locales dispuestos a colaborar: incluso les había transferido dinero a algunos de ellos para que compraran pancartas para las manifestaciones, así como monos de prisión y una jaula metálica para que los mítines en favor de Trump contaran con el espectáculo de una «Hillary Clinton» en la cárcel. Pero Matt Skiber era una figura inventada por la IRA, y su tarea consistía en ponerse en contacto con estadounidenses

reales para impulsar la campaña de Trump. Su página *Being Patriotic* también se generaba en San Petersburgo, a pesar de que sostenía ser una iniciativa vernácula estadounidense.

La IRA contaba con muchos Skiber. Algunos usaban datos personales de estadounidenses reales, que los piratas informáticos se encargaban de robar, para crear cuentas de PayPal a su nombre y pagar con ellas a quienes organizaban actos en favor de Trump. Otros se inventaban identidades en el tiempo que se tarda en crear una cuenta de Facebook y rellenarla con una foto de perfil y unas cuantas publicaciones falsas.

A finales de agosto estos ilegales virtuales habían contactado con más de un centenar de estadounidenses reales y organizado decenas de manifestaciones, normalmente designando a una persona real para que ayudara a coordinar el acto sobre el terreno. Después se inventaban algún pretexto para ausentarse ese día, ponían a los medios locales en contacto con el coordinador sobre el terreno y compartían fotografías de los actos en sus cuentas.

Esas cuentas permanecieron activas hasta el día de las elecciones, cuando ganó Trump.[3]

Es difícil medir el impacto real de estos ilegales virtuales. ¿Llegaron a hacer cambiar de opinión a alguien o a alterar el resultado de las elecciones? Muchos estadounidenses no necesitaron ningún estímulo para dejarse influir por los mensajes divisivos de Trump, y no fue Rusia quien creó las divisiones raciales y de clase en Estados Unidos.

Además, muchas de las manifestaciones organizadas a través de cuentas rusas eran pequeñas, y sólo atraían a seguidores acérrimos de Trump. Pero no hay duda de que su presencia en las redes

sociales no fue nada marginal. Facebook calculó que las ciento veinte páginas respaldadas por Rusia produjeron unas ochenta mil publicaciones durante y después de las elecciones. Estimaron que unos veintinueve millones de estadounidenses las vieron directamente y que, sumando republicaciones y compartidos, alcanzaron al menos a ciento veintiséis millones de personas.[4]

Es imposible saber cuántos de esos ciento veintiséis millones eran votantes indecisos. Sin embargo, resulta llamativo que una operación de influencia rusa lograra llegar de forma encubierta a millones de estadounidenses y organizara en secreto protestas sobre cuestiones internas sin que hubiera ningún indicio externo de participación rusa. Al KGB le llevaba años construir identidades falsas como las de Don Heathfield y Ann Foley para sus espías ilegales. Matt Skiber, en cambio, cobró vida con unos pocos clics de ratón. Y si en algún momento alguien empezaba a sospechar de él, bastaba con eliminarlo tan rápido como había sido creado y generar una nueva identidad virtual para ocupar su lugar.

Sin embargo, Putin y Prigozhin se toparon con un problema: internet facilitaba la creación de ilegales virtuales, pero también su detección. En un primer momento, las actividades de la IRA pasaron desapercibidas, incluso cuando ya circulaban rumores de que Putin quería que Trump ganara, pero la granja no era más que una parte de la operación para interferir en las elecciones de 2016, que también incluía ciberataques dirigidos por los servicios de inteligencia rusos, además de muchas otras iniciativas. Algunas partes de este esfuerzo multifacético se ejecutaron con gran eficacia, mientras que otras resultaron torpes y mal planificadas. Cuando las pruebas de la interferencia rusa se volvieron demasiado evidentes

como para ignorarlas, se nombró a Robert Mueller fiscal especial para investigarlas y, a principios de 2018, su equipo presentó una acusación contra la IRA en la que figuraban Prigozhin y otros doce individuos.

Mientras Prigozhin y su banda de guerreros con teclado hacían lo suyo, el GRU —la agencia de inteligencia militar rusa— intensificaba su actividad, intentando ocupar mínimamente el espacio dejado por el SVR tras el fiasco de Poteyev.

Se sabe que, durante la época soviética, esa agencia contaba con su propio programa de ilegales, independiente de las operaciones del KGB, aunque el hermetismo de sus archivos impide conocer con claridad cómo operaba. Sólo tenemos constancia de algunos casos, como el de Richard Sorge, que envió información desde Japón sobre los planes de Hitler para atacar a la Unión Soviética, pero el resto de sus actividades permanece en gran medida desconocido.

El caso es que, en los años posteriores a 2010, esta agencia puso en marcha un grupo especial de «ilegales voladores», la Unidad 29155, cuyos integrantes, lejos de adoptar complejas identidades falsas, se infiltraban como simples turistas o utilizando pasaportes de antiguas repúblicas soviéticas.[5]

La Unidad 29155 llevó a cabo una serie de ataques selectivos por toda Europa, que incluyeron asesinatos y atentados. Por ejemplo, en 2014 dos operativos rusos que se hacían pasar por contratistas de armas viajaron a la República Checa utilizando pasaportes de Moldavia y Tayikistán. Su misión era volar un depósito de armas que el GRU sospechaba que se utilizaba para enviar armamento a Ucrania.

Y estos mismos operativos reaparecieron cuatro años después en Gran Bretaña, esta vez haciéndose pasar por nutricionistas deportivos deseosos de hacer turismo y visitar la catedral de Salisbury. Pero, una vez en esa ciudad, intentaron envenenar con novichok, un agente nervioso letal, a Serguéi Skripal, un desertor del GRU que había formado parte del intercambio que permitió el regreso a Rusia de Vavilova, Bezrukov y otros ilegales vendidos por Poteyev.

Más adelante, el GRU envió a otro escuadrón para localizar a Poteyev en Estados Unidos, pero el FBI logró trasladarlo a un lugar seguro antes de que los asesinos pudieran actuar.[6]

La audacia de estas operaciones —desde el pirateo electoral hasta los asesinatos— formaba parte del mensaje: si Occidente empezaba a temer lo que Rusia podía hacer a continuación, tanto mejor para Putin, quien se sentía irritado con el orden mundial y buscaba que lo tomaran en serio.

Sin embargo, esa estrategia tuvo un efecto secundario: convirtió a Rusia en un país tóxico. Durante dos décadas, los turistas rusos habían viajado libremente y, lo que es más importante, las capitales occidentales habían recibido con los brazos abiertos a los que emigraban —y a su dinero—. Millones de ciudadanos rusos se habían instalado en el extranjero, algo impensable durante la era soviética. Pero, de pronto, los titulares sobre espías, asesinatos y campañas de desinformación los volvieron sospechosos.

La época en que figuras como Anna Chapman podían ir y venir sin problemas por Nueva York sin que nadie imaginara que pudieran ser espías había terminado. Y, en ese nuevo contexto, el viejo modelo de los ilegales tradicionales, con identidades extranjeras cuidadosamente construidas, volvía a parecer útil.

En 2017 Putin reunió a los altos mandos del SVR en la sala de conferencias de la sede de la agencia en Yasenevo. Su discurso giró sobre el tema acostumbrado. Según él, Occidente estaba tan decidido como siempre a debilitar a Rusia. De hecho, la Guerra Fría no había sido un enfrentamiento entre el capitalismo y el comunismo, sino sólo una de las múltiples reencarnaciones de ese proyecto secular, que seguía vigente en ese momento con la expansión de la OTAN en Europa oriental y la retórica hostil sobre el retroceso democrático en Rusia.

Enseguida alabó los informes diarios que recibía del SVR, calificándolos de «inapreciables», y afirmó que, con frecuencia, la información más útil procedía de los operativos ilegales. Ningún otro servicio de espionaje podía presumir de algo similar, declaró. «Los ilegales están hechos de un material muy particular. Tienen una moral fuerte y un carácter firme», dijo. «Estamos orgullosos de ellos.»

Después de Putin, tomó la palabra el recién nombrado jefe del SVR, Serguéi Narishkin, uno de los muchos antiguos colegas del presidente en el KGB que ocupaban altos cargos en la nueva Rusia. Narishkin recordó a los oficiales reunidos el momento en que, noventa y cinco años antes, Meer Trilisser creó el primer Departamento de Ilegales. En aquel entonces, la joven unión de repúblicas estaba tan aislada que el trabajo de los ilegales era el arma más eficaz de su arsenal, afirmó. «Y aquí encontramos un paralelismo con la actualidad, cuando todo el grupo de países de la OTAN está llevando a cabo políticas agresivas contra nosotros. En estas condiciones, nos vemos obligados a recurrir a los métodos de trabajo más eficaces que tengamos a mano.»

Narishkin hizo una pausa y contempló las largas filas de cuadros en la gran sala, la mayoría hombres mayores de pelo canoso. «La madre patria nos ha convocado para que, juntos, defendamos sus intereses, utilizando para ello poderes, medios y métodos muy especiales», dijo. «Y el arma más poderosa del SVR eran y siguen siendo los ilegales. Estoy seguro de que las autoridades del país y nuestros ciudadanos confían en nosotros y esperan resultados concretos de nuestra labor.»[7]

El programa de ilegales había resurgido de las cenizas tras las purgas de Stalin, había sobrevivido a la Segunda Guerra Mundial e incluso se había reactivado después del derrumbe de la Unión Soviética. Siete años después de la traición de Poteyev, Putin y Narishkin enviaban un mensaje claro a sus adversarios occidentales: los ilegales rusos volvían a poner rumbo a Occidente.

27

Vidas de personas maravillosas
El culto al ilegal

La misión principal de Putin desde su llegada al poder fue reavivar en los rusos un sentido de orgullo nacional y pertenencia a una gran nación. En la Rusia de Putin, la victoria en la Gran Guerra Patria se elevó casi a la categoría de un mito secular, mientras que los aspectos más controvertidos y oscuros del período soviético fueron prácticamente ignorados. En una reunión con profesores de historia, Putin dejó claro que no se permitiría que el país quedara marcado por la culpa histórica. Con el paso de los años, el revisionismo histórico se volvió más evidente, sobre todo tras la anexión de Crimea en 2014. Las escuelas promovieron una enseñanza enfocada en el patriotismo y se penalizó legalmente equiparar la Unión Soviética de Stalin con la Alemania nazi. Se presentaba a Rusia como una nación que había sufrido profundamente en la defensa de valores universales y había sido objeto de una ingratitud y una falta de reconocimiento persistentes por parte de Occidente.

Como antiguo oficial del KGB, Putin consideraba que los servicios de inteligencia desempeñaban un papel especial dentro de esa narrativa construida con minuciosidad sobre el pasado de Rusia. Los

ilegales, tan singulares en la historia del espionaje, ofrecían un terreno especialmente fértil para la creación de mitos. El ideal romántico de espías que dedicaban años de su vida a la patria encajaba a la perfección con la intención de presentar a Rusia como una tierra de patriotas con elevados ideales, en contraste con un Occidente globalizado y decadente. Así comenzó a emerger un culto al ilegal gestionado con todo cuidado desde la sede del SVR.

En varias ciudades se erigieron estatuas dedicadas a ilegales como Dmitri Bystrolyotov e Isjak Ajmérov, y al jefe del servicio de inteligencia durante la Segunda Guerra Mundial, Pavel Fitin. Y, aunque el SVR había mantenido sus archivos sobre los ilegales estrictamente cerrados, a partir de entonces comenzó a otorgar acceso a autores rusos seleccionados con mucho cuidado para que pudieran escribir biografías hagiográficas, muchas de las cuales aparecieron en una extensa serie titulada *Vidas de personas maravillosas*.

Eso sí: el autor de un libro sobre Iósif Grigulévich —el ilegal que se hizo pasar por el embajador costarricense Teodoro Castro—, quien también había sido oficial del KGB, confesó en privado que los censores del SVR habían «tachado la mitad» del manuscrito para garantizar que no se apartara del mensaje oficial. Y su caso no era especial.

Paralelamente, el popular presentador Serguéi Briliov, habitual entrevistador de Putin, condujo una serie de programas transmitidos por la televisión estatal que ofrecían al público relatos heroicos sobre los ilegales. En uno de ellos, dedicado a Dmitri Bystrolyotov, el mismísimo Serguéi Narishkin, director del SVR, apareció mostrando

una colección de pasaportes de Bystrolyotov y se mostró entusiasta al hablar de los talentos del legendario ilegal.

Para otro episodio, se autorizó a Briliov a filmar en el interior del cuartel general del SVR en Yasenevo. Apareció recorriendo la cafetería, los cuidados jardines y un monumento recién erigido en el interior del recinto que retrata a una pareja de ilegales partiendo de Moscú rumbo a una larga misión en el extranjero. Entrevistó a Narishkin en su despacho revestido de paneles de madera y le preguntó cuántos ilegales podría haber hoy en el mundo. En vez de responder, el otro sonrió y enarcó las cejas en un gesto conspirativo.

Algunos programas trataban sobre ilegales retirados que aún vivían, presentándolos por primera vez al público ruso. Uno estaba dedicado a Yuri Shevchenko, que había pasado toda su carrera en Europa bajo una identidad francesa, haciéndose pasar, por lo visto, por artista callejero. «Para un ilegal, nada es imposible», afirmaba Shevchenko mientras le ofrecía al equipo de televisión una visita por su casa de campo, donde vivía retirado.

El programa incluía una grabación hasta entonces secreta de Shevchenko recibiendo una medalla de Héroe de Rusia de manos de Putin en 2017, y la voz en *off* afirmaba repetidamente que, durante su servicio, éste había sido responsable de operaciones de espionaje que habían cambiado el mundo.

Pero había una conveniente ausencia de detalles sobre lo que exactamente se suponía que había logrado, y también se pasaba por alto el coste que el trabajo como ilegal había supuesto para muchos. El propio Shevchenko explicaba que, cuando él y su esposa partieron al extranjero para su primera misión, se vieron obligados a dejar a su bebé recién nacido al cuidado de su abuela, y mencionaba de

pasada que su esposa pronto empezó a sufrir «terribles dolores de cabeza» y la retiraron del servicio. No se ofrecieron más datos sobre este trauma familiar. «La mayoría tiene una sola vida, pero los ilegales no: pueden vivir varias vidas distintas, y todas llenas de aventuras», concluía Shevchenko con un brillo en los ojos.[1]

Yuri Linov, cuya esposa Tamara también fue expulsada del programa poco después de que ambos se mudaran al extranjero, no tuvo su propio documental. Sus días vendiendo alfombrillas de baño en Dublín, sus operaciones para rastrear disidentes durante la Primavera de Praga y su captura en Israel no encajaban con la narrativa de patriotas heroicos que promovía el SVR. Tras regresar de la prisión israelí, se exilió en Kiev, sin poder formar parte del acogedor club de ilegales retirados que solían convertirse en entrenadores de los nuevos reclutas y recibían un buen trato por parte del SVR.

Cuando la Unión Soviética se derrumbó, probó suerte en varios negocios sin demasiado éxito. Con el tiempo, él y Tamara regresaron a Kalach, el remoto paraje a diez horas en coche de Moscú donde él había crecido. Allí se dedicó a enseñar inglés y alemán a los pocos habitantes ambiciosos que buscaban la manera de escapar de la deprimente ciudad, e hizo lo posible por cuidar de su esposa, reconociendo su culpa por haberla arrastrado al programa de ilegales. En Kalach, eran pocos los que conocían su pasado, y cuando veían al viejo lugareño parlotear en un alemán fluido o pedir la cuenta a una hosca camarera en un inglés cadencioso con acento

de Dublín, esbozaban la típica media sonrisa que suele reservarse para los excéntricos seniles.

En cuanto a Tamara, en los años posteriores a su expulsión del programa de ilegales se volvió profundamente religiosa y, ya en su vejez, sufría frecuentes ataques de ansiedad y casi nunca salía de casa. Podía recordar con una claridad asombrosa su infancia, sus estudios y la extraña manera en que Linov la había cortejado, pero cuando se trataba de su entrenamiento y del año que pasó en Alemania Oriental, así como de todo el tiempo que estuvo esperando a que él regresara de sus misiones en el extranjero, sus recuerdos se fusionaban en una masa oscura. «Hagas lo que hagas, nunca abandones a tus hijos» era prácticamente todo lo que conseguía decir antes de alterarse demasiado para continuar.

En 2020 el SVR anunció que iba a «desenmascarar» a otros siete ilegales, publicando sus nombres y biografías para que los rusos pudieran maravillarse de sus logros patrióticos. En ese grupo se incluía a Vitaly Nuikin y su esposa Lyudmila, una pareja de ilegales que, según sostenía el comunicado de prensa, había operado en dieciocho países distintos. Los Nuikin, afirmaba el SVR, habían robado secretos que ayudaron a la Unión Soviética a acortar la brecha tecnológica, obteniendo prototipos de las primeras computadoras, detalles técnicos de sistemas de misiles y mucho más. Vitaly había fallecido mucho tiempo antes, pero Lyudmila concedió varias entrevistas a periódicos y programas de televisión en las que explicaba cómo había dedicado felizmente su vida a la causa

soviética, incluso dejando a su hijo pequeño en un internado gestionado por el KGB durante sus largos años en el extranjero.[2]

Entre las notas que Vasili Mitrojin sacó en secreto de los archivos del KGB antes de desertar a Occidente, había una breve evaluación de los Nuikin que contaba una historia muy distinta. Según descubrió Mitrojin, tras trabajar en Indonesia entre 1973 y 1977, los Nuikin se trasladaron a Singapur, donde montaron una empresa tapadera llamada Francotone Electronic. Vivieron allí hasta 1980, aunque sus supervisores en Moscú estaban cada vez más frustrados con ellos. «No tienen ninguna utilidad operativa, su dominio de la *konspiratsiya* es pobre, son propensos a los arrebatos y se muestran fuera de lugar, rozando la grosería, en sus comunicaciones con el Centro», decía la evaluación.[3]

En la nueva atmósfera de patriotismo forzoso, esos hechos históricos inconvenientes sencillamente se reescribían. A todos los ilegales se los presentaba como héroes, y sus hazañas se exageraban hasta niveles absurdos tanto si llevaban mucho tiempo retirados como si habían regresado al país hacía poco. Cuando Vavilova y Bezrukov aparecían en tertulias televisivas, nunca se mencionaba que habían pasado diez años bajo vigilancia del FBI y que, por tanto, no habían podido averiguar gran cosa de valor. En su lugar, se los presentaba como «legendarios agentes de inteligencia» que habían robado secretos de Estados Unidos.

Un juicio más honesto sobre el siglo pasado señalaría que la historia de los ilegales ofrece un reflejo nítido de la historia de la propia Rusia. El programa original, con su ambición desmedida, su obsesión

por el subterfugio y su desprecio por el bienestar de las personas, es un espejo del ferviente utopismo de los inicios de la Unión Soviética. En la década de 1920, el uso de ilegales fue una forma ingeniosa de recopilar información para un país con escasa presencia diplomática en el extranjero, y ayudó a reforzar la posición del joven régimen soviético. Pero esa obsesión por el subterfugio y la conspiración también alimentó uno de los momentos más destructivos del régimen: el Gran Terror de 1937, cuando Stalin estaba convencido de que había ilegales enemigos infiltrados profundamente en la sociedad soviética.

Durante la Guerra Fría, los ilegales fueron útiles en muchas ocasiones, pero eso se debió principalmente a que la Unión Soviética era un Estado cerrado que no permitía a sus ciudadanos viajar. Crear falsos extranjeros que pudieran visitar Occidente sin levantar sospechas era la única forma que tenía el KGB de acceder a información básica sobre sus adversarios. A la élite soviética le costaba entender Occidente e, incluso cuando la información que llegaba a través de los ilegales era útil, en muchos casos se descartaba o se interpretaba mal.

Resulta revelador que uno de los mayores éxitos del programa de ilegales en la etapa final del período soviético fuera la Operación Progreso, diseñada para reprimir la disidencia dentro del bloque socialista.

De vez en cuando, los ilegales lograban algo que justificaba sus largos años de entrenamiento. A menudo actuaban como supervisores de fuentes demasiado valiosas como para arriesgarse a que las vieran en compañía de agentes legales del KGB, mientras que los ilegales volantes llevaban a cabo misiones que los espías

convencionales jamás habrían podido realizar. Pero las pruebas disponibles sugieren que, pese a toda esa ambición, lo habitual era que el programa no cumpliera su cometido. Por cada ilegal que conseguía algo útil para Moscú, había una decena que llevaba una existencia frustrante y cuya labor de espionaje daba escasos resultados.

En 1921, en los albores de la era soviética, el Tercer Congreso de la Internacional Comunista lanzó una dura advertencia a los partidos comunistas europeos, aconsejándoles que no se dejaran absorber por las actividades ilegales hasta el punto de pasar por alto vías más sencillas y legales. «En esos casos, ese trabajo termina siendo una actividad estéril e improductiva realizada por conspiradores ineficaces», se advertía.[4] Ese juicio devastador bien podría haberse aplicado al programa de ilegales en distintos momentos del siglo siguiente: las maratonianas operaciones logísticas necesarias para dar vida a los ilegales contrastaban a menudo con los modestos resultados que obtenían una vez desplegados.

Desde la perspectiva actual, esa forma única y extremadamente intensiva de espionaje resulta muy anticuada. Pero la desmesurada ambición que impregnaba la planificación del programa —con horizontes que se extendían a lo largo de décadas— no tiene parangón en la historia del espionaje. Los ilegales siguen rodeados de tanta leyenda y misterio que nadie puede afirmar con certeza que hayan dejado de ser útiles.

Epílogo

El 24 de febrero de 2022 Vladímir Putin sorprendió a casi todo el mundo, incluida gran parte de su propia élite, al ordenar la invasión a gran escala de Ucrania. Yo pasé los primeros días de la guerra en Kiev, mientras los rusos avanzaban sobre la capital ucraniana desde tres direcciones distintas. La tercera mañana de la invasión, algunos colegas y yo nos desplazamos en coche a Vasilkov, una pequeña ciudad al sur de Kiev donde se encuentra una base aérea estratégica que el ejército ruso había atacado como parte de su plan para rodear la capital. La alcaldesa, Natalia Balasynovych, nos recibió vestida con un chaleco antibalas y nos hizo pasar al edificio del ayuntamiento, custodiado por nerviosos lugareños con los dedos en el gatillo de sus Kalashnikov y al que todavía estaban reforzando con sacos de arena. Balasynovych nos habló de los aviones rusos que habían sobrevolado Vasilkov y que intentaron lanzar paracaidistas sobre el aeródromo, pero sus asistentes insinuaron que, además de eso, había una amenaza oculta.

—Aquí había durmientes por todas partes —susurró uno de ellos —. Llegaron desde hace meses usando identidades falsas. Algunos se casaron con gente de por aquí y se mezclaron con el entorno mientras esperaban la invasión —afirmó. Los rumores sobre esos ilegales durmientes corrían por todas partes. Alguien llegó a decirme

que un equipo de operativos de las fuerzas especiales rusas había llegado a la ciudad disfrazado de equipo de televisión polaco. Al parecer, en determinado momento los supuestos periodistas se deshicieron de sus cámaras y se sumaron al ataque.

La mayoría de esas historias eran falsas, producto de una fábrica de rumores propia de tiempos de guerra. De hecho, lejos de tratarse de una operación brillante en la que participaron miles de ilegales perfectamente encubiertos, la invasión representó un fracaso colosal de los servicios de inteligencia. Alguien se había apropiado del dinero destinado a crear redes de apoyo dentro de Ucrania y, al mismo tiempo, los miembros del círculo íntimo de Putin empezaron a creer en su propia propaganda, según la cual Occidente estaba separando a Ucrania de Rusia por la fuerza y en contra de la voluntad de sus propios ciudadanos, y se quedaron desconcertados al ver que una abrumadora mayoría de ucranianos se levantaba de forma desafiante contra las fuerzas de ocupación rusas. Al igual que en 1941, cuando Stalin calculó mal antes de la invasión de Hitler, Putin hizo caso omiso de una montaña de pruebas porque no encajaban con su visión del mundo. La guerra resultante, sangrienta y prolongada, ha sido una catástrofe para Ucrania, y acabe como acabe tendrá efectos duraderos y devastadores también en Rusia.

La invasión, por otra parte, diezmó la red de agentes legales de Rusia. En casi todas las capitales europeas se ordenó a los espías que operaban bajo cobertura diplomática que regresaran a Moscú. Como resultado, el SVR y el GRU vieron mermadas sus capacidades, y cientos de agentes acabaron en Rusia sin poder trabajar en el extranjero. También se volvió mucho más difícil para los ciudadanos rusos «normales» viajar a países occidentales, ya que las compañías

aéreas dejaron de volar a Rusia y los países extranjeros endurecieron sus políticas de visados. El GRU ya no podría utilizar a ilegales volantes con identidad rusa, como los «nutricionistas deportivos» que envenenaron a Serguéi Skripal en 2018. En el mundo posterior a la invasión, les habría resultado complicado obtener visados de turista.

Había maneras de cubrir esos vacíos, como enviar operativos al extranjero que se hicieran pasar por jóvenes asustados que huían del reclutamiento en el ejército ruso y solicitaban asilo en países occidentales. Pero Moscú también volvió a recurrir a los ilegales tradicionales con identidades extranjeras, que podían operar sin vínculos aparentes con Rusia.

Mientras la guerra con Ucrania se prolongaba, nuevos ilegales fueron detenidos en distintas partes del mundo. Las autoridades holandesas deportaron a Serguéi Cherkásov, que se había hecho pasar por el investigador brasileño Victor Muller Ferreira y había llegado a los Países Bajos con la intención de realizar prácticas en la Corte Penal Internacional de La Haya justo cuando esta institución comenzaba a investigar los crímenes de guerra rusos en Ucrania.

Pocos meses después, las autoridades noruegas arrestaron a José Assis Giammaria, supuestamente un investigador brasileño de una universidad en la ciudad septentrional de Tromsø, que, de forma bastante irónica, había trabajado para un instituto que evaluaba las amenazas híbridas a la seguridad de Noruega. Giammaria, de quien sus colegas señalaban que tenía «un acento raro», también era un agente ilegal del GRU.[1]

Otro caso fue el de Gerhard Daniel Campos Wittich, brasileño de ascendencia austriaca que dirigía, en Río de Janeiro, una empresa

de impresión 3D donde fabricaban llaveros de perros salchicha y graciosas esculturas de resina para los militares brasileños.

En enero de 2023 Campos Wittich salió de Río para pasar unas vacaciones en Malasia y después desapareció. Lo último que le dijo a su novia, veterinaria del Ministerio de Agricultura de Brasil, fue que se iba de excursión. Ella dio la voz de alarma, publicó su fotografía en internet y suplicó por información.

En realidad, era un agente ilegal ruso y había huido a Moscú temiendo haber sido descubierto. Su novia nunca sospechó nada, según afirmó un amigo suyo, y estaba absolutamente desolada.[2]

Después de años investigando casos históricos de ilegales que dejaban traumas psicológicos entre quienes los rodeaban, empecé a ver cómo todo eso volvía a suceder en tiempo real.

En la primavera de 2023 viajé a una pintoresca aldea en las montañas, a una hora en coche de Liubliana, la capital de Eslovenia, para hablar con un artista local sobre una curadora y galerista con la que él había colaborado: una argentina llamada María Mayer. El artista y ella se habían hecho amigos y se veían con frecuencia en Liubliana, donde la galería de Mayer servía como plataforma para muchos artistas eslovenos en dificultades. Mayer le había contado que ella y su marido, Ludwig Gisch, se habían mudado a Europa desde Latinoamérica una década atrás. Tenían dos hijos pequeños, que habían aprendido esloveno en la escuela, aunque en casa hablaban en español.

Unas semanas antes, las autoridades eslovenas habían llevado a cabo uno de los mayores operativos policiales de la historia del país:

detuvieron a Mayer y Gisch en su casa, un chalet de color naranja pastel rodeado por una verja y ubicado en un barrio tranquilo a las afueras de Liubliana. Tras irrumpir en la vivienda, los agentes trasladaron a la pareja a prisión y enviaron a sus dos hijos a centros de acogida.

Se los acusó de utilizar «documentos de identidad extranjeros obtenidos ilegalmente» y de trabajar para un servicio de inteligencia extranjero. Cuando llegué a la capital eslovena, mis fuentes me confirmaron que eran agentes ilegales rusos; parte de una nueva generación formada tras el fiasco de Poteyev y el intercambio de 2010.

No obstante, el artista al que entrevisté no se creía esa versión: las espías encubiertas debían ser mujeres atrevidas y seductoras, y su amiga María no encajaba en absoluto con ese perfil. «Era una mujer gris y callada», dijo negando con la cabeza. «No creo que pudiera haber sido una espía. Quizá acabó metida en algo sin querer.» Otras personas que conocían a la pareja decían cosas parecidas. «Eran gente normal y corriente; es imposible que fueran espías», me soltó una vecina, insistiendo en que todo aquello era un invento de periodistas embusteros.

Pero esos amigos y vecinos estaban equivocados. Las autoridades rusas no tardaron en admitir ante sus homólogos eslovenos que aquellos dos eran, en efecto, espías ilegales, y pronto comenzaron las negociaciones para un posible intercambio.

Mientras tanto, las autoridades eslovenas y sus aliados trataron de reconstruir las actividades de Mayer y Gisch. La apacible Eslovenia resultaba ser un lugar ideal para establecer una base de operaciones en Europa: al estar dentro del espacio Schengen, la pareja podía

desplazarse por el continente sin pasar por controles fronterizos. Él dirigía una empresa de tecnologías de la información que apenas generaba negocio, pero que le servía como cobertura para viajar. Poco antes, había asistido a una conferencia en Alemania a la que acudieron miles de altos ejecutivos del sector de la ciberseguridad.

Ella también se desplazaba con frecuencia con la excusa de participar en ferias o de organizar exposiciones de arte esloveno. Es probable que en algunos de esos viajes transportara grandes sumas de dinero en efectivo destinadas a pagar a otros agentes rusos. Cuando la policía registró la oficina que habían alquilado, encontraron tanto dinero en metálico que tardaron horas en contarlo. Y también hallaron cientos de miles de euros escondidos en un compartimento secreto del frigorífico de la vivienda familiar.[3]

Según me contó una fuente de los servicios de inteligencia en Liubliana, la pareja había permanecido durante años como durmientes inactivos tras su llegada al país, pero fueron activados para llevar a cabo operaciones más arriesgadas tras la invasión de Ucrania.

Algunos meses después de las detenciones, me reuní en Londres con Christo Grozev, un empresario radiofónico búlgaro que se había hecho conocido por una actividad paralela: su participación en Bellingcat, un grupo de investigadores que rastrea crímenes de guerra y asesinatos a partir de datos disponibles en línea y otras fuentes abiertas.

Él fue el primero en descubrir la verdadera identidad de los agentes del GRU responsables del ataque con novichok contra Serguéi Skripal, y más tarde identificó también al equipo del FSB que

empleó la misma sustancia para envenenar al líder opositor Alekséi Navalni en 2020.

Durante nuestro encuentro, me contó que su atención se había centrado últimamente en los espías ilegales. Ya había logrado destapar un caso llamativo —gracias, en parte, a los datos del microchip de un gato—: el de María Adela Rivera, una diseñadora de joyas peruana afincada en Nápoles que se relacionaba con numerosos oficiales navales de países de la OTAN y que resultó ser, en realidad, una ilegal del GRU llamada Olga Kolobova.

Ahora Grozev estaba intentando descubrir las verdaderas identidades de María Mayer y Ludwig Gisch. La pareja había hecho todo lo posible por no dejarse fotografiar, pero en la página web del colegio de sus hijos, en Liubliana, apareció una imagen en la que podía verse el rostro de Mayer. A partir de esa foto, Christo lanzó una búsqueda mediante tecnología de reconocimiento facial en una base de datos de pasaportes rusos.

La corrupción generalizada en Rusia había dado pie a un floreciente mercado negro con acceso a todo tipo de datos personales.

La búsqueda dio resultado: María Mayer era en realidad Anna Dultseva, nacida en 1981 en la ciudad de Gorki. Y su marido, Ludwig Gisch, era Artem Dultsev, nacido ese mismo año. Según los registros de desplazamientos internos en Rusia, se habían mudado por distintas regiones del país hasta 2012, y después simplemente se habían desvanecido para reaparecer ese mismo año en España, donde comenzaron una nueva vida presentándose, durante una década, como argentinos.[4]

La confirmación definitiva de que Christo tenía razón llegó en agosto de 2024 cuando la pareja formó parte de un importante intercambio de prisioneros entre Rusia y Occidente que tuvo lugar en el aeropuerto de Ankara.

Un avión con espías y asesinos intercambiados por occidentales retenidos en cárceles rusas partió rumbo a Moscú. Entre ellos viajaban los Dultsev y sus dos hijos, reunidos al cabo de dieciocho meses.

Aprovecharon el vuelo hacia Moscú para contarles a Sofía, de once años, y Daniel, de ocho, que en realidad no eran argentinos y que iban a empezar una nueva vida.

A su llegada al aeropuerto de Vnúkovo, en Moscú, los niños, con los ojos muy abiertos, bajaron del avión y se encontraron con una alfombra roja, una guardia de honor en formación y el propio Vladímir Putin esperándolos en la pista. El presidente saludó a la desconcertada Sofía con un «buenas noches» en español y les entregó sendos ramos de flores a ella y a su madre.

Pocos días después, toda la familia apareció en un reportaje elogioso de la televisión estatal rusa, paseando bajo el sol del verano por los frondosos jardines de la sede central del SVR en Yasenevo. Anna Dultseva, que rebosaba orgullo patrio, le agradeció personalmente a Putin su apoyo mientras sus hijos, que llevaban apenas cuatro días en Rusia, jugaban junto a un monumento dedicado al espía ficticio Stirlitz inaugurado poco tiempo antes. Daniel cumplía nueve años justo aquel día, así que el entrevistador le regaló un muñeco de Cheburashka —un célebre personaje de dibujos animados de la era soviética— antes de preguntarle si ya había aprendido alguna frase en ruso.

Por si algún espectador pudiera sentirse incómodo ante las posibles consecuencias de todo aquello para los niños, el entrevistador se apresuró a aclarar que las actividades de espionaje llevadas a cabo por los Dultsev justificaban los años que habían pasado ocultándose bajo otra identidad. «Son profesionales de alto nivel que dedicaron toda su vida a la madre patria, haciendo sacrificios que la gente común jamás entendería», declaró. «Criaron a sus hijos como hispanohablantes católicos; ahora tendrán que enseñarles a comer borscht, esa sopa tan nuestra.»[5]

Puede que la oleada de detenciones ocurrida en los dos años posteriores a la invasión de Ucrania haya incluido a todos los agentes ilegales que seguían operativos, o quizá todavía queden cientos sueltos, pasando inadvertidos y enviando a Moscú un secreto arrancado tras otro. Evaluar el alcance de los programas de espionaje ultrasecretos es casi imposible. Pero algo parece claro: tras la expulsión masiva de espías «legales» rusos de embajadas de todo el mundo, el Kremlin ha redoblado su empeño en formar a una nueva generación de ilegales. Los Dultsev regresaron a Rusia, pero muchos otros agentes ya se preparaban para salir.

Poco antes del canje de prisioneros de agosto de 2024 recibí un mensaje —dos párrafos en cirílico sobre un folio A4— de un alto cargo de un servicio de inteligencia en Moscú al que le había remitido, a través de un contacto común, varias preguntas muy concretas. En vez de responder lo que yo le pedía, reflexionaba —sin que yo se lo hubiese planteado— sobre si los ilegales siguen siendo pertinentes en la actualidad:

> En la era de la inteligencia artificial y los datos biométricos, resulta mucho más difícil crear leyendas que superen un escrutinio riguroso. La IA también ha alimentado la ilusión de que se puede obtener información sin intervención humana directa. Sin embargo, por muy objetiva que parezca, esa información llega filtrada por tecnologías diseñadas por programadores con sus propios sesgos y errores. Al final, sigue siendo imprescindible una persona sobre el terreno, alguien integrado en el sistema o la comunidad que sea objetivo, capaz de emitir un juicio definitivo y tomar decisiones.
>
> Por eso, pese a lo extremadamente complicado que es infiltrar a ilegales hoy, los resultados lo compensan. La necesidad de operativos ilegales sigue siendo acuciante.[6]

Frente a la fe inquebrantable del Centro en la utilidad de los ilegales, los agentes de inteligencia occidentales encargados de perseguirlos tienden a mostrarse escépticos sobre su eficacia en el mundo globalizado de hoy. Aun así, no pueden evitar admirar la ambición del programa y reconocer los peligros que entraña para Occidente.

Una tarde de verano, hace poco, me encontré con uno de esos agentes en un banco de un parque de una capital europea y le pregunté qué opinaba sobre los ilegales. Se echó a reír y me dijo arqueando las cejas:

—Es una pérdida absoluta de tiempo, un despilfarro de recursos sin ningún sentido, una forma anticuada de hacer espionaje... —Entonces se interrumpió y, tras reflexionar un poco, añadió—: Claro

que basta con que uno de ellos tenga éxito para que se convierta en lo más peligroso que te puedas imaginar. ¿Cuántos siguen por ahí? ¿Cómo se supone que vamos a encontrarlos? Si te soy sincero: no lo sabemos.

Terminología y estructura del KGB

TÉRMINOS CLAVE

Buzón muerto: lugar apartado donde un ilegal puede dejar o recoger un mensaje o paquete sin necesidad de un encuentro personal.

Centro: sede central del servicio de inteligencia exterior en Moscú.

Curador: empleado del Directorio S responsable del entrenamiento y las operaciones de un ilegal.

Doble muerto: identidad usurpada a alguien que murió, generalmente en la infancia.

Doble vivo: identidad usurpada a alguien que sigue vivo.

Directorio S: división de ilegales del KGB y, más tarde, del SVR.

GRU: servicio de inteligencia militar soviético y ruso.

Ilegal: espía que trabaja sin cobertura diplomática, normalmente con identidad y nacionalidad falsas.

INO: siglas de *Inostranny Otdel* (Departamento de Asuntos Exteriores) de la Checa, primer servicio soviético de inteligencia exterior.

Konskvartira (o konspirativnaya kvartira): piso franco o vivienda ilegal (literalmente, «apartamento conspiratorio»). Un apartamento sin ninguna señal identificatoria utilizado por el KGB

como vivienda para operativos o para reuniones y sesiones de formación.

Leyenda: biografía falsa o cobertura inventada que se proporciona a un ilegal para proteger su verdadera identidad.

Línea N: agentes legales del KGB en embajadas extranjeras que apoyan a los ilegales.

Lubianka, la: sede central de los servicios de inteligencia en Moscú desde 1918, aunque la inteligencia exterior del KGB se trasladó a Yasenevo en los años setenta y el Directorio S en los ochenta.

Politburó: máximo órgano político de la Unión Soviética, equivalente a un gabinete.

Reclutamiento de bandera falsa: técnica para captar fuentes ocultando la verdadera afiliación del espía.

Residencia legal: equipo del KGB basado en un país extranjero y conformado por oficiales bajo cobertura diplomática.

Residente legal: jefe de la residencia legal del KGB en un país extranjero.

SVR: servicio de inteligencia exterior de la Rusia moderna.

Yasenevo: sede central de la inteligencia exterior del KGB y después del SVR en las afueras de Moscú.

BREVE HISTORIA DEL KGB

Vladímir Ilich Lenin creó la Checa en las semanas posteriores a la Revolución de Octubre de 1917. En 1920 se añadió a la Checa una sección exterior, el INO. En 1923 la Checa pasó a llamarse OGPU y, entre 1934 y 1941, fue conocida como NKVD. La agencia de

seguridad y su ala de inteligencia exterior sufrieron varios cambios de nombre y estructura durante la década siguiente hasta que, en 1954, se convirtieron en el KGB, nombre que se mantuvo hasta la caída de la Unión Soviética en 1991. A partir de entonces, las funciones de inteligencia interna del KGB quedaron a cargo de una nueva agencia, que en 1995 recibió el nombre de FSB, mientras que la inteligencia exterior pasó a manos de otra entidad: el SVR.

ESTRUCTURA DEL KGB

El KGB estaba dividido en directorios, siendo el Primer Alto Directorio responsable de la inteligencia exterior. Entre otros directorios clave se incluían el Segundo Alto Directorio (contraespionaje), el Quinto Directorio (disidencia política, creado en 1967) y el Séptimo Directorio (vigilancia exterior).

El Primer Alto Directorio (inteligencia exterior) estaba dividido en varios subdirectorios, entre los que se encontraban:

- Directorio R: planificación y análisis.
- Directorio K: contraespionaje.
- Directorio OT: operativo/técnico.
- Directorio T: espionaje científico y tecnológico.
- Directorio S: ilegales.

El Directorio S (ilegales) estaba dividido en los siguientes departamentos durante el último período soviético:

1. Primer Departamento: ilegales volantes basados en Moscú (antes conocido como «Séptimo Departamento»).
2. Segundo Departamento: documentación y creación de leyendas.
3. Tercer Departamento: selección, reclutamiento y entrenamiento.
4. Cuarto Departamento: Norteamérica y Sudamérica.
5. Quinto Departamento: Europa occidental y el Commonwealth Británico.
6. Sexto Departamento: Extremo Oriente.
7. Séptimo Departamento: África del Norte, Oriente Medio y Asia Oriental.
8. Octavo Departamento: acción directa.
9. Noveno Departamento: seguridad interna.
10. Décimo Departamento: operaciones en territorio soviético.

Línea N: oficiales de apoyo a ilegales destinados en misiones diplomáticas y comerciales soviéticas.

Agradecimientos

Estoy enormemente agradecido a todos los antiguos ilegales que aceptaron hablar conmigo, en particular a Yuri Linov y a su esposa Tamara, quienes me recibieron amablemente en su ciudad natal durante dos largas visitas. Gracias también a Elena Vavilova, a Jack Barsky y a Wolfhard y Heidi Thiel. Elliot Holar, que una vez fue conocido como Peter Herrmann, accedió generosamente a contar su historia por primera vez. Agradezco asimismo a Tim y Alex Foley/Vavilov que se abrieran a hablarme de su infancia.

Estoy en deuda con Vasili Mitrojin por sus años de trabajo, así como con el historiador Christopher Andrew por su labor previa con los documentos de Mitrojin. El trabajo de ambos me proporcionó una base inestimable para este libro. Doy gracias a Allen Packwood, Andrew Riley y al resto del personal del Churchill Archives Centre por su ayuda con el Archivo Mitrojin, incluyendo la asistencia para acceder a partes del material que, durante mi investigación y para mi gran frustración, habían vuelto a cerrarse debido a preocupaciones relacionadas con la protección de datos.

Jaroslav Vaňous, de los Archivos de los Servicios de Seguridad checos en Praga, así como Dagmar Hovestädt, del archivo de la Stasi en Berlín, fueron de gran ayuda. Petr Vojta me asistió con el archivo de la Televisión Checa. Vasili Maximov me facilitó el acceso a

documentos sobre ilegales en el archivo lituano del KGB. El personal del Servicio de Inteligencia Exterior de Ucrania localizó y desclasificó con notable rapidez los archivos del entrenamiento de Yuri Linov, todo un milagro teniendo en cuenta que había una guerra en curso.

Flora Garamvolgyi me ayudó con la traducción del alemán, Gabrielle Weiniger con el hebreo y Maja Zuleva con los documentos yugoslavos. Anna Koslerova hizo lo propio con documentos checos y colaboró en parte de las investigaciones en Praga. Timofey Neshitov fue de gran ayuda en cuestiones relacionadas con el idioma alemán y Yan Auseushkin me ayudó a descifrar varios documentos manuscritos del KGB.

Pese a que el FBI se mostró poco receptivo a la mayoría de mis peticiones, John Fox, su historiador oficial, fue una excepción. También mantuve agradables charlas con Peter O'Reilly y otros agentes retirados sobre ese organismo y sus escuadrones de ilegales de las décadas de 1970 y 1980.

Por su ayuda con los contactos y el contexto, quiero dar las gracias a Sanita Jemberga en Riga, Szabolcs Panyi en Budapest, Oleksandr Skrypnyk en Kiev, Lenka Kabrhelova en Praga, Gustavo Gorriti en Lima, Yossi Melman, Ronen Bergman y, sobre todo, Shlomo Shpiro en Tel Aviv; a Marta Allevato en Roma, Christopher Nehring en Alemania, Holger Roonemaa en Tallin y Marjorie Ross en San José de Costa Rica.

Robert Bickers me puso en contexto sobre la China de los años treinta. En Minsk, el historiador Siarhei Novikau fue de una ayuda excepcional para acceder a los archivos bielorrusos. Drazen Jorgic ayudó a organizar una visita a la casa de Trotski en Ciudad de México con la bisnieta de éste, Natalia, y también me ayudó a seguir

una pista en Kenia. Ronit Weiss-Berkowitz tuvo la amabilidad de enviarme sus dos películas de los años noventa sobre Yuri Linov, mientras que Andreas Dirr me envió una copia de su película sobre Heidrun Hofer. Viktor Shimolin aceptó amablemente reunirse conmigo en Minsk para darme un ejemplar de su excelente libro sobre el asesinato de Wilhelm Kube, que es muy difícil de encontrar.

Olga Zareva aportó documentos y fotografías relacionados con su abuelo Meer Trilisser, y Serguéi Milashov tuvo la amabilidad de compartir los expedientes que acumuló durante años sobre su abuelastro Dmitri Bystrolyotov. David Hochman me habló de su padre y de Praga en 1968. El detective profesional Fyodor Lukyanov me ayudó a orientarme con los archivos rusos. Viktor y Viktoria Muchnik fueron cálidos anfitriones y útiles guías en Tomsk. Catherine Andreyev, Rachel Applebaum, Trevor Barnes, Laura Browder, Emil Draitser, Mary Allen Johnson, Polly Jones, Peter Löhn, Anshel Pfeffer, Daniela Richterova, Jeff Trimble y Andréi Znamenski me aconsejaron sobre diversas cuestiones.

Recibí comentarios útiles sobre fragmentos o sobre la totalidad del borrador de parte de Yevguenia Albats, Daniel Beer, Mark Edele, Charlotte Higgins, Michael Idov, Simon Morrison, Daniela Richterova, Adam Schorin, Calder Walton y Joshua Yaffa. Un agradecimiento especial a Miriam Elder y David Hoffman, que leyeron las primeras versiones.

En *The Guardian*, mi agradecimiento a Kath Viner, Jan Thompson y Jamie Wilson por su apoyo y confianza; a todos en la redacción de Internacionales por ser grandes editores y colegas; y a Sarah Hewitt, Jana Harris y Karen Plews por su maravilloso apoyo a lo largo de los años. Mis colegas de ese diario, Andrew Roth, Philip Oltermann,

Angela Giuffrida, Stephanie Kirchgaessner, Julian Borger y Vincent Ni me ayudaron con consejos, información o me permitieron usar espacios de oficina en diferentes sitios para entrevistas.

Pjotr Sauer en Ámsterdam y Tom Philips en Río de Janeiro me ayudaron con informes sobre casos de ilegales en 2023. En Eslovenia, Marja Novak me ayudó a seguir el rastro de la pareja de ilegales que residía allí. Mantuve numerosas conversaciones fascinantes con Christo Grozev sobre los ilegales modernos y su trabajo para descubrirlos.

Trabajar con Adam Eaglin, de The Cheney Agency, fue extremadamente gratificante y mejoró mucho el proyecto en sus primeras fases. Matthew Marland, de RCW en Londres, también participó y me fue de gran ayuda. Le debo mucho a Maria Goldverg, antigua empleada de Knopf, que apoyó el libro desde el principio y fue su crítica más reflexiva y útil durante la mayor parte del proceso. Muchísimas gracias también a Quynh Do, que se hizo cargo de la recta final. En Profile, mi agradecimiento a Ed Lake por su entusiasmo inicial y luego a Nick Humphrey por llevarlo a término y realizar modificaciones útiles. Mi agradecimiento a la correctora Ingrid Sterner por afinar el manuscrito e identificar numerosos detalles menores relacionados con la verificación de datos.

Gracias a mi hermana Zareen y a mis padres, Nargis y Peter, por todo su cariño y apoyo, así como por sus útiles comentarios sobre el borrador. Por último, y lo más importante, a Paulina: no nos conocíamos cuando empecé con este libro y estábamos casados cuando lo terminé. Gracias por convivir con mi obsesión por los ilegales durante tanto tiempo y por todo lo demás, ahora y siempre.

Bibliografía

LISTA DE ABREVIATURAS

AJ Archivo de Yugoslavia (Serbia)
CIA Agencia Central de Inteligencia
ČT Archivo de la Televisión Checa
DCC Club de Ajedrez de Dublín (Irlanda)
FBI Buró Federal de Investigaciones
FSB Servicio Federal de Seguridad (Rusia)
GAIO Archivo Estatal de la Región de Irkutsk (Rusia)
LOC Biblioteca del Congreso (Estados Unidos)
MfS Ministerio para la Seguridad del Estado de la República Democrática Alemana
MITN Archivo Mitrojin, Churchill Archives Center, Cambridge (Reino Unido)
NACR Archivo Nacional de Costa Rica
NARB Archivo Nacional de la República de Bielorrusia
RGASPI Archivo de Historia Social y Política del Estado de Rusia
RGVA Archivo Militar del Estado de Rusia
SZRU Servicio de Inteligencia Exterior de Ucrania
TNA Archivo Nacional, Kew (Reino Unido)

VAA Archivo Apostólico Vaticano (Ciudad del Vaticano)

VN Cuadernos Vassiliev (Estados Unidos)

ZSN *Za Sovetskuyu Nauku* (Rusia)

ARTÍCULOS Y OBRAS NO PUBLICADAS

Bystrolyotov, Dmitri, «Memorias», trece archivos facilitados por Serguéi Milashov.

Cacciatore, Francesco Alexander, «Their Need Was Great: Émigrés and Anglo-American Intelligence Operations in the Early Cold War», tesis doctoral, Universidad de Westminster, 2018, <westminsterresearch.westminster.ac.uk>.

De Keghel, Isabelle, «Seventeen Moments of Spring, a Soviet James Bond Series? Official Discourse, Folklore, and Cold War Culture in Late Socialism», *Euxeinos* 8, n.º 25-26 (diciembre de 2018), pp. 82-93.

Edbrook, C. D., «Principles of Deep Cover», *Studies in Intelligence* 5 (verano de 1961) (desclasificado en 1994 y disponible en <cia.gov/readingroom>).

Gordievski, Oleg, Reseña de *Operatsia «Sneg»*, de Vitaly Pavlov, *Intelligence and National Security* 14, n.º 1 (1999), pp. 236-238.

Grau, Lester W., «The Takedown of Kabul: An Effective Coup de Main», en *Block by Block: The Challenges of Urban Operations*, editado por William G. Robertson, pp. 291-324, Fort Leavenworth, Kansas, U. S. Army Command and General Staff College Press, 2003.

Jenks, Andrew, «A Metro on the Mount: The Underground as a Church of Soviet Civilization», *Technology and Culture* 41, n.º 4 (octubre de 2000), pp. 697-724.

Karpov, V., «Nelegal po imeni Erdberg», en *Vneshnyaya Razvedka*, editado por V. Karpov, pp. 16-34, Moscú, Soglasie, 2000.

Kozovoi, Andréi, «Dissonant Voices: Soviet Youth Mobilization and the Cuban Missile Crisis», *Journal of Cold War Studies* 16, n.º 3 (verano de 2014), pp. 29-61.

Lázaro, Juan, «Women and Political Violence in Contemporary Peru», en *Women and Revolution: Global Expressions*, editado por M. J. Diamond, pp. 291-314, Dordrecht, Kluwer Academic, 1998.

Lefebvre, Stéphane, y Holly Porteous, «The Russian 10 . . . 11: An Inconsequential Adventure?», *International Journal of Intelligence and CounterIntelligence* 24, n.º 3 (2011), pp. 447-466.

Liájovski, Alexander, «Inside the Soviet Invasion of Afghanistan and the Seizure of Kabul, December 1979», Woodrow Wilson International Center for Scholars, Cold War International History Project, Working Paper n.º 51 (enero de 2007).

Lovell, Stephen, «In Search of an Ending: Seventeen Moments and the Seventies», en *The Socialist Sixties: Crossing Borders in the Second World*, editado por Diane P. Koenker y Anne E. Gorsuch, pp. 303-321, Bloomington, Indiana University Press, 2013.

Lukes, Igor, «KAMEN: A Cold War Dangle Operation with an American Dimension, 1948-52», *Intelligence Studies* 51, n.º 1 (marzo de 2011), <cia.gov>.

Mehta, Coleman Armstrong, «"A Rat Hole to Be Watched"? CIA Analyses of the Tito-Stalin Split, 1948-1950», tesis doctoral, North Carolina State University, 2005, <repository.lib.ncsu.edu>.

Meselson, Matthew, et al., «The Sverdlovsk Anthrax Outbreak of 1979», *Science* 266, n.º 5188 (1994), pp. 1202-1208.

Milashov, Serguéi, *Commentaries on the Life and Memoirs of Dmitry Bystrolyotov*. 3 vols. (proporcionados por el autor).

Mitrojin, Vasili, «The KGB in Afghanistan», Woodrow Wilson International Center for Scholars, Cold War International History Project, KGB in Afghanistan n.º 40 (julio de 2002, actualizado en julio de 2009).

Neumann, Matthias, «Youthful Internationalism in the Age of "Socialism in One Country": Komsomol'tsy, Pioneers, and "World Revolution" in the Interwar Period», *Revolutionary Russia* 31, n.º 5 (diciembre de 2018), pp. 1-25.

Shpiro, Shlomo, «KGB Human Intelligence Operations in Israel, 1948-73», *Intelligence and National Security* 26, n.º 6 (2011), pp. 864-885.

——, «Soviet Espionage in Israel, 1973-1991», *Intelligence and National Security* 30, n.º 4 (2015), pp. 486-507.

Sokolov, A. A., «A. L. Razumova: Rekonstruktsia biografii», en *Yugo-Vostochnaya Aziya: Aktualnye problemy razvitiya*, n.º 28 (2015), pp. 158-161.

Starkov, Boris A., «Paths to World Socialist Revolution: West and East», en *Russia and the Wider World in Historical Perspective: Essays for Paul Dukes*, editado por Cathryn Brennan y Murray Frame, pp. 153-167, Basingstoke, Macmillan, 2000.

Strogalova, A. S., «Stanovlenie i nachalny etap deyatelnosti Proletsuda (1923-25)», *Istoricheskii zhurnal: Nauchnye issledovanie*, n.º 5 (2017), pp. 124-136.

Tůma, Oldřich, et al., «The (Inter-Communist) Cold War on Ice: Soviet-Czechoslovak Ice Hockey Politics, 1967-1969», Woodrow Wilson International Center for Scholars, Cold War International History Project, Working Paper n.º 69 (febrero de 2016).

Volodarski, Boris, «Unknown Agabekov», *Intelligence and National Security* 28, n.º 6 (2013), pp. 890-909.

Znamenski, Andréi, «Joseph Grigulevich: A Tale of Identity, Soviet Espionage, and Storytelling», *Soviet and Post-Soviet Review* 44, n.º 3 (2017), pp. 314-341.

PELÍCULAS Y PROGRAMAS DE TELEVISIÓN

Andréi Bezrukov: Monólogo, canal de Live YouTube de Solovyov, abril 2021.

Antikiller Khokhlov: Ispoved predatelya, Istoriya, Rusia, 2006.

Elena Vavilova: Razvedchik-nelegal o zhizni za granitsei, predatelstve, areste, canal de YouTube de Lichno Znakom, Rusia, 2019.

The FBI *Declassified: The Spies Next Door*, CBS, 2020.

Isskustvo razvedki: Elena Vavilova. Zhizn nelegala, entrevista en vídeo para Mezhdunarodnaya Zhizn, septiembre de 2020, <interaffairs.ru>.

Isskustvo razvedki: Yuri Drozdov, Rossiya, Rusia, 2017.

Isjak Ajmérov: Mister Rezident, Vianzh Production, Rusia, 2017.

My chast immunoi systemy gosudarstva, entrevista con Andréi Bezrukov, Chas Speak, RTVi, Rusia, 2020, <youtube.com>.

Nightline, ABC News, 25 de diciembre de 1991.

Novye Russkie sensatsii: Ikh sdal predatel, NTV, Rusia, 2019.

Operation Skorpion—eine Frau im Visier des KGB, Context TV, Alemania, 2009.

Samoe opasnoe dlya razvedchika—eto vstrecha s sootechestvennikami, entrevista con Elena Vavilova, Chas Speak, RTVi, Rusia, 2019, <youtube.com>.

Sem zhiznei polkovnika Shevchenko, NTV, Rusia, 2021.

The Spy Among Us, 60 Minutes, CBS, 2015.

Vympel: Razvedka spetsialnogo naznacheniya, Rossiya, s/f (recuperado de <youtube.com>).

Yuri Linov, documental inédito de Ronit Weiss, copia facilitada por el autor.

Yulian Semyonov: On slishkom mnogo znal. Documental televisivo, Pervy Kanal, Rusia, 2011.

OBRAS PUBLICADAS

Agabékov, Georges, OGPU*: The Russian Secret Terror*, reprint, Westport, Connecticut, Hyperion Press, 1975.

Agabékov, G. S., *Ch. K. za Rabotoi*, Berlín, Strela, 1931.

Alexievich, Svetlana, *Zinky Boys: Soviet Voices from the Afghanistan War*, Nueva York, Norton, 1992.

Alibek, Ken, *Biohazard: The Chilling True Story of the Largest Covert Biological Weapons Program in the World—Told from the Inside by the Man Who Ran It*, Londres, Arrow, 2000.

Anderson, Scott, *The Quiet Americans: Four* CIA *Spies at the Dawn of the Cold War*, Nueva York, Doubleday, 2020.

Andrew, Christopher, *The Defense of the Realm: The Authorized History of* MI5, Londres, Penguin, 2010.

——, *The Secret World: A History of Intelligence*, Londres, Allen Lane, 2018.

Andrew, Christopher y Oleg Gordievski, *Comrade Kryuchkov's Instructions: Top Secret Files on* KGB *Foreign Operations, 1975-1985*, Stanford, California, Stanford University Press, 1993.

——, KGB*: The Inside Story of Its Foreign Operations from Lenin to Gorbachev*, Nueva York, HarperCollins, 1990.

Andrew, Christopher y Vasili Mitrojin, *The Mitrokhin Archive: The* KGB *in Europe and the West*, Londres, Allen Lane, 1999.

——, *The Mitrokhin Archive II: The* KGB *and the World*, Londres, Allen Lane, 2005.

Andreyev, Aleksandr, *The Myth of the Masters Revived: The Occult Lives of Nikolai and Elena Roerich*, Leiden, Brill, 2014.

Andreyev, Catherine e Ivan Savicky, *Russia Abroad: Prague and the Russian Diaspora, 1918-1938*, New Haven, Connecticut, Yale University Press, 2004.

Antonov, Vladímir, *Eitingon*, Moscú, Molodaya Gvardiya, 2017.——, *Konon Molody*, Moscú, Molodaya Gvardiya, 2018.

Antonov, Vladímir y Vladímir Karpov, *Nelegalnaya razvedka*, Moscú, Mezhdunarodnye Otnosheniya, 2018.

Arthey, Vin, *Abel: The True Story of the Spy They Traded for Gary Powers*, Londres, Biteback, 2015.

August, Frantisek y David Rees, *Red Star over Prague*, Londres, Sherwood Press, 1984.

Bagley, Tennent H., *Spymaster: Startling Cold War Revelations of a Soviet* KGB *Chief*, Nueva York, Skyhorse, 2013.

Bailey, F. M., *Mission to Tashkent*, Oxford, Oxford University Press, 1992.

Bakatin, Vadim, *Doroga v proshedshem vremeni*, Moscú, Dom, 1999.

——, *Izbavlenie ot* KGB, Moscú, Novosti, 1992.

Ball, Alan M., *Russia's Last Capitalists: The Nepmen, 1921—1929*, Berkeley, University of California Press, 1990.

Barnes, Trevor, *Dead Doubles: The Extraordinary Worldwide Hunt for One of the Cold War's Most Notorious Spy Rings*, Londres, Weidenfeld & Nicolson, 2020.

Barratt, Nick, *The Forgotten Spy: The Untold Story of Stalin's First Double Agent*, Londres, Blink, 2015. Kindle.

Barron, John, KGB *Today: The Hidden Hand*, Londres, Hodder & Stoughton, 1983. [Hay trad. cast.: *La* KGB *hoy. Una mano oculta*, traducción de Lázaro Minue Arregui, Madrid, San Martín, 1986.]

Barsky, Jack, *Deep Undercover: My Secret Life and Tangled Allegiances as a* KGB *Spy in America*, Carol Stream, Illinois, Tyndale Momentum, 2017.

Belton, Catherine, *Putin's People: How the* KGB *Took Back Russia and Then Took on the West*, Londres, William Collins, 2020.

Bentley, Elizabeth, *Out of Bondage*, Nueva York, Delvin-Adair, 1951.

Bertelsen, Olga, *In the Labyrinth of the* KGB*: Ukraine's Intelligentsia in the 1960s-1970s*, Lanham, Maryland, Lexington Books, 2022.

Bessedovski, Grigori, *Revelations of a Soviet Diplomat*, reprint, Westport, Connecticut, Hyperion Press, 1977.

Bondarenko, Aleksandr, *Fitin*, Moscú, Molodaya Gvardiya, 2018.

——, *Yuri Drozdov: Nachalnik nelegalnoi razvedki*, Moscú, Molodaya Gvardiya, 2020.

Borovik, Genrikh, *The Philby Files: The Secret Life of Master Spy Kim Philby*, Boston, Little, Brown, 1994.

Braithwaite, Rodric, *Afgantsy: The Russians in Afghanistan, 1979-89*, Londres, Profile, 2011.

——, *Moscow 1941: A City and Its People at War*, Londres, Profile, 2007. [Hay trad. cast.: *Moscú 1941: Una ciudad y su pueblo en guerra*, traducción de Gonzalo Djembé y Francesc Fernández Sánchez. Barcelona, Crítica, 2002.]

Brilev, Serguéi y Bernard O'Connor, *Razvedka: Nelegaly naoborot: Vzaimodesidviye spetsluzhb Moskvy i Londona vremyon vtoroi mirovoi voiny*, Moscú, AST, 2019.

Brook-Shepherd, Gordon, *The Storm Birds: Soviet Post-war Defectors*, Londres, Weidenfeld and Nicolson, 1988.

——, *The Storm Petrels: The First Soviet Defectors, 1928-1938*, Londres, Collins, 1977.

Brovkin, Vladímir, *Pir bessmertnykh*, Moscú, Granitsa, 1993.

——, *Russia After Lenin: Politics, Culture, and Society, 1921-1929*, Florencia, Taylor and Francis, 2005.

Carradice, Phil, *Prague Spring 1968: Warsaw Pact Invasion*, Barnsley, Pen & Sword Military, 2019.

Chambers, Whittaker, *Witness*, Londres, Andre Deutsch, 1953.

Chase, William J., *Enemies Within the Gates? The Komintern and the Stalinist Repression, 1934-1939*, New Haven, Connecticut, Yale University Press, 2001.

Cherkashin, Victor, *Spy Handler: Memoir of a* KGB *Officer: The True Story of the Man Who Recruited Robert Hanssen and Aldrich Ames*, con Gregory Feifer, Nueva York, Basic Books, 2005.

Chikov, Vladímir, *Russkie nelegaly v SshA*, Moscú, Eksmo, 2003.——, *Superagent Stalina: Trinadtsat zhiznei razvedchika-nelegala*, Moscú, Algoritm, 2018.

Coll, Steve, *Directorate S: The* CIA *and America's Secret Wars in Afghanistan and Pakistan, 2001-2016*, Londres, Penguin Books, 2019.

Corera, Gordon, *The Illegal: The Hunt for a Russian Spy in Post-war London*, Seattle, Kindle Singles, 2018. E-book.

——, MI6*: Life and Death in the British Secret Service*, Londres, Weidenfeld & Nicolson, 2012.

——, *Russians Among Us: Sleeper Cells, Ghost Stories, and the Hunt for Putin's Agents*, Londres, William Collins, 2020.

Corson, William R., Susan B. Trento y Joseph J. Trento, *Widows*, Nueva York, Macdonald, 1989. [Hay trad. cast.: *Viudas*, traducción de Consuelo Reyes Torrent, Madrid, Maeva, 1990.]

Costello, John y Oleg Tsarev, *Deadly Illusions*, Londres, Century, 1993.

Daly, Mary E., *Sixties Ireland: Reshaping the Economy, State, and Society, 1957-1973*, Cambridge, Cambridge University Press, 2016.

Damaskin, Igor, *Stalin i razvedka*, Moscú, Veche, 2004.

——, *Vozhdi i razvedka ot Lenina do Putina*, Moscú, Veche, 2012.

Degtaryov, Klim y Aleksandr Kolpakidi, *Vneshnyaya razvedka* SSSR, Moscú, Eksmo, 2009.

Dobrynin, Anatoli, *In Confidence: Moscow's Ambassador to Six Cold War Presidents*, Seattle, University of Washington Press, 1995.

Dolgopolov, Nikolái, *Vartanyan*, Moscú, Molodaya Gvardiya, 2014.

Donner, Rebecca, *All the Frequent Troubles of Our Days: The True Story of the Woman at the Heart of the German Resistance to*

Hitler, Edimburgo, Canongate, 2021. [Hay trad. cast.: *La frecuente oscuridad de nuestros días: una estadounidense en la resistencia alemana contra Hitler*, traducción de Francisco Ramos Mena, Barcelona, Asteroide, 2023.]

Donovan, James, *Strangers on a Bridge: The Case of Colonel Abel and Francis Gary Powers*, Nueva York, Scribner, 2015.

Downing, Taylor, *1983: The World at the Brink*, Londres, Abacus, 2019.

Draitser, Emil, *Stalin's Romeo Spy: The Remarkable Rise and Fall of the* KGB*'s Most Daring Operative*, Londres, Duckworth, 2011.

Drozdov, Yuri, et al., *Afgan, snova Afgan*, Moscú, Voenizdat, 2002.

——, *Vymysl isklyuchen: Zapiski nachalnika nelegalnoi razvedki*, Moscú, Vympel, 1996.

Dubček, Alexander, *Hope Dies Last: The Autobiography of Alexander Dubcek*, edición y traducción de Jiří Hochman, Nueva York, Kodansha, 1993. [Hay trad. cast.: *Dubcek: autobiografía del líder de la primavera de Praga*, traducción de Carlos Milla Soler, Barcelona, Prensa Ibérica, 1993.]

Dvořáková, Jiřina, Zdeňka Jurová y Petr Kaňák, Č*eskoslovenská rozvědka a pražské jaro*, Praga, USTR, 2016.

Earley, Pete, *Comrade J: The Untold Secrets of Russia's Master Spy in America After the End of the Cold War*, Nueva York, Berkley Books, 2007.

Edele, Mark, *Stalinism at War: The Soviet Union in World War II*, Londres, Bloomsbury, 2021. [Hay trad. cast.: *Estalinismo en guerra*, traducción de Javier Romero Muñoz, Madrid, Desperta Ferro, 2022.]

——, *Stalinist Society, 1928–1953*, Oxford, Oxford University Press, 2011.
Feeney, Paul, *1966: From Good Vibrations to World Cup Victory*, Stroud, History Press, 2016.
Feklisov, Alexander, *The Man Behind the Rosenbergs*, Nueva York, Enigma Books, 2004.
Felshtinsky, Yuri, ed., VC*h*K-GPU *dokumenty i materialy*, Moscú, Izdatelstvo Gumanitarnoi Literatury, 1995.
Ferrell, Robert H., ed., *Truman in the White House: The Diary of Eben A. Ayers*, Columbia, University of Missouri Press, 1991.
Figes, Orlando, *The Whisperers: Private Life in Stalin's Russia*, Londres, Penguin, 2008. [Hay trad. cast.: *Los que susurran*, traducción de Mirta Rosenberg, Barcelona, Edhasa, 2009.]
Fitzpatrick, Sheila, *The Russian Revolution*, 2.ª ed., Oxford, Oxford University Press, 1994.
Fyodorov, Mijaíl y Galina Fyodorova, *Vsya zhizn konspiratsiya: istoria semi nelegalov*, Moscú, Olma, 2002.
Gaddis, John Lewis, *The Cold War*, Londres, Penguin, 2007. [Hay trad. cast.: *La guerra fría*, traducción de Catalina Martínez Muñoz, Barcelona, RBA.]
Gessen, Masha, *The Man Without a Face: The Unlikely Rise of Vladímir Putin*, Londres, Granta, 2012. [Hay trad. cast.: *El hombre sin rostro: el sorprendente ascenso de Vladímir Putin*, traducción de Juan Manuel Ibeas Delgado y Marcos Pérez Sánchez, Barcelona, Debate, 2012.]
Getty, J. Arch y Oleg V. Naumov, *The Road to Terror: Stalin and the Self-Destruction of the Bolsheviks, 1932-1939*, edición actualizada y abreviada, New Haven, Connecticut, Yale University Press, 2010.

[Hay trad. cast.: *La lógica del terror: Stalin y la autodestrucción de los bolcheviques*, traducción de Santiago Jordán Sempere, Barcelona, Crítica, 2001.]

Gill, Jonathan, *Hollywood Double Agent: The True Tale of Boris Morros, Film Producer Turned Cold War Spy*, Nueva York, Abrams Press, 2020.

Ginsburg, Paul, *A History of Contemporary Italy: Society and Politics, 1943-1988*, Londres, Penguin, 1990.

Gladkov, Teodor, *Korol nelegalov: Dokumentalnaya povest o vydayushchemsya razvedchike Alexandre Korotkove*, Moscú, Geya Iterum, 2000.

——, *Nagrada na vernost—kazn*, Moscú, Tsentropoligraf, 2000.

——, *Nash chelovek v Nyu-Iorke: Sudba rezidenta*, Moscú, Eksmo, 2007.

Gordievski, Oleg, *Next Stop Execution*, Londres, Macmillan, 1995.

Granatstein, J. L. y David Stafford, *Spy Wars: Espionage and Canada from Gouzenko to Glasnost*, Toronto, Key Porter Books, 1990.

Grigulévich, Iósif Romualdovich, *Siqueiros*, Moscú, Iskusstvo, 1980.

Gwertzman, Bernard, *My Memoirs: Fifty Years of Journalism, from Print to the Internet*, Westwood Books Publishing, 2014. Kindle.

Haber, Eitan y Yossi Melman, *HaMargalim: Parshot rigul b'medinat Israel*, Tel Aviv, Miskal-Yedioth Ahronoth, 2002.

Haslam, Jonathan, *Near and Distant Neighbors: A New History of Soviet Intelligence*, Oxford, Oxford University Press, 2015. [Hay trad. cast.: *Vecinos cercanos y distantes: nueva historia del espionaje soviético*, traducción de Gemma Deza Guil, Barcelona, Ariel, 2016.]

Haynes, John Earl y Harvey Klehr, *Venona: Decoding Soviet Espionage in America*, New Haven, Connecticut, Yale University Press, 1999.

Haynes, John Earl, Harvey Klehr y Aleksandr Vassiliev, *Spies: The Rise and Fall of the* KGB *in America*, New Haven, Connecticut, Yale University Press, 2009.

Heaps, Leo, *Hugh Hambleton, Spy: Thirty Years with the* KGB, Leeds, Sapere Books, 2020. Kindle.

Hoffman, David E., *The Billion Dollar Spy: A True Story of Cold War Espionage and Betrayal*, Londres, Icon, 2018.

Hruby, Peter, *Fools and Heroes: The Changing Role of Communist Intellectuals in Czechoslovakia*, Oxford, Pergamon Press, 1980.

Hutton, J. Bernard, *School for Spies: The* ABC *of How Russia's Secret Service Operates*, Londres, Neville Spearman, 1961. [Hay trad. cast.: *Escuela para espías*, traducción de Ramón Margalef, Barcelona, Molino, 1965.]

Ioganson, Olga, *Dorogoi borby: Ocherk o zhizni i deyatelnosti M. A. Trilissera*, Moscú, Politizdat, 1963.

Ivanov, Yuri, *Ostorozhno: Sionizm! Ocherki po ideologii, organizatsii i praktike Sionizma*, Moscú, Politizdat, 1969.

Jansen, Marc y Nikita Petrov, *Stalin's Loyal Executioner: People's Commissar Nikolai Ezhov, 1895-1940*, Stanford, California, Hoover Institution Press, 2002.

Jeffery, Keith, MI6*: The History of the Secret Intelligence Service, 1909-1949*, Londres, Bloomsbury, 2010.

Jennings, Christian, *Flashpoint Trieste: The First Battle of the Cold War*, Oxford, Osprey, 2017.

Jojlov, Nikolái, *In the Name of Conscience*, Londres, Frederick Muller, 1960.
Kalugin, Oleg, *The First Directorate: My 32 Years in Intelligence and Espionage Against the West*, Nueva York, St. Martin's Press, 1994.
Kérenski, Aleksandr, *The Kerensky Memoirs: Russia and History's Turning Point*, Londres, Cassell, 1965.
Kern, Gary, *A Death in Washington: Walter G. Krivitsky and the Stalin Terror*, Nueva York, Enigma Books, 2004.
Kessler, Ronald, *The Secrets of the* FBI, Nueva York, Crown, 2011.
Khodarkovsky, Michael, *Russia's 20th Century: A Journey in 100 Histories*, Londres, Bloomsbury Academic, 2019.
King, Charles, *Midnight at the Pera Palace: The Birth of Modern Istanbul*, Londres, Norton, 2014.
Kirpichenko, Vadim A., *Razvedka: Litsa i lichnosti*, 3.ª ed., Moscú, Mezhdunarodnye Otnosheiya, 2019.
Knight, Amy, *The* KGB*: Police and Politics in the Soviet Union*, ed. revisada, Abingdon, Routledge, 2021.
Kolosov, L. y T. Molody, *Myortvy sezon: Konets legendy*, Moscú, Sovershenno Sekretno, 1998.
Kolpakidi, Aleksandr y Dmitri Projorov, *Imperiya* GRU*: Ocherki istorii Rossiisskoi Voennoi Razvedki*, 2 vols., Moscú, Olma Press, 2000.
——, KGB *prikazano likvidirovat: Spetsoperatsii Sovetskikh spetssluzhb, 1918-1941*, Moscú, Eksmo, 2004.
——, *Vse o vneshnoi razvedke*, Moscú, Olimp, 2002.
Konyayev, N. M., *Shlisselburgskie psalmy: Sem vekov Russkoi kreposti*, San Petersburgo, Tsentropoligraf, 2013.
Koshelev, Vladímir, *Shturm dvortsa Amina: Versiya voennogo razvedchika*, Liubertsy, Soyuz Pisateli Podmoskovye, 2007.

Kotkin, Stephen, *Stalin*, vol. 2, «Waiting for Hitler, 1929-1941», Nueva York, Penguin Press, 2017.

Kouzminov, Alexander, *Biological Espionage: Special Operations of the Soviet and Russian Foreign Intelligence Services in the West*, Londres, Greenhill Books, 2005.

Kriuchkov, Vladímir A., *Lichnoe delo: Tri dnya i vsya zhizn*, Moscú, Tsentropoligraf, 2019.

Kun, Miklos, *Stalin: An Unknown Portrait*, Budapest, Central European University Press, 2003.

Kuusinen, Aino, *Before and After Stalin: A Personal Account of Soviet Russia from the 1920s to the 1930s*, Londres, Michael Joseph, 1974.

Kuzichkin, Vladímir, *Inside the* KGB*: My Life in Soviet Espionage*, Nueva York, Pantheon, 1990.

Laković, Ivan y Dmitar Tasić, *The Tito-Stalin Split and Yugoslavia's Military Opening Toward the West, 1950-1954: In* NATO*'s Backyard*, Londres, Lexington, 2016.

La Serna, Miguel, *With Masses and Arms: Peru's Tupac Amaru Revolutionary Movement*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 2020.

Levy, Shawn, *Dolce Vita Confidential: Fellini, Loren, Pucci, Paparazzi, and the Swinging High Life of 1950s Rome*, Londres, Weidenfeld & Nicolson, 2017.

Lockhart, R. H. Bruce, *Memoirs of a British Agent*, Londres, Pan Books, 2002.

Lojova, Svetlana, *The Spy Who Changed History: The Untold Story of How the Soviet Union Won the Race for America's Top Secrets*, Londres, William Collins, 2018.

Lots, Wolfgang, *The Champagne Spy: Israel's Master Spy Tells His Story*, Nueva York, St. Martin's Press, 1972.

Lutskiy, E. A. y B. I. Mukhachev, *Alexey Lutskiy: Biographical and Historical Essay (1883-1920)*, Vladivostok, Dalnauka, 2012.

MacGregor, Iain, *Checkpoint Charlie: The Cold War, the Berlin Wall, and the Most Dangerous Place on Earth*, Londres, Constable, 2019.

Macintyre, Ben, *A Spy Among Friends: Philby and the Great Betrayal*, Londres, Bloomsbury, 2014. [Hay trad. cast.: *Un espía entre amigos: la gran traición de Kim Philby*, traducción de David López Paradela. Barcelona, Crítica, 2015.]

——, *The Spy and the Traitor: The Greatest Espionage Story of the Cold War*, Londres, Viking, 2018.

Mahar, Donald G. *Shattered Illusions:* KGB *Cold War Espionage in Canada.* Londres, Rowman & Littlefield, 2017.

Makarevich, Eduard, *Filipp Bobkov i pyatoe upravlenie* KGB*: Sled v istorii*, Moscú, Algoritm, 2015.

Malinovskaya, Muza y Leonid Eitingon, *Na predelnoi vysote: Muza Malinovskaya i Leonid Eitingon o svoikh roditelyakh parashyutistke i razvedchitse Muze Malinovskoi i generale gosudarstvennoi bezopasnosti Naume (Leonide) Eitingone*, Velíkiye Luki, Velikolukskaia gorodskaia tipografiia, 2009.

Marinsky, Ariyeh, *B'Or veB'seter*, Jerusalén, Edanim, 1993.

Martynov, Vladímir, *Yavka v Kopengagene: Zapiski nelegala*, Moscú, Olma Press, 1999.

Massing, Hede, *This Deception:* KGB *Target: America*, Nueva York, Ivy Books, 1987.

Matonin, Yevgueni, *Cherny chelovek: Yakov Blyumkin*, Moscú, Molodaya Gvardiya, 2019.
Matthews, Owen, *An Impeccable Spy: Richard Sorge, Stalin's Master Agent*, Londres, Bloomsbury, 2019.
Maysh, Jeff, *The Spy with No Name*, Kindle Single, 2016.
McKnight, David, *Espionage and the Roots of the Cold War: The Conspiratorial Heritage*, Londres, Routledge, 2005,
Mercader, L. y G. Sánchez, *Moi brat ubil Trotskogo*, Moscú, Kulikove Pole, 2011. [Edición original: *Ramón Mercader, mi Hermano: cincuenta años después*, Barcelona, Espasa, 1990.]
Mlechin, Leonid, *Andropov*, San Petersburgo, Palmira, 2017.
——, *Istoriya vneshnei razvedki: Karyery i sudby*, Moscú, Tsentropoligraf, 2011.
——, *Yevgeny Primakov: chelovek, Kotoryi spas razvedku*, Moscú, Algoritm, 2018.
Modin, Yuri, *My Five Cambridge Friends*, Reading, Headline, 1995. [Hay trad. cast.: *Mis camaradas de Cambridge*, traducción de Manuel Serrat Crespo, Barcelona, Planeta, 1995.]
Moorhouse, Roger, *The Devil's Alliance: Hitler's Pact with Stalin, 1939-1941*, Londres, Vintage, 2016.
Morris, Sylvia Jukes, *Price of Fame: The Honorable Clare Booth Luce*, Nueva York, Random House, 2014. Kindle.
Mozokhin, O. B., *Politbyuro i organy gosbezopasnosti: Sbornik dokumentov*, Moscú, Kuchkovo Polye, 2017.
Murphy, David E., *What Stalin Knew: The Enigma of Barbarossa*, New Haven, Connecticut, Yale University Press, 2005.
Myers, Steven Lee, *The New Tsar: The Rise and Reign of Vladímir Putin*, Londres, Simon & Schuster, 2015. [Hay trad. cast.: *El nuevo*

zar: ascenso y reinado de Vladímir Putin, traducción de Nadia Volonté, Barcelona, Península, 2018.]

Navrátil, Jaromír, ed., *The Prague Spring 1968*, Budapest, Central European University Press, 2006.

Nikandrov, Nil, *Grigulevich: Razvedchik, kotoromu vezlo*, Moscú, Molodaya Gvardiya, 2005.

Nimtz, August H., *Lenin's Electoral Strategy from 1907 to the October Revolution of 1917: The Ballot, the Streets, or Both*, Nueva York, Palgrave Macmillan, 2014.

Olmsted, Kathryn N., *Red Spy Queen: A Biography of Elizabeth Bentley*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 2002.

Orlov, Aleksandr, *The March of Time: Reminiscences*, Londres, St. Ermin's Press, 2004.

Ostrovski, Arkadi, *The Invention of Russia: The Journey from Gorbachev's Freedom to Putin's War*, Londres, Atlantic, 2015.

Paporov, Yuri, *Akademik nelegalnykh nauk*, San Petersburgo, Neva, 2004.

Pavlov, Vitaly, *Operatsiya Sneg*, Moscú, Geya, 1996.

——, *Tragedii Sovetskoi razvedki*, Moscú, Tsentropoligraf, 2000.

Perrault, Gilles, *The Red Orchestra*, Londres, Mayflower, 1970. [Hay trad. cast.: *La orquesta roja*, traducción de Ramón Idoy y Javier Alfaya, Tafalla, Txalaparta, 1993.]

Perry, Roland, *Last of the Cold War Spies: The Life of Michael Straight, the Only American in Britain's Cambridge Spy Ring*, Cambridge, Massachusetts, Da Capo Press, 2005.

Philipps, Roland, *A Spy Named Orphan: The Enigma of Donald Maclean*, Londres, Vintage, 2018.

Piátnitski, Ósip, *Zapiski Bolshevika*, 5.ª ed., Moscú, Gosudarstvennoe Izdatelstvo Politicheskoi Literatury, 1956.

Plekhanov, A. A. y A. M. Plekhanov, eds., *F. E. Dzerzhinsky—predsedatel VChK-OGPU, 1917-1926*, Moscú, Materik, 2007.

Plekhanov, Alexander M, *Kto vy, zhelezny Feliks?*, Moscú, Akva-Term, 2013.

——, *VChK-OGPU v gody Novoi Ekonomicheskoi Politiki, 1921-1928*, Moscú, Kuchkovo Pole, 2006.

Plokhy, Serhii, *The Last Empire: The Final Days of the Soviet Union*, Nueva York, Basic Books, 2014. [Hay trad. cast.: *El último imperio: los días finales de la Unión Soviética*, traducción de Pablo Sauras Rodríguez, Madrid, Turner, 2015.

——, *The Man with the Poison Gun*, Londres, OneWorld, 2017.

——, *Nuclear Folly: A New History of the Cuban Missile Crisis*, Londres, Allen Lane, 2021.

Popov, Alekséi, NKVD *i partizanskoye dvizheniye*, Moscú, Olma Press, 2003.

Poretski, Elisabeth K, *Our Own People: A Memoir of Ignace Reiss and His Friends*, Londres, Oxford University Press, 1969. [Hay trad. cast.: *Los nuestros: vida y muerte de Ignace Reiss, agente soviético*, Madrid, Fundación Federico Engels.]

Primakov, Yevgueni, *et al*, *Istoriya Rossisskoi vneshnoi razvedki: Ocherki v 6-i tomakh*, 6 vols, Moscú, Mezhdunarodnye Otnosheniya, 2018.

Prosvetov, Ivan, *Verbovshchik: Podlinnaya istoria legendarnogo nelegala Bystrolyotova*, Moscú, AST, 2021.

Putin, Vladímir, *First Person: An Astonishingly Frank Self-Portrait by Russia's President*, Nueva York, Public Affairs, 2000.

Rappaport, Helen, *Conspirator: Lenin in Exile*, Londres, Hutchinson, 2009.

Remnick, David, *Lenin's Tomb: The Last Days of the Soviet Empire*, Londres, Penguin, 1993. [Hay trad. cast.: *La tumba de Lenin: los últimos días del imperio soviético*, traducción de Cristóbal Santa Cruz, Barcelona, Debate, 2020.]

Rid, Thomas, *Active Measures: The Secret History of Disinformation and Political Warfare*, Londres, Profile, 2020.

Rieber, Alfred J, *Stalin as Warlord*, New Haven, Connecticut, Yale University Press, 2022.

Ross, Marjorie, *El secreto encanto de la* KGB, San José, Farben, Grupo Editorial Norma, 2004.

——, *Unmasked: A True Story of Charm, Intrigue, and Master Spycraft*, Cerdas-Ross Industries, 2021.

Sakmyster, Thomas L, *Red Conspirator: J. Peters and the American Communist Underground*, Urbana, University of Illinois Press, 2011.

Salisbury, Harrison E, *Journey for Our Times: A Memoir*, Nueva York, Harper & Row, 1983.

Sánchez Salazar, Leandro A, *Murder in Mexico: The Assassination of Leon Trotski*, Londres, Secker & Warburg, 1950. [Edición original: *Así asesinaron a Trotski*, México, La Prensa, 1955.]

Schaffer, Howard B, *Ellsworth Bunker: Global Troubleshooter, Vietnam Hawk*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 2004.

Schattenberg, Susanne, *Leonid Brezhnev: Velichie I tragediya cheloveka i strany*, Moscú, Rosspen, 2018.

Schecter, Jerrold y Leona Schecter, *Sacred Secrets: How Soviet Intelligence Operations Changed American History*, Washington, D. C., Brassey's, 2002.

Schlögel, Karl, *Moscow, 1937*, Cambridge (GB), Polity, 2012.

Sebag Montefiore, Simon, *Jerusalem: The Biography*, Nueva York, Vintage, 2011. [Hay trad. cast.: *Jerusalén: la biografía*, traducción de Rosa María Salleras Puig, Barcelona, Crítica, 2011.]

——, *Stalin: The Court of the Red Tsar*, Londres, Phoenix, 2004. [Hay trad. cast.: *La corte del zar rojo*, traducción de Teófilo de Lozoya, Barcelona, Crítica, 2004.]

——, *Young Stalin*, Londres, Weidenfeld & Nicolson, 2007.

Sebestyen, Victor, *Lenin the Dictator*, Weidenfeld & Nicolson, 2018. Kindle. [Hay trad. cast.: *Llamadme Stalin*, traducción de Teófilo de Lozoya, Barcelona, Crítica, 2018.]

——, *Twelve Days: Revolution 1956: How the Hungarians Tried to Topple Their Soviet Masters*, Londres, Phoenix, 2007.

Selemenev, Vyacheslav y Viktor Shimolin, *Ubiistvo Vilgelma Kube*, Minsk, Novaprint, 2015.

Service, Robert, *Trotski: A Biography*, Londres, Pan Books, 2009. [Hay trad. cast.: *Trotski: una biografía*, traducción de Francesc Reyes Camps, Barcelona, B, 2010.]

Shalagin, Anatoli, *Vybor rezidenta: Otets i syn Ajmérovy*, Kindle, Ridero, 2018.

Shebarshin, Leonid, *Ruka Moskvy: Rekviem po Rodine: Zapiski nachalnika vneshnei razvedki*, Moscú, Tsentrpoligraf, 2018.

Shekhovtsov, Anton, *Russia and the Western Far Right: Tango Noir*, Nueva York, Routledge, 2018.

Shevchenko, Arkadi, *Breaking with Moscow*, Nueva York, Alfred A. Knopf, 1985. [Hay trad. cast.: *Ruptura con Moscú*, traducción de Carlos Peralta, Barcelona, Versal, 1986.]

Shvaryov, N. A., *Asy nelegalnoi razvedki*, Moscú, Veche, 2015.

Sidorenko, A. G., ed., *Andropov v vospominaniyakh i otsenkakh soratnikov i sosluzhivtsev*, Moscú, Artstil Poligrafiya, 2012.

Sixsmith, Martin, *Russia: A 1,000-Year Chronicle of the Wild East*, Londres, BBC Books, 2011.

Slezkine, Yuri, *The House of Government: A Saga of the Russian Revolution*, Princeton, Nueva Jersey, Princeton University Press, 2017. [Hay trad. cast.: *La casa eterna: saga de la Revolución rusa*, traducción de Miguel Temprano García, Barcelona, Acantilado, 2021.]

Smele, Jonathan D., *The Russian Civil Wars, 1916–1926: Ten Years That Shook the World*, Londres, Hurst, 2015.

Smith, Kathleen E., *Moscow 1956: The Silenced Spring*, Cambridge, Massachusetts, Harvard University Press, 2017.

Soldatov, Andréi e Irina Borogan, *The Compatriots: The Brutal and Chaotic History of Russia's Exiles, Emigrés, and Agents Abroad*, Nueva York, PublicAffairs, 2019.

——, *The New Nobility: The Restoration of Russia's Security State and the Enduring Legacy of the* KGB, Nueva York, PublicAffairs, 2010. Kindle.

Straight, Michael, *After Long Silence*, Londres, Collins, 1983.

Strasbaugh, John, *Victory City: A History of New York and New Yorkers During World War II*, Nueva York, Twelve, 2018.

Strzok, Peter, *Compromised: Counterintelligence and the Threat of Donald J. Trump*, Boston, Houghton Mifflin Harcourt, 2020.

Sudoplatov, Pavel, *Special Tasks: The Memoirs of an Unwanted Witness, a Soviet Spymaster*, Londres, Little, Brown, 1994. [Hay trad. cast.: *Operaciones especiales*, traducción de Pedro Fontana, Barcelona, Plaza & Janés, 1994.]

Talbott, Strobe, ed., *Khrushchev Remembers*, Londres, Sphere Books, 1971.

Thomas, Gordon y Greg Lewis, *Defying Hitler: The Germans Who Resisted Nazi Rule*, Nueva York, Caliber, 2019.

Tomlinson, Richard, *The Big Breach: From Top Secret to Maximum Security*, Moscú, Narodny Variant, 2001. [Hay trad. cast.: *La grave transgresión: de alto secreto a máxima seguridad*, traducción de Carmen Llerena, Barcelona, Península, 2002.]

Trepper, Leopold, *The Great Game: Memoirs of a Master Spy*, Londres, Michael Joseph, 1977. [Hay trad. cast.: *El gran juego: memorias del espía al que Hitler no pudo silenciar*, traducción de Grupo de Traductores de la Fundación Federico Engels, Madrid, Fundación Federico Engels, 2024.]

Trotsky, Leon, *My Life: An Attempt at an Autobiography*, Mineola, Nueva York, Dover, 2007. [Hay trad. cast.: *Mi vida: memorias de un revolucionario*, traducción de Wenceslao Roses, Barcelona, Debate, 2006.]

Tsarev, Oleg y Nigel West, KGB *v Anglii*, Moscú, Tsentropoligraf, 1999.

Urban, Mark, *The Skripal Files: The Life and Near Death of a Russian Spy*, Londres, Macmillan, 2018.

Usoltsev, Vladímir, *Sosluzhivets*, Moscú, Eksmo, 2004.

Vavilova, Elena y Andréi Bronnikov, *Zhenshchina kotoraya umeet khranit' tainy*, Moscú, Eksmo, 2019. [Hay trad. cast.: *La mujer que sabe guardar secretos: la verdadera historia de los espías rusos en*

la que se inspira The Americans, traducción de Josep Lluís Alay i Rodríguez, Barcelona, Roca, 2021.]

Volodarski, Boris, *Assassins: The* KGB*'s Poison Factory Ten Years On*, Londres, Frontline Books, 2019.

——, *Nikolai Khokhlov: Self-Esteem with a Halo*, Viena, Borwall, 2005.

——, *Stalin's Agent: The Life and Death of Alexander Orlov*, Oxford, Oxford University Press, 2015.

Walker, Shaun, *The Long Hangover: Putin's New Russia and the Ghosts of the Past*, Nueva York, Oxford University Press, 2018.

Walsh, Edmund A., *The Last Stand: An Interpretation of the Soviet Five-Year Plan*, Boston, Little, Brown, 1931.

Walton, Calder, *Spies: The Epic Intelligence War Between East and West*, Londres, Abacus, 2023. [Hay trad. cast.: *Espías: la épica guerra de inteligencia entre el Este y el Oeste*, traducción de Hugo Cañete, Málaga, Salamina, 2024.]

Weiner, Tim, *Enemies: A History of the* FBI, Londres, Penguin, 2013. [Hay trad. cast.: *Enemigos: Una historia del* FBI, traducción de Francisco Ramos Mena, Barcelona, Debate, 2012.]

West, Nigel, *Historical Dictionary of Cold War Counterintelligence*, Lanham, Maryland, Scarecrow Press, 2007.

——, *The Illegals: The Double Lives of the Cold War's Most Secret Agents*, Londres, Hodder & Stoughton, 1993.

West, Nigel y Oleg Tsarev, *The Crown Jewels: The British Secrets Exposed by* KGB *Archives*, Londres, HarperCollins, 1999.

Westad, Odd Arne, *The Cold War: A World History*, Londres, Penguin, 2017. [Hay trad. cast.: *La Guerra Fría: una historia*

mundial, traducción de Alejandro Pradera Sánchez e Irene Cifuentes de Castro, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2018.]

Wilmers, Mary-Kay, *The Eitingons: A Twentieth-Century Family*, Londres, Faber & Faber, 2009.

Wise, David, *The Seven Million Dollar Spy*, traducción no autorizada de audiolibro, publicado en 2018.

Wolf, Markus, *Man Without a Face: The Autobiography of Communism's Greatest Spymaster*, con Anne McElvoy, Nueva York, PublicAffairs, 1999.

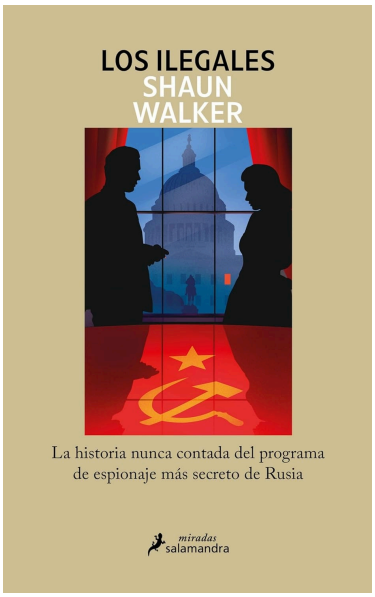
Yaroslavski, E. M., ed., *Protokoly s'yezdov konferentsii Vsesoyuznoi Kommunisticheskoi Partii (b): Pervaya konferentsiya voennykh i boevykh organizatsii* RSDPR*, Noyabr 1906 god*, Moscú, Partizdat, 1932.

Zalesskaya, M. K., ed., *Oni rukovodili* GRU, Moscú, Veche, 2010.

Zhitnukhin, Anatoli, *Leonid Shebarshin*, Moscú, Molodaya Gvardiya, 2014.

Zygar, Mikhail, *All the Kremlin's Men: Inside the Court of Vladímir Putin*, Nueva York, PublicAffairs, 2016.

La historia nunca contada del programa de espionaje más secreto de Rusia, desde la Revolución bolchevique hasta la invasión de Ucrania.



En 2010, dos décadas después del fin de la Guerra Fría, diez espías rusos fueron arrestados en Estados Unidos tras ocultar su verdadera identidad a sus amigos, sus vecinos e incluso a sus hijos.

Formaban parte de un programa de espionaje iniciado casi un siglo antes, cuando el gobierno revolucionario bolchevique comenzó a enviar a ciudadanos soviéticos a otros países para hacerse pasar por aristócratas, comerciantes y estudiantes extranjeros.

Unas misiones encubiertas -algunas, notables hazañas de espionaje, otras, sonados fracasos- que podían durar décadas. Shaun Walker revive esta historia en una fascinante crónica que

profundiza en el núcleo de lo que se convirtió en el programa de espionaje más ambicioso de la historia.

La crítica ha dicho:

«Siniestra, clandestina y mortal, esta historia está sucediendo ahora. Una investigación deslumbrante sobre el uso de agentes encubiertos ilegales de Rusia contra Occidente.»
Simon Sebag Montefiore

«Un apasionante thriller de espías, que a la vez es una historia secreta de Rusia.»
Peter Pomerantsev

«Lleno de asombrosos detalles personales, este libro apasionante revela la locura y el drama de las vidas secretas dedicadas a socavar a Occidente. Una obra fundamental para comprender muchas de las operaciones rusas en la actualidad.»
Catherine Belton

«Innovador, autoritario y estimulante: una lectura esencial para cualquiera que desee comprender las actividades clandestinas de Rusia. Basado en historias de la vida real tan fabulosas como las de una novela de espías, revela los secretos del programa de espionaje encubierto ruso, tan querido por Putin como por dictadores anteriores en el Kremlin como Stalin.»
Calder Walton

«Un relato absorbente de agentes soviéticos y rusos infiltrados en varios países bajo nombres e identidades falsos.»
Foreign Affairs

«Como una serie televisiva llevada a la vida real. [...] Una narración trepidante sobre el mundo del espionaje que hará que nos preguntemos si nuestros vecinos son quienes dicen ser.»
Kirkus Reviews

Shaun Walker estudió historia rusa y soviética en la Universidad de Oxford. Periodista británico especializado en Europa Central y Oriental, ha sido corresponsal de *The Guardian* y ha informado desde Moscú durante más de una década. Comentarista en diversos programas de radio y televisión sobre Rusia y Ucrania, su cobertura de la guerra fue seleccionada para el premio al Reportero Extranjero del Año en los British Press Awards de 2023. En la actualidad divide su tiempo entre Varsovia, Kiev y Londres.



Título original: *The Illegals*

Primera edición: enero de 2026

© 2025, Shaun Walker
Edición publicada por acuerdo con The Foreign Office
Agència Literària, S.L., y The Cheney Agency
© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2026, Eduardo Hojman, por la traducción

Ilustración de la cubierta: Local Estudio

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Ninguna parte de este libro puede ser utilizada o reproducida con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial. PRHGE se reserva expresamente la reproducción, la extracción y el uso de esta obra y de cualquiera de sus elementos para fines de minería de textos y datos y el uso a medios de lectura mecánica u otros medios que resulten adecuados (art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
En caso de necesidad, contacte con: seguridadproductos@penguinrandomhouse.com

ISBN: 979-13-87640-02-6

Compuesto en: Comptex&Ass., S.L.

Facebook: PenguinEbooks
Facebook: Salamandraed
X: @SalamandraEd
Instagram: @SalamandraEd
YouTube: PenguinLibros
Spotify: PenguinLibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

penguinlibros

Notas

INTRODUCCIÓN

[1] Michael Friscolanti, «The Russian Spies Who Raised Us», *Maclean's*, 10 de agosto de 2017, <macleans.ca>. El sistema exacto a través del cual Vavilova adquirió los «primeros documentos» no queda claro; puede que empezara con una falsificación de la partida de nacimiento hecha por el KGB. El nombre completo en esa partida de nacimiento, así como en el correspondiente pasaporte, era Tracey Lee Ann Foley.

[2] Entrevista con Chapman, 2011.

[3] Citado en Andrew y Mitrojin, *Mitrokhin Archive*, p. 11.

1. RAÍCES: LA CLANDESTINIDAD BOLCHEVIQUE

[1] Trotsky, *My Life*, pp. 142-146; Service, *Trotsky*, pp. 70-71; Rappaport, *Conspirator*, pp. 60-72. La casa fue destruida durante la Segunda Guerra Mundial.

[2] McKnight, *Espionage and the Roots of the Cold War*, pp. 23-24, 42.

[3] Sebestyen, *Lenin the Dictator*, pp. 123-124.

[4] Rappaport, *Conspirator*, p. 115.

[5] Rappaport, *Conspirator*, pp. 158-164.

[6] Para más detalles sobre la estrategia de Lenin de combinar esas dos clases de trabajo, véase Nimtz, *Lenin's Electoral Strategy*.

[7] Para Stalin y la *konspiratsiya*, véase Sebag Montefiore, *Young Stalin*, pp. 98-99, 134, 171, 172-173, 181, 182, 189, 220.

[8] McKnight, *Espionage and the Roots of the Cold War*, pp. 49-50.

[9] Andrew y Mitrojin, *Mitrokhin Archive*, pp. 36, 752n.

2. EL VIEJO: EL PRIMER JEFE DE LA INTELIGENCIA EXTERIOR SOVIÉTICA

[1] Ioganson, *Dorogoi borby*, 33-34; «Borba za vlast», <amurobl.ru>.

[2] Yaroslavsky, *Protokoly*.

[3] Primakov, *Ocherki*, pp. 2, 50-51; Konyayev, *Shlisselburgskie psalmy*, p. 594; Ioganson, *Dorogoi borby*, p. 19.

[4] GAIO, F 34, Op OTS, D 101, Expediente de Meer Abramovich Trilisser, 1914-1917.

[5] Alexander Barinov, «Pervy Chekist Tsentrosibiri», *Chitinskoe Obozrenie*, 25 de diciembre de 2017, <obozrenie-chita.ru>. La afirmación de tortura está en RGASPI F 495 O 65a D 11316.

[6] Véase, por ejemplo, Ball, *Russia's Last Capitalists*, p. 9.

[7] RGASPI F 485 O 65a D 11316, p. 13.

[8] Ioganson, *Dorogoi borby*, p. 42; entrevista con Olga Zareva, nieta de Trilisser.

[9] Andrew y Gordievski, KGB, p. 41.

[10] Muchos de los detalles sobre Trilisser en la Lubianka están tomados de Agabékov, *Ch. K. za Rabotoi*; estos detalles son de las pp. 166-167.

[11] McKnight, *Espionage and the Roots of the Cold War*, pp. 48-49.

[12] Aunque ciertamente hubo mujeres chequistas —incluidas algunas, conocidas por su crueldad, que fueron utilizadas en la propaganda blanca como ejemplo de la supuesta decadencia moral del régimen bolchevique—, no existen datos claros sobre la distribución por género dentro del INO o la Checa en general. Además, ninguno de los relatos publicados sobre los primeros días del INO menciona la presencia de mujeres en ese departamento específico.

[13] Hella Wuolijoki, una escritora y poeta finlandesa con quien Trilisser había mantenido un romance durante sus días en la clandestinidad, solía visitarlo cuando estaba en Moscú, a veces acompañada de otros extranjeros. También lo visitó Nicholas Roerich, un pintor rusoamericano que había participado en una misión en el Tíbet —en busca de la mítica ciudad de Shambhala— y que quería colocar tierra del lugar de nacimiento de Buda en la tumba de Lenin. Véase Kuusinen, *Before and After Stalin*, p. 144, y Andreyev, *Myth of the Masters Revived*, pp. 241, 246.

[14] Felshtinsky, *VChK-GPU dokumenty i materialy*, p. 260.

[15] Entrevista con Olga Zareva. Casi todos los residentes originales en los amplios apartamentos de ese edificio acabarían fusilados en las purgas.

[16] Primakov *et al*., *Ocherki*, p. 2:55.

[17] El manual sobre actividades de los ilegales, así como actas de reuniones y otra información sobre la Comisión sobre el Trabajo de

los Ilegales, se encuentran en RGASPI F 495 Op 27 D 1 y 2.

[18] Andrew, *Secret World*, p. 583.

[19] Matonin, *Cherny chelovek*, pp. 363-371.

[20] Bessedovski, *Revelations of a Soviet Diplomat*, p. 186.

[21] Véase Agabékov, *Ch. K. za Rabotoi*.

3. EL VOLADOR VELOZ: EL MÁS GRANDE DE LOS GRANDES ILEGALES

[1] Bystrolyotov afirmaba que había sido criado por una mujer llamada Elizaveta de Courval, aunque Draitser, en *Stalin's Romeo Spy*, pp. 19-21, señala que «algunos elementos de su relato son dudosos» y Prosvetov, en *Verbovshchik*, pp. 25-27, asegura que había una sola De Courval viviendo en San Petersburgo en esa época y que no se llamaba Elizaveta. Lo más probable es que la verdad sobre la infancia de Bystrolyotov siga siendo un misterio. Respecto de la academia marítima, otros relatos aseguran que asistió primero a una academia de cadetes navales en Sebastopol, pero eso parece ser falso. Véase Prosvetov, *Verbovshchik*, p. 30. Él sostenía que, como parte de la guardia de la ciudad, participó en la ejecución de Protapov, aunque probablemente se trate de una licencia poética. La cita de las semillas de girasol se encuentra en Prosvetov, *Verbovshchik*, p. 41.

[2] Prosvetov, *Verbovshchik*, pp. 48-49.

[3] King, *Midnight at the Pera Palace*, pp. 89-110.

[4] Citado en Prosvetov, *Verbovshchik*, p. 53. Bystrolyotov regresó brevemente a Crimea en 1921. Fue un movimiento arriesgado, dado que su anterior servicio a bordo de un barco blanco podría

haber llevado fácilmente a su arresto. Él afirmó alguna vez que la Checa lo había reclutado precisamente durante este viaje, pero no está claro porque él mismo contó diferentes versiones en distintos momentos. En todo caso, la mejor investigación sobre la verdad se encuentra en Prosvetov, *Verbovshchik*, pp. 56-61.

[5] Hubo otra misión en Rusia y una brevísima estancia en Bratislava en el ínterin.

[6] Véase Andreyev y Savicky, *Russia Abroad*, pp. 89-92; RGASPI F 5765 Op 2 D 92.

[7] Draitser, *Stalin's Romeo Spy*, p. 54.

[8] Strogalova, «Stanovlenie i nachalny etap».

[9] En 1922 Bystrolyotov había regresado brevemente a Rusia, para luego volver a Constantinopla y de allí seguir a Praga. Véase Milashov, *Commentaries*, vol. 1; Draitser, *Stalin's Romeo Spy*, pp. 46-47.

[10] RGASPI F R-5574 Op 3 D 2, 10.

[11] Tsarev y West, KGB *v Anglii*, p. 118.

[12] El verdadero nombre del «camarada Golst» era Nikolái Samsonov.

[13] Su nombre completo era Maria Milena Iolanta Shelmatova.

[14] Degtaryov y Kolpakidi, *Vneshnyaya razvedka* SSSR, pp. 358-360.

[15] Los archivos y fuentes secundarias disponibles no indican si Bazárov tenía documentos a nombre de Da Vinci o si se trataba de un engaño destinado sólo a Charlie, o de un nombre en clave.

[16] Tsarev y West, KGB *v Anglii*, p. 110.

[17] Utilizó su pasaporte griego; viajar a Hungría representando el papel de Perelly podría haber generado situaciones incómodas, dado que no hablaba ni una palabra de húngaro.

[18] Es de suponer que habría contraatacado hablando en checo —idioma que dominaba por el tiempo que había pasado en Praga— o en alemán, pero lo cierto es que un húngaro que hubiera vivido en la Bratislava de la época de los Habsburgo (que entonces se llamaba Pozsonyi o Pressburg) y que posteriormente se hubiera mudado a Budapest, sin duda habría hablado un húngaro fluido.

[19] Tsarev y West, KGB *v Anglii*, p. 129.

[20] Barratt, *Forgotten Spy*, p. 60.

[21] Estos detalles sobre Lucy son de Barratt, *Forgotten Spy*.

[22] Tsarev y West, KGB *v Anglii*, p. 133.

[23] Véase la carta de Bazárov al Centro en Tsarev y West, KGB *v Anglii*, p. 134. Supuestamente, el pasaporte estaba a nombre de lord Robert Grenville, nacido en Canadá, y lo había firmado el propio secretario de Asuntos Exteriores, sir John Simon, quien, al hacerlo, comentó: «No sabía que lord Robert había vuelto a Gran Bretaña», pero no hay pruebas que respalden esta versión. Tampoco parece haber ningún ejemplar del pasaporte en el expediente de Bystrolyotov en el KGB —copiado por Serguéi Milashov—, mientras que sí se conservan muchos de sus otros pasaportes.

[24] West y Tsarev, *Crown Jewels*, p. 70.

[25] Tsarev y West, KGB *v Anglii*, pp. 141-142.

[26] Draitser, *Stalin's Romeo Spy*, pp. 85, 108, 138-141.

[27] TNA KV2/808.

[28] Esto depende de que el relato de Bystrolyotov sea preciso, aunque sabemos con certeza que la comida tuvo lugar, porque la transcripción de una escucha telefónica en TNA KV2/808 muestra a Lucy invitando a Kemp a la comida y otra a Ernest llamando a

Lucy y mencionando que había oído decir que Kemp la había visitado.

[29] Barratt, *Forgotten Spy*, p. 189.

[30] TNA KV2/808.

[31] TNA KV2/808.

[32] Algunos autores subrayan una frase de las memorias de Bystrolyotov en la que afirma que «nuestro maravilloso informante fracasó y murió por ello» para sugerir que la muerte de Oldham pudo haber sido un asesinato. Sin embargo, no hay pruebas que respalden esa hipótesis, mientras que hay muchas que señalan que Oldham padecía de un grave alcoholismo y estaba profundamente desesperado.

[33] Casi dos décadas después, a la luz de nueva información procedente de desertores soviéticos y en medio de la muy alterada atmósfera de la Guerra Fría, el MI5 reabrió el caso de Ernest Oldham para intentar averiguar quién era el escurridizo húngaro. Sólo entonces —muy tarde ya— se percataron de que debía de tratarse de un ilegal soviético. Al ser interrogado, un envejecido Thomas Kemp afirmó que no recordaba haber conocido a ese hombre, pero probablemente era una mentira dirigida a ocultar el terrible engaño que había supuesto la invitación al Ritz y la posterior fuga. En cambio, sugirió que los investigadores deberían buscar a Lucy Oldham, quien seguramente recordaría muchos detalles. Por desgracia, llegaron demasiado tarde. Unos meses antes, en el verano de 1950, Lucy también se había quitado la vida, saltando al río Támesis. En 1974, más de cuatro décadas después de que Joe Perelly desapareciera justo después del almuerzo en Kensington, los servicios de seguridad británicos

todavía intentaban reunir pistas que pudieran ayudar a determinar su identidad. No fue hasta principios de los años noventa, cuando la Unión Soviética colapsó y el nombre de Dmitri Bystrolyotov se hizo público, que las piezas del rompecabezas finalmente encajaron.

[34] Tsarev y West, KGB *v Anglii*, p. 155.

[35] TNA KV2/809 y KV 2/815; Andrew y Mitrojin, *Mitrokhin Archive*, pp. 64-67; West y Tsarev, *Crown Jewels*, pp. 76-77, 84.

[36] Sokolov, «A. L. Razumova»; Chase, *Enemies Within the Gates*, pp. 361-368.

[37] En conversación con Emil Draitser, citado en *Stalin's Romeo Spy*.

[38] Muchos de los documentos de inteligencia del período de entreguerras fueron destruidos, lo que implica que, incluso en el caso de aquellas operaciones sobre las que sí existen archivos del KGB —como los consultados por Emil Draitser y otros autores a principios de la década de 1990, y reproducidos en parte en el Archivo Mitrojin—, la información se basa en su mayor parte en un texto escrito por el propio Bystrolyotov décadas después, tras ser liberado del Gulag, y no en fuentes archivísticas de la época.

[39] Citado en Prosvetov, *Verbovshchik*, p. 108.

4. EL TERROR: LAS PURGAS DE STALIN

[1] Entre 1930 y 1936, se deportó a 2,4 millones de personas como parte de las operaciones contra los *kuláki*. Véase Edele, *Stalinist Society*, p. 42.

[2] Citado en Schlögel, *Moscow, 1937*, p. 35.

[3] Schlögel, *Moscow, 1937*, p. 46.

[4] Jenks, «Metro on the Mount».

[5] Schlögel, *Moscow, 1937*, p. 79.

[6] Draitser, *Stalin's Romeo Spy*, pp. 242-243.

[7] RGASPI F.17, Op 171 D 410 L. 255, reproducido en <stalin.memo.ru>.

[8] Vladímir Sergeev, «Da Vinci Sovetskoi Razvedki», *Nezavisimaya Gazeta*, 6 de octubre de 2006, <nvo.ng.ru>; Kim y Kolpakidi, *Vneshnyaya razvedka* SSR, pp. 358-360.

[9] Figes, *Whisperers*, pp. 227-315. Ella siguió dándoles vueltas a esas ideas durante los dos años siguientes, hasta que también fue detenida y enviada a un campo de trabajo por ser la esposa de un «enemigo del pueblo». Murió allí en 1940.

[10] Los detalles de la detención y el posterior interrogatorio proceden principalmente de Bystrolyotov, «Zalog Bessmertiya», en *Memoirs*, libro I.

[11] Milashov, en *Commentaries*, señala que Solovyov era cinco años mayor que Bystrolyotov. Había nacido en el seno de una familia campesina y apenas recibió educación. Pasó por varios trabajos poco cualificados antes de incorporarse a la Checa en 1921, donde fue ascendiendo poco a poco. Sobrevivió a las purgas, pero desapareció en los primeros meses de la participación soviética en la guerra, en 1941, y fue dado por muerto.

[12] Andrew y Mitrojin, *Mitrokhin Archive*, *p.* 103

[13] Véase Jansen y Petrov, *Stalin's Loyal Executioner*, p. 68. Oficialmente, el SVR ruso sostiene que la muerte de Slutsky no tuvo nada de sospechosa, pero hay suficientes indicios

circunstanciales para afirmar con bastante certeza que fue asesinado.

[14] El dato de la pescadería se reproduce en numerosas fuentes rusas; el nombre de Ernst Deutschlander aparece en MITN 2/9/2, p. 17.

[15] En ese momento Trilisser utilizaba el nombre de Mijaíl Moskvin. Véase Chase, *Enemies Within the Gates*, pp. 240-243.

[16] FSB: protocolo del interrogatorio de Meer Trilisser (proporcionado por Olga Zareva). La confesión de Trilisser muestra que trató de conservar un mínimo de dignidad: admitió únicamente que había permitido, sin querer, que el INO se convirtiera en un nido de espías, pero hasta el final negó la acusación —de la que fue declarado culpable— de haber sido él mismo un espía al servicio del capitalismo.

[17] Los bolcheviques de más edad recordaban también que antes de la Revolución había agentes de la *Okhrana* infiltrados en sus filas, entre ellos Roman Malinovski, que durante un tiempo fue el líder de la facción bolchevique en la Duma. En 1937, cuando Ósip Piátnitski fue detenido, su esposa Yulia se preguntó si acaso había sido todo ese tiempo «un espía o agente secreto, como Malinovski».

[18] Milashov, *Commentaries*.

5. AVANCES EN NORTEAMÉRICA: LOS PRIMEROS ILEGALES EN ESTADOS UNIDOS

[1] FBI: expediente de Michael Whitney Straight; Straight, *After Long Silence*, p. 129; VN White Notebook 3, pp. 115-117. En sus

memorias, Straight sostiene que el primer contacto de Green se produjo cuando él ya se encontraba en Washington D. C., en 1938; sin embargo, en su entrevista con el FBI deja claro que tuvo lugar en Nueva York, lo que, además, encaja mejor con los cables que Ajmérov envió a Moscú sobre este asunto.

[2] Agabékov, OGPU, p. 150.

[3] Bessedovski, *Revelations of a Soviet Diplomat*, p. 112.

[4] Haynes, Klehr y Vassiliev, *Spies*, pp. 196-197.

[5] Haynes, Klehr y Vassiliev, *Spies*, p. 331.

[6] «Recognition of Russia». Audiencia ante un subcomité del Comité de Relaciones Exteriores, Senado de EE.UU., Oficina de Publicaciones del Gobierno, Washington, D. C., 1924, p. 262.

[7] Massing, *This Deception*, pp. 132-133; Chambers, *Witness*, cap. 20; Haynes, Klehr y Vassiliev, *Spies*, p. 406.

[8] El desertor Válter Krivitski declaró al FBI que Markin había cambiado 100.000 dólares falsos por dinero auténtico a dos gánsteres de Chicago, convenciéndolos de que esos billetes estaban «marcados» en Nueva York. Cuando los delincuentes descubrieron que habían sido engañados, le siguieron la pista y lo mataron. Haynes, Klehr y Vassiliev registran su muerte como «un accidente o un crimen callejero». FBI 100-11146 Válter G. Krivitski parte 2 de 4 (registrado en <vault.FBI.gov> como Válter Krivitski parte 3 de 8); Haynes, Klehr y Vassiliev, *Spies*, p. 156.

[9] Shalagin, en *Vybor rezidenta*, MITN 1/6/2, p. 103, menciona el nombre de Edir Bey, mientras que otras fuentes —incluido el propio Shalagin en otros pasajes— señalan que Ajmérov utilizó un documento a nombre de Mustafa Dakmak (o Togmach). No he encontrado rastro de ninguno de esos nombres en los registros de

las universidades de Yenching o Columbia. Fuentes rusas afirman que Ajmérov estudió en la «universidad estadounidense» de Pekín. Agradezco a Robert Bickers su sugerencia de que, con toda probabilidad, se trataba de Yenching.

[10] Strasbaugh, *Victory City*, p. 15.

[11] Massing, *This Deception*, p. 68.

[12] Sakmyster, *Red Conspirator*, pp. 70-71.

[13] Natalia, la esposa soviética de Ajmérov, y Robert, el hijo de ambos, también fueron destinados a Estados Unidos en la misma época y vivieron en la recién inaugurada embajada soviética, donde Natalia trabajaba como secretaria. No está claro con qué frecuencia podía verlos Ajmérov, ni qué tipo de relación mantenían. En agosto de 1939 Valentina y Robert regresaron a la Unión Soviética en barco utilizando sus verdaderos nombres. Más tarde, Robert se convirtió en agente del KGB. Según el biógrafo ruso de Ajmérov, aún persisten tensiones entre ambas ramas de la familia a raíz de este asunto.

[14] VN White Notebook 3, p. 116.

[15] Para Duggan, Isjak tenía un alias más: Alexander Hansen.

[16] Moorhouse, *Devil's Alliance*, pp. 5-12. Al día siguiente, Krivoshéin concedió una entrevista a dos corresponsales de guerra alemanes durante la cual brindó por Hitler y Stalin —a quienes llamó «hombres del pueblo»—. Finalmente invitó a los corresponsales a cenar en su apartamento de Moscú «después de la victoria sobre la capitalista Albión».

6. OPERACIÓN PATO: EL ASESINATO DE LEV TROTSKI

[1] Sudoplatov, *Special Tasks*, pp. 12-27.

[2] Los detalles de este encuentro proceden en su mayoría del relato del propio Sudoplatov en *Special Tasks*, pp. 65-86.

[3] La mención al piso franco de Santa Fe se encuentra en Sudoplatov, *Special Tasks*, pero otros lo han puesto en duda. La historia de la institución psiquiátrica está en Chikov, *Superagent Stalina.*

[4] «Woman Is Accused in Trotski Murder», *The New York Times*, 27 de agosto de 1940, p. 9.

[5] La sección sobre la Operación Pato está reconstruida a partir de Soldatov y Borogan, *Compatriots*, pp. 39-52; Sudoplatov, *Special Tasks*, pp. 65-86; Damaskin, *Stalin i razvedka*, pp. 115-134; Andrew y Mitrojin, *Mitrokhin Archive*, pp. 112-116, Chikov, *Superagent Stalina*, pp. 75-76; Volodarski, *Stalin's Agent*, pp. 359-367; Mercader y Sánchez, *Moi brat ubil Trotskogo*, y Sánchez Salazar, *Murder in Mexico*.

7. OPERACIÓN BARBARROJA: HITLER INVADE LA UNIÓN SOVIÉTICA

[1] Matthews, *Impeccable Spy*, p. 238.

[2] Andrew y Mitrojin, *Mitrokhin Archive*, p. 122.

[3] Matthews, *Impeccable Spy*, pp. 274, 280.

[4] Andrew y Mitrojin, *Mitrokhin Archive*, pp. 119-120.

8. EL SILBADOR: INFILTRADO EN LA ALEMANIA NAZI

[1] Gran parte del material de este capítulo, a menos que se indique lo contrario, procede de Jojlov, *In the Name of Conscience*. Los detalles sobre los viajes en tren proceden de Braithwaite, *Moscow 1941*, p. 276.

[2] Edele, *Stalinism at War*, p. 82.

[3] Edele, *Stalinism at War*, p. 87.

[4] Entrevista con Yevguenia Albats; Yevguenia Albats, «Mama i papa i ikh voina», *Novoe Vremya*, 4 de mayo de 2015, <newtimes.ru>.

[5] Véase, por ejemplo, Brilev y O'Connor, *Razvedka: Nelegaly naoborot*.

[6] Jojlov escribió con detalle sobre la misión en Minsk en sus memorias, tituladas *In the Name of Conscience*, aunque sus recuerdos suelen resultar poco fiables. El asunto es, además, complejo, ya que, tras su deserción de la Unión Soviética en los años cincuenta, fue completamente borrado por parte de los historiadores soviéticos. Esto ha llevado a algunos a conjeturar que sus relatos de aquellas aventuras fueron pura invención. Sin embargo, existen dos documentos de la época que confirman buena parte de su versión y que además aportan nueva luz sobre el tema. *Ubiistvo Vilgelma Kube*, de Selemenev y Shimolin, resulta especialmente útil en este sentido, en particular un documento reproducido entre las páginas 107 y 109, que recoge el testimonio de Karl Kleinjung en agosto de 1945. También he consultado documentos originales conservados en los archivos de Minsk, entre los cuales los más útiles fueron NARB F1346 V1 Sp 44 y 265. Este último contiene la transcripción de una entrevista con Elena Mazanik realizada en la Lubianka en octubre de 1943, una fuente mucho más fiable que sus memorias posteriores.

[7] Selemenev y Shimolin, *Ubiistvo Vilgelma Kube*, p. 15.

[8] Selemenev y Shimolin, *Ubiistvo Vilgelma Kube*, pp. 79-80.

[9] Selemenev y Shimolin, *Ubiistvo Vilgelma Kube*, p. 33.

[10] NARB F1346 V1 Sp 265.

[11] Ésa, al menos, es la historia tal como la contó posteriormente Jojlov. Elena Mazanik, por su parte, sostendría más adelante que ya había recibido una bomba de sus otros contactos partisanos, y que se sacó de encima a Jojlov porque aún no confiaba en él.

[12] Iliá Ehrenburg, «Konets Vilgelma Kube», *Krasnaya Zvezda*, 24 de septiembre de 1943.

9. PRIMERAS INFILTRACIONES: COMIENZA LA GUERRA FRÍA

[1] Downing, *1983*, p. 41.

[2] Walton, *Spies*, p. 88.

[3] En 1945, cuando Silvermaster se reunió con un agente legal que trabajaba encubierto como corresponsal de una agencia de noticias soviética, se alegró de tratar por fin con un soviético, ya que hasta entonces, que él supiera, sólo había tratado con estadounidenses.

[4] Walton, *Spies*, p. 108.

[4] Anderson, *Quiet Americans*, p. 153.

[5] Gaddis, *Cold War*, p. 58.

[6] Gaddis, *Cold War*, p. 39; Weiner, *Enemies*, caps. 17 y 18.

[7] Walton, *Spies*, p. 100.

[8] Feklisov, *Man Behind the Rosenbergs*, p. XVI.

[9] MITN 1/6/2 parte 1. Aquélla fue una época de agitación y remodelación organizativa, incluyendo un breve período en que los servicios de inteligencia exterior civil y militar se unieron en un sólo organismo.

[10] MITN 1/6/2, p. 129; Pavlov, *Operatsiya Sneg*, p. 124.

[11] MITN 1/6/2, pp. 121-22; Andrew y Mitrojin, *Mitrokhin Archive*, pp. 204-209; Macintyre, *Spy Among Friends*, pp. 134-135 y 152. El relato sobre los problemas cardíacos está en Pavlov, *Operatsiya Sneg*, pp. 122-125, donde también dice que Makayev tenía un hijo en la Unión Soviética a quien vio por primera vez al regresar. Pavlov también afirma que fue Philby quien preparó un buzón muerto para Makayev, pero que éste no llegó a encontrarlo.

[12] Las notas de Mitrojin sugieren que Brik encontró el documento Soboloff en un buzón muerto situado en un baño público de Montreal, mientras que, según la versión del propio Brik, recogió los documentos de un supervisor de sus interrogadores canadienses en la década de 1990. Andrew y Mitrojin, *Mitrokhin Archive*, p. 217; Mahar, *Shattered Illusions*, pp. 23-24.

[13] La descripción del caso Brik procede de Mahar, *Shattered Illusions* —que es un análisis exhaustivo del relato del posterior supervisor canadiense de Brik—, así como de Andrew y Mitrojin, *Mitrokhin Archive*, pp. 217-222.

10. SIGNOR AMBASCIATORE: LA MISIÓN PARA MATAR A TITO

[1] Tito retomó una costumbre de la realeza de convertirse en padrino de cada noveno hijo nacido de la misma madre.

[2] Los detalles de la reunión de Castro y Tito se conservan en los archivos yugoslavos en AJ KMJ 1 3-b/393.

[3] Chikov, *Superagent Stalina*, pp.14, 417.

[4] Primakov *et al.*, *Ocherki*, 4:371-84; MITN 1/6/2, parte 1.

[5] Nikandrov, *Grigulevich*, pp. 327-342.

[6] Nikandrov, *Grigulevich*, pp. 342-343.

[7] Gaddis, *Cold War*, p. 162.

[8] Chikov, *Superagent Stalina*, p. 202.

[9] Chikov, *Superagent Stalina*, pp. 218-224; «Religion: The Nephews», *Time*, 28 de abril de 1958, <content.time.com>.

[10] VAA 1228 b125 fasc. 1, pp. 769-773.

[11] NACR; Ross, *El secreto encanto*, pp. 173-175.

[12] Citado en Chikov, *Superagent Stalina*, p. 424.

[13] Levy, *Dolce Vita Confidential*, pp. 226-227.

[14] Walton, *Spies*, p. 133.

[15] Ross, *El secreto encanto*, pp. 180-181.

[16] Chikov, *Superagent Stalina*, p. 360, señala que la cámara está en exposición, y afirma que fue un regalo de Einaudi. Sin embargo, tanto MITN 2/14/1, p. 267 como Ross, *Unmasked*, p. 255, sostienen que quien se la dio fue De Gasperi.

[17] Para el discurso de Martínez Moreno, véase «Official Records of the Sixth Session of the United Nations, Ad Hoc Political Committee 4th Meeting». Castro aparece mencionado como miembro de la delegación en «Official Records of the General Assembly Sixth Session: Sixth Committee: Legal Questions Summary Records of Meetings 7/11/51-29/1/52.» Las versiones rusas posteriores que sostienen que el propio Grigulévich dio un discurso a petición de Acheson, parecen ser fabulaciones. Sin

embargo, dado que también aparecen en las notas de Mitrojin sobre el expediente del ilegal —extraídas de un bosquejo biográfico que él mismo escribió en 1980—, parece probable que los rumores surgieran de su propia imaginación.

[18] Chikov, *Superagent Stalina*, p. 424.

[19] «Presentazione delle lettere credenziali da parte di S. E. il Signor Teodoro Castro, Inviato straordinario e Ministro plenipotenziario di Costarica», 14 de mayo de 1952, Portal Histórico del Presidente de la República, <archivio.quirinale.it>.

[20] Chikov, *Superagent Stalina*, p. 230.

[21] Chikov, *Superagent Stalina*, pp. 349, 361.

[22] Citado en Service, *Stalin*, p. 592.

[23] Chikov, *Superagent Stalina*, pp. 345-347.

[24] Basado en cables desclasificados de la CIA referenciados en Mehta, «"Rat Hole to Be Watched"?», p. 120.

[25] AJ KMJ 1 3-b/393.

[26] Tito realizó la visita la primavera siguiente, llegando a Gran Bretaña por mar, en su yate oficial. Luego, en una reunión en el número 10 de Downing Street, logró que Churchill le asegurara que, si la Unión Soviética atacaba Yugoslavia, Occidente intervendría en su defensa. Véase Andrew Harrison, «A Cold War Visitor in London: Marshal Tito of Yugoslavia», National Archives Blog, 15 de marzo de 2018, <blog.nationalarchives.gov.uk>. Para esa época, Yugoslavia también había firmado el Pacto de los Balcanes, una alianza defensiva con Grecia y Turquía —ambos miembros de la OTAN—, y había empezado a recibir armas estadounidenses y británicas.

[27] El informe de Yugoslavia se encuentra en Chikov, *Superagent Stalina*, pp. 351-361.

[28] Ross, *Unmasked*, pp. 277-278.

[29] El documento se ha citado en numerosas ocasiones; entre ellas, en un artículo de *Izvestiya*, en junio de 1993, tras ser encontrado en el archivo por el historiador Dmitri Volkogónov. La traducción al inglés que yo empleé puede verse en «January 1, 1953, Soviet Plan to Assassinate Tito», en línea en <digitalarchive.wilsoncenter.org>.

[30] Alibek, *Biohazard*, pp. 172-173.

[31] Sudoplatov, *Special Tasks*, pp. 335-339.

[32] Ross, *El secreto encanto*, p. 208.

[33] Véase AJ KMJ 1 3-b/393; NACR; Ross, *Unmasked*, pp. 295-296; Chikov, *Superagent Stalina*.

[34] Morris, *Price of Fame*, cap. 36.

[35] Clare Boothe Luce Papers, box 641, folder 11, LOC.

[36] Véase, por ejemplo, VAA 1228 B133, fasc. 1, pp. 5, 615-616. Cuando visité los archivos del Vaticano, los registros de las audiencias papales de la segunda mitad de 1952 y de 1953 aún no se habían catalogado ni abierto a los investigadores, aunque los biógrafos rusos sostienen que Grigulévich tuvo hasta trece encuentros con el papa, por lo general acompañando a otros dignatarios.

[37] MITN 2/10 cap. 1.

[38] Así lo relata Nikolái Leonov en la introducción de Nikandrov, *Grigulevich*.

11. LOS ILEGALES SALEN A LA LUZ: EL JUICIO A ABEL Y LOS PRIMEROS ILEGALES DE LA CIA

[1] Los había dejado allí Iósif Grigulévich, a quien habían enviado a Estados Unidos para realizar la entrega un año antes de partir hacia Italia.

[2] Andrew y Mitrojin, *Mitrokhin Archive*, pp. 192-195.

[3] Andrew y Mitrojin, *Mitrokhin Archive*, pp. 223-227; «Hollow Nickel/Rudolf Abel», <FBI.gov>; Donovan, *Strangers on a Bridge*.

[4] Arthey, *Abel*, p. 175.

[5] Frank Gibney, «Intimate Portrait of a Russian Master Spy», *Life*, 11 de noviembre de 1957.

[6] La información sobre Fisher/Abel ha sido extraída de MITN 1/6, cap. 5, parte 1; Andrew y Mitrojin, *Mitrokhin Archive*, cap. 9, y «Hollow Nickel/Rudolf Abel».

[7] Los expedientes Molody se encuentran en TNA KV2/4429-4466. Para esta sección también me he basado en Barnes, *Dead Doubles*, y Corera, *Illegal*.

[8] Tanto la CIA como las autoridades soviéticas sobreestimaron el potencial de la NTS, un grupo marginal que nunca tuvo posibilidades reales de fomentar una revolución en la Unión Soviética. El caso es que las autoridades soviéticas reaccionaron con gran preocupación ante el papel de la NTS en la preparación de ilegales para operar dentro del país y, en 1954, enviaron a uno de sus propios ilegales a Alemania para asesinar a Georgi Okolovich, líder de la NTS y jefe de los entrenadores de ilegales. El enviado fue Nikolái Jojlov, quien durante la Segunda Guerra Mundial se había hecho pasar por oficial nazi para asesinar al gobernador de

Bielorrusia. Tras la guerra, se fue desilusionando de la Unión Soviética y, en lugar de matar a Okolovich, llamó a su puerta y le anunció que lo habían enviado a asesinarlo, pero que en vez de eso se rendía ante él. Jojlov terminó desertando a Estados Unidos.

[9] CIA AESAURUS AENOBLE, 1:16.

[10] CIA AESAURUS AENOBLE, 1:20 y 2:2.

[11] Cacciatore, «Their Need Was Great».

[12] Hutton, *School for Spies*, p. 54.

12. ORIGEN: EL RECLUTAMIENTO Y LA FORMACIÓN DE UN AGENTE ILEGAL

[1] Smith, *Moscow 1956*, pp. 51-53. Como la mayoría de los dirigentes soviéticos de la época, Jrushchov participó activamente en las purgas, firmando personalmente numerosas órdenes de ejecución. Pero con la desaparición de Stalin y el peligro de que la gente empezara a hacer preguntas sobre la magnitud tiránica de la represión de aquellos tiempos, intentó imponer su versión de los hechos.

[2] SZRU 197/1, p. 13.

[3] El protocolo del testimonio de Linov sobre Vorobyov se encuentra en SZRU 197/3, p. 35.

[4] SZRU 197/3, p. 69.

[5] SZRU 197/3, p. 64.

[6] SZRU 197/1, p 14 y 197/1, p. 25. El informe señala que Linov alargaba excesivamente el sonido vocálico en palabras como *Zeit* y *frei*, y que no diferenciaba entre los sonidos de la «e» en palabras como *West* y *ersten*.

[7] Linov me contó esta historia durante las entrevistas. Más tarde encontré informes detallados de vigilancia y su relato manuscrito de ese día en SZRU 197/1 pp. 103 y posteriores.

[8] Los informes de vigilancia de este viaje se encuentran en SZRU 197/4, pp. 85-116.

[9] SZRU 197/1, p. 253.

[10] El informe manuscrito de Linov de esa tarea se encuentra en SZRU 197/1, p. 128.

[11] SZRU 197/1, p. 51.

[12] SZRU 197/4, p. 200.

[13] Véase MITN 1/6/2, p. 142. Los detalles del plan para detener a Linov en Tulchin se encuentran en SZRU 197/4, pp. 165-168. El informe de su visita a Tulchin se encuentra en SZRU 197/4, p. 201. En sus entrevistas, Linov recordaba el incidente, pero ignoraba que había sido una trampa, aunque sus expedientes de la época demuestran que en el momento sospechaba que podría haberlo sido.

[14] Las transcripciones de las grabaciones se encuentran en SZRU 197/1, p. 267.

[15] Hay muchos detalles sobre Pracht y su leyenda en SZRU 197/2. Aunque Pracht era alemán, el KGB le dio a su historia un giro soviético para explicar los rastros residuales de acento ruso: supuestamente, su padre había muerto en el frente oriental, pero luego la familia acabó viviendo en Úzhgorod, que pasó a formar parte de la Unión Soviética después de la Segunda Guerra Mundial. En realidad, otro agente ilegal en formación, cuyo nombre en clave era MURATOV y que por razones no especificadas

había sido retirado del programa, había utilizado antes la identidad de Pracht. Linov se reunió con MURATOV en Odesa antes de su partida para discutir elementos de la identidad de Pracht.

[16] Los detalles se encuentran en SZRU 197/6, p. 20. El edificio del garaje municipal, en el Holzplatz de Leipzig, es ahora un concesionario de Volkswagen. Nagayev había sido en su día un ilegal destinado a Francia junto con su esposa bajo la fachada de una pareja de profesores de música alemanes. Tuvieron un hijo allí, al que dieron un nombre alemán, pero murió siendo un bebé y fue enterrado en algún lugar de Francia bajo un nombre falso sin que los padres tuvieran posibilidad de visitar la tumba. Nagayev no le comentó nada a Linov sobre este asunto en Halle, sino sólo años después, cuando se hicieron amigos. En los archivos de entrenamiento de Linov, no se nombra a Nagayev, pero se dan los nombres en clave ARSENAL y ERIK.

[17] Citado en Kozovoi, «Dissonant Voices», p. 35.

[18] SZRU 197/6, pp. 127 y 164-166. Un portavoz de Odinga, contactado en julio de 2024, se negó a responder si éste recordaba algo sobre «Hans Pracht» y su trato con él.

[19] Esta escena está tomada de los recuerdos del propio Linov.

13. CONSEGUIR PAREJA: LA BÚSQUEDA DE UNA COMPAÑERA Y COILEGAL

[1] Andrew y Mitrojin, *Mitrokhin Archive*, pp. 329, 826-27n33.

[2] En sus entrevistas conmigo, Linov recordaba el nombre de Svitlana Kvitka, y decía que había sido una novia de la universidad a quien sus superiores le habían ordenado dejar de ver porque su

padre era considerado un enemigo del pueblo y, por tanto, ella no era una pareja adecuada. Sin embargo, su expediente, en el archivo SZRU 197/1/125, cuenta una historia muy distinta. Como parece poco probable que hubiera vuelto a sugerir a esa joven si la historia hubiese sido como él recuerda, en este caso me he inclinado por confiar en los documentos antes que en su memoria.

[3] SZRU 197/1, pp. 388, 412-18, 428.

[4] No he podido corroborar esta historia más allá de los recuerdos de Linov. Aunque él está seguro de que es verídica, por precaución he cambiado el nombre, en parte para cubrir posibles errores de memoria y en parte para evitar causar dolor a familiares vivos que tal vez no conozcan toda la historia.

[5] Los documentos del expediente personal de Linov en el KGB sobre Tamara y su reclutamiento son fragmentarios, mucho menos detallados que los de otras mujeres que fueron consideradas y descartadas, y sugieren que ella accedió de forma voluntaria y sabía muy bien para qué la estaban reclutando. Dado que esto contradice claramente los recuerdos tanto de Linov como de Tamara —y podría deberse a que los responsables del caso suavizaron una situación delicada—, he optado por dar mayor credibilidad a sus recuerdos.

14. INFILTRACIÓN: LA PENETRACIÓN EN OCCIDENTE

[1] Todavía en 2020, cuando me encontré con él, Linov no tenía idea de que Motl era una persona real. Véase MfS BV Karl-Marx-Stadt XIV 1880/74; MITN 2/16, p. 500. La pareja de ilegales en Alemania

Oriental eran Valentin y Svetlana Barannik, aunque quizá hubiera otros. Se los menciona en MITN 2/16, p. 500 y 545; sus nombres verdaderos aparecen en Andrew y Mitrojin, *Mitrokhin Archive*, p. 704.

[2] MITN 2/14/1, p. 105.

[3] MITN 2/16, pp. 528, 529.

[4] MITN 1/7, p. 62.

[5] Los detalles de los cinco casos mencionados proceden, por orden, de MITN 1/6/2, p. 125; 1/5, pp. 70-73; 2/16, p. 256 (el nombre utilizado por el brasileño ha sido tachado); una fuente de los servicios de seguridad ucranianos; MITN 1/2, p. 27 (se trata de Gevork y Goar Vartanyan, cuyo expediente, según las notas copiadas por Mitrojin, ofrece una imagen menos heroica de gran parte de su tiempo en el extranjero que la presentada por las fuentes actuales rusas).

[6] El significado de la palabra rusa *protivnik* se encuentra a medio camino entre «enemigo» y «adversario».

[7] Véase, por ejemplo, MITN 2/18, p. 69 para una descripción de un buzón vivo en Berlín Occidental.

[8] Andrew y Gordievski, *Comrade Kryuchkov's Instructions*, pp. 59-60.

[9] Mi descripción se basa principalmente en los recuerdos de Linov, pero el detalle de los movimientos —la «coreografía»— proviene de Andrew y Gordievski, *Comrade Kryuchkov's Instructions*, pp. 59-60.

[10] Daly, *Sixties Ireland*, p. 129.

[11] DCC Archive, 1966; entrevista con John Gibson, 2021.

[12] Feeney, *1966*, pp. 196-197.

[1] Mlechin, *Andropov*, 157; p. Kirpichenko, *Razvedka*, p. 156.

[2] Sebestyen, *Twelve Days*, p. 112; Talbott, *Khrushchev Remembers*, 1:418.

[3] Ni tampoco su hijo, que entonces tenía quince años; véase I. Yu. Andropov, «Yu. V. Andropov v dolzhnosti posla vo vremya vengerskikh sobytii», en Sidorenko, *Andropov v vospominaniyakh i otsenkakh soratnikov i sosluzhivtsev*, p. 269.

[4] Mozokhin, *Politbyuro i organy gosbezopasnosti*, pp. 735-738.

[5] Citado en «Aspects of Intellectual Ferment and Discontent in Czechoslovakia», para el Subcomité para Investigar la Administración de la Ley de Seguridad Interior y Otras Leyes de Seguridad interior del Comité del Poder Judicial del Senado de EE.UU. Senado de Estados Unidos. Oficina de Publicaciones del Gobierno, Washington, D. C., 1969, p. 50; véase también Gwertzman, *My Memories*, cap. 13.

[6] Navrátil, *Prague Spring 1968*, pp. 113-125.

[7] Andrew y Mitrojin, *Mitrokhin Archive*, p. 327.

[8] Dvořáková, Jurová y Kaňák, Č*eskoslovenská rozvědka a pražské jaro*, p. 24.

[9] Andrew y Mitrojin, *Mitrokhin Archive*, pp. 329, 826-827n33; MITN 2/17, p. 419. Maria Weber era Galina Linítskaya, destacada por ser una de las pocas agentes ilegales que operaban de forma independiente, en lugar de ser destinadas a apoyar a un agente masculino. Oganes Sarajián había vivido en Roma entre 1949 y 1959, y durante los nueve años anteriores había trabajado en Moscú como instructor. Se le concedieron un par de semanas para

familiarizarse de nuevo con su antigua identidad, volar a Roma para una reorientación y después viajar a Praga.

[10] En Andrew y Gordievski, KGB, p. 428, se afirma que una táctica similar se empleó también en Budapest en 1956, basándose en los recuerdos del propio Gordievski. Es posible, pero Mitrojin no dejó constancia de ello en sus notas y no se ha vuelto a mencionar en otras fuentes. Los acontecimientos de 1956 se desarrollaron mucho más deprisa que los de 1968, lo que podría haber impedido desplegar a los ilegales a tiempo. Además, existen archivos que describen la operación de 1968 como algo novedoso, de lo que debía aprenderse una lección.

[11] MITN 2/20, p. 93 y 2/9/2, p. 195.

[12] MITN 2/16, p. 273.

[13] MITN 2/20, p. 203; «Tainie sklady oruzhiya na granitse s FRG»; V. Ragulin e I. Chushkov, «Avantyuristicheskie plany Pentagona i TSRU», *Pravda*, 19 de julio de 1968, 4; Andrew y Mitrojin, *Mitrokhin Archive*, p. 333; August y Rees, *Red Star over Prague*, p. 129.

[14] MITN 2/19/2, p. 653.

[15] Andrew y Mitrojin, *Mitrokhin Archive*, pp. 333-334.

[16] Dubček, *Hope Dies Last*, pp. 182-187.

[17] Tůma *et al.*, «(Inter-Communist) Cold War on Ice», p. 24.

[18] Václav Pacina, «Hokejová pomsta za okupaci», MF *Dnes*, 25 de marzo de 2004, <idnes.cz>.

[19] Existe un debate sobre si se trató de un acontecimiento espontáneo o de otra provocación planificada por los servicios de seguridad para «demostrar» la violencia de la multitud. Es difícil llegar a una conclusión clara en uno u otro sentido; véase Tůma *et al.*, «(Inter-Communist) Cold War on Ice», pp. 25-30; Alvin

Shuster, «Aeroflot Office Burned in Prague», *The New York Times*, 29 de marzo de 1969, p. 5.

[20] MITN 2/20, p. 149 indica que el nombre y patronímico de Vetrov eran Dmitri Kirillovich, y lo identifica como «Asistente del director del Directorio S enviado a Praga en abril de 1969 para la coordinación de los ilegales del KGB». Los registros telefónicos de Moscú de finales de la década de 1980 incluyen a un Dmitri Kirillovich Vetrov que vivía en un edificio de apartamentos no lejos de Yasenevo, y señalan su fecha de nacimiento: 23 de febrero de 1918. Eso implicaría que tenía cincuenta y un años cuando conoció a Linov. El expediente RGVA F. 32922 O.1 Ar Ed. 108 p. 93 (reproducido en el sitio web <voenspez.ru>) muestra que Dimka tenía un largo historial como encargado del trabajo sucio en el KGB. En 1944 recibió una condecoración por una operación de limpieza en la recién liberada Riga. Según un documento, él personalmente desenmascaró a diecisiete traidores y a veintitrés desertores del Ejército Rojo que presumiblemente fueron ejecutados.

[21] MITN 2/20, p. 154; Entrevista con David Hochman; CV de Jiří Hochman, cortesía de los Archivos Universitarios de la Universidad del Estado de Ohio; Miroslav Sígl, «Nedokončitelný rozhovor přes oceán», *Listy*, febrero de 2012, <listy.cz>; Richard Eder, «Czech Party Paper Links Death of Masaryk to Beria "Gorillas"», *The New York Times*, 17 de abril de 1968.

[22] Entrevista con David Hochman; expediente de archivo ČT en Milan Futera.

[23] Pasé mucho tiempo tratando de localizar a personas que tuvieran recuerdos de Křížek o documentos sobre él, pero en

vano. Sin embargo, Linov insistió categóricamente en que sus recuerdos eran correctos, y el caso se menciona también en MITN 2/19/2, p. 646 y 2/20, p. 203.

[24] A Hochman y su familia se les permitió marcharse de Checoslovaquia en 1974. Se establecieron en Columbus, Ohio, donde Jiří dio clases de periodismo en la universidad. Véase David Treadwell, «Exiled Czech Newswriter Is Guest Lecturer at OSU», *Cleveland Plain Dealer*, 13 de octubre de 1974, p. 20; James Breiner, «Amnesty Battles Told by Writer», *Columbus Dispatch*, 19 de febrero de 1979, p. 11; Michael Grossberg, «Dissident's "Poor Murderer" Opens Denison Season», *Columbus Dispatch*, 27 de septiembre de 1990, p. 2. A Ludek Pachman, un ajedrecista amigo de Hochman que apoyó las reformas, lo arrestaron y lo hicieron pasar seis meses en la sección penitenciaria de un hospital psiquiátrico, donde sufrió lesiones en la cabeza antes de que finalmente se le permitiera emigrar. Linov no recuerda haber conocido a Pachman, pero las notas de Mitrojin sobre su expedienten sugieren que, como mínimo, transmitió información relacionada con él. Véase MITN 2/20, p. 154 y Hruby, *Fools and Heroes*, p. 30.

[25] Remnick, *Lenin's Tomb*, p. 18.

[26] MITN 2/9/2, p. 11.

[27] MITN 2/16, p. 253. La cifra de los treinta y nueve ilegales corresponde a 1974, el único año en que Mitrojin registra un número. El Séptimo Departamento se reorganizó como Quinto Departamento en algún momento entre 1974 y 1976.

[28] MITN 2/19/2, p. 646 y 2/19/1, p. 121.

[29] MITN 1/7, pp. 30-31; Andrew y Mitrojin, *Mitrokhin Archive*, pp. 466-467, 489, 493. El ilegal se llamaba Igor Voytetski. Las notas de Mitrojin no indican explícitamente que residiera en Moscú, pero sí que fue «retirado» de Bélgica en 1963, lo que sugiere que los frecuentes viajes posteriores se realizaron desde una base en Moscú.

[30] Véase Andrew y Mitrojin, *Mitrokhin Archive*, pp. 467-468, 472-476.

[31] MITN 2/6/1, p. 435; entrevista con Yuri Linov.

[32] Para un viaje a Praga en 1974, «Walter Brade» tomó el tren de Moscú a Sofía, donde un agente de la Línea N lo esperaba para entregarle su pasaporte de alemán occidental, ya con los sellos de salida de Alemania y de entrada en Bulgaria que los falsificadores del Centro habían impreso cuidadosamente. Después voló a Belgrado, donde acudió a la embajada checoslovaca para solicitar un visado, y desde allí a Praga. Posteriormente, tomó otro vuelo a Berlín Este, donde un agente de la Línea N lo esperaba con documentos rusos; hizo el cambio y luego volvió a volar a Moscú.Véase MITN 2/16, p. 514.

16. EL RESIDENTE MÓVIL: MISIÓN EN ISRAEL

[1] Andrew y Mitrojin*, Mitrokhin Archive II*, pp. 222-223. El más tristemente célebre de esos informantes del KGB fue Marcus Klingberg, un epidemiólogo que trabajó en el programa de armas biológicas de Israel y cooperó con los servicios de inteligencia soviéticos y de Alemania del Este durante más de tres décadas,

aunque él siempre negó haber emigrado por orden del servicio de seguridad soviético.

[2] Golda Meir, «Mrs. Meir's Moscow Memory», *The New York Times*, 30 de diciembre de 1970, p. 25.

[3] MITN 2/19/2, p. 475.

[4] Ivanov, *Ostorozhno: Sionizm!*

[5] James Feron, «Israelis to Use East Jerusalem for Police Base», *The New York Times*, 2 de julio de 1969, p. 1; Lawrence Fellows, «Jerusalem Arabs Shut Their Shops», *The New York Times*, 31 de mayo de 1970, p. 18; Peter Grose, «Jerusalem Arabs' Moves Show Insecurity During Truce Period», *The New York Times*, 16 de agosto de 1970, p. 7; James Feron, «Israelis Build Up on Heels of Occupation», *The New York Times*, 22 de febrero de 1970, sec. IR, 47; Consejo Noruego para Refugiados, «Legal Memo: The Absentee Property Law and Its Application to East Jerusalem», junio de 2017, <nrc.no>.

[6] MITN 1/2, p. 25; «Vladímir Lokhov: Polkovnik K. ne znaet, chto takoe proval», *Diletant*, n. d., <diletant.media>. El verdadero nombre de pila de Lokhov era Murman, un nombre osetio que él rusificó para encajar mejor en el KGB.

[7] Linov suponía que el dinero era para Klingberg, aunque la mayoría de los testimonios sostienen que Klingberg era un espía ideológico y que no se le pagó.

[8] Linov recordaba claramente algunos detalles de sus viajes a Israel, pero no a qué viaje correspondían, de modo que es posible que lo que menciono sucediera en otro viaje. He señalado los casos en los que él no recordaba aspectos que alterarían de modo significativo la sustancia de la historia, pero los lectores deben ser

conscientes de que puede haber pequeñas imprecisiones en cuestiones secundarias.

[9] Linov creía que la contraseña que Leon utilizó para identificarse estaba en ruso, pero no recordaba cuál era. Ni él ni el Centro sabían que Leon ya había pasado tres años en la cárcel en la década de 1950 por espiar para Siria.

[10] Los archivos del KGB muestran que se esperaba que Yuri acabara supervisando a cinco agentes en Israel. Sin embargo, los únicos dos que conoció, por lo que él recordaba, fueron Petrescu y Leon. MITN 2/16, pp. 75, 76.

[11] Entrevista con Yuri Linov; también en Bondarenko, *Yuri Drozdov*, pp. 123-124, hay una referencia al jefe del Directorio S en la época, sin nombrar a Lazarev, como «tiránico y obsesionado consigo mismo», lo que es llamativo en un libro que evita casi por completo la crítica a cualquier miembro del KGB.

[12] La palabra significa «provincias», y Yuri sostiene que, mientras estudiaba gaélico en Dublín, aprendió que podía utilizarse como abreviatura de «Irlanda». Un académico irlandés al que consulté confirmó el significado de la palabra, pero dijo que jamás había oído a nadie utilizarla de ese modo, por lo que quizá el propio Hargreaves se hubiese sentido igual de confundido aunque hubiera sido irlandés.

[13] Yossi Melman y Dan Raviv, «Buying Romania's Jews», *The Washington Post*, 14 de enero de 1990, <washingtonpost.com>.

[14] En la sección sobre la detención y el interrogatorio, además de los recuerdos del propio Linov y de las breves referencias de Mitrojin, he utilizado el detallado relato, obtenido a partir de

fuentes israelíes, de Haber y Melman, *HaMargalim*, y Shpiro, «Soviet Espionage in Israel».

[15] No pude averiguar nada sobre Hargreaves, más allá de los recuerdos de Linov.

[16] Según testimonios israelíes, llevaron vodka y caviar para hacer que su cautivo admitiera su origen ruso y también para tranquilizarlo y demostrarle que lo tratarían con respeto.

[17] Lots, *Champagne Spy*; Ronen Bergman, «Isaac Shoshan, Israeli Spy Who Posed as an Arab, Is Dead at 96», *The New York Times*, 5 de enero de 2021, <nytimes.com>; Andrew y Mitrojin, *Mitrokhin Archive II*, pp. 226-227.

[18] MITN 2/16, pp. 482, 536.

[19] Esta historia se cuenta en Gordievski, *Next Stop Execution*.

[20] MITN 2/10, p. 237 señala que el KGB creía que se quebró con demasiada facilidad. La biografía de Zajárov se encuentra en «Zakharov Serguéi Vasilievich» en <shieldandsword.mozohin.ru>.

17. EL BARÓN VON HOHENSTEIN: INFILTRADO EN ALEMANIA OCCIDENTAL

[1] *Yulian Semyonov: On slishkom mnogo znal*; Lovell, «In Search of an Ending»; de Keghel, *«Seventeen Moments of Spring*, a Soviet James Bond Series?»; funcionarios del KGB han negado en entrevistas que Semiónov fuera un agente de ese organismo, pero en MITN 1/9/2, p. 106 figura como un agente del Segundo Directorio que proporcionó información sobre contactos que tenía en España y que utilizaba el nombre en clave —inspirado por Stirlitz— de ISAYEV.

[2] Una comparación interesante es *El hombre de paisano*, que se estrenó en las salas soviéticas ese mismo año. La película, repleta de acción, nazis vestidos de cuero y espectaculares persecuciones en coche, estaba vagamente basada en las actividades de Dmitri Bystrolyotov en la Alemania nazi. Bystrolyotov supervisó el guión e incluso hizo un cameo en el filme, estrenado poco antes de su muerte. El protagonista, aventurero y carismático, luce un bigote perfectamente recortado, trajes elegantes y una sonrisa al estilo Bond mientras seduce a las mujeres. La película tuvo relativo éxito, pero ni de lejos alcanzó la resonancia cultural de *Diecisiete momentos de una primavera*.

[3] *First Person*, p. 22. En realidad, en este pasaje Putin menciona otra película de espías de la época, *La espada y el escudo*.

[4] CIA, evaluación de daños de Heinz Felfe, 7 de febrero de 1963, publicado como parte de Felfe, Heinz, Informe de Evaluación de Daños, y disponible en <cia.gov>.

[5] Wolf, *Man Without a Face*, pp. 135-165; Linda Pressly, «The Spy Who Loved Her», *The Guardian*, 18 de noviembre de 2004, <theguardian.com>.

[6] Ya habían llevado a cabo una malograda operación Romeo, iniciada a finales de la década de 1950, contra Leonora Heinz, secretaria de un director de departamento en el Ministerio de Asuntos Exteriores de Alemania Occidental. Sin embargo, en ese caso se utilizó como Romeo a un agente de Alemania Occidental, y no a un ilegal. Véase Andrew y Mitrojin, *Mitrokhin Archive*, pp. 581-583.

[7] MITN 2/16, p. 139; Andrew y Mitrojin, *Mitrokhin Archive*, p. 585.

[8] Bondarenko cita, en *Yuri Drozdov*, una fuente que afirma que la razón por la que fueron tras Hofer fue que ella trabajaba para el yerno de Gehlen, quien estaba recibiendo más documentos de los que normalmente recibiría alguien de su rango debido a sus conexiones personales. La confirmación de que Dürrwanger estaba al frente del BND en París procede de Jost Dülffer, *Geheimdienst in der Krise: Der* BND *in den 1960er Jahren* (Berlín: Ch. Links, 2018), pp. 148, 227, 486n (con agradecimiento a Christopher Nehring por encontrar la fuente).

[9] Donovan, *Strangers on a Bridge*, p. 385.

[10] Drozdov afirmaba que se trataba del hotel Astoria en la avenida del Sol, aunque no hay evidencia de que existieran ni el hotel ni la calle en Lima en la década de 1970. Es posible que Drozdov confundiera el nombre del hotel, la ciudad o —más probablemente — que los inventara para encubrir adónde fue realmente.

[11] He reconstruido esta historia a partir de diversas fuentes, pero cabe ser precavidos. Ciertamente, las notas de Mitrojin confirman que un «agente especial» con el nombre en clave de MAZON se presentó ante Hofer como el padre de ROLAND (Puschke), pero Drozdov no era un «agente especial». Es posible que el expediente proteja su verdadera identidad, o que Mitrojin cometiera un error de transcripción, pero también que Drozdov mintiera. No obstante, él mismo se ha expresado sobre ese papel con tanto orgullo y detalle en documentales de televisión, y Bondarenko le dedicó tantas páginas de su libro al asunto que me inclino a pensar que la historia es cierta. Hofer, por su parte, también identifica tácitamente a Drozdov como Hohenstein en el documental *Operation Skorpion*. Además de Drozdov/«Mazon», las

notas de Mitrojin en MITN 2/16, p. 61 registran que otro ilegal, un soviético de origen alemán, se reunió con Hofer haciéndose pasar por un miembro de la organización. En *Yuri Drozdov*, p. 127, Bondarenko también menciona a «otro ilegal» involucrado. MITN 2/6/1, p. 20, 2/18, p. 385; Andrew y Mitrojin, *Mitrokhin Archive*, pp. 585-586; Bondarenko, *Yuri Drozdov*, pp. 117-133; *Operation Skorpion—eine Frau im Visier des* KGB.

[12] Boris Krotkov, «Ya prinimal u agenta prisyagu na vernost Fyurera», entrevista con Yuri Drozdov, *Rossiiskaya gazeta*, 31 de agosto de 2007, <rg.ru>; Jan Ludwig, «Zittern in Pullach», *Focus*, n.º 34 (1995), <focus.de>; «Großer Appetit», *Der Spiegel*, 2 de julio de 1979, <spiegel.de>; «Gesucht: Moskaus Mann in Pullach», 29 de marzo de 1998, <spiegel.de>; Drozdov, *Vymysl Isklyuchen*, cap. 8. Los documentos vistos por Mitrojin registran el caso Hofer y otros casos Romeo, pero no contienen nada sobre D-104.

[13] *Operation Skorpion—eine Frau im Visier des* KGB. Algunas fuentes alemanas sugieren que Hofer debía de saber que estaba trabajando para Alemania Oriental o para la Unión Soviética al menos desde 1973. Sin embargo, en la única entrevista que concedió —en el mencionado documental de 2009— aparece como una mujer genuinamente herida por la traición y que jamás sospechó estar involucrada con el bloque del Este ni con sus servicios de inteligencia.

[14] Página de Alfred Dürrwanger en el sitio web <tracesofwar.com>, con las fuentes originales señaladas como Franz Thomas y Günter Wegmann, *Die Ritterkreuzträger der Deutschen Wehrmacht, 1939-*

1945 (Osnabrück, Biblio Verlag, 2000), y *Die Ordensträger der Deutschen Wehrmacht,* CD (Osnabrück,VMD-Verlag GmbH, 2002).

18. EL PRINCIPAL ENEMIGO: ESPIAR A LOS ESTADOUNIDENSES

[1] MITN 1/6/1, pp. 71, 77G.

[2] MITN 1/6/1, pp. 47-48.

[3] En 1964 Wynne fue canjeado por Konon Molody, el ilegal capturado en Gran Bretaña.

[4] Edbrook, «Principles of Deep Cover».

[5] MITN 1/6/2, p. 23, 2/9/1, p. 15, 2/19/1, p. 158, 2/19/2, pp. 434, 454; también Andrew y Mitrojin, *Mitrokhin Archive*, pp. 252-253. Los archivos de Mitrojin no registran la nacionalidad ni el nombre de la esposa de Blyabin, sólo su nombre en clave: LENA. Blyabin trabajó en operaciones Progreso en Hungría, Rumanía y Yugoslavia haciéndose pasar por un fotógrafo de Alemania Occidental.

[6] MITN 1/6/2, pp. 125-127; Andrew y Mitrojin, *Mitrokhin Archive*, pp. 253-255. Andrew y Mitrojin señalan que Rudenko fue «interrogado bajo tortura», aunque la nota original de Mitrojin sobre el expediente de Rudenko sólo menciona un «*opros s pristrastiem*» («interrogatorio intenso»), lo que no implica necesariamente que hubiera violencia. Según Mitrojin, el expediente también indica que los padres de Rudenko pensaban que espiaba para Alemania Oriental, y no para el KGB. Lo que no se puede asegurar es si Rudenko le contó a su esposa que

trabajaba para la KGB o si ella también creía que lo hacía para los servicios secretos de Alemania del Este.

[7] MITN 1/6/2, p. 123; Andrew y Mitrojin, *Mitrokhin Archive*, pp. 238-239. Las notas de Mitrojin sobre la pareja no incluyen ni sus nombres verdaderos ni datos adicionales sobre sus actividades en Estados Unidos, y tampoco dicen nada sobre la familia de Köhler en Moscú.

19. EL HEREDERO: EL INTENTO DE CREAR A UN ILEGAL DE SEGUNDA GENERACIÓN

[1] La mayor parte de este capítulo procede de mis entrevistas con Elliot Holar, pero también he utilizado las entrevistas de John Barron con Rudi Herrmann en KGB *Today,* pp. 330-372.

[2] MITN 1/6/2, p. 47; Andrew y Mitrojin, *Mitrokhin Archive*, p. 257.

[3] Heaps, *Hugh Hambleton, Spy*, caps. 5, 6, 7; Barron, KGB *Today,* pp. 327-329; Andrew y Mitrojin, *Mitrokhin Archive*, pp. 219-220, 250, 259-260; entrevistas con Elliot Holar. Las versiones de Hambleton (según Heaps, *Hugh Hambleton*, Spy) y Rudi Herrmann sobre cómo fue su primer encuentro, quién tomó la iniciativa y si se reunieron para tomar un café y luego cenar (Hambleton) o para tomar una cerveza (Herrmann) varían considerablemente. También hay una discrepancia en las fechas: Herrmann dice diciembre de 1967; el libro de Heaps menciona abril.

[4] Barron, KGB *Today,* p. 336.

[5] Esto, al menos, es lo que afirma Drozdov en sus memorias.

[6] Kirpichenko, *Litsa*, p. 149.

[7] Martynov, *Yavka v Kopengagene*, p. 18.

[8] Una de esas historias, sobre una revelación que tuvo lugar durante un trayecto en barco desde Copenhague, fue relatada por una antigua fuente del KGB en Moscú. Véase también el archivo MITN 2/16, p. 449, que menciona a una pareja de ilegales que les revelaron la verdad a sus dos hijos nacidos en el extranjero en el viaje en tren a Rusia desde Berlín. El expediente señala que «el niño empezó a llorar y se tumbó en la cama repitiendo que sólo quería volver a casa y que no quería ir a ningún otro sitio».

[9] Hay otros dos casos documentados de hijos de operativos ilegales que acabaron convirtiéndose ellos mismos en ilegales. El primero es el de Galina Linítskaya, que se hizo pasar por una ciudadana suiza simpatizante de la Primavera de Praga durante la Operación Progreso. Su padre era el ilegal Leonid Linitski, pero había muerto en 1954, y no parece que trabajaran juntos en el extranjero ni que ella hubiera crecido en Occidente bajo una identidad falsa. Según Mitrojin, su expediente del KGB indica que intentó suicidarse a comienzos de la década de 1970, aunque los detalles son escasos. Intenté ponerme en contacto con su sobrino, Leonid Golovkó —profesor de Derecho en la Universidad Estatal de Moscú—, pero se negó a hablar conmigo. El segundo caso es el de Klementi Korsakov, a quien su madre llevó a Alemania Occidental en 1953, donde se hicieron pasar por refugiados procedentes de Alemania Oriental y acabaron obteniendo la ciudadanía. Su madre falleció en 1971, y, tras su muerte, Klementi, con dieciocho años, ingresó en la academia de arte de Viena, al tiempo que recibía formación para convertirse en ilegal. Incluso realizó dos viajes a Estados Unidos, posiblemente como parte de los preparativos para

una futura asignación allí. Sin embargo, ya fuera por motivos personales o ideológicos, Klementi no deseaba trabajar como ilegal e intentó desertar a Estados Unidos. Según las notas de Mitrojin, en 1980 se presentó en la embajada estadounidense en Moscú para ofrecer información, pero David Rolph —que en aquel momento trabajaba en la estación de la CIA— no lo recuerda. Es probable que se presentara en otra embajada estadounidense o que hablara con los norteamericanos ya dentro de Estados Unidos. Las notas de Mitrojin afirman que el KGB lo detuvo en Moscú, lo interrogó y posteriormente lo internó en un hospital psiquiátrico. No he encontrado el menor rastro suyo desde entonces.

[10] Barron, KGB *Today*, pp. 342-343.

[11] Barron, KGB *Today*, p. 348.

[12] Las notas de Mitrojin registran que la dirección pertenecía a un empresario español que había emigrado después de la Guerra Civil y que había cooperado con el KGB desde 1950. MITN 2/9/2, p. 58.

[13] No chino, como se afirmaba en Barron, KGB *Today*, para ayudar a oscurecer los antecedentes de Peter.

[14] Earley, *Comrade J*, 17; Michael Hinman, «A Quiet Giant, Hiding in North Riverdale History», *Riverdale Press*, 17 de mayo de 2020, <riverdalepress.com>.

[15] Hasta la fecha, el FBI no ha confirmado oficialmente la historia de Sigler, aunque se cuentan fragmentos en West, *Illegals*, y Croson, Trento y Trento, *Widows*. Sigler se suicidó y existe cierta controversia sobre cómo se desarrolló exactamente la operación. Algunas fuentes que comentaron otros aspectos del caso de Rudi Herrmann se negaron a extenderse sobre Sigler.

20. RENDIMIENTOS DECRECIENTES: EL KGB SIGUE ADELANTE

[1] Barsky, *Deep Undercover*; distintas entrevistas con Barsky, 2016-2021.

[2] Los casos de Linítskaya y Gordievski se recogen en los documentos de Mitrojin, mientras que el de Zhan Didenko aparece aludido en diversos artículos y también me lo contó Yuri Linov.

[3] Kriuchkov, *Lichnoe delo*, p. 109.

[4] MITN 1/7, p. 61.

[5] MITN 2/16/1, p. 23, 2/27, p. 59, 1/7, p. 27.

[6] MITN 2/19/, pp.1 1-10, 13, 20, 21, 258.

[7] MITN 2/26, p. 47, e ítem 308, 2/19/2, p. 646.

[8] MITN 2/20 pp. 60-61, 77-78; 2/20, p. 345.

[9] Véase MITN 2/26, p. 47, e ítem 308, 2/19/2, p. 646; MITN 2/16, p. 318, 2/19/1, p. 222, 2/20, pp. 65, 83.

[10] Benjamin Cunningham, «How a Czech "Super-spy" Infiltrated the CIA», *The Guardian*, 30 de junio de 2016, <theguardian.com>; Andrew y Mitrojin, *Mitrokhin Archive*, pp. 261-263.

[11] Véase, por ejemplo, MITN 1/6/2, p. 144, también confirmado por una fuente que perteneció al FBI. Al menos trece de estos ilegales fueron enviados a finales de la década de 1970, aunque no hay información sobre si llegaron a estar operativos o si cortaron el contacto con el KGB en cuanto salieron de la Unión Soviética (véase también MITN 1/6/2, pp. 144, 145). Yuri Linov explicó asimismo que, tras su regreso a Kiev, participó en la «preparación» de judíos soviéticos antes de su emigración a Israel, aunque sospechaba que la mayoría aceptaba cooperar

únicamente para poder salir del país y que probablemente no tenían intención de colaborar con el KGB una vez que llegaran a su destino.

[12] Andrew y Gordievski, *Comrade Kryuchkov's Instructions*, pp. 54-56.

[13] Kriuchkov, *Lichnoe delo*, p. 83. Véase también Shevchenko, *Breaking with Moscow*, p. 302, para otra escena similar.

[14] El embajador en Washington, Anatoli Dobrynin, quien estuvo muchos años en ese puesto, fue una rara excepción.

[15] Shevchenko, *Breaking with Moscow*, p. 311.

[16] Drozdov, *Vymysl Isklyuchen*, cap. 6.

21. ONCE DÍAS EN KABUL: EL NACIMIENTO DEL «ILEGAL COMBATIENTE»

[1] Cuando, ya en la vejez, un entrevistador bienintencionado le preguntó qué libros les había leído a sus dos hijos durante la infancia, respondió: «No participé en su crianza. Estaba ocupado.» Luego, cuando le preguntó sobre su esposa, con la que compartió varias décadas de vida, soltó este «elogio» bastante revelador: «Tiene la capacidad de callar, de mantener la calma en situaciones difíciles y de renunciar a muchas cosas en su vida por mor de mi trabajo.»

[2] Kouzminov, *Biological Espionage*, p. 33; Bondarenko, *Yuri Drozdov*, p. 258.

[3] Grau, «Takedown of Kabul», p. 291.

[4] Braithwaite, *Afgantsy*, pp. 73-76.

[5] MITN 1/2, p. 26, 2/19/2, p. 409, 2/27, p. 400, 2/24, p. 86. La falsa identidad anterior de Talybov aparece deletreada de dos maneras diferentes. Podría ser «Ikhtiyar Rosht» o «Ikhtar Resht».

[6] Andrew y Mitrojin, en *Mitrokhin Archive II*, dicen que en las notas de Mitrojin no hay información sobre Talybov después de mediados de la década de 1970. Sin embargo, en la página 77 de su documento de trabajo «KGB in Afghanistan», Mitrojin señala que un intérprete, «M. Talybov», llegó en avión a Kabul el 13 de septiembre con una delegación del Directorio S.

[7] Andrew y Gordievski, *Mitrokhin Archive II*, p. 401; Liájovski, «Inside the Soviet Invasion of Afghanistan and the Seizure of Kabul», p. 33. Asadullah Amín volvió a Kabul después del cambio de régimen y fue ejecutado.

[8] Véase, por ejemplo, Kurilov, «My byli pervymi», cap. I, en Drozdov *et al*., *Afgan, snova Afgan*.

[9] Kurilov, «My byli pervymi», caps. IV, V y VII, en Drozdov *et al*., *Afgan, snova Afgan*.

[10] Kurilov, «My byli pervymi», cap. II, en Drozdov *et al*., *Afgan, snova Afgan*.

[11] Kurilov, «My byli pervymi», cap. XXXIX, en Drozdov *et al*., *Afgan, snova Afgan*.

[12] Los testimonios difieren sobre si las unidades Zenit y Grom se enteraron de la operación la noche del 26 o directamente el 27.

[13] A pesar de que los testimonios de principios de los noventa afirmaban que el objetivo era sólo capturar a Amín y no matarlo, parece bastante claro que la orden era liquidarlo. Véase, por ejemplo, la discusión en *Shturm Dvortsa Amina*, pp. 316-327, así

como numerosos testimonios de tropas de las fuerzas especiales que participaron.

[14] Kuzichkin, *Inside the* KGB, p. 318.

[15] Ésta es la cifra suministrada por Braithwaite; Mitrojin escribe que «más de cien» hombres del KGB murieron en el asalto al palacio.

[16] Braithwaite, *Afgantsy*, p. 113.

[17] Sobre Talybov: Shebarshin, Drozdov y Kriuchkov aludieron en distintos momentos a la misión de Talybov, aunque sin aportar detalles específicos. Kriuchkov, en sus memorias, afirmó que el objetivo sólo era drogar a Amín, pero esto parece poco probable. Bondarenko, en el libro *Yuri Drozdov*, cita a una fuente anónima que asegura que «sólo Drozdov» conocía al ilegal, y que el exceso de secretismo en el plan fue la causa de su fracaso. Sin embargo, parece probable que Kirpichenko, quien dirigió la Dirección S hasta dos meses antes, también estuviera al tanto de la operación. Ninguno de los dos habló o escribió sobre haber tenido contacto con Talybov mientras estaban en Kabul. En una entrevista en 2009, cuando se le preguntó a Drozdov sobre los rumores acerca de un agente infiltrado y un envenenamiento, negó tener algo que ver, aunque admitió que «era bastante posible» que sí hubiera habido un envenenamiento. «En cuanto a lo que pasó dentro, quién preparó el pilaf en mal estado, que se ocupen los que organizaron eso», dijo. Esto podría indicar que la operación se planeó bajo la dirección de Kirpichenko y que Drozdov no formó parte de la planificación operativa. (Pavel Yevdokimov, «Pomni Afganistana», entrevista con Yuri Drozdov, *Spetsnaz Rossii*, enero de 2009, <specnaz.ru>.) Vladímir Kuzichkin, en *Inside the* KGB, pp. 315-318, menciona a Talybov y da detalles de su aparente misión.

Kuzichkin ofrece algunos datos más en Barron, KGB *Today*, pp. 14-15. Aunque muchos aspectos del relato de Kuzichkin sobre otros sucesos en Kabul resultaron ser incorrectos, escribió antes de que cualquier testimonio fuera público y afirma que escuchó las historias de los envenenamientos directamente de Talybov. Dado que Talybov tenía una cobertura iraní y Kuzichkin trabajaba en Teherán, esto resulta plausible, sobre todo porque también mencionó el nombre de Talybov mucho antes de que se hablara públicamente sobre un posible envenenador en el palacio y antes de que salieran a la luz las notas de Mitrojin que mencionan a Talybov. No es de extrañar que sólo hubiera recibido relatos poco fiables del resto del asalto. El dato sobre el destino en Vietnam proviene de una fuente de inteligencia. Los registros telefónicos de Moscú muestran que en los años noventa Talybov vivía en un edificio de apartamentos de dieciséis plantas cerca de la sede de la inteligencia exterior en Yasenevo. Uno de sus hijos, en 2013, trabajaba como «funcionario consular» en la embajada rusa en Laos. Otro hijo, Azer Talybov, fue viceministro de Economía de Rusia desde 2017 hasta 2020. Se negó a hablar conmigo.

22. LA AMENAZA DE GUERRA: TENSIONES CRECIENTES Y NUEVOS ILEGALES

[1] ZSN, noviembre 18, 1982; entrevista con Elena Vavilova y entrevistas con contemporáneos de Elena en Tomsk que vieron el discurso.

[2] El Recuerdo de Artek procede de publicaciones de la página de Instagram de Eleva Vavilova.

[3] Kriuchkov, *Lichnoe Delo*, p. 205.

[4] Gaddis, *Cold War*, pp. 217-225.

[5] Downing, *1983*, p. 54.

[6] Downing, *1983*, p. 14.

[7] ZSN, 10 y 17 de diciembre de 1981.

[8] Entrevista con Stanislav Vavilov, padre de Elena.

[9] ZSN, 12 de mayo de 1983.

[10] Entrevista con Viktor Muchnik, Tomsk, 2020.

[11] Lo menciona con toda seguridad en «Chas Speak», entrevista con Andréi Bezrukov, RTVi.

[12] Entrevista con Stanislav Vavilov, 2021.

[13] Si bien Tomsk se abrió después del derrumbe de la Unión Soviética, Tomsk-7, que fue rebautizada como Seversk en la década de 1990, sigue cerrada a los no residentes, así como muchas otras ciudades donde hay industrias delicadas.

[14] Kriuchkov, *Lichnoe Delo*, pp. 209-210.

[15] Véase Schattenberg, *Leonid Brezhnev*, p. 403.

[16] MITN 2/27, p. 243. Un ilegal informó desde Bulgaria de que existía un amplio rechazo a las demandas soviéticas en el país y señaló que «todos están descontentos, pero se callan porque tienen miedo del Estado».

[17] MITN 2/22, p. 289, MITN 2/19/2, p. 646, MITN 2/9/2, p. 195.

[18] Kouzminov, *Biological Espionage*, p. 106. Cabe señalar que un especialista en armas químicas y venenos con quien hablé —y que trabajó con estas sustancias en la Rusia postsoviética— expresó dudas sobre la existencia de compuestos que pudieran administrarse en una bebida, ya que, según él, sólo serían efectivos si se inyectaban.

[19] MITN 1/7, cap. 8.

[20] Estos datos proceden de Kouzminov, *Biological Espionage*. Kouzminov, que ahora vive en Nueva Zelanda, se negó a responder mis preguntas sobre el asunto.

[21] Este detalle, como algunos más de esta sección, proviene de Heidi y Wolfhard Thiel, quienes fueron entrenados como ilegales para ser enviados a Estados Unidos alrededor de tres años antes que Vavilova y Nazrukov.

[22] Este episodio se describe en el libro de Vavilova, donde se dice que tuvo lugar en Praga. Ella me confirmó que el viaje ocurrió, pero se negó a decirme si fue a Praga o a alguna otra capital comunista del centro de Europa. Heidi y Wolfhard Thiel, que se entrenaron tres años antes, fueron enviados a Budapest, y el dato de que entablaron conversaciones con estadounidenses procede de sus recuerdos. Es probable que las misiones fueran muy similares.

[23] Esto procede del testimonio ligeramente ficcionalizado de Vavilova sobre su formación, de modo que puede ser inexacto en algunos aspectos. (Vavilova, *Zhenshchina*, cap. 7.) En un email que me envió, me decía: «Sí que pasamos un tiempo en esa casa de las afueras de la ciudad. Era como la describe: llena de revistas extranjeras, películas y artilugios.»

23. EL FIN: EL DERRUMBE DE LA UNIÓN SOVIÉTICA

[1] Kriuchkov, *Lichnoe delo*, p. 213.

[2] Cherkashin, *Spy Handler*, pp. 194, 202.

[3] Earley, *Comrade J*, p. 71. Ambos bandos solían presentar a sus propios agentes dobles como mediocres y corrompidos, y a los del otro lado como personas valientes y con principios. Según Kriuchkov, los soviéticos que se pasaban al otro bando eran «individuos con defectos morales, a menudo propensos al alcoholismo, codiciosos y capaces de llevar una doble vida», mientras que personas como Ames eran «gente profundamente convencida, fiel a sus ideales, que coincidían con la ideología y la política del Estado soviético». En el prólogo a las memorias del desertor Vladímir Kuzichkin, publicadas en 1990, el novelista Frederick Forsyth califica a los desertores británicos al lado soviético como «personas llenas de defectos, fracasados, excéntricos, sin futuro», mientras que los desertores soviéticos hacia Occidente eran «*la crème de la crème*», y sencillamente estaban desencantados del KGB. Es cierto que había muchos más motivos de horror en el KGB como para acabar desencantado, pero aun así, los desertores de ambos bandos solían ser personas inteligentes, complejas y difíciles, más que héroes o villanos en blanco y negro.

[4] MITN 1/2, p. 13; Andrew y Gordievski, KGB, pp. 634-635.

[5] Entrevista con Heidi y Wolfhard Thiel, Berlín, 2021. La única vez que el Centro les encargó una tarea fue después de que Bob informara de que había una sala misteriosa en la Biblioteca Pública de Nueva York que siempre permanecía cerrada con llave. Se le pidió que averiguara qué secretos ocultaba y él provocó una avería en la línea telefónica que iba a esa sala para poder entrar a «repararla». Resultó que no ocultaba ningún secreto: simplemente contenía manuscritos antiguos y delicados que debían conservarse

a una temperatura y humedad controladas, de ahí el acceso restringido. Ése fue todo el espionaje que llevaron a cabo los dos ilegales en sus cuatro años de vida en Estados Unidos.

[6] Remnick, *Lenin's Tomb*, p. 50.

[7] Entrevista con David Rolph, jefe de estación de la CIA en Berlín Este, 1988-1991, Washington, D. C., 2021.

[8] Vladislav Kramar, «Gruppa v Dresdene byla nebolshaya no moshchnaya», *Voenno-Promyshlenny Kurier*, 14 de diciembre de 2005, <vpk-news.ru>. Algunos autores atribuyen un orden del día más siniestro y más a largo plazo al encuentro entre Drozdov y Putin, pero basándose en las pruebas disponibles, parece más probable que la principal preocupación fuera la destrucción de archivos delicados.

[9] Entrevista con Wolfhard y Heidi Thiel.

[10] Tanto Drozdov como Kriuchkov se refieren a esta carta en sus memorias. En *Yuri Drozdov* de Bondarenko, se atribuye a Shevchenko la autoría de la carta.

[11] Se hace referencia a ello en Kouzminov, *Biological Espionage*.

[12] Kouzminov, *Biological Espionage*, p. 131.

[13] Bakatin, *Izbavlenie ot* KGB, pp. 39-42, 86.

[14] Entrevista con Elena Vavilova; discurso pronunciado por Andréi Bezrukov en Moscú, 2016; *Nightline*, 25 de diciembre de 1991; George W. Bush, «Address on Gorbachev Resignation», 25 de diciembre de 1991, <c-span.org>.

[15] MITN 2/16, p. 506.

[16] El servicio de inteligencia del país en cuestión envió discretamente a un funcionario de alto rango para localizar a esos ilegales y decirles que debían regresar a su país: un Estado que

pronto sería miembro de la OTAN no podía tener a agentes ilegales viviendo bajo una identidad falsa en otros países de la OTAN. No obstante, al menos uno de esos ilegales, horrorizado ante esa intromisión de un pasado que ya había dejado atrás, le dijo al indeseado visitante que se metiera su petición donde le cupiera. Le gustaba su nueva vida, tenía una familia que no sabía nada sobre sus orígenes en el bloque del Este y señaló con ironía que dudaba de que las autoridades de su país quisieran hacer público que habían «perdido» a un ilegal dentro de un país miembro de la OTAN durante la última década. Después de una tensa reunión de los jefes del servicio de inteligencia en la capital del país de origen del ilegal, se acordó a regañadientes que podía seguir viviendo bajo su identidad falsa, y el gobierno en cuestión jamás reveló el asunto a sus aliados de la OTAN. (Entrevista con una fuente de inteligencia.)

[17] La información sobre York procede de una entrevista con Eric Kam, que fue profesor adjunto en el Departamento de Economía más o menos por la misma época.

[18] Stella Rimington, «The Spy Who Went into the Cold», extracto de *Open Secret* publicado en *The Guardian*, 12 de septiembre de 2001, <theguardian.com>.

[19] Earley, *Comrade J*, p. 155.

[20] «Vyacheslav Trubnikov: "Ya gord, chto SVR pomogla razvernut vneshnii kurs Rossii"», entrevista con Vyacheslav Trubnikov, RIA Novosti, 25 de abril de 2019, <ria.ru>.

[21] Narrado en Corera, *Russians Among Us*, pp. 44-45.

[22] Véase, por ejemplo, Walton, *Spies*, p. 418.

[23] Earley, *Comrade J*, pp. 155-158.

[24] Cherkashin, *Spy Handler*, p. 289.

[25] Bondarenko, *Yuri Drozdov*, p. 354; Harrison Smith, «Yuri Drozdov, Soviet Spymaster Who Planted Agents Across the West, Dies at 91», *Washington Post*, 21 de junio de 2017, <washingtonpost.com>.

[26] Todo lo anterior proviene de entrevistas con compañeros de estudios realizadas durante las investigaciones para este libro.

[27] Llevé a cabo entrevistas con cinco contemporáneos de Linov en el curso; esta anécdota la recuerda uno de ellos.

24. STIRLITZ SE HACE CON EL MANDO: EL ASCENSO DE VLADÍMIR PUTIN

[1] Walker, *Long Hangover*, p. 12.

[2] Serguéi Pugachev, citado en Belton, *Putin's People*, p. 138.

[3] Myers, *New Tsar*, p. 74; Ostrovski, *Invention of Russia*, pp. 246-248.

[4] Ostrovski, *Invention of Russia*, p. 248; Peter Pomerantsev, «Overt Ops», *London Review of Books Blog*, diciembre 29, 2020, <lrb.co.uk>.

[5] Myers, *New Tsar*, cap. 2.

[6] Anna Pyartulyainen, «"Prishli na obysk parni, u odnogo familiya Putin"—Istoriya khudozhnika Yuliya Rybakova», *Bumaga,* 7 de diciembre de 2022, <paperpaper.io>.

[7] Usoltsev, *Sosluzhivets*, p. 71. Numerosos autores señalan la falta de prestigio que suponía estar destinado en Dresde. Sobre las sugerencias de que Putin participó realmente en actos de terrorismo en Alemania Oriental, véase Belton, *Putin's People*, pp.

35-37; «Putin rasskazal o nelegalnoi razvedke i svoei rabote v KGB», RIA Novosti, 24 de junio de 2017, <ria.ru>.

[8] Usoltsev, *Sosluzhivets*, pp. 109-110.

[9] Gessen, *Man Without a Face*, pp. 70, 97; Belton, *Putin's People*, pp. 24, 44; Kramar, «Gruppa v Dresdene byla nebolshaya no moshchnaya.»

[10] Soldatov y Borogan, *New Nobility*, p. 4.

[11] Krotkov, «Ya prinimal u agenta prisyagu na vernost Fyurera.»

[12] A continuación volvió a China, donde ocupó altos cargos en el sector bancario hasta que fue arrestado en una operación anticorrupción en 2015.

[13] Colin Freeze, «At Harvard, Alleged Spy Hosted a Scotch Drink-Up», *Globe and Mail*, 30 de junio de 2010, <theglobeandmail.com>.

[14] Esto queda claro en Strzok, *Compromised*.

[15] La descripción de la residencia del SVR procede de Earley, *Comrade J*, pp. 21-23.

[16] Renzo Giner Vásquez, «Vida, misterio y muerte de Juan Lázaro, el espía de la KGB con pasaporte peruano», *El comercio*, 7 de mayo de 2022, <elcomercio.pe>.

[17] En MITN 2/22, p. 99, hay detalles sobre la pareja. Sólo se dan sus nombres en clave, VOLF y VIKA, pero los datos dejan claro que se trata de Lázaro y Peláez. No obstante, para que el FBI se decidiera a seguir la pista de Lázaro, debería haber bastado con que consultaran los archivos Mitrojin, a los que tenían acceso desde mediados de la década de 1990.

[18] El documento del KGB señalaba que la residencia de la Línea N en Lima estaba trabajando para «crear las condiciones» que

permitieran a la pareja mudarse a Estados Unidos y, a finales de 1984, Peláez fue secuestrada en la calle junto con su cámara por el movimiento revolucionario marxista Túpac Amaru. Les vendaron los ojos, los llevaron ante los líderes de la organización y posteriormente los liberaron, después de que una cadena de televisión accediera a emitir el filme propagandístico resultante. Poco después de esa dura experiencia, Vicky se mudó a Estados Unidos como refugiada política, aduciendo el temor a nuevos ataques. Es difícil decir si fue una coincidencia desafortunada o algo organizado por el KGB utilizando contactos en la guerrilla marxista, con o sin el conocimiento de Lázaro y Peláez. En Tracy Wilkinson, «Guerrillas Release Two Reporters», United Press International, 9 de diciembre de 1984, <upi.com>, y La Serna, *With Masses and Arms*, pp. 34-38, hay detalles del secuestro.

[19] El FBI ya había logrado reclutar al residente adjunto del SVR, Serguéi Tretyakov, quien pasó varios años trabajando como agente doble y reveló a los estadounidenses todo lo que sabía sobre los mecanismos internos de la misión.

[20] *Alumni Newsletter*, James Madison University Justice Studies Department, enero de 2015.

[21] Entrevista con una fuente de inteligencia, 2020.

[22] Es posible que parte de la información inicial también pudiera haber procedido de otro desertor, Aleksandr Shcherbakov. Véase Wise, *Seven Million Dollar Spy*, para los detalles completos de ese extraordinario caso.

[23] Para este y otros detalles de la persecución del FBI a Bezrukov y Vavilova, he utilizado los materiales del caso hechos públicos por el FBI así como Strzok, *Compromised*, pp. 3-36.

[24] Entrevista con Elena Vavilova.

[25] Coll, *Directorate S*, pp. 31-32.

[26] Entrevista con un antiguo agente de la CIA.

25. OPERACIÓN HISTORIAS DE FANTASMAS: EL FBI SE ABATE SOBRE SU PRESA

[1] Después de retirarse del espionaje, Lázaro impartió clases de ciencias políticas en el Baruch College de Nueva York. Jamás intentó ocultar su inclinación izquierdista y antiimperialista respecto a la política exterior de Estados Unidos, lo que lo convirtió en una figura atípica dentro del departamento. A los alumnos les fascinaban sus opiniones estridentes y lo elogiaban sin cesar. «Es la primera vez en mis dos años aquí que un curso me impacta tanto. Me hizo pensar de forma distinta sobre mi propio país», decía una evaluación típica de fin de semestre conservada en los archivos de Baruch. Si bien es evidente que Lázaro tenía una visión de inspiración marxista del Principal Enemigo, se había forjado una vida cómoda en ese país con ayuda del Centro y no tenía ningún deseo de regresar a Rusia. Después de tres décadas viviendo bajo una identidad falsa, el hombre que había nacido como Mijaíl Vasenkov se sentía mucho más cómodo siendo Juan Lázaro. El SVR lo autorizó a seguir utilizando esa identidad tras su jubilación.

[2] Corera, *Russians Among Us*, pp. 92-93.

[3] Entrevista con Jrushchova, 2019.

[4] Corera, *Russians Among Us*, pp. 129-130.

[5] Entrevista con Elena Vavilova, 2021.

[6] Vavilova y Bezrukov me contaron que, en un par de ocasiones, cuando Tim y Alex eran muy pequeños, consiguieron organizar, junto al Centro, un encuentro de tres generaciones de la familia en un país asiático neutral para que los abuelos pudieran ver a sus nietos, pero no quisieron entrar en detalles sobre cuándo ocurrió o cómo se llevó a cabo exactamente. Tim y Alex sólo tienen recuerdos muy vagos de esos encuentros y, más tarde, cuando crecieron, las visitas se interrumpieron porque se habrían dado cuenta de inmediato de que había algo raro con sus abuelos «canadienses».

[7] Esta escena se describe en la página 220 de la novela de Vavilova. Allí, tiene lugar en las afueras de Quito. Ella misma me contó que los hechos básicos de la escena son ciertos, aunque se negó a entrar en detalle sobre dónde ocurrió realmente y en qué año.

[8] Corera, *Russians Among Us*, p. 179.

[9] Alexander Topping y Miriam Elder, «Britain Admits "Fake Rock" Plot to Spy on Russians», *The Guardian*, 19 de enero de 2012, <theguardian.com>.

[10] Corera, *Russians Among Us*, p. 234.

[11] Ilona Yegiazarova, «100-letiu sluzhby vneshnei razvedki. Lyudmila Nuikina: Mne s muzhem ochen povezlo», *Moskovskaya Pravda*, 30 de octubre de 2020, <mospravda.ru>.

[12] Citado en Corera, *Russians Among Us*, p. 242.

[13] Detalles del juicio en rebeldía de Poteyev, según Yuri Senatorov, «Za vydayushchiye zaslugi», *Kommersant*, 28 de junio de 2011, <kommersant.ru>. Las fuentes estadounidenses no han hecho comentarios sobre los detalles de la huida de Poteyev y, por

supuesto, es posible que las afirmaciones rusas sean conjeturas o desinformación y, por tanto, no del todo precisas.

[14] Este recuerdo se basa en una entrevista realizada con una fuente que prefirió permanecer en el anonimato. Tim me negó que le hubieran contado nada sobre el trabajo o la identidad de sus padres. Las afirmaciones de que sí lo sabía se encuentran en Devlin Barrett, «Russian Spy Ring Aimed to Make Children Agents», *Wall Street Journal*, 31 de julio de 2012, <<wsj.com>>.

[15] Cabe señalar que el FBI hizo públicos extractos de escuchas telefónicas de manera selectiva y que podría haber escogido conversaciones que hacían que los ilegales parecieran incompetentes o inútiles y suprimido aquellos momentos en los que la información que enviaban era más útil.

[16] Maria Makutina, «"Chto kasaetsya predatelei, oni sami zagnutsya"», *Kommersant*, 6 de diciembre de 2010.

[17] Vladímir Solovyov y Vladislav Trifonov, «Svezho predatelstvo», *Kommersant*, 11 de noviembre de 2010, <kommersant.ru>.

[18] Los detalles del encuentro de Vavilova y Bezrukov con Drozdov provienen de correos electrónicos en que respondieron a mis preguntas.

[19] Pierre Briançon, «The Spanish Story of a Russian Illegal», *Politico*, 16 de junio de 2016; entrevistas con fuentes.

[20] *United States of America v. Evgeny Burakov, a/k/a «Zhenya», Igor Sporyshev, and Victor Podobnyy*, denuncia sellada, Distrito Sur de Nueva York, 23 de enero de 2015, <justice.gov>. Uno de los funcionarios del SVR admitió que algunas redes ilegales en Asia u Oriente Medio podrían seguir activas.

[1] Véase, por ejemplo, Mark Galeotti, «Russia's Murderous Adhocracy», *The Moscow Times*, 22 de agosto de 2020, <themoscowtimes.com>.

[2] Entrevistas realizadas en 2015; Shaun Walker, «The Russian Troll Factory at the Heart of the Meddling Allegations», *The Guardian*, 2 de abril de 2015, <theguardian.com>.

[3] Departamento de Justicia, *United States of America v. Internet Research Agency* LLC *et al*., archivado el 16 de febrero de 2018, <justice.gov>; Kenneth P. Vogel, «How Russian Trolls Crept into the Trump Campaign's Facebook Messages», *The New York Times*, 8 de marzo de 2018; Corera, *Russians Among Us*, pp. 363-364.

[4] Olivia Solon y Sabrina Siddiqui, «Russia-Backed Facebook Posts "Reached 126M Americans" During US Election», *The Guardian*, 31 de octubre de 2017, <theguardian.com>.

[5] Véase, por ejemplo, Michael Schwirtz, «Top Secret Russian Unit Seeks to Destabilize Europe, Security Officials Say», *The New York Times*, 8 de octubre de 2019, <nytimes.com>.

[6] En 2014 las autoridades estadounidenses detectaron a un presunto asesino profesional ruso merodeando por las inmediaciones de la nueva casa de Poteyev en Florida y se apresuraron a trasladar al desertor. Luego, en 2016, fuentes rusas afirmaron que Poteyev había muerto, pero seguía vivo. Lo más probable es que se tratara de una estratagema pensada para que éste se pusiera en contacto con su familia en Rusia para dar señales de vida y, de paso, exponer su nueva ubicación. Véase Adam Goldman *et al*., «U. S. Spies Rush to Protect Defectors After

Skripal Poisoning», *The New York Times*, 13 de septiembre de 2018, <nytimes.com>; y Alex Campbell, Jason Leopold y Heidi Blake, «This Russian Double Agent Is a Lot Less Dead Than He Seemed», *BuzzFeed News*, 4 de octubre de 2018, <buzzfeednews.com>.

[7] «Prezident pozdravil sotrudnikov i veteranov SVR s 95-letiem nelegalnoi razvedki», 28 de junio de 2017, <kremlin.ru>.

27. VIDAS DE PERSONAS MARAVILLOSAS: EL CULTO AL ILEGAL

[1] *Sem zhiznei polkovnika Shevchenko*, NTV.

[2] Ekaterina Mirnaya, «Kompyutery—rodine. Kak semya nelegalov dobyla neftyanye i raketnye sekrety», *Argumenty i Fakty*, 3 de julio de 2020, <aif.ru>.

[3] MITN 2/16/3, p. 498.

[4] McKnight, *Espionage and the Roots of the Cold War*, p. 50.

EPÍLOGO

[1] Dan Sabbagh, «Russian Spy Caught Trying to Infiltrate War Crimes Court, Says Netherlands», *The Guardian*, 16 de junio de 2022, <theguardian.com>; Jon Henley y Pjotr Sauer, «Norway Arrests "Brazilian Researcher" Accused of Spying for Russia», *The Guardian*, 25 de octubre de 2022, <theguardian.com>.

[2] Shaun Walker, Pjotr Sauer y Tom Phillips, «Panic and Emotional Pain as Alleged Deep-Cover Russian Spies Vanish», *The Guardian*,

3 de abril de 2023, <theguardian.com>.

[3] Todos los detalles sobre Eslovenia en esta sección provienen de mi propio reportaje en ese país, con excepción del dato de la nevera, que tomé de Georgi Kantchev, Joe Parkinson y Silvina Frydlewsky, «The Russian Spies Next Door», *Wall Street Journal*, 17 de junio de 2024, <wsj.com>.

[4] Christo Grozev, investigación inédita. Los mismos nombres aparecen en el artículo del *Wall Street Journal* al que se hace referencia en la nota anterior, y fueron anunciados por las autoridades rusas cuando la pareja volvió a su país.

[5] «Vozrashchennye domoi Rossiyane soobshchili detali obmena v Turtsii», *Vesti*, 5 de agosto de 2024, <vesti.ru>.

[6] He condensado ligeramente la respuesta para mayor claridad y brevedad, sin alterar el significado.

Índice de contenido

Los ilegales

Introducción

Nota sobre las fuentes y la terminología

Primera parte. Los primeros ilegales

1. Raíces: La clandestinidad bolchevique
2. El Viejo: El primer jefe de la inteligencia exterior soviética
3. El Volador Veloz: El más grande de los grandes ilegales
4. El Terror: Las purgas de Stalin

Segunda parte. La guerra y la Guerra Fría

5. Avances en Norteamérica: Los primeros ilegales en Estados Unidos
6. Operación Pato: El asesinato de Lev Trotski
7. Operación Barbarroja: Hitler invade la Unión Soviética
8. El silbador: Infiltrado en la Alemania nazi
9. Primeras infiltraciones: Comienza la Guerra Fría
10. Signor Ambasciatore: La misión para matar a Tito
11. Los ilegales salen a la luz: El juicio a Abel y los primeros ilegales de la CIA

Tercera parte. La vida de un agente ilegal

12. Origen: El reclutamiento y la formación de un ilegal
13. Conseguir pareja: La búsqueda de una compañera y coilegal
14. Infiltración: La penetración en Occidente
15. Operación Progreso: El socavamiento de la Primavera de Praga
16. El residente móvil: Misión en Israel

Cuarta parte. Los frentes de batalla de la Guerra Fría

17. El barón von Hohenstein: Infiltrado en Alemania Occidental
18. El Principal Enemigo: Espiar a los estadounidenses
19. El heredero: El intento de crear a un ilegal de segunda generación
20. Rendimientos decrecientes: El KGB sigue adelante
21. Once días en Kabul: El nacimiento del «ilegal combatiente»

Quinta parte. Derrumbe y resurrección

22. La amenaza de guerra: Tensiones crecientes y nuevos ilegales
23. El fin: El derrumbe de la Unión Soviética

24. Stirlitz se hace con el mando: El ascenso de Vladímir Putin
25. Operación Historias de Fantasmas: El FBI se abate sobre su presa
26. Los ilegales virtuales: Injerencia electoral y negación fácil
27. Vidas de personas maravillosas: El culto al ilegal

Epílogo
Terminología y estructura del KGB
Agradecimientos
Bibliografía
Sobre este libro
Sobre Shaun Walker
Créditos
Notas